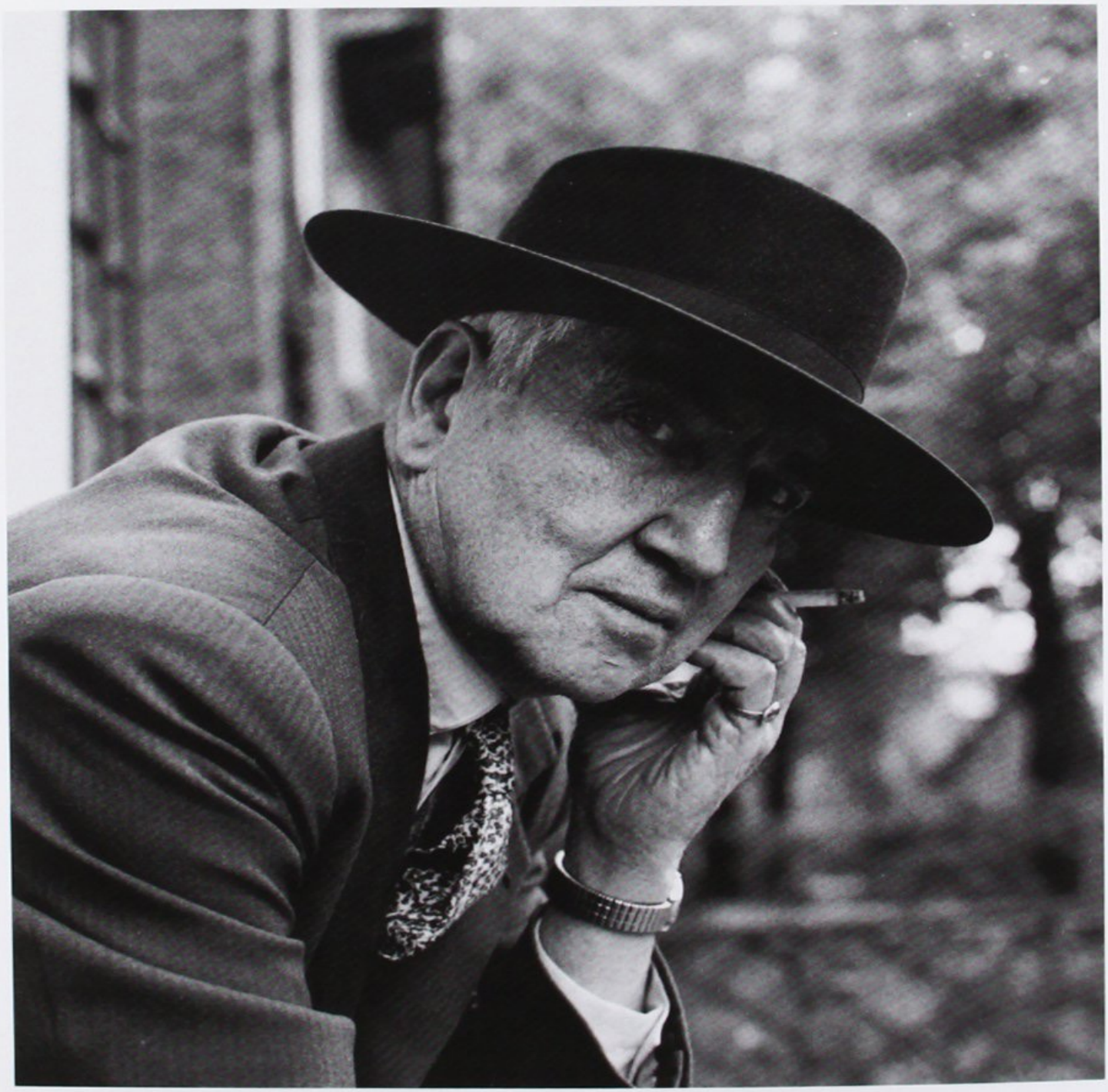
RBA

NARRATIVAS

Robert Graves

Cuentos completos

Edición de Lucía Graves



En esta completísima colección de relatos, Robert Graves demuestra su increíble amplitud de registros, desde las descripciones de la vida infeliz del internado en «El abominable señor Gunn» a los evocadores cuentos mallorquines «Está en su casa» o «Los chinos perdidos» o las encantadoras cartas de la joven Margaret, como en «6 bravos toros 6», el relato sobre la Primera Guerra Mundial «Tregua de Navidad» y el cuento romano «La casa de pisos: una visión de la Roma imperial». Estos cuentos sobre el amor y la guerra, el mito y la historia, son pequeñas joyas que reflejan la excelencia de Robert Graves en el ámbito del cuento.

Robert Graves

Cuentos completos

ePub r1.0

Titivillus 23.07.15

Título original: *Complete Short Stories*
Robert Graves, 1996
Traducción: Lucía Graves & Ana Mata Buil
Edición: Lucía Graves

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

PRÓLOGO
por
LUCÍA GRAVES

Robert Graves publicó su primera colección de cuentos, *Collected Short Stories*, en 1964. Hasta entonces habían aparecido en las misceláneas que publicaba de vez en cuando, en las que recogía sus más recientes ensayos, poemas, charlas, reseñas, relatos y demás material suelto que poblaba su mesa de trabajo; o bien solo habían visto la luz en revistas. Entre los relatos que omitió en su colección de 1964 —presumiblemente por falta de espacio— figuran verdaderas joyas como «Está en su casa», «Leotardos color crema» y «Cajas de la K a la T». El presente volumen tiene como objetivo recoger todos los cuentos escritos por Graves.

En el breve prólogo a sus *Collected Short Stories*, Graves afirma que «la ficción pura está más allá del alcance de mi imaginación», y añade que la mayoría de los relatos de dicha colección son historias reales «aunque se haya modificado algún que otro nombre o referencia». Puedo dar fe de ello, ya que viví personalmente algunas de las experiencias descritas en los cuentos sobre nuestra vida familiar en Mallorca durante los años cincuenta: cuentos como «Una bicicleta en Mallorca», «Un brindis por Ava Gardner» y «Vida escolar en Mallorca en 1955». Es más, la mayoría de sus narraciones cortas son o bien estrictamente autobiográficas, o se basan en relatos de acontecimientos que le contó directamente algún amigo o familiar. Existen algunas excepciones, como los tres cuentos ambientados en tiempos romanos y «El grito» —aunque incluso en este marco imaginario, Graves admite su presencia: «El Richard de la historia es mi sustituto: todavía me hallaba al borde de una pesadilla neurasténica»[1].

Entre los escritos de Graves se dan piezas de carácter autobiográfico que no pueden clasificarse claramente como relatos. Al recopilar material para este libro, mi mayor problema ha sido decidir dónde trazar la línea divisoria entre un cuento autobiográfico y un texto de no ficción que contiene elementos de historia personal. En todo momento me he guiado por las preferencias del propio Graves al elegir material para su *Collected Short Stories*.

Desde un punto de vista histórico, los temas abarcan narraciones que van desde su infancia eduardiana y sus años escolares —como el relato juvenil «El examen del

novato», «El abominable señor Gunn» (1955), o «Mis mejores Navidades» (1962)— a un cuento ambientado en Nueva York a finales de los años sesenta, «No, amigo, no funcionaría», en el cual Graves escribe sobre las contradicciones de la sociedad occidental y el incremento de la violencia en zonas urbanas deprimidas.

Resulta interesante apuntar que no siempre le resultó fácil a Robert Graves publicar sus relatos, como queda patente en la correspondencia que mantuvo con la revista *The New Yorker* durante los años cincuenta. Rechazaron «¡Usted gana, Houdini!» por considerarlo un relato «tan duro y desagradable que resultaba incluso cruel». «Un brindis por Ava Gardner» se topó con todo tipo de problemas en el departamento legal de la revista, que temía infringir la legislación americana antilibelo y sugería interminables cambios de tono y expresión, tales como llamarla «señorita Gardner» de principio a fin. «La vizcondesa y la muchacha del pelo corto» les pareció que contenía un exceso de «aventuras sexuales clandestinas».

Los relatos están dispuestos por orden cronológico, y todos ellos han sido publicados con anterioridad. Los textos que he utilizado pertenecen a la última versión de cada relato en forma de libro, o en publicaciones periódicas en los casos en que esta sea su única publicación. Mi fuente principal ha sido el *Collected Short Stories* en la edición original inglesa de 1965. Para esta edición en castellano he creído oportuno suprimir dos relatos, «Ditching in a Fishless Sea» y «Thy servant and God's », por tratarse de textos que juegan precisamente con elementos de traducción del castellano al inglés. Al final de este volumen, después de las Notas, encontrarán el historial bibliográfico de cada cuento seguido del nombre de la traductora.

MIEL Y FLORES

(Página del diario de un monje cartujo del Siglo de Oro).

6.45 h. Me he despertado en mi lecho de hojas de rosa con el trino de una alondra y la picadura de un mosquito. He ahuyentado las moscas y me he aseado en la fuente cristalina. El agua estaba increíblemente fría. Creo que prefiero el baño semanal en el manantial sulfúrico. Me he puesto la túnica de hilo fino y la pelliza de borreguillo. Me he adornado la coronilla con una guirnalda de rosas carmesí, flores que solo pueden lucir quienes habitan aquí desde hace por lo menos dos años. Ahora soy la envidia de los postulantes. He cogido el bastón y he bajado.

7.15 h. He acompañado al coro escolar en los himnos ofrecidos a nuestros Dioses particulares. He tocado la zampoña, aunque bastante mal, tengo que reconocerlo.

7.30 h. El director llega ataviado con una túnica encarnada nueva y con una guirnalda de hojas de menta y eglantina. Lo transportan hasta el Campo en una litera sostenida por cuatro monitores corpulentos, precedidos del jefe de estudios, que carga con un libro de Notificaciones.

7.35 h. Imparte una clase sobre apicultura.

8.15 h. He desayunado fresas silvestres recién recogidas en el Bosque, con miel, unos tragos de leche de cabra y, por equivocación, con un par de tijeretas.

9.15 h. Me quedo dormido.

12.15 h. Me he despertado de mi sueño profundo por culpa de una vaca que me ha confundido con un ranúnculo y ha empezado a mordisquearme el pelo. Le he dicho que era una margarita y se ha marchado.

13.30 h. He almorzado Miel y Flores. Se me ha acabado la miel, así que he recogido un poco en un frasco de mermelada conforme goteaba de los robles del Campo. Ha caído más miel en mi cabeza que en el frasco. Mi único consuelo es que no tendré que ungirme los rizos con aceite en una buena temporada.

14.45 h. He ido a «La Corona». Allí he devorado una manzana de las Hespérides y he bebido un líquido carmesí.

15.00 h. He emprendido el camino hacia Lessington. El juego de «La Caza de la Sandalia» ha terminado con el robo de la sandalia por parte del Centauro peripatético. He jugado al Escondite con una avispa. Ha ganado la avispa.

16.15 h. Carreras de cabras. Mi cabra se ha dirigido al mayo. Me he enredado entre las guirnaldas de rosas.

17.30 h. He salido a cazar bestias multicolores por el Campo Inferior. Gracias a mi estrategia he logrado capturar un corderillo verde ceniza con patas *vieux rose*, una oreja de color garcinia y morado, y la cola azul ultramar. Era tan tímido que el único modo que he tenido de aproximarme a él ha sido encajándome bien la corona de rosas en la cabeza y arrancando un par de ramas de un exuberante madroño en flor, para fingir ser un rosal. He recibido una ducha de agua jabonosa y una buena dosis de herbicida de un preceptor aficionado a la jardinería, pero he atrapado al cordero. Lo llevaba a cuestas a casa cuando me he encontrado con el bardo de la escuela, quien murmuraba algo incomprensible para sus adentros. Iba ataviado con una túnica larga de color violeta y una corona de ruibarbo y hojas de té. Le ha dedicado una oda a mi corderillo, que ha muerto entre convulsiones.

18.30 h. Más miel y flores.

19.30 h. Me he hecho con una corona de hojas de parra, he agarrado un tirso y me he unido a la bacanal del Patio del Fundador, de cuya fuente siempre mana vino.

21.00 h. Me he retirado a dormir en mi lecho de hojas de rosa.

EL EXAMEN DEL NOVATO

Cuando las luces se apagaron a las nueve y media de la noche del segundo viernes del Trimestre, y dejaron de oírse las leves pisadas del encargado de la residencia que se alejaba, empezó la diversión.

El Jefe de los Cubículos Inferiores se autoproclamó examinador y verdugo, ayudado de un solícito cronometrador, un apuntador de preguntas y un equipo de amigos incondicionales. Por aquel entonces yo era un apocado «novato» que llevaba el pijama empapado por el sudor que provoca el miedo. Tres de mis compañeros habían sido examinados y sentenciados antes de que la inquisición se dirigiera contra mí.

—Ahora le toca a Jones —dijo una voz—. Es el canijo picapleitos que me ha dado una patada hoy cuando jugábamos a fútbol. ¡Tenemos que hacerle preguntas difíciles!

—Vamos a ver, Jones, ¿qué color tiene el encargado de la residencia…? Mejor dicho, ¿cómo se llama el encargado de la residencia que es de color blanco y negro? Uno, dos, tres…

—Señor Girdlestone —tembló mi voz en la oscuridad.

—Está claro que conoce los colores más fáciles. Vamos a liarlo un poco. ¿De qué color son los Clubes a los que pertenecen las Residencias? Uno, dos, tres, cuatro…

Llevaba días empollando para saberme esas preguntas, así que logré balbucir la respuesta justo antes de que acabaran de contar.

—Dos preguntas. Ningún fallo. Hay que subir el listón —dijo alguien.

—A ver, Jones, ¿cómo se llega a Farncombe desde Weekites? Uno, dos, tres…

Apenas había dado indicaciones para llegar hasta Bridge cuando terminaron la cuenta.

—Tres preguntas. Un fallo. Puedes fallar tres de diez.

—¿Dónde está la revista Charterhouse? Uno, dos, tres, cuatro…

—¿Te refieres a la redacción del *The Carthusian*[2]? —pregunté.

Todos se echaron a reír.

—Cuatro preguntas. Dos fallos. Oye, Robinson, ya ha contestado más que de sobra. Vamos a ponerle un par de preguntas complicadas.

Muchos murmullos.

—¿Cuántos años tiene el caballo que tira del rodillo en el Campo Inferior? Uno, dos, tres…

—¡Seis! —dije al azar.

—Falso: treinta y ocho. Cinco preguntas. ¡Tres fallos! Y tienes suerte de que no te hayamos preguntado cuál es su pedigrí.

—¿Cuáles son los colores del piragüismo? Uno, dos, tr…

—¡No existen!

—Te vamos a castigar por gritar tanto, pero tienes razón. Seis preguntas. Tres fallos. ¿Jones?

—¡Sí!

—¿Cómo se llama la chica a la que, según los rumores, estaba increíblemente unido el secretario de fútbol el año pasado? Uno, dos, tres, cuatro…

—¡Daisy!

(Me pareció un nombre plausible).

—¿Ah sí? Vaya, pues resulta que conozco al secretario de fútbol del año pasado, y te matará como se entere de que alimentas el escándalo. Además, de todas formas, te has equivocado. Siete preguntas. ¡Cuatro fallos! Ven a mi «cubo» mañana a las siete de la mañana. ¿De acuerdo? ¡Buenas noches!

Entonces pasó el peine por encima de la vela y una sombra colosal apareció en el techo.

ENSUEÑO JUNTO AL TÁMESIS

(Escrito mientras vivía en una barcaza del Támesis remodelada y amarrada en Hammersmith).

Un repentino grito ronco me despertó. Miré por la ventana próxima a mi cama. Había casi pleamar en el río y ni una brizna de viento; un remolcador liberaba con sumo cuidado una de las embarcaciones de su convoy en el muelle contiguo. Una remesa de láminas de cristal en cajas protectoras. Los saludos matutinos del encargado del remolcador y del mozo del muelle fueron tan efusivos como siempre, a caballo entre la burla y el exceso de confianza. A todo ese jaleo siguió media hora de calma, en la que me adormilé mientras observaba con los ojos entreabiertos una pareja de somormujos meciéndose en el agua a pocos metros de mi ventana. El agua era rosada y gris al amanecer, el camino de sirga de la otra orilla estaba desierto y no había tráfico fluvial. El escenario era perfecto para los cinco cisnes que flotaban con el oleaje y nadaban acercándose de vez en cuando a mi ventana. Esperaban pan; ya deberían haber sabido que era muy temprano. Distinguí a los cisnes plebeyos, con sus picos mellados, que eran propiedad de las Compañías de Curtidores y Tintoreros, de los cisnes reales de picos sin muescas, que deben una inmediata lealtad a la Corona. Sin embargo, lo único que los distinguía eran las mellas, no su porte. Al cabo de un rato, se marcharon malhumorados.

Lo siguiente en ocurrir fue que la corriente arrastró un paquete de cartón marrón, seguido de una bandada de unas veinte gaviotas. Graznaron y revolotearon y se zambulleron para romperlo; batieron las alas y se pelearon, cada vez más exaltadas. Aunque el paquete se deslizó despacio por delante de mis ojos, no conseguí averiguar qué contenía. Me alegré cuando lo perdí de vista, porque continuaba adormilado. ¡Hay que ver cuántas cosas se lleva la corriente! Sobre todo cuando crece el nivel del agua, en especial dos días después de que haya llovido de forma torrencial en el valle del Támesis. Cestas, coles, sillas, fruta, sombreros, verduras, botellas, latas, hatillos de juncos o de paja, cosas muertas. Aunque no tantas cosas muertas ahora como en verano. Desde luego, muchos menos perros. Es porque en invierno no suelen meterse en el río a buscar palos y no los arrastra la corriente ni los ahogan hasta matarlos los cisnes que los empujan hacia el fondo, celosos de su río.

Acaban de pasar doce limones. Y ahora llegan unos cuantos más. Parecen bastante firmes. ¿Se habrán caído de una carreta en un descuido? Uno aprende a distinguir los

vertidos accidentales de los vertidos intencionados. Ese sombrero de ahí, por ejemplo, cayó de manera accidental, se le volaría a alguien en Westminster o en Kew, a juzgar por su aspecto; el que ha pasado hace unos minutos sin duda fue arrojado con toda la intención: ¿se habría desprendido de él alguien de Brentford o de Rotherhithe?

La cantidad de restos de madera es extraordinaria. Me maravilla que nadie la recoja para sacarle partido. Aunque, a lo mejor, sí hay alguien que la recoge. Y no me refiero a la anciana que se pasea por la estrecha orilla del río cuando baja el nivel del agua y guarda unas cuantas astillas en un saco embarrado; me refiero a alguien que recoja la madera a toneladas, la seque delante de unos hornos enormes y la venda atada en fajos de leña. Tal vez las reservas se terminaran antes de lo que imagino. Muchos de los variados objetos se repiten. Al fin y al cabo, a veces reconozco tablas al verlas por segunda vez (por ejemplo, ese trozo de caja de manzanas «Diving Girl») que suben y bajan con la marea durante una semana o más antes de perderse de vista para siempre.

Los cadáveres son poco frecuentes. Si alguien es capaz de atrapar un cadáver y arrastrarlo para sacarlo del río, le pagan siete chelines y seis peniques. Yo no lo haría por ese dinero. Supongo que también habría que testificar durante la investigación. No, yo dejaría el cadáver para que otro se ganara unas monedas con él. Por ahí viene la policía fluvial con su lancha motora. Me observan con sospecha, por si se me ocurre tirar el corazón de la manzana al agua. Es delito. Esperaré hasta que se marchen. Ahí está el *Mary Blake*. Empiezo a conocerme al dedillo los remolcadores. Soy capaz de distinguir al *Mary Blake*, al *Vixen* o al *Elsa* desde casi un kilómetro de distancia. Pero todos los días pasa flotando alguna cosa nueva. Un día del año pasado, justo al alba, fue sensacional. Vi pasar un sombrero de copa, un submarino y una foca. Hoy me contento con los somormujos y los limones. Cuando baje la marea, espero ver a la anciana con el saco y al viejo que rebusca debajo de las piedras y guarda lo que encuentra en frascos de mermelada. Si lo ves un único día te desconcierta, pero yo llevo tiempo suficiente delante de esta ventana para haber averiguado qué anda buscando. Ese hombre es un poema antológico de William Wordsworth, «The Leech Gatherer»[3]. Hay montones de sanguijuelas en estas playas. La demanda, según tengo entendido, es continua. No sé si las solicitan unos médicos extremadamente anticuados u otros extremadamente modernos, la verdad. Tampoco me importa demasiado ahora mismo. Prefiero deleitarme con el río, que está tan quieto como un lago, disfrutar con el equilibrio perfecto de la marea. Una pelota infantil flota inmóvil bajo la ventana. Me siento tentado de levantarme para rescatarla.

Pero creo que no rebotará. Me quedaré en la cama un ratito más.

EL GRITO

Cuando llegamos con nuestras bolsas al campo de críquet del manicomio, el médico jefe, a quien había conocido en la casa donde me hospedaba, se acercó para estrecharme la mano. Le dije que aquel día solo venía como tanteador para el equipo de Lampton (me había roto un dedo la semana anterior, jugando en la arriesgada posición de guardapalos sobre un terreno irregular).

—Ah, entonces tendrá usted a un compañero interesante —me dijo.

—¿El otro tanteador? —le pregunté yo.

—Crossley es el hombre más inteligente del hospital —respondió el médico—, gran lector, jugador de ajedrez de primera, etcétera. Parece ser que ha viajado por todo el mundo. Le han mandado aquí por sus manías. La más grave es que es un asesino y, según él, ha matado a tres hombres y a una mujer en Sydney, Australia. La otra manía, que es más cómica, es que su alma está partida en pedazos, aunque no sé qué querrá decir con eso. Edita nuestra revista mensual, nos dirige las obras teatrales navideñas, y el otro día nos hizo una demostración de juegos de manos muy original. Le gustará.

Me presentó. Crossley, un hombre corpulento de cuarenta o cincuenta años, tenía un rostro extraño, pero no desagradable. No obstante, me sentí un poco incómodo sentado en la cabina de puntuación, viendo sus manos cubiertas de pelos negros tan cerca de las mías. No es que temiera algún acto de violencia física, pero sí tenía la sensación de estar en presencia de un hombre de fuerza poco corriente, e incluso tal vez, no sé por qué se me ocurriría, poseedor de poderes ocultos.

Hacía calor en la cabina a pesar de la amplia ventana.

—Tiempo de tormenta —dijo Crossley, que hablaba con lo que la gente de campo llama «acento universitario», aunque yo no llegué a determinar de qué colegio universitario procedía—. En tiempo de tormenta, los pacientes nos comportamos de un modo todavía más anormal que de costumbre.

Le pregunté si jugaba algún paciente.

—Dos de ellos, estos dos primeros bateadores. El alto, B. C. Brown, jugaba con el equipo del condado de Hants hace tres años, y el otro es un buen jugador de club. También suele apuntarse Pat Slingsby —ya sabe, el lanzador rápido australiano—, pero hoy prescindimos de él. Cuando el tiempo está así, sería capaz de lanzar la pelota contra la cabeza del bateador. No es que sea un demente en el sentido corriente; sencillamente, tiene un formidable mal genio. Los médicos no pueden hacer nada con

él. Matarle, eso es lo que habría que hacer.

Luego, Crossley empezó a hablar del doctor:

—Un tipo de buen corazón y, para ser médico de un hospital psiquiátrico, bastante preparado técnicamente. Incluso estudia psicología morbosa y lee bastante; está casi al día, digamos hasta anteayer. Como no lee ni alemán ni francés, yo le llevo una o dos etapas de ventaja en cuestión de modas psicológicas; él tiene que esperar a que lleguen las traducciones inglesas. Invento sueños significativos para que me los interprete y, como me he dado cuenta de que le gusta que incluya en ellos serpientes y tartas de manzana, así suelo hacerlo. Está convencido de que mi problema mental se debe a la consabida «fijación antipaternal»… ¡Ojalá fuera así de sencillo!

Entonces me preguntó Crossley si podría tantear y escuchar una historia al mismo tiempo. Le dije que sí. Era un partido lento.

—Mi historia es verdadera —dijo—, cada palabra es cierta. O, al menos, cuando digo que mi historia es «verdadera» quiero decir que la estoy contando de una forma nueva. Siempre es la misma historia, pero algunas veces varío el clímax e incluso cambio los papeles de los personajes. Las variaciones la mantienen fresca, y por consiguiente verdadera. Si siempre utilizara la misma fórmula, pronto perdería interés y se volvería falsa. Me interesa mantenerla viva, palabra por palabra. Conozco personalmente a los personajes que hay en ella. Son gente de Lampton.

Decidimos que yo llevaría el tanteo de las carreras, incluyendo las carreras *extras*, y que él llevaría la cuenta de los lanzamientos y su análisis, y que a la caída de cada *wicket* nos copiaríamos el uno del otro. De este modo se hizo posible la narración.

Richard se despertó un día diciéndole a Rachel:

—Pero ¡qué sueño tan raro!

—Cuéntame, cariño —le dijo ella—, y date prisa, porque yo quiero contarte el mío.

—Estaba conversando —le explicó— con una persona (o personas, porque cambiaba muy a menudo de aspecto) de gran inteligencia, y recuerdo claramente la discusión. Sin embargo, esta es la primera vez que logro recordar una conversación soñada. Normalmente, mis sueños son tan diferentes de mi estado consciente que solo puedo describirlos diciendo: «Es como si estuviera viviendo y pensando como un árbol, o una campana o un do mayor o un billete de cinco libras; como si nunca hubiera sido humano». Allí la vida se me presenta algunas veces rica y otras pobre, pero, repito, en cada ocasión tan distinta que si yo dijera: «Tuve una conversación» o

«Estuve enamorado», o «Escuché música» o «Estaba enfadado», me encontraría tan lejos de la realidad de los hechos como si intentara explicar un problema de filosofía con solo mover los ojos y los labios, como hizo Panurgo, el personaje de Rabelais, con Thaumast.

—A mí me ocurre algo parecido —repuso ella—. Creo que cuando estoy dormida me convierto, quizás, en una piedra, con todos los apetitos y las convicciones naturales de una piedra. Hay un refrán que dice: «Dura como una piedra», pero puede que haya más sentido en una piedra, más sensibilidad, más delicadeza, más sentimiento y más sensatez que en muchos hombres o mujeres. Y no menos sensualidad —añadió, pensativa, tras una breve pausa.

Era un domingo por la mañana, y nada les impedía quedarse en la cama, abrazados, sin preocuparse por la hora; además, como no tenían hijos, el desayuno podía esperar. Richard le dijo que en su sueño él iba caminando por las dunas con esa persona o personas, y que esta le dijo: «Estas dunas no forman parte ni del mar allí delante ni del herbazal detrás de nosotros, ni están relacionadas con las montañas más allá del herbazal. Son ellas mismas. Cuando un hombre camina por las dunas no tarda en apercibirse de este hecho por el sabor del aire, y si se abstuviera de comer y beber, de dormir y hablar, de pensar y desear, podría continuar entre ellas para siempre, sin cambiar. No hay vida ni muerte en estas dunas. Cualquier cosa podría suceder en las dunas».

Rachel dijo que eso eran tonterías y preguntó:

—Pero ¿de qué trataba la discusión? ¡Cuenta de una vez!

Richard contestó que trataba del paradero del alma, pero que ahora, al darle ella prisas, se lo había sacado de la cabeza. Lo único que recordaba era que el hombre era primero un japonés, luego un italiano y finalmente un canguro.

A cambio, ella le contó impetuosamente su sueño, comiéndose las palabras.

—Iba andando por las dunas —dijo— y también había conejos allí; ¿cómo concuerda eso con lo que dijo sobre la vida y la muerte? Os vi al hombre y a ti que veníais del brazo hacia mí. Me alejé corriendo de los dos y me di cuenta de que el hombre llevaba un pañuelo de seda negro; corrió detrás de mí y entonces se me cayó la hebilla del zapato, pero no pude detenerme a recogerla. La dejé en el suelo y él se agachó y se la metió en el bolsillo.

—¿Cómo sabes que se trataba del mismo hombre? —preguntó Richard.

Ella se rió:

—Porque tenía la cara negra y llevaba puesto un abrigo azul, como aquel cuadro del capitán Cook. Y porque era en las dunas.

Richard la besó en el cuello.

—No solo vivimos juntos y hablamos juntos y dormimos juntos —le dijo—, sino que al parecer ahora incluso soñamos juntos.

Y los dos se echaron a reír.

Luego Richard se levantó y le trajo el desayuno.

Sobre las once y media Rachel dijo:

—Sal a dar un paseo ahora, cariño, y cuando vuelvas tráeme algo en qué pensar; vuelve a tiempo para la comida, a la una.

Era una mañana calurosa de mayo. Richard salió y se adentró en el bosque, tomando el camino de la costa, que en menos de un kilómetro iba a parar a Lampton.

(—¿Usted conoce bien Lampton? —preguntó Crossley.

—No —le dije yo—, solo estoy aquí de vacaciones, en casa de unos amigos).

Caminó unos cien metros por la costa, pero luego se desvió y cruzó el herbazal pensando en Rachel, observando las mariposas azules, mirando las rosas silvestres y el tomillo, y pensando de nuevo en ella y en lo extraño que resultaba que pudieran estar tan cerca el uno del otro; luego, arrancó unos pétalos de flor de aulaga y los olió, meditando sobre el olor y pensando: «Si ella muriera, ¿qué sería de mí?». Tomó un trozo de pizarra del muro bajo y lo hizo saltar varias veces rozando la superficie de la charca, mientras pensaba: «Soy un tipo muy torpe para ser su marido». Luego se encaminó hacia las dunas, para alejarse de nuevo, quizás algo temeroso de encontrarse con la persona del sueño, y finalmente describió un semicírculo hasta llegar a la vieja iglesia más allá de Lampton, al pie de la montaña.

El oficio de la mañana había concluido y la gente estaba fuera, cerca de los monumentos megalíticos que había detrás de la iglesia, caminando en grupos de dos o tres, como era costumbre, sobre la suave hierba. El hacendado de la localidad hablaba en voz muy alta sobre el rey Carlos el Mártir:

—Un gran hombre, de verdad, un gran hombre, pero traicionado por aquellos a quienes más amaba.

Y el médico estaba discutiendo sobre música para órgano con el párroco. Había un grupo de niños jugando a la pelota.

—¡Tírala aquí, Elsie! No, a mí, Elsie. ¡Elsie! ¡Elsie!

Entonces apareció el párroco y se metió la pelota en el bolsillo, diciendo que era domingo; tenían que haberlo recordado. Cuando se hubo alejado los niños le dedicaron unas muecas.

Al poco rato se acercó un forastero, pidió permiso para sentarse al lado de Richard y empezaron a hablar. El forastero había asistido al oficio y deseaba discutir el

sermón. El tema había sido la inmortalidad del alma; era el último sermón de una serie que había empezado por Pascua. Dijo que no podía estar de acuerdo con la premisa del predicador, según la cual «el alma reside continuamente en el cuerpo». ¿Por qué tenía que ser así? ¿Qué función desempeñaba el alma, día tras día, en el trabajo rutinario del cuerpo? El alma no era ni el cerebro, ni los pulmones, ni el estómago, ni el corazón, ni la mente, ni la imaginación. Era sin duda algo aparte, ¿no? ¿No era en realidad menos probable que residiese en el cuerpo que fuera de él? No tenía pruebas ni de una cosa ni de la otra, pero según él nacimiento y muerte eran un misterio tan extraño que la explicación de la vida podría fácilmente estar fuera del cuerpo, que es la prueba visible de la existencia.

—Ni siquiera podemos saber con precisión cuáles son los momentos del nacimiento y de la muerte —continuó diciendo—. Fíjese que en el Japón, país que he visitado, se calcula que un hombre tiene ya un año cuando nace; y hace poco en Italia un hombre muerto… Pero venga a pasear por las dunas y déjeme que le cuente mis conclusiones. Me resulta más fácil hablar cuando estoy paseando.

A Richard le asustó escuchar todo esto y ver al hombre enjugarse la frente con un pañuelo de seda negro. Logró balbucir una respuesta. En aquel momento, los niños, que se habían acercado arrastrándose por detrás de uno de los monumentos megalíticos, de pronto y a una señal acordada, gritaron en los oídos de los dos hombres y se quedaron allí riendo. El forastero, al sobresaltarse, se enfadó y abrió la boca como si estuviera a punto de maldecirles, mostrando los dientes hasta las encías. Tres de los niños chillaron y echaron a correr. Pero la niña a la que llamaban Elsie se cayó del susto y quedó tendida en el suelo, sollozando. El médico, que se encontraba cerca, intentó consolarla.

—Tiene cara de demonio —se oyó decir a la niña.

El forastero sonrió amablemente:

—Y un demonio es lo que fui no hace tanto tiempo. Esto ocurrió en el norte de Australia, donde viví entre los negros durante veinte años. «Demonio» es la palabra que mejor describe la posición que ellos me otorgaron en su tribu, y también me dieron un uniforme de la armada inglesa, del siglo dieciocho, para llevar en las ceremonias. Venga a pasear conmigo por las dunas y déjeme contarle toda la historia. Me apasiona pasear por las dunas: por eso vengo a este pueblo… Me llamo Charles.

—Gracias —dijo Richard—, pero debo volver a casa en seguida. La comida me espera.

—Tonterías —dijo Charles—, la comida puede esperar. O, si usted quiere, puedo ir a comer con usted. Por cierto, no he comido nada desde el viernes. Estoy sin

dinero.

Richard se sintió incómodo. Temía a Charles y no quería llevárselo a su casa a comer por lo del sueño, las dunas y el pañuelo, pero por otra parte el hombre era inteligente y apacible, vestía bastante bien y no había comido nada desde el viernes; si Rachel se enteraba de que había rehusado darle una comida, volvería a empezar con sus reproches. Cuando Rachel estaba malhumorada, su queja favorita era que Richard era demasiado prudente con el dinero; pero cuando hacían las paces admitía que era el hombre más generoso que conocía y que no se lo había dicho en serio. Y cuando volvía a enfadarse con él, otra vez salía con que era un avaro. «Diez peniques y medio —le decía, burlándose—, diez peniques y medio y tres peniques en sellos». A Richard le ardían las orejas y le entraban ganas de pegarle. Así que dijo a Charles:

—No faltaría más, venga a comer conmigo; pero aquella niña aún está sollozando porque le tiene miedo. Tendría que hacer algo al respecto.

Charles le hizo señas para que se acercase y se limitó a pronunciar una palabra dulce —una palabra mágica australiana, según le contó luego a Richard, que significaba *leche*—; inmediatamente, Elsie se sintió reconfortada y vino a sentarse sobre las rodillas de Charles, jugando con los botones de su chaleco durante un rato, hasta que Charles la hizo marchar.

—Tiene usted extraños poderes —dijo Richard.

—Me gustan mucho los niños —respondió Charles—, pero el grito me alarmó; me alegro de no haber hecho lo que por un momento tuve la tentación de hacer.

—¿Qué era? —preguntó Richard.

—Pude haber gritado yo también —replicó Charles.

—Seguro que lo hubiesen preferido —dijo Richard—. Les hubiese parecido un juego estupendo. Seguramente esto es lo que esperaban que hiciera.

—Si yo hubiese gritado —dijo Charles—, mi grito los podría haber matado en el acto, o al menos los habría trastornado. Aunque lo más probable es lo primero, porque estaban muy cerca.

Richard sonrió tontamente. No sabía si debía reír o no, porque Charles hablaba con mucha seriedad y compostura. Por lo tanto, optó por decirle:

—¿Ah, sí? ¿Y qué clase de grito es ese? Déjeme oírle gritar.

—No solo podría hacerles daño a los niños con mi grito —repuso Charles—. También los hombres pueden volverse locos de remate al oírlo; incluso el más fuerte quedaría tendido en el suelo. Es un grito mágico que aprendí del jefe de demonios en el Territorio del Norte. Tardé dieciocho años en perfeccionarlo, y sin embargo solo he llegado a utilizarlo, en total, cinco veces.

Richard tenía la mente tan confusa, a causa del sueño y del pañuelo y de la palabra que le dijo a Elsie, que no sabía qué decir. Solo se le ocurrió murmurar:

—Le doy cincuenta libras si con un grito despeja este lugar.

—Veo que no me cree —dijo Charles—: ¿Es que no ha oído hablar nunca del grito del terror?

Richard meditó y dijo:

—Bueno, he leído algo sobre el grito heroico que utilizaban los antiguos guerreros irlandeses y que hacía retroceder a los ejércitos… ¿Y no fue Héctor, el troyano, el que sabía proferir un terrible grito? También sé que en los bosques de Grecia se oían unos gritos repentinos. Los atribuyeron al dios Pan y esos gritos infundían a los hombres un miedo enloquecedor; precisamente, de esta leyenda proviene la palabra «pánico». Y recuerdo otro grito mencionado en el *Mabinogion*, en la historia de Lludd y Llevelys. Era un chillido que se oía cada víspera del primero de mayo y que atravesaba todos los corazones, asustando de tal modo a los hombres que perdían el color y la fuerza, y las mujeres sus hijos, y los jóvenes y doncellas el juicio, y los animales, los árboles, la tierra y las aguas quedaban estériles. Pero este grito lo lanzaba un dragón.

—Sería un mago británico del clan de los dragones —dijo Charles—. Yo pertenecía a los Canguros. Sí, eso concuerda. El efecto no está descrito con exactitud, pero se aproxima bastante.

Llegaron a la casa a la una y Rachel estaba en la puerta, con la comida a punto.

—Rachel —dijo Richard—, te presento al señor Charles, que ha venido a comer. El señor Charles es un gran viajero.

Rachel se pasó la mano por la frente como para disipar una nube, pero pudo haber sido el brillo repentino del sol. Charles le cogió la mano y se la besó, cosa que la sorprendió. Rachel era graciosa, menuda, con ojos de un azul intenso que contrastaban con su cabello negro, delicada en sus movimientos y con una voz bastante grave; tenía un sentido del humor algo extraño.

(—Le gustaría Rachel —dijo Crossley—, algunas veces viene a visitarme aquí).

Sería difícil definir bien a Charles: era de mediana edad y alto, con el cabello gris y una cara que no estaba quieta ni por un momento; los ojos grandes y brillantes, unas veces amarillos, otras marrones y otras grises; su voz cambiaba de tono y de acento según el tema; tenía las manos morenas, con el dorso peludo y las uñas bien cuidadas. De Richard basta decir que era músico, que no era un hombre fuerte pero sí un hombre de suerte. La suerte era su fuerza.

Después de comer, Charles y Richard lavaron juntos los platos y de pronto

Richard le preguntó a Charles si le dejaría escuchar el grito, pues sabía que no se quedaría tranquilo hasta haberlo oído. Sin duda era peor pensar en una cosa tan terrible que oírla, porque ahora ya creía en el grito.

Charles dejó de fregar platos, trapo en mano.

—Como quiera —le dijo—, pero que conste que ya le he avisado de la clase de grito que es. Y si grito tiene que ser en un lugar solitario donde nadie más pueda oírlo; además, le advierto que no voy a gritar en el segundo grado, el grado que mata con certeza, sino solo en el primero, que únicamente horroriza. Cuando quiera que me detenga, tápese los oídos con las manos.

—De acuerdo —asintió Richard.

—Aún no he gritado nunca para satisfacer una frívola curiosidad —explicó Charles—; siempre lo he hecho cuando mis enemigos han puesto en peligro mi vida, enemigos blancos o negros, y una vez, cuando me encontré solo en el desierto. En aquella ocasión me vi forzado a gritar, para obtener comida.

Entonces Richard pensó: «Bueno, como soy un hombre de suerte, mi suerte me servirá incluso para esto».

—No tengo miedo —le dijo a Charles.

—Iremos a caminar por las dunas mañana temprano —sugirió Charles—, cuando aún no haya nadie, y entonces gritaré. Dice usted que no tiene miedo.

Pero Richard tenía mucho miedo, y lo que empeoraba su miedo era que de algún modo se sentía incapaz de hablarle a Rachel y contárselo, pues él sabía que de hacerlo o bien le prohibiría salir, o bien le acompañaría. Si le prohibía ir, el miedo al grito y un sentimiento de cobardía se cernirían sobre él para siempre, pero si ella iba con él y si luego resultaba que el grito no era nada, Rachel convertiría su credulidad en un nuevo motivo de burla y Charles se reiría con ella; por otra parte, si en efecto resultaba ser algo, ella corría el riesgo de enloquecer. Así pues, no dijo nada.

Invitaron a Charles a pasar la noche en su casa y se quedaron charlando hasta muy tarde.

Cuando ya estaban en la cama, Rachel le dijo a Richard que le gustaba Charles y que, desde luego, era un hombre que había visto mucho mundo, a pesar de ser un poco simple e infantil. Luego Rachel empezó a decir muchas tonterías. Había tomado un par de copas de vino, y casi nunca bebía.

—Oh, cariño —le dijo—, se me olvidó decirte una cosa. Esta mañana me puse los zapatos de la hebilla cuando tú no estabas, y vi que faltaba una. Seguro que anoche, antes de acostarme, me di cuenta de que la había perdido y sin embargo no debí registrar la pérdida en mi mente, por lo que en mi sueño se transformó en

descubrimiento; pero algo me dice…, mejor dicho, tengo la certeza de que el señor Charles guarda la hebilla en su bolsillo, y estoy segura de que él es el hombre a quien conocimos en nuestro sueño. Pero no me importa, en absoluto.

Richard empezó a sentir cada vez más miedo, y no se atrevió a contarle lo del pañuelo de seda negro y lo de las invitaciones de Charles a pasear con él por las dunas. Y lo que era peor, Charles solo había utilizado un pañuelo blanco mientras estaba en su casa, por lo que no podía estar seguro de si en realidad lo había visto o no. Volvió la cabeza hacia el otro lado y dijo sin convicción:

—Claro, Charles sabe muchas cosas. Voy a dar un paseo con él mañana temprano, si no te importa; un paseo muy de mañana es lo que necesito.

—Ah, yo también iré —dijo ella.

Richard no sabía cómo negárselo y comprendió que había cometido una equivocación al mencionarle lo del paseo.

—Charles se alegrará mucho. A las seis, entonces.

A las seis se levantó, pero Rachel, después del vino, tenía demasiado sueño para acompañarles. Lo despidió con un beso y él se marchó con Charles.

Richard había pasado mala noche. En sus sueños nada se presentaba en términos humanos, sino que todo era confuso y temible, y nunca se había sentido tan distante de Rachel en todo el tiempo que llevaban casados; además, el temor al grito aún le roía por dentro. Y también tenía hambre y frío. Soplaba un viento fuerte de las montañas hacia el mar y caían algunas gotas de lluvia. Charles casi no pronunció palabra; mascaba un tallo de hierba y caminaba de prisa.

Richard se sintió mareado y dijo a Charles:

—Espere un momento. Tengo flato en el costado.

Se detuvieron y Richard preguntó, jadeante:

—¿Qué clase de grito es? ¿Es fuerte o estridente? ¿Cómo se produce? ¿Cómo puede enloquecer a un hombre?

Al ver que guardaba silencio, Richard prosiguió, sonriendo tontamente:

—No obstante, el sonido es una cosa curiosa. Recuerdo que cuando estudiaba en Cambridge le tocó una noche a un alumno de King’s College leer el pasaje de la Biblia. No había pronunciado ni diez palabras cuando comenzó a oírse un crujido, acompañado de una resonancia y un rechinar, y seguidamente empezaron a caer trozos de madera y polvo del techo; resultaba que su voz estaba perfectamente armonizada con la del edificio y tuvo que callar porque podía haberse desplomado el techo, del mismo modo en que se puede romper una copa de vino si se acierta su nota en un violín.

Charles accedió a responder:

—Mi grito no es una cuestión de tono ni de vibración, sino algo que no puede explicarse. Es un grito de pura maldad, y no tiene un lugar fijo en la escala. Puede asumir cualquier nota. Es el terror puro, y si no fuera por cierta intención mía, que no necesito contarle, me negaría a gritar para usted.

Richard tenía el gran don del miedo, y esta nueva descripción del grito le inquietó todavía más; hubiese deseado estar en casa, en la cama, y que Charles se encontrase a dos continentes de distancia. Pero se sentía fascinado. Ahora estaban cruzando el herbazal, pasando entre la hierba fina, que le pinchaba a través de los calcetines y los empapaba.

Estaban ya en las desnudas dunas. Desde la más alta Charles miró a su alrededor; podía contemplar la playa que se extendía tres kilómetros o más. No se veía a nadie. En aquel momento Richard vio cómo Charles sacaba una cosa de su bolsillo y la usaba despreocupadamente para hacer malabarismos, lanzándola de la punta de un dedo a otra, impulsándola con el índice y el pulgar para que diera vueltas en el aire y luego recogiéndola sobre el dorso de la mano. Era la hebilla de Rachel.

Richard respiraba con dificultad, le latía violentamente el corazón y estuvo a punto de vomitar. Tiritaba de frío y al mismo tiempo sudaba. Pronto llegaron a un espacio abierto entre las dunas, cerca del mar. Había un banco de arena de cierta altura sobre el cual crecían unos cardos y un poco de hierba de un verde pálido, y el suelo estaba lleno de piedras, traídas hasta allí por el mar, años antes, según se deducía. Aunque el lugar estaba situado detrás del primer terraplén de dunas, había una abertura en la línea, quizá causada por la irrupción de una marea alta, y los vientos que continuamente corrían por aquel hueco lo dejaban limpio de arena. Richard tenía la mano en el bolsillo del pantalón, buscando calor, y se dedicó a enrollar nerviosamente un trozo blando de cera alrededor del índice derecho: el cabo de una vela que se le había quedado en el bolsillo la noche anterior, cuando bajó a cerrar la puerta.

—¿Está preparado? —preguntó Charles.

Richard asintió con la cabeza.

Una gaviota bajó hasta la cima de las dunas y volvió a alzar el vuelo, chillando, cuando les vio.

—Póngase junto a los cardos —dijo Richard con la boca seca— y yo me quedaré aquí donde están las piedras, no demasiado cerca. Cuando levante la mano, ¡grite! Cuando me lleve los dedos a los oídos, deténgase en seguida.

Así pues, Charles se desplazó unos veinte pasos hacia los cardos. Richard vio sus anchas espaldas y el pañuelo de seda negro que sobresalía de su bolsillo. Recordó el

sueño y la hebilla del zapato, y también el miedo de Elsie. Rompió su resolución y rápidamente partió en dos el trozo de cera y se tapó los oídos. Charles no le vio.

Se volvió, y Richard, como habían convenido, le hizo la señal con la mano para que lanzara el grito.

Charles se inclinó hacia adelante de un modo extraño, empujando la barbilla hacia fuera y mostrando los dientes. Richard jamás había visto tal mirada de terror en la cara de un hombre. Para esto no estaba preparado. La cara de Charles, que normalmente era blanda y cambiante, incierta como una nube, se endureció hasta parecer una áspera máscara de piedra, al principio blanca como la muerte, luego de un color rojo cada vez más intenso que se extendió desde los pómulos, y por fin negro, como si estuviera a punto de ahogarse. Entonces se le fue abriendo la boca hasta el máximo, y Richard cayó de bruces, con las manos sobre los oídos, en un desmayo.

Cuando volvió en sí se encontró solo, tendido entre las piedras. Se incorporó y, al sentirse entumecido, se preguntó si llevaría mucho tiempo allí. Se encontraba muy débil, con náuseas, y en el corazón un escalofrío más helado que el que sentía en su cuerpo. No podía pensar. Puso la mano en el suelo para levantarse y se apoyó en una piedra; era más grande que las demás. La cogió y palpó su superficie distraídamente. Su mente divagó. Empezó a pensar en el trabajo de zapatero, sobre el cual nunca había sabido nada pero cuyo arte le resultaba ahora totalmente familiar.

—Debo de ser un zapatero —dijo en voz alta.

Luego se corrigió:

—No, soy músico. ¿Será que me estoy volviendo loco?

Tiró la piedra; dio contra otra y rebotó.

—Veamos, ¿por qué habré dicho que era un zapatero? —se preguntó—. Hace un momento, me pareció que sabía todo lo que hay que saber sobre el oficio de zapatero, y ahora no sé nada en absoluto sobre el tema. Tengo que volver a casa con Rachel. ¿Por qué se me ocurriría salir?

Entonces vio a Charles sobre una duna, a unos cien metros de distancia, con la mirada perdida en el mar. Recordó su miedo y se aseguró de que aún tenía la cera metida en los oídos; se puso en pie tambaleándose. Notó como si algo se agitase en la arena y vio en ella un conejo tendido sobre un costado, retorciéndose a sacudidas, presa de convulsiones. Al acercarse Richard, la agitación cesó: el conejo estaba muerto. Richard se arrastró por detrás de una duna para no ser visto por Charles y luego echó a andar hacia su casa, corriendo con torpeza sobre la arena blanda. No había avanzado veinte pasos cuando encontró la gaviota. Estaba de pie sobre la arena, como atontada, y, en lugar de echar a volar cuando se acercó Richard, cayó muerta.

Richard no supo cómo llegó a casa, pero se encontró abriendo la puerta trasera y se arrastró a gatas escaleras arriba. Se destapó los oídos.

Rachel estaba incorporada en la cama, pálida y temblorosa.

—Menos mal que has regresado —dijo—. He tenido una pesadilla, la peor de toda mi vida. Fue espantoso. Yo estaba en mi sueño, en el más profundo sueño que he tenido, como el que ya te conté. Era como una piedra, y sentía que estaba próxima a ti; tú eras tú, estaba bien claro, aunque yo era una piedra, y tú sentías mucho miedo y yo no podía hacer nada para ayudarte, y tú esperabas algo y ese algo terrible no te ocurrió a ti sino a mí. No puedo decirte lo que era, pero sentía como si todos mis nervios chillaran de dolor al mismo tiempo, y me estuvieran atravesando una y otra vez con el rayo de alguna luz intensa y maligna que me hacía retorcer. Me desperté y mi corazón latía tan de prisa que apenas si podía respirar. ¿Crees que tuve un ataque cardíaco y que mi corazón se saltó un latido? Dicen que uno se siente así. ¿Dónde has estado, cariño? ¿Dónde está el señor Charles?

Richard se sentó en la cama y le cogió la mano.

—Yo también he tenido una mala experiencia —le dijo—. He salido a pasear junto al mar, con Charles, y mientras él se adelantaba para escalar la duna más alta, sentí como un desmayo y caí sobre un montón de piedras, y cuando recobré el sentido el miedo me había empapado en sudor y tuve que volver en seguida a casa. Así que he regresado solo, corriendo. Ocurrió hará cosa de media hora.

No le contó nada más. Le preguntó si podía volver a meterse en la cama y si ella podría preparar el desayuno. Eso era algo que no había hecho en todos sus años de casada.

—Estoy tan enferma como tú —contestó ella.

Quedaba entendido entre ellos que cuando Rachel estaba enferma, Richard tenía que encontrarse bien.

—No es verdad —le dijo él, y volvió a desmayarse.

Rachel le ayudó de mala gana a meterse en la cama, se vistió y bajó lentamente las escaleras. Pero un olor a café y bacon subió a su encuentro y allí estaba Charles, con el fuego encendido y dos desayunos sobre una bandeja. Fue tanto su alivio al no tener que preparar el desayuno y tanta su confusión debida a la experiencia que había tenido, que le dio las gracias y le dijo que era un sol. Él le besó la mano con seriedad y se la apretó. Había hecho el desayuno tal como a ella le gustaba: el café bien fuerte y los huevos fritos por ambos lados.

Rachel se enamoró de Charles. A menudo se había enamorado de otros hombres antes y después de su matrimonio, pero cuando ocurría tenía por costumbre

contárselo a Richard, igual que él acordó contárselo siempre a ella; de este modo, la pasión sofocada hallaba un desahogo y no había celos, porque ella siempre le decía (igual que él podía decírselo a ella): «Sí, estoy *enamorada* de fulano, pero solo te *amo* a ti».

Nunca había ido más lejos la cosa. Pero esto era diferente. De algún modo, no sabía por qué, no podía admitir que estaba enamorada de Charles, pues ya no amaba a Richard. Le odiaba por estar enfermo y le dijo que era un perezoso y un farsante. Así pues, sobre las doce Richard se levantó, pero anduvo gimiendo por el dormitorio hasta que ella le hizo volver a la cama con sus gemidos.

Charles le ayudó con el trabajo de la casa, guisando todas las comidas, pero no subió a ver a Richard porque no se lo habían pedido. Rachel se sentía avergonzada, y se disculpó ante Charles por la grosería de Richard al marcharse corriendo de aquel modo. Pero Charles explicó apaciblemente que no lo había tomado como un insulto; también él se había sentido extraño aquella mañana, como si algo malvado se agitara en el aire cuando los dos llegaron a las dunas. Ella le dijo que también había experimentado la misma extraña sensación.

Más tarde, Rachel descubrió que todo Lampton hablaba de lo mismo. El médico sostenía que se trataba de un temblor de tierra, pero la gente del campo decía que había sido el demonio que pasaba por allí. Había venido a buscar el alma negra de Solomon Jones, el guardabosque, a quien encontraron muerto aquella mañana en su casita cerca de las dunas.

Cuando Richard pudo bajar y caminar un poco sin lamentarse, Rachel lo mandó al zapatero a comprarle una hebilla nueva para su zapato. Lo acompañó hasta el fondo del jardín. El camino bordeaba una escarpada pendiente. Richard parecía enfermo y gemía levemente al andar, y Rachel, medio enfadada y medio en broma, le dio un empujón que lo mandó rodando cuesta abajo entre ortigas y hierros viejos. Luego corrió hacia la casa, riendo a carcajadas.

Richard suspiró, intentó a su vez reírse de la broma que le había gastado Rachel —pero ella ya se había ido—, se levantó con esfuerzo, sacó sus zapatos de entre las ortigas y al cabo de un rato escaló la pendiente despacio, salió por la verja y bajó por el sendero, deslumbrado por el resplandor del sol.

Cuando llegó a casa del zapatero, se sentó pesadamente. El zapatero se alegró de poder charlar con él.

—Tiene mala cara —dijo el zapatero.

—Sí —contestó Richard—, el lunes por la mañana tuve una especie de desmayo; solo ahora empiezo a recuperarme.

—¡Bueno! —exclamó el zapatero—. Si usted tuvo una especie de desmayo, ¿qué no tendría yo? Fue como si alguien me estuviese manoseando en carne viva, como si me hubieran despellejado. Era como si alguien hubiese cogido mi alma y estuviera haciendo malabares con ella, como se hace con una piedra, y luego la hubiese lanzado al aire, arrojándola muy lejos. Nunca se me olvidará la mañana del pasado lunes.

A Richard se le ocurrió la extraña idea de que era el alma del zapatero lo que él había tocado en forma de piedra. «Es posible —pensó— que las almas de cada hombre, mujer y niño de Lampton estén entre aquellas piedras». Pero no dijo nada de todo esto, pidió la hebilla y regresó a su casa.

Rachel le esperaba con un beso y una broma; Richard pudo haber guardado silencio, pues su silencio siempre le hacía sentirse avergonzada. «Pero ¿de qué me serviría? —pensó—. De la vergüenza pasa luego a la justificación y busca una riña por otro lado, que siempre es diez veces peor. Pondré buena cara y aceptaré la broma».

Se sentía infeliz. Y Charles se había instalado en la casa: trabajador, con voz suave, y poniéndose continuamente de parte de Richard contra las mofas de Rachel. Eso resultaba mortificante porque a Rachel no le importaba.

(—Lo que ahora sigue —dijo Crossley— es el toque cómico, el relato de cómo Richard volvió a las dunas, al montón de piedras, e identificó las almas del médico y del párroco —la del médico porque tenía forma de botella de *whisky*, y la del párroco porque era negra como el pecado original— y cómo se demostró a sí mismo que esta idea no era una fantasía. Pero me saltaré este trozo y llegaré al momento en que Rachel, dos días más tarde, se volvió de pronto afectuosa y amó a Richard, según ella, más que nunca).

La razón era que Charles se había marchado, no se sabía adónde, mitigando durante su ausencia la magia de la hebilla, porque tenía la seguridad de que podría renovarla a su vuelta. Al cabo de un par de días Richard ya se encontró mejor y todo regresó a la normalidad, hasta que una tarde se abrió la puerta y allí estaba Charles.

Entró sin saludar siquiera y colgó el sombrero en la percha. Se sentó al lado del fuego y preguntó:

—¿Cuándo estará lista la cena?

Richard miró a Rachel, arqueando las cejas, pero Rachel parecía fascinada por aquel hombre.

—A las ocho —respondió con su voz grave e, inclinándose, le sacó las botas llenas de fango y le trajo un par de zapatillas de Richard.

—Bien. Ahora son las siete —dijo Charles—. Dentro de una hora, la cena. A las nueve, el chico traerá el periódico de la tarde. A las diez, Rachel, tú y yo dormiremos

juntos.

Richard pensó que Charles había enloquecido repentinamente. Pero Rachel respondió serenamente:

—Pues claro que sí, querido.

Luego se volvió hacia Richard con una mirada perversa y le dijo:

—Y tú, hombrecito, ¡ya te estás largando!

Y le dio una bofetada en la mejilla, con todas sus fuerzas.

Richard se quedó aturdido, acariciándose la mejilla. Como no podía creer que Rachel y Charles se hubieran vuelto locos a la vez, debía de ser él el loco. De todos modos, Rachel era una mujer que sabía lo que quería y tenían un pacto secreto mediante el cual si alguno de los dos alguna vez quisiese romper la promesa del matrimonio, el otro no tenía que impedírselo. Habían hecho este pacto porque querían sentirse unidos por amor más que por ceremonia. Así pues, con toda la calma que pudo reunir, dijo:

—Muy bien, Rachel. Os dejaré solos.

Charles le lanzó la bota, diciendo:

—Si metes la nariz en la puerta a partir de este momento y hasta la hora del desayuno, gritaré hasta dejarte sin orejas.

Cuando Richard salió, esta vez no sintió miedo sino un frío interior y la mente bastante despejada. Abrió la verja, bajó por el sendero y atravesó el herbazal. Faltaban aún tres horas para la puesta de sol. Bromeó con los niños que jugaban un improvisado partido de críquet en el campo de la escuela. Empezó a tirar piedras, haciéndolas rozar la superficie del agua. Pensó en Rachel y los ojos se le llenaron de lágrimas. Entonces empezó a cantar para consolarse.

—Dios mío, debo de estar loco de verdad —dijo—, y ¿dónde demonios está mi suerte?

Por fin llegó a las piedras.

—Ahora encontraré mi alma en este montón —murmuró—, y la romperé en cientos de pedazos con este martillo.

Había cogido el martillo de la carbonera al salir.

Entonces empezó a buscar su alma. Ahora bien, se puede reconocer el alma de otro hombre o de otra mujer, pero uno nunca puede reconocer la suya propia. Richard no pudo encontrar la suya. Pero dio por casualidad con el alma de Rachel y la reconoció (una piedra delgada y verde con centelleos de cuarzo) porque ella estaba alejada de él en aquel momento. Junto a esta había otra piedra, un sílex feo e informe, de un color marrón abigarrado.

—Voy a destruir esto —juró—, debe de ser el alma de Charles.

Besó el alma de Rachel y fue como besar sus labios. Luego tomó el alma de Charles y alzó el martillo.

—¡Te golpearé hasta convertirte en cincuenta fragmentos! —gritó.

Se detuvo. Richard tenía escrúpulos. Sabía que Rachel amaba a Charles más que a él, y se sintió obligado a mantener el pacto. Había otra piedra (la suya, sin duda), al otro lado de la de Charles; era lisa, de granito gris, y del tamaño de una pelota de críquet.

—Romperé mi propia alma en pedazos y este será mi final —se dijo a sí mismo.

El mundo se tornó negro, la vista se le nubló y estuvo a punto de desmayarse. Pero se recuperó y con un tremendo grito dejó caer el martillo —crac, y otra vez, crac — sobre la piedra gris.

Se partió en cuatro trozos, despidiendo un olor que parecía de pólvora, y cuando Richard se dio cuenta de que aún estaba vivo y entero, empezó a reír y a reír. ¡Oh, estaba loco, completamente loco! Tiró el martillo, se tumbó, exhausto, y se quedó dormido.

Se despertó cuando se ponía el sol. De regreso a casa iba confuso, pensando: «Esto ha sido una pesadilla y Rachel me ayudará a salir de ella».

Cuando llegó a las afueras del pueblo encontró a un grupo de hombres que hablaban animadamente bajo un farol. Uno decía:

—Ocurrió sobre las ocho, ¿verdad?

—Sí —dijo el otro.

—Estaba más loco que una cabra —comentó otro—. Decía: «Si me tocan gritaré. Gritaré hasta que les dé algo a todo este maldito cuerpo de policía. Gritaré hasta volverles locos». Y entonces dice el inspector: «Vamos, Crossley, ponga las manos en alto; por fin le tenemos acorralado». «Les doy una última oportunidad. Márchense y déjenme solo, o gritaré hasta dejarlos tiesos», dice el otro.

Richard se había detenido a escuchar.

—¿Y qué le ocurrió entonces a Crossley? —siguió el otro—. ¿Y qué dijo la mujer?

—«Por lo que más quiera, márchese o le matará», le dijo la mujer al inspector.

—¿Y gritó?

—No gritó. Se le arrugó la cara y respiró profundamente. ¡Qué espanto de hombre! En mi vida había visto una cara como aquella. Luego tuve que tomarme tres o cuatro coñacs. Y al inspector va y se le cae el revólver y se le dispara, pero nadie se hizo daño. Entonces, de pronto ese hombre, Crossley, presenta un cambio. Se da unas palmadas en los costados, y luego en el corazón, y la cara se le pone otra vez lisa y

como muerta. Entonces se echa a reír y a bailar, y a hacer cabriolas, y la mujer le mira fijamente y no se cree lo que ve, y la policía se lo lleva. Si al principio estaba loco, luego se volvió chiflado pero inofensivo, y no les causó ningún problema. Se lo han llevado en una ambulancia al manicomio de West County.

Así que Richard volvió a casa con Rachel y se lo contó todo y ella también a él, aunque no había mucho que contar. No se había enamorado de Charles, dijo Rachel; solo había querido importunar a Richard y nunca había dicho nada ni había oído decir nada a Charles que se pareciese en lo más mínimo a lo que contaba Richard; debía de formar parte de su sueño. Ella le había amado siempre y únicamente a él, a pesar de sus defectos, que se puso a enumerar: su tacañería, su locuacidad, su desorden… Charles y ella habían cenado tranquilamente y a ella le había parecido muy mal que Richard se marchara de aquel modo, sin dar explicación alguna, y que hubiese estado tres horas fuera. Charles pudo haberla asesinado. Incluso había empezado a darle algún empujón, para divertirse, porque quería que bailase con él. Luego habían llamado a la puerta y el inspector había gritado:

—Walter Charles Crossley, en nombre del rey, queda arrestado por el asesinato de George Grant, Harry Grant y Ada Coleman en Sydney, Australia.

Al oír esto, Charles se había vuelto loco de remate. Dirigiéndose a una hebilla de zapato que había sacado del bolsillo, había dicho:

—Guárdala para mí.

Y a los policías les dijo que se fueran o gritaría hasta matarles. Acto seguido, hizo una mueca aterradora y entonces le sobrevino una especie de ataque de nervios.

—Era un hombre bastante agradable —concluyó Rachel—, ¡me gustaba tanto su cara y siento tanta lástima por él!

—¿Le ha gustado la historia? —preguntó Crossley.

—Sí —dije yo, ocupándome del tanteo—, un estupendo cuento milesiano. Lucio Apuleyo, le felicito.

Crossley se volvió hacia mí con expresión preocupada, los puños cerrados, tembloroso.

—Cada palabra es cierta —dijo—; el alma de Crossley se rompió en cuatro pedazos y yo soy un loco. No es que culpe a Richard ni a Rachel. Forman una agradable pareja de tontos enamorados y nunca les he deseado ningún daño; a menudo me vienen a visitar aquí. De todos modos, ahora que mi alma yace rota en pedazos, he perdido mis poderes. Solo me queda una cosa —añadió—, y esa cosa es

el grito.

Yo había estado tan ocupado llevando la puntuación y escuchando la historia al mismo tiempo, que no había notado la tremenda acumulación de nubes negras que se iban acercando hasta extenderse por delante del sol y oscurecer todo el cielo. Cayeron gotas de lluvia tibias, nos deslumbró el destello de un relámpago y con él sonó el violento y seco estampido del trueno.

En un momento, reinó la confusión. Cayó una lluvia que lo empapaba todo, los jugadores echaron a correr buscando abrigo y los locos empezaron a chillar, a rugir y a pelearse. Un joven alto, el mismo B. C. Brown que en otro tiempo había jugado con el equipo de Hants, se quitó toda la ropa y corría por allí en cueros. Fuera de la cabina, un hombre viejo con barba se puso a rezarle al trueno:

—¡Bah! ¡Bah! ¡Bah!

A Crossley los ojos se le contraían de orgullo.

—Sí —dijo, señalando el cielo—, el grito se parece a esto; esta es la clase de efecto que produce, pero yo puedo mejorarlo.

De pronto, la cara se le inmutó y su expresión reflejó tristeza y una preocupación infantil.

—¡Dios mío! —exclamó—. Me volverá a gritar ese Crossley, ya lo verá. Me helará hasta la médula.

La lluvia repiqueteaba sobre el tejado de zinc y casi no podía oírle. Otro relámpago, otro estampido seco de trueno, aún más fuerte que el primero.

—Pero eso no es más que el primer grado —gritó en mi oído—, es el segundo grado el que mata. Ah —continuó—, ¿es que no me entiende? —Me sonrió neciamente—. Ahora yo soy Richard y Crossley me va a matar.

El hombre desnudo iba corriendo de aquí para allá, blandiendo un palo de *wicket* en cada mano y chillando; una escena desagradable.

—¡Bah! ¡Bah! ¡Bah! —rezaba el viejo, mientras la lluvia le caía a chorros por la espalda desde el sombrero que llevaba echado hacia atrás.

—Tonterías —le dije—, sea un hombre y recuerde que usted es Crossley. Usted le da mil vueltas a Richard. Tomó parte en un juego y perdió. Richard tuvo la suerte, pero usted aún tiene el grito.

Yo mismo me sentía un poco loco. Entonces el médico del manicomio entró corriendo en la cabina, con los pantalones blancos chorreando, las defensas y los guantes aún puestos, y sin las gafas. Había oído cómo levantábamos la voz y separó violentamente las manos de Crossley de las mías.

—¡A su dormitorio en seguida! —le ordenó.

—No me iré —dijo Crossley, orgulloso de nuevo—, ¡miserable domador de serpientes y tartas de manzana!

El médico lo agarró por la chaqueta e intentó sacarle a empujones.

Crossley lo echó a un lado, con los ojos encendidos, dementes.

—Salga —le ordenó— y déjeme aquí solo, o gritaré. ¿No me oye? Gritaré. Os mataré a todos, ¡malditos! Gritaré hasta echar abajo el manicomio, y no dejaré piedra sobre piedra. Quemaré la hierba. Gritaré.

Tenía la cara desfigurada por el terror. Una mancha roja apareció en cada pómulo y se extendió por toda su cara.

Me tapé los oídos con los dedos y salí corriendo de la cabina. Había corrido unos veinte metros cuando una indescriptible y súbita quemazón me hizo girar como una peonza, dejándome aturdido y entumecido. No sé cómo logré escapar de la muerte; supongo que soy un hombre con suerte, como el Richard de la historia. Pero el rayo cayó sobre Crossley y el médico y los mató.

El cadáver de Crossley fue hallado rígido; el del médico estaba acurrucado en un rincón, con las manos en las orejas. Nadie se lo explicaba, porque la muerte había sido instantánea y el médico no era persona de taparse los oídos para no oír los truenos.

Resulta un final bastante insatisfactorio decir que Rachel y Richard eran los amigos con quienes me hospedaba. Crossley los había descrito muy acertadamente, pero cuando les conté que un hombre llamado Charles Crossley había muerto fulminado por un rayo junto con su amigo el médico, parecieron tomarse la muerte de Crossley como cosa de poca importancia comparada con la del doctor. Richard no se inmutó y Rachel dijo:

—¿Crossley? Creo que era aquel hombre que se hacía llamar «El ilusionista australiano» y que nos hizo aquella fantástica demostración de magia el otro día. Su único accesorio era un pañuelo de seda negro. ¡Me gustaba tanto su cara! Ah, y a Richard no le gustaba en absoluto.

—No, no soportaba su forma de mirarte sin cesar —dijo Richard.

AGUACATES

El padre de Tom era un farmacéutico respetable de Birmingham, un socialista cristiano de la vieja escuela, y Tom, que fue alumno externo en una buena escuela secundaria de la ciudad y obtuvo unas notas excelentes y entró en Oxford con una beca y no tenía amigos allí salvo entre el grupo de serios laboristas de la Facultad Ruskin, era sorprendentemente ignorante en lo que respecta a ciertos hechos perversos pero cotidianos de la vida. Un día, vino a pedirme el diccionario de francés. Le pregunté qué palabra quería buscar.

—Nada, el nombre de una fruta —me dijo restándole importancia.

Pero yo le había dejado el diccionario a otra persona.

—Da igual —dijo.

Entonces me contó la historia.

—Hace un mes fui a pasar un fin de semana a París, y dediqué la primera tarde a deambular por ahí curioseando un poco (era la primera vez que iba a la ciudad). Anduve sin desviarme en una misma dirección hasta que llegué a un barrio muy pobre… No sé cuál era, pero estaba hacia el norte. Las calles eran estrechas y estaban abarrotadas de basura. Al cabo de un rato, me topé con dos policías: no paraban de darle patadas a un hombre que había tirado junto a la alcantarilla. Tenía una brecha considerable en el cráneo y muy mal aspecto; desde luego, no le quedaban fuerzas para pelear. Corrí hacia ellos y le pegué una patada voladora al policía más grande, por la espalda, de modo que lo aventé contra el suelo. Luego le di una patada al otro policía y también lo tiré al suelo. Mis patadas son fantásticas: las he aprendido de esos largos tiros a puerta de Dorrell, de «The Villa». Los policías vieron que yo tenía malas pulgas y huyeron corriendo.

No llevaba sombrero (nunca llevo), pero sí una bufanda al cuello, así que los amigos del hombre tirado salieron de donde fuera que estaban escondidos, seguro que en algún portal (eran comunistas), y empezaron a abrazarme y darme palmadas en la espalda. Cuando respondí en inglés, al principio se sorprendieron, pero dijeron: «*Vous êtes bon camarade, tout de même*». Me contaron que no habían atacado a los policías porque llevaban pistola y no solían tener miedo a usarla. Me pareció bien. Así que fuimos todos a un *pub* y me pidieron un café (no bebo alcohol, ya sabes). El hermano del hombre a quien había rescatado se nos unió más tarde. Era capataz de una imprenta y hablaba un poco de inglés. Me dijo lo agradecido que estaba y se ofreció a

enseñarme las vistas de París. Para empezar, me llevó a dar una vuelta por los suburbios… ¡Dios mío! Era un sitio apestoso, de verdad. Peor incluso que lo que había visto cuando colaboré con ese estudio de las condiciones de la vivienda en Glasgow para el Departamento de Investigación Laborista. «Bueno, ahora vayamos a otra parte más elegante —dije—. El dinero lo pongo yo». El impresor se echó a reír y dijo que antes teníamos que disfrazarnos como buenos burgueses. Así pues, volví al hotel para cambiarme de ropa y me reuní con él más tarde en Montmartre. Era un hombretón corpulento y tenía un aspecto magnífico; le había pedido un esmoquin a otro de sus hermanos, que era camarero; y a modo de broma, se había puesto un lazo de la Legión de Honor en el ojal, para que quedara más realista.

Fuimos a un espectáculo que se llamaba *La Revue Ultra-Nue*, y así era; como esas cosas no me interesan nada, no nos quedamos mucho. Luego me llevó a ver un burdel de moda. Su hermana era conserje en el local, así que no tuvimos que pagar entrada, y tomamos unas copas de champán con las chicas que no estaban trabajando en ese momento; el impresor les explicó que yo no era un cliente, sino un joven formal interesado en estudiar las condiciones sociales. Todas las mujeres eran comunistas, así que congeniamos; fueron bastante francas en cuanto a su profesión: «*Il faut vivre*», me dijeron encogiéndose de hombros, y una de ellas, que era italiana (ya sabes que hablo un poco de italiano), me contó cuáles eran sus ambiciones. Iban a ahorrar durante cinco o seis años hasta que acumularan una cantidad considerable para después jubilarse. Era un local que frecuentaban muchos estadounidenses, y *Madame la Propriétaire*, aunque monárquica, era una persona decente, y no se agenciaba un porcentaje demasiado alto de lo que ganaban las chicas. De modo que, cuando hubieran ahorrado no sé cuántos francos (calculé que eran unas 500 libras), pondrían un anuncio para encontrar marido en una de las publicaciones matrimoniales: «*Jeune fille avec tâche désire mari affectueux*», y se asegurarían de dar con uno bueno. «*Avec tâche*» significa «de segunda mano». «Y al fin y al cabo —me dijo la chica italiana—, esta es la mejor escuela posible para aprender "*comment plaire à son mari*". Todos los hombres son iguales».

Después fuimos a un combate de lucha libre, y allí vimos a dos hombres prácticamente desnudos de una gordura descomunal que rodaban por el suelo. Como iban muy bien engrasados, no podían agarrar con fuerza al contrincante, pero al final uno lo consiguió y empezó a romperle el brazo poco a poco al otro luchador. ¡Me repugnaba esperar a oír el crujido! Así que nos marchamos. ¡Si hubieras visto la cara de sádicos de los jovenzuelos que contemplaban el combate!

A continuación vimos a la gente que salía de la *Opéra*, y el impresor escupió y

murmuró: «*Assassins!*». Había un grupo de cuatro hombres clavados a una caricatura, con sombreros de copa, monóculos y bastón, y le dije: «Sigámoslos». Así que los seguimos hasta un restaurante ostentoso. Era un sitio horripilante, forrado de moqueta, con espejos y cuadros grandes de ninfas y sátiros. Nos sentamos en un rincón y el impresor pidió ostras y le dijo una cosa al camarero: debía de ser una contraseña comunista o algo así, porque cuando pagué las ostras con un billete de veinte francos, me devolvieron veinte francos de cambio.

El caso es que nos sentamos allí y me puse a mirar por el rabillo del ojo a los cuatro comediantes, mientras el impresor me contaba los entresijos del comunismo. Al parecer, tenía un cargo importante dentro del Partido; ya me había dado cuenta de que sus amigos, aunque lo llamaban Camarada, lo hacían como si fuera un título. Ojalá hubiera entendido todo lo que decía. Se emocionó y hablaba muy rápido. Me contó que había sido encargado en una fábrica de municiones durante la guerra y que saboteó el cargamento durante dos o tres años, hasta que lo descubrieron; entonces había tenido que desaparecer rápidamente en uno de los barrios apaches de París, donde vivían los desertores del ejército en una especie de fuerte, y la policía no se atrevía a hacer redadas allí porque sabía que tenían bombas y fusiles e incluso ametralladoras. Por lo menos, eso es lo que saqué en claro de la historia.

Mientras conversábamos vi a un chaval de mi edad (no, era un poco más joven, pongamos unos diecinueve) que miraba la comida desde el ventanal. Era guapo, pero parecía muerto de hambre. Seguí escuchando al impresor, que estaba de espaldas a la ventana, y esperé a que terminase de contar su historia: se me ocurrió que podía invitar al muchacho a comer. Bueno, pues me llevé una sorpresa. El que parecía más viejo de los cuatro comediantes, un tipo rollizo con voz de *falsetto*, vio al chico, salió a toda prisa y volvió a entrar tirando de él. Le obligó a sentarse a su mesa y llamó al camarero para que le pusiera un plato. El camarero preparó un cubierto más, procurando que no se notara la irritación, pero yo me di cuenta de que estaba furioso: se hincaba en la palma los dedos de la mano que tenía libre. El chico parecía cohibido, pero contento ante la idea de poder comer. Así que el tipo gordinflón intentó tranquilizarlo presentándolo al resto. Hacía casi una hora que habían salido de la ópera y los cuatro estaban ya medio contentos. Conforme iba diciendo sus nombres en voz alta, ellos se levantaban con poca estabilidad y decían con una voz repugnante y desdeñosa: «*À votre service, monsieur*». Uno era el conde de no sé qué y el otro el marqués de no sé cuántos, y el tercero era el sobrino del ministro de la Guerra. El hombre gordo era el editor de uno de los principales periódicos monárquicos.

Pidió ostras para el muchacho, aunque era evidente que el chico no quería ostras:

quería un buen chuletón de carne con patatas y col y más cosas. Se comió las ostras de una manera muy rara, porque no quería parecer muerto de hambre: pero primero devoró las rebanadas de pan moreno con mantequilla que sirven de acompañamiento. Entonces se limpió la boca y les dio las gracias. El tipo gordo y el sobrino del ministro de la Guerra empezaron a hablar del muchacho en italiano; no entendí ni una palabra. No tenía sentido. Se pusieron como cubas y hablaron de sus preciosos ojos, de lo fuerte que era; podrían haber sido un par de abuelas alabando a su nieto, que acababa de unirse a la leva para hacer el servicio militar. Al marqués y al conde no les interesaba el muchacho. Hablaban de los senos femeninos con suma seriedad y precisión, como si trabajaran en el sector de la corsetería. Empezaron a hacer dibujos en el mantel con el portaminas dorado del conde; primero lo habían intentado con la pluma del marqués, pero la tinta se emborronaba.

El camarero se acercó y deslizó un papel en la mano del impresor. Este lo leyó, lo arrugó y se lo metió en el zapato. Entonces interrumpió su relato de la pelea de esa mañana (no te he dicho que todo esto ocurrió el primero de mayo, cuando el impresor había estado a punto de matar a un monárquico dándole un golpe en la cabeza con otro monárquico, porque el primer monárquico había intentado boicotear su desfile) y empezó a prestar atención a la otra mesa.

El chico, después de acabarse las ostras, quería disculparse, despedirse y largarse, seguramente para dormir en el Bois. Tenía aspecto de necesitar una siesta. Pero el tipo gordo a quien llamaban *Mon cher Grégoire* no le dejó. Dijo que el angelito, refiriéndose al muchacho, tenía que tomar postre. Se me ha olvidado decírtelo, pero ya le habían dado dos o tres vasos de *brandy* rancio y el chico estaba un poco mareado, o lo parecía. Por cómo había devorado el pan moreno y la mantequilla, no podía llevar mucho en el estómago. *Mon cher Grégoire* y el sobrino del ministro de la Guerra habían intercambiado el puesto con los otros dos y ahora estaban sentados junto al chico, y lo retenían con gentileza, agarrándolo de los brazos con un afecto casi enfermizo.

Grégoire llamó al camarero, que parecía aún más furioso que antes, pero no quería quedarse sin empleo por negarse a hacer lo que le mandaban. Grégoire le preguntó qué fruta tenía y él contestó: «De todo tipo, señor». «Bien —dijo Grégoire—. A ver, ¿qué comida de los ángeles podría apetecerle a mi pequeño Cupido?» (El impresor me tradujo la pregunta, porque no reconocí la palabra *cupidon*). ¿Le apetecía guayaba, caqui o pomelo? El muchacho negó con la cabeza.

—*Alors une pêche?*

—*Merci, monsieur*.

—*Alors, ananas?*

—*Merci, merci, monsieur!*

—*Alors, une poire d'Avocado?*

—*Merci, merci, monsieur*.

El chico estaba a punto de echarse a llorar del apuro y la gratitud mezclados con una vergüenza creciente, incluso temor. El sobrino del ministro de la Guerra había apoyado su cabeza rubia y aseada sobre el hombro del muchacho, y estaba citando a Racine o algo así. Grégoire volvió a llenar la copa del chico y dijo con cierta impaciencia que *monsieur* Pierre (el chico se llamaba Pierre) era irritantemente caprichoso con el postre. Continuó enumerando frutas: mandarinas y nísperos y mangos y Dios sabe qué más. Entonces el sobrino cogió la mano de Pierre y empezó a admirarla, qué dedos tan fuertes y firmes, qué muñeca tan delgada, y en ese momento la levantó en el aire y empezó a besarla. Nunca había visto nada tan divertido. Supongo que era el que más borracho iba de los cuatro. El conde y el marqués seguían debatiendo sobre senos, pero con total incoherencia. Sin embargo, Grégoire no estaba tan borracho.

El caso es que por fin el chico gritó con voz histérica pero en cierto modo orgullosa:

—*JE SUIS OUVRIER! AU DIABLE AVEC VOS POIRES D'AVOCADO!*

Intentó levantarse, pero no pudo, porque el sobrino le había clavado las garras y le estaba besando el cuello. Pero Grégoire no se inmutó en absoluto; se dirigió al camarero y le dijo:

—*Alors, garçon. De la merde pour ce monsieur*.

En fin, en ese momento el impresor cogió la jarra de agua y fue decidido hacia Grégoire para estampársela en la cabeza. Entonces separó al sobrino y lo empujó hasta tirarlo al suelo, y agarró al muchacho para sacarlo de allí. Lo metió en un taxi que pasaba por casualidad y se marcharon a toda prisa. El camarero fingió intentar detenernos, pero en realidad no opuso resistencia cuando lo empujé contra una puerta. En cuanto vio que el chico y el impresor estaban a salvo en el taxi, empezó a tocar un silbato como los de la policía. Pero, por supuesto, el taxi se esfumó. Le tiré un panecillo al marqués, que le golpeó en la mejilla, y me sentí mejor. Resultó que mi hotel quedaba a menos de cien metros de allí, así que pude escabullirme sin problemas.

No volví a ver al impresor ni al chico. Ahora me he puesto a pensar en ellos y me preguntaba qué clase de fruta sería *merde*.

EL VIEJO PAPÁ JOHNSON

En julio de 1916 estuve internado en un hospital junto con un capitán llamado H. H. Johnson, del cuerpo de Intendencia del Ejército, que tenía por costumbre referirse a sí mismo en tercera persona como «el viejo papá Johnson». Yo sufría una herida de pulmón, y él tenía la pelvis gravemente dañada.

—¡Qué ocurrencia más inoportuna! —decía—. Imagínate, ¡el viejo papá Johnson, nada menos, derribado por la coz de una mula del ejército en plena guerra europea! —Y para evitar cualquier malentendido añadía—: No, el cuerpo de Intendencia no es mi cuerpo, solo lo es de momento, por conveniencia. En realidad, soy de caballería; estuve con los lanceros durante quince años, a intervalos. Estuve con ellos en La Cateau y allí me hirieron. Luego volví a alistarme en Ypres y me volvieron a dar. Esta vez fue metralla en lugar de balas, y la junta de médicos me declaró «inútil total para el servicio activo». Así que me trasladé al cuerpo de Intendencia (sí, ya sé que vosotros, los impetuosos oficiales de infantería, miráis a este respetable cuerpo por encima del hombro); tampoco a mí me apasionaba hacer de mozo de panadero o de repartidor en una carnicería. De todos modos, era mejor que permanecer en Inglaterra. Pero ahora esta absurda mula…

Papá Johnson tenía unos cuarenta y cinco años, espalda muy ancha, estatura mediana según pude juzgar (aunque es difícil juzgar la estatura de un hombre a quien solo se ve en posición horizontal), y cara de comediante. Solo en una ocasión le vi cambiar esa expresión y fue cuando un enfermero del hospital se mostró impertinente. Entonces las facciones se le endurecieron como una piedra, y su voz, que normalmente era también la de un comediante, se volvió áspera como la de un cabo de instrucción. El enfermero quedó aterrorizado. Papá Johnson se pasaba la mitad del tiempo diciendo increíbles tonterías y las enfermeras se morían de risa. Una vez tuve que pedirle que se callara porque era malo para mi herida reírme de aquel modo; podía originar una nueva hemorragia. Tenía un pequeño neceser con un espejo y maquillajes, y un surtido de barbas y bigotes. Mientras la enfermera jefe Morgan le tomaba la temperatura, se metía debajo de las mantas con una linterna de bolsillo —y el termómetro en la boca— y cuando habían pasado los dos minutos aparecía con un nuevo y sorprendente disfraz. Los otros dos únicos accesorios teatrales eran un pañuelo y una toalla. La enfermera Morgan le arrebataba el termómetro con cara seria y entonces él decía:

—Hola, chicos y chicas, ¡soy la reina Victoria en sus tiempos de joven esposa y madre! —O bien—: Tened cuidado, viejos malvados, pues soy la viuda Twankey. —O bien—: Préstame tu oído, oh Benjamín, pues yo soy Saúl, el hijo de Cis, en busca de los burros de su padre.

Ella no podía por menos que reír. Y él insistía en hacer el papel de algún personaje hasta que traían el desayuno. Los bíblicos eran su especialidad.

Un día le estaba observando mientras trabajaba en un complicado juego que consistía en recortar papel. Doblaba una hoja de periódico, primero de una forma y luego de otra, recortando cuidadosamente aquí y allá con un par de tijeras de las uñas; me dijo que cuando lo abriera sería lo que él llamaba una «Ceremonia de bubúes en Sumatra». Sabía mil trucos de esta clase. Le cité un verso de los salmos que venía al caso —no recuerdo cuál— y me dijo, moviendo la cabeza con gesto apenado:

—No, no, Gravesín, eso no te ha salido nada bien. Al viejo papá Johnson nunca debes citarle mal los Salmos de David, hijo, porque se los sabe todos de carrerilla.

Y así era, como pude comprobar cuando le desafié; lo mismo sucedía con los Proverbios, y con el Evangelio según san Marcos («Este es el que me suena más auténtico —me decía—; los demás me dan la impresión de haber sido manoseados por alguien para demostrar alguna cosa»), y con los *Sonetos* de Shakespeare. Yo me quedé estupefacto.

—¿Dónde demonios aprendió todo eso? —le pregunté—. ¿En un colegio de jesuitas, como castigo a su carácter independiente?

—No, no, no; ¡piensa con la cabeza, hijo! ¿Crees que los jesuitas utilizan los *Sonetos* como texto? Casi todo lo que sé lo aprendí en el Antártico (fui allí con dos expediciones) cuando estábamos aprisionados por la nieve. También empollé en el Ártico. Pero cuando más aprendí fue cuando estuve de delegado de la Corona en la isla Desolación.

—¿Y eso dónde está? ¿Es una de las islas Fidji?

—No, no, no, criatura. Eso también está en el Antártico. Es el punto más meridional bajo bandera británica. El nombramiento se hace anualmente; podría decirse que está bien pagado (aunque otros no estarían de acuerdo) con mil libras al año, todo incluido. Normalmente, es un escocés el que desempeña el cargo. A los escoceses no les importa vivir completamente solos en un lugar desértico donde rugen los vientos, como nos importa a nosotros los ingleses, pues son gente muy, muy sana. Pero mi antecesor escocés solo lo resistió nueve meses, mientras que yo aguanté dos años; y es que el viejo papá Johnson está un poco loco. Siempre ha sido así, desde que era niño. Por tanto, no le pasó nada malo allí. Además, tuvo compañía durante los

últimos diez meses.

—Si la isla es un lugar desértico, ¿de qué sirve tener allí un delegado y gastarse todo ese dinero en él? ¿Es únicamente para impedir que cese el derecho británico? ¿O es que hay depósitos minerales en espera de ser explotados?

Johnson dejó cuidadosamente a un lado sus «bubúes» recortables antes de responder. Por cierto, se trataba del regalo de cumpleaños para la enfermera jefe. Johnson se desvivía por caerle bien a Morgan, aunque yo no comprendía por qué. Era una enfermera del servicio voluntario, de mediana edad e incompetente, y siempre trataba de hacerse la gran dama entre las demás enfermeras, que la odiaban. Pero con Johnson se portó muy bien después de cierto tiempo, y a mí me empezó a caer simpática, aunque cuando estaba en otra sala me había parecido detestable.

—Como delegado de la Corona, he de hacerle saber, capitán Graves, que mi deber era supervisar las aduanas de Su Majestad, registrar las importaciones y exportaciones, desempeñar el cargo de jefe de correos y funcionario de obras públicas, y ser, además, el único responsable de mantener la *Pax britannica* en las regiones antárticas…; en caso necesario con una cuerda o un revólver.

Nunca sabía cuándo papá Johnson estaba bromeando, así que dije:

—Sí, excelencia, y supongo que los pingüinos y los renos necesitaban muchos cuidados; y como se mandarían tantas postales unos a otros, debía usted de estar ocupadísimo en la estafeta.

—*¡Jignorancia!* —saltó papá Johnson, en el tono necio que utilizaba cuando hacía el papel de viuda Twankey—. ¿Conque renos, eh? No jay tales janimales jen toda la Jantártida. Esos malditos renos solo jabitan járeas járticas. Y tampoco jabía pingüinos, ni un solo pingüino en toda jaquella jisla. Jabía petreles y págalos, y jelefantes marinos que venían de visita, pero esos no causaban problemas, esos no. —Luego continuó con su voz normal—: El valor bruto de las importaciones y de las exportaciones en los dos años que permanecí allí ascendió a… ¡adivina, criatura!

Me negué a adivinar, y él me informó de que la respuesta correcta era algo más de un millón setecientas mil libras esterlinas.

—Es que tenía que haberte explicado, Gravesín, que la isla Desolación tiene un puerto que queda más o menos descongelado durante uno o dos meses al año, allá por Navidad. Entonces arriban allí los balleneros. No todos los barcos pueden almacenar una cantidad ilimitada de ballena, como el *Larssen*, así que cuando los barcos más pequeños tienen más aceite del que pueden transportar cómodamente y no quieren volver a Noruega (a medio mundo de distancia) lo depositan en barriles en la isla Desolación, al cuidado del delegado de la Corona, quien a cambio les entrega un

resguardo. Hay grandes cuevas que sirven de almacén, abiertas en las rocas por cargas explosivas. Los buques cisterna vienen luego a recogerlo. Además, una compañía noruega había instalado en la isla una planta para hervir la grasa de las ballenas para comodidad de sus embarcaciones más pequeñas; tres grandes calderas de metal, cada una como dos veces el tamaño de esta sala y que pesaban no sé cuántos cientos de toneladas. Tuvieron que desembarcarlas por secciones y luego soldarlas sobre el terreno, pero eso fue antes de que yo llegara.

Cuando aquellos tipos desembarcaban para hervir su grasa, siempre me daban mucho trabajo. Tenía que vigilar que no birlasen nada que fuese propiedad del gobierno, o aceite que perteneciera a otras embarcaciones y que yo tenía en depósito bajo fianza, y que no invadieran mi casa a mis espaldas. Llevaba el revólver desenfundado y cargado, y casi no tenía tiempo de dormir. Pero era el único representante de Su Majestad, y él me había otorgado poderes sin límite para hacer leyes que se aplicaran mientras durase mi estancia allí, y para vigilar que se cumplieran. Después de mi primera experiencia con un grupo de esos, que acabó con una muerte y un incendio, promulgué un decreto por el cual la isla Desolación debía ser en adelante la más seca, además de la más fría, de las posesiones de Su Majestad. No podía impedir que los muy brutos se emborracharan como cubas a bordo de sus propias embarcaciones en el puerto, pero me aseguré de que ni una sola gota desembarcara en tierras británicas. (¡Duros! No te imaginas lo duros que eran aquellos balleneros noruegos. Pero a bordo sus oficiales lo eran aún más y los mantenían bajo control).

Un día arribó un buque cisterna y de él desembarcaron dos visitantes. Uno de ellos, un tipo alto con bigote de brigada de la guardia —y papá Johnson se fabricó uno, para enseñármelo, que sacó de su neceser— y cara de pendenciero —y papá Johnson remedó la cara a la que se refería—, se acercó a mí y me dijo con aire de superioridad —y papá Johnson lo imitó—: «Señor Henry Johnson, agente de la Corona británica, ¿no es así? Mi nombre es Morgan, el mayor Anthony Morgan, del ejército de la India. He venido a vivir aquí con usted. Le presento al profesor Durnsford, que trabaja en el Museo de Historia Natural de Nueva York», y dio un empujoncito a un tipo bajito, de aspecto inofensivo, con nariz chata y la expresión de un pequinés. «Tenemos intención de realizar aquí trabajos de investigación».

Me entregó una carta de presentación del gobierno de Nueva Zelanda. Yo estaba demasiado ocupado con asuntos de la aduana para leerla, y me la metí en el bolsillo… Verás, es que a primera vista me cayó mal el tipo y no me gustaba que me impusieran su compañía sin un «por favor» o un «gracias», así que le dije:

—Bueno, supongo que no puedo negarle la entrada, si ya han decidido quedarse a vivir en mi compañía. Allí está mi casa; es la única que hay en la isla. Acomódense mientras yo me ocupo de estos papeles. Haré desembarcar sus cosas cuando las haya examinado.

Morgan se puso hecho una furia y me dijo: «Usted no se atreverá a poner las manos sobre mis maletas personales».

Me encogí de hombros y le respondí: «Es mi trabajo; aquí soy yo la aduana. Deme su llave».

Vio que hablaba en serio y se dio cuenta de que el buque cisterna aún estaba en el puerto y todavía podía llevárselo; yo podría negarme a hospedarle en mi casa y no le quedaría más remedio que volverse en el barco. Me tiró las llaves con muy malos modales y Durnsford me entregó las suyas muy cortésmente. Eran llaves numeradas, así que no tuve ninguna dificultad en hallar las cajas a las que correspondían.

Aquella noche preparé la cena y Morgan sacó una tartera militar de su maleta de estaño para servirse. Ese hombre, Morgan, incluso intentó hacerse el viejo soldado delante de papá Johnson, con su tira de medallas. ¿Sabes tú lo que eran? Criatura, una era la medalla de la Coronación, otra la de Durbar, y otra era la Osmanieh que te dan casi como cosa de rutina si te trasladan temporalmente al ejército egipcio, y la cuarta y última era la de miembro de la Real Orden Victoriana de tercera categoría. Y yo, fingiendo que me había deslumbrado, fui, sartén en mano, a ponerme mi viejo uniforme de campaña, que lucía las medallas de Ashanti, Egipto y China, la del rey, la de la reina, la de Sudáfrica y la de la frontera Noroeste. Ni una sola medalla rutinaria entre ellas; la exhibición de aquel tipo resultaba bastante pobre en comparación con la mía. Pero yo solo tenía dos estrellas, así que él intentó darse importancia con su corona.

Créeme, hijo mío, le salió carísima mi prohibición de vinos y licores, pues se había traído veinte cajas de *whisky*. Al principio, no se dio cuenta de que no se podía beber *whisky* en la isla Desolación. Dijo que en su opinión hubiese sido cortés por mi parte poner una de mis propias botellas sobre la mesa, ya que no había bajado ninguna de las suyas en la primera descarga. Pero cuando le expliqué la situación, se puso como un loco y me rugió como si estuviera en la sala de oficiales y yo fuese un desgraciado recluta sudanés. No repetiré lo que me dijo, hijo mío, porque podría entrar una enfermera y oír una o dos palabras y haber aquí un malentendido. Yo estuve amable, pero firme, recordándole que en la isla yo era juez y verdugo y todo lo demás, y que lo que yo decía iba a misa. Le dije que el profesor Durnsford había sido testigo de sus amenazas y que le mandaría comparecer ante un tribunal si fuese

necesario. Y cité un pasaje de *Alicia en el país de las maravillas*: «Yo seré el juez, yo seré el jurado —dijo el astuto viejo Furia—. Juzgaré toda la causa y os condenaré a todos a muerte».

—Usted no puede prohibirme desembarcarlo —dijo por fin.

—¿Que no? —repliqué yo en un tono antipático y enseñándole mi Colt.

Prorrumpió en expresiones más groseras aún que las anteriores y lo único cierto que dijo sobre mí fue que debía de estar medio loco y que mi cara se parecía a la de Dan Leno[4] en una de sus noches malas. Para acabar, dijo: «Recuerde estas palabras, pues son las últimas que le dirigiré mientras permanezca en la isla». Y yo le contesté, mejorando al pobre Dan Leno: «Ea, Coma, Ea, entre las trompetas. Soy el caballo de guerra de Job, y desde lejos huelo la batalla».

Morgan cumplió lo dicho durante la cena. Si quería la sal o las habichuelas o la mostaza, cuando estaban cerca de mi plato, se lo pedía a Durnsford, que estaba sentado entre los dos. Yo había decidido embarcar a Morgan y que se marchara con su *whisky* al día siguiente, pero cuando empezó con esa chiquillada de hacerme el vacío, me gustó tanto la idea que decidí que se quedara conmigo. Ya sabes, hijo mío, que me encantan las chiquilladas. Además, era un juego divertido, porque Morgan y yo teníamos los naipes y Durnsford era el bote para el ganador. No es que me cayera muy bien Durnsford entonces, pero parecía un pequinés bastante agradable, demasiado buen ejemplar como para acompañar a aquel enorme mastín de mal genio que era Morgan. Habían acordado venir juntos en esta expedición por carta, antes de conocerse personalmente. Morgan había escrito diciendo que podía obtener permiso del gobierno de Nueva Zelanda para que yo les alojara en mi casa; y el *Pequi* Durnsford se alegró de encontrar un compañero. Ninguno de los dos había estado en el Antártico.

Durnsford era el mejor «bote» posible para nuestro juego de napoleón, pues en realidad intentaba ser neutral. Claro que yo no me desvivía por resultarle simpático; eso no hubiese sido juego limpio: una subasta con ciruelas confitadas por apuesta y el premio para quien diera más. ¡No, no, no! Contestaba a sus preguntas con educación, aunque no siempre con pertinencia; le suministré lo necesario y me aseguré de que no corriera ningún peligro, pero no le ofrecí ninguna conversación superflua. El pequeño *Pequi* Durnsford se sentía tremendamente incómodo (e incluso creo que llegó a pedirle a Morgan que se disculpara ante mí), pero yo me sentía totalmente feliz. Verás, hijo, después de acostumbrarme al silencio mortal de la isla Desolación cuando estaba solo meses seguidos, disfrutaba mucho del silencio animado de un hombre como

Morgan. Muchas veces estuvo a punto de preguntarme sobre la isla algo que solo yo podía contestarle, pero luego su arrogante orgullo le hacía tragarse la pregunta. Y entonces, al día siguiente, la pregunta la formulaba inocentemente Durnsford. Yo le decía con voz de colegiala: «Amigo, eso es un *gran* secreto. Pero si me das tu *palabra de honor* de que no se lo contarás a nadie más en el mundo, te lo diré al oído».

Había varias habitaciones en mi choza, pero la mayoría eran para almacenaje, y solamente teníamos una estufa grande. Morgan mudó sus pertenencias a otra habitación, haciendo mucha comedia, pero tenía demasiado frío y tuvo que volver a la chiticallando. Por cierto, era una choza hecha de troncos, con puertas y persianas de acero. Tenía un revestimiento hermético y estaba anclada a la roca mediante cuatro grandes cables de acero que cruzaban el tejado. Compréndelo, hijo, allí en el Antártico sopla una ventisca especial y única, así que estas precauciones eran necesarias.

El buque cisterna cargado de aceite había salido echando humo y los balleneros habían venido a depositar sus barriles de grasa, armando el jaleo de siempre, y ya se habían despedido; así pues, a no ser que hubiese una visita casual de algún barco lo suficientemente fuerte como para poder combatir el hielo, como el barco en el que se marchó mi antecesor (quien, por cierto, había bebido tanto *whisky* que por poco revienta, pues por allí no había nadie para decirle que dejara de hacer el animal), a no ser que hubiese una visita casual, ¿comprendes?, allí nos quedaríamos nosotros nueve o diez buenos meses más. Yo tenía un aparato de radio, pero era de poco alcance, y casi nunca captaba un barco, a no ser en la temporada de deshielo.

Durante cinco meses enteros Morgan siguió el juego —aquí papá Johnson volvió a colocarse el bigote, que se le había caído—: «Durnsford, hombre, ¿cree usted que podría persuadir a ese amigo suyo comediante de que se retire de la caja sobre la cual está sentado? Da la casualidad de que contiene las placas fotográficas. Por lo visto, la tiene arrendada por tres años, con opción de renovación de contrato. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!». Durnsford me miraba como excusándole. Naturalmente, yo no me levanté de la maleta… Jamás le pedí a Durnsford que le retransmitiese un mensaje a Morgan. Hacía como si no existiera, y si él hubiese estado sentado encima de la maleta y a mí me hubiese hecho falta alguna cosa de dentro, sencillamente la habría abierto con el hombre puesto encima. Me tenía miedo y se guardaba mucho de empezar una trifulca.

No adelantaban mucho con sus estudios de historia natural, porque no sabían adónde ir a mirar. Yo conocía bien mi isla y es sorprendente la cantidad de vida que hay en ella, si buscas en los lugares apropiados, además de los petreles y otros animales parecidos a ratas que pasan la mayor parte de sus vidas hibernando, e incluso algunos pajarracos como Dios manda. En el interior hay charcos de agua dulce

con toda clase de bichos que viven en el hielo. Sabe Dios cómo se mantienen vivos, pero cuando los descongelas se mueven estupendamente. Durnsford no sabía que yo lo sabía y yo no se lo solté; su enorme amigo le llevaba por doquier a ver el panorama, pero como guía no valía nada comparado con el guía que hubiera sido el viejo papá Johnson.

Un día (eran las doce del mediodía de la víspera del solsticio estival) el termómetro marcaba cuarenta y cinco grados bajo cero y las estrellas brillaban espléndidas… Habrás oído hablar de la hermosa y larga noche polar, que continúa mes tras mes sin una pizca de luz diurna que le eche una mano, ¿verdad? Pues un día, o una noche, si lo prefieres, ese tipo Morgan va y se pone las botas de nieve y le dice a Durnsford: «¿Salimos a arrastrar un poco los pies, profesor?». «Muy bien, mayor», responde Durnsford, dejando a un lado su libro y cogiendo sus botas de nieve.

—Durnsford —le dije—, ¡no salga!

Él me preguntó: «¿Por qué?», en un tono de sorpresa, así que le dije: «¡Mire usted el barómetro!». Morgan intervino para decirle a Durnsford: «Ese imbécil conocido suyo no entiende de barómetros. Este hace veinticuatro horas que permanece firme como una roca».

—Durnsford —le volví a decir—, ¡no salga!

Morgan soltó una carcajada.

—Vamos, no le escuche, salgamos a hacer un poco de ejercicio. Deje a ese viejo de la nariz colorada con su hilera de salchichas y su atizador. Estos días no está en forma.

Durnsford vaciló, con una bota de nieve ya puesta. Se quedó vacilando un buen rato. Finalmente, se la volvió a sacar.

—Gracias, señor Johnson —me dijo—. Seguiré su consejo. No sé lo que querrá decir con lo del barómetro, pero es seguro que entiende las condiciones atmosféricas de este lugar mejor que el mayor Morgan.

Me gustó oírle decir esto; por fin había ganado mi partida de napoleón contra aquel tipo Morgan, y el bote era para mí. Y no era por farolearme, pues la fijación poco natural del barómetro significaba que habría dificultades. Me había asegurado de que las contraventanas estuviesen bien cerradas hacía ya unas horas.

Así pues, Morgan salió solo, silbando «Oh, qué delicia es para mí, ver de noche estrellas mil…» y dos minutos más tarde empezaron a oírse crujidos, gemidos y zumbidos. Durnsford me miraba perplejo y creía que le estaba gastando una broma.

—No —le dije—, solo es que la casa se está moviendo ligeramente y los cables se están tensando. Un poco de viento. Pero échele un vistazo a aquel barómetro. ¿Qué,

sigue firme como una roca?

Se acercó al barómetro y vio algo increíble: el chisme se había vuelto loco de remate y daba saltos como un guisante en una sartén.

Durnsford se quedó callado un minuto o dos, y entonces me dijo: «Johnson, ya sé que el mayor se ha comportado de un modo abominable con usted. Pero ¿no cree que…?».

—No, cariño —le dije—, tu pobre abuelita tiene mucho, mucho sueño ahora, y no está de humor para pensar en comandantes fastidiosos y gente por el estilo.

—¡Oh, deje de bromear por una vez! —me gritó—. Voy a salir en busca de él.

Al ver que volvía a coger sus botas, le hablé con severidad y le enseñé mi pistola. Le dije que no me importaba que se matara si eso le apetecía, pero que me oponía rotundamente a que matara a papá Johnson también. Las puertas eran dobles. La de fuera era de acero y la de dentro de tablas de roble macizo de dos pulgadas, con una cámara de aire entre las dos. En cuanto abriese el cerrojo de la puerta exterior el viento entraría en la cámara de aire, forzando la interior, y entonces en tres segundos haría pedazos la choza.

—Pero ¿y el mayor? —preguntó jadeante—. ¿No va a morir congelado?

—A su inteligente amigo lo mató el primer soplo de viento, pocos segundos después de salir de la choza —contesté.

La ventisca sopló sin parar durante setenta y dos horas y yo me temía que de un momento a otro se soltasen los cables. Empecé a aprenderme de memoria el Libro de Ruth para alejar mis pensamientos de mi inminente destino, pero de repente aquello cesó tan de pronto como había empezado. Encontramos el cuerpo a solo cincuenta metros de la choza, encallado entre dos rocas. Y no te lo creerás, pero aquel viento había penetrado en una de las grandes calderas de metal, dos veces más grande que esta habitación, te lo digo yo, ¡y la había hecho volar en pedazos hasta el puerto! En calidad de secretario del registro civil de la localidad para cuestiones de nacimientos, muertes y matrimonios, di cuenta de todos estos hechos a un ballenero distante un mes o dos más tarde, y cuando por fin se presentó el buque tanque, llegó con una carta de la hermana de Morgan, pidiéndome que metiera los restos mortales de su hermano en un ataúd de plomo que me enviaba. Así que tuve que desenterrarlo, aunque ya le había oficiado los funerales sin omitir nada.

En cuanto a *Pequi* Durnsford, me quedó tan agradecido por haberle salvado la vida que empezó a besuquearme, sentimental el hombre. Y pronto me di cuenta de que también a él le gustaban los juegos tontos, igual que a mí. Él fue el primero en enseñarle al viejo papá Johnson cómo hacer este truco de doblar papeles, aunque papá

ha mejorado los métodos de *Pequi* hace tiempo ya. Y a cambio, papá le enseñó dónde ir a descubrir las criaturas de nuestro reino. *Pequi* encontró una especie completamente nueva de ácaro, a la que él denominó algo así como no sé cuántos *Papa-johnsonensis*. ¡Y tendrías que haber visto la carta de agradecimiento que me mandaron los del Museo de Ciencias Naturales de Nueva York!

La hermana de Morgan (escucha hijo, yo reconocí su letra cuando firmó el gráfico de temperaturas, pero, por lo que más quieras, no vayas a recordarle ahora quién es H. H. Johnson) no es mala mujer, a pesar de los aires que se da, aunque me ha llevado tres semanas y mucha paciencia engatusarla para que juegue conmigo. ¿Y sabes una cosa, Gravesín? Si no hubiese sido por aquel asunto del *whisky*, de verdad creo que el viejo papá Johnson incluso habría podido conseguir, con el tiempo, que su malhumorado hermano llegara a jugar con él.

ENTREVISTA CON UN MUERTO

Al cabo de un rato, el muerto reconoció mi voz y empezó a silbar y a imitar a los maestros de su antigua escuela, muchos de los cuales, bicentenarios, le habían sobrevivido.

—Aunque tal vez ya no, ejem, en el ejercicio de la pedagogía —dijo imitando a un clérigo para mofarse.

—¿Qué novedades traes? —le pregunté.

—¿Novedades? —repitió—. Bueno, para empezar, aquí tengo una carta de parte de mis albaceas que me llegó anoche, en la que me informan de que se espera que escriba un Himno póstumo para la Liga de las Naciones, que pueda ser traducido por lo menos a veintisiete idiomas.

A continuación me dijo que en realidad ya había cumplido el cometido: a primera hora de la mañana había escrito una marcha de la esperanza, con un ritmo marcado por una insistente percusión, y la había deslizado por la ranura para las cartas hendida en las robustas losas de pizarra galesa, con la inscripción «ESTANDO MUERTO TODAVÍA VIVE», que formaban el techo de su hogar del descanso casi eterno. Sin embargo, entonces había recordado lo próxima que estaba la iglesia, donde sin duda cantarían su himno en Navidad y Semana Santa, y en el Día del Imperio, el día del cumpleaños del rey, y en todas las demás festividades semirreligiosas, semipolíticas; y había vuelto a introducir el texto tirando de la hoja, para romperlo en pedacitos antes de que el sacristán lo advirtiera.

—La letra era irónica —me contó—, pero los vivos son incapaces de creer que los muertos tengan sentido del humor. Por eso, cada vez que hubieran mencionado la canción ante mis oídos, o cada vez que alguien hubiese cantado o silbado su melodía, me habría visto obligado a chasquear la lengua de forma audible para desmentir esta popular falacia.

Es una maravilla cómo me han embalsamado —me dijo—. Por supuesto, no tuvieron más remedio que quitarme el intestino y los órganos sexuales, que se descomponen, pero todavía mantengo todos los dedos libres para hurgarme en la nariz con la mente abstraída, como hacía antes, para rascarme la cabeza cuando me pica y para empuñar el lápiz con concentración cuando se me alivia el picor. Mi ataúd no tiene tapa, lo que deja muchísimo espacio para mover los codos. Tengo los ojos tapados por dos monedas, pero eso no supone ningún inconveniente dentro de la

decorosa oscuridad de la cripta; incluso cuando estaba vivo, siempre tenía la manía de escribir con los ojos cerrados. Apoyo la mano izquierda para marcar el margen de la página y me pincho la piel cada vez que bajo el lápiz; de ese modo sé, gracias a los impulsos sensoriales, el punto exacto donde debo empezar la siguiente línea.

Continuó con la perorata y me comentó, entre otras cosas, que por lo menos ahora ya no tenía problemas económicos. Se había beneficiado sustancialmente de su propio testamento y había pagado el alquiler de la cripta con una pequeña parcela de tierra alrededor para los próximos noventa y nueve años. Por desgracia el inmueble, que era propiedad de las Autoridades Eclesiásticas, no estaba a la venta; no obstante, había contratado la opción de renovar el alquiler en las mismas condiciones una vez transcurridos los primeros noventa y nueve años. Me preguntó cómo estaban su mujer y sus hijos, y el padrastro de estos.

En resumidas cuentas, estaba en la gloria, y la correspondencia que recibía a diario, ahora que todavía estaba reciente su defunción, era muy abundante; empleaba los espacios en blanco de las cartas y el reverso de los sobres para responder. No estaba en condiciones de comprar material de papelería, aun suponiendo que su firma hubiera sido válida para cheques y cartas, cosa que no era. De todas formas, calculaba que la vida útil de su grueso lápiz portaminas dorado (que albergaba, apelotonada en su base, una remesa abundante de minas) podría prolongarse, incluso al desmesurado ritmo de producción diaria actual, durante otros trescientos años por lo menos.

—Si me esmero, podría durar tres mil años más —exclamó— y para entonces, ¿a quién le importarán mis obras salvo a los anticuarios?

Se había animado tanto que no tuve reparos en abandonarlo sin decir ni una palabra más de pésame o de consuelo. Su última broma fue acerca de la imposibilidad legal de los muertos de calumniar a los vivos.

—Pero me esfuerzo por no poner en juego mi inmunidad —dijo—. Estoy orgulloso de haber muerto como un caballero y seguir enterrado como tal.

ESTÁ EN SU CASA[5]

—¡Hola, señor!

La repentina llamada provenía de un hombre delgado de nariz aguileña, vestido con una holgada camisa blanca, pantalones de rayadillo azul y un sombrero de fieltro negro, que apareció de pronto por detrás de una mata de lentisco a pocos metros de distancia. Yo había estado sentado durante diez minutos o más en el banco de piedra del mirador, una plataforma construida a modo de atalaya en el borde del acantilado, observando ociosamente cómo un destructor español de altas chimeneas se retiraba del horizonte y desaparecía tras el lejano promontorio en el nordeste. A mis pies un precipicio de casi trescientos metros me separaba de una playa de piedras blancas.

Me levanté sobresaltado, y tal vez respondí en inglés; pero no me acuerdo. Él forzó una sonrisa tranquilizadora, extendió ambas manos para mostrar que no iba armado y dijo en castellano:

—Por favor, perdóneme si perturbo su tranquilidad. ¿Es usted americano?

—No, señor —respondí—, no debe usted juzgarme por mi elegante sombrero de paja, obsequio de un amigo estadounidense. Júzgueme más bien por mi camisa vieja y mis pantalones remendados. Soy uno de los victoriosos, aunque arruinados, ingleses. Hace un calor sofocante, ¿no cree?

Con esto se tranquilizó.

—Sí, hace mucho calor —dijo. Pero al ver que no se movía de su sitio yo me acerqué a él.

—¿Es su primera visita a Mallorca? —preguntó.

—La primera desde que empezaron los disturbios en 1936, cuando tuve que abandonar mi casa y mis tierras. Y le recuerdo bien, aunque usted no me recuerde a mí. Porque usted debe de ser don Pedro Samper, dueño de Ca'n Samper, la finca que está al otro lado del espolón de la montaña, ¿no?

Nos estrechamos la mano con entusiasmo y yo continué:

—Una vez le visité en compañía de su vecino don Pablo Pons, allá por 1935. Necesitaba unos buenos esquejes para injertar en dos albaricoqueros jóvenes, pues me habían salido de muy baja calidad, y don Pablo me informó de que usted poseía el mejor árbol de toda la isla. Tuve el placer de conocer a su encantadora y simpática esposa. ¿Se encuentra bien de salud?

—Todos estamos bien, gracias a Dios, y los niños también.

Se disculpó varias veces por no haberme reconocido, y me explicó que mis gafas de sol, mis canas y la delgadez de mi cara le habían engañado. A cambio se interesó por mi salud, la de mi familia y la situación de mis propiedades después de una ausencia de diez años. Y naturalmente quiso que le informase sobre las bombas volantes en Londres. La prensa española había hablado tanto de los estragos causados por la bomba volante que resultaba difícil creer en posibles supervivientes.

—Y ¿es cierto que en Inglaterra las patatas nuevas se venden a cien pesetas el kilo?

—No, no es cierto; se venden más o menos a peseta el kilo. Los agricultores están subvencionados por el gobierno.

—¡Vaya, vaya! —exclamó—. Nuestros periodistas parecen haber estado mal informados sobre muchas cosas… Pero, dígame, ¿prendieron aquellos esquejes?

—Divinamente. A mi regreso me aguardaba una tremenda cosecha de albaricoques, tuvimos que sujetar las ramas con cuerdas para impedir que se partieran, y tenían un sabor delicioso. Como miel de azahar. Vendí muchos y el resto lo embotellé.

—¡Cuánto me alegro! Y dígame, ¿ha visitado a don Pablo desde que ha vuelto? Debe de saber que ya no vive por aquí, y que se ha establecido en Palma, ¿verdad?

—Entre nosotros, no tengo intención alguna de hacerle una visita. Cuando me dieron una hora de plazo para abandonar la isla, marché con solo una maleta y una cartera, y dejé cierto asuntillo para que él me lo solucionase. Pero el hombre lo descuidó y su descuido me ha costado mil pesetas o más. Sin embargo, no pienso recordárselo; ya es agua pasada. Además, a mi regreso he encontrado mi casa en perfectas condiciones, con cada cosa en su sitio, y me alegra de veras poder comprobar que la conducta de don Pablo no es típica de los mallorquines en general.

—¡Desde luego que no! Su caso es muy especial. ¿Está tal vez enterado de mis pasadas desavenencias con él?

—Tuvieron una disputa sobre derechos de riego.

—Exactamente.

—¿Puedo preguntarle si todavía está en malas relaciones con él? En nuestro pueblo he descubierto que los tiempos difíciles de la guerra han servido para acabar con todas las viejas enemistades personales y familiares y para unir a las personas como no lo habían estado nunca.

—*¡Está en su casa!*, como solemos decir aquí. Él en la suya, y yo en la mía.

—Lo siento. Me interesaría saber lo que ocurrió si no le molesta contármelo.

—Es una historia larga, don Roberto. ¿Puedo pedirle primero un favor?

—Pídame lo que sea, mientras esté en mis manos.

—Quisiera sentarme en el banco del mirador, donde estaba usted antes. Desde las diez de esta mañana he estado intentando conseguirlo. ¿Podría ayudarme?

—Pero hombre, ¿acaso está mal de las piernas?

—De las piernas no, del estómago.

—¿Quiere decir que tiene miedo? Entonces, ¿por qué quiere ir? La vista desde aquella roca es tan buena como la del mirador.

—Son órdenes del médico, del doctor Guasp de Sóller, que es especialista. Sabe mucho de psicología, pues ha estudiado en Madrid y también en Viena. Dice que cuando haya conseguido llegar hasta allí y haya permanecido un rato sentado tranquilamente en el banco, haciendo las paces con cierto santo importante, mis nervios se recuperarán y podré volver a dormir por la noche. Incluso se ofreció a acompañarme, pero a mí me daba vergüenza molestarlo. Le dije: «No, iré solo. No soy un cobarde». Pero ahora veo que no consigo dar los últimos pasos.

Comenzó a tartamudear y un ligero sudor humedeció su frente.

—Perdóneme —dijo—, hace demasiado calor. Tal vez podríamos dejarlo para dentro de un rato, cuando hayamos fumado un cigarrillo o dos a la sombra de esta roca, ¿le parece? Mientras tanto le contaré lo de la disputa sobre el riego. ¿Lleva usted tabaco?

—Lo siento, soy un despistado, me he dejado la petaca en casa.

—No importa. Aquí tiene buen tabaco, y papel de fumar.

—¿Contrabando?

—¿No dije que era buen tabaco? No se puede comprar esta clase de tabaco en ningún estanco. Permítame, parece que ha perdido la costumbre de liar cigarrillos. ¿Es que en Inglaterra solo fuman Luckies y Camels?

Empezó su relato entre bocanadas de humo.

—Bueno, si ya está un poco enterado del asunto, sabrá que durante quince años yo había sido agricultor arrendatario de la finca llamada Ca'n Sampol, que don Pablo Pons adquirió mediante su matrimonio con doña Binilde.

Yo asentí con la cabeza.

—Él me echó, aunque yo tenía un acuerdo con el fallecido esposo de doña Binilde según el cual el arriendo era vitalicio. Don Cristóbal Fuster y Fernández era un caballero, un hombre del más estricto honor. Cuando heredó la finca de su hermano, que había muerto en la guerra del Rif, me dijo en presencia de su esposa: «No habrá ningún cambio aquí. Puedes cultivar Ca'n Sampol durante el resto de tu vida, amigo Pedro. Has transformado este lugar desde que te hiciste cargo de él, y me alegra

dejarlo en tus manos». En esta isla, como usted sabe, un acuerdo verbal es suficiente entre vecinos, y si hay algún testigo presente se convierte en ley obligatoria. Pedir que se ponga por escrito es considerado de mal gusto, y nos enorgullecemos de ser hombres de palabra. Pues bien, ¡una catástrofe! En 1934 don Cristóbal murió en un accidente de carretera, y doña Binilde se enamoró, en el mismo funeral, de un aventurero licencioso —don Pablo— y se casó con él en el primer día que se lo permitía la ley.

—No sabía que en España existían impedimentos para casarse de inmediato en estos casos.

—Hay una ley que protege los derechos de hijos póstumos. Bueno, como puede imaginarse, la boda causó un escándalo, y yo fui el primero en no asistir, por respeto a la memoria de don Cristóbal. No había transcurrido ni una semana cuando don Pablo me anunció que debía abandonar la granja, ya que él mismo se disponía a cultivarla.

—¿Y doña Binilde?

—Estaba loca por aquel hombre. Nada de lo que él hacía estaba mal hecho. Y estaba enfadada conmigo por la indiferencia que yo le mostraba. Cuando le recordé el acuerdo verbal contraído en su presencia entre don Cristóbal y yo, ella me contestó: «Te aseguro, campesino, que no recuerdo nada. Tengo una cabeza malísima para cosas de negocios».

—Pero ¿no le protegía la ley?

—Desde luego que sí. En aquellos días había que dar seis años de plazo para un despido. Pero yo preferí no llevar el asunto ante los tribunales. Resulta muy incómodo para un arrendatario que su casero le guarde rencor, sobre todo si ese rencor lo ha instigado su esposa. Así que me limité a decirle apaciblemente: «Ya que doña Binilde ha perdido la memoria por los hechos y dichos del mejor marido que jamás hubo en toda Mallorca, ¿cómo puedo insistir en este asunto? Veo que mi palabra no le basta. Entonces págueme diez mil pesetas y me iré el día de San Antonio, cuando haya terminado de pasar las aceitunas por el molino». Pues no era mal año para las aceitunas.

—¡Quia, hombre! ¿Por qué te tengo que pagar yo diez mil pesetas? —me preguntó don Pablo.

—Es costumbre compensar a un arrendatario cuando no se le da previo aviso de despido. Yo le estoy pidiendo dos años de alquiler.

—¡Dos años de alquiler! ¿Cómo que dos años de alquiler? ¡Si me has arruinado la finca con tu mala administración! —gritó.

Yo insistí:

—El muy respetado don Cristóbal (que Dios le tenga en su gloria) pensaba todo lo contrario. Sabía que yo había encontrado la finca de Ca'n Sampol en condiciones lamentables y que con mi trabajo había añadido muchos miles a su valor. Me lo dijo en presencia de doña Binilde.

—No recuerdo nada de eso. Tengo la cabeza malísima para cosas de negocios —dijo la señora, muy tozuda—. Y además, en nombre de la Virgen María, ¿quién eres tú para decidir quién es el mejor marido de Mallorca y quién el peor?

Jamás hubiese creído que una mujer decente pudiera cambiar tanto, ni siquiera con la ayuda de agua oxigenada y laca roja de uñas; pero las mujeres son tan cambiadizas como los camaleones.

—Pero alguna compensación le daría, ¿no?

—Ni un real. Me explicaré. Don Cristóbal, como tantos otros caballeros de naturaleza generosa, era descuidado con sus cuentas. Tenía buena memoria para las sumas que se le debían, y para las que debía él, pero no le gustaba tener que poner por escrito lo que podía recordar, ni tampoco exigir o redactar recibos. Don Pablo estaba al corriente de esta particularidad y por eso me pidió que le mostrara los recibos del alquiler de Ca'n Sampol de los últimos años. Faltaban cuatro recibos semestrales y él me los descontó de los dos años de compensación que yo había pedido. Así que me quedé sin indemnización. Porque siempre había pagado en metálico, y no con talón, y no tenía a nadie que pudiera atestiguar mis pagos.

—¡Qué bicho tan repugnante! ¿Y entonces se fue a vivir a Ca'n Samper?

—Sí. Me había sido legado por mi viejo tío unos tres años antes: propiedad de familia que provenía de mis bisabuelos. Ellos también habían sido propietarios de Ca'n Sampol, aunque aquello fue antes de que se hubiese construido la casa grande, en tiempos carlistas. Usted ya ha visto Ca'n Samper. Es pequeño pero la tierra es buena, hay mucha agua, y la huerta es valiosa.

—Alguien me mencionó un proverbio local sobre su posición…, algo sobre tirar los pelos de una barba, no recuerdo bien.

—Sí, es cierto —dijo, riendo nerviosamente—. En nuestro pueblo decimos que san Pedro se sienta sobre el cuello de san Pablo y le tira de los pelos de la barba. El proverbio hace referencia a que los dos santos comparten la misma festividad. San Pedro tiene prioridad sobre san Pablo y le roba la gloria.

En el sentido geográfico podemos decir que Samper (el nombre es una contracción de las palabras mallorquinas *Sant Per*, o San Pedro) está sentado sobre el cuello de Sampol, o *Sant Pol*, es decir, San Pablo, porque mi finca está situada justo encima del saliente izquierdo de los terrenos de Ca'n Sampol. Sí, señor, aunque no le

mostré animosidad alguna a don Pablo, decidí apretarle el cuello con un collar, con una buena soga, y de paso sacarle unos cuantos pelos de la barbilla. Mientras tanto, mi mujer y yo podríamos vivir con relativa comodidad en Ca'n Samper y disfrutar del respeto y afecto del pueblo, que pronto se enteró de la vil trampa que nos había tendido don Pablo. Y ahora llegamos a la historia sobre los derechos de riego.

Hizo una breve pausa mientras lió y encendió otro cigarrillo.

—«El agua es oro» —cité yo, en el sentencioso estilo local que mantiene el hilo de las conversaciones.

—«Y tierra sin agua son piedras y polvo» —convino él—. Pues bien, mientras había estado labrando las tierras de Ca'n Sampol, para asegurarme mi arrendamiento vitalicio, no hacía diferencias entre aquella finca y la mía; es más, incluso le había robado a Pedro para engordar a Pablo. Verá: en Ca'n Sampol había plantado una estupenda huerta de naranjos (nável sin semilla de Florida, traídos de Valencia, los primeros que se vieron en la isla). Necesitan mucha agua a principios del verano, pero si se cuidan bien producen frutas grandes como melones y jugosísimas. Bueno, pues llegó el día de San Juan y el administrador de don Pablo me saludó en la puerta de la iglesia después de misa y me pidió que soltara el agua de Ca'n Samper cada lunes y cada viernes, si me iba bien. Y yo, haciéndome el inocente le dije:

—Quia, hombre, ¿para qué quieres agua? Hay de sobra en Ca'n Sampol. Bastante para hacer estanques con peces, y fuentes, y una turbina para luz eléctrica.

—Sí —contestó—. Gracias a Dios la mayor parte de la finca está bien regada. Pero la parte que queda separada del resto del terreno por la Roca del Asno, la que queda justo debajo de Ca'n Samper, esa no se beneficia de la fuente que brota al otro lado de la roca. Y allí es precisamente donde pusiste la nueva plantación de naranjas.

—Es verdad —dije yo—, casi había olvidado que mientras era arrendatario de Ca'n Sampol planté unos cien naranjos de navelinas de Florida. Pero ahora ya no me interesan.

Había mucha gente presente, y sonrieron al oír mis palabras.

—Pero aquellos bancales tienen derecho al agua de Ca'n Samper.

—Claro que sí. Pero solo a la sobrante. Naturalmente, en invierno y en primavera, cuando cae mucha lluvia, puedes tomar la que quieras, porque me es imposible acabármela toda, que yo agua bebo poca. Pero en junio, julio, agosto y septiembre, tengo intención de usarla toda. No sobrará nada.

—Maestro Pedro —me contestó—, no está bien que diga eso. No debería haber plantado aquellos naranjos si tenía intención de matarlos de hambre.

—¡Sea razonable, hombre! ¿Quién ha de morirse de hambre primero, yo o los

naranjos? Ahora que tengo que ganarme la vida y dar de comer a mis hijos con un lugar tan pequeño como Ca'n Samper, tengo que cultivar cada metro cuadrado intensamente. Ya no puedo robar a Pedro para engordar a Pablo. Si don Pablo hubiese pensado bien las cosas habría construido un estanque pequeño para recoger las sobras del invierno.

—¡Esto es un atraco! Estamos a primeros de verano, y a no ser que sueltes el agua se morirán los árboles. La tierra de la plantación no es muy profunda y las raíces ya están tocando la roca.

—No, no morirán, pero se les caerán las hojas y la fruta, y perderán mucha fuerza, hasta que el estanque esté construido. Una pena, porque son unos árboles muy bonitos.

—¿Qué vas a cultivar tú con tanto afán a primeros de verano? Ahora no es tiempo de plantar hortalizas ni árboles, y tus bancales no están todos sembrados, ni mucho menos.

—¿A ti qué más te da si planto grama o cocoteros?

Eso provocó varias carcajadas.

—Haces mal en pelearte con don Pablo.

—Yo no me peleo con él. Él está en su casa; yo en la mía. Si él quiere comprar agua, que venga a hablar conmigo, y haremos venir un escuadrón de abogados de Palma para redactar el asunto tan claramente que ni él ni yo podamos eludir nuestros compromisos.

La vez, don Roberto, en que usted vino con él a mi casa, quince días más tarde, a buscar los esquejes de albaricoque, fue entonces cuando por fin se decidió a hablar conmigo. Y como recordará usted, era el día de San Pedro, el día de mi santo; pero también era el día de San Pablo, o sea el santo de él. Le trajo a usted como protección, con la esperanza de que mi cortesía hacia los extranjeros haría que me contuviera de armar un escándalo o darle con la puerta en las narices. Quizá recuerde que mientras estaba usted charlando con mi mujer y le enseñaba a mi hijo pequeño aquel reloj suyo que se abría con un muelle secreto y también daba las horas, yo salí con don Pablo en busca de sus esquejes. Él hizo lo que pudo por sosegarme y halagarme; me suplicó que olvidáramos el pasado y que le prestara el agua al menos hasta haber construido un estanque.

—¿No te da vergüenza, hombre? —me preguntó—. ¿Acaso quieres perder la estima de tus vecinos? ¿Qué dirá el pueblo si dejas que se mueran mis árboles por puro rencor?

Yo me reí con ganas.

—Me río en su cara —le dije—, pero sus vecinos se ríen a sus espaldas.

—Tu comportamiento no es cristiano —me dijo—. Pareces un chueta[6].

—Distinguido don Pablo, incluso los cristianos discrepan algunas veces, como su santo con el mío. El ermitaño de la Torre de los Moros, que conoce las Sagradas Escrituras tan bien como cualquier sacerdote (una vez estuvo a punto de ser ordenado pero le dio un puñetazo al padre superior y le echaron del seminario), el ermitaño, como le decía, don Pablo, me contaba algo muy importante el domingo pasado. Dijo que, según la Epístola a los Gálatas, san Pablo entabló una disputa pública con san Pedro en Antioquía, declarándole culpable de muchas cosas y diciendo que era un chueta y que intentaba que todos los demás también lo fueran. ¿Y qué contestó san Pedro? Pues no quiso meterse en escándalos (dijo el ermitaño), así que hizo lo mismo que san Miguel cuando el demonio le insultó: dejó que Dios se pronunciara sobre el tema. ¿Y cuál fue el resultado? Pues que Dios le prefirió en todas las cosas a san Pablo, y le confió las llaves de oro y de plata del paraíso. Y san Pablo no pudo tocarlas, ni siquiera con un dedo. Yo soy Pedro, usted es Pablo, y la llave de plata que cuelga de mi cintura es el agua. Llámeme chueta si le apetece, pero si quiere agua, tendrá que pagármela.

Entonces me pidió que le dijera el precio. Y yo le dije:

—Lo que pido no es mucho. Solo una declaración por escrito de su esposa diciendo que nunca me he atrasado con el pago de los alquileres. Eso para mí vale tanto como diez mil pesetas. A cambio, dejaré de regar mis jóvenes palmas de cocotero y usted tendrá el agua que necesite, verano e invierno, y se ahorrará el gasto de construir un estanque.

Pero se negó a hacer tal cosa y me insultó. Fue en ese momento cuando cometí un grave error, tal como me ha indicado posteriormente el doctor Guasp. Si me hubiese contentado con referirme históricamente a la disputa entre los dos santos, que hace tiempo se arregló en el cielo, no hubiera pasado nada. Pero antes de despedirme de don Pablo en aquella ocasión olvidé la moraleja del ermitaño de no responder a un insulto con otro igual. Defendí a mi santo patrón, como era justo; pero al expresar mi aversión por san Pablo cometí la tontería de referirme despectivamente al «gran apóstol de los gentiles» como el doctor Guasp llama a san Pablo, con palabras provocativas de las que ahora me arrepiento profundamente. Bueno, pues como me imaginaba, don Pablo se encolerizó y me llevó ante los tribunales.

—Y ¿ganó el juicio usted?

—Eso fue fácil. No solo tenía la justicia, los documentos y los principales testigos

de mi lado, sino que dio la casualidad de que el secretario del abogado de la acusación era amigo mío, así que ya sabía de antemano las preguntas que iban a hacerme; tenía a todos mis testigos bien aleccionados, y yo mismo preparé unas cuantas respuestas muy mordaces. Además, había emplazado a doña Binilde y ella se vio obligada a tomar juramento. A pesar del amor que sentía por don Pablo, no iba a poner en peligro su alma jurando en falso; eso yo lo sabía. Así pues, mi abogado le obligó a admitir que su marido había expresado gran satisfacción por mi trabajo. El abogado defensor protestó diciendo que estas preguntas eran improcedentes, pero el juez, que conocía el caso de antemano a través del hermano de doña Binilde, el cual estaba muy avergonzado de su hermana, denegó la protesta. Entonces mi abogado me preguntó, en el interrogatorio, si tenía intención de reconvenir por la falta de pago de mi indemnización. Yo respondí:

—No. Puesto que ha habido claramente un malentendido entre don Pablo y su distinguida esposa, no será necesario. Estoy seguro de que me pagará, por cuestión de honor personal, y me estrechará la mano en esta sala.

Don Pablo se puso muy colorado, viendo que el perro estaba bien muerto, como suele decirse, y sacó el dinero. Nos dimos la mano, y yo dije delante de todos:

—Muchas gracias. Ahora veré si puedo prestarle unos cuantos cubos de agua para su huerta de naranjos. Mis palmas de coco ya están muy crecidas y tal vez podría regarlas un poco menos.

Todos se rieron, incluyendo al juez, porque los cocos de Ca'n Samper ya se habían convertido en un dicho. Pero don Pablo tuvo que pagar los gastos… Bueno, luego vino el asunto de los cerdos negros; ¿ha oído hablar de esto?

—Entraron por donde no debían, ¿no es así?

—Entraron, y lo que es peor, robaron las bellotas bajo mis robles. Fui al alcalde, y este le hizo llegar a don Pablo un requerimiento judicial para que mantuviera a sus cerdos a raya, pero don Pablo le dijo al alcalde que tenía derecho legal a las bellotas. Estaban en el Camino Nuevo, el que se hizo para conectar los caminos de Arriba y de Abajo mientras las dos fincas todavía eran de un mismo dueño, y según don Pablo el propietario de Ca'n Sampol tenía derecho de paso libre por él y en consecuencia podía apacentar a sus animales al cruzar por la finca de Ca'n Samper. Cuando el alcalde me trajo este mensaje yo le dije: «En vista de que se niega, ¡tendrá que vérselas con el juez! Y me apuesto cien pesetas contra una que ganaré el juicio». Y así fue.

—¿No tenía los derechos de pasto?

—Claro que sí. No se puede impedir que una mula o un asno tome alguno que otro mordisco de hierba al deambular por un camino por el que tiene derecho de

paso. Precisamente por eso, y para prevenir cualquier posible disputa sobre este punto, la escritura del Camino Nuevo —que se hizo cuando mis abuelos vendieron Ca'n Sampol— contenía una cláusula que hacía recíprocos los derechos de pasto. De este modo mis animales tenían ese mismo derecho cuando pasaban por el Camino Nuevo que atraviesa la finca de Ca'n Sampol. Pero resulta que los robles de Ca'n Samper, plantados después de la fecha de aquella escritura, daban bellotas de la variedad dulce, las que se venden asadas en los puestos del mercado. Las bellotas comunes, que son amargas, son consideradas «pasto»; las mías eran consideradas «fruta». Así pues, al hacer caso omiso de mi requerimiento judicial, le obligaron a pagarme daños y gastos y a prometer que en adelante guardaría sus cerdos en la pocilga… Ese fue otro tirón de pelos de la barba de san Pablo. ¿En qué fecha abandonó usted la isla?

—Era el 2 de agosto de 1936.

—Solo unos días antes de la catástrofe que supuso la invasión de Mallorca. Supongo que debió de enterarse de todo aquello a través de los periódicos. Un tal capitán Bayo había puesto anuncios por Barcelona en busca de voluntarios dispuestos a reconquistar Mallorca para el gobierno republicano, y un domingo por la mañana llegó a Porto Cristo, que está al otro lado de la isla, con unos cuantos barcos y unos cuantos miles de catalanes, valencianos y franceses. Encontró poca oposición, y si hubiese elegido marchar directamente sobre Palma, la ciudad hubiese sido suya. Pero no lo hizo, o no pudo hacerlo, pues sus granujas (yo no digo que entre ellos no hubiese algunos idealistas y nobles revolucionarios, pero le puedo asegurar que esos formaban una minoría muy pequeña), sus granujas, digo, prefirieron saquear las tiendas, cafés y casas de veraneo de aquel pueblo costero, indignando así a las personas que tal vez les hubiesen abierto los brazos y se hubiesen unido a sus filas. Pronto estaban todos borrachos, y el capitán general de las islas en funciones reunió a los guardacostas y a los guardias civiles, los metió en camiones y los envió a bloquear las carreteras. Cuando Bayo hubo reorganizado parte de sus fuerzas y las había puesto en marcha, ya era demasiado tarde. Los aviones de combate italianos habían volado al campo de aviación de Palma, habían repostado y venían zumbando a participar en la acción. Se perdió la batalla, y se derramó mucha sangre, alguna a manos de las mujeres campesinas, que salieron, armadas con cuchillos, a defender sus propiedades contra los desertores de Bayo, haciéndoles huir en grupos de dos o tres por el Llano.

—Una gran desilusión para los liberales y socialistas de la isla —comenté—. Antes de marcharme decían: «Ahora que el general Goded ha fracasado en su intento de hacerse con Barcelona, la rebelión terminará en tres semanas».

—Estaban tan desilusionados que lloraban. La invasión precipitada y desorganizada de Bayo fue el peor reclamo posible para su causa, y no les quedó resistencia cuando llegó el terror. Los impetuosos falangistas pronto se encargaron de los rojos y de los militantes socialistas, cazándolos como a tordos. No solo los escasos comunistas y militantes socialistas, no solo los alcaldes y concejales socialistas y los partidarios de estos, sino además todos los simpatizantes de lo que era, al fin y al cabo, un gobierno legal. Sobre esto no hay mucho que decir, excepto que los jefes militares que estaban al mando se portaron correctamente, por regla general, e intentaron disuadir los linchamientos. Pero durante muchos meses ocurrieron cosas terribles, en venganza por las cosas también terribles que, según decían, se habían cometido contra los antirrepublicanos en Menorca, Cataluña y otras partes; y a medida que la propaganda se iba haciendo más feroz, más horribles se volvían los actos de venganza. En total, murieron unos cuatro mil hombres en Mallorca, pues los nacionalistas eran menos numerosos y no podían arriesgarse a una contrarrevolución. Mallorca, con sus riquezas naturales, sus campos de aviación y su base para hidroplanos, debía conservarse a toda costa. «Ser inflexibles ahora —decían— es ser piadosos a la larga». Los juicios eran trágicamente breves. Una guerra civil es como una botella de vino transparente que se agita: hace espuma y se oscurece con posos insospechados. Le aseguro que hay hombres aquí que mueren de remordimiento cada mes por las cosas que ocurrieron, aunque los médicos diagnostiquen una tuberculosis o un problema de corazón.

—Las enemistades privadas se complican con las causas públicas —sugerí.

—Eso está bien dicho. En tiempos de paz, la envidia y el rencor pasan desapercibidos o hallan desahogo en pequeñas revanchas, pero en una guerra civil las cosas cambian. Si un hombre malo (y cada pueblo tiene al menos un par de ellos, y muchas viejas amargadas, de esas beatas que llamamos «santas») había salido perdiendo en algún negocio con su vecino, o había quedado excluido de alguna herencia en favor de un primo, con eso ya tenía bastante. El infortunado rival era denunciado por rojo y por haberse lamentado al oír la noticia de la derrota de Bayo; luego era enviado a la abarrotada y malsana prisión del castillo hasta que le tocara el juicio unos meses más tarde. A veces ni siquiera llegaba a la cárcel. Se «resistía al arresto» o «intentaba escapar» y aparecía muerto en la cuneta con una bala en el pecho, o desnucado en el fondo de un precipicio.

—¿Cuáles eran sus afinidades políticas?

—Yo no tengo ninguna. Voté por los socialistas en aquella elección que desencadenó la guerra, porque los candidatos para nuestro ayuntamiento se habían

comprometido a construir una escuela nueva para las niñas y a poner teléfono en el pueblo. Mis ideas políticas son las mismas, imagino, que las de cualquier hombre amante de la paz: odio el desorden, los sobornos y la ineficacia en el gobierno, y no me gustan los cambios. Pero cuando una cosa apesta, hay que tirarla.

—¿Y don Pablo?

—Resultó ser de derechas y ultrapatriótico, y hablaba con la misma bravura y falta de moderación que el famoso «General Manzanilla», el portavoz de los nacionalistas por designación propia. Estaba tan en la extrema derecha que por poco se cae por el horizonte y aparece en la China. Nuestro pueblo está muy aislado, como ya sabe. No hay teléfono, ni telégrafos, y entonces no teníamos siquiera un puesto de la Guardia Civil. Y nadie había oído hablar de la Falange excepto por los periódicos. Pero el cura párroco predicó la necesidad de unirse bajo el manto de la Iglesia contra los herejes que habían asesinado niños, violado monjas y crucificado sacerdotes en sus propias iglesias, y que querían destruir todo vestigio de decencia. Y don Pablo, por ser el terrateniente más poderoso del pueblo, cargó con el peso de la batalla, y formó la Liga para la Defensa contra los Rojos. Dijo que como en el pueblo no había fuerzas armadas, debíamos pedir ayuda al cuartel de la Falange en Palma. En menos que canta un gallo don Pablo ya tenía a dos pistoleros instalados en el granero que hay junto a la iglesia y estaba solicitando suscripciones para mantenerlos allí a diez pesetas diarias cada uno, hasta que hubiese pasado el peligro. Con ayuda del párroco recogió una buena suma, y así quedamos completamente seguros. Los hombres no eran mallorquines; el más joven era aragonés, el mayor, valenciano. Y naturalmente, en tiempos como aquellos, no bastaba quedarse quieto y recoger la paga. Por «defensa» se entendía «ofensa», y como se dio el caso de que los candidatos socialistas para el concejo local eran todos hombres con propiedades y bien conectados (el que había querido ser alcalde estaba casado con la hermana del cura y había obsequiado a este con un terreno para poder agrandar el atestado cementerio), pues bien, fue necesario encontrar víctimas menos destacadas. Había un anciano tuerto que se las daba de ser el experto en abejas. Era inofensivo, aunque un poco tonto, y se jactaba de haber sido socialista desde el año de la Segunda Internacional (no tengo idea de cuándo fue eso) y de que todas sus abejas también eran socialistas. Se lo llevaron a la cárcel con cara de mártir y murió allí unas semanas más tarde, de pacífica senilidad. Ahora ya hace diez años que no hay miel en el pueblo. Y el maestro, que no era de estos montes, sino un don Nadie del Llano, él también sufrió. Era una persona demasiado independiente y progresista para el gusto de don Pablo. Incluso estaba a favor de que las mujeres estudiaran carreras, y en lugar de ir a la iglesia parroquial a oír misa iba a confesarse

con un amigo suyo, un cura retirado que se interesaba por las antigüedades y la literatura, y que vivía a cinco kilómetros de aquí. Don Pablo le alojó en el «Gran Hotel», como llamábamos a la cárcel, durante seis meses antes de que se viera su causa. Le dejaron en libertad, pero pidió al Ministerio de Educación que le cambiaran de destino, y ahora enseña en Palma, donde tiene una escuela de cierta importancia.

Don Pedro había llegado al punto del relato que le resultaba más doloroso. Empezaron a llenársele los ojos de lágrimas y le costaba mucho controlar la voz. Pero continuó:

—Después de estos arrestos rutinarios, vinieron otros de distinta índole. Bernat Martí, un compañero de colegio mío, que tenía un café y una carnicería cerca de la iglesia y que era muy bromista, fue arrestado una noche, muy tarde, por los dos pistoleros, a pesar de los gritos desesperados de su hija sordomuda. Se lo llevaron en el coche de don Pablo y le mataron de un tiro en la espalda mientras intentaba escapar. «Un rojo peligroso», informó tozudamente don Pablo al oficial militar del puerto. Pero si Bernat era rojo, yo soy negro. Lo que ocurría era que el día de San Antonio, cuando encendemos la fogata y el cura bendice los animales y los coches, es costumbre en nuestro pueblo improvisar *copeos*, unos versos indecorosos que se cantan al son de una antigua giga. Y el día de San Antonio, dos años antes, Bernat había inventado una rima sobre la indecente prisa con que doña Binilde había corrido a la iglesia a casarse con don Pablo. Cuando supe la noticia de su muerte, fui en seguida a ver a mi primo Amador, un buen tipo, pero algo impulsivo, y le dije:

—Los muy sinvergüenzas han asesinado a Bernat. Toma mi consejo y vete inmediatamente a casa de tu cuñado, el teniente de guardacostas, en la otra punta de la isla.

—Y ¿por qué tendría que irme? Yo no soy rojo.

—Porque te tomaste la molestia de avisar directamente a doña Binilde, antes de su boda, de la fama de libertino que tenía don Pablo, según habías descubierto en tu reciente visita a la península.

—¡Quia! Yo no le tengo miedo a ese hombre. Si le sospechas de haber incriminado a Bernat, ¿por qué no te esfumas tú también?

No hubo manera de convencer a Amador, y dos noches más tarde los pistoleros se lo llevaron en el coche de don Pablo cuando regresaba de jugar a los naipes en el café. Intentó escapar, informaron más tarde, y se cayó por el acantilado, rompiéndose el cuello.

—Bueno, don Pedro, y ¿por qué no se marchó usted también? —le pregunté.

—Por el mismo motivo que no lo hizo mi primo Amador: por orgullo. Mi razón

me decía «vete»; mi orgullo me decía «quédate». Me quedé. Así pues, me apresaron la noche siguiente, justo antes del amanecer, cuando volvía de la casa del padre de Amador, donde había estado acompañando a la familia y expresando mis condolencias, como es costumbre. El coche disminuyó la velocidad y me gritaron: «Entra, llevamos el mismo camino». Pero mientras el más joven conducía, el mayor me apuntó con la pistola desde el asiento trasero.

—Tengo una orden de arresto para ti —observó casualmente.

—Me interesaría mucho verla —le dije—. Antes de llevarme a la cárcel, haga el favor de acercarme a mi casa. Allí podré leer el documento con mejor luz que la de la luna, y de paso coger sábanas, ropa y comida. Comprenderán que he de avisar a mi mujer de lo que me está ocurriendo y darle instrucciones sobre la administración de mis asuntos, por si resulta que me he de ausentar mucho tiempo.

—No, no, tenemos prisa y el Camino Nuevo nos destrozaría los neumáticos. Ya leerá la orden en el cuartel de la guardia de la prisión. Es usted un rojo peligroso, y ha apoyado a los socialistas en su candidatura.

—Y en dos ocasiones he vencido a don Pablo ante los tribunales —interrumpí.

—Ni una palabra más —dijo el mayor de los pistoleros—, o usaré primero la culata y luego el cañón.

Así que me quedé callado y pensé solo en escapar. Al pasar por delante de la casa del alcalde, el coche tuvo que reducir la velocidad para tomar una curva cerrada, y me arriesgué. Sabía que no se atreverían a dispararme en pleno pueblo. Me saqué mi pesado anillo de sello y lo arrojé hacia la ventana de su dormitorio; por suerte no se percataron de nada, porque en aquel preciso momento el mayor de los pistoleros estaba inclinado hacia delante, murmurando instrucciones en el oído de su compañero. Y yo di en el blanco, como suele ocurrir cuando uno está en peligro y no tiene tiempo de razonar o calcular. Las persianas estaban abiertas, porque era una noche muy calurosa, y mi anillo entró volando y golpeó contra la jofaina. El alcalde se levantó de un salto, encendió una vela y corrió a la otra ventana. Reconoció el coche de don Pablo por su marca y por el sonido del motor mientras desaparecía por la carretera en dirección al puerto; era un Opel alemán, muy gastado. Luego buscó por el suelo y encontró mi anillo.

—¡Válgame Dios! —exclamó—. Una P y una S. Es el anillo de Pedro de Ca'n Samper. Los asesinos se lo han llevado a dar un paseo.

Su mujer, que ya estaba completamente despierta, aunque al principio se había quejado del alboroto que le impedía dormir, dijo:

—Vamos, hombre, no hay tiempo que perder. No te quedes ahí pasmado diciendo

«Se lo han llevado de paseo». Corre y ponte los pantalones, los zapatos da igual; luego abre el garaje, saca el coche y ve tras ellos.

—Estoy desarmado —gimió el pobre hombre.

—¡Grandísimo cobarde! Si yo supiese conducir, iría yo misma. Pedro es un buen hombre, además de ser tu primo materno y el padrino de tu hijo mayor. ¿No te da vergüenza? ¡Si no tienes nada que temer! Conduce de prisa, hasta alcanzarles (tu coche es mejor que el suyo) y quédate cerca de ellos para asegurarte de que Pedro llegue sano y salvo a la prisión. No se atreverán a hacer nada si hay testigos, y se guardarán de disparar hasta llegar al trozo de carretera desierto que hay entre el mirador y la Torre de los Moros. ¡Por Dios y la Virgen María, date prisa!

—Desgraciadamente, mujer —dijo el alcalde, mientras se ponía los pantalones—, no hay ni una gota de gasolina en el depósito, y tardaría más de cinco minutos en despertar a algún vecino para llenarlo.

—En nombre de Dios, ¿acaso eres tonto? Coge entonces la moto de Tomeu, está en nuestro garaje. Sabes montar una moto, ¿no? Y si me entero mañana de que Pedro ha muerto, juro por todos los santos y beatos que no seré nunca más tu mujer. Dormirás en la cocina con los gatos.

En Mallorca son las mujeres las que mandan en las casas, tal como profetizó Salomón.

Entretanto, don Roberto, ya puede imaginarse que yo no lo estaba pasando muy bien, con el cañón de la pistola en la espalda y el coche traqueteando y dando brincos por la carretera. Continuamos en dirección al puerto y luego dimos la vuelta al espolón de la montaña por la carretera de la costa, pasada su casa, y llegamos a Ca'n Bi; luego ya no había ninguna casa en varios kilómetros. Pero al tomar la curva no vi lo que esperaba ver al otro lado del valle, es decir, las luces del coche del alcalde que nos estuviese siguiendo. En vista de esto, me dirigí al mayor de los pistoleros y le dije:

—Amigo, estamos en un lugar convenientemente solitario. Antes de matarme, ¿me permitirá decirle unas palabras a un viejo amigo mío?

—¿Dónde está?

—Lejos de aquí.

—¿Qué quieres decir? ¿Quieres un teléfono?

—Solo quiero decirle dos o tres cosas a mi santo patrón, san Pedro.

—Está muerto —dijo el joven despectivamente—. No cogerá el teléfono.

—¿Muerto de un tiro mientras se resistía al arresto? —pregunté, imitando su acento aragonés.

El pistolero mayor se rió.

—¡Qué valiente es este campesino! Lástima que tengamos que tachar su nombre de la lista. Muy bien, maestro, nos pararemos aquí y podrás arrodillarte en paz allá, en el mirador, y poner tu conferencia mientras yo me fumo un cigarrillo. Aunque te aseguro que no comprendo para qué te has de molestar en telefonear a alguien que vas a ver en persona en cuanto arroje mi colilla.

Detuvieron el coche y salimos, y caminamos hasta donde estamos sentados ahora.

Conozco esta zona muy bien, de día y de noche. Cuando era joven me compré la baja del servicio militar con el dinero que gané aquí con el contrabando. Solía subir cuarenta kilos de tabaco a cuestas desde la playa que hay allí abajo, pasando por el camino del acantilado, luego por el de la Torre del Moro, hasta llegar al otro lado de la montaña. Mi esperanza era que tal vez pudiera escaparme por el acantilado, porque al no conocer los puntos de apoyo para los pies y las manos, ellos no podrían seguirme. Pero desempeñaban bien su trabajo y no dejaron de apuntarme con las dos pistolas; además, desgraciadamente la luna estaba muy crecida y los primeros indicios de la aurora ya apuntaban más allá del promontorio. Intenté el soborno, pero no logré interesarles. El pistolero menor dijo:

—Si te devolviésemos con vida seguro que informarías al alcalde, o al párroco, y les pedirías protección, con lo cual no solo perderíamos el dinero, sino también la confianza de don Pablo.

En aquel instante solucioné un problema que me había estado preocupando mucho tiempo. Exclamé:

—¡Tate! ¿Por qué no lo pensé antes? Vosotros sois un par de desertores de Bayo y habéis engañado al jefe del partido provincial, a don Pablo y a todos los demás, haciéndoos pasar por falangistas incorruptibles. Vaya, vaya, eso es muy divertido y no tengo más remedio que reírme, aunque sea la última broma que disfrute en mi vida.

—Es muy divertido, muy divertido —convino el mayor—. Mi compañero y yo sacamos las insignias falangistas a un par de jóvenes caballeros, después de golpearles con sacos de arena en Barcelona, durante la visita del general Goded. Luego nos las guardamos en el bolsillo por lo que pudiera pasar. Pero date prisa ya con tu oración, y no te rías de este modo, porque la aurora cuya correspondiente salida de sol tú no vas a ver ya está llegando.

Yo estaba temblando como un álamo en la brisa marina, y sin embargo no me entraba en la cabeza que estaba viviendo los últimos cinco minutos de mi vida. Todavía había esperanza de un rescate, pues como le dije conozco esta región bien, y todo lo que normalmente ocurre aquí, de día y de noche. Me adelanté solo hacia el mirador, hice mi genuflexión mirando al Este, como si estuviese en la iglesia, y luego

empecé a rezar con la cabeza apoyada sobre el banco en el que usted estaba sentado ahora mismo. Recé en voz baja pero clara, de manera que los pistoleros pudieran oír cada palabra. Mi cerebro estaba muy lúcido, aunque mi cuerpo temblaba y sufría espasmos.

—Santísimo e ilustrísimo san Pedro —recé—, que lleváis colgadas de vuestra cintura las grandes llaves del Cielo, ¡la de plata y la de oro! Santo misericordioso y bondadoso, que fuisteis en una ocasión el mayor de los pecadores (si exceptuamos a vuestro compañero san Pablo) por jurar y perjurar desde el primer canto del gallo hasta el segundo, negando a Nuestro Salvador Jesucristo. Dignaos escuchar a uno que no es ni un gran santo ni un gran pecador, sino un pueblerino que acude a vos en su hora de extrema necesidad. Permitidme respetuosamente recordar a vuestra santidad que tiene una obligación especial hacia este vuestro siervo. Se llama como vos; nació el mismo día que compartís con vuestro compañero san Pablo; fue bautizado en la iglesia parroquial de la que sois santo patrón; y durante los últimos diez años, por ser el mayor de los Pedros en el pueblo, ha sido vuestro «obrero», el encargado de organizar vuestra fiesta anual, cuando glorificamos vuestro nombre con un servicio religioso seguido de una procesión con velas, y también con bailes, fuegos artificiales, un partido de fútbol y agradables diversiones para los niños en la plaza.

—¡Qué elocuencia! —interrumpió el pistolero más joven, tirándome un guijarro —. Reza como el bastardo de un obispo.

—¡Déjalo en paz! —dijo el mayor—. Esto es tan entretenido como la escena del cementerio en *Don Juan Tenorio*.

—¡Pedro, Pedro! —seguí—. Apóstol magnánimo, el único de los Doce que tuvo la osadía de sacar la espada en defensa de su inocente Maestro, cuando los bandidos vinieron a arrestarle, poco antes del amanecer del Viernes Santo. Glorioso santo, cuyo nombre significaba «Piedra», sobre vos pongo mis esperanzas y os suplico con todo el alma y el corazón. No pido ningún favor en las Puertas Celestiales: pido ayuda inmediata. Os conjuro, amado patrón, por las aguas azules del lago Galileo, y por las aguas azules que rodean nuestra isla, llamada hasta hace poco «La isla de la calma»; os conjuro, santo, por las redes que tendisteis desde la barca de Zebedeo, vuestro padre, y por las redes que tendemos nosotros desde nuestras barcas en el puerto para pescar salmonetes y atunes; os conjuro por la moneda de plata que hallasteis en la boca del pez y por las monedas de plata que pago anualmente por la manutención de vuestra iglesia y la gloria de vuestro nombre: ¡Pedro, mi Pedro, venid, acudid, apareced! ¡Socorro, Pedro, socorro!

Estas últimas palabras las grité con tal pasión que podían oírse a un kilómetro de

distancia.

—¡Silencio, hombre! —exclamó el mayor de los pistoleros, lanzando al suelo su colilla—. Vamos, Miguel, ¡abajo con él!

Pero yo señalé con el dedo:

—¡Mirad, mirad! —exclamé.

Miraron, y se quedaron boquiabiertos de asombro; el pistolero más joven gimió como un perro:

—¡Dios mío! ¡Mira quién viene! No deberías haberle dejado rezar con tal fuerza.

Los dos permanecieron allí indecisos, y en el silencio que siguió oí el lejano cantar del gallo de Ca'n Bi, y luego el lejano pam-pam-pam de un barco pesquero que se acercaba al puerto después de la pesca nocturna. Cerré los ojos de nuevo y esperé.

—Entregue esas pistolas —exclamó san Pedro, agitando su manojo de cañas de pescar con aire amenazador. Medía casi dos metros y las llaves que colgaban de su cinturón resonaban ruidosamente al chocar entre sí, mientras se abalanzaba sobre nosotros a través del romero y el lentisco, con sus barbas volando frenéticamente en la brisa matutina. Entregaron sus pistolas como niños pequeños a los que se había atrapado cometiendo una travesura. Echó una por el acantilado, trazando un gran arco, y la otra me la entregó a mí—. ¡Acompañadme a vuestro coche, canallas —dijo —, si no queréis que os tire a los dos donde tiré la pistola!

Regresaron dando tropezones, seguidos del santo, que no decía nada pero que los iba azotando de vez en cuando con sus cañas mientras yo les apuntaba con la pistola. Estaba rojo de ira. Cuando llegamos a la carretera nos encontramos con el alcalde, descalzo pero con la moto, esperando junto al coche de don Pablo, con lo que ya éramos mayoría. Entonces el alcalde dejó la moto a este lado del muro, entró en el coche y nos llevó derecho al cuartel provincial, donde exigió ver de inmediato al oficial jefe. A partir de aquel momento todo fue como una seda. El comandante conocía bien al santo, y al alcalde de nombre y reputación. Además, en cierta ocasión me había comprado una jaca que afortunadamente había resultado ser tan fuerte y dócil como yo le había garantizado. Cuando los pistoleros hubieron confesado plenamente y fueron encerrados en la cárcel militar, el santo dijo al comandante:

—Cuando se entere don Pablo de Ca'n Sampol, se reirá con solo un lado de la cara.

Pues aunque no lo crea, eso fue precisamente lo que ocurrió. Cuando los guardias civiles fueron a arrestarle, un poco más tarde aquel mismo día, sufrió una especie de ataque de parálisis que le torció la parte izquierda del rostro, con lo que le quedó una mueca que ya nunca le ha abandonado. Después de pasar algunos meses en el Gran

Hotel, esperando su turno, fue sentenciado a muerte por conspirar contra la vida de un hombre inocente, pero gracias a la influencia de los parientes de doña Binilde, uno de los cuales era el vicario general de Palma, la sentencia fue conmutada a una de pena perpetua, y lo dejaron libre al cabo de tres años. «*Está en su casa*». Y yo en la mía. Pero desde entonces sufro pesadillas periódicas relacionadas con el mirador, y he tenido la sensación de que alguien me arrojaba por el acantilado, trazando un gran arco en el aire: un santo furioso, que, a juzgar por la carpeta de documentos que lleva en la mano, debe de ser san Pablo. Me sobrevienen justo antes del amanecer y ya no puedo conciliar el sueño.

Una de las bellezas de los relatos mallorquines es que nunca se insiste en el punto crucial. Don Pedro contaba con mis conocimientos de asuntos locales para suplir los detalles que él omitió. Los pistoleros, al ser nuevos en aquel lugar, ignoraban que en las ruinas de la Torre del Moro, situada sobre la cumbre alta y rocosa que domina la carretera de la costa, vive un ermitaño, y que este ermitaño, cada mañana justo antes del amanecer —exceptuando los domingos y fiestas de guardar—, cierra su gran puerta claveteada, corre por los claros de los encinares y olivares, cruza el camino cerca del mirador, y baja trepando por el sendero de los contrabandistas hasta llegar a su embarcadero. Allí dice maitines, cuida sus langostas cuando es la temporada, recoge madera de deriva y algunas veces busca hinojo marino del acantilado o flores de alcaparras para poner en vinagre, y va de pesca con caña y sedal. Es un hombre muy alto, fuerte y temperamental, antaño marinero, que no se digna llevar zapatos ni sandalias. Los peregrinos que a menudo visitan su ermita dejan pequeños obsequios cuando saben que lo encontrarán en casa; besan la cuerda que ciñe su hábito color marrón y algunas veces le hacen consultas sobre temas difíciles con los que no quieren molestar al párroco, un hombre, dicen, bueno, pero sin experiencia en cosas mundanas.

—Vamos, amigo Pedro —le dije—. Ahora ya se ha recuperado de la cojera. ¡Suba hasta el mirador! Asómese bien, así podrá contarle al doctor Guasp de qué caída se libró. Aquí tiene mi brazo.

—Mil gracias, amigo. Pero, si no le importa, puedo arreglármelas sin su ayuda.

Se acercó tranquilamente al mirador y se inclinó sobre el parapeto con la cabeza baja, haciendo las paces con el enérgico santo al que había insultado.

CAJAS DE LA K A LA T

Al principio me pareció divertido más que inquietante cuando me di cuenta de que era un ladrón de cajas de cerillas, lápices y bolígrafos: lo consideré una forma bastante inofensiva de despiste. ¿Por qué los ladrones de cerillas y lápices —es una anomalía bastante común— no hurtan también mecheros y plumas? Ningún psicólogo ha sido capaz de explicarlo; pero en la práctica, nunca lo hacen. Otra cosa curiosa de estos ladrones es que, por muy lentos o cortos de entendederas que sean en las demás ocasiones, son veloces como el rayo y tan astutos como una comadreja cuando pasan a la acción.

—¡Una firma, por favor! —gritaba el chico de los recados junto a la puerta de mi apartamento en el Paseo de Hammersmith, y cuando yo salía, rebuscando con poco entusiasmo en los bolsillos para ver si tenía un bolígrafo, el chico solía ofrecerme el suyo. Entonces, después de garabatear mi nombre en el recibo, yo practicaba un ingenioso juego de manos, aunque los movimientos exactos deberán permanecer ocultos, porque ni yo mismo he descubierto mi truco jamás. Lo único que puedo decir es que él se marchaba siempre silbando, convencido de que volvía a llevar el bolígrafo detrás de la oreja, mientras yo me retiraba a mi hogar con la conciencia tranquila; y luego, cuando me vaciaba los bolsillos antes de irme a la cama, el asqueroso boli con la tapa mordida estaba allí, tan real como la vida, junto con otros trofeos más elegantes. En cuanto a las cerillas: paraba a un desconocido en la calle, le pedía educadamente que me diera fuego, prendía una cerilla de la caja que me ofrecía el hombre y, después de hipnotizarlo (y de paso, a mí mismo) para hacerle creer que se lo había devuelto, le daba las gracias y me alejaba a paso lento. Con frecuencia me pregunto qué habría revelado una grabación del incidente.

Los bolígrafos son baratos, y las cerillas, todavía más. Mis amigos no se percataban de mis actos de rapiña o, por lo menos, nunca me acusaron de ladrón, hasta que una Semana Santa fui a pasar unos días a Kirtlington, cerca de Oxford, con un tal F. C. C. Borley, un profesor universitario de Wadham College que impartía clases de filosofía moral y que además era experto en literatura y vinos franceses.

Borley era más bien joven, de tez enfermiza y pelo lacio, con una voz y unos modales tan desagradables que literalmente no tenía ni un solo amigo en el mundo: a menos que me contara a mí, y ninguno de los dos apreciaba demasiado al otro. Sus compañeros de la universidad no lo soportaban, aunque tenía la cabeza despierta y

bien amueblada, una lealtad a su College digna de elogio y ningún vicio aparente: salvo vestirse como un actor francés y tener siempre la razón. Les ponía a todos los pelos de punta, según decían, y estaban de acuerdo en que su elección había sido un desastre mayúsculo. Nos habíamos conocido por casualidad en una excursión por Andalucía, donde yo lo había cuidado al ponerse enfermo, porque no había nadie más alrededor; y ahora lo ayudaba a repasar el manuscrito de un libro que había escrito acerca de los clubes de cata de las universidades inglesas. Jamás fingí competir con él en erudición en el tema de cosechas, ni compartir sus arrebatos retóricos sobre tal o cual glorioso año del vino de Oporto —Borley siempre se empeñaba en llamarlo «vino de Oporto»—, ni sobre el peculiar buqué elíseo de este o aquel *château* poco conocido. Y jamás manifestaba que, de hecho, consideraba que el oporto era en resumidas cuentas una bebida para inválidos, y que prefería un buen vino tinto español o un *brandy* a la mayoría de los sofisticados vinos franceses. El único tema sobre el que yo reivindicaba un conocimiento amplio era el jerez, un vino elogiado por los profesores Wadham a la hora de bendecir la mesa y que, por lo tanto, Borley no se atrevía a despreciar, a pesar de que dejaba indiferente a su paladar.

Tenía un chef de Saboya llamado Plessis cuyos exquisitos *ragouts* y *crêmes* y *soufflés* pasaban la mar de bien con esos vinos tan elegantes. Por respeto a Plessis, yo nunca contradecía a Borley, ni escuchaba con una actitud que no fuera de absoluta atención sus interminables disertaciones sobre comida, vino, los clásicos franceses y las costumbres culinarias en el siglo XVIII. A cambio, él aceptaba las modificaciones que le sugería para el libro con bastante diligencia, siempre que lo que pusiera en entredicho fuese su estilo, no los hechos; aunque era porque le había mantenido sus numerosas manías y su perversa puntuación y todo lo demás, que daba al libro un sabor personal y desagradable, y me había concentrado únicamente en tachar las irrelevancias y las repeticiones, y en corregir los fallos más graves de gramática.

Una noche, mientras tomábamos café con *brandy*, cuando prácticamente habíamos terminado de repasar el libro, de pronto sacó la artillería.

—Compañero de copas —me dijo (tenía la nauseabunda costumbre de llamar a los demás «compañeros de copas» en la mesa y «compañeros de naipes» en las partidas de cartas)—, hay algo que me ronda la cabeza y ¿qué mejor momento que este para decírtelo?

—Dispara de una vez, a ver si matamos dos pájaros de un tiro —respondí, y entonces dije imitando bastante bien la voz del propio Borley—: Y luego, cuando los hayamos matado, desplumado y destripado como buenos pinches de cocina, cuando hayamos apartado las plumas de la cola para usar como limpiapipas, llamaremos a

Plessis para que salga de su escondite y le dejaremos que se recree en su ingenio. No me cabe duda de que rellenará las carcasas con ciruelas secas empapadas en agua de rosas, con corazones de alcachofa troceados, pimentón dulce y apio nabo rallado… A continuación, los guisará lentamente envueltos en hojas de col y los servirá con una salsa *mousseron* caliente… ¿Con qué vino los acompañaremos, compañero de copas? ¿Maître Corbeau, 1921? ¿U otro con más cuerpo todavía?

Sin embargo, no era fácil desviar a Borley.

—A decir verdad —continuó, sacando la barbilla puntiaguda con su ridícula perilla negra—, va contra mis principios como anfitrión el hacer un reproche, pero *in vino veritas*, ya lo sabes: ¡eres un puñetero ladrón!

Me sonrojé.

—Cuenta todas las cucharillas de plata alemana, o comprueba si todavía están tus libros con sus pinturas falsas en el corte vertical, manda a *madame* Plessis que suba a registrar entre mis sábanas, a ver si encuentra tus absurdas corbatas Sulka. No hay ni un solo objeto en esta casa que yo aceptara como obsequio, salvo un poco de jerez (aunque con moderación). Tu gusto para los muebles y los *objets d'art* es casi tan malo como tus modales o tu gramática inglesa.

Borley estaba preparado para una respuesta semejante, y la recibió sin perder la calma.

—Ayer, amigo Reginald Massie —me dijo con mucha pompa—, me robaste todas las cerillas que tenía. Hoy mandé ir al colmado a comprar otro paquete de doce cajas de cerillas. Y esta noche solo me queda una única caja, la que está encima del mantel… ¡Santo Cielo! ¡Acaba de desaparecer también! Estaba aquí hace dos minutos. Me apuesto mi reputación… ¡Y no te he visto levantarte de la silla ni un momento! Pero sin embargo, no ha entrado nadie en la sala así que ¡sácala, te lo ruego!

Temblaba del ímpetu. Al ver que me había pillado en falso, empecé a vaciarme los bolsillos del pantalón, de los que salieron las cajas de cerillas; pero me alegré al descubrir que no había más de siete.

—Mira —le dije—, ¡cuéntalas! Has mentido: no he cogido la docena entera. ¿Dónde están las otras cinco cajas? Creo que tú también eres un ladrón de cerillas.

—Has tenido la delicadeza de cambiarte de ropa para cenar —me recordó—. El resto del botín estará en tus pantalones deportivos. Y ahora ¡devuelve los lápices!

Me palpé el bolsillo de la pechera y saqué ocho o nueve lapiceros.

—Son una herramienta para mi labor —me justifiqué, restándole importancia—. Piensa en todas las molestias que me he tomado para corregir tu inglés de iletrado, por

no nombrar tu español, más que deficiente. Me hacía falta un puñado entero de lápices. Lo más probable es que te los hubiera devuelto antes de marcharme.

—A ver, dime, ¿cuántas veces en tu vida has devuelto un lápiz que te habían prestado o has comprado alguno?

—Así, de repente, no sabría decírtelo. Pero una vez, en un quiosco de Paddington, recuerdo que…

—Sí, ladronzuelo Massie, me imagino perfectamente la estampa. Justo antes de que el tren se pusiera en marcha, le pediste al tendero que te mostrara un surtido de portaminas, abriste la cartera, hiciste un par de filigranas y, ¡presto!, arramblaste con el expositor completo.

—Jamás en mi vida he hurtado un portaminas. Eso sería robar. Me insultas.

—¡Pues ya era hora de que lo hiciera alguien, compañero de copas! Eres un granuja remilgado, ya lo creo. Estás convencido de que nadie te va a llevar a los tribunales por un lápiz de un penique o una caja de cerillas de medio penique, y por eso pierdes todo el sentido del decoro y birlas a diestro y siniestro. Si por lo menos pusieras tu codiciosa mirada en algo un poco más grande y valioso, como por ejemplo, eh… digamos, este sacacorchos…

—¡Ni muerto me encontrarían con esa monstruosidad de finales de la época victoriana!

—… Repito, con este sacacorchos, tendría un ápice de respeto por ti. Pero cumples a rajatabla tu propia ley mezquina. En el mundo criminal, *on dit*, William Sikes, el experto ladrón, mira por encima del hombro al ratero innoble y al trilero de poca monta. El desdén que William sentiría por ti, oh, tú, más infame que Autólico, sería como una ráfaga de viento del este que marchitaría todas las flores del jardín veraniego de tu autoestima.

Se reclinó en su silla labrada, juntó las yemas de los dedos y me miró con malevolencia.

Es una falacia que el buen vino emborracha menos que el malo. Borley nunca se habría atrevido a hablarme en esos términos si no se hubiera puesto como una cuba con su Pommard especial, y si yo no le hubiera seguido el ritmo copa a copa, lo más probable es que hubiera sabido controlar mi temperamento. Una vez le oí decir después de evaluar una partida en la zona norte de Oxford: «… *Y si* el Rey de Corazones hubiera llevado sujetador y unas enaguas rosadas ¡habría sido una Reina! ¿Y qué más da, compañeros de naipes?». Pero no había ningún «*Y si*…» en esta ocasión.

Fruncí el ceño, me serví otra copa de *brandy*, se la arrojé sobre la pechera de la

camisa y después le pellizqué la nariz grasienta y se la retorcí hasta que empezó a sangrar. Debería haberme acordado de que Borley tenía el corazón delicado; pero claro, también podría haberse acordado él.

Borley murió, diez días más tarde, después de una serie de ataques al corazón. Nadie sabía que le había pellizcado la nariz —no es una de esas cosas de las que la víctima vaya alardeando— y, aunque supongo que Plessis y su esposa intuyeron que había habido una trifulca por el *brandy* derramado en la ropa de su amo, no sacaron el tema. Sin comerlo ni beberlo, se beneficiaron del testamento: un legado de mil libras, sin impuestos de sucesión. A mí, a pesar de haber menospreciado su vino, me dejó «la Peor Parte» de su Bodega (esa era otra de sus manías: poner en mayúsculas prácticamente todas las palabras), mientras que «la Mejor Parte» iría a la Sala de Profesores de Wadham. También fui nombrado su único albacea, lo que me cargó con toneladas de trabajo agotador: recayó en mí la organización del funeral y, además, tuve que actuar como persona más allegada. El grueso de sus bienes fue a parar a un primo segundo, un oficial de las Fuerzas Aéreas con pocas luces que vivía en Banbury, quien echó un vistazo a la casa de Kirtlington, hizo una mueca y cogió el siguiente tren de vuelta. Debería mencionar que el testamento era un borrador garabateado en el último momento en las guardas de un libro de cocina, que fue aceptado a regañadientes cuando se realizaron los trámites de autentificación, dado que la enfermera y el médico habían presenciado el acto, y las intenciones del difunto quedaban lo bastante claras.

Me sentía un poco culpable por la muerte de Borley. Una o dos veces, a lo largo de las semanas siguientes, me remordía la conciencia cuando vaciaba mi arsenal diario de bolígrafos, lápices y cerillas para almacenarlo en el cajón inferior del escritorio. Entonces, un buen día, me llegó una carta de parte de Dick y Alice Semphill, quienes me recordaban que me invitaban a pasar unas vacaciones en el yate en agosto y me informaban de que el *Psyche* estaría amarrado en Oulton Broad el día 15, si me parecía bien. Les contesté que estaría allí sin falta, acompañado de una docena de vinos de Borgoña y algún vino rosado de Borley, que, a pesar de pertenecer a la Peor Parte de su Bodega, merecían la pena. También llevaría una o dos botellas de mi propio *brandy* Domecq Fundador.

Psyche es una embarcación cómoda, aunque bastante lenta, y los Semphill se alegraron de volver a verme. A los dos les encanta navegar. Dick es arquitecto, y Alice y yo estuvimos a punto de casarnos cuando aún éramos menores de edad; seguimos

siendo algo más que amigos. Creo que eso es todo lo que tengo que decir sobre ellos ahora mismo.

La primera noche en el salón del barco, justo antes de la cena, Bunny Semphill, de ocho años, me vio sacar una botella de Beaujolais y se ofreció a descorcharla. Pero la botella se le resistía, así que terminé por abrirla yo.

Mientras giraba el corcho para extraerlo del sacacorchos, salté como si acabara de picarme un insecto.

—Bunny —le pregunté—, ¿de dónde diantre ha salido esto?

Me miró fijamente.

—No lo sé, señor Massie. Lo he cogido del botellero que tiene detrás.

—Dick —llamé, intentando no parecer asustado—, ¿de dónde has sacado este sacacorchos de empuñadura de marfil?

Dick, que estaba atareado preparando la ensalada en la cocina, respondió desde allí:

—Ni siquiera sabía que lo teníamos. Siempre utilizo el que llevo en mi navaja multiusos.

—Bueno, ¿y qué es esto?

Y se lo mostré.

—Es la primera vez que lo veo.

Resultó que tampoco le era familiar a Alice Semphill ni al capitán Murdoch, un miembro de la Guardia Real irlandesa que era el quinto miembro del grupo.

—Pones cara de haber visto un fantasma —dijo Alice—. ¿Qué tiene de extraordinario ese sacacorchos, Reggie? ¿Te habías topado con él antes?

—Sí: era del tipo que me dejó en herencia el vino. Pero el problema es que el sacacorchos no estaba en mi parte de la herencia. No me cabe en la cabeza cómo ha llegado aquí.

—Seguro que lo has cogido con el lote por equivocación. A lo mejor estaba metido en uno de los estuches de las botellas.

—Lo habría visto al empaquetarlas.

—No necesariamente.

—Además, ¿quién lo ha colocado en el botellero?

—Supongo que tú mismo. Ya sabes, Reggie, que haces un montón de cosas sin darte cuenta. Por ejemplo, te agenciaste todas nuestras cerillas nada más subir al barco. No es que te lo eche en cara, en absoluto; pero me refiero a…

—¿Cómo lo sabes? ¿Me has visto coger una sola caja?, ¿eh?

—No, no puedo decir que te haya visto sin faltar a la verdad. Pero antes buscaba

desesperada un mechero y he visto que habías dejado el chubasquero ahí colgado, así que he palpado los bolsillos y estaban hasta los topes de…

—Me he traído un montón de cerillas. Una contribución útil, pensé.

Alice dejó correr el tema con una sonrisa de advertencia. Pero el misterio del sacacorchos seguía sin resolver. Deseaba con todas mis fuerzas no haberme convertido en un ladrón de cosas de valor, como le habría gustado hacer de mí a Borley. Si lo era podía acabar en la comisaría o, aún peor, recalar en un centro para cleptómanos. Sopesé el sacacorchos, que habría reconocido entre un millón. Era un objeto macizo probablemente de la década de 1880, con la empuñadura de marfil y un cepillo en un extremo, supongo que para limpiar las telarañas que pudiera haber en los cuellos de las botellas de oporto de 1847.

—¿Quién estuvo en el *Psyche* la semana pasada? —pregunté.

—Los Greenyer-Thoms; amigos del cuñado de Dick, George. Él trabaja en el sector inmobiliario y ella pinta. Viven cerca de Banbury.

—¡Ajá! —contesté—. Eso lo explica todo. Debieron de ir a la venta de los objetos personales de Borley. El heredero principal es un sobrino suyo de las Fuerzas Aéreas, que vive allí.

—Menudo par de abstemios, estos Greenyer-Thoms. Los dos tienen arrebatos violentos —objetó Alice.

—Y beben a escondidas —añadí a la vez que devolvía el sacacorchos al botellero —. Por eso querían el yate. Así es más fácil deshacerse de las botellas vacías; las tiras al agua por la noche cuando no te ve nadie y listos.

Después de cenar, Murdoch me preguntó en tono jocoso si le permitía oler el corcho de uno de mis famosos brandys. Abandoné mis pensamientos absortos, elegí una botella y fui a buscar el sacacorchos. No estaba en el estante del botellero. Los miré uno por uno a la cara, desafiante, y les pregunté:

—¿Quién lo ha escondido?

Todos levantaron la mirada muy sorprendidos, pero ninguno contestó.

—Lo he devuelto al botellero y ahora no está. ¡Venga, sácalo ya, Bunny! Estás jugando con fuego. Ese sacacorchos significa mucho para mí.

—Yo no lo he tocado, señor Massie. Que me caiga muerto… No lo he tocado, ¡lo juro!

—Registre los bolsillos de Massie, señora Semphill —propuso Murdoch—. Seguro que esconden más de un sacacorchos.

Dick descubrió un brillo en mis ojos tan agresivo como un pellizco en la nariz.

—¡Bueno, bueno! —exclamó a modo de advertencia. Entonces sacó la navaja

multiusos—. Con esto nos apañaremos, Reggie.

Dick es una buena persona.

Mientras yo descorchaba el *brandy* en silencio, Bunny se agachó y se puso a cuatro patas para rebuscar entre nuestros pies. Entonces empezó a hurgar en los cojines que teníamos detrás.

—¿Seguro que no puede estar en uno de sus bolsillos, señor Massie? —preguntó al fin.

—¡Por supuesto que no! —espeté—. Y por el amor de Dios, ¡estate quieto de una vez, hijo! Sube a la cubierta si te aburren las conversaciones de adultos.

—Solo intentaba ayudar.

—Bueno, pues no te esfuerces.

A Alice no le gustó el modo en que había reprendido al chico, y salió en su defensa.

—Sinceramente, creo que Bunny tenía derecho a preguntártelo —me dijo—. Sobre todo porque estoy viendo la punta de mi mejor lápiz de dibujo, que sobresale por el bolsillo de tu pechera.

—No es tuyo, mujer. ¡Es mío!

—Dejen que haga de árbitro en este tira y afloja —dijo Murdoch—. Soy el hombre más imparcial de todo East Anglia.

—¡No te metas en esto, Murdoch! —le advertí.

—¡Vamos, dejadlo ya! ¡Hombre, por el amor de Dios! —exclamó Dick—. Si vamos a ponernos a discutir por unas cerillas y unos lápices en la primera noche de travesía…

Bajo la influencia del Domecq, que todo el mundo alabó, no tardamos en recuperar la compostura… Pero media hora más tarde, cuando habíamos terminado de fregar y nos dirigíamos a la cubierta, Bunny me miró con curiosidad.

—¿Quién ha colgado el sacacorchos de ese gancho? —me preguntó—. ¿Ha sido usted?

—El capitán Murdoch tiene un sentido del humor muy retorcido —le dije—. Y si se te ocurre cogerlo a ti, ¡suéltalo!

Sin embargo, me recorrió un escalofrío helador y decidí quedarme en la cabina para beber otro trago. El condenado cachivache se balanceaba en un gancho que había encima de la puerta del salón. Si hubiera sabido a ciencia cierta quién era el bromista que lo había puesto ahí, lo habría tirado por la borda.

Para mantener la concordia, Dick debió de advertir a los demás que no comentaran la reaparición del sacacorchos, porque al día siguiente se produjo un

silencio elocuente, que yo no rompí, cuando le pedí la navaja a Dick para abrir otra botella de vino rosado. Pero, durante el resto de las vacaciones, me esmeré en revisarme los bolsillos por la mañana, por la tarde y por la noche para asegurarme de haber dejado suficientes cerillas, lapiceros y bolígrafos a la vista para el uso común. Tenía la superstición de que, si lo hacía, el sacacorchos permanecería en su gancho. Y no me equivoqué.

Apenas tengo un vago recuerdo de en qué dirección navegamos o de qué tiempo hizo, pero sé que, cuando llegó el momento de despedirnos, Alice no pudo resistir la tentación de preguntarme:

—¿No te has olvidado de tu sacacorchos, bromista? Sigue colgado en el salón.

—No —contesté—. No es mío ni lo ha sido nunca. Se lo dejaron los Greenyer-Thoms. Además, al *Psyche* no le irá mal tener un sacacorchos con mango de marfil.

—Gracias —dijo Alice con sorna—. Pero no creo que Borley tuviera intención de dárnoslo a nosotros.

Esa noche, ya en casa, descubrí que con las prisas de la despedida me había olvidado de deshacerme de cerillas, lápices y bolígrafos. Entre la colección del día encontré una caja enorme de cerillas Swan Vestas en la que ponía con letras muy gruesas: *Propiedad de John Murdoch. Por favor, devuélvanla al Club de Guardias*, y el lápiz doble-B de la marca Koh-i-Noor de Alice con sus iniciales grabadas en la madera (¿con una aguja de tricotar al rojo vivo?) en ambos extremos y en el centro. Me mosqueé. «Seguro que me los ha metido Bunny —me repetí para convencerme—. Es imposible que fuera Murdoch, porque se marchó ayer por la mañana, y Alice no habría sido tan poco considerada».

—Qué bonito es ese sacacorchos de caballero que ha traído, *sir* —comentó mi señora Fiddle mientras entraba en la sala con la sopa.

—Ah sí, ¿eh? —contesté casi gritando—. ¡Pues tírelo por la ventana!

Me miró con los ojos muy abiertos, cargados de reproche.

—Oh, *sir*, jamás podría hacer una cosa así, señor Massie, *sir*. Hoy en día ya no venden sacacorchos como ese.

Di un brinco.

—Entonces tendré que tirarlo yo. ¿Dónde está?

—En la estantería de la despensa, cerca de las hueveras —me respondió resignada mientras recogía la servilleta, que se me había caído—. Pero es una verdadera lástima.

—¿Dónde ha dicho que estaba? —le pregunté desde la alacena—. No lo veo.

—Vuelva, señor Massie, y tómese la sopa antes de que se enfríe —me suplicó—. El sacacorchos puede esperar, ¿no cree?

Como no quería parecer ridículo, regresé y me contuve hasta el postre, momento en el que le pedí cortésmente a la sirvienta que fuera a buscar el maldito artilugio.

Tardó un buen rato en volver y, cuando lo hizo, parecía contrariada.

—Se está burlando de mí, *sir*. Ha escondido el sacacorchos; no lo niegue.

—No he hecho nada semejante, señora Fiddle.

—En el piso solo estamos nosotros dos, *sir* —dijo ella frunciendo los labios.

—Correcto, señora Fiddle. Y si quiere quedarse el sacacorchos, es todo suyo, siempre que no vuelva a traerlo por aquí. Claro, debería habérselo ofrecido al señor Fiddle antes de decir que iba a tirarlo por la ventana.

—¿Me está acusando de haberlo escondido con la intención de engañarle, señor Massie?

—¿No es de lo que acaba de acusarme usted a mí hace un momento?

La pelota estaba sobre su tejado.

—No quería insinuar que lo hubiera hecho con mala intención, *sir*. Se lo aseguro —dijo ella, debilitada.

—Confío en que no. Pero dígame, señora Fiddle, ¿está segura de haber visto el sacacorchos? ¿Cómo era?

—Tenía el mango de marfil, *sir*, con una especie de brocha de afeitar en un extremo, una plaquita redonda de plata en el otro extremo con unas iniciales y una fecha.

Era el colmo.

—Es ese —murmuré—, pero le doy mi palabra de que no me había percatado de las iniciales.

—Bueno, pues vuelva a mirarlo, señor Massie, y dígame si tengo razón o no —me contestó. Y entonces, con voz lastimera, mientras se retiraba a la cocina con el delantal tapándole los ojos, añadió—: ¡Pero no debería burlarse de mí, *sir*! Me tomo estas cosas muy en serio, sobre todo desde que murió mi pobrecita Shirley.

Le serví una copa y nos reconciliamos.

Al día siguiente, el sacacorchos apareció en la alacena, al fondo del cajón de las servilletas. La señora Fiddle lo sacó con aire triunfal.

—¡Aquí está, *sir*! Ahora, vamos a ver si tenía razón en lo de las iniciales.

Lo tomé con cautela de sus manos y allí estaba la plaquita de plata, sí. No entendía cómo no la había visto antes. «F. C. C. B. 1928», con la plata un poco deslustrada.

—Sí, *sir*, no le iría mal que le sacara brillo.

La única forma de salir de una situación tan incómoda era hacerme pasar por un bromista empedernido.

—La verdad es que —dije con petulancia— lo compré en Lowestoft para regalárselo al señor Fiddle. No quería que usted lo viera, y por eso le he puesto un poco de misterio a todo el asunto. Tenía intención de guardarlo hasta el día de su cumpleaños. El 1 del mes que viene, ¿verdad?

—No, señor. El cumpleaños de Fiddle fue el día 1 del mes pasado. Pero en cualquier caso, es muy amable por su parte, *sir*. Se lo aseguro.

Sin embargo, la mujer seguía sin estar muy convencida.

—Fiddle no bebe vino ni licores, *sir* —me explicó tras hacer una pausa—, y ahora los botellines de cerveza tienen tapa de rosca.

—¡Qué tonto soy! Bueno, pues lo tiramos por la ventana y asunto zanjado.

—¡No, no, *sir*! Podría hacerle daño a un peatón. Además, es un objeto precioso. Guárdeselo, *sir*, y regálele a Fiddle un par de botellas de cerveza negra en lugar de eso. El detalle le encantará, aunque sea con retraso. Y a mí también, ya que nos ponemos, señor Massie, *sir*.

A última hora de la tarde, anduve por el Paseo con un paquete bien envuelto en la mano hasta que llegué al puente de Hammersmith. Cuando no miraba nadie, lo arrojé en medio de la corriente. ¡Qué peso me había quitado de encima! Pero esa noche soñé con un cadáver de aspecto asqueroso que flotaba en el agua y que agarraba el paquete justo cuando iba a hundirse y me gritaba que volviera para recoger mis pertenencias. Se levantaba chorreando del Támesis; y era nada menos que F. C. C. Borley en persona. Yo me daba la vuelta y huía gritando hacia la Avenida, pero él me perseguía. «¡Es tuyo, maldito ladrón! —bramaba—. ¡Espera! ¡Te lo he traído!» y entonces, como colofón, oía con total claridad entre el rumor del tráfico: «Y la Peor Parte (Cajas de la K a la T) para el señor Reginald Massie». Esa había sido la frase textual de su testamento.

Cuando me desperté, me castañeteaban los dientes. Salté de la cama, encendí todas las luces del piso, me serví un trago fuerte y fui a comprobar si el sacacorchos volvía a estar en la alacena. ¡Gracias a Dios, no!

Volví a hacer la maleta y leí hasta quedarme dormido de nuevo.

Por la mañana, cuando la señora Fiddle me sirvió el té, le dije que me había llamado otro grupo de amigos que iban a ir en yate por South Devon, y que pensaba coger el primer tren de la mañana hacia allí. Le mandaría un telegrama para informarla de cuándo iba a regresar y decirle qué debía hacer con la correspondencia. No era extraño; con frecuencia me ausentaba de casa de forma repentina.

Compré un billete a Brixham, donde sabía que se celebraba una regata esos días. Además, un tío mío soltero vivía en la colina desde la que se contemplaba el puerto: un excoronel de la Marina a quien no veía desde hacía años y cuyo mayor interés eran los moluscos británicos de agua dulce. Solíamos enviarnos postales de Navidad, y las suyas siempre terminaban: «Ven a visitar a un viejo solitario». Pensé: «Esta es mi oportunidad de demostrarle que tengo espíritu familiar; además, seguro que todos los *pubs* están llenos por la regata».

El tío Tim se alegró muchísimo de verme y tener con quién hablar de sus moluscos y su reuma. Esa misma noche me llevó en taxi al Club Náutico para cenar algo temprano.

—Pareces deprimido, hijo mío —me dijo—, y no tienes buen color, a pesar de las vacaciones. Deberías casarte. Los hombres no están hechos para vivir solos. El matrimonio te alegraría y te daría un aliciente para vivir. —Y añadió con tristeza—: Yo lo pospuse demasiado. Los moluscos y el matrimonio no son compatibles. Los niños habrían jugado sin cesar con mi acuario y habrían desordenado mis cajones.

—Ya, pero crecen —dije para restarle importancia—. Siete años de paciencia y su colección habría vuelto a estar a salvo.

—Tal vez tengas razón, pero los pobres renacuajos no podían esperar.

—¿Quiénes? ¿Los niños?

—¡No, no, tonto! ¡Los moluscos!

—Perdone que me entrometa pero ¿por qué no?

—Por la contaminación fluvial: esos malditos fertilizantes químicos que se impregnan en el suelo, ya sabes. Una continua masacre de inocentes: especies enteras se destruyen de año en año.

Negué con la cabeza para mostrar mi comprensión.

—Pero no hay nada que te impida casarte a ti, ¿no? —insistió.

—Colecciono cajas de cerillas —respondí mientras hurgaba en los bolsillos con melancolía—. Mi colección es una de las más completas de Europa. No sería muy sensato criar a unos hijos rodeados de tanto material inflamable, ¿no le parece?

En ese momento, el tío Tim cogió el menú y dijo que al diablo con el reuma: con el lenguado y el pollo asado nos tomaríamos una botella del famoso vino blanco del Club, reservado de forma tácita para los miembros habituales.

—Sé que sabes apreciar un buen vino, Reginald —me dijo—. No hay muchos jóvenes que sepan, con todos esos malditos combinados que han surgido. Ginebra con vermú, ginebra con tónica, ginebra con bitter… A eso se reduce ahora todo. Incluso en la Marina. ¡Contaminación, lo llamo yo! —Y acabó con un enigmático—:

Especies enteras se destruyen de año en año.

Entonces retomó la palabra:

—¿Por casualidad conoces a un joven llamado Borley? Un muchacho con el que coincidí una vez aquí, en el Club. Llevaba un sombrero caído y una corbata ridícula, al estilo francés. Me dijo que estaba escribiendo un libro. Su mente era como un sacacorchos: daba vueltas y vueltas y vueltas, se metía y se metía y luego ¡pam! Salía de repente con alguna bobada. Aunque tengo que reconocer que sus conocimientos sobre enología eran admirables. Y reconoció que nuestro vino blanco era muy bueno.

Un camarero se acercó de puntillas acunando la botella y, con mucha ceremonia, le quitó el polvo al cuello con el cepillo que tenía en un extremo su sacacorchos de empuñadura de marfil.

—Lo he traído, compañero de copas —me susurró con una mirada cómplice y lasciva.

—¡Cielo santo, hijo! —chilló el tío Tim—. ¿Qué ocurre? ¿Estás mareado?

Yo había salido disparado del Club Náutico y medio corría, medio volaba por la pendiente hacia el mercado del pescado. La muchedumbre que se congregaba por las tardes en la calle Fore me entorpecía el paso, pero me escabullí y zigzagueé entre ellos como un jugador de rugby de fama internacional.

—¡Eh, Reggie, espera! —me gritó una mujer casi en la oreja.

La aparté de un manotazo y crucé como un rayo la calleja estrecha, donde me encontré inmovilizado por alguien que me agarraba con firmeza por la cintura.

—Por el amor de Dios, Reggie, ¿a qué viene tanta prisa? ¿Has matado a alguien?

¡Era Dick Semphill! Dejé de forcejear y lo miré boquiabierto.

—Vayamos a esa cafetería. Cuéntanos qué ha pasado a Alice y a mí.

Lo seguí hacia el establecimiento, sin cerrar la boca, y me senté.

—¿Puede saberse qué diablos hacéis en Brixham? —les pregunté cuando por fin recuperé la voz.

—Pues la regata —respondió Alice.

—Pero ¿por qué no estáis en Lowestoft?

—Esa no es hasta el mes que viene. Llevamos aquí desde el viernes. *Psyche* todavía no ha destacado, pero no hemos perdido la esperanza.

—¿*Psyche*? Pero ¡es imposible que hayáis navegado desde Suffolk tan rápido!

—No sé a qué te refieres. Pero si no ha estado allí desde el año pasado. Ya verás, el mes que viene irás con nosotros (bueno, al menos en eso confiamos), y nos lo pasaremos de maravilla. Por cierto, todavía no nos has dicho si te va bien quedar el día 15 en Oulton Broad.

—¿Dónde está Bunny?

—En el colegio, en Somerset. Murdoch irá a buscarlo cuando termine.

—Dick… Alice, creo que estoy a punto de perder la chaveta.

Les conté toda la historia desde el principio, incluso confesando todo el asunto de las cajas de cerillas. Ambos parecían francamente incómodos cuando terminé mi relato.

Alice dijo:

—Está claro que ha sido un sueño, pero no consigo distinguir exactamente en qué punto empezó y en cuál terminó. Mira, voy a llamar al Club Náutico para averiguar si tu tío Tim está o no allí.

El teléfono público estaba cerca de nuestra mesa. Entonces la oí decir:

—¿Está seguro? ¿No lo ha visto desde el martes pasado? ¿Está en la cama con reuma? Vaya, cuánto lo siento. No, no le deje ningún recado. Muchas gracias.

Colgó el auricular.

—No es tan grave, Reggie —me dijo—. No has dejado plantado a tu tío. De hecho, no sirven comidas en el Club Náutico; y su bodega se reduce a la botella personal del presidente que guardan debajo del mostrador. Así que tu sueño no terminó hasta que Dick te ha despertado hace un momento. Bueno, ha sido algo más que un sueño, claro; una especie de ensoñación, o sonambulismo, seguramente debido a tu preocupación por el tal Borley. Menos mal que te hemos encontrado. ¿Te importaría vaciarte los bolsillos, Reggie, querido? Eso nos daría una pista de cuánto tiempo has pasado fuera de casa.

Obedecí medio aturdido. Salieron ocho cajas de cerillas de diferentes tamaños, siete lapiceros y, entre otros muchos cachivaches, el billete de vuelta de un viaje en tren desde Paddington y una carta sin enviar dirigida nada menos que a Alice, escrita en mi casa y en la que le confirmaba la cita en Oulton Broad.

—Has llegado esta misma tarde —me dijo mostrándome la fecha del billete.

También había un sobre voluminoso que contenía todos los documentos relativos a mi liquidación de los asuntos de Borley. Alice los leyó en diagonal.

—Veo que enviaste el vino al rector y los profesores de Wadham College, como correspondía —dijo—. Y aquí está la factura detallada de los gastos del funeral en la iglesia de la parroquia de Kirtlington. Ah, y una nota del comandante Borley de Banbury, en la que dice que, si deseas quedarte algún recuerdo de los efectos personales de su primo antes de que pasen a subasta, eres libre de hacerlo, pero que, por favor, se lo digas cuanto antes. Te escribió el jueves; supongo que todavía no le habrás contestado. ¡Anda, y hay una fotocopia del propio testamento! ¡Qué letra tan

horrible y enrevesada! Sí, está atestiguado por…

Dick había permanecido en silencio hasta entonces. En ese momento le arrebató el testamento a Alice y lo leyó.

—No pasa nada, Reggie —dijo—. No te falta un tornillo, ni siquiera vamos a mandarte al psicoanalista. Simplemente te ha rondado… un fantasma que debería ser bastante fácil de enterrar. —Entonces soltó de improviso—: Imbécil, ¿por qué no te tomaste la molestia de enterarte de si tu amigo Borley era protestante o católico?

—Sí que me tomé la molestia, ya lo creo, pero nadie lo sabía. Ni siquiera en Wadham supieron decírmelo, así que opté por el camino más fácil y pedí que lo enterraran en la iglesia anglicana.

—Exacto. ¡Ahí está la raíz de todos los problemas! ¿Ves ahora por qué en tu sueño te llamaba maldito ladrón?

—No lo entiendo.

—Vuelve a leer el testamento. ¡Léelo en voz alta!

Leí:

> Nombro mi albacea a Reginald Massie… La Mejor Parte de mi Bodega (Cajas de la A a la J) es para el Rector y los Profesores de Wadham College, en Oxford. La Peor Parte (Cajas de la K a la T) son para don Reginald Massie…

—No, no son para «don Reginald Massie», idiota. Si se hubiera referido a ti habría escrito: «para el citado Reginald Massie». ¡El vino era para «las Requeridas Misas»! ¡Las misas para el descanso eterno de su alma! ¿Es que no lo ves?

La exhumación no fue fácil de tramitar, pero al final logré que fuera permitida. Después envié el vino a los clérigos de St. Aloysius, en Oxford, y ellos accedieron a encargarse del resto. Y, ante la insistencia de Alice, escribí al comandante Borley para pedirle el sacacorchos de recuerdo. Desde que me lo envió no he vuelto a meterme en los bolsillos ni una sola cerilla ni un solo lápiz. Por lo menos, que yo sepa, claro…

VIDA ESCOLAR EN MALLORCA EN 1955

Estimada Sra. Hampstead-Hendon,

Mamá me ha pedido que le escriba y le cuente cosas sobre colegios para sus niños, para cuando venga a vernos a Mallorca, ya que son de la misma edad que Richard y yo.

Primero vivíamos en un pueblo llamado Binijini donde no hacen más que cultivar tomates. A mí y a Richard nos enviaron a las monjas franciscanas, y yo cuidaba de él hasta que fue lo bastante mayorcito como para abrocharse los botones. Luego fue a una escuela estatal, porque el obispo no deja que las niñas y los niños más grandes aprendan juntos, aunque en Binijini solo había diez niños en el colegio de niños, y solo cuatro niñas en el colegio de niñas. Las otras ocho niñas estaban en las franciscanas, la mayoría con hermanitos pequeños. Al director de la escuela de Richard le daban ochocientas pesetas al mes, no llega a dos libras a la semana, y eso no le bastaba para comer. Así que pasaba las horas de colegio en casa traduciendo a William Shakespeare al castellano; pero, como no sabía inglés, traducía una traducción francesa. Había aprendido francés cuando trabajaba de camarero en un restaurante económico de Marsella que tenía su tío; pero no le gustaba aquella vida, porque su tío solía comprar las sobras del mercado, pescado apestoso y verduras podridas, y decía: «Debemos dar ejemplo a nuestros clientes comiendo igual de mal que ellos». Y así fue como se convirtió en maestro de escuela.

Puede verse el coche del inspector desde dos kilómetros de distancia cuando sube por la montaña hacia Binijini, y siempre se para a mitad de camino para que no se le caliente el radiador; así que Jaime Frau, el niño que mejor se sabía las lecciones, enseñaba a los niños pequeñitos, y Juan Grau, el niño que sabía menos, vigilaba desde fuera, desde la cruz. El maestro decía: «Esto os servirá de aprendizaje para vuestras profesiones, si no os gusta cultivar tomates. Jaime podrá ser maestro de escuela, como yo, y Juan guardia, como su padre». A Juan nunca se le escapó el coche, y cuando llegaba, el maestro ya había ido corriendo desde su casa hasta el colegio, y estaba muy enfrascado dando una lección sobre los gloriosos días de Felipe II, que es donde la historia termina en los libros de colegio, hasta que vuelve a empezar con Franco y la gloriosa liberación de la patria. Así que el inspector, que era madrileño, se zampaba una paella de arroz deliciosa en la Fonda, y mucho vino, y después muchos licores, y un puro, y decía que Binijini tenía el mejor colegio de todo el distrito. Una vez pidió

diez ensaimadas, que son una especie de bollo azucarado muy ligero, en forma de espiral, y dijo: «Ahora, mis queridos amiguitos, veamos quién de vosotros puede comer más rápido. Esto será una lección útil, en esta isla de bandidos». Juan Grau ganó fácilmente, y el inspector gritó: «¡Olé!»; luego le quitó la ensaimada a Richard y le preguntó: «¿Qué te ocurre, inglesito, estás enfermo? Solo le has dado un bocado». Richard contestó: «¡No, señor! Pero nosotros, los ingleses, no podemos comer tan rápido como los españoles». Entonces el inspector se rió y se tragó él mismo la ensaimada de un bocado. Luego hizo arrodillarse a Richard con los brazos en cruz, como los penitentes del Jueves Santo, y le dijo: «No te muevas hasta que me hayáis devuelto Gibraltar».

Mamá me siguió enviando a las franciscanas, porque en el colegio estatal de niñas daban demasiada religión y también política. Un día, la señorita del colegio de niñas me vio sentada en las escaleras del convento, almorzando, y dijo en voz muy alta que todos los protestantes van al infierno y arderán para siempre. Pero sor Juana salió y le dijo a la señorita que yo era la primera de la clase en historia sagrada. Detrás de nuestro libro de aritmética había un dibujo del águila española con las flechas falangistas en sus garras, y ese día sor Juana les dijo a los más pequeños: «Ese es el demonio que viene a buscar a los niños malos». En los colegios españoles, todo el mundo se lo aprende todo de memoria y lo canta, y nadie te explica qué significa nada, y a nadie le importa. Mamá les pagaba a las monjas cincuenta pesetas cada trimestre por Richard y por mí, y estaban muy contentas. Hablábamos mallorquín en el patio. Es un idioma fácil, una especie de francés italianizado, pero hay que gritarlo, porque si no se piensan que estás enfermo y te quieren dar un purgante.

Hace dos años nos fuimos a vivir a Palma, que es una ciudad grande, y nos enviaron a escuelas estatales cerca de nuestro piso. Nunca abrían las ventanas y había sesenta niñas en mi clase, la mayoría de ellas de familias pobres. No había calefacción, pero la habitación se calentaba en seguida incluso cuando había nieve en las montañas, y nos sentábamos tres niñas en cada pupitre de dos. Mi señorita era muy simpática, pero a mí me picaron las pulgas y cogía dolores de garganta. Un día, cuando pasó una apisonadora, se cayó un cristal de la ventana y se rompió; y nunca lo arreglaron, lo cual fue una cosa buena, claro. Los niños del colegio de Richard, al lado del nuestro, tenían la suerte de tener un patio, donde jugaban a corridas de toros y a «pégame más fuerte»; nosotras las niñas teníamos que quedarnos en nuestros pupitres (cogiendo turno para ir al retrete) y bordar. Richard se metió en un lío porque sus amigos pusieron una trampa para que la apisonadora quedase atrapada, y la cañería de agua reventó, y todo el barrio estuvo sin agua durante un mes. Y aprendió a tirar

piedras a los coches y a insultar a los policías.

Mamá nos sacó a los dos de nuestros colegios, y ahora vamos a dos de las mejores escuelas de la isla. El mío es un convento, y llevamos trajes de marinero y aprendemos francés y hasta me dejan salir temprano para ir a clase de *ballet* (porque mi profesora de *ballet* es una católica refugiada de los rusos), pero para compensar tengo que ser muy aplicada. Nos dan cintas y bandas de colores si somos aplicadas, y ahora voy tan disfrazada que las niñas me apodan «El capitán general de las Baleares». El director del colegio nuevo de Richard es un cura que ha estado en Piccadilly, en Londres, y que dice: «¡A cada cual su religión!», y le preguntó a mamá sobre el lado psicológico de Richard antes de que entrara en el colegio. Construyó el colegio basándose en un plan inglés, con ventanas que suben y bajan, y lavabos con agua; y da clases de gimnasia y baloncesto. Hay una cacatúa vieja y gris que se sabe todo el libro «Grado Elemental» de memoria, y un perro negro grandote que entra y sale de las clases. Mamá paga mucho por nosotros, más de tres libras al mes por cada uno, incluyendo comidas y libros; pero se supone que vamos a trabar amistades de provecho con las hijas y los hijos de los ricachones. El idioma del patio es el español, porque los ricachones no quieren que tomen a sus hijos por mallorquines corrientes, aunque lo son. Creo que tus hijos estarían contentos en nuestros colegios y pronto aprenderían español, pero a lo mejor no les gusta el pan con aceite y ajo que nos dan para comer. Nosotros estamos acostumbrados; pero no a la sopa de garbanzos, que es asquerosa. Cuando la sirven les pregunto a las niñas de mi mesa: «¿Alguien sabe cuál es la tercera persona del plural del pretérito indefinido del verbo *avoir*?». Y lo gritan todas, y suena como si todo el mundo estuviera devolviendo, y las monjas se enfadan.

Un abrazo, MARGARET

P. D. Le envío el Boletín del Colegio de San Modesto de Bobbio, por si le interesa.

BOLETÍN DEL COLEGIO DE SAN MODESTO DE BOBBIO N. 119, OTOÑO DE 1955

El colegio, inmóvil y pétreo, empieza a dar señales de vida. Soñoliento, se libera del letargo de la larga siesta estival y se dispone a recibiros, estimados jóvenes estudiantes, en su palpitante regazo… Por fin hemos llegado a la primera semana de octubre, y recordar el final de nuestro curso anual en junio se convierte en una retrospección de siglos. Montones de exuberantes libros de texto aguardan con impaciencia la caricia de vuestras aplicadas manos, mientras se cierne por los otrora silenciosos claustros y las ya bulliciosas aulas el benévolo y gentil espíritu de nuestro ilustre patrón, el incomparable san Modesto de Bobbio.

¡A trabajar, pues, amigos!

Si eres estudiante y te obligan a estudiar no lo tomes como un castigo. Nada más lejos de la realidad. El aprender y los resultados de haber aprendido son absolutamente indispensables para un hombre de posición superior. Si estudiáis con todas vuestras fuerzas, amasaréis un enorme capital, cuyos intereses os permitirán algún día vivir con voluptuosa holgura. Un estudiante que se abandona a la vida en la playa, a la vida bohemia, se perjudica no solo a sí mismo sino a sus futuros hijos y nietos, y a la sociedad educada en general.

Después de este pequeño prólogo, les presentaré a los estudiantes que se han cubierto de gloria aprobando con matrícula de honor el bachillerato. Dejemos que la presentación tome la forma de unas breves entrevistas:

ALONSO GARCÍA

Encontré a Alonso jugando a los dados, la mano izquierda contra la derecha, en la Sala de Juventudes Seráficas. Es un adolescente serio, ataviado con pantalones blancos y camisa caqui, y está tan absorto en su juego como cuando jugaba de portero la primavera pasada en nuestro equipo de fútbol, que dejó hechos trizas a nuestros rivales del colegio de Santo Domingo.

—Dime, Alonso: ¿a qué quieres dedicarte?

—Bueno, de momento, voy a respetar los deseos de mi estimado tío: quiere que trabaje con él como humilde ayudante en el negocio que le ha dado una panza tan magnífica.

—¡Claro! Es el gerente de la plaza de toros de Madrid, ¿no es cierto?

—Exactamente: está considerando ofrecerle al público los más bravos y fiables cornúpetas que jamás se vieron en la historia de España, y traer más valientes y brillantes artistas del toreo. Si, de alguna modesta manera, puedo contribuir a la gloria de la fiesta nacional…

—Has elegido bien, Alonso. Además, me maravilló lo bien que organizaste la corrida de toros de fin de curso, que rebosaba color y pasión. Todo por la madre patria… quizá nos hagas algún descuento a tus viejos profesores.

DIEGO VÁZQUEZ

Descubrimos a Diego en un rincón romántico del claustro. Nos explicó que tenía en mente una carrera que no solo fuera momentáneamente provechosa, sino que condujera a un futuro espléndido: el de intérprete y guía de turistas que visitaran los edificios públicos de nuestra ciudad.

—Opino que has elegido bien, Diego. Aunque uno no puede reprimir, en ocasiones, un sentimiento de indignación al ver a estos turistas de pésimos modales —especialmente a mujeres jóvenes que, con frecuencia, no dudan en entrar en edificios sagrados sin cubrirse decentemente la cabeza, o la parte superior de los brazos, o sus pronunciados escotes, y que incluso llevan pantalones cortos ajustados como los futbolistas—, es necesario perdonarles. Son, indudablemente, protestantes o judíos y, por tanto, totalmente incultos. Será tu deber y privilegio instruirles, con auténtica cortesía española, en el comportamiento decente. Después de todo, la industria del turismo es muy necesaria para la economía nacional, como bien nos recuerdan sin descanso los ministros del Estado.

—Intentaré no albergar resentimiento hacia estos salvajes.

—¡Noble muchacho!

JAIME Y CAYETANO BOBADILLA Y TAMBIÉN ANTONIO ALEMÁN

Encontramos a los tres bachilleres recientes, que están a punto de entrar en la Real Academia Militar, en el gimnasio de la Salud y la Fe, pasándose la bolsa del botiquín de uno a otro.

Como yo entré inesperadamente, dicha bolsa me golpeó justamente en un lado de la cabeza, y caí postrado. Los tres compañeros me ofrecieron sus más caballerosas excusas y disculpas…

Parece ser que los hermanos Bobadilla tienen intención de seguir los pasos de sus ilustres antepasados y labrarse un camino hacia la fortuna con la brillante espada. Ambos son estrellas en el gimnasio al que nos hemos referido arriba; pero Antonio

Alemán, a pesar de ser hijo de un histórico profesor, casi les supera en lo que se refiere a la lealtad sempiterna con que se consagra a la vida militar.

—Me dedico a remediar una injusticia histórica que casi tiene tres siglos.

—¿Te refieres a Gibraltar?

(Un audible rechinar de dientes resentidos).

—Si tengo que arrancar la bandera extranjera con dedos ensangrentados para escalar ese peñasco verdaderamente español, lo haré.

—¡Que Dios te acompañe, Antonio!

Los hermanos Bobadilla corroboran con fervor este sentimiento tan correcto.

FRANCISCO MAURA

Mientras entraba en la biblioteca, donde Francisco, un estudiante de reducida estatura pero brillante intelecto, consultaba una nueva obra de álgebra recientemente colocada en los estantes, me descubrí. Porque sabía que estaba ante un futuro físico nuclear.

—¿Y la bomba de cobalto? —pregunté.

—No pasará mucho tiempo antes de que los españoles podamos construir bombas de poder trascendental con los materiales más baratos, materiales que España y sus colonias pueden suministrar en cantidades prodigiosas. Entonces nada podrá detener la gloriosa marcha de nuestro progreso científico…

—¿De entre estos materiales…?

—Comenzaré con la hojalata, de la cual este país tiene un exceso, debido a la creciente y natural preferencia del público por las cafeteras de aluminio y las regaderas de hierro galvanizado.

—¡Que la fuerza de tus explosiones alcance esta biblioteca solo en forma de reverberación distante desde las malvadas ciudades de Moscú y Leningrado, Sodoma y Gomorra de nuestros días!

La sonrisa bonachona de Francisco casi partió en dos su cara de querubín.

MAURICIO VENTUROSO

Había imaginado a Mauricio, nuestro exaltado joven filósofo, como futuro titular de la cátedra de lógica en la Universidad Central, amén de sus visitas de cortesía a Oxford, donde expondría las teorías de Hegel y Kant o refutaría las del desaparecido Ortega y Gasset. Pero eso no va a suceder, me dice, con gran filosofía.

—¿Qué profesión alternativa, Mauricio?

—La más sencilla, entrar en el negocio de mi padre: la fabricación de

innumerables novedades de plástico.

—Descríbeme unas cuantas, si eres tan amable.

—¿Por dónde empezar…? Tiestos de plástico, orinales infantiles de plástico, rasca-espaldas de plástico para exportar a Marruecos, espolones de plástico…

—¿Has dicho «espolones»…?

—Sí, en efecto, son muy necesarios en la industria de peleas de gallos, ya que la humanidad del presente régimen prohíbe el uso de los de metal; pero son de gran utilidad, ya que no solo son puntiagudos sino también resistentes.

—Quizá, después de todo, es mejor que consideres los intereses materiales de la nación, Mauricio, antes que malgastar tu talento innato en complicados problemas filosóficos, problemas que con frecuencia le tientan a uno a adquirir puntos de vista que resultan incompatibles con las verdaderas creencias.

«¡Ah, ardiente juventud! ¡Cada uno a la conquista de su propio ideal!».

CURIOSIDADES

Gran apetito

El soldado americano Chester Salvatori le cuesta a las autoridades militares grandes sumas de dinero, debido a la enorme cantidad de productos alimenticios que precisa diariamente. A pesar de que este soldado pesa poco más de setenta kilos, está acostumbrado a desayunar cuarenta huevos, ocho lonchas de tocino y una ración de avena, acompañado de tres litros de leche y uno de café. En cierta ocasión, devoró un pavo de siete kilos y medio en el transcurso de una sola comida. En otra, se zampó treinta y ocho chuletas de cerdo. ¿Por qué no se le destina a la intendencia?

Un programa único de entrenamiento

Un prisionero de la Santé de París ha desarrollado un programa de entrenamiento muy original. Su colchón estaba plagado de chinches, y decidió entrenar a una araña de grandes dimensiones para cazarlas. Tuvo un éxito considerable, y la araña devoró las chinches con tal rapidez, que pronto pudo pasar unas cuantas noches sumamente tranquilas.

Cura para el mareo

Un diplomático portugués sufría tantos mareos cuando viajaba por mar, que temía que nunca iba a llegar al país al que le habían destinado. Tal era su ansiedad, que se lanzó al suelo desde su litera, tras lo cual se le ocurrió mirarse en un espejo, cosa que le curó al instante. Realizó diversas pruebas con varios otros pasajeros que sufrían

mareos, y todos experimentaron el mismo éxito.

El remedio es tan sencillo como económico.

¡Felicidades! Su excelencia el Gobernador Civil y Jefe Provincial de la Falange, el compañero Lorenzo Jurado Hurtado, ha entregado personalmente el primer premio del campeonato juvenil de tiro de pichón a Felipe González, alumno de esta escuela. Derribó nada menos que a diez enemigos en doce disparos.

Anuncio: Afligido y enfadado, el reverendo padre a cargo de la dirección de este sagrado colegio rechaza con indignación la dolorosa y escandalosa acusación de que el automóvil Mercedes-Benz que utiliza para sus necesarios viajes fue adquirido con fondos de la escuela. Es de dominio público que este espléndido vehículo (apodado de forma insolente y blasfema «Las sandalias de San Modesto») fue ganado, al mismo tiempo que la moto Vespa propiedad del bibliotecario del colegio, en un sorteo público *bona fide*, organizado para fines benéficos bajo los auspicios de la Iglesia.

Para concluir este pequeño boletín, estudiantes, solo me resta deciros que debéis aplicaros seriamente a vuestros estudios este otoño. Si no lo hacéis, os convertiréis en un peligro y una molestia para vuestros compañeros, en el desespero de vuestros profesores, y en una vergüenza para vuestra familia y país. Y, ¿cómo explicar vuestra deplorable rebeldía a nuestro patrón, quien nos observa a todos y cuyas lágrimas ardientes caen con reproche sobre toda cabeza indigna?

TARTA DE MELAZA

La noticia recorrió todo el andén de la Estación Victoria, volando de grupo en grupo e impresionando a nuestros padres y hermanas menores casi tanto como a nosotros mismos. Venía un lord a nuestro colegio. Un lord de verdad. Un niño nuevo, de ocho años. El hijo menor del duque de Downshire. Un niño nuevo, y sin embargo un lord. Lord Julius Bloodstock. Vaya nombre. ¡Córcholis!

Era algo tan emocionante que bastó para detener las rebeldes lágrimas de los que añoraban sus hogares, y para que nuestros últimos adioses rozaran la indiferencia. Como ninguno de nosotros había tenido contacto alguno con la nobleza, hubo quien argüía, mientras nos acomodábamos en el vagón pullman que nos estaba reservado, que, por analogía con los policías, no podían existir los niños-lores. Sin embargo, el señor Lees, el profesor de latín (declinado así: *Lees, Lees, Lem, Lei, Lei, Lee*), confirmó la noticia. Aquella mañana el lord llegaría al colegio en el Rolls-Royce ducal. Otra vez ¡córcholis! (¡*Corcholo, Corcholere, Corcholi, Corcholitum*!).

¿Se nos iba a pedir que le llamáramos «Su Excelencia» o «Señor», o algo así? ¿Guardaría una corona en su caja de golosinas? ¿Se atreverían los maestros a castigarle con la palmeta si infringía alguna norma del colegio, o no se sabía la lección?

Billington segundo nos dijo que su padre (el eminente abogado) había llamado a Thos «pelotillero de la hidalguía», dando a entender que se sentía terriblemente orgulloso de conocer a gente importante, como por ejemplo obispos, abogados de prestigio y lores. El señor Lees se hizo el sordo cuando oyó esto, aunque decidió castigar severamente cualquier comentario que se hiciera de allí en adelante sobre el reverendo Thomas Pearce, nuestro director. No se hizo ninguno. Casi todos nosotros le teníamos un miedo atroz a Thos; además, todos —menos Billington segundo— considerábamos que enorgullecerse de conocer a gente importante era un sentimiento bastante inocente.

Al cabo de un rato, el señor Lees dobló su periódico y dijo:

—Bloodstock, como aprenderéis a llamarle, es un muchacho absolutamente normal, aunque da la casualidad de que ha nacido entre la púrpura, y no sé si alguno de los presentes captará la referencia. No le dispenséis besos ni bofetadas (*nec oscula, nec verbera*, ambos neutros) y todo marchará bien. Por cierto, esta va a ser su primera experiencia de vida escolar. Hasta hoy, el duque le ha tenido en el castillo con

profesores particulares.

¡En el castillo, con profesores particulares! ¡*Córcholis*! ¡*Corcholis, Corcholior, Corcholissimus*!

Llegamos a Los Cedros justo a tiempo para la comida del colegio. Thos, algo cohibido, hizo entrar en el comedor a un niño pequeño, pálido y rubio, y le enseñó su puesto al final de la mesa, al lado de otros nueve alumnos nuevos.

—Os presento a lord Bloodstock, muchachos —vociferó—. Le llamaréis Bloodstock. Nada de títulos ni otras expresiones de respeto.

—Entonces prefiero que me llamen Julius —fueron sus primeras y memorables palabras.

—En Brown Friars solo utilizamos los apellidos —dijo Thos con una risita, y a continuación bendijo la mesa.

Al principio, ninguno de los compañeros de mesa de Julius le llamó nada, porque todos se sentían demasiado desgraciados o demasiado tímidos para poder decir siquiera: «Acércame la sal, por favor». Pero después de la sopa, y a medio comer el pastel de patatas y carne (esta vez, para variar, no estaba hecho de sobras), Billington tercero, para ganar una apuesta, se inclinó sobre la mesa atrevidamente y preguntó:

—Milord, ¿por qué no vino usted en tren, igual que todos los demás?

Al principio, Julius no contestó, pero cuando sus compañeros empezaron a darle codazos, dijo:

—Me llamo Julius, y mi padre temía encontrarse con fotógrafos de la prensa en el andén. ¡Son tan pesados! Había dos esperándonos en la puerta del colegio, y mi padre ordenó al chófer que hiciese pedazos sus cámaras.

Apenas había hecho mella en nosotros esta información cuando apareció el tercer plato: tarta de melaza. Era lunes: sopa de cebolla, pastel de patatas con carne y zanahorias, y tarta de melaza. Siempre había sido lo mismo. Incluso cuando el señor Lees-Lees-Lem estaba aquí de niño y había obtenido una beca con honores para Winchester.

—Melaza, del latín *mellacea*, aunque los romanos, naturalmente, no…

En estas, el señor Lees, que se sentaba en la punta de la mesa y comía, como estaba mandado, su tarta de melaza, alzó la vista para ver si alguien le estaba escuchando y se dio cuenta de que Julius había apartado su plato, dejando intacto el trozo alargado de pasta quemada y dura.

—¡Cómetelo, muchacho! —dijo el señor Lees—. Aquí no se permite dejarle nada a don Remilgos. Reglas del colegio.

—Yo nunca como tarta de melaza —explicó Julius con un leve suspiro.

—Debes llamarme «señor» —advirtió el señor Lees.

Julius pareció sorprendido.

—Yo creía que aquí no se utilizaban títulos ni otras expresiones de respeto —dijo —, sino solo apellidos.

—Llámame «señor» —insistió el señor Lees, no muy seguro de si se trataba de inocencia o de impertinencia.

—Señor —dijo Julius, levantando ligeramente los hombros.

—Cómete la tarta —le ordenó bruscamente el señor Lees.

—Pero es que yo nunca como tarta de melaza… ¡Señor!

—Es mi deber asegurarme de que lo hagas, cada lunes. —Julius sonrió.

—¡Qué deber tan extraño! —comentó, incrédulo.

Risitas sofocadas, cuellos estirados. Entonces Thos llamó jovialmente desde el otro lado de la mesa:

—Bueno, Lees, ¿qué noticias hay en la otra punta? ¿Se está comentando que las vacaciones de verano han resultado pesadas y largas?

—No, señor director. Pero no puedo persuadir a un niño impertinente de que pruebe nuestra tradicional tarta de melaza.

—Mándemelo aquí —dijo Thos, con su voz más impresionante—. ¡Mándelo aquí, con plato incluido! Oliver Twist quiere que le den menos, ¿eh?

Cuando Thos reconoció a Julius, su expresión cambió y tragó un par de veces, pero como por lo visto había echado un sermón al personal para que no se marcase diferencia alguna entre el hijo de un duque y el de un tendero, tuvo que adoptar una actitud firme.

—Hijo mío —le dijo—, quiero ver cómo te comes este excelente pedazo de tarta sin más demora. Y nada de tonterías.

—Yo nunca como tarta de melaza, señor director.

Thos se sobresaltó como si le hubiesen dado una bofetada. Lentamente, dijo:

—Querrás decir, quizá: «No tengo apetito, señor». Muy bien, pero recuerda bien estas palabras: el apetito regresará a la hora de cenar… y también lo hará la tarta de melaza.

La risa aduladora que ocasionó este estupendo «thosismo» sorprendió a Julius, pero no le quitó la serenidad. Se acercó a la mesa de servir, dejó su plato, dio media vuelta y volvió calmosamente a su sitio.

Thos se levantó en seguida y pronunció el «Te damos gracias, Señor» con voz amenazadora.

—Chulito imbécil, me gustaría golpearle su noble cabeza —refunfuñó Billington

segundo aquella tarde.

—Primero tendrías que golpear la mía —le dije—. Este chico es un… aquello que estudiamos en la *Elegía* de Gray: un Hampden, un héroe en el anonimato. Se ha enfrentado a Lees y a Thos en muda y modesta protesta contra esa asquerosa tarta de melaza.

—Eres un pelotillero repelente.

—Es posible. Pero más repelente es la tarta de melaza de Thos.

Sonó una campana para anunciar la cena o, mejor dicho, la merienda-cena. Según la norma, los pasteles que traíamos en nuestras cajas de golosinas se ponían a disposición del ama de llaves, que los distribuía entre los cincuenta niños hasta que se acababan. A eso Thos lo llamaba «democracia» (no sé por qué) y el ama de llaves, para alegrar la siempre sombría primera noche, había colocado sobre la mesa el pastel más grande que había podido encontrar: el de Julius. Venía directamente de las cocinas ducales, revestido de frutas escarchadas, azúcar de lustre y mazapán, relleno de pasas, cerezas y nueces.

—Tú también tendrás tu porción, querido, cuando te hayas comido tu tarta de melaza —le recordó suavemente el ama a Julius.

—*Noblesse oblige* —añadió.

—Yo nunca como tarta de melaza, ama.

Debió de ser muy duro para él ver cómo unos desconocidos devoraban su pastel en sus propias narices, pero no protestó; simplemente, tomó unos sorbitos de té y se fue a la cama sin cenar. En el dormitorio narró un cuento de fantasmas que aún sigue contándose en el colegio, según he oído decir, después de tantos años, sobre un tal señor Gracie (¿por qué Gracie?) que oyó unos penosos gemidos por la noche, y cuando se levantó para investigar, una mano invisible le agarró por la espalda. Descubrió que se le habían enganchado los tirantes en el tirador de la puerta, y después de otras aventuras angustiosas siguió la pista de los gemidos hasta el cuarto de baño, donde la señora Gracie…

¡Apagad las luces! A dormir. La campana para despertar, la de las oraciones, la del desayuno.

—Yo nunca tomo tarta de melaza.

Así que Julius no desayunó, pero nosotros nos metimos rebanadas de pan y carne de lata (martes) en el bolsillo para dárselas a escondidas más tarde en el patio. Intervino el portero del colegio. Tenía órdenes de vigilar que no le diesen nada de comer al jovencito.

La campana: latín. La campana: matemáticas. La campana: recreo largo. La

campana: historia sagrada. La campana: lavarse las manos para comer.

—Yo nunca como tarta de melaza —dijo Julius, como si fuera una respuesta a la bendición de mesa de Thos, y esta vez se desmayó.

Thos mandó un telegrama largo y urgente al duque, explicándole la situación: reglamentos del colegio, disciplina, que no podía hacer excepciones, etcétera.

El duque respondió con un telegrama nada comprometedor: «Así es. *Stop*. El muchacho nunca come tarta de melaza. *Stop*. Saludos. Downshire».

El ama de llaves se llevó a Julius a la enfermería, donde le fue permitido tomar sopa y leche, pero nada sólido a no ser que decidiera pedir su tarta de melaza. Siguió firme y educado hasta el final, que ocurrió dos días más tarde, después de otro intercambio de telegramas.

Estábamos improvisando un partido de fútbol cerca del ala del edificio que ocupaban los profesores, cuando llegó el Rolls-Royce. Al poco rato, Julius, con abrigo largo y bombín, descendió las escaleras principales, seguido por el portero del colegio, que llevaba su caja de golosinas, sus botas de fútbol y su bolsa de mano. Billington segundo, convertido ya a la opinión popular, lanzó tres hurras, que Julius agradeció inclinando elegantemente su sombrero. El coche arrancó suavemente; y para demostrar nuestra admiración por Julius, decidimos declararnos todos en huelga contra la tarta de melaza aquel mismo lunes: nadie probaría ni un solo bocado, aunque le gustara… ¡como nos ocurría a algunos!

Claro que cuando llegó la hora de la verdad los niños que estaban sentados cerca de Thos se acobardaron y uno tras otro se fueron echando atrás. Incluso Billington segundo y yo, que no éramos hijos de nobles y ni siquiera héroes anónimos, nos resignamos muy a pesar nuestro.

FIN DE SEMANA EN CWM TATWS

Esta historia no la contaría —pues realmente no tiene nada de particular, exceptuando el desenlace— si no fuera porque ya es conocida en versión falseada. Las cosas que me ocurren a mí, me gusta que se cuenten a mi modo, o si no que no se cuenten. La verdad es que a mí me gustó aquella chica desde el primer momento. Tan buena y compasiva, además de parecer una «*miss*», que…

De todos modos, imagino que aunque la muchacha hubiese tenido una pata de palo, un ojo tuerto y solamente un diente… Y no es que en aquel momento estuviese interesado en dientes, pues era tal mi estado que no logré pronunciar más que un débil «uf», y ni siquiera pude darle la bienvenida con una sonrisa. Sin embargo, ¡cuánta consideración por su parte atenderme primero a mí antes de dar un solo paso para encargarse del pesado objeto que había sobre mis rodillas! La mayoría de chicas se hubiesen puesto histéricas. Pero, por suerte, ella era práctica; ni siquiera se detuvo para marcar el 091. A primera vista comprendió que… Pero vayamos por partes. Además de parecer un perfecto idiota, lo era, ¡mira que tener dolor de muelas un sábado por la tarde, en un lugar como Cwm Tatws! Eso fue lo que me dije una y otra vez durante todo aquel fin de semana perdido.

Lo malo fue que estaba completamente solo: nadie que se preocupara por mí, nadie que pudiera mandar una patrulla de rescate, nadie en el pueblo que me conociera. Había venido a Cwm Tatws a pescar, que es la única razón por la que la gente va allí, a no ser que se llame Harry Parry, Owen Owens, Evan Evans, Reece Reece o… Y yo no me llamo nada de esto. La muela ya había empezado a despertarse débilmente el viernes, justo después de firmar el registro en el Dolwreiddiog Arms, pero decidí diagnosticar una neuralgia y calmarla con una aspirina. El sábado me levanté temprano, dispuesto a conquistar el lago, donde por lo visto había surgido un buen número de ejemplares de kilo y de kilo y medio, y me llevé conmigo mi botella de aspirinas y una comida fría infame.

No, pescar no significa necesariamente que uno sea un *fan* de Hemingway; después de todo, ahí tenemos a Izaak Walton, a quien tampoco he leído.

A media tarde doña Muela se despertó repentinamente y empezó a dar brincos como… Enganché un par de tamaño respetable, aunque en nada comparables a lo que se venía anunciando; los dos se me escaparon. Mi error fue esperar que la tercera sería la definitiva. Eso y olvidar que era un sábado por la tarde. Solo cuando regresé a

Cwm Tatws, que tiene cinco bares (unos malos, otros peores), una comisaría, una estafeta de correos, una agencia bancaria y demás —un lugar bastante grande para aquel distrito—, decidí buscar un sacamuelas, el señor Griffith Griffiths, cuya placa de bronce había observado junto a otra que decía: «CAPEL BEULAH 1861».

No fue lo que se imaginan. El señor Griffith Griffiths sí estaba en casa, muy cordial, y trabajaba los sábados por la tarde y por la noche, porque ese era el día en que todo el mundo… Pero hacía poco había resbalado sobre una roca mojada por querer enganchar una pieza grande con demasiadas prisas, y se había roto el codo izquierdo. Tremenda mala suerte: era zurdo.

—Vamos a echarle un vistazo —dijo. Y así lo hizo—. No existen esperanzas de salvar a esa pobre desgraciada. Hay que sacarla de un tirón, inmediatamente. Lástima de muela, ¡y una muela posterior nada menos!

¿Qué podía hacer un servidor a continuación? El señor Griffith (y no voy a repetir su nombre) iba a estar fuera de combate todo un mes. Un servidor, naturalmente, podía alquilar un coche y viajar treinta millas por las colinas hasta Denbigh, donde quizá mañana…

Le rogué y le supliqué:

—¿No hay nadie en este pueblo de cinco bares capaz de…? ¿Un herrero, por ejemplo? ¿O un barbero? ¿Y por qué no el veterinario? Siguiendo sus instrucciones…

—En fin, considerando la urgencia, posiblemente, como usted dice, el señor Rowland Rowlands, el veterinario, consentiría en probar con usted lo que hace con las ovejas.

Desgraciadamente, el señor Rowland-bis se había marchado a Denbigh en el último *motor-bus* (como le llaman en Cwm Tatws), a visitar su lo que fuese.

El señor Griffith Griffiths se acarició la barbilla rasposa con la mano derecha. No podía afeitarse y consideraba de mal gusto ir al barbero.

—Bueno, bueno —dijo—. No me extrañaría que nuestro querido señor Van der Pant quisiera hacer de buen samaritano. Él también es inglés, y era el dentista titular de Cwm Tatws, no hará ni quince años; fue el señor Van der Pant quien me vendió este consultorio. Un caballero muy agradable, aunque es un solitario inveterado y no habla ni una palabra de galés.

Puesto que el hecho de que no hablase galés no era una desventaja notable dadas las circunstancias, me marché a toda prisa a Rhododendron Cottage, bajando por un camino mojado y subiendo por una avenida de rododendros todavía más mojados. Para entonces, mi muela ya…

Vuelven a estar equivocados. También encontré al señor Van der Pant en su casa, y

él ni siquiera se había roto el brazo, pero tardó diez minutos en abrir la puerta y entonces solo lo hizo por casualidad, pues era demasiado sordo para poder oírme.

No entremos en detalles sobre la farsa de aquella escena muda; finalmente logré hacerle comprender y persuadirle de…

La habitación era… qué macabro, ¿verdad? «Solo Para Adultos». Había estado cerrada bajo llave vayan a saber desde cuándo, a juzgar por su aspecto. Telarañas como enredaderas tropicales. Sin calefacción. Olor a ratones. Presencia de ratones. Palangana para expectorar y estante de instrumentos oxidados. El yeso caído del techo a montones. El papel de las paredes pelado. Tenía su encanto.

Le ayudé a enroscar una bombilla eléctrica y le dije:

—No, por favor, ¡no se moleste en encender fuego!

—Sí, tiene que salir —dijo, resollando—. ¡Lástima que sea una muela posterior! Y más lástima aún que se me haya acabado la anestesia.

Por suerte descubrió que los fórceps los había guardado cubiertos de una fina capa de aceite, que fácilmente podría quitarse con… Los miró con ternura. Aún podían utilizarse.

Utilizáronse.

Para entonces, la muela posterior y… ¿Acaso me estoy repitiendo? Eso sí que era estar de mala suerte, se quejó. Aquellos fórceps no eran en absoluto el instrumento que él hubiese elegido. El señor Griffith Griffiths había comprado el otro par, que era mejor, cuando adquirió el consultorio. Pero, en fin, haría lo que pudiese. ¿Me importaría que introdujera un pequeño aparato para mantener separadas mis mandíbulas, y así trabajar más cómodamente? Ya se estaba haciendo viejo, dijo, y estaba un poco desentrenado.

Y, por favor, ¿podía estarme quieto? Sí, sí, una gran lástima. Me había cortado la comisura de la boca, ya se había dado cuenta, pero era porque yo había dado una sacudida.

Tres minutos que es mejor olvidar. Prohibida la entrada incluso a adultos.

El señor Van der Pant empezó a temer que no íbamos a llegar a ninguna parte. ¡Aquellos fórceps!

La muela estaba cariada y había arrancado la corona. Ahora había que profundizar más en la encía. Podría ser que doliese un poco. Y, por favor, ¿podría estarme quieto esta vez? Solo iba a sentir un dolor momentáneo y entonces… ¿Quizá si le permitiera que me atase a la silla? Su corazón no andaba demasiado bien, y con mis forcejeos…

¡Pobre hombre!

—Puede usted atarme como un pato de Aylesbury, si quiere, mientras me arranque

esta… muela —le dije.

No me podía oír, naturalmente, pero lo adivinó, y salió a buscar metros y más metros de cable eléctrico.

Sí que me ató bien, al estilo marinero. «¿Había sido quizá dentista a bordo de un buque de guerra?», le pregunté. Pero me sonrió en silencio. Serían alrededor de las seis y media de la tarde del sábado y, curiosamente, me había estado contando lo del famoso asesino —un tal Crippen, de antes de mis tiempos— que había estudiado odontología con él cuando… Sus últimas palabras fueron:

—Y también tuve el privilegio de atender a su mujer y víctima, la señorita Belle Ellmore, que era actriz, como recordará. Se había roto un incisivo al morder un…

Podía al menos haber acabado la frase.

Así pues, tal como les cuento, ella apareció, providencialmente, sobre las once y media del lunes; ella, la sobrina del señor Van der Pant, que quería hacerle una visita sorpresa. Una chica encantadora, recién salida de Bond Street o de una sombrerera.

Y allí estaba yo en la húmeda habitación, sentado en aquella silla polvorienta con un dentista muerto sobre las rodillas; las mandíbulas abiertas mediante un aparatito, un enfriamiento, un absceso que iba madurando, brazos, piernas y tronco fuertemente atados con metros del cable eléctrico, y no mencionemos, claro está…

Sí, me gusta contarlo a mi manera, aunque no haya mucho que contar. Le pudo haber pasado a cualquier otro imbécil.

Pero… ¡el desenlace! Eso sí que fue…

EL RETRATO DE CUERPO ENTERO

William «el Niño» Nicholson, mi suegro, no pudo librarse jamás de la superstición victoriana de que mil guineas eran mil guineas; el impuesto sobre la renta le parecía una broma de mal gusto que no se aplicaba, y que no debería aplicarse, a personas como yo. El Niño tenía una gran familia a la que mantener, y como retratista de moda tenía que salvar las apariencias para justificar sus honorarios por un retrato de cuerpo entero, los mismos exigidos por sus amigos William Orpen y Philip de Laszlo. Se lucía en sus bodegones y, aunque se quejaba de que las flores eran modelos inquietas, le hubiese gustado no tener que pintar otra cosa en todo el día, exceptuando algún paisaje de vez en cuando. Pero lo que necesitaba era encargos de retratos de cuerpo entero.

—Los retratos casi siempre son dinero seguro —me dijo.

Cuando le pedí que se explicara, lo hizo:

—Hace tantos años que pinto y vendo, y que pinto y vuelvo a vender, que mis primeros compradores ya empiezan a morirse o están en bancarrota. Obras maestras de W. N. ya olvidadas salen continuamente a subasta y tienen que adquirirse a precios injustos, cinco veces superiores a los de su primera venta, solo para que el mercado de W. N. se mantenga estable. Algunas de esas obras las considero encantadoras y yo mismo me admiro de lo bien que pintaba, pero otras parece que me estén suplicando que las ponga de cara a la pared en seguida. ¡Como aquellas!

Las cosas habían llegado a un estado de crisis en Appletree Yard. Los del fisco, continuó explicando, le habían convocado urgentemente para que les respondiera a unas preguntas; además, un coleccionista inexperto de sus obras de primera época había muerto repentinamente sin dejar herederos, y en consecuencia su agente tuvo que comprar en subasta tres o cuatro pinturas que jamás deberían haberse vendido.

—Lo cierto es que siempre hemos de pagar por nuestros pecados —murmuró el Niño, muy desanimado—. Lo que necesito ahora son nada menos que dos mil guineas en metálico. ¡Reza para que suceda un milagro, hijo mío!

Recé, y no habían pasado dos horas cuando sonó el timbre de la puerta del estudio y entró la señora Mucklehose-Kerr escoltada por un tal Fulton, su mayordomo, los dos de riguroso luto. Hasta aquel momento, el Niño ni siquiera había tenido conocimiento de su existencia, pero parecía de carne y hueso y el nombre de Mucklehose-Kerr era sinónimo de *Whisky* Glenlivet, así que se portó con suma

cortesía.

Una vez hechas las presentaciones, la señora Mucklehose-Kerr apretó fervorosamente la mano del Niño y le dijo:

—Señor Nicholson, sé que no me va a fallar: usted y solo usted es la persona destinada a pintar el retrato de mi hija Alison.

—Bueno —dijo el Niño, parpadeando cautelosamente—. Estoy muy ocupado por esta época, ya sabe, señora Mucklehose-Kerr. Y he prometido llevar a mi familia a Cannes dentro de unas tres semanas. Claro que, si insiste, quizá podríamos arreglar que venga a posar antes de que me marche de la ciudad.

—No posará, señor Nicholson. No *puede* posar. —Se llevó un pañuelo de encaje negro a los ojos—. Mi hija pasó a mejor vida la semana pasada.

El Niño tardó un rato en digerir esto, pero murmuró una especie de pésame y dijo amablemente:

—Entonces me temo que tendré que utilizar fotografías.

—Por desgracia, no hay fotografías —respondió la señora Mucklehose-Kerr con voz quebrada—. A Alison no le gustaba que le hicieran fotos. Siempre me decía: «Mamá, ¿para qué quieres fotos? Siempre me podrás mirar a mí, a mí en persona, ¡no unas fotos tontas!». Y ahora ha abandonado este mundo, sin dejarme siquiera una instantánea. Siguiendo el consejo de mi hermano, fui primero a ver al señor Orpen y le pedí lo que ahora le estoy pidiendo a usted, pero me respondió que ese trabajo era superior a sus posibilidades. Dijo que usted era el único pintor en Londres que me podría ayudar, porque posee un sexto sentido.

Orpen tenía razón, en parte. El Niño poseía una extraña habilidad, útil en los juegos de salón. De pronto, le preguntaba a algún conocido: «¿Cómo firma usted su nombre?», y cuando este le contestaba: «Herbert B. Banbury» (o lo que fuese), se lo escribía, imitando la letra a la perfección y dejándole boquiabierto.

—Mire, aquí tiene la firma; es la tapa de su cuaderno de historia.

Mientras se lo estaba pensando, vio de reojo las pinturas recompradas, apoyadas contra la mesa sobre la cual estaba la nota de Hacienda.

—Es un encargo difícil, señora Mucklehose-Kerr —le dijo.

—Estoy dispuesta a pagar dos mil guineas —respondió— por un retrato de cuerpo entero.

—No es por el dinero… —protestó él.

—Pero Fulton le contará cómo era Alison —suplicó la señora, llorando a lágrima viva—. La señorita Alison era una niña hermosa, ¿verdad, Fulton?

—Era monísima —admitió Fulton fervientemente—. Parecía una muñeca, señora.

—Estoy segura de que aceptará, señor Nicholson, y, naturalmente, elegiré uno de sus propios vestidos para que lo lleve puesto en el retrato. El que más me gustaba.

No quedaba más remedio que aceptar.

El Niño llevó a Fulton al Café Royal aquella noche y le llenó de *whisky* y de preguntas.

—¿Ojos azules?

—Bastante azules, señor, y un poco lacrimosos. Pero muy dulces.

—¿Cabello?

—Sin brillo, señor, como su carácter, y recogido en un moño.

—¿Tipo?

—Así, así, señor Nicholson, ¡así, así! Pero era una señorita muy dulce, *miss* Alison, ya lo creo que sí.

—¿Algún rasgo característico?

—Ninguno, señor, que saltara a la vista. Pero es que me resulta muy difícil eso de describir a una persona.

—¿No tenía amigos que la pudiesen dibujar de memoria?

—Ninguno, señor Nicholson. Hacía una vida muy solitaria.

El Niño no tuvo ningún éxito con Fulton y su truco de prestidigitador no le sirvió de nada, porque le faltaba la facultad complementaria (que la señora Mucklehose-Kerr le atribuía pero que, usando una frase suya, era otro par de calcetines) de hacer aparecer una persona partiendo de su firma. Al día siguiente, desesperado, consultó con su cuñado, el pintor James Pryde.

—Jimmy, ¿qué demonios voy a hacer ahora?

Jimmy pensó un momento y luego, como era escocés y muy práctico, respondió:

—¿Por qué no le preguntas a Fulton si la muchacha había ido alguna vez al dentista?

Daba la casualidad de que *sir* Rockaway Timms era, como él, socio del Savile, y el Niño corrió a su consultorio en Wimpole Street para pedirle ayuda.

—Rocks, muchacho, estoy metido en un buen lío.

—No es la primera vez, Niño.

—Se trata de una chica de dieciocho años llamada Alison Mucklehose-Kerr, una de tus pacientes.

—Deberías dejarlas en paz hasta que lleguen a la edad del discernimiento. ¡Estos artistas!

—No la he visto en mi vida. Y ahora parece ser que está muerta.

—Muy mal, muy mal. ¿Por su propia mano?

—Quiero saber lo que sabes de ella.

—Puedo enseñarte el mapa de su boca, si eso te da una satisfacción morbosa. Lo tengo en mi gabinete. Espera un momento. M… Mu… Muck… ¡Aquí lo tienes! Incisivos demasiado juntos, una muela posterior torpemente empastada, otra igual, empastada con esmero por mí…, las muelas del juicio aún sin salir.

—¡Por Dios santo, Rocks! Pero ¿qué cara tenía? ¡Es una cuestión de vida o muerte para mí!

Sir Rockaway dirigió una mirada burlona al Niño.

—¿Y yo qué saco con todo esto? —le preguntó.

—Una caja enorme de bombones de licor envuelta en un lazo rosa.

—Aceptado, en nombre de Edith. Bueno, esta Alison a la que engañaste en un oscuro bosque era una muchachita escocesa, de tez amarillenta, torpe, asustadiza, con un defecto en el ojo derecho… y sin embargo, te aseguro, ¡era la viva imagen de Lillian Gish!

El Niño sacudió la mano de *sir* Rockaway con la misma violencia con la que había sacudido la de la señora Mucklehose-Kerr al despedirse. Luego salió corriendo y subió al taxi que le estaba esperando.

—¡Chófer! —gritó—. Vamos al cine donde dan *El nacimiento de una nación*, ¡tan de prisa como puedan sus ruedas!

La señora Mucklehose-Kerr, citada en Appletree Yard una semana más tarde, soltó un gemido de gozo cuando entró en el estudio.

—¡Es Alison, la Alison de mi vida, señor Nicholson! —balbució—. Sabía que su genio no me fallaría. Pero ¡qué buena cara que tiene y qué feliz parece desde que ha pasado a mejor vida! Fulton, Fulton, ¡dígale al señor Nicholson lo maravilloso que es!

—¡Ha captado usted la expresión de *miss* Alison a la perfección, señor! —declaró Fulton, visiblemente impresionado.

La señora Mucklehose-Kerr insistió en comprar dos de los Nicholson readquiridos en subasta, que por casualidad estaban boca arriba en el suelo. El Niño había estado a punto de usar los lienzos de nuevo, y ella, al ver que no quería venderlos, le ofreció mil doscientas guineas por los dos.

Aceptó sin resistir, olvidándose del terrible castigo que le impondría Hacienda el año próximo.

¡DIOS GUARDE A USTED MUCHOS AÑOS!

Rasgué el delgado sobre azul, extraje de su interior un papel aún más delgado, escrito a máquina, y me puse a leer sin el menor interés, pero de pronto di un paso atrás, como el hombre en el Libro de Amós, que apoya la mano distraídamente en una pared y le muerde una serpiente. Decía en castellano:

> Haciendo referencia a una cuestión de interés para Vd. rogamos tenga la bondad de personarse en esta Jefatura de Policía cualquier día laborable del mes en curso, entre las 10 y las 12 horas.
>
> Asunto: retirar su autorización de Residencia.
>
> ¡Dios guarde a Vd. muchos años!
>
> Firmado: Emilio Nosecuantos.
>
> Sello morado de la Jefatura de Policía de Palma de Mallorca.

Durante dos o tres minutos me quedé mirando aquella cosa horrible con una sonrisa cínica. «Para retirar su autorización de Residencia». Bueno, ¡ya todo terminó!

Ya me habían avisado que en un Estado totalitario cualquier cosa podría ocurrir, sin previo aviso, sin clemencia, sin sentido, pero yo no me había imaginado que jamás pudiera ocurrirme a mí. Vine a Mallorca por vez primera hace veinticinco años, durante la dictadura de Primo de Rivera; me quedé durante la subsiguiente República. Luego, un bonito día de verano de 1936 empezaron a caer bombas pequeñas sobre Palma y octavillas que amenazaban con bombas mayores; los soldados arriaron la bandera republicana, jóvenes desconocidos armados con rifles invadieron nuestro pueblo de Binijini e intentaron fusilar al médico, a quien habían confundido con un político socialista; se suspendió el servicio de barcos a Barcelona, desaparecieron el azúcar y el café de las tiendas, cesó todo el correo, y un día el Consulado británico me envió apresuradamente una nota:

> Querido Robert:
>
> Esta tarde el buque de guerra británico *Grenville* procederá a la evacuación de quienes tengan nacionalidad británica; probablemente será tu última oportunidad de abandonar España a salvo. El equipaje quedará restringido a una bolsa de mano. Te aconsejo encarecidamente que acudas.

Rápidamente hice mi maleta con manuscritos, ropa interior y un traje apropiado para Londres.

Una hora más tarde, Kenneth, otros dos amigos y yo nos dirigíamos al puerto en el taxi que el cónsul nos había enviado con tanta consideración. Así nos convertimos en desdichados refugiados y continuamos siendo unos desdichados refugiados durante diez años más, hasta que la Guerra Civil hubo llegado a su sangriento final, y hasta que se hubo declarado la Guerra Mundial y hubo seguido su miserable cauce, y finalmente hasta que al gobierno de Franco, una vez se hubo quitado de encima el peso de sus obligaciones para con el Eje, le fue posible sancionar nuestro regreso. Lector, nunca te conviertas en refugiado, por poco que puedas, ni siquiera por aquella feliz vuelta a casa en taxi aéreo, con toda una fila de barbillas pueblerinas sin afeitar esperando tu fraternal saludo. Quédate donde estás, inclínate ante la vara y, si tienes mucha hambre, come hierba o la corteza de los árboles. Vivir en habitaciones amuebladas y viajar de país en país —Inglaterra, Suiza, Inglaterra, Francia, los Estados Unidos, de nuevo Inglaterra— añorando tu hogar, buscando el descanso sin encontrarlo, este debe de ser el sino del propio diablo.

Esto nos trae a 1946. Regresé a Binijini, y gracias a la lealtad de los lugareños encontré mi casa casi como la dejé. Ciertos tarros caseros de tomate verde en vinagre habían madurado espléndidamente, al igual que un montón de revistas como *The Economist* y *The Times Literary Supplement*. «Y vivieron felices…», me prometí a mí mismo. Luego, en 1947, Kenneth volvió a reunirse conmigo y reanudamos nuestro trabajo juntos.

¡Y ahora esto! Para retirar la…

Pero ¿por qué? Yo no pertenezco a ningún partido político, no soy francmasón, siempre me he negado a escribir en contra o a favor de cualquier aspecto del gobierno español, y si alguna vez alguien me pregunta: «¿Qué tal en tu isla?», yo tengo la precaución de contestar: «No es mía, es de ellos». Como soy extranjero y tengo que solicitar la renovación del permiso de residencia cada dos años, me esfuerzo por ser un invitado perfecto: callado, sobrio, neutral, agradecido y puntilloso en cuestiones de dinero. Entonces, ¿de qué crimen se me podía acusar? ¿Acaso alguien había estado protestando por una novela histórica que escribí sobre la colonización española bajo el mandato de Felipe II? ¿O por los cohetes que enciendo cada 24 de julio, que, aparte de ser mi cumpleaños, es el aniversario de la captura de Gibraltar? ¿Me había denunciado algún canónigo de la catedral por haber actuado como intérprete en una reunión semicómica de solidaridad, entre el bien alimentado coro protestante del

portaaviones norteamericano *Midway*, y la sombría y catacúmbica Iglesia evangélica de Mallorca? ¿Dónde podría enterarme? Sin duda alguna, la policía no me daría explicaciones. ¿Qué medios tenía yo de forzarles a decir algo más que «razones de seguridad», que a fin de cuentas es lo único que nuestro propio Ministerio del Interior democrático llega a conceder? ¿O no?

Nadie me había invitado a establecerme en Mallorca; cualquier persona tenía derecho a objetar contra mi continuada presencia allí.

… Así pues, ¡este era el motivo por el cual se habían tomado tanto tiempo meditando sobre mi solicitud para renovar aquel maldito permiso!

A mi mujer probablemente no le importaría mucho cambiar de casa, de comida y de clima. Pero ¿cómo iba a darle la mala noticia a Kenneth? Aunque sin él estaría perdido, tampoco podía pedirle que volviera a compartir el exilio conmigo; el pobre hombre casi no había disfrutado de un solo día feliz en aquellos diez largos años, eso lo sabía yo. ¿Y si nuestra larga asociación también le colocaba en la lista negra? ¡Y precisamente cuando iba a comprarse aquella motocicleta!

Pero ¿por qué demonios tenía que aceptarlo sin rechistar? Después de veinticinco años —después de todas las libras y dólares que había importado—, ¡y mis cuatro hijos casi más mallorquines que los propios mallorquines! Alquilaría un coche, bajaría a Palma en seguida, visitaría al jefe de Policía y preguntaría, en tonos altivos, quién era el responsable de lo que debía ser, o bien una broma de mal gusto y poco tacto, o bien un cruel atropello. (La palabra *atropello*[7], en este sentido, no tiene ningún equivalente común en inglés, porque significa derribar deliberadamente a alguien en la calle). Después telefonearía a la Embajada británica en Madrid. Y a la Embajada irlandesa. Y a la Embajada de los Estados Unidos. Y…

Ya llegaba el coche. ¡Pobre Kenneth! ¡Pobre de mí! ¡Pobres niños! Supuse que tendría que ser Inglaterra. Y Londres, aunque en mis anteriores días de refugiado siempre me habían plagado los abscesos y las llagas cuando había intentado vivir allí. A mi mujer le encanta Londres, naturalmente. Pero ¿cómo iba a encontrar una casa lo bastante grande y barata para acomodarnos a todos? ¿Y los colegios de los niños? ¿Y la niñera para el bebé? ¿Y quién cuidaría de nuestros gatos en Binijini?

Había olvidado que, como era fiesta de guardar en honor de san Sebastián, patrón de Palma, todas las oficinas estarían cerradas. No había nada que hacer hasta el día siguiente; mientras tanto, repicaban las campanas de la iglesia, me acosaban los limpiabotas, los guardias civiles ostentaban sus trajes de gala —sombreros de huevo frito y guantes blanquísimos— y la población deambulaba sin rumbo fijo por las

calles, con sus trajes de domingo.

Estaba en la puerta del Bar Fígaro, como en un callejón sin salida, cuando un apuesto español me saludó y me preguntó cortésmente cómo andaba de salud, cómo estaban mi familia y mi incansable pluma, comentando que era una lástima que tan pocos libros míos se pudieran conseguir en traducciones españolas y francesas. No conseguía identificarle. Seguramente sería un sastre, un recepcionista de hotel, o un miembro de Correos a quien reconocería inmediatamente si llevara puesto su atuendo normal. ¡Muy violento!

—Venga, don Roberto, ¡tomemos juntos un café!

Yo asentí tristemente, sospechando que, como todos los demás, querría interrogarme sobre literatura contemporánea inglesa. Pero, al fin y al cabo, ¿por qué no tenía que seguir complaciendo a estas gentes apacibles, sencillas y hospitalarias? La isla era de ellos, no mía. Y el Bar Fígaro está lleno de recuerdos sentimentales para mí. Nos sentamos. Yo le ofrecí mi petaca de tabaco negro y un librito de papel Marfil. Lió cigarrillos para los dos, me entregó el mío para que lo lamiera y lo pegara, encendió el mechero, ofreciéndome fuego, y dijo:

—Bueno, distinguido amigo, ¿podemos esperar pronto su visita? Me permití mandarle un recordatorio oficial ayer mismo. ¿Cuándo encontrará tiempo para venir a retirar su autorización de residencia? Allí la tenemos, debidamente firmada, y en espera de su visita, desde finales de octubre.

Tan agradecido estaba que le dediqué a don Emilio toda una hora de experta crítica literaria sobre los trabajos de grandes novelistas ingleses como Mohgum, Ootschley, Estrong y Oowohg, prometiéndole no solo visitarle a la primera oportunidad que tuviera con la necesaria póliza de una peseta y cincuenta y cinco céntimos, sino, además, prestarle una edición argentina de contrabando con los poemas de Lorca.

¡Que Dios guarde a don Emilio muchos años! ¡Me libró de una noche sin dormir!

6 BRAVOS TOROS 6

Mi querida tía May:

¡No adivinarás nunca lo que me pasó ayer, que era el día de la Ascensión, además de ser mi cumpleaños! Me encontré con el cartero nuevo en el portal y me entregó tu felicitación, que decía: «Ya tienes once años». ¡Muchísimas gracias! Era un hombre joven con el pelo muy largo, y quería saber lo que quería decir esto de la postal, así que se lo expliqué. Luego quería saber si conocíamos a una familia extranjera llamada Esk. Le dije: «No, pero ¡enséñeme las cartas, por favor!», y todas eran para papá; había diez —William Smith, Esq.— y hacía una semana que las tenía el cartero. Así que los dos nos pusimos muy contentos. Luego le conté que el señor Colom iba a llevarme a la corrida como regalo de cumpleaños, y se le iluminó la cara como una linterna china. Yo le pregunté: «¿Son toros bravos?», y me contestó: «Hija mía, ¡son un escándalo!», y yo le pregunté: «¿Cómo que un escándalo?». Entonces me explicó que Poblet, el matador más veterano, había escrito a su amigo don Ramón, que tenía un cortijo cerca de Jerez y que iba a suministrar los seis toros para la corrida, pidiéndole que los enviase de poco peso porque había pasado la gripe y no se encontraba muy bien, ni tampoco los otros dos toreros, Calvo y Broncito; le dijo que le pagaría bien a don Ramón y que arreglarían las cosas discretamente con el empresario de la plaza. De modo que todo quedó concretado, hasta que el nuevo capitán general de Mallorca, que es el presidente de la plaza y persona muy correcta, fue a ver los toros cuando los desembarcaron. Le dio un vistazo a uno y dijo: «¡Pésenlos!». Los pusieron sobre la báscula y pesaban algo así como media tonelada menos de lo que corresponde. Entonces dijo: «Devuélvalos en seguida y telefonee para que manden más». La segunda remesa acababa de llegar por barco. El cartero nuevo me dijo que eran un desastre y que más bien parecían unos insectos muy especiales y peligrosos.

Mi amigo el señor Colom es en realidad crítico musical, pero este empleo no le reporta nada, solo unas cuantas pesetas a la semana y se gana la vida haciendo de crítico taurino. Un torero profesional gana unas dos o tres mil libras por corrida, y por consiguiente su empresario puede permitirse pagar bien a los críticos para que digan cuánto genio y cuánto valor tiene, aunque no los tenga. El señor Colom escribe lo que realmente piensa de los conciertos, pero con las corridas es diferente, pues le hace escribir el artículo al propio empresario, luego lo repasa para corregir las faltas

gramaticales, le añade algunas cositas y lo firma. Es la costumbre.

En fin, fuimos el señor y la señora Colom y yo; había unidades de la flota norteamericana en el puerto y dos marinos americanos se sentaron a nuestro lado. Por lo visto, el capitán general en persona había medido los cuernos y le había dicho al encargado de los toros: «Cuando estas bestias estén muertas, volveré a medir los cuernos. Si los han cortado y vuelto a afilar, alguien irá a la cárcel». Luego había examinado las picas para asegurarse de que no tuviesen las puntas más largas de lo que está permitido, y también mandó a un veterinario para que vigilase que nadie les diera un laxante a los toros para debilitarlos. Parecía que íbamos a disfrutar.

El capitán general estaba en el palco presidencial y después del paseíllo sonaron los clarines y soltaron el primer toro. Era un toro como una catedral y salió disparado como el Ángel de la Muerte. Pero cuando los subalternos salieron a capotearlo se oyó un rugido repentino, con fuertes protestas, y todo el mundo gritó: «¡Bizco, bizco!», porque el toro desviaba la vista y no respondía al capote. Entonces el capitán general hizo que se llevaran al toro y Poblet, que era quien debía matarlo, sonrió maliciosamente porque no había sustitutos para los toros. Uno se había ahogado al resbalar por la plancha del barco y a otro le había dado una cornada un compañero. El capitán general parecía estar furioso.

El toro siguiente era muy feroz y los peones corrieron a ponerse a salvo detrás de los burladeros. Uno de ellos no pudo llegar hasta el burladero y entonces se precipitó hacia la barrera, la escaló y escapó al callejón que hay detrás. El toro lo persiguió y también saltó la barrera, rompiendo la cámara y las gafas de un fotógrafo de prensa, y dándole un susto de muerte. La gente se reía a carcajadas. Luego volvieron a sonar los clarines y «entró la caballería», como dice siempre el señor Colom cuando entran los picadores. El toro embistió de lleno al primer caballo, antes de que el monosabio que lo guiaba lo hubiese colocado en la posición correcta, y lo dejó hecho papilla. El picador se quedó debajo, dando patadas con la bota que le quedaba libre al hocico del toro. Uno de los dos marinos americanos se desmayó y su amigo tuvo que llevárselo en brazos. Cuatro americanos más se desmayaron en diferentes lugares de la plaza; son unas personas muy sensibles.

Este toro era el de Broncito.

Broncito es un gitano que está prometido a la hermana de Calvo. Es muy supersticioso y aquella mañana se había encontrado con tres monjas que caminaban juntas y le dijo a Calvo que no iba a torear. Calvo le contestó: «Entonces no serás mi cuñado. ¿Serías capaz de deshonrarme ante el público? No querrás que mate tus toros además de los míos, ¿verdad? A mí tampoco me gustan, ¿sabes?». Así que Broncito

prometió que torearía. Bueno, al picador no le hicieron daño; esos nunca se hacen daño. Los subalternos consiguieron que se apartase el toro y los monosabios ayudaron al caballo a levantarse; parecía que estaba bien. Y los picadores, al igual que los banderilleros, hicieron bien su trabajo. Pero Broncito estaba temblando. Dio unos cuantos pases muy pobres, colocándose lo más lejos posible, y luego ofreció una plegaria a la Virgen de la Seguridad, la que salva a los toreros de la muerte, alejando a los toros con un simple movimiento de su manto azul. Por suerte, el toro se había cuadrado y estaba en posición de recibir, así que Broncito le dio estocada y lo mató a la primera. El público estaba furioso porque casi no había visto faena, y la faena es lo que pagan por ver.

El tercer toro era de Calvo, y Calvo estuvo muy valiente debido a la vergüenza que sentía por Broncito. Hizo docenas de pases estupendos, pases por alto, pases naturales y también algunas verónicas y algunos faroles que todo el mundo juzgó maravillosos, menos el señor Colom. Había conocido al gran Marcial Lalanda, que fue el primero en perfeccionarlos, y dijo que los de Calvo eran bruscos y faltos de genialidad; aunque, claro, eso no lo podía escribir en su periódico. Calvo mató a la segunda y le premiaron con las dos orejas. Su primer monosabio le cortó también el rabo y se lo dio, pero el capitán general solo había otorgado dos orejas, así que al peón le multaron con quinientas pesetas por su atrevimiento.

Después del intermedio, con cacahuetes y agua mineral, le tocó de nuevo a Poblet. Su toro entró paseando tranquilamente, miró a su alrededor y luego se tumbó en medio del ruedo. Después de mucho pincharlo y mortificarlo, a lo que el toro no hizo ni caso, tuvieron que hacer salir a un grupo de bueyes blancos y negros con cencerros, que entraron brincando en el ruedo y engatusaron al toro hasta hacerle salir con ellos. ¿Conoces el cuento del toro Fernando? Pues el final está equivocado. Los toros como Fernando no vuelven al cortijo a comer margaritas. Siento decirte que un guardia civil les pega un tiro fuera del ruedo, como a los desertores de las batallas.

El público se estaba impacientando. Abucheaban y silbaban como locos, pero el quinto toro (el de Broncito otra vez) era una supercatedral, de color de jabón y cuernos como colmillos de elefante. Broncito estaba aterrorizado y cuando vio que había derribado a los caballos antes de que los picadores pudieran usar sus picas, y que solo un banderillero había sido lo suficientemente alto como para poderle clavar bien su par de banderillas, se puso más blanco que la pared. Hizo ver que faenaba pero el toro le persiguió por todo el ruedo y el público se reía por los cuatro costados y le gritaba bromas de mal gusto. Él les amenazó con el puño y pidió la muleta roja y la espada, y entonces, ¡adivina!, *asesinó* al toro clavándole la espada en los pulmones

mientras hacía un pase, en lugar de hacerlo como está mandado, entre los omóplatos. Hubo un silencio terrible entre los españoles, pues no podían creer lo que habían visto —era como si se disparara contra un zorro—, pero los marinos americanos le aclamaron con tremendos gritos de entusiasmo, porque creían que Broncito había hecho una cosa muy inteligente. Luego, claro está, las aclamaciones quedaron ahogadas por un frenético abucheo, y el capitán general se levantó y empezó a soltar maldiciones, muy enfadado. Acto seguido, dos guardias arrestaron a Broncito y se lo llevaron a la cárcel.

El último toro fue, sin discusión, el mejor de los seis, y Calvo estaba más ansioso que nunca por salir a presumir. Quería las dos orejas y el rabo y la pata (que casi nunca se da), y cuando se dispuso a torear brindó el toro al público y luego hizo una faena estupenda, estupenda de verdad, fantástica. Hay una especie de repisa a todo lo largo de la barrera, que sirve de escalón a los peones cuando trepan para ponerse a salvo. Pues se sentó allí, para no tener escapatoria alguna cuando el toro le embistiera, y en esta posición hizo los pases. Después se arrodilló, y dejó que los cuernos del toro rozaran el adorno dorado de su pechera. A continuación hizo unas estupendas verónicas y entonces, de pronto, dio media vuelta y se alejó, dándole la espalda al toro, que se quedó mirándole como un tonto. Calvo les había hecho señas a todos sus peones para que se quedaran bien alejados, y la gente se puso loca de contenta. Pero un idiota tiró su sombrero al ruedo, haciendo que el toro dejara de fijarse en la muleta, y el animal le dio a Calvo una cornada en el muslo, cogiéndole y lanzándole al aire, y luego otra vez al suelo. Entonces el toro intentó matarle. No sé cuántos marinos se desmayaron. Estaba demasiado ocupada para contar.

De pronto, un espontáneo, vestido con un uniforme gris y con el pelo largo, se arrojó sin más al ruedo, agarró la espada de Calvo y su muleta roja, y alejó al toro. ¡Era nuestro despistado cartero nuevo! Y mientras los monosabios se llevaban a Calvo a la enfermería, faenó el toro con mucha valentía y le aclamaron apoteósicamente, aún más fuerte que a Calvo, e incluso el capitán general aplaudió a pesar de que el cartero estaba cometiendo un delito. Todo el mundo esperaba que Poblet saliera a rematar al toro, pero a Poblet también le habían arrestado por insultar al teniente de la Guardia Civil porque este había insultado a Broncito, así que no quedaba ningún matador. Pero Calvo pidió permiso para que el cartero acabase con el toro, por haberle salvado la vida. El capitán general accedió. Yo empecé a hacerle señas como una loca, y el cartero reconoció mi vestido amarillo y me brindó el toro a mí —¡a mí, tía May!— porque era mi cumpleaños y por lo del señor Esq. Y aunque el pobre chico era rústico y no tenía arte alguna, como dijo (y escribió) el señor Colom, consiguió matar a su

enemigo a la segunda intentona.

Entonces, claro, también lo arrestaron. Lo hacen con todos los espontáneos.

Pero el capitán general le dejó en libertad, con una amonestación y una caja de auténticos puros habanos.

Recibe un beso de tu sobrina que te quiere,

MARGARET

LEOTARDOS COLOR CREMA

Queridísima tía May:

Por fin voy a explicarte lo de aquel telegrama tan largo que te envié de parte de Olga, que es mi profesora de *ballet*, pidiéndote que mandaras aquel montón de leotardos color crema en el avión de la B. E. A. Espero que no creyeras que eran para uso personal de las monjas Dolorosas. Es una historia parecida a las que salen en la serie «Belle of the Ballet» de la revista *Girl*, aunque nadie resulta secuestrado ni encerrado en un sótano lleno de arañas. Olga es una refugiada polaca, que se escapó de los rusos y se fue a la compañía Sadler's Wells en Inglaterra y les dijo: «Soy una primera bailarina de Varsovia. ¿Pueden darme un trabajo?». Así que le dieron un cubo y un cepillo para fregar suelos. Olga pasó mucho tiempo fregando suelos, pero hace tres años se escapó de los ingleses y se vino a Mallorca. El gobernador le dio permiso para abrir una academia de *ballet* clásico aquí en Palma, porque su mujer había visto la película *Zapatillas Rojas* con Moira Shearer y le pareció muy artístico y de muy buen gusto; pero Brunhilda Schwarzfuss, la señora alemana que tiene un *Tanzgruppe* aquí, no estuvo nada contenta con la noticia.

Brunhilda es cuadrada y activa y lleva una especie de gorro de cazador de ciervos. Agita su baqueta y grita: «Vamos, niñas, hoy pondré el gramófono y todas vais a ser caballitos galopando por la arena; luego, de pronto, bajáis la cabeza y empujáis los pies hacia atrás como si dierais coces. ¡Pum, pum, pum! Vamos. ¡Corred! ¡Muy bien! ¡Muy bien!». Después de repetir el ejercicio, cambia el disco y entonces juegan a ser soldados, o conejos. Luego las niñas mayores expresan sus emociones en danzas que inventan ellas mismas, meneando los brazos y echando la cabeza hacia atrás, y levantando las piernas también hacia atrás, o simulando tener un miedo terrible de algo y apartándolo con las manos sin mirarlo, y juegan a ser pastoras y faunos. Las pastoras son las niñas más finas; los faunos son las más torpes, aquellas cuyas madres le han pedido a Brunhilda que les quite unos cuantos kilos de encima, para que sea más fácil encontrarles marido. Las pastoras dan pasos de vals y los faunos las siguen dando saltos y haciendo ver que tocan flautas. Es un desastre, porque no aprenden ni una sola de las 120 posiciones de *ballet*; además, las ventanas siempre están completamente cerradas para que no haya corrientes de aire, y casi todas las niñas les tienen miedo a las duchas frías, y en lugar de ducharse se frotan con agua de colonia mallorquina.

El año pasado, Olga se casó con un americano llamado Bill, uno de esos simpáticos americanos con poco dinero. Es compositor y antes era trompetista. Pero vendió su trompeta para casarse con Olga y entonces tuvo que ponerse a dar clases de inglés para ganarse la vida. Bill le dijo a Olga: «Tenemos que darnos a conocer si queremos que esta academia tenga éxito. Lo mejor es que hagamos una buena representación en el Plaza». Olga contestó: «Oh no, Bill, mis chicas todavía no están preparadas. Después de solo tres años me daría vergüenza». Bill dijo: «Tonterías, aquí nadie notará la diferencia, y las niñas adquirirán experiencia. Hagamos *Las Cuatro Estaciones* de Glasnov y pongámonos como meta el principio del mes de abril».

¡Cómo nos hizo trabajar Olga! A veces casi la odiábamos, aunque en realidad es muy buena con nosotras, porque teníamos que ir directamente del colegio a la clase de *ballet* y nunca podíamos sentarnos a la mesa a cenar y llegábamos a casa medio muertas sobre las diez de la noche. Pero las monjas decían que bailar era una holgazanería y nos daban una cantidad de trabajo espantoso sobre los reyes visigodos y las principales exportaciones de España y las propiedades de los cuerpos sólidos, para demostrar que éramos aplicadas. Teníamos que sacar sobresaliente en nuestras notas semanales; no bastaba un aprobado. Y sor Juana un día me riñó porque practicaba unos pasos de *ballet* en el patio y me llamó presumida; pero yo le dije que lo hacía porque tenía frío. Ella me dijo: «No contestes, hija mía. ¡Deberías aguantar el frío con valor!». Bueno, pues aquella tarde encontramos una botella de agua caliente tirada en un rincón del patio. Debió de caérsele a sor Juana por debajo de sus faldas; así que mis compañeras me eligieron a mí para que se la devolviera, cosa que hice con mucha educación y sin decir palabra.

Yo voy a las Túnicas Sagradas, pero las Pequeñas Flores, que tienen un convento nuevo cerca de nuestra calle, pagan a Brunhilda para que dé clases de danza a sus alumnas. Claro que en realidad no sé quién dijo qué; lo único que sé con seguridad es que la madre superiora de las Pequeñas Flores llamó a un lado a todas las niñas que van a la academia de Olga y les advirtió que si participaban en la representación pública de *Las Cuatro Estaciones* les pondría a todas un cero en las notas del trimestre. Por suerte, una de las niñas era la hija del señor que fabrica las camas y las mesas y las sillas y cosas así para el convento. Y las monjas llevan seis meses de retraso con los pagos. Así que se fue llorando a su padre y le dijo: «Papá, ¿vas a dejar que insulten a Olga? Después de ti y de mamá, es la persona más buena de Mallorca». Y él respondió: «Basta, hija, ya les diré cosas». Y así lo hizo, y a partir de entonces las Pequeñas Flores incluso dejaron a sus alumnas salir temprano para ir a los ensayos.

Bill alquiló el Teatro Plaza para el día uno de abril y enseñó a la orquesta a tocar

Las Cuatro Estaciones. Había tardado semanas en preparar la obra para los instrumentos de la orquesta y en copiar las partituras. Allá por Año Nuevo leímos una entrevista en la *Prensa Palmesana* en la que Brunhilda decía que el *ballet* clásico era muy malo para las piernas y muy monótono y que ya estaba pasando de moda, y que ella daría una representación en el Plaza a principios de marzo con todas sus alumnas del *Tanzgruppe*. Cuando el señor de la *Prensa* le preguntó qué obra presentaría, contestó: «*Las Cuatro Estaciones*, bailado con toda naturalidad y libertad de expresión».

Una de las alumnas de Olga es la sobrina de un señor que posee la hipoteca del Teatro Plaza. Se fue llorando a su padre y le dijo: «Papá, ¿vas a permitir que insulten a Olga? Después de ti y de mamá es la persona más buena de Mallorca». Y él contestó: «Basta, hija, ya les diremos cosas a esos insectos». Así que, al día siguiente, su hermano hizo que el dueño del teatro advirtiera a Brunhilda que el Plaza seguramente permanecería cerrado durante todo el mes de marzo porque lo estaban preparando para poner películas en 3-D. Así que eso quedó solucionado. Luego, de pronto, las monjas del convento de las Dolorosas empezaron a poner ceros a las alumnas de Olga, aunque fueran las primeras de la clase. Yo me enteré, gracias al conductor del autobús que recoge a las niñas de las Dolorosas del otro lado de Palma, de que alguien había dicho unas mentiras horribles sobre Olga: que era una protestante y que estaba enamorada del dueño del teatro. Pero el confesor de Olga resulta que también era el confesor de las monjas Dolorosas, así que él también les dijo algunas cosas. No creas que nuestras monjas mallorquinas no son personas buenas. Son buenísimas; lo que pasa es que no les gusta el *ballet* clásico.

Mientras tanto, Brunhilda y Carmen Carabel, la profesora de flamenco, habían formado una especie de alianza en contra de la Academia de *Ballet*. Carmen enseña a señoras turistas a manejar las castañuelas y dar taconazos y meterse rosas en la boca y poner cara de gitana orgullosa con mirada de odio, para que luego, cuando regresen a sus casas, puedan ganar premios en bailes de disfraces. Y su padre, que es dueño de un *night-club*, es un gran amigo de la millonaria cuyo marido es el propietario de la *Prensa*. Por eso la *Prensa* había publicado la entrevista con Brunhilda. El millonario permite a la millonaria que censure las páginas de arte y música y literatura, para tenerla ocupada y que no haga travesuras. Y él censura las noticias y los deportes, para mantenerse ocupado y no hacer travesuras.

Pues bien, dos días antes de la representación, las monjas Dolorosas, las Pequeñas Flores y mi propio colegio de las Túnicas Sagradas dijeron que todas las niñas mayores de doce años serían expulsadas si bailaban con las piernas desnudas en el

escenario. Eso fue cuando te telegrafiamos para que mandaras los leotardos, pues aquí no los venden. ¡Eres fantástica, tía May! Llegaron cinco horas antes de la representación, pero era fiesta y la oficina de aduanas estaba cerrada. Da la casualidad que el jefe de aduanas es el padre de una de nuestras Hadas de la Lluvia y un hombre muy amable. Abrió el despacho y escribió algo en el libro. Luego le entregó los leotardos a Olga y dijo: «Estamos a mañana; los derechos son cincuenta y cuatro pesetas con sesenta céntimos. Págame cuando quieras».

Fue un espectáculo maravilloso. La propia Olga bailó, y Bill pidió prestado un frac y dirigió furiosamente y a todas nos pidieron bises y nos dieron flores, y todos comentaban que no se podían creer que Palma pudiera producir algo tan memorable y artístico. Pero naturalmente no salió ni un solo comentario en la *Prensa Palmesana* al día siguiente, aunque su fotógrafo había estado haciendo fotos como un loco y el señor Colom, el crítico musical, felicitó a Olga después por nuestra gran y genial representación. Afortunadamente, la sobrina del almirante, que es la ahijada del gobernador, era una de nuestras Hadas de las Hojas Muertas. Se fue llorando al gobernador —ya puedes imaginarte el resto— y al día siguiente encontramos toda una página de fotos en la *Prensa*.

Bueno, eso es todo, excepto que la función de Brunhilda se representó diez días más tarde. No era *Las Cuatro Estaciones* de Glasnov, sino un montón de bailes tontos, con música alemana, con copos de nieve y conejitos saltando al son de un gramófono que tenía un altavoz delante. Y luego ¡esos Bailes Creativos con las niñas mayores! ¡Y las pastoras con los faunos! Y lo bueno es que llevaban las piernas tan desnudas como en la playa…

Olga nos llevó a todas a verlo y aplaudimos hasta que nos hicieron daño las manos, de tan terrible que era. Y ahora un canónigo de la catedral ha escrito un artículo muy largo en la *Semana Católica*, sobre la creciente inmoralidad en la danza; lo cual incluye también a Brunhilda. No sé cómo acabará este serial.

Gracias por todo.

Un abrazo,

MARGARET

UN HOMBRE NO PUEDE CASARSE CON SU…

Vuestro corresponsal, llamando por teléfono desde Los Diez Mandamientos, una pequeña y encantadora taberna que no dista ni cien metros de Lambeth Palace, informa que ha causado honda consternación en dicho edificio el estudio del informe trimestral de la Comisión Permanente de Arzobispos sobre el Matrimonio. Este informe, altamente técnico y por el momento todavía secreto, firmado por el prebendado Palk, doctor en teología y el elemento más perturbador de toda la Iglesia anglicana, subraya ciertas deficiencias en la Tabla de Parentescos y Afinidades, un documento legal que vuestro corresponsal solía estudiar atentamente en su infancia durante la hora del sermón, para descansar de los fervores de la letanía, y sobre el cual sigue siendo un experto.

Hace media hora, el prebendado, calvo y con voz de trueno, se confió a vuestro corresponsal, quien le había invitado a una ginebra doble con lima en el discreto salón del bar.

—Hasta ahora —me dijo— la Iglesia se ha contentado con aceptar el Génesis I, 27: «Él los creó varón y hembra», como definitivo y creer que cada ser humano está predestinado, antes de nacer, a pertenecer a uno u otro sexo. Sin embargo, no se ha dado el suficiente crédito al misterio y al prodigio evolutivo del Plan Divino, y la increíble destreza con la que, ejem, la Providencia se ha dignado dotar a ciertos destacados cirujanos y médicos. Ha quedado demostrado que un hombre o una mujer, incluso después de consumar su matrimonio con el acto de la procreación, puede experimentar un cambio parcial de su sexo que estos médicos y cirujanos tienen el poder de convertir en total.

Presionado con tacto por vuestro corresponsal, el prebendado entró con más detalle en el tema:

—La Comisión Permanente —palabras que me permitió citar como suyas— no está en absoluto convencida de que los casos prohibidos que se enumeran en la Tabla de Parentescos y Afinidades hayan sido definidos con la suficiente exactitud como para evitar que se produzca lo que *podría parecer*, y subrayo podría parecer, matrimonios escandalosos, es decir, enlaces que son, *prima facie*, incestuosos como mínimo en espíritu, si no lo son por la letra. Por ejemplo, existe una ley de una fuerza casi perogrullesca por la que un hombre no puede casarse con la abuela de su difunta esposa, ni tampoco con la esposa de su difunto abuelo (cosa que podría inspirarle

mayor tentación, sobre todo si su abuelo se había casado con una mujer joven, dejándole toda la dote familiar). Pero como hoy en día un certificado firmado por dos o tres médicos titulados permite que un hombre se inscriba como mujer en el registro civil, dígame usted, se lo ruego, ¿qué le impide a este hombre, bajo la ley vigente, casarse con el abuelo de su difunta esposa, o con el marido de su propia abuela, que muy bien podría ser un hombre vigoroso de unos sesenta años?

—Mientras no exista consanguinidad, y los esposos demuestren un genuino deseo de procrear hijos —comentó vuestro corresponsal, afablemente pero con sus reservas, mirándole a través de su ginebra.

—Claro, claro —concedió el prebendado, quien, por cierto, es un soltero empedernido—. Aunque al registrarse un matrimonio civil, sepa que no se insiste en la salvaguardia moral que usted muy bien ha mencionado. Pero surge la pregunta: ¿debería un matrimonio de estas características, incluso entre cristianos de los más altos principios y con la más profunda devoción el uno por el otro, celebrarse en la Iglesia? Lo que nos preocupa a nosotros, los de la comisión, es que si un hombre así, convertido en mujer, ha sido bautizado como hombre, y lo que es peor (o quizá debería decir «mejor»), si ya ha celebrado un matrimonio eclesiástico y ha tenido hijos con su mujer, ya fallecida, lo que nos preocupa, repito, es que este hombre tenga que seguir necesariamente siendo varón ante los ojos de la Iglesia, ya que estos sacramentos no pueden ser anulados ni olvidados, aun en el caso de que el sujeto se convirtiera abiertamente en un renegado de la fe. Esta consideración implica que, de acuerdo con I Corintios XI, 4, esta persona se vería obligada a ir a la iglesia con la cabeza descubierta, y no cubierta como dice en el verso quinto.

—No permita que una cosa así le preocupe, prebendado. En estos días en que las iglesias están vacías, los curas dejan entrar a las mujeres sin cubrirse la cabeza, descalzas, o incluso en bikini. Por otra parte, los cambios ritualistas de sexo entre mujeres que son desde todo punto de vista físicamente normales ya se están legalizando en este país.

—¿Y pues? Explíquese —inquirió secamente.

—Pues verá —explicó su ingenioso corresponsal—. Un domingo, Jane Doe, la hija de un obispo, saluda a la reina con una profunda reverencia, cuando, en calidad de Cabeza de la Iglesia, esta pone la primera piedra para una nueva catedral. El domingo siguiente, la misma Jane Doe, que es sargento mayor en el cuerpo femenino del ejército, toma parte en un desfile dentro de una iglesia y saluda como militar a la reina, que en este momento es su coronel jefe. Teóricamente, el saludo militar simboliza el acto de quitarse el sombrero, y Jane Doe lo ejecuta en calidad de hombre

honorario, aunque esto mismo le hubiese quedado prohibido el domingo anterior, en el papel de hija del obispo.

El prebendado intentó discutir este punto, pero vuestro corresponsal le recordó que el acto de quitarse simbólicamente el sombrero viene subrayado en los Reglamentos de la Reina, y por consiguiente saludar con la cabeza descubierta es una ofensa punible.

El prebendado Palk gruñó, poco convencido por estas palabras, y volvió a su hipótesis sobre el matrimonio:

—Está claro que la Ley divina, según queda sentado escuetamente en *Levítico* XX, 13, impide que la Iglesia reconozca la unión física entre un hombre y otro hombre; sin embargo, si uno de los que forman esta unión es físicamente una mujer, ¿no cree usted que se está observando el espíritu de la ley? ¿Y no sería mofarse de este espíritu que la unión se realizara entre una mujer que legal y físicamente es un hombre, y un hombre que haya conservado su condición física masculina?

Vuestro sonrojado corresponsal tuvo que convenir que, en su opinión, habría que considerarlo como una mofa.

—Y tomando un ejemplo extremo, ¿qué me dice de un matrimonio celebrado en la Iglesia entre un hombre que se ha convertido física y legalmente, aunque no espiritualmente, en mujer, y una mujer que se ha convertido física y legalmente, aunque no espiritualmente, en hombre? No veo que exista ninguna objeción moral ante un enlace de estas características, porque los esposos pertenecen a sexos opuestos, lo mire como lo mire. Pero si la exmujer demuestra su masculinidad intrínseca engendrando hijos en el exhombre, y si el exhombre demuestra su intrínseca feminidad pariendo y amamantando estos hijos, ¿a cuál de los dos debe el vástago rendir obediencia y considerar como autoridad masculina espiritual (*Génesis* III, 16) dentro del hogar? ¿Y cuál de los dos debería ser purificado por la Iglesia después del nacimiento de cada vástago legítimo?

—Eso sí que no lo sé —contestó vuestro corresponsal con seriedad, haciéndole señas al mismo tiempo al camarero, quien inmediatamente volvió a llenar la copa del prebendado—. Quizá sería mejor dejar la decisión a la conciencia de cada cual, ¿no le parece?

—Estos son problemas realmente espinosos —declaró el prebendado Palk—, pero hay que afrontarlos con resolución, y no solo debe hacerlo la Iglesia protestante. Vaya usted a saber cuál será la reacción del Vaticano, pero ayer mismo estuve hablando con un dignatario de la Iglesia ortodoxa griega, para más detalles, el Patriarca de Lesbos…

—Confidencialmente —interrumpió con osadía vuestro corresponsal—, ¿qué

consejo le daría usted a un exhombre legalizado si se enamorara sinceramente del marido de su difunta abuela y descubriera que sus sentimientos eran correspondidos tiernamente?

—Que esto quede estrictamente *off record* —respondió el prebendado, soltando una risita que no tenía nada de eclesiástica—. Le aconsejaría que siguiera adelante mientras las cosas fueran a su favor, que preparase las amonestaciones en alguna parroquia remota, y que no revelara la relación entre ambos al cura que oficiase la boda. Al fin y al cabo, como bien dijo el Jefe de los Pecadores, más vale casarse que quemarse, y sea cual sea la legislación que se les aplique esta no podrá ilegitimizar el vástago de tal unión… Eso se lo podemos prometer a su amigo.

—Le aseguro que el caso es totalmente hipotético —balbució vuestro corresponsal, enfrentándose, algo azorado, a la mirada perspicaz y curiosa del prebendado.

CITA PARA LA CANDELARIA

¿Tengo el honor de dirigirme a la señora Hipkinson?

¡Soy yo! ¿Qué puedo hacer por usted, jovencito?

Quisiera presentarme de parte de… de un oficial de su organización. Robin, de Barking Creek, es el nombre que me dio.

¡Ese Robin sí que tiene cara! El muy fanfarrón no me ha mandado ni una felicitación de Navidad desde el año en que dejaron de racionar los caramelos, y ahora me manda un problema.

¿Un problema, señora Hipkinson?

Un problema, he dicho. Usted no es uno de los nuestros. Para saber eso no hace falta que mire la bola de cristal. ¿A qué está jugando?

Robin, de Barking Creek, ha tenido la amabilidad de sugerir que usted tendría la amabilidad de…

Corte el rollo. He de terminar mis compras.

¿Me permitiría usted que le llevara la cesta? Parece bastante pesada.

Bueno, usted gana. Coja la maldita cesta. Los callos me están matando. Ande ya, ¡desembuche!

Verá, señora, es que ahora me estoy dedicando a escribir una tesis doctoral sobre magología contemporánea…

¿Eh? ¿Y eso qué es? Hable claro, ¡hágame el favor!

Disculpe. Quiero decir que soy un licenciado universitario y que estoy estudiando la brujería de hoy en día, con el objeto de obtener mi graduación en Filosofía.

Bueno, eso ya se entiende un poco más. Si viene de parte de Robin, no veo razón para no ayudarle. Al fin y al cabo, conseguí que nuestra Deanna aprobara su bachillerato con cierto conjurillo que eché sobre los examinadores. Pero no se moleste en hablar en voz baja. Aquellas leyes del siglo XVIII contra la brujería están ahora en desuso, excepto en lo que respecta a los adivinos; y ese terreno no lo tocamos, al menos profesionalmente. Claro que, las cosas como sean, no nos mezclamos con los demás, pero eso tampoco lo hacen los masones, ni los *foresters* ni los *buffs*, y no hablemos ya de los comunistas. Además, cualquiera puede venir a nuestras fiestecitas, mientras se deje pinchar la punta de los dedos y tome el juramento, y mientras dé aquel besito tan cómico. La policía no se entromete. Tienen el trabajo montado de cara

a las multas de tráfico, al crimen juvenil y demás. Dicen que ni siquiera creen en brujas; solo en los ninfos. La han tomado con los pobres ninfos últimamente.

Quiere usted decir que la policía no disolvería una de sus reuniones sabáticas si…

¡Espere un segundo! Tengo que entrar un momento en el Home and Commercial a comprar una docena de lonchas de jamón y un par de huevos. Traiga el cesto, guapo, si no le importa…

¿Me estaba diciendo, señora Hipkinson…?

Ah, sí, hablábamos de las reuniones sabáticas… Pues verá, para estar a buenas con la ley, como resulta que todos hemos de ir en cueros, alquilamos la Sala de Nudistas. Los principales festivales son los que celebramos el primer día de cada trimestre y los que caen en la mitad del trimestre. Esos son los obligados, igual que en Lancashire y en The Highlands, y por todas partes. Casi nunca nos da tiempo para nada más. Aquí celebramos dos aquelarres —antes eran tres. Y son mixtos, nosotras las chicas somos mayoría. Yo soy Pucelle en el aquelarre número uno, y mi amigo Arthur O'Bower (mecánico de radios en la vida privada) hace de demonio jefe en los dos. Mi marido toca el tamboril y el birimbao en el aquelarre número dos. No se sabe muy bien la doctrina, pero buena voluntad no le falta al hombre.

Espero no parecerle indiscreto, pero ¿cómo denominan ustedes al dios de los brujos?

Bueno, en los viejos tiempos usábamos nombres diferentes, antes de que este pueblo se convirtiera en lo que llamamos un suburbio-dormitorio. Era Mahew, o Lug, o Heme, creo recordar, según la época del año. Pero el reverendo Jones, nuestro antepenúltimo demonio jefe, era un tipo bastante culto; siempre llamaba al dios «Faunus», que es griego o hebreo, según creo.

Pero, que yo sepa, Faunus era el patrón de los rebaños y de los bosques. No hay muchos rebaños ni bosques en el nordeste de Londres, ¿verdad?

Esto es verdad. No los hay; pero nosotros practicamos nuestros rituales para conseguir que haya más huertos. Todos pensamos que los huertos son una buena causa y que conviene alentarlos, porque nos acordamos de la escasez de comida que hubo durante la guerra. Eso me recuerda que tengo que entrar en la frutería: rábanos picantes y una lechuga francesa, y unas cuantas zanahorias frescas. Los rábanos picantes son para mi familiarcito; demasiado fuertes para mi gusto… Ir de compras es mucho más fácil desde que Arthur y yo nos deshicimos de aquel Hitler…

Continúe, por favor, señora Hipkinson.

Bueno, como iba diciendo, aquel tipo, Hitler, nos causó muchos problemas. Por regla general, no nos metemos en política, pero los nazis esos se pasaron con sus bombas incendiarias y las bombas zumbadoras. Así que Arthur y yo nos pusimos a trabajar con él desde lejos, utilizando los encantamientos más potentes del *Libro de las Lunas*, sin mencionar otros nuevos que les sonsaqué a aquellos marineros bretones de la Francia Libre. Pero el señor Hitler era duro de pelar. Es que estaba *protegido*, ¿comprende? Pero nos había dado llamas y con llamas había que pagarle. La primera vez, por desgracia, nos salieron un par de palabras mal en la fórmula y solo se le volaron los pantalones. La próxima vez no nos equivocamos; y quemamos al muy canalla hasta convertirle en cenizas… Eso me recuerda a mi bisabuela, la vieja Lou Simmons, de Wanstead. Se puso hecha una furia con el emperador Napoleón y le hizo tener un tremendo dolor de barriga en el campo de Waterloo. También trabajaba a distancia, con veneno de sapo. Para que un sapo segregue el líquido necesario, primero hay que asustar al bicho, y la vieja Lou le dio un susto de muerte; le enseñó un espejo de esos que deforman… Qué lista, ¿verdad? Así que Boni no pudo concentrarse en la batalla; fueron aquellos calambres tan fuertes en el estómago los que le dieron la oportunidad al duque de Wellington. He de cruzar la calle y llegarme a la farmacia, si no le importa…

¿Ha de comprar ungüento para volar, por casualidad?

¡No sea lelo! ¿Cree usted que le pediría al señor Cadman hollín y grasa de bebé, sangre de murciélago y acónito, y chirivía de agua? El muerto ese se creería que le estaba tomando el pelo. No. Long Jack, del aquelarre número dos, nos prepara el ungüento para volar; Jack es ayudante de farmacéutico en el hospital para niños en New Cut. Pero ¡fíjese qué cola! Creo que lo dejaré correr esta mañana. Una aspirina me hará el mismo efecto que la receta.

¿Siguen utilizando la escoba al viejo estilo en sus festejos, señora Hipkinson?

Ha puesto el dedo en la llaga. Por aquí no se encuentran buenas escobas, ni por todo el oro del mundo. Madera blanca pintada y cerdas artificiales, eso es lo que te ofrecen. Tenemos que mandarlas traer de un tipo en Taunton si las queremos auténticas. Fresno y abedul y atadas con mimbre, y la última vez, aunque no se lo quiera creer, el muy idiota me envió un lote de escobas que venían atadas con hilo de nilón. Hilo de nilón, ¡ya me dirá usted!

Sí, me temo que la tecnología moderna no favorece la expansión de la Antigua Religión.

No puedo quejarme. De momento estamos a tope, hasta que uno o dos de los

chicos o de las chicas mayores suelten el pellejo. Pero la «tele» no nos ayuda nada. A veces tengo que hacer un poco de magia para lograr desenganchar a los miembros de mi aquelarre de la programación infantil.

¿Podría decirme qué clase de magia?

Bueno, nada de importancia; se hace con muñecas de sebo y un poco de polvos de pica-pica. Les hago salir herpes en el trasero, esa es la teoría. El problema principal es que no se ha apuntado ni una sola niña de edad escolar desde que empezó mi Deanna, y de eso hace bastante tiempo. Es dificilísimo reclutar gente. Fíjese, yo conozco a familias con tres generaciones de brujas que andan detrás de los críos, y ¿a que no adivina lo que dicen todos?

No quisiera aventurarme en adivinarlo, señora Hipkinson.

Dicen que es una grosería. Una grosería. Qué bueno, ¿verdad? Vamos a ver, ¿le iría bien la Candelaria? Este año cae en sábado. Venga usted al anochecer. En la Sala de Nudistas, recuerde, el primer edificio grande a mano izquierda después del semáforo. Solo tiene que llamar a la puerta. Y no se preocupe por lo de pincharse los dedos. Traeré vendas y yodo.

Es muy amable por su parte, señora Hipkinson. Llamaré a Barking Creek y le contaré a Robin lo mucho que me ha ayudado usted.

De nada, jovencito. Bueno, ya estamos en mi casucha. Lo siento, pero no le puedo pedir que entre, porque seguramente a mi familiarcito no le caería usted bien. Pero ha sido una charla muy agradable. Bien, la víspera de la Candelaria busque tres ranas verdes en su jabonera; se las mandaré como recordatorio… Y recuerde, ¡nada de truquitos, señorito Listo! Recibimos bien a tipos honrados, sobre todo a los universitarios como usted, pero los fisgones tienen que andar con tiento. En la última fiesta del primero de agosto Arthur y yo pescamos a un periodista del *North-Eastern Examiner* escondido en el local. ¡Abracadabra!, y lo transformamos en uno de aquellos dingos o perros amarillos de Australia. Lo llevamos al Regent's Park en la furgoneta de Arthur, y le dejamos suelto sobre la hierba, ¡palabra! Explicamos que se había escapado del zoológico y los guardas lo atraparon en seguida. Es el único dingo en la jaula que tiene un rizo en la cola; pero usted le reconocería seguramente incluso sin saber ese detalle, por su mirada avergonzada. Sí, los dingos pueden verse gratis desde el Zoo del Escocés, aquel paseo tan agradable que hay junto a la verja del parque. Bueno, ¡hasta la vista!

Adiós, señora Hipkinson.

LOS CINCO PADRINOS

Querida tía May:

Te voy a contar lo del bautizo. El padre del niño, don Onofre Tur y Tur, era abogado, pero aquí, en Mallorca, esto no quiere decir nada. Solo unos cuantos abogados tienen despachos y bufetes y escribientes y todo eso. Los demás solo estudian la carrera de abogado porque sus padres quieren convertirlos de este modo en señoritos, aunque no haya suficiente trabajo en cosas de leyes para ocuparles a todos. Y una vez que se han convertido en señoritos, les da vergüenza vender melones en el mercado, o arar los olivares con una mula de arado; en consecuencia, la mayoría de ellos pierden el tiempo en los cafés, o hacen la corte a señoras turistas con aspecto solitario.

El padre de Onofre, don Isidoro, había ganado mucho, muchísimo dinero, vendiendo helados en la puerta de los colegios de niños en verano y pastas en invierno. Después compró una sala de fiestas llamada El Loro Azul y una tienda de *souvenirs* llamada Pensées de Majorque, y de esta forma se hizo inmensamente rico, como Charles Augustus Fortescue en los *Cuentos de escarmiento*. Pero Onofre se enamoró de Marujita, una de las chicas de alterne del Loro Azul y se casó con ella en secreto. (El trabajo de las chicas de alterne consistía en bailar con los clientes y hacerles comprar litros y litros de bebidas caras, y luego sentarse con ellos en un rincón y abrazarles toda la noche). Don Isidoro se puso hecho una furia cuando se enteró y desterró a Onofre a Binijini, con un subsidio de cien pesetas diarias y la orden de no volver a aparecer por Palma nunca más.

Naturalmente, en Binijini todo el mundo estaba enterado, y la mujer del alcalde y la del secretario criticaban muchísimo a Marujita. Pero Onofre le dijo que no tenía que prestar atención a esta gente ruin. Él consiguió ser bastante feliz, pues tenía una motocicleta y un aparato para arponear peces debajo del agua, y una escopeta para matar conejos, y un señuelo para cazar codornices, y una red para atrapar tordos. También jugaba al póquer cada día con dos pintores americanos abstractos y con un pintor de verdad, neozelandés. Puede que Marujita se sintiera algo sola, pero le encantaba tener un hogar propio, después de haber sido una chica de alterne, y las cien pesetas diarias le parecían una fortuna.

Un día corrió el rumor de que Marujita estaba embarazada y que pronto iba a dar a luz, y poco tiempo después Onofre le pidió a mamá que arreglase las cosas con la

comadrona, una mujer muy amable de Madrid, que cree que Binijini es muy rústico. Mamá así lo hizo. Hacia el final, Marujita ya no podía encargarse de la casa, pero los vecinos fingían estar demasiado ocupados para pasar a echarle una mano, y nosotros vivimos en el otro lado del valle. Y como los hombres españoles no ayudan a las mujeres en el trabajo de la casa, sobre todo si se trata de un señorito como Onofre, Marujita envió un telegrama a su hermana menor, Sita. Don Isidoro había despedido a Sita del Loro Azul, donde además bailaba, por temor a que algún cliente del local se enterara de que era parienta suya; le dio un día de plazo y un billete de barco, de tercera clase, para Valencia. Qué sinvergüenza, ¿verdad? Bueno, pues Sita llegó a Binijini un mes antes de la fecha esperada para el nacimiento, y aunque al principio parecía tenernos miedo a mamá y a mí, como si forzosamente tuviéramos que tratarla mal, la encontramos muy simpática. Las dos hermanas siempre estaban llorando juntas, dándose besos y rezando el rosario, y Sita se pasaba el día haciendo camisetas y calcetines de punto de aguja.

Pero en fin, el niño llegó sano y salvo, y como era un niño a Onofre no le quedó más remedio que llamarle igual que el abuelo; aquí esto es la norma, y el segundo hijo ha de llamarse igual que el otro abuelo. Sita estuvo maravillosa. Ayudó a la comadrona con Marujita y no chilló ni corrió de un lado para otro como hacen las mujeres de Binijini; al contrario, hizo que el bebé se sintiera cómodo, lo lavó y lo cambió, y le cantó canciones flamencas muy bonitas. También guisó las comidas e hizo todo el trabajo de la casa. El primer día, Onofre le había dicho: «Cuñada, eres muy buena chica: serás la madrina». Cuando le pidió al pintor neozelandés que fuera el padrino, este le contestó: «Oiga, es que yo soy protestante», y Onofre dijo: «No importa, da igual. Los curas son curas en todas partes».

Naturalmente, Onofre les había anunciado el nacimiento a los abuelos, primero con un telegrama respetuoso y luego con una carta muy florida, incluyendo una invitación al bautizo. Jamás se le ocurrió que la contestarían; solo era para asegurarse el subsidio.

Bien, pues el día del bautizo, Sita se puso su vestido de los domingos y se quitó el maquillaje y arregló las bebidas, las pastas, los pasteles y las tapas para la fiesta del bautizo en la sala de estar. Luego envolvió al bebé como una momia, con cuatro o cinco mantones, y doña Isabel, la comadrona, la acompañó, porque era la primera vez que hacía de madrina. Marujita no pudo ir porque aún no estaba bien del todo y tuvo que quedarse en cama. Onofre había enviado todo un paquete de invitaciones para el bautizo, pero no vino nadie más, excepto mamá, papá y yo, y Richard y los dos pintores abstractos americanos, y el pintor de verdad neozelandés.

El cura estaba esperando en la iglesia, pero los monaguillos aún no habían llegado. Esperamos allí casi una hora, hablando y haciendo bromas, mientras el bebé dormía. Por fin el cura dijo que tenía otros asuntos que atender y que tendrían que empezar sin los monaguillos y que quizás Onofre sería tan amable de asistirle, cosa que hizo, para ganar tiempo. Sita ya tenía el cirio encendido en la mano, como es costumbre aquí con las madrinas, cuando llegó un coche grande y vistoso a la plaza y entraron don Isidoro y doña Tecla. Onofre palideció y el viejo malvado dijo en seguida:

—Aquí soy yo el padrino y nadie más, ¿comprendes, Onofre? Y es más, esta mujer indecente no va a ser madrina a mi lado. O se marcha de aquí o te retiro el subsidio y el niño se morirá de hambre.

Onofre se puso aún más pálido, pero Sita mantuvo la calma. Le dijo al cura:

—Padre, renuncio a mis derechos. Nadie podrá decirme nunca que perjudiqué la fortuna de esta preciosa criatura.

A continuación le entregó el cirio a doña Isabel y volvió a casa a contárselo a Marujita. El pintor neozelandés también lo dejó correr, naturalmente, y el cura empezó, pero en cuanto hubo dado media vuelta y hecho una reverencia ante el altar, doña Tecla le arrebató el niño a doña Isabel y dijo:

—Aquí soy yo la madrina, señora, y nadie más, ¿comprende?

Pero doña Isabel no soltó el cirio y les dijo a los abuelos en voz baja, pero enérgica, que Sita les daba cuarenta vueltas a unos canallas como ellos. Doña Tecla respondió con chillidos y risotadas que parecían de una gallina vieja, y en consecuencia el cura perdió el punto en el libro y empezó a leer oraciones para misioneros en el extranjero. Acababa de darse cuenta de su error, diciendo: «Caramba, ¡qué despiste!», cuando entraron corriendo los monaguillos sin las sobrepellices y en pleno ataque de risa. El director del hotel les había mandado buscar a doña Isabel urgentemente porque dos señoras belgas insistían en tomar el sol desnudas junto a las casetas de los pescadores, y si los guardias las cogían le multarían a él con doscientas cincuenta pesetas por señora, porque se hospedaban en su hotel, y eso es lo que dice la ley. Doña Isabel les preguntó:

—¿Por qué he de ir yo?

Y ellos le contestaron:

—Porque usted tiene costumbre de tratar con mujeres desnudas.

Así que doña Isabel dijo:

—Paciencia, ¡dentro de un momento iré!

El cura cogió el bebé y le puso la acostumbrada sal en la boca para echar al demonio, pero no sé por qué motivo no lloró. A lo mejor le gustaba el sabor. Don

Isidoro dijo:

—Póngale más, hombre, ¡el demonio aún está dentro!

Y doña Tecla alargó el brazo bajo los mantones y pellizcó al pobre bebé a propósito para que chillara. Onofre se dio cuenta y dijo en voz alta:

—Mamá, puedes insultar a mi cuñada y a la comadrona titular en este pueblo; son cosas de mujeres en las que no me quiero meter. Pero te prohíbo pellizcar el culo de mi hijo.

El cura hizo rápidamente la señal de la cruz en la frente del niño y le llamó Onofre, por equivocación, en lugar de Isidoro. Luego Onofre tomó al niño de los brazos del cura y lo entregó a mamá, que salió corriendo de la iglesia antes de que pudiera ocurrir algo peor. Doña Isabel salió con ella, con el cirio aún en la mano.

Naturalmente, don Isidoro hizo como si no conociera a Onofre y doña Tecla le dio un cachete en la cara y luego los dos salieron de la iglesia con paso decidido y se marcharon en su coche grande y vistoso. Los demás nos fuimos, cabizbajos, a la fiesta del bautizo. Onofre se esforzó por aparentar alegría y dijo:

—Vamos, amigos, ayudadme a beber el coñac porque mañana todos seremos mendigos.

Sita estaba allí cuando llegamos, meciendo el bebé y muy bonita sin su maquillaje. En seguida se pusieron todos a beber y a bailar. Nuestra familia se marchó pronto, porque Richard había comido demasiado pastel y se había bebido medio vaso de anís; pero al poco rato llegó otra persona que se había invitado a sí mismo, un oficial de la División Azul española, al que los rusos acababan de dejar en libertad después de catorce años. No le quedaba ningún amigo y quería celebrar su regreso. Doña Isabel también vino. Había asustado a las señoras belgas hasta obligarlas a vestirse de nuevo y luego había regresado a la iglesia, donde descubrió que doña Tecla no había firmado el registro como madrina del niño. Así que lo firmó ella porque, al fin y al cabo, había sujetado el cirio. Y dijo que el nombre sería Onofre, y no Isidoro, porque esta había sido la voluntad de Dios.

Justo antes de la medianoche, Onofre se golpeó la cabeza con el puño y gritó:

—¡Casi se me olvida! El muy bruto de mi padre tampoco firmó el libro. ¡Corran, caballeros, a la casa parroquial, antes de que el reloj dé las doce y se extinga el día!

Entonces, el prisionero de la División Azul y los dos pintores abstractos, y el de verdad, se marcharon todos a la casa parroquial, muy intoxicados, y allí insistieron en firmar el registro como copadrinos del niño. El cura tuvo que permitírselo, para evitar un escándalo.

Y… ¿sabes qué? En abril se van a ir todos a la feria de Sevilla, invitados por el

nuevo novio de Sita, que es un millonario chileno llamado don Jacinto; yo le he conocido. Además, don Jacinto va a prestarles a Onofre y a Marujita cinco millones de pesetas para abrir una sala de fiestas en Palma, mucho más lujosa que El Loro Azul. Dice que así aprenderá don Isidoro a no insultar a las pobres y preciosas bailarinas, que son unas santas. La van a llamar Los Cinco Padrinos, porque don Jacinto también ha añadido su nombre a la lista, por razones de solidaridad.

Aun así, no puedo decir que me fíe de él, ni tampoco se fía Marujita, pero esperemos que todo vaya bien.

Muchos besos de

MARGARET

EL CABALLO BLANCO O «LA HISTORIA DEL IMPONENTE FANTASMA SUREÑO»

Siempre había habido un coronel Flack en Sophie (Georgia), incluso cuando aún se llamaba Sophiaville, así como un doctor Halloran, y por supuesto, también un abogado Pritchard. Desde hacía generaciones se planteaban la conflictiva cuestión de «quién había llegado antes», los Flack o los Halloran, y más de una palabra malsonante había sido pronunciada a raíz de esa pregunta; hasta que por fin, el abogado Pritchard, que había prosperado durante el mandato del presidente Polk, reunió a su coronel Flack y a su doctor Halloran en el Tribunal del Condado.

—Caballeros —les dijo—, en esta caja fuerte guardo a buen recaudo todos los documentos relevantes. Y si alguna vez vuelve a salir a colación esta absurda disputa, publicaré un extracto certificado de la información en todos los periódicos del sur de la Línea, cosa que no beneficiará a ninguno de los dos, se lo aseguro.

Los Flack provenían del condado de Somerset, en Inglaterra, y poseían un escudo de armas antiquísimo con el lema «*Nec Flacci Mortem*», que significaba: «Me importa un bledo la muerte». Y desde luego, así era.

Nosotros, los doctores Halloran (pues yo soy el actual representante del linaje), somos originarios del condado de Meath, en Irlanda. Velamos por los mencionados Flack de muchas maneras: recomponemos sus huesos rotos, contenemos las hemorragias de sus agujeros de bala con algodón esterilizado, asustamos a las ratas verdes y los elefantes rosas (sobre todo después del día de Acción de Gracias), además de asegurarnos de que nacen sanos y salvos. Nos tomamos muy en serio nuestra labor, porque los Flack, cuando no están ebrios, son los mejores amigos que tenemos en cien kilómetros a la redonda; y les debemos tanto que, como diría el abogado Pritchard, nuestra deuda es inabarcable e irrefutable.

Los Flack padecieron tanto como cualquier otra familia de Georgia durante la Guerra Civil americana. Perdieron a casi todos los varones de la generación más joven en una batalla o en otra, y el coronel Randolph Flack se pasaba el día echando pestes y suspirando, porque había tenido que quedarse en casa cuidando de la plantación, en lugar de salir a cabalgar con el general Lee. La principal atadura era su esposa: se había quedado viuda en las primeras escaramuzas bélicas y se había casado con él apenas un año más tarde. Ahora estaba embarazada. El coronel era incapaz de dejar a su señora en la gran mansión, totalmente sola salvo por los esclavos; había montones

de desertores y hombres malvados pululando por ahí. Así pues, siguió suspirando y echando pestes y mi bisabuelo tuvo que lidiar con las consecuencias de sus arrebatos de ira.

El general Sherman tomó Atlanta a principios de septiembre y empezó a avanzar por Georgia en su famosa marcha en dirección al mar; a su paso, fue destruyendo todo lo que podía destruirse. Al coronel se le metió en la cabeza que Sherman era la Bestia del Apocalipsis, y que la única esperanza del sur era borrar del mapa a la Bestia. Es más, se ofreció a hacerlo con sus propias manos, como un buen caballero. Pensaba cabalgar al encuentro del general, lo saludaría moviendo su sombrero de castor y le preguntaría sin más rodeos: «*Sir*, ¿sois lo bastante hombre para batiros en duelo?».

Mi bisabuelo hizo cuanto pudo para quitarle la idea de la cabeza.

—Coronel Flack, ¿me permitís que me aventure a dudar —preguntó mi bisabuelo — de que os dejen aproximaros al general Sherman lo suficiente para intercambiar unas palabras con él? Todo el mundo sabe que cuenta con una retahíla de cazadores de Maine como guardaespaldas, que os coserán a balazos cuando estéis a mil pasos del general.

—¡Esos malditos yanquis no saben disparar! —gritó el coronel, quien sin duda estaba hasta las cejas de licor.

—¡No pueden fallar! —respondió mi bisabuelo.

—Ya lo veremos —dijo el coronel—. ¡*Nec Flacci Mortem*!

—¿Y qué pasará con vuestra esposa? —preguntó mi bisabuelo.

—Nada, doctor, es una sureña; lo entenderá.

—¿Y con vuestro hijo?

—Eso es asunto vuestro, doctor —contestó el coronel—. Pero estaré de vuelta para el parto, no temáis, y comprobaré que todo salga bien.

Nada podía detener a un tipo tan obstinado. Mandó que le llevaran el estuche de pistolas de duelo; también pidió su caballo blanco; le mandó a su criado de color que cargara las alforjas con *bourbon*, pan de maíz, tocino y un par de camisas limpias. Y emprendió el camino, trota que te trotaré, por el sendero polvoriento, hasta la cima de la colina, y después descendió por la parcela de boniatos, cruzó el arroyo chapoteando y se perdió en el pinar…

Lo que ocurrió una vez allí no lo sabe nadie: si los cazadores de Maine lo cosieron a balazos, o si el general Sherman fue más rápido que él con el gatillo… El caso es que el coronel Flack no regresó en su montura en toda la semana, ni en todo el mes, a pesar de que los sesenta mil hombres de Sherman ya se habían adentrado en Savannah. Me alegro de poder decir que Sophie se hallaba a más de treinta kilómetros

de la senda de destrucción y escapó sin perder ni siquiera un cerdo.

El día previo a la noche de Reyes, postraron en la cama a la esposa del coronel y, como se trataba de su primer hijo, mi bisabuelo sintió cierta ansiedad; llegó a toda prisa con su maletín negro y tuvo que esperar veinticuatro horas: de medianoche a medianoche. Pero cuando el reloj dio por fin las doce, se oyeron unos cascos que se aproximaban al galope por entre los pinos y después chapoteaban al vadear el arroyo, que estaría increíblemente crecido en esa época del año, y luego subían por la parcela de boniatos y bajaban desde la cima de la colina hasta llegar a la mansión. Mi bisabuelo se esforzaba como un demonio para intentar salvar al niño, y el sudor le surcaba la cara. Aun con todo, alzó la vista un momento hacia la ventana y reconoció tanto al caballo como al jinete, así que le gritó a la señora:

—¡Valor, señora, todo irá bien! ¡Vuestro marido ha vuelto a casa!

Y dicho esto, aunaron esfuerzos y otro varón Flack fue traído al mundo; cosa que salvó de la extinción al apellido familiar, pues todos los demás habían muerto en combate. Sin embargo, el médico no se atrevió a decirle a la madre hasta muchos meses más tarde que el coronel llevaba la pechera de la camisa manchada de rojo, y que su rostro brillaba, blanco como la cal, a la luz de la luna.

Ahora bien, este hijo póstumo resultó ser el séptimo del coronel, lo cual instauró la costumbre en Sophie de que, siempre que un séptimo Flack llegara al mundo (se daba por descontado que sería un varón), el fantasma del coronel asistiría al parto. Si el fantasma no hubiese aparecido en esas ocasiones, o si no hubiese sido un doctor Halloran quien hubiese atendido a la dama, Sophie lo habría considerado de lo más extraño.

Bueno, pues ahí es donde entro yo en la historia. Los Flack, como siempre, se reproducían rápido, pero la actual pérdida de vidas estaba muy por encima de la media: tres hijos caídos en la Primera Guerra Mundial y dos en la Segunda, junto a varias muertes más por causas diversas, habían reducido el linaje a la viuda y dos hijas del difunto coronel Randolph Flack, caído con los Marines en Iwo Jima. No obstante, se esperaba el nacimiento de un hijo póstumo, que sería el séptimo, alrededor de la noche de Reyes.

El abogado Pritchard esperaba abajo, dando vueltas en el salón, igual que un oso en una jaula, y murmuraba para sus adentros mientras vaticinaba lo peor. Yo llevaba veinticuatro horas arriba, pero tenía cosas de sobra para ocupar mis manos y mi mente; de todas formas, parecía que la batalla estaba perdida.

Por fin, el reloj dio la medianoche, y llegó el momento crítico. Oí los cascos que galopaban desde el pinar, chapoteaban en el arroyo y después cruzaban, subían y

bajaban, hasta entrar en el sendero polvoriento de la casa.

—Bien —pensé cuando se detuvo el galope.

Pero entonces oí lo que parecía una escaramuza y me atreví a alzar los ojos hacia la ventana. Vi a mi propio caballo negro castrado en medio del camino, y a lomos de ese caballo negro iba el coronel Flack, vestido exactamente como mi padre me lo había descrito: sombrero de castor, maletín para las pistolas, mancha de sangre y todo, pero ¡jamás en mi vida había visto un rostro tan abatido! Lo que es más, era el rostro del coronel Flack que yo había conocido: Randolph Flack, ¡el de los Marines!

Todo parecía tan retorcido y tan poco fiel a la tradición que me oí chillarle como un loco:

—¡Oiga, coronel! ¿Desde cuándo es un ladrón de caballos, eh? ¡Esa bestia es mía! ¿Dónde está la suya?

Y tan cierto como que estoy aquí ahora mismo, me contestó también a voz en grito:

—¡Ha sido el comandante en jefe, doctor! Ha cogido el mío y me ha dicho que me buscara otra montura.

Otra figura a caballo se acercó a la luz del ventanal, y disculparéis que no la describa, pues aunque he visto la Muerte suficientes veces en el curso de mis actividades profesionales, y disfrazada de muchas maneras, no es un tema del que me guste hablar en compañía. Lo único que voy a decir es lo siguiente: iba a lomos del caballo blanco del coronel.

—¿Y se cree digno de ser un Flack? —le grité de nuevo—. En el fondo es usted un cobarde. ¿Se ha olvidado del lema de la familia, eh? ¡Usted, que nunca se había permitido que lo ningunearan los altos rangos! *Nec Flacci Mortem*, ¡ya lo creo! ¡Se lo juro, estoy avergonzadísimo de usted, Randy Flack! ¡Y ningún doctor Halloran había dicho jamás algo semejante a un hombre de su linaje!

Funcionó. Salvé a la madre y salvé al niño. Más tarde, cuando volví a tener oportunidad de levantar la mirada, observé al coronel, que se alejaba trotando a lomos de su propio caballo. En la mano llevaba la pistola del duelo humeante.

LA EPOPEYA YA NO ESTÁ DE MODA

Petronio hizo lo que pudo. En el fondo, no era mala persona, aunque tenía la mente más sucia de toda Roma y bebía como un camello. Y hasta tal punto era un experto en el arte de vivir a lo moderno que el emperador jamás se atrevía a comprarse un jarrón o una estatua, o siquiera catar un añejo desconocido, sin antes consultar con él.

Una noche en que Petronio cenaba casualmente en Palacio, le ofrecieron una salsa de aspecto verdaderamente repulsivo, cuyos principales ingredientes parecían ser benjuí y ajo. En vista de que el sirviente esperaba que la vertiera sobre un precioso lenguado asado a la parrilla, Petronio le preguntó a Nerón con voz zalamera:

—Mi querido César, ¿crees que es eso *exactamente* lo que andabas buscando?

Nerón se puso de mil colores. Y es que por sus miradas impacientes y ansiosas resultaba evidente que él mismo había inventado la salsa, y si Petronio hubiese sido lo suficientemente débil como para aprobarla, pronto cada mesa noble de Roma hubiese apestado a aquel mejunje. Todos se lo agradecimos de corazón.

Mi cuñado Lucano carecía notoriamente del aplomo de Petronio, y sin embargo se creía muy listo. Yo siempre había lamentado el matrimonio de mi hermana. Lucano, hijo de provincianos españoles ricos, nunca dejó de ser forastero, aunque su tío Séneca, el tutor de Nerón, había ascendido ahora al rango de cónsul y se había convertido en el escritor y dramaturgo más destacado de su día. Séneca adoraba a Lucano, un niño prodigio que sabía hablar el griego a los cuatro años, que se sabía la *Ilíada* de memoria a los ocho, y que antes de cumplir los once ya había escrito un comentario histórico sobre la *Anábasis* de Jenofonte y había traducido a Ibico en pareados elegíacos ovidianos. Tenía ahora veinticinco años, dos años más que Nerón, quien había hecho de él su modelo literario. Lucano le pagó esta amabilidad con un estupendo discurso adulador en el festival Neronia. Pero cuando aquella misma noche Petronio visitó nuestra casa —Lucano estaba pasando una temporada con nosotros— bajo el pretexto de darle la enhorabuena, yo sospeché que se traía algo más entre manos. Así que mandé salir a los esclavos, y entonces desembuchó.

—Sí, Lucano, un discurso de lo más pulido, y soy demasiado discreto para preguntarte hasta qué punto era sincero. Pero… corre el rumor de que estás trabajando sobre un importante poema histórico.

—Correcto, amigo Petronio —contestó, complaciente, Lucano.

—Por el amor de Baco, no será que por fin te has decidido a escribir tus

Conquistas de Alejandro, ¿verdad?

—No, eso lo deseché, con excepción de unos cuantos bellos pasajes.

—Muy sabio por tu parte. Corría el riesgo de inspirar a nuestro patrón imperial y hacer que entrara con sus tropas en Partia para emular al macedonio. A pesar de su genio militar innato, etcétera, etcétera, dudo mucho de que el ejército hubiese estado a la altura de la empresa. Aquellos arqueros partos, ya sabes…

La voz se le fue apagando.

—No, pues ya que preguntas, el tema es el de las Guerras Civiles.

Petronio levantó las manos.

—Eso es lo que oí decir, ¡y no te imaginas cuánto me alarmó, hijo mío! Es un tema tan sumamente delicado, incluso después de cien años. Al menos dos terceras partes de las familias nobles que sobrevivieron, lucharon en el bando derrotado. Puede ser que complazca al emperador (repito *puede ser* y lo subrayo), pero con toda seguridad va a herir los sentimientos de muchos. ¿Es muy largo el poema?

—Una epopeya en doce libros. Nueve ya están escritos.

—¡Una *epopeya*, señor!

—Una epopeya.

—¡Pero si las epopeyas están pero que muy pasadas de moda!

—La mía no quedará anticuada. Yo hago que mis guerreros utilicen armas modernas, excluyo toda absurda intervención personal de los dioses, y animo la narrativa con anécdotas horripilantes, con metáforas que le dejan a uno sin aliento, y con todo tropo retórico que encuentro a mano. ¿Quieres que te lea unos cuantos versos?

—Si insistes.

Cuando Lucano se ausentó para ir a buscar el rollo de pergamino, Petronio me tiró de la manga:

—Argentario, tienes que poner fin a este disparate, de algún modo… ¡como sea! El emperador acaba de preguntarme tímidamente: «¿Qué te parecieron aquellos versos titulados *La Batalla de Accio* que te enseñé la otra noche? ¿Estabas acaso demasiado borracho para asimilarlos?». «No, César —le aseguré—, tus magníficos hexámetros me quitaron la cogorza de golpe». «Así pues, ¿estás de acuerdo en que soy mejor poeta que Lucano?». A lo cual respondí: «¡Cielos santos, no hay comparación!». Debió de tomárselo bien, porque su próximo comentario fue: «Me alegro, porque aquellos versos forman parte de mi gran epopeya moderna».

De nuevo entró Lucano. Petronio cortó la frase de golpe y cogió el pergamino. Lucano le observaba mientras leía. Después de un incómodo cuarto de hora, Petronio

dejó a un lado el pergamino y declaró:

—Esto se tendrá que pulir mucho, Lucano. No digo que no sea bueno, pero tiene que estar mucho, muchísimo mejor antes de poderlo entregar a los copistas. Guárdalo unos años en un cajón. En mi opinión (que no puedes permitirte menospreciar) la epopeya moderna es un estilo literario con el que únicamente deberían intentar escribir los hombres de Estado retirados o los jóvenes emperadores.

Lucano palideció.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—No tengo nada que añadir a lo dicho —respondió Petronio, y le dijo adiós con la mano.

Por cierto que Petronio estaba tan borracho que casi parecía estar sobrio.

A la mañana siguiente temprano, en la Vía Sacra, Lucano quiso fingir no conocer a Petronio, pero este le condujo por la fuerza al cuarto trasero de una tienda de vinos.

—¡Escucha, imbécil! —dijo Petronio—. Nadie niega que eres el mejor poeta del mundo, *con una sola excepción*, pero esta excepción ha husmeado tu proyecto, y se va a enfadar muchísimo si intentas competir con él. Por el amor de Vulcano, ¡enciende el horno con aquel maldito papiro! En su lugar, escribe un libro de cocina en verso (te ayudaré con muchísimo gusto) o más de esos epigramas tuyos amorosos sobre negras de piernas lascivas y cabello como el vellocino negro del carnero lafistio de Zeus… ¿Y por qué no una eulogía pindárica sobre la destreza del emperador como auriga? Todo lo que quieras… ¡menos una epopeya sobre las guerras civiles!

—Nadie tiene derecho a refrenar mi Pegaso.

—Esas fueron las célebres últimas palabras de Belerofonte —le recordó Petronio —. El dios del Trueno envió entonces un tábano que picó a Pegaso debajo de la cola, y Belerofonte salió disparado y se hizo mucho daño.

Lucano se puso furioso.

—¿Quién eres tú para hablar de prudencia? Tú satirizas a Nerón en el personaje de Trimalción, en tu novela satírica, ¿no es verdad? Nadie podría confundir su retrato: sus bromas sin gracia, su forma disparatada y divagante de hablar, su gusto tan tremendamente vulgar, su enternecedora compasión de sí mismo. No es más que un bizco, un lujurioso, un analfabeto, un atontado, un megalómano…, ¡y una desequilibrada mole de carnes!

Petronio se levantó.

—Desde luego, español, ¡me estás obligando a despedirme de ti! Hay ciertas cosas que no es decente decir delante de nadie.

—Sin embargo yo las he dicho, ¡y las volveré a decir!

Resultó ser su último encuentro. Un mes más tarde Lucano invitó a unos cuantos amigos a un banquete privado, en el cual, después de los postres, recitó los primeros doscientos o trescientos versos de su epopeya. Empezaba describiendo las guerras civiles como la mayor vergüenza jamás sufrida por Roma, y diciendo que a pesar de ello habían merecido de sobra la pena, ya que garantizaron a la larga la sucesión de Nerón. A continuación prometía a Nerón que, a su fallecimiento, subiría derecho a las estrellas, como el divino Augusto, y se transformaría en un dios más divino de lo que ya era, pudiendo elegir entre convertirse en Júpiter y empuñar el cetro olímpico, o en Apolo y subirse al carro celestial del sol.

Hasta ahí todo fue muy bien, pero luego se vio la otra cara de la moneda. Han de comprender que Petronio había salido impune de la sátira de Trimalción porque era un artista, y tuvo la precaución de no citar directamente ninguna patochada o vulgaridad de Nerón, de las que iban de boca en boca. Solo se burlaba del tipo de comportamiento que (en voz baja, naturalmente) llamábamos neronianismo. Nerón jamás hubiese reconocido al *nouveau-riche* Trimalción como su propio retrato y, naturalmente, nadie se hubiese atrevido a abrirle los ojos. Pero Lucano no era un artista. Pronto dejó que su elogio heroico-cómico degenerara hasta convertirse en una caricatura desmañada; le rogó al Nerón deificado que no privase a Roma de su total resplandor colocándose en las regiones árticas del cielo o en el trópico del sur, pues desde allí la mirada de sus afortunados rayos solo nos llegaría *torcida*, y que tuviera la amabilidad de no apoyarse *pesadamente* sobre cualquier parte del éter por temor a que su *peso divino* inclinara el eje celestial hasta descentrarlo, y así dislocar todo el universo. Y el muy idiota acentuaba cada punto con una horrible sonrisa, causando tanto desconcierto entre todos que el banquete se disolvió confusamente.

En realidad, Nerón solo oyó un vago rumor sobre este asunto, pero lo suficiente como para hacerle preguntar a Petronio si había advertido a Lucano contra la intrusión en el coto imperial. Petronio respondió sin vacilar:

—Sí, César. Le expliqué que sería ridículo que compitiese con su maestro en literatura.

Así que Nerón mandó a dos oficiales de la guardia a casa de Lucano con este breve mensaje: «¡No escribirás más poesía hasta nuevo aviso!».

La secuela es de sobra conocida. Lucano persuadió a unos cuantos extremistas más para que se unieran a su conspiración de asesinar al emperador en nombre de la libertad artística. Falló. Sus amigos fueron detenidos, y a Lucano le abrió las venas un cirujano en el consabido baño caliente, donde recitó un fragmento trágico de sus *Conquistas de Alejandro* sobre un soldado macedonio que moría desangrado.

Naturalmente, el padre de Lucano tuvo que seguir su triste ejemplo, y también lo hizo el viejo Séneca (¡eso sí que fue un poco duro para mi pobre hermana!). Además, Lucano había dejado una carta grosera para el emperador, si es que la palabra «grosera» es lo bastante fuerte para describirla, y por cierto calificando a Petronio de cobarde por morderse la lengua en la descripción de Trimalción. Así que a Petronio también le iban a dar…

Pero yo había echado a correr desde el banquete hasta Ostia —unos buenos veinte kilómetros— con todo el oro que había podido meter en una bolsa, y había tomado un barco rumbo a Éfeso. Allí me teñí el pelo, me cambié el nombre, y no asomé la cabeza durante tres o cuatro años, hasta que Vespasiano estuvo bien investido con la púrpura. ¡Menos mal que en el colegio era torpe y nunca tuve ambiciones literarias! De todos modos, como corredor de fondo nadie en Roma podía alcanzarme…

POLVO ERES Y EN POLVO TE CONVERTIRÁS

¡Sí, sí, sí! No me interpreten mal, por lo que más quieran. Les hablo con el corazón. Estoy de acuerdo en que el hombre le está estafando brutalmente a la Madre Tierra sus antiguos derechos, al no devolverle al suelo todo el alimento que de él saca. Y en que el sistema moderno de alcantarillado es, si ustedes quieren, una herida que supura en el cuerpo del Estado. Y en que los incineradores municipales son genocidas más que germicidas… Y en que la incineración debería ser considerada como un crimen capital. Y en que los campos erosionados por los codiciosos arados…

Sí, sí, y otra vez sí. Pero ¡un momento!

A Elsie y a Roland Hedge —ella ilustradora de libros, él un arquitecto con los pulmones delicados— se les había prevenido en contra del doctor Eugen Steinpilz.

—No os traerá suerte —les dije—. Me lo asegura mi dedo meñique.

—¿También tú? —preguntó Elsie indignada (eso ocurría en Brixham, Devon, en marzo de 1940)—. No pensarás que porque tiene acento extranjero y lleva barba ha de ser necesariamente un espía, ¿verdad?

—No —le dije fríamente—, no se me había ocurrido este detalle. Pero no pienso llevarte la contraria.

Al día siguiente, Elsie entabló deliberadamente amistad —no me gusta la expresión, pero eso fue lo que hizo— con el médico, un alsaciano con pasaporte norteamericano, que se describía a sí mismo como un *Naturphilosoph*, y tanto ella como Roland pronto estuvieron inmersos hasta el cuello en *Steinpilzerei*. Todo empezó cuando él les invitó a comer y les sirvió carne fría acompañada de dos platos de verduras rivales —patatas (al horno) y zanahorias (a la crema)— compradas en la verdulería del barrio, y patatas (al horno) y zanahorias (a la crema) cultivadas con abono natural en su huerto particular.

La superioridad de estas últimas respecto de las primeras en apariencia, tamaño, y especialmente en sabor, fue una revelación para Elsie y Roland. Sí, ya sé, sé exactamente cómo se sintieron. Cuando voy al mercado aquí en Palma, nunca compro patatas de La Torre porque las cultivan para la venta temprana del mercado inglés, y en consecuencia apestan a fertilizantes químicos. En cambio, compro patatas de Son Sardina, que tienen tan buen sabor como las que comprábamos en Inglaterra hace

cincuenta años. La razón estriba en que los granjeros de Son Sardina abonan sus campos con los desperdicios de cocina de Palma, que todavía cabe conseguir por carretas porque se trata de una ciudad de estructura anticuada que no puede permitirse los sistemas modernos para destruir eficazmente la basura.

De este modo, el doctor Steinpilz convirtió a esta pareja enamorada y sin hijos al método Steinpilz de hacer «compost». En realidad, no se diferenciaba mucho de los métodos que se explican en la sección de jardinería de los principales periódicos, excepto que era mucho más violento. El doctor Steinpilz había inventado una fórmula para fabricar bacterias extremadamente feroces, capaces (según Roland) de descomponer una bota vieja o la Biblia familiar, o una vieja camiseta de lana, en precioso humus negro casi al instante. Sin embargo, la fórmula no se podía comprar y solo se podía comunicar, bajo juramento de alto secreto, a miembros de la Asociación Eugen Steinpilz, en la que yo me negué a ingresar. No voy a fingir que conozco la fórmula personalmente, pero una noche oí por casualidad a Elsie y a Roland discutir en el jardín acerca de si las influencias planetarias eran favorables, y también mencionaron el cuerno de carnero, dentro del cual, por lo visto, tenía que guisarse una mezcla complicada de productos animales y vegetales, técnicamente denominada «la Madre». También deduje que una pata de toro y el páncreas de una cabra formaban parte del asunto, porque más tarde el señor Pook, el carnicero, me dijo que se había extrañado mucho de que Roland le encargara estos pedazos tan poco corrientes. Desde luego, la polígala, el poleo, la orquídea de abeja y la arveja figuraban entre los ingredientes herbarios de la Madre, pues los reconocí un día en una cesta que Elsie se había dejado olvidada en la estafeta de correos.

Los Hedge pronto tuvieron su primer montón de «compost» fermentando en el jardín, que era más o menos del tamaño de una pista de tenis y consistía sobre todo en un césped bien cuidado. El doctor Steinpilz, que supervisaba, empezó entonces a infiltrarse en la pequeña casa de los Hedge como se infiltra el olor de los desagües, y yo tuve que dejar de visitarlos. Más tarde, después de la caída de Francia, Brixham se convirtió en una zona bélica de la cual todos, excepto nosotros, los ingleses y nuestros aliados los franceses libres o los belgas libres, fueron expulsados. En consecuencia, el doctor Steinpilz tuvo que marcharse, cosa que hizo a regañadientes, y murió durante un ataque aéreo en Liverpool el día antes de embarcar hacia Nueva York. Pero no terminó aquí la cosa. Creo que Elsie debía de estar enamorada del doctor, y, desde luego, Roland le tenía por un héroe. Guardaban como un tesoro una colección firmada de todos sus libros esotéricos, cada uno con el nombre de una piedra semipreciosa, y solían leérselos el uno al otro en voz alta durante las comidas, por

turnos. Luego, solo para demostrar que se trataba de una filosofía práctica y no de una colección accidental de hermosos pensamientos sobre la naturaleza, empezaron a hacer «compost» con una unción todavía más seria y religiosa que antes. Claro que habían arrancado el césped, pero utilizaron la hierba para intercalarla entre las capas de basura de cocina, que mezclaban con los residuos de una pocilga abandonada, dos carretadas de hojas de chopo mojadas, recogidas en el parque, y un saco de nabos podridos. Mirando por encima del seto, capté la mirada fanática de Elsie mientras echaba las hambrientas bacterias sobre el montón, dejándolas en libertad, y no pude reprimir el escalofrío de un mal presentimiento.

Hasta el momento, la cosa tenía un pase, supongo, pero cuando empezaron en serio los bombardeos y la comida comenzó a escasear hasta el punto de que a las amas de casa se les multaba por no entregar su basura a los cerdos del país, Elsie y Roland empezaron a preocuparse. Abandonado ya su sistema sanitario normal y tras haber construido una letrina en el jardín, intentaron entonces convencer a los vecinos de que era su deber hacer lo mismo, incluso a riesgo de un resfriado y de llenarse la espalda de arañas. Elsie también ordenó a Roland seguir las lentas vacas coloradas de Devon cuando regresaban a casa tambaleándose, al anochecer, para rescatar los valiosos excrementos con una pala de cocina; mientras tanto, ella visitaba el vertedero municipal de basuras con un cajón de embalaje montado sobre ruedas, y recogía todo lo que encontraba allí que fuese de naturaleza orgánica: gatos muertos, trapos viejos, flores marchitas, tallos de col y basura casera que incluso un cerdo nacional hubiese rechazado en tiempos de guerra. También conservaba hasta la última gota del agua de sus baños para rociar los montones, porque contenía, según ella, valiosas sales animales.

Para verificar si un montón de «compost» es bueno, como bien sabe todo iluminado, hay que comprobar si cierto hongo de aspecto asqueroso, aunque beneficioso, brota en él. Una capa gris de este cultivo cubría los montones de Elsie, y por dentro estaban tan calientes que les servían para hornear la comida, cosa que seguramente les ahorró mucho combustible. Yo los llamo «montones elsianos» porque ella se consideraba entonces la delegada del doctor Steinpilz en la tierra, y el fiel Roland no se lo discutía.

Durante la ofensiva aérea alemana, esta historia llegó a un punto crítico. Se recordará que al estallar la guerra llegaban al sur de Devonshire trenes llenos de londinenses que habían sido evacuados y que a partir de entonces se fueron desevacuando, reevacuando y redesevacuando por cuenta propia de la forma más desorganizada. Daba la casualidad de que Elsie y Roland se habían librado de tener

que alojar evacuados, porque no contaban con ningún dormitorio libre, pero una noche un viejo jubilado de la marina llamó a su puerta pidiendo alojamiento para la noche. Había tenido que huir de su casa en llamas en Plymouth, donde todo era un caos, y se había ido alejando, andando a ciegas y aturdido hasta llegar allí, hambriento y agotado. Le dieron de comer y le acomodaron en el sofá, pero cuando Elsie bajó por la mañana para revolver los montones con la horquilla, lo encontró muerto de paro cardíaco.

Roland rompió un largo silencio al venirme a ver, un poco avergonzado, para pedirme consejo. Según me dijo, Elsie había decidido que sería improcedente molestar a la policía con el caso, porque la policía estaba muy ocupada aquellos días, y el pobre hombre había dicho que no tenía ni parientes ni amigos. Así que le habían oficiado las exequias fúnebres y, tras extraer la hebilla del cinturón, los botones de los pantalones, la funda metálica de las gafas y un manojo de llaves, todos ellos objetos no perecederos, lo habían colocado reverentemente sobre el último montón de «compost». Los demás componentes de este montón eran una carretada de desechos de la fábrica de sidra, estiércol de vaca recuperado y varios capazos de desbrozo de seto. ¿Habían hecho mal?

—Si lo que quieres decir es si voy a denunciarte a las autoridades civiles la respuesta es no —le aseguré—. Yo no estaba mirando por encima del seto en aquel preciso momento y lo que sé solo es de oídas.

Roland se marchó arrastrando los pies, satisfecho.

La guerra continuó. Los Hedge no solo convirtieron todo el jardín en hileras apretadas de montones en homenaje a Eugen Steinpilz, sin dejar sitio para plantar las patatas o las zanahorias para las que el «compost» había sido proyectado, sino que además andaban recogiendo los desperdicios del mercado de pescado de Brixham y hacían uso de los contenidos del cubo colocado junto a la sala de cirugía del hospital local. Recuerdo que cada primavera Elsie cogía grandes ramos de prímulas y los colocaba inmediatamente sobre el «compost», sin olfatearlas siquiera; por lo visto, las prímulas vírgenes eran la comida favorita de las bacterias.

Aquí la historia podría herir la sensibilidad, por ejemplo, de un círculo familiar de lectores y la suavizaré todo lo que pueda. Una mañana, un policía llegó a casa de los Hedge con una citación. Casualmente vi a Roland echar una miradita ansiosa por la ventana y luego volver a esconder rápidamente la cabeza. El policía llamó al timbre y luego con los nudillos en la puerta y esperó; luego probó la puerta trasera y al cabo de un rato se marchó. La citación era por no haber cumplido los reglamentos de los apagones obligatorios durante los bombardeos, pero por lo visto los Hedge no lo

sabían. A la mañana siguiente volvió a llamar y, al no contestar nadie, forzó la cerradura de la puerta trasera. Los dos yacían muertos sobre la cama; habían ingerido una sobredosis de píldoras somníferas. Sobre la colcha había una sencilla nota:

> Rogamos coloquen nuestros cuerpos sobre el montón más próximo a la pocilga. Se admiten flores. Esparzan unas cuantas sobre los cuerpos, mezcladas con un poco de basura de cocina, y luego echen un poco de tierra por encima, con la horquilla.
>
> E. H. Y R. H.

George Irks, el nuevo inquilino, se propuso cultivar patatas y cavar «por la patria». Alquiló un carro y empezó a tirar el «compost» al río Dart (pues, como me explicó más adelante, «no le gustaba el aspecto de aquellas setas»). Los cinco esqueletos humanos, perfectamente limpios, que George desenterró durante este proceso aún esperaban identificación cuando acabó la guerra.

SE DICE… SE DICE…

Hoy es sábado, queridos oyentes; y aquí me tienen junto a la vieja furgoneta de grabación, en un puerto de mar español de la Costa Brava. El sol pega bastante fuerte por tratarse de la época en que estamos; varias veintenas de granjeros y comerciantes, en su mayoría procedentes de las comarcas adyacentes, han tomado posesión de los cafés en la Plaza del Mercado. Parecen buena gente. Ni un cuchillo, ni una pistola, ni un pensamiento malicioso en todo este gentío. El zumbido ronco que pueden escuchar es su habitual cambio de impresiones sobre el precio de los tomates, las perspectivas de la aceituna, los efectos de la sequía sobre la economía regional, etcétera. Esas notas más destacadas provienen de las acaloradas discusiones sobre la Gran Vuelta a Cataluña en bicicleta —y sobre la tremenda lucha del equipo de fútbol local para evitar descender a tercera división en la Liga.

Bueno, ¿qué les parece si acercamos el micrófono a una mesa del rincón y escuchamos lo que están hablando dos tipos de aspecto muy relajado, mientras toman su café y anís? El de cara melancólica, con pantalones de pana negros y que luce una gruesa cadena de plata en su reloj, es Pep Prat. Pep se dedica a la crianza de mulas; y su rubicundo compañero con la faja azul, llamado Pancho Pons, cultiva claveles para vender en Barcelona.

PANCHO: ¿Qué, *mestre* Pep? ¿Hace mucho tiempo que no va por la calle de la Concepción?

PEP: ¿Acaso me he perdido algo por no ir, *mestre* Pancho?

PANCHO: No, nada. Solo lo decía por decir algo.

PEP: Pues diga, hombre, diga.

PANCHO: Yo he ido esta mañana a cambiar un billete de cien duros en el Banco Futurístico.

PEP: ¿Le han dado mal el cambio? Los sábados, es fácil que se equivoquen.

PANCHO: No, qué va. Don Bernardo Bosch estaba de muy buen humor. Ahora tiene un despacho muy bonito, con tres butacas, una mesa de caoba y una pequeña ventana que da a la calle.

PEP: Claro… Claro. ¡Ay, *mestre* Pancho! ¡Aún recuerdo la cara de aquella pobre mujer!

PANCHO: Qué valor, ¿eh? Yo no me hubiese atrevido nunca a hablarle como hizo ella.

PEP: Ahora hace ya más de un año.

PANCHO: Sin embargo, las palabras aún resuenan en mis oídos. Dio la casualidad de que yo estaba tratando un negocio con el vendedor de quesos en la puerta contigua, y la pobre y santa Margalida nunca hablaba en voz baja, ni siquiera en momentos difíciles. En aquella ocasión, igual hubiera podido estar pregonando la palabra de Dios como una misionera a los paganos. Dijo: «Don Bernardo, ¡ni una palabra más! Tengo arrendada esta tienda por una duración de cien años; aún me quedan ochenta y seis de plazo y como (¡gracias a Dios!) solo tengo treinta años y disfruto de buena salud, supongo que el arriendo durará toda mi vida. No voy a vender, no necesito vender, y aunque mi tienda solo mida veinticinco metros cuadrados, me basta para mi modesto negocio».

PEP: Tenía valor.

PANCHO: Y don Bernardo respondió: «Eres una víbora, una negra, Margalida Mut, eres Jael y Safira juntas. Yo te ofrezco mil quinientos duros por metro cuadrado para que rescindas tu contrato de arrendamiento, ¡y tú te atreves a rechazarlo!». Y la pobre criatura respondió: «¡No voy a vender, gitano! Pero si usted y sus colegas piensan en vender el Banco Futurístico igual de barato, avíseme; podría hacerme falta para cuarto trastero. ¡Adiós!». Así se acabó la comedia.

PEP: Pero dígame: exactamente, ¿por qué no quería vender?

PANCHO: Más bien pregúntese por qué tenía que hacerlo. ¿Acaso tenía que vender solo porque el Banco Futurístico había comprado el resto del solar y no quería que su cierre metálico oxidado y su letrero descolorido desmereciesen la preciosa fachada en la calle de la Concepción? Margalida fue una mártir de sus principios.

PEP: Pero los principios no echan carne al cocido. Su comercio era de lo más miserable. Se hacía llamar anticuaria, pero yo he visto cosas mejores esparcidas sobre sacos en el baratillo: clavos, herraduras de caballos, una máquina de coser estropeada, tres platos agrietados, libros sin tapas, un trozo de barra salomónica de una cama…

PANCHO: Por supuesto que yo no sé nada, pero se dice…, sin duda injustamente, que esta excelente mujer recibía mercancías robadas, que era una usurera de interés compuesto, una chantajista, ¡una protestante!

PEP: ¡Se dice! ¡Ay, los muy hipócritas! No dijeron nada de esto en su entierro. ¡Vaya exhibición! Al menos mil personas caminaban a su lado, además del cura y los acólitos. Y había una epidemia de cirios largos. Y columnas en el *Heraldo* sobre sus buenas obras, su devoción y santidad. Recuerdo el disgusto que tuvo don Bernardo

cuando se enteró. Se fue corriendo en pijama (¡imagínese!) a consolar a Joana Mut, la afligida hermana de la difunta.

PANCHO: Estuvo muy bien, aunque Margalida no había vuelto a dirigir la palabra a ninguna de sus dos hermanas desde la muerte de sus padres…; alguna disputa sobre la herencia, según dicen.

PEP: Sí, eso dicen. Y se dice… Pero da igual, dejémoslo.

PANCHO: Qué final tan extraordinario, ¿verdad? Totalmente incomprensible. Como recordará, ocurrió a las siete en punto, cuando en la calle se estaban bajando estrepitosamente todos los cierres metálicos de los comercios, y sus protestas, si es que las hubo, debieron de quedar ahogadas por el ruido. Nadie se dio cuenta de que había ocurrido algo anormal hasta las nueve de la mañana siguiente, cuando alguien se fijó en el resquicio que dejaba la puerta metálica junto al suelo, y que demostraba que no lo había cerrado con llave como tenía por costumbre hacer cuando se marchaba a su piso solitario. Una lástima, porque entonces era demasiado tarde para avisar al puesto de policía de Port Bou y que registraran a los pasajeros al cruzar la frontera. Tenga por buen seguro que el asesino era francés.

PEP: Mi cuñado, que está en la jefatura de la policía, no lo cree así.

PANCHO: ¡Ningún catalán de la Costa Brava asesinaría por dinero, ni siquiera a una presunta usurera!

PEP: ¡Claro que no! Pero no se llevaron ningún dinero. Quedó un billete de doscientos duros sin tocar en la caja abierta. Dicen que quien la asesinó era una señora casada que quería recuperar algún documento comprometedor que guardaba allí dentro. Dicen que encontraron un cabello largo en los dedos de la pobre Margalida…

PANCHO: Sí, ¡eso dicen! Pero también dicen que era el cabello de la propia Margalida, que le habría sido arrancado en el forcejeo.

PEP: Del mismo color y del mismo grueso, lo admito. Desde luego, parecía ser un cabello de la familia Mut… Lo que no logro comprender es por qué mi cuñado recibió órdenes de arriba de colocar un guardia armado en cada extremo de la calle durante todo el mes, como para prevenir algún alboroto.

PANCHO: Claro que es una teoría bien conocida que los asesinos vuelven al lugar del crimen. Pero lo que a mí me hubiese gustado preguntarle a su cuñado, es por qué permitió que apareciese una foto del pobre Isidoro Núñez titulada: «¡Se busca, vivo o muerto, al autor del crimen de la calle de la Concepción!». Isidoro no es un mal tipo. Una vez se emborrachó y le tomó prestada la bicicleta al alcalde, luego chocó contra un árbol y en consecuencia le encarcelaron un par de meses, pero ese fue su único delito. Es más, se sabía entonces que dos días antes de los hechos se había marchado a

Galicia a visitar a su padre, y cuando regresó, la policía ni siquiera le interrogó. Eso dicen.

PEP: Ah, claro, ¡eso dicen! También se dice que fue una tragedia amorosa y que a la pobre mujer la mató un jovenzuelo enamorado e impulsivo, a quien ella había rechazado.

PANCHO: ¡Quia! ¡Margalida era más fea que la bota de un pescador!

PEP: Pancho, no debe faltarle el respeto a los muertos. Muy bien, supongamos que lo que realmente quería el jovencito enamorado era su dinero…

PANCHO: ¡De acuerdo! Y que él creía que ella ya había cerrado el pacto con don Bernardo. Por cierto, dígame, ¿sabe si sus herederos traspasaron el local por los mil quinientos duros el metro cuadrado?

PEP: No. Verá. Margalida no había sido precisa: el arriendo de la tienda era solo vitalicio. Cuando moría volvía a manos del propietario. Una pena, porque con la Ley de Renta Limitada el propietario no podía hacerle pagar al arrendador más que el precio acordado en un principio: tan solo diez duros al mes. Esta ley es una gran protección para los pobres.

PANCHO: Por cierto, ¿quién era el dueño?

PEP: Por una casualidad increíble era la propia Joana Mut. Y como ella no tenía aptitudes para llevar el negocio de antigüedades de la familia, dejó escapar la propiedad, muy a pesar suyo. Dicen que el banco pagó mil duros por metro cuadrado, pero puede que esto sea una exageración. A la otra hermana no le correspondió nada, solo las mercancías de Margalida y sus efectos personales, ¡pobre muchacha!

PANCHO: ¡Ajo y cebollas, Pep! ¿Quiere saber lo que pienso yo?

PEP: Dígame.

PANCHO: ¡Creo que la pobrecita bajó el cierre metálico y se estranguló con sus propias manos, como mortificación por haber rechazado la oferta de don Bernardo!

PEP: Es muy posible. Es más, se dice…

Bueno, queridos oyentes, supongo que ya habrán escuchado bastante. Pero antes de devolver la conexión al estudio, crucemos la calle para oír lo que está diciendo aquella pescadora de aspecto vigoroso pero encantador. La que lleva el pañuelo de topos en la cabeza. Vaya vaya, ¡qué coincidencia! Pero si es Aina, ¡la menor de las tres hermanas Mut! Me gustaría que la vieran ahora, cuchillo en mano, ¡arrancando la dura piel amarronada de una horrible raya! Caramba, personalmente no me gustaría… ¡Y vaya si no es el mismísimo don Bernardo el que está comprando gambas en el puesto de al

lado! ¡Cielo santo! ¡Aina le ha reconocido! Ha dejado la raya sobre el mostrador…

¡Oh, oh! ¡Me alegro de que se lo pierdan, queridos oyentes! ¡Ajo y cebollas!

EL ABOMINABLE SEÑOR GUNN

Un lunes por la mañana, en septiembre de 1910, el abominable señor J. O. G. Gunn, maestro de la clase de tercero en Brown Friars, se acercó malhumorado por el pasillo entre las hileras de pupitres de pino y me tiró de los pelos cortos, justo encima de la oreja derecha. El señor Gunn, pálido, musculoso y de cara ancha, llevaba el pelo negro bien pegado al cuero cabelludo mediante un aceite perfumado con miel. Anunció a la clase, al tiempo que yo me levantaba unos centímetros:

—Y ahora el profesor Graves hará una exhibición de su formidable erudición; nos va a dedicar un discurso sobre el primer viaje misionero de san Pablo —(risas).

Empecé a explicar con titubeos, porque mi mente, como siempre, iba un par de etapas adelantada respecto a mi lengua, de modo que mi lengua decía «Pedro» cuando quería decir «Pablo» y «antes de J. C.» cuando quería decir «después de J. C.», y «Creta» cuando quería decir «Chipre». Aún me sigue gastando estas malas pasadas. Por esto, a menudo resulta difícil seguir mi conversación y hoy en día hay quien lo interpreta como señal de una incipiente senilidad. En aquellos tiempos no me ayudaba a ganarme las simpatías del señor Gunn…

Después del desastre de Siracusa, era frecuente que un ateniense le preguntara a otro: «Dime, amigo, ¿qué pasó con Fulanito?», y la respuesta era, invariablemente: «Si no ha muerto, estará de maestro de escuela». No podría desearle peor suerte al señor J. O. G. Gunn —padre de toda aquella prole sin nombre ni fin que desde entonces ha despreciado mi «erudición» y me ha tirado cruelmente de los pelos— que la de estar ejerciendo todavía su profesión a sus ochenta años y pico, y la de encontrarse, cada lunes por la mañana, un poquitín más feo y más amarillento que el lunes anterior.

¿Erudito yo? Ni siquiera puede decirse que sea una persona muy leída. Todo lo que he leído aquí y allá no ha sido nunca por un afán pasivo y promiscuo de exponer mi persona a la corriente literaria, sino siempre por la búsqueda de datos concretos para alimentar u obligar al abandono a algún gusano obsesionante que ha conseguido encontrar alojamiento en mi cráneo. Y ahora voy a revelar un secreto embarazoso que he guardado para mí desde aquellos días de pesadilla.

Una hermosa tarde de verano, estaba yo sentado sobre el rodillo detrás del pabellón de críquet, con la mente en blanco, cuando recibí una repentina y celestial iluminación: se me ocurrió que lo sabía todo. Recuerdo que dejé que mi mente hiciera un rápido repaso por todos sus conocimientos más familiares, solo para descubrir que

no se trataba de una fantasía sin sentido. Ciertamente, lo sabía todo. En pocas palabras: aunque era consciente de que solo había andado una tercera parte del camino de la educación formal, y que en matemáticas iba flojo, en gramática griega me tambaleaba y la historia inglesa me resultaba confusa, sabía no obstante que tenía en mis manos la llave de la verdad y que la podía utilizar para abrir cualquier puerta. Mi teoría no era ni religiosa ni filosófica; se trataba de un método muy sencillo que consistía en mirar de soslayo un montón de hechos desordenados y de este modo conferirles un sentido perfecto.

Bajé deslizándome por el rodillo al tiempo que me preguntaba qué hacer con tan embarazoso regalo. ¿A quién se lo podía confiar? A nadie. Incluso mis mejores amigos me dirían: «¡Estás loco!», y me harían el vacío o me organizarían una buena paliza, o tal vez las dos cosas, y pronto algún buscador de favores se lo contaría a escondidas al señor Gunn, lo cual significaría el fin. Se me ocurrió que a lo mejor debería incorporar la fórmula en un breve mensaje mundial, que circulara anónimamente por los principales periódicos. De hacerlo, tendría que trabajar bajo las sábanas en la oscuridad, con la luz de una linterna, y utilizar el código que había perfeccionado hacía poco. Pero recordé que la bombilla de mi linterna estaba rota y que me sería difícil cambiarla hasta el día siguiente. No, no había ninguna prisa inmediata. Lo tenía todo seguro en mi cabeza. De nuevo me puse a experimentar, utilizando la llave para abrir varias cerraduras obstinadas; todas giraron y las puertas se abrieron con suavidad. Entonces sonó a lo lejos la campana del colegio para anunciar los deberes y las oraciones.

Al día siguiente, temprano, descubrí al despertarme que todavía conservaba mi secreto intacto, pero se interpuso una mañana de clases y, cuando logré encerrarme en el retrete e intenté apuntarlo en el dorso de un cuaderno viejo, mi mente iba más veloz que mi pluma y empecé a tachar —un grave error— y luego arrugué la página y tiré de la cadena. Aquella noche volví a intentarlo bajo las sábanas, pero la magia se había evaporado y no pude pasar de la frase preliminar.

No volvió a repetirse mi visión de la verdad, aunque un par de veces volví a sentarme encima del rodillo, con la esperanza de que así fuera, y al poco tiempo me atormentaron las dudas, dudas pesimistas sobre muchos conceptos hasta entonces estables, como por ejemplo la autenticidad de los Evangelios, la perfectibilidad del hombre y el absolutismo del código moral protestante. Todo lo que sobrevivió fue el crepúsculo de la brillante luz en mi cabeza y la certeza de que no había sido una ilusión. Este sentimiento lo sigo teniendo, pues ahora me doy cuenta de que lo que experimenté aquella tarde fue una repentina conciencia infantil del poder de la

intuición, la superlógica que corta todo proceso rutinario de pensamiento y salta directamente de la pregunta a la respuesta.

El señor Gunn me demostró lo fácil que resulta debilitar este poder en circunstancias hostiles, por su forma de tratar a un tal F. F. Smilley, un niño nuevo que casualmente había tenido una visión análoga a la mía, aunque un poco más especializada. Smilley entró tarde en Brown Friars, pues se había educado en casa hasta los once años, a causa de no sé qué enfermedad. Resulta que el primer día que entró en tercero, el señor Gunn nos puso un problema del libro de Hilderbrand *Aritmética para colegios preparatorios*, en el que se trataba de hallar la raíz cuadrada de la suma de dos decimales, dividida (por pura terquedad) entre la suma de dos vulgares y complicadas fracciones. Al poco rato, todo el mundo se había puesto a hacer garabatos, menos F. F. Smilley, que se quedó sentado, ausente, limpiándose las gafas y mirando por la ventana.

El señor Gunn alzó un momento la vista, dejando en suspenso una carta que estaba escribiendo, y preguntó con bastante mala intención:

—¿Buscas inspiración en el lejano campanario de la iglesia, Smilley?

—No, señor; me limpiaba las gafas.

—¿Y por qué, si se puede saber?

—Tenían mermelada, señor.

—¡No me contestes, muchacho! ¿Por qué no estás resolviendo el problema?

—Ya tengo el resultado, señor.

—¡Trae tu cuaderno aquí! Ah, sí, aquí está el resultado, mi muy sabio e ingenioso amigo *sir* Isaac Newton —le dijo, retorciéndole los pelillos cortos—, pero ¿dónde está la operación?

—En ningún sitio, señor; me salió solo.

—¿Te salió solo, F. F. Smilley, muchacho? ¿Quieres decir que lo adivinaste así, por las buenas?

—No, señor; solamente miré el problema y vi cuál tenía que ser el resultado.

—¡Ja! ¡Vaya! ¡Un extraño fenómeno físico! Pero tengo que exigir una prueba conforme no te has limitado a buscar el resultado en la última página del libro.

—Bueno, sí que lo hice después, señor.

—La verdad empieza a salir poco a poco.

—Pero estaba equivocado, señor. Las dos últimas cifras tenían que haber sido 35, no 53.

—¡Cada vez resulta más curioso! Aquí tenemos a un niño de Brown Friars, de tercero, que sabe más que el profesor Hilderbrand, el matemático más destacado de

Cambridge.

—No, señor; creo que se debe tratar de una errata.

—Así que tú y el profesor Hilderbrand sois viejos amigos, ¿eh? Por lo que veo, te pones activamente de su parte.

—No, señor; le conozco, pero no me cayó muy bien.

F. F. Smilley fue enviado en seguida al despacho del director con una nota: «Ruego castigue con la palmeta al portador, por holgazanería, por decir mentiras, por hacer trampas y por una tremenda impertinencia», cosa que el director, que tenía ciertas taras de personalidad, se alegró mucho de hacer. No puedo contar el resto de la historia con demasiada certeza, pero mi impresión es que el señor Gunn ganó, igual que había ganado ya su batalla contra J. X. Bestard-Montéry, cuyo acento parisino, cuando se le pidió que leyera «*Maître Corbeau, sur un arbre perché*», le mereció el apodo de «saltimbanqui comerranas», y un buen puñetazo en un lado de la cabeza. Bestard se vio obligado a pulir su francés, dándole el acento cerrado de aquella región inglesa.

De hecho, el señor Gunn fue debilitando poco a poco la resistencia de F. F. Smilley mediante asiduos tirones de pelo, golpes en los nudillos y castigos, y le obligó a apuntar todos los razonamientos matemáticos del modo laborioso impuesto por el profesor Hilderbrand. Nada de mirar por la ventana, nada de adivinar los resultados.

Lo que no sé es si la cura fue permanente, porque poco antes del final de curso el comisario jefe de la policía del condado dio veinticuatro horas al director para que abandonara el país (la policía era más cortés en aquellos días eduardianos) y Brown Friars cerró el curso confusamente. Jamás he vuelto a oír hablar de F. F. Smilley; o bien le mataron en la Primera Guerra Mundial o bien estará ejerciendo como maestro en alguna parte. Si se hubiese distinguido en matemáticas superiores, sin duda nos hubiéramos enterado. A no ser, quizá, que sea un investigador entre bastidores, un archimago del departamento de las fórmulas matemáticas de Su Majestad del cual dependen los físicos nucleares para sus bombas y sus pilas atómicas, y que los de Seguridad le hayan cambiado el nombre, le hayan alterado las facciones con cirugía estética, le hayan enseñado a hablar como un inmigrante enemigo y le hayan suprimido su identidad cívica. No me extrañaría. Pero las probabilidades matemáticas indican que quien ganó fue el señor Gunn.

LOS NEGROS WHITAKER

Las apariciones fantasmagóricas, tanto en estado de vigilia como en sueños, tienen un tremendo poder emocional, pero en tan raras ocasiones pueden atribuirse a algún agente externo que hoy en día, por consentimiento unánime, quedan adjudicadas al patólogo para que proceda a su investigación, y no, como ocurría antes, al sacerdote o al agorero. Cierto número de espectros «responden al tratamiento», como suele decirse. El eminente doctor Henry Head me contó en una ocasión que a un paciente suyo se le aparecía un hombre joven, moreno y alto, siempre de pie en la alfombra, junto a su cama. Head diagnosticó un trauma en el cerebro del paciente, del cual el joven alto y moreno era una proyección, y demostró su teoría al hacer girar la cama poco a poco; el joven alto y moreno fue girando con ella, describiendo un semicírculo hasta que acabó en la terraza, al otro lado de los balcones. Y mediante una operación acabó de deshacerse de él. También leí en una revista médica norteamericana, hace unos días, que a un hombre se le aparecían miles de mujeres cada noche, como consecuencia de una fase avanzada de sífilis; después de administrarle extracto de serpentaria, las mujeres quedaron reducidas al manejable número de una.

También existen apariciones ocasionales que la mayoría de patólogos optarían por descartar como fantasías o como símbolos grotescos de algún conflicto interior, pero que merecen ser aceptadas tal cual y colocadas en su contexto histórico correcto. Permítanme que les describa una aparición persistente que forma parte de mi propio historial. Me alegra poder decir que no tiene su origen en mi infancia, tan rondada por fantasmas, y que, por consiguiente, será más fácil de calibrar, aunque tampoco puedo pretender que estuviese en buen estado mental y físico por aquel entonces; muy al contrario, sufría las vívidas pesadillas y las alucinaciones de la Primera Guerra Mundial, en la cual había luchado. Por la noche, las granadas hacían explosión junto a mi cama y de día me arrojaba de cara al suelo si oía petardear un coche; y cada rosa del jardín me olía terroríficamente a gas fosgeno. Sin embargo, me sentía mucho mejor entonces, cuando la guerra parecía haber llegado a su fin, pues se había firmado un armisticio y no se esperaba que los alemanes reanudaran la contienda.

En enero de 1919, me encontré de nuevo en el batallón de reservas de los Reales Fusileros Galeses, en Limerick, donde veinte años antes mi abuelo había sido el último obispo de la Iglesia Establecida de Irlanda. Limerick era ahora la plaza fuerte del Sinn Fein, la calle del Rey Jorge se había convertido en la calle O'Connell, y

cuando nuestros soldados salían del cuartel a dar una vuelta, nunca iban solos y se les recomendaba que se armaran con los mangos de las herramientas de cavar trincheras para responder a las cachiporras irlandesas. Este regreso como enemigo extranjero a la ciudad a la que mi familia había estado vinculada durante más de doscientos años, hubiese resultado mucho más penoso para mí de no ser por el viejo Reilly, un anticuario que vivía cerca del puente recientemente denominado puente Sarsfield. Reilly recordaba a mi padre y a tres de mis tíos, y me relató, con una oratoria estupenda, la destreza de mi tía Augusta Carolina en las cacerías, así como las impresionantes escenas en el velatorio de mi abuelo, la asistencia al cual un colega suyo, el obispo católico, había hecho obligatoria en tributo a su eminencia como especialista en lengua gaélica y arqueología. Le compré varias cosas a Reilly: plata irlandesa, grabados y un par de guantes blancos de Limerick, de los que llegan hasta el codo, que tenían más de cien años y que dejó la última de las señoritas Rafferty; eran tan finos (hechos de piel de gallina, según me dijo) que, una vez doblados, podían guardarse en una simple cáscara de nuez transformada en cofrecillo con unas pequeñas bisagras de latón.

La tienda olía a moho y a ratones, pero yo hubiese ido por allí más a menudo a charlar de no ser por un cuadro aterrador que colgaba en la entrada de la tienda: era el retrato de un hombre, pintado sobre cristal en colores vivos. La edad del modelo era bastante indeterminada, su piel era de un blanco reluciente, los ojos mongólicos y la mirada de idiota; tenía los dientes caninos torcidos y la barbilla estrecha, y llevaba un sombrero hongo aplastado sobre su frente. Para aumentar el efecto terrorífico, algún bromista había provisto a la criatura de una pipa de arcilla, con una espiral de humo, pintada en la parte exterior del cristal. Reilly dijo que el retrato provenía de los herederos de un emigrante de los tiempos del hambre de la patata, que había regresado con una bolsa de dólares para morir cómodamente borracho en su ciudad natal. Yo no lograba comprender por qué esa cara me obsesionaba y me asustaba tanto, y durante años siguió apareciéndoseme en la imaginación, sobre todo cuando tenía fiebre. Me dije que si alguna vez viera un fantasma de medianoche —no un fantasma de mediodía, fenómeno harto común durante las últimas y neurasténicas etapas de la guerra, y cuyo aspecto había sido más patético que terrorífico— sería exactamente como aquel retrato.

En la primavera de 1951, cuando Reilly llevaba ya treinta años en su tumba, Julia Fiennes vino a Mallorca a visitarme. Era norteamericana: irlandesa e italiana por parte de padre, y francesa de Nueva Orleans por parte de su madre; de profesión diseñadora textil, joven, alta, guapa, atolondrada y romántica. Había venido a «echar un vistazo a

Europa antes de que volara en pedazos». Cuando nos vimos por primera vez, sentimos que entre los dos circulaba una intensa emoción, lo que en términos seudofilosóficos suele explicarse diciendo: «Debimos conocernos en una encarnación previa». Los psicólogos lo definen como «grupos emocionales compatibles». Yo me contento con llamarlo «¡Tate!». Es más, luego resultó que Julia y yo podíamos conversar en una divertida taquigrafía verbal que los demás casi no entendían, pero que para nosotros expresaba toda una serie de experiencias tan complejas que jamás hubiéramos podido traducirlas al lenguaje cotidiano. Fue un descubrimiento excitante, aunque embarazoso, porque este *rapport* entre los dos, por intenso que fuera, resultaba inadecuado tanto para su rumbo de vida como para el mío. No deseábamos el uno del otro más que un reconocimiento humorísticamente afectuoso de la fuerza del vínculo; nos separaban treinta y tres años, pertenecíamos a civilizaciones diferentes, yo era perfectamente feliz en mi propia vida, y ella estaba dispuesta a seguir y seguir hasta hacer un alto en su camino, deteniéndose por comodidad o por agotamiento, cosa que desde entonces ya ha logrado.

Con Beryl, con quien estoy casado, disfruto de la relación menos espectacular pero más pertinente que deriva de tener los mismos amigos en común, cuatro hijos y ningún secreto. La única forma excéntrica que adoptan nuestras relaciones es que algunas veces, si estoy trabajando en algún problema histórico que me lleva de cabeza y me voy a la cama sin haber encontrado la solución, sus elementos pueden introducirse, no ya en mis sueños, sino en los de ella. El típico ejemplo fue cuando se despertó una mañana, realmente enfurecida por lo absurdo e ilógico de su pesadilla: «Una multitud de viejas brujas se columpiaban en las ramas de un árbol muy grande en nuestro olivar y cortaban las puntas de las ramas con cuchillos de cocina. Y una chusma de niños gitanos, mugrientos, esperaban debajo para cogerlas…». Me disculpé ante Beryl. Había estado trabajando sobre problemas textuales en el Nuevo Testamento y había establecido la relación entre Mateo XVIII, 20 e Isaías XVII, 6, que decía: «Como los rebuscos en el olivo: dos o tres frutos en lo más alto de la rama más alta», y de esto con Deuteronomio XXIV, 20: «Cuando hayas sacudido tus olivos no rebusques en las ramas: lo que en ellas quede será para el forastero, para el que no tenga padre, y para la viuda». Me fui a la cama preguntándome vagamente cómo el huérfano y la viuda iban a conseguir echar mano a aquellas aceitunas inaccesibles, si no daba la casualidad de que pasara por allí un corpulento forastero en buenas condiciones físicas.

—Bueno, ¡pues ya lo sabes! —respondió Beryl enfadada.

En una ocasión, cuando Julia y yo paseábamos por un camino oscuro, no lejos del

mar, intercambiando las tonterías de siempre, de pronto le pedí que me contara algo que realmente le hubiera causado miedo. Se detuvo, me agarró por el brazo, y me dijo:

—Hace días que te lo tendría que haber contado, Robert. Me ocurrió cuando estaba pasando una temporada con mi abuela en Nueva Orleans, la que tenía el medallón de topacio y unos ojos como los tuyos. Supongo que entonces yo tendría unos doce años, y solía ir en bicicleta al colegio, que estaba más o menos a un kilómetro de distancia. Una noche de verano se me ocurrió volver a casa por otro camino, por una complicada red de calles entrecruzadas. Era la primera vez que lo intentaba. Al poco rato perdí el rumbo y me encontré en un callejón sin salida, donde había un patio cuadrado detrás de una verja oxidada, perteneciente a una antigua mansión francesa, cubierta de enredaderas. Las persianas también eran verdes. Era un lugar estupendamente fresco y húmedo en aquel calor. Me quedé allí, con la mano en el pestillo y entonces miré hacia arriba y en la ventana del ático vi una cara… Me sonrió y dio unos golpecitos contra el cristal con sus dedos de un blanco leproso, y me hizo señas para que me acercara…

Por la descripción de Julia comprendí que se trataba exactamente de la misma cara que yo había visto pintada sobre el cristal en la tienda de Reilly. Cuando se lo conté echamos a correr aterrorizados, apresurándonos hacia la luz más cercana.

Luego me puse a pensar sobre lo ocurrido. Quizá Julia se había percatado de mi miedo, superado hacía ya mucho tiempo, y luego lo confundió en su imaginación con recuerdos de su infancia en Nueva Orleans; y lo percibió tan vivamente que llegó realmente a creer que había visto una cara que le sonreía. No mencionó ninguna pipa, pero podíamos descartarla y considerarla un factor ajeno.

Después de cenar, un americano llamado Hank, el hijo de un banquero de Nueva York, irrumpió en la casa, casi a punto de sufrir un colapso. Desde que alcanzó la mayoría de edad, Hank había fracasado en cada uno de los trabajos que le había encontrado su padre, y ahora deambulaba por Europa, con una pensión que recibía a cambio de mantenerse alejado de su casa. Quería escribir, pero no tenía ni la más remota idea de cómo empezar y resultaba pesadísimo con sus problemas. Un día, Hank me explicó: «La noche antes de embarcar, mi padre me dijo una cosa muy cruel. Me dijo: "Hank, eres un buen reloj, pero un reloj al que le falta una pieza en alguna parte"». Como cronómetro, Hank era, desde luego, absolutamente ineficaz, y el hueco que correspondía a la pieza perdida lo había ocupado un movimiento suplementario y excéntrico que hacía caso omiso del tiempo. Por ejemplo, unos días antes Hank se había puesto a balbucear histéricamente sobre un terremoto pavoroso, y creía que tal

vez el mundo estaba llegando a su fin. Al día siguiente, los periódicos mencionaban un temblor de poca intensidad en el sur de España, donde, en una pequeña localidad, se habían movido los cuadros de las paredes, habían caído media docena de cornisas y se habían desmayado del susto varias operadoras de la centralita de teléfonos. Pues bien, es casi imposible que Hank hubiese notado la sacudida lejana, aunque se dice que Mallorca forma parte de una cordillera, casi totalmente sumergida, que continúa en dirección sudoeste hacia la península, pero ciertamente había captado la emoción de las asustadas operadoras.

—¿Qué hay de nuevo? —le pregunté fríamente.

—He tenido una experiencia horrible —dijo, con voz entrecortada—. Dame una copa, ¿quieres? Tomé un coche para ir a Sóller esta tarde. Se me había salido el tacón de un zapato, y quería que me lo arreglaran. Conoces a Bennasar, el zapatero, ¿verdad? El que está junto a la plaza del mercado, ¿sabes a quién me refiero? Estaba a punto de entrar cuando por casualidad miré por la ventana…

Julia y yo nos miramos. Los dos sabíamos lo que iba a decir Hank. Y lo dijo:

—Vi una cara horrible…

Al oír esto, nos sentimos más asustados que nunca.

Poco después, Julia emprendió un viaje de exploración por Francia, Austria e Italia, y al año siguiente volvió a visitar Mallorca con su madre. Fue en septiembre de 1952. Me encontró colaborando con Will Price en un guión de cine. Will es de Mississippi, pero Nueva Orleans es una de las guaridas favoritas de su familia, así que él y la señora Fiennes pronto empezaron a discutir sobre primos terceros y cuartos. Un día en que estábamos todos sentados en la terraza del café, Julia mencionó a Hank.

—¿Quién es Hank? —quisieron saber los demás.

Se lo explicamos y Julia repitió la historia de la cara de Nueva Orleans. Su madre lanzó un grito sofocado y la sacudió violentamente.

—Pero, cariño, ¿por qué demonios no me contaste nada cuando ocurrió?

—Estaba aterrorizada.

—Creo que te lo estás inventando, nena, basándote en algo que yo te conté. Yo vi la misma cara antes de que tú nacieras… y *también* la verja de hierro oxidado, y *también* las enredaderas y las persianas.

—Nunca me has contado nada de esto. Además, lo vi yo misma. Yo no veo las visiones de los demás. No me confundas con Hank.

Se me ocurrió que probablemente su madre había tenido esta visión, o lo que

fuera, primero. Y que luego Julia, de niña, pudo haber oído cómo contaba esta historia a alguien, incorporándola luego a su propio mundo de pesadillas.

Pero Will se reclinó en su silla y, volviéndose hacia la señora Fiennes, le preguntó con el acento sureño que estaban utilizando en broma:

—Cariño, ¿los oíste alguna vez allá arriba, en el ático, chapoteando y tirando agua por todas partes?

Ninguno de nosotros entendió lo que había dicho.

Aquella noche, estábamos sentados tomando coñac y Will levantó la voz:

—Señoras y caballeros, ¿me dan ustedes permiso para contarles una historia?

—Pues claro.

Will empezó:

—Hace un montón de años, el bufete de abogados de mi padre, Price & Price, representaba a los acreedores de una propiedad en bancarrota en Mississippi. No había dinero disponible, así que mi padre aceptó cobrar sus honorarios en bienes raíces: unas treinta hectáreas de terreno casi sin valor en Pond, cerca de Fort Adams. Fort Adams fue en otro tiempo un próspero puerto fluvial, que servía a las plantaciones de algodón al este del Mississippi; la ciudad en sí estaba edificada en la cima de uno de los altos peñascos que cuelgan sobre el agua en aquellos contornos. Pero el río decidió de pronto cambiar su curso nueve kilómetros hacia el oeste, dejando Fort Adams con una ancha fachada pantanosa, y todo el comercio se trasladó a Natchez y a Bâton Rouge, que aún eran puertos. Estos riscos constituyen el final de una cordillera de quinientos kilómetros, cuyos montes, según dicen, se formaron como resultado del polvo acumulado en tormentas prehistóricas, procedente de los Grandes Llanos, seccionados luego por la acción de ríos y pantanos. Habían existido docenas de plantaciones en estos montes, pero cuando el Mississippi abandonó Fort Adams, también ellas quedaron abandonadas y regresaron a su estado selvático.

Una de las víctimas de esta catástrofe fue Pond, un pueblo que había recibido su nombre del estanque para ganado construido por el ciudadano más relevante del pueblo, el viejo Lemnowitz. Lemnowitz lo había rodeado, además, de tiendas y almacenes de dos pisos construidos con madera. Era un trabajo duro ir a recoger el algodón, cruzando los montes hasta las plantaciones del interior. Las balas se cargaban sobre enormes vagones de dieciséis ruedas, tirados por tres o cinco yuntas de bueyes. Transportistas y colonos acampaban en Pond antes de completar la última etapa del camino cuesta arriba hacia Fort Adams. El viejo Lemnowitz les alquilaba bueyes suplementarios para este esfuerzo final, y llevaba un negocio próspero vendiendo provisiones de toda clase que había ido subiendo al pueblo desde el río durante la

estación muerta.

Aún quedaban rastros de antiguas riquezas cerca de Pond cuando lo visité (ruinas de mansiones y viviendas de esclavos anteriores a la Guerra Civil, con enormes viñas que, como enredaderas, trepaban enmarañadas por los pisos de las casas) y en el mismo Pond, el almacén de Lemnowitz, anteriormente una especie de Macy's, aún seguía abierto bajo el mismo nombre. Pero ahora solo ocupaba un rincón del edificio y consistía en una pequeña y no muy elegante tienda que vendía tabaco, artículos de mercería, fibra de algodón y calicó. También se denominaba Estafeta de Correos de Pond.

El resto de Pond era una jungla. Mi madre había bajado hasta allí para ver si Price & Price era dueño de camelias; porque algunas veces estos colonos habían coleccionado flores poco corrientes y todavía podían encontrarse camelias que crecían salvajes en sus jardines abandonados. No, no había orquídeas en aquella zona, pero sí que se habían importado camelias de todas partes del mundo, incluyendo las montañas de China, que era su lugar de origen. Yo fui allí para hacerle compañía a mi madre y cerciorarme de los límites del terreno. Bueno, pues entré a comprar un paquete de cigarrillos en la tienda de Lemnowitz, y antes de que tuviera tiempo de recoger el cambio, entró una Cosa.

Era sin duda humana, a pesar de su rareza, pues caminaba erguida y tenía el número correcto de extremidades. Incluso se acercó al mostrador y entregó una moneda de diez centavos para un bote de rapé. Pero por lo demás… La cara era como de vidrio, de un blanco verdoso, con cuatro colmillos que le cruzaban los labios, y tenía el labio inferior salido. Sus cabellos, de color marrón oscuro, estaban chorreando bajo un sombrero negro de fieltro, de aquellos que valieron el apodo de «sombrero de lana» a los blancos pobres de Georgia. Sus largos brazos, que acababan en guanteletes (los guantes de trabajo locales hechos de lona y piel, con puños duros), le colgaban por debajo de las rodillas al caminar. Llevaba unos pantalones con peto cubiertos de fango, botas altas de piel, de las llamadas «patanes», y despedía una peste como si se hubieran destapado de golpe cincuenta pozos negros. Yo no dije nada, excepto quizás: «¡Oh!». ¿Qué hubierais dicho vosotros en esas circunstancias? Imaginaos la oscura caverna de un mohoso almacén detrás de vosotros, con interminables superficies de estanterías vacías perdidas en la penumbra y entonces entra la Cosa por la puerta, con el sol cegador a sus espaldas… Cuando la Cosa volvió a desaparecer, corrí a la ventana para asegurarme de que mi madre no se había desmayado, y luego volví de puntillas al mostrador.

—¿Qué fue *eso*?

—*¿Eso?* No fue más que un negro Whitaker —respondió el señor Lemnowitz sin darle importancia—. ¿No los ha visto nunca?

Parecía estar disfrutando de la situación.

Mientras escuchaba la historia que Will estaba relatando, mis antiguos terrores volvieron a cobrar vida.

—Bueno, dime, ¿qué era? —logré balbucir.

—Supongo que no era más que un negro Whitaker —replicó Will—. Más tarde decidí cerciorarme de mi cordura. El señor Lemnowitz me dijo que por veinte centavos el Niño Whitaker, que solo era un Whitaker a medias, me conduciría al lugar donde vivía su gente. Y así lo hizo. Hay, o había, varias familias de negros Whitaker cerca de Pond, escondidos en los pantanos de la selva donde nadie se atreve a llegar, ni siquiera el inspector de Sanidad. Tenéis que comprender la geografía de estos montes y tener en cuenta su increíble verdor y su total falta de panorama. Uno puede caminar en línea recta subiendo y bajando por los montes y por las ciénagas durante muchísimos kilómetros, sin ver un horizonte propiamente dicho. La selva es tan espesa en algunos lugares que familias enteras han crecido y han muerto a solo un par de kilómetros de distancia de vecinos cuya existencia ni siquiera sospechaban, y nosotros, los de Mississippi, tenemos fama de sociables. No sé cómo logré llegar a aquel lugar, porque el viento me venía de cara y la peste se esparcía en un kilómetro a la redonda. Casi vomité, antes incluso de llegar. Viven sin pagar impuestos y no están inscritos en el censo, y naturalmente no tienen que enviar a sus hijos al colegio y aún menos ser reclutados para el servicio militar. Los niños viven en depresiones fangosas debajo de sus chozas, que están construidas sobre unos pilares; por lo visto, apenas salen hasta que tienen unos catorce años, pues no soportan el sol. Se podría rodar una buena secuencia documental de una puerca con su camada revolviéndose en el cieno con un grupo de monstruos Whitaker; podría titularse *Simbiosis*, una palabra «de mucho postín» como decimos nosotros.

Los adultos se ganan de alguna manera la vida criando cerdos y gallinas; lo suficiente para poderse comprar rapé, botas y guanteletes y otras necesidades. El pelo resultó ser musgo mojado colocado sobre la cabeza para mantenerla fresca. Este musgo es de un color verde gris y se oscurece al mojarlo, pero su pelo auténtico también es largo, marrón y ondulado, no rizado como el del negro normal. Las botas y los guantes estaban llenos de agua. Veréis, es que no tienen glándulas sudoríparas, ese es su problema. Es una condición hereditaria y tienen que mantener su piel continuamente mojada, pues de otro modo morirían. Son negros, pero se dice que están mezclados con indios choctaw y quizá tengan también un poco de sangre

chickasaw y natchez.

Alguien preguntó:

—¿No se les ponía muy *húmedo* el rapé, Will?

A lo que Will contestó suavemente:

—No, señor, ¡nada de eso! En esos lugares, en vez de aspirar el rapé, lo mojan. Viene en unas latas de tres centímetros de altura. La tapa de la lata se utiliza para echar una pequeña cantidad en la bolsa bucal, que es otra palabra de cierto «postín» y que significa el hueco bajo el labio inferior, y perdonadme por dármelas de entendido.

La mayoría de los que estábamos reunidos, bebiendo coñac, sonreímos incrédulos, pero Will se volvió hacia mí y me dijo:

—¿Has oído hablar alguna vez de los hombres-galápagos? Es como llaman a los blancos que padecen esta misma enfermedad. Existen bastantes casos arriba y abajo del Mississippi, en Natchez, Vicksburg, Yazoo City y Bâton Rouge, pero se guarda como un gran secreto. En una ocasión estuve en una casa de Natchez donde tenían a un hombre-galápago escondido en el ático, y le oía chapotear en el agua allá arriba. Eso debió de ser lo que vio Julia en Nueva Orleans, y la señora Fiennes antes que ella. Y supongo que lo que tú viste en Limerick era un retrato de un hombre-galápago traído del Sur como curiosidad.

Le preguntamos a Will:

—¿Cómo llegaron allí? ¿Y por qué se les llama negros Whitaker?

—Ya llegaba a esto —contestó—. Más o menos en mil ochocientos diez, cuenta la historia, un importante colono llamado George Whitaker comenzó a cansarse de sus problemas laborales. Era un colono procedente de Nueva Inglaterra, inteligente, con los ojos muy abiertos, muy crédulo, con inclinaciones cristianas; un hombre que quería reformar el Sur y que, por cierto, se volvió más rico aún de lo que ya era. Le disgustaba tener que comprar esclavos y criarlos como ganado, con el resultado, según él, de que carecían de tradiciones, moralidad y disciplina, excepto la que se les podía inculcar a través del miedo. Lo ideal, pensaba él, era que un colono pudiera tomarse unas largas vacaciones, al igual que un hacendado europeo, y a su regreso encontrar que el trabajo seguía su curso tranquilamente, vigilado por capataces negros, con solo algunos delitos sin importancia por castigar, y la cosecha bien recogida. Él argüía que si los primeros vendedores de esclavos hubiesen mantenido las familias y los clanes bajo sus jefes africanos, el problema laboral no habría existido. Entonces se le ocurrió: «¿Por qué no hacer el experimento?». Y se fue a Nueva Orleans, donde habló con el famoso pirata Jean Lafitte. «Señor —le dijo—, deseo que viaje al África para mí y me traiga toda una tribu de negros. Mi meta serían

doscientos, pero cien bastarían. Le pagaré doscientos dólares por cabeza: hombres, mujeres y niños. Pero cuidado, tiene que ser una tribu entera; nada de ejemplares de una veintena de tribus distintas, o no compro».

George era un hombre serio, y Jean Lafitte decidió aceptar su oferta. En la próxima marea, zarpó rumbo a Costa de Oro, con su hermano Pierre, y allí, casi en seguida, tuvo la suerte de sorprender a una tribu entera que marchaba junta. Los negros habían sido expulsados de algún lugar del interior, y como estaban en malas condiciones no ofrecieron ninguna resistencia. Los Lafitte pusieron a doscientos de ellos a bordo, utilizando su ingenio para asegurar su bienestar durante el viaje, y consiguieron que llegaran ciento cincuenta vivos; los pasaron a escondidas por Fort Adams y por el pantano St. John hasta que llegaron a Pond. Veréis, esto constituía una violación fraudulenta de la prohibición federal de mil ochocientos ocho sobre la importación de esclavos; así que doscientos dólares por cabeza no era un precio desmesurado, considerando el riesgo. Pero ¡imaginad lo que representa en dinero de hoy! Pues bien, el señor Lemnowitz me dijo, en Pond, que cuando George Whitaker vio la mercancía humana que los Lafitte habían traído de África y se dio cuenta de que ahora eran responsabilidad suya (aunque debido a su constitución física servían menos para el trabajo del campo que los caimanes de los lagos pantanosos), se puso blanco como la muerte. Pagó a Jean Lafitte sin pronunciar palabra, regresó a casa y redactó su testamento, legando la mayor parte de sus tierras al entonces «Territorio del Mississippi»; hecho lo cual él y su joven esposa se arrojaron al río, cogidos de la mano, y no los volvieron a ver jamás.

Alguien se encargó de la plantación, pero dejó que los Whitaker se quedaran en un terreno pantanoso y que se las arreglaran como pudieran. Y permanecieron allí hasta mucho después de que la mansión Whitaker quedara hundida en la selva. Su territorio queda libre de impuestos y es inviolable, porque la escritura original de donación equivalía al pago de impuestos a perpetuidad. Hace unos quince años, un Whitaker se volvió loco —ninguno de ellos es muy listo— y echó a andar sin saber adónde iba. Viajó de pantano en pantano, viviendo de la tierra, y por fin llegó a la ciudad de Woodville, que no queda muy lejos en línea recta, aunque la selva dificulta terriblemente el paso. La buena gente de Woodville, que normalmente solo saca una tirada extraordinaria de su periódico local cuando se declara una guerra o asesinan a un presidente, se apresuró en publicar un número con titulares sensacionalistas: «¡HOMBRE DE MARTE!», porque el desgraciado estaba medio muerto y no se podía explicar, y todos los caballos de la ciudad se desbocaban y las mujeres gritaban como locas.

—¿Y la sangre choctaw?

—Los choctaw y los chickasaw eran los indios indígenas que tuvieron la gentileza de marcharse del lugar y dejar sitio para el algodón. Me dijeron que algunos se quedaron vagando en los pantanos, la mayoría de ellos enfermos de sífilis, y se casaron con las negras Whitaker a falta de otras mujeres.

—¿Y encontró camelias tu madre?

Will detectó una nota de ironía en la inocente pregunta, y respondió:

—Gracias, señora. Encontró un buen montón.

Luego se volvió de nuevo hacia mí.

—¿Conoces a alguien en la revista *Time*?

—Solo al director —le dije—. Da la casualidad de que en el treinta y uno le alquilé una casa a Tom Matthews aquí, cuando todavía era crítico literario.

—Entonces, pídele que te mande un ejemplar con el artículo sobre los hombres-galápago que se publicó aquel mismo año.

—Desde luego que lo haré.

A su debido tiempo, Tom me mandó la columna médica de la revista *Time* del 14 de diciembre de 1931, y esto fue lo que leí:

LOS HOMBRES-GALÁPAGO

En Houston, Mississippi, una tal señora C. tiene un cubo lleno de agua en su patio trasero, para un fin extraordinario. Es un cubo para remojar a su hijo de cinco años. Siempre que se siente incómodo, salta dentro del cubo, con ropa y todo. La señora C. no le riñe, pues solo de esta forma puede el niño sentirse cómodo. Le faltan las glándulas sudoríparas que en las personas normales segregan entre dos y tres litros de líquido refrigerante al día.

La señora C. tiene otro hijo, un lactante, al que también le faltan las glándulas sudoríparas. Es demasiado pequeño para zambullirse solo, así que ella le echa agua por encima de vez en cuando. Ninguno de los dos niños puede dormir si sus sábanas y su colchón no están mojados. Duermen siestas durante el día en su húmedo sótano, con sacos mojados por almohadas.

Cerca de allí, en Vardaman, Mississippi, hay dos hermanos granjeros afectados por la misma enfermedad. Cada uno de ellos trabaja en medios días alternos. Mientras uno ara, el otro se remoja en un riachuelo. De vez en cuando, el trabajador baja tranquilamente al riachuelo para darse un refrescante remojón. Los hermanos tienen una hermana que se baña en el pozo

en la parte trasera de la casa.

Tienen por vecina a una mujer que no puede sudar y que también debe remojarse para sentirse cómoda.

En Vicksburg, Mississippi, vive un séptimo caso de personas de esta índole, que, como los galápagos, tienen que sumergirse periódicamente. El caso de Vicksburg es el de un niño de doce años, que está bajo el cuidado del doctor Guy Jarret. Los otros son pacientes del doctor Ralph Bowen, de Memphis.

La semana pasada, el doctor Bowen tenía entre manos un informe médico referente a este fenómeno. Los siete padecen una «displasia ectodérmica hereditaria del tipo anhidro», es decir, que no poseen glándulas sudoríparas y esta carencia es hereditaria. No obstante, la única relación sanguínea entre los siete casos del Mississippi es la arriba indicada. Esto sugiere que el defecto no es tan poco frecuente como hasta ahora se venía creyendo (solo se ha informado de 23 casos en la literatura médica). A menudo, la enfermedad escapa a la atención médica. Junto a la falta de glándulas sudoríparas, hay carencia de dientes. Ninguno de los siete casos de Mississippi tiene más de dos dientes.

Tom me mandó también una copia mecanografiada de un informe sacado de los archivos de investigación del *Time*:

De ENFERMEDADES DE LA PIEL,
DE ANDREWS,
Displasia ectodérmica hereditaria

Existen numerosas anomalías de la epidermis y sus apéndices, debidas a una evolución defectuosa de la capa epiblástica del blastodermo. La denominación «defecto ectodérmico» queda limitada a aquellas condiciones que surgen como resultado de un desarrollo incompleto de la epidermis y de sus apéndices, o su ausencia de áreas circunscritas excluyendo de este modo a las queratodermias y a los nevi. La *atrichosis congenitalis*, con o sin deformidades de las uñas y de los dientes, es común, y va acompañada en ocasiones de nevi y de otras anomalías congénitas. La ausencia congénita o la malformación de las uñas y dientes también ocurre a menudo, y en áreas

circunscritas no es infrecuente observar que las glándulas sebáceas y sudoríparas estén ausentes o dañadas. En áreas restringidas puede existir una total ausencia de la epidermis y sus apéndices al nacer. Es más raro encontrar casos de deformidad extensa o de una ausencia total de todas o casi todas las estructuras cutáneas que se originan en la epidermis, grupo al cual se le da el nombre de «defecto ectodérmico congénito». Guilford, un dentista norteamericano, fue el primero en informar de un caso de este tipo. El aspecto de los pacientes es típico y conspicuo, y su facies sugiere una sífilis congénita. La piel carece de pelo; es seca, blanca, lisa y reluciente. Los dientes están totalmente ausentes, o puede haber alguno, pero su desarrollo es defectuoso.

Hay perturbaciones en las uñas, el pelo del cuero cabelludo es escaso y de una textura fina y suave. Las mandíbulas son altas y anchas, mientras que la parte inferior de la cara es estrecha. Las arrugas supraorbitales son pronunciadas. El puente nasal está hundido, dando una forma cóncava a la nariz. La punta de la nariz es pequeña y respingona, mientras que sus ventanas son grandes y conspicuas. Las cejas son escasas, no habiendo ninguna presente en los dos tercios exteriores. Los ojos son rasgados, causando una facies mongólica. En las comisuras bucales se presentan arrugas, o «pseudorragadías», que se extienden como radios, y en las mejillas hay telangiectasias y pequeñas pápulas que simulan milium y adenoma sebáceo. Los labios son gruesos, con el superior particularmente protuberante.

El paciente estudiado por el doctor MacKee y por mí nunca sudaba. Estaba incómodo durante las épocas de calor debido a la elevación de la temperatura del cuerpo, y no podía jugar al béisbol ni practicar juegos de correr con otros chicos de su edad, debido a la gran fatiga inducida por estos esfuerzos. Los síntomas se asemejan a los de los otros casos descritos en este informe, y con frecuencia los sujetos necesitan que les echen cubos de agua por encima, en verano, para sentirse bien.

La afección, que es hereditaria y afecta generalmente a los varones, parece ser debida a una lesión recibida durante el tercer mes de vida uterina. Algunos de estos pacientes son deficientes mentales, pero la mayoría de ellos tienen una mentalidad normal porque la formación del sistema nervioso estuvo desvinculada de la ectodermis cutánea mucho antes de producirse la lesión. MacKay y Davidson informan de cuatro casos que ocurrieron en una mujer de treinta y cuatro años, sus dos hijos y una hija, de seis, once y trece años respectivamente. Hay un artículo con información global y referencias sobre

este tema, escrito por Gordon y Jamieson.

Me hallaba ahora en condiciones de poder volver a estudiar mi historia desde un principio. En 1919, yo había estado neurótico, como resultado de haber pasado trece meses en las trincheras bajo un bombardeo continuo, y había empezado a «ver cosas» en Francia, antes incluso de que un fragmento de una granada de veinte centímetros me atravesara de punta a punta el pulmón izquierdo y me dejara fuera de combate. Limerick resultó ser para mí una ciudad muerta en vida, rondada por fantasmas de familia, y el retrato sobre el cristal centró mis morbosos temores del pasado y del futuro. Sí, debía de ser el retrato de un hombre-galápago traído a Irlanda desde los estados del Sur.

En cuanto a Julia y a mí, debido al *rapport* inusitadamente fuerte existente entre nosotros, que en parte se explicaba por su sangre irlandesa, no era de extrañar que nos asustara el mismo tipo de cara. Will había atestiguado que el original resultaba realmente espeluznante para cualquier persona que no fuera médico y capaz de mirarlo fríamente y clasificarlo como una facies. Y ¿no era posible que la madre de Julia topara con la misma casa en Nueva Orleans, y que hubiese visto al mismo hombre-galápago asomándose por la ventana del ático, doce años antes?

En cuanto a Hank, no existía ninguna afinidad natural entre él y yo, o entre él y Julia; pero poseía una receptividad notable para las emociones de personas distantes y una capacidad de convertir estas emociones en sus propias visiones diurnas. Era evidente que había subjetivizado el susto que Julia y yo nos comunicábamos mutuamente, convirtiéndolo en algo horrible que él mismo había visto en Sóller. No hace falta que añada que el señor Bennasar no guarda ningún cubo de agua en su patio para remojar a un hombre-galápago.

Will Price tenía un sentido dramático muy despierto, pero yo le consideraba mucho más preciso que la mayoría de mis amigos en lo que respecta a nombres, fechas y datos, y no podía dejar de creer en su relato. Es decir, podía aceptar lo que vio con sus propios ojos. Y lo que el señor Lemnowitz dijo acerca de George Whitaker y los hermanos Lafitte quedaba, según nos confesó Will, «envuelto en un aire de leyenda local». Por principio, sospecho de la leyenda de los Lafitte, al igual que desconfío de cualquier leyenda sobre Paul Revere, Paul Jones o Paul Bunyan. Además, ¿qué relación podría haber entre los negros Whitaker y los hombres-galápago blancos que aparecen espasmódicamente en el bajo Mississippi? Nadie había sugerido que las sofisticadas mujeres de Natchez, Vicksburg, Vardaman, Bâton Rouge,

Yazoo City y Nueva Orleans hicieran alguna vez visitas clandestinas a Pond, en busca de un nuevo *frisson* sexual. Por lo tanto, parece probable que, si en efecto los Lafitte entraron a escondidas un cargamento de negros en Pond, estos llegaran bien sanos, pero que resultaran susceptibles a la enfermedad de los hombres-galápago que es endémica en el Mississippi, y que debido a la endogamia se tornara hereditaria entre ellos. Las familias afectadas fueron probablemente rechazadas por sus amos, pero se les debió de permitir acampar por los pantanosos límites de las tierras de Whitaker, después de que George arrastrara a su mujer con él al fondo del Mississippi, cosa que, si realmente llegó a hacer, sería quizá por algún motivo sencillo y doméstico. Y debido a que sus mandíbulas altas y el débil crecimiento de su pelo son características de las facies de los hombres-galápago —que se asemejan a los enfermos con sífilis congénita —, tampoco parece haber razón alguna para introducir a los choctaw o a los chickasaw sifilíticos en esta historia.

Pero ¿qué decir de las numerosas coincidencias que sirven de armazón para este relato? Julia, su madre, Will, Hank y yo mismo, todos nos habíamos sentido asustados, directa o indirectamente, por el mismo extraño fenómeno, y nos habíamos encontrado por casualidad en Deià, un pueblo de cuatrocientos habitantes, loablemente desconocido por la Historia, que está a seis o siete mil kilómetros de Pond, un lugar aún más pequeño, de cuya existencia geográfica únicamente Will, entre todos nosotros, podía dar fe. Además, Tom Matthews, que nos aclaró a todos el problema (al menos científicamente) —y tanto Julia como su madre se sintieron tremendamente aliviadas al descubrir que en efecto se trataba de una cara real—, también había estado viviendo en Deià cuando apareció el artículo de la revista *Time*. Pero tal vez estas coincidencias sean de escasa importancia y no hubieran salido a la luz si la facies Whitaker no hubiera sido tan aterradora e inolvidable. (Se me ocurre, mientras escribo estas palabras, que la verdadera explicación del Monstruo Glamis —conocido como «La Cosa que no Muere» y que solía asomarse a una de las ventanas del ático del castillo Glamis— pudo haber sido la displasia ectodérmica hereditaria en la familia Bowes-Lyon, mantenida en secreto porque una de sus víctimas era el heredero del título de conde). Por último, sospecho que personalmente exageré la afinidad telepática entre Julia y yo; ¿podría ser, acaso, que la cara que ella describió tan vivamente se sobrepusiera al recuerdo borroso de la que yo había visto en la tienda de antigüedades de Reilly? Mi imaginación no es la de un mentiroso nato, porque mi conciencia protestante me impide inventar ficciones completas, pero soy lo suficientemente irlandés como para alterar con cariño una historia con el fin de darle mejor forma de la que tenía cuando la encontré.

Pero eso aún no es todo. En 1954 grabé un breve resumen de la historia que les he relatado, para un programa radiofónico de la BBC. Como resultado, me escribió un médico para decirme que en una ocasión había tenido bajo observación a un niño que padecía esta rara enfermedad, pero que era suficiente humedecerle de vez en cuando con una esponja para aliviar su incomodidad, excepto en épocas de calor excepcional. Me llegó también una carta de la señora de Otto Lobstein, una dama inglesa que iba a emprender, junto con su marido, un viaje de unos meses por los estados del Sur, y tenía intención de investigar lo de los negros Whitaker. «¿Dónde dijo usted que vivían?», escribió.

Le proporcioné los datos geográficos necesarios, sin esperar realmente volver a tener noticias de la señora Lobstein, pero a su debido tiempo me mandó una carta y una fotografía. La fotografía mostraba un indicador de caminos del Mississippi señalando Woodville al sur, Pinckneyville al norte, y Pond y Fort Adams al este, y las buenas condiciones de las tres carreteras sugerían que la prosperidad había vuelto a aquel vecindario desde la visita que realizó allí Will Price, más de veinte años antes. Esta es la carta que ha tenido la amabilidad de dejarme publicar aquí:

Nueva Orleans

1 de febrero de 1955

Estimado Robert Graves:

Pasamos un día interesante siguiendo la pista de los negros Whitaker después de acampar una noche en los bosques del Mississippi, una noche horrible porque cayó la helada más fuerte del invierno. Pero el sol temprano era sorprendentemente cálido y los campos hermosos; no soplaba viento alguno y salían delgados hilos de humo de las pequeñas cabañas al borde de la carretera.

Pond no está en el mapa, así que tomamos la carretera hacia Fort Adams, hasta llegar a una casa de plantador antigua y muy bonita, donde un tal Rip White nos indicó el camino a la plantación Whitaker. Pero deseaba mucho más contarnos cosas de su propia casa, que «había sido otorgada a Enrique Stewart, hijo de María, reina de los escoceses, hacía unos 180 años». Como era «candidato al trono», le embarcaron hacia América y le regalaron esta plantación de 900 hectáreas para mantenerlo callado y ocupado. Ciertamente, la casa tenía un aire de realeza, pero me preocupó un poco la discrepancia

entre la fecha de María, reina de los escoceses, y el rey Jorge III, y entre los nombres de Stewart y Stuart…

Cuando llegamos a la plantación, conocimos al señor Whitaker, el propietario, que se iba no sé adónde con mucha prisa, pero nos dijo que la vieja mansión que había estado en los campos de atrás había sido demolida hacía algunos años. (En su lugar había ahora un *bungalow* grande y moderno, de aspecto frío y poco romántico). También nos dijo que al mismo tiempo se habían dividido las tierras entre los hijos Whitaker, lo que no parecía coincidir con la historia de Will Price, según la cual las tierras habían sido donadas al Estado, a no ser, quizá, que un hermano del hombre que se suicidó hubiese impugnado la donación y se las hubieran devuelto. De todas formas, el señor Whitaker nos aconsejó que le preguntáramos a la señora Ray acerca de estos hechos; ella había criado a todos los blancos Whitaker durante dos o tres generaciones.

La encantadora señora Ray nos refirió interesantes recuerdos de lo que su madre y su padre le habían contado a ella de niña; cómo, cuando el capataz había azotado a un esclavo sobre un tronco de árbol por no recolectar suficiente algodón, los demás se iban a escondidas a la plantación, después del anochecer, a «vocear»; agachaban mucho las cabezas para que no les oyeran y entonces cantaban y rezaban por la libertad. Pero entre sus relatos no hubo ninguno sobre los negros Whitaker.

En Woodville, un pueblecito cerca de Pond, fuimos al juzgado para documentarnos sobre el primer George Whitaker. Allí encontramos un funcionario inteligente, el señor Leek, quien por cierto había conocido a algunos de los negros Whitaker al ayudarles a rellenar los cuestionarios durante la Segunda Guerra Mundial. Nos dijo que estaban extinguiéndose rápidamente. En invierno, nos dijo, llevaban ropa normal; en verano, gruesa ropa interior empapada en agua. Sin embargo, los archivos del juzgado no mostraban que ninguna de las tierras de Whitaker se hubiese escriturado como donación para el Estado desde 1804, fecha a la que se remontaban. La explicación que nos dio el señor Leek sobre por qué los negros Whitaker se llamaban así era que el primero que padeció esta enfermedad se llamaba «Whitaker» de nombre de pila.

Por fin llegamos a Pond. La estafeta de correos de Pond es una gran estructura de madera que, como en los días de las factorías, tiene de todo y vende harina en sacos y piezas enteras de tela de algodón; el gran estanque

sereno que mencionaba Will Price estaba situado al pie de la colina. El señor Carroll Smith, el cartero que sucedió a Lemnowitz, nos vendió unos imperdibles. Era un hombre menudo, con el cabello plateado y los ojos pardos de mirada afectuosa. Al principio, mostró cierta reticencia cuando le interrogamos, pero poco a poco la fue perdiendo. Nos confirmó que quedaban muy pocos negros Whitaker y dijo que ahora viven en las plantaciones, y no en los pantanos. Hoy en día, solo un miembro de una familia de cinco a seis hijos hereda la enfermedad. De vez en cuando, algún negro Whitaker iba a la estafeta y esto siempre era una experiencia desagradable porque las excreciones glandulares emitidas por la boca despiden un terrible olor a putrefacción. El señor Smith nunca había oído hablar del suicidio de George Whitaker y creía, como el señor Leek, que el primero en padecer la enfermedad fue un negro de Virginia. Nos sugirió que visitáramos al señor McGeehee en Pinckneyville, el pueblo más cercano, pues tenía un par de negros Whitaker que trabajaban para él. No quiso decir nada más sobre el tema, aunque nos habló durante algún tiempo sobre la aparcería. Así pues, nos metimos en el coche y continuamos nuestro camino.

La plantación del señor McGeehee era muy inglesa, con una avenida bordeada de árboles que cruzaba unos prados como parques (donde pacían vacas Hereford y Red Devon), hasta llegar a una casa grande, aunque sin pretensiones. El señor McGeehee se mostró muy hospitalario y también su madre, una dama de avanzada edad, muy dulce, que parecía una flor disecada. Charlamos educadamente en el espacioso salón sobre la agricultura, los niños y las casas de plantaciones, pero los dos McGeehee nos dijeron de modo tajante que no podríamos conocer a los dos negros Whitaker que trabajaban para ellos. El señor McGeehee, con toda la razón, se sentía responsable de sus empleados y dijo que últimamente habían venido demasiados turistas a examinar a la pareja, y que, en consecuencia, se habían vuelto muy vergonzosos. Por tanto, mi marido y yo abandonamos el tema; por otra parte, comprendíamos que el tema se nos estaba escurriendo. Un grupo de personas con una historia extraña, viviendo en condiciones raras y con una sorprendente herencia es una cosa, pero unas personas afectadas por una enfermedad de la piel y que han nacido en familias normales, es otra bien distinta.

Por lo visto, en los años treinta, Will Price los encontró viviendo en grupo, y esto era natural porque los demás negros no los aceptan, por razones obvias;

y debió de ir allí en verano, cuando sus costumbres particulares son más visibles. En cuanto a la historia sobre su origen, parece probable que el señor Lemnowitz la recogiera de alguna fuente, hoy por hoy perdida, y tan poco digna de confianza como la leyenda de Rip White sobre Enrique Stewart, el «candidato al Trono».

Un aspecto nuevo de estas tierras, que podría interesarle, es que los propietarios de las plantaciones han empezado a importar ganado Brahmini —en lugar de orquídeas— del Lejano Oriente. Este soporta el calor y la sequía mejor que otras razas y da buenos terneros; vi muchos de ellos pastando en los campos, de un color gris sedoso y con enormes cabezas cornudas. Los toros tenían jorobas como camellos y añadían un toque pintoresco al panorama de Pond.

Atentamente,
ANNA LOBSTEIN

Este sereno y práctico documental ha disipado mi fantasmagórica pesadilla para siempre. El error da paso a la piedad; los piratas Jean y Pierre Lafitte, junto con aquellos choctaw y chickasaw descarriados, han quedado desterrados al país de las leyendas macabras. Solo el hospitalario señor McGeehee y su dulce y anciana madre, que se parece a una flor disecada, quedan en escena: ellos son los responsables de dos sensibles pacientes aquejados de displasia ectodérmica hereditaria del tipo anhidro, cuyo principal propósito en la vida es el de cuidar el ganado de pelaje gris sedoso Brahmini en unos hermosos parques. Un ejemplo mucho más agradable de *simbiosis* que el que nos relató Will Price.

TRIN-TRIN-TRIN

—¡Trin-Trin-Trin!

—¿Dígame?

—¿Es casa de los Graves? ¿Podría uno hablar con don Roberto?

—¡Al aparato! ¿De parte de quién?

—Soy don Blas Mas y Mas.

—Mil perdones, don Blas. A consecuencia de la mala conexión telefónica, no me había percatado de que era usted.

—¿Cómo se encuentra, don Roberto?

—¡Muy requetebién, gracias a Dios!

—¡Lo celebro! ¿Y su gentil esposa?

—Desafortunadamente, está ligeramente acatarrada.

—Sí que lo lamento. ¿Y sus cuatro hermosos hijos?

—De momento, gracias a todos los santos, están bien. Me siento abrumadísimo por tan amable interés. Pero ¿y usted, don Blas? ¿Cómo le va a usted?

—Me ha ocurrido una estupidez. Le estoy telefoneando desde la clínica privada de mi tío, habiéndome fracturado el brazo en varios sitios.

—¡Ay, ay, ay! Lo siento en el alma… ¡Menuda desgracia! Apuesto a que el percance está, de algún modo, relacionado con las motocicletas.

—¡Matemáticamente correcto, don Roberto!

—¿Le molesta el brazo tanto como para no permitirle contarme el accidente?

—Confiárselo a un amigo tan formal y comprensivo como don Roberto supondría un alivio, aunque no es menos cierto que la herida es bastante dolorosa. Bien, todo comenzó el día de la festividad de San Antonio, cuando iba deambulando por el Paseo del Borne con ese ladronzuelo desvergonzado que es Francisco Ferragut.

—¿El admirado ciclista de carreras que llegó el primero de su categoría durante la Vuelta de Mallorca?

—El mismo que viste y calza. Como bien sabe, Francisco es un bromista tremendo, y me dijo allí en el Borne: «¡Ven a verme comer pasteles!». Y yo contesté: «¿Tan raro es eso?». Me explicó que no era la técnica del comer lo que despertaría mi interés tanto como la técnica del comer sin pagar. Bueno, ¡pues nada! Cruzamos la calle y miró hacia el interior de un escaparate de una agencia de viajes. Le pregunté: «¿Es que tenemos que viajar a Suecia para conseguir tus pastelitos?». «¡Paciencia! —

contestó él—. Todo pescador tiene que aguardar primero a que piquen». Al poco rato, una chica de servir pasó con una bandeja y entró en la pastelería de la viuda Dot. Francisco dijo: «¡Hay un pez bajo esa roca!».

PAUSA

—¿Me está escuchando, don Roberto?

—*Con gran atención. ¡Prosiga, se lo ruego!*

—¿Y recuerda qué día era?

—*Mencionó la festividad de San Antonio, si no ando desencaminado*.

—¡Exacto! Bien, pues cuando la chica sale, con su bandeja repleta de exquisitos pastelitos, la detiene y dice: «Oye, guapa, estoy seguro de que te conozco. Trabajas en casa de don Antonio… Don Antonio… ¡Caramba! ¡Qué memoria la mía!». La chica murmura, con intención de ayudar: «Se hace llamar don Antonio Amaro», y Francisco exclama: «¡Qué torpe soy! ¡Claro, don Antonio Amaro! Escucha, hija, tengo un recado sumamente importante para don Antonio: ¡ruego me prestes atención! Dile que, después de todo, el doctor Eusebio Busquets siente con toda su alma su incapacidad de agasajar a don Antonio en el día de su santo, en contestación a la amable invitación que se le entregó ayer —doctor Eusebio Busquets, ¡no lo olvides! —, pero resulta que se ve obligado a realizar una delicadísima intervención de garganta a la hora exacta de la celebración. No obstante, asegúrele que me he tomado la osada libertad de comer uno de estos deliciosos pastelitos a su salud». Entonces coge el pastel más grande y cremoso de toda la bandeja, se lo mete en la boca y dice: «No olvides el nombre, te lo ruego —¡doctor Eusebio Busquets!».

—*Soy un estúpido inglés, no veo cómo su accidente está relacionado…*

—Ahora llegamos a eso. Avergonzado de observar cómo Francisco realizaba el mismo truco con unas dos docenas de inocentes chicas de servir, que, procedentes de todas las grandes casas de la vecindad, venían cargadas con bandejas para recoger pastelitos para su propio don Antonio, llamé a un taxi y seguí a la chica…

—*¿Que era muy bonita y muy salada? Siempre lo son en sus historias.*

—No era ninguna excepción. Y al adelantarla, le entregué un pastelito que había comprado, idéntico al que había sido robado, y le expliqué que don Francisco era un ladrón y un charlatán, etcétera, etcétera, y que había venido a salvarla caballerosamente antes de que hiciera el ridículo ante sus patrones, y le dedujeran tres pesetas de su jornal…

—*Resumiendo, ¿le preguntó qué tarde tendría libre para acompañarle a dar un garbeo a Ca's Català en el asiento trasero de su nueva motocicleta?*

—De ninguna de las maneras es usted tan estúpido como me quiere hacer creer,

don Roberto.

—Y, más tarde, ¿sufrieron una colisión, con ella montada en el asiento trasero?

—Vayamos por partes, ¡se lo ruego! No, no, eso hubiera resultado una historia vulgar y cotidiana en exceso.

—¡Mis disculpas, estimado Blas! Por supuesto que nada cotidiano o vulgar podría acontecerle jamás a usted en cuestiones amorosas.

—No se burle usted de mí, estoy muy dolorido. Pero escuche, ¡fue una verdadera farsa! Me había citado con la chica tres días más tarde en el cuartel de caballería alrededor de las dos de la tarde; se subió a la motocicleta y nos fuimos. Pues bien, íbamos con gran estruendo por el Paseo Marítimo, como un bombardeo al alba, cuando de repente, al alcanzar el Hotel Mediterráneo, me dijo: «¡Discúlpame, amigo, debo bajarme un momentín!». No pregunté el motivo, porque esa pregunta podría avergonzar a una inocente chiquilla; sencillamente, me detuve, y dejé que se apeara. Cruzó la calle y, mientras yo me disponía a encender un cigarrillo, oí de repente el ruido de una motocicleta que se ponía en marcha. Miré a mi alrededor, distraído, para ver de qué marca era el artefacto, y allí estaba Francisco Ferragut con mi chica en el asiento de atrás de su moto de carreras, zumbando de vuelta hacia Palma, y ella diciéndome adiós con la mano.

—¡Oh la, la, la! Resulta un pelín violento, ese comportamiento, en una inocente chiquilla, ¿eh?

—Me enfadé, se lo confieso, y les seguí. Francisco me llevaba cien metros de ventaja, pero es un chico listo y confió en su motocicleta para escapar; era más potente que la mía pero, por otro lado, llevaba el doble de peso. Entonces tuvo lugar una espectacular persecución por las calles de Palma, donde se supone que existe un límite de velocidad de veinte kilómetros por hora. Los dos conducíamos magistralmente, yendo al menos a ciento cuarenta, y causando gran emoción a ambos lados de la avenida, hasta que alcanzamos el desvío de Barón de Pinopar, donde un automóvil militar de color caqui se nos cruzó y alcanzó mi luz trasera, haciéndome rodar irremediablemente. Estos soldados, ¡se creen los amos del mundo! Siempre se comportan como si estuvieran realizando maniobras en el campo de batalla, donde los civiles no tienen derecho alguno a existir. En efecto, la motocicleta terminó destrozada. A mí me lanzaron contra el tronco de un plátano, ¡y ellos continuaron su camino sin tan siquiera mirar hacia atrás!

—¡Qué infamia! Hay personas a las que no deberían permitirles tener permiso de conducir. Y la chica, ¿qué...?

—Nada… absolutamente nada… Me la encontré de nuevo cinco minutos después

en la sala de emergencias del Mare Nostrum. Francisco había colisionado contra un camión de las fuerzas aéreas medio minuto más tarde; él quedó inconsciente, ella se fracturó tan solo una o dos costillas. Así pues, antes de que Francisco recobrara el conocimiento, organicé magnánimamente que la chica pudiera ser trasladada aquí a la clínica de mi tío, y después de una semana de convalecencia interesante nos entendemos divinamente. Me quiere con locura y jura que no había nada más lejos de su imaginación que abandonarme; solamente quería llevar a Francisco bien lejos y allí, en pleno campo, vengarse por su pasión por los dulces poniendo una cucharada de azúcar en su depósito de gasolina. Ahora estamos prometidos.

—*¡En hora afortunada! ¡Lo celebro!*

—Ahora, si tiene usted un momento, mi amorcito insiste en darle una versión más completa e incomparablemente más gráfica de estos acontecimientos. Un momento, se lo ruego, mi querido amigo…

CAMBRIDGE ARRIBA

De niño, el psicópata R. G. fue condicionado para despreciar a los Azules Claros. La primera vez que constató la existencia del concepto «Cambridge» fue al comienzo de una larga serie de victorias de Oxford en las regatas. Reconoce que ningún chico de su escuela de párvulos ni de su escuela primaria (a menos que fuera un picapleitos bien armado y con un pariente mayor estrechamente vinculado con Cambridge) se atrevía a oponerse a la opinión popular local, que rendía devoción a Oxford. Recuerda algunos fragmentos de una canción que cantaban en el recreo:

> Oxford arriba, come tarta de manzana…
> Cambridge abajo, llora de mala gana.
>
> Oxford arriba, bebe pintas de cerveza…
> Cambridge abajo, se le va la cabeza.
>
> Oxford arriba, se divierte sin parar…
> Cambridge abajo, ¡no deja de moquear!

El psicópata R. G. se reclina en el diván y le insiste a su *alter ego*, *Herr* Profesor Doctor R. G.:

—Se lo digo, *Herr* Profesor Doctor, en aquella época, Dios amaba Oxford. Y yo amaba Oxford. Es más, el fiera de mi hermano Philip, el lanzador zurdo, y el portento de mi hermano Dick, un bateador que golpeaba como nadie, no solo amaban Oxford, sino que incluso estaban allí. Dios amaba Oxford, igual que en otro tiempo había amado y favorecido al pueblo de Israel, y la competición era un rito anual que confirmaba este hecho. Incluso me resultaba extraño que Cambridge tuviera el temple de seguir compitiendo en esa lucha desigual marcada por el destino.

P.: ¿Durante cuánto tiempo sufrió ese delirio?

R.: El primer revés llegó cuando Downing C., un alumno nuevo del Brown Friars, se presentó en el recreo llevando una camiseta con la insignia de Cambridge. Por supuesto, todos nos abalanzamos para quitarle el escudo y corrimos a meterlo en el tintero negro azulado para convertirlo en la insignia de Oxford. Las lágrimas brotaron de sus ojos y, mientras miraba a su alrededor desesperado, gritó con tono vehemente:

—¡Da igual! ¡No me importa lo que piensen unos pringaos como vosotros! ¡El *Cielo* es de Cambridge!

Mientras yo me devanaba los sesos para dar con una réplica contundente a semejante blasfemia, el resto de los partidarios de Oxford se tiraron sobre Downing C. y lo inmovilizaron; pero entonces el señor Orrery, el nuevo profesor de matemáticas, corrió veloz como un rayo, rescató a Downing C. y arrojó a mis compañeros al suelo como si fueran sacos.

Aquí el psicópata R. G. empezó a sudar y dio muestras de una tremenda agitación. Animado por *Herr* Profesor Doctor, continuó:

—El señor Orrery, a quien habíamos visto con una corbata de color azul cielo, escuchó la versión de Downing C. y nos castigó a copiar cien veces antes de la hora de cenar: «No me ensañaré con los alumnos nuevos e indefensos». El señor Orrery escoltó a Downing C. hasta la tienda que había en la esquina y le dio seis peniques para que se comprara un escudo nuevo de Cambridge, que llevó sin que nadie lo importunara durante el resto del día. Como es natural, hicimos el vacío a Downing C. por haberse chivado al señor Orrery.

P.: ¿Cómo influyó en su adolescencia la consiguiente serie de derrotas de Oxford?

R.: Me rompió el corazón. El mundo no volvió a ser el mismo. Por decirlo de alguna forma, el sol se había ocultado para siempre. Junto a los ríos de Babilonia nos sentábamos a llorar al acordarnos de Sión[8], mientras los habitantes de Midian merodeaban sin cesar. Todos mis conocidos parecían haberse vuelto acérrimos defensores de Cambridge.

P.: ¿Dudó del amor de Dios hacia Oxford?

R.: Sabía que «Yavé reprende al que ama», *Herr* Profesor Doctor. Pero Oxford había dejado de estar arriba, ahora Cambridge estaba arriba, en lo alto de la escalera.

P.: ¡Un momento! ¡No siga! ¡La mano le tiembla con el doble de ímpetu! Desenterraremos esa fobia en un abrir y cerrar de ojos. ¿Qué significa para usted la «escalera»?

Pese a no ser más que un psiquiatra charlatán, a *Herr* Profesor Doctor Robert Graves no le era preciso buscar la palabra *escalera* en el manual de simbología *The Grosser Lexicon of Gross Symbology*. Se limitó a tenderle al psicópata R. G. un traguito de *brandy* español centenario e hizo brotar toda la historia.

R.: Recuerdo haber leído una novela titulada *La oscuridad del alma* a los ocho o nueve años. Me impactó muchísimo. Trataba del hijo de un párroco rural que se había quedado sin blanca en las apuestas de caballos, era aficionado a beber en las tabernas

y había falsificado un cheque de nada menos que cien libras. Mientras esperaba a que lo arrestaran, el joven bala perdida mantuvo una conversación violentísima con el párroco, durante la cual exclamó con amargura:

—Oh, padre, ojalá me hubierais puesto a trabajar en lugar de mandarme a Cambridge. De haberlo hecho, ¡esta vergüenza no habría invadido nuestra casa! —Y continuó—: Había un hombrecillo en mi escalera que me ofreció que leyera unos libros, libros malignos, libros materialistas, libros que se burlaban de las Sagradas Escrituras, libros cuya existencia no debería estar permitida. Y caí, padre, ¡porque soy un mísero pecador! Los acepté, los leí, absorbí su veneno, perdí la fe.

Mientras hablaba, se oyó un golpe fuerte en la puerta… Desde entonces, todas las noches, cuando subía la escalera para irme a la cama, una figura ensombrecida acechaba arriba, en el descansillo. Llevaba una bandeja de vendedor ambulante llena de libros y más libros malignos, cuya existencia no debería estar permitida, libros encuadernados en color azul claro, y lucía la toga y el birrete del señor Orrery, y un traje beige jaspeado y una corbata azul cielo… ¡Ay, era aterrador!

Después de algunas preguntas más, el psicópata R. G. recordó entre sollozos que, mientras estudiaba en Oxford en 1923, se había dejado convencer para que hiciera una visita corta a Cambridge (que por aquella época llamaba de forma jocosa «Tablandia[9]»), y se había asustado con todo lo que había visto en las escasas horas que pasó allí.

P.: ¿«Asustado» en qué sentido?

R.: Todo era muy parecido y a la vez inquietantemente distinto, *Herr* Profesor. Como la primera vez que viajé a Estados Unidos y visité la Pensilvania rural. ¡Los peligros que escondía ese campo! Recuerdo que me senté en un rincón de un prado y noté una hiedra venenosa que me subía por las muñecas y un cosquilleo en los dedos de los pies; y aparecieron ante mí los animales más extraordinarios: una mofeta, dos tortugas aligátor, tres petirrojos del tamaño de un tordo, y un animalillo pequeño y poco agraciado que después me enteré que se llamaba «marmota de América», especie que ni siquiera sabía que existía.

P.: Dejemos por ahora la zoología norteamericana. ¿Qué me dice de Cambridge?

R.: ¡Los bedeles de la universidad llevaban sombreros de copa! ¡Imagínese! Y parecía que allí las facultades construidas con ladrillo eran las más antiguas, en lugar de las más nuevas, como pasaba en Oxford; y los botes de recreo se impulsaban hacia atrás con la pértiga, en lugar de hacia delante… Es decir, apuntaban en sentido contrario. Todo era especular, como en el cuento de Alicia. Los estudiantes

universitarios me trataron bien, lo reconozco; pero todos me dijeron por turnos, uno detrás de otro, con gélida reserva: «Me han dicho que vienes del otro sitio». Como hasta ese momento únicamente había oído la expresión referida al Infierno y a la Cámara de los Lores, me sentí de lo más incómodo.

En ese momento, *Herr* Profesor Doctor interrumpió la entrevista y recomendó al paciente que, por parte de ambos, aceptara la inesperada y generosa invitación del director y la Junta del Trinity College de Cambridge, que había provocado este análisis tan fructífero. Es más, le aconsejó que se llevara consigo a sus hijos, Lucía (de once años) y Juanito (de nueve), para protegerlos contra la posible herencia de una fobia similar, pues su madre también era una devota de Oxford. El paciente siguió su consejo.

Sí. Me lo pasé estupendamente y volví curado. Me dieron de comer y beber en abundancia, prestaron atención a mis conferencias sobre Literatura Inglesa, que distaban, lo admito, de ser magistrales. Empecé a creer con fervor que los sombreros de copa eran el mejor complemento para los bedeles universitarios y que el ladrillo era un material de lo más apropiado para las facultades antiguas. Y aunque, en el Trinity College, el enorme lavamanos de plata que nos ofrecían después de la cena estaba vacío, una mera muestra de cortesía después de la carne —su equivalente en el Pembroke College todavía se presentaba rebosante de agua cristalina—, me animaban a que fingiera mojar en él una servilleta de hilo fino y me frotara detrás de las orejas para refrescarme. Y era fantástico que, los viernes, en el Comedor del Trinity no sirvieran carne roja ni ave, sino solo pescado, pescado, delicioso pescado, ¡incluso a los protestantes! Y que la larga bendición en latín aún se enunciara antifónicamente, con la pronunciación antigua, y no con esas bobadas de «ñiqui, ñiqui, ñiqui». Incluso oí que, en las altas esferas, se comentaba con seriedad que se estaban planteando volver a poner en funcionamiento la cervecería, ahora convertida en cuarto para la leña.

Lucía y Juanito también se lo pasaron en grande (tanto en la Sala Egipcia del Museo Fitzwilliam como en los columpios del parque municipal) y reconocieron que nunca en su vida habían estado en una casa tan grande como las dependencias del director del Trinity… Sin embargo, en un momento dado, en que me incliné sobre el puente del Clare College para contemplar las diáfanas aguas junto a los Backs y los ribazos de flores que brillaban en otoño y el césped verde y la digna arquitectura de la universidad, oí que se acercaba un bote de recreo. Los niños, con sus jerséis azules

oscuros, lo impulsaban hacia delante por el lado bueno (o por el lado malo, según se mire) y oí que Juanito preguntaba en voz tan alta que me dio vergüenza:

—¿Cuándo llegaremos a un sitio chulo de verdad?

La buena gente del Clare no sabía que, cuando sale a navegar cerca de casa, Juanito está acostumbrado a acantilados de ciento cincuenta metros, repletos de nidos de gaviota, y a rocas verdes por el hinojo marino y la alcaparra silvestre; a aguas recónditas de tintes violáceos llenas de peces rayados y a cabos con pinares coronados por torres de vigilancia medievales de dorada piedra caliza.

«¡JA, JA!». CAR-CA-JE-Ó NE-GRI-TO

—La he dejado por imposible. ¡Estoy totalmente indignado con la revistita! —gruñó Haymon Fugg, el distinguido abogado—. ¿Y usted, almirante?

Sir St Clair Fopp-Jalopy, Almirante de la Flota, suspiró incómodamente.

—A un lobo de mar como yo —dijo— le resulta un poco difícil abandonar un hábito de toda la vida, querido amigo. Todavía espero no tener que hacerlo. Al fin y al cabo, todavía no han adoptado el estilo Walt Disney; ni señales de eso, ¡gracias a Dios! Sin embargo, como le estaba diciendo, sí que escribí un par de cartas durísimas a Fleetwood House, la editorial, usando papel de nuestro club, y por cierto recibí un par de respuestas bastante amables, aunque no del todo satisfactorias. El editor al menos tuvo la cortesía de responder de su puño y letra —y no con una de esas cartas modelo copiadas en el hectógrafo— en la cual venía a decir que un análisis de la correspondencia recibida (mayormente, admitió, del género femenino) mostraba un 83% a favor de la sustitución permanente. Anoche escribí directamente al mismísimo Rupert[10], cosa que no había hecho desde el segundo año del reinado del Pacificador[11]… Tal vez *él* nos pueda solucionar el problema.

—No se haga ilusiones, almirante. En mi opinión, Rupert ha sido destronado discretamente mediante una revolución palaciega. Puesto que la revista adquirió su prestigio gracias a él, y encima con su nombre, no podían robarle aquella columna sin cometer una gran descortesía; pero ahora, todo cuanto hace con sus amigos ha quedado relegado a la contraportada.

—Todavía a todo color, admitámoslo.

—Bueno, sí, a todo color… Claro que no había otra solución inmediata: o eso, o la supresión total. Publicar la historieta en rojo y en la página central, en compañía de Fay y Eddie y gentuza parecida, hubiese sido pasarse de rosca.

—¿Fay y Eddie, gentuza? Por favor ¡cuidado con lo que dice, Fugg! No podría estar menos de acuerdo con usted.

—Muy bien, retiro lo de «gentuza», sin reservas. Pero con todo respeto, almirante, Fay y Eddie no son manjar para el vulgo.

—Acepto gustosamente su rectificación. Bueno, pongamos que Rupert ya no es lo que era; vamos, que está decayendo, igual que «Nyet» Molotov. Pero seguro que todavía tiene bastante influencia en el Politburó de Fleetwood House, ¿no? Seguramente posee un buen paquete de acciones, ¿no cree?

—No sé… Yo también me pregunto (y perdone mi atrevimiento) si tal vez la encomiable lealtad que profesa usted hacia la armada británica ha podido afectar su opinión sobre este espantoso asunto…

—¿No cree que está siendo un poco duro conmigo, Fugg? Confieso que hubiese sido peor si en lugar de transformarse en un marinero pelirrojo nuestro viejo amigo africano hubiese elegido ser un maldito soldado del ejército o de las fuerzas aéreas; pero no me juzgue capaz de dejarme llevar por sentimentalismos en un caso tan claro de ruptura intencionada con la tradición.

—Volvamos atrás un momento. Sin duda se habrá percatado de la presión a la que ha sido sometido Rupert recientemente. Han logrado hacerle suprimir los guiones de separación en palabras de dos, tres y cuatro sílabas, y también le han cambiado su acostumbrado saludo. «¡Hola, chicos y chicas!» es un horror. ¡Un neologismo asqueroso! No tardarán en cambiar el nombre de la revista…

—No se atreverían. ¿Recuerda la espectacular caída de ventas cuando el viejo *Nineteenth Century* intentó refrescar su imagen? No, tal vez sea usted demasiado joven… Pero todavía recuerdo el chisporroteo airado de la péñola de mi padre mientras anulaba su suscripción.

—¿Una péñola en 1900?

—Sí, sí. Mi padre era inspector de escuelas de Su Majestad en la secretaría de educación, y cada año, a primeros de abril, les repartían lacre y cinta roja, y también paquetes de plumas de ganso; y cada cinco años, un cortaplumas negro, pequeño, para sacarles punta. Pero bueno, ¿qué piensa usted que puede haber detrás de este… de esta… metamorfosis? ¿Prejuicio racial?

—Me temo que ese podría muy bien ser el diagnóstico correcto, almirante. Primero tuvimos problemas con los Mau-Mau, luego aquella tensión en nuestros puertos y centros industriales debido a la afluencia ilimitada de afro-antillanos con mano de obra barata. Y no se le habrá pasado por alto lo que se rumorea acerca de nuestro héroe negrito de ojos saltones: que ha sufrido esta denigración —no, no es la palabra adecuada; ¿no sería mejor llamarlo *catamelanosis*?— debido a un complejo de inferioridad motivado por el color de su piel. Y sin embargo, me resulta imposible creerme esta afirmación a pie juntillas. Nos tenía el corazón robado a todos. Y él lo sabía.

—Desde luego que sí. Personalmente, nunca lo consideré como perteneciente a lo que Kipling solía denominar, nada democráticamente, «razas menores ante la ley». Golly[12] era un *gentleman* de la naturaleza, y si era feote de cara, bueno, pues

tampoco yo soy ninguna belleza; y si me perdona…

—Naturalmente, almirante, también yo tengo cara de perro…

—¡Gracias, muy amable! Lo que quiero decir es que no pueden haber consultado este asunto con Rupert. Él jamás hubiera permitido que la revista sufriera un golpe tan duro. Y la muchacha también está afectada, se le ve en la cara… Mire usted, yo creo que con la ayuda de otros aficionados al cómic en clubes como el Savage, o White's, tal vez el Athenaeum, y naturalmente el club del Ejército y la Armada, podríamos presionar a los mandamases en Fleetway House y conseguir dar marcha atrás al condenado hechizo, para que el pobre muchacho vuelva a ser como era antes. Y ya puestos, podríamos intentar restaurar los guiones entre sílabas.

El comandante Spinks, soldado de artillería de guarnición y secretario del club en funciones, tosió desde una butaca cercana, disculpándose.

—No quisiera entrometerme en una discusión privada, caballeros, pero la verdad es que a mí también me sentó muy mal este embrollo… al principio. Luego hablé con Doubleday Durkins, que mantiene contacto directo con Fleet Street[13]. Por lo visto, el caso es todavía peor de lo que ustedes imaginan. Parece ser que Rupert el Polluelo se llevó a Betty a un club nocturno, junto con Negrito, el Rayas y el resto de la pandilla de Soho. Allí Betty bailó con un marinerito, un joven muy agradable, y no tardó en quedar completamente prendada de él. A nuestro Golly, naturalmente, esto le sentó fatal, y como ya llevaba unas cuantas copas de más, le tiró un *gin-tonic* en la cara a Betty. Acto seguido el marinero le encajó un golpe a Golly en la boca del estómago. Betty se rió tontamente y preguntó: «Y ahora ¿quién apuesta por la Esperanza Negra?». Los rivales empezaron a romper sillas, uno contra el otro, pero Golly es fuerte como él solo y el marinero acabó en el hospital. Betty, típica mujer, anunció que había terminado con Golly para siempre y que prefería morir a tener que aguantar la farsa de simular lo contrario, solo para tranquilizar a esos pasmarotes del público. Doubleday me contó que pasaron unos días angustiosos en Fleetway House, y que incluso corrieron rumores de que la revista cerraba sus puertas. Mientras tanto, Betty había anunciado que amaba al marinero con toda su alma y que anularía su contrato si su amistad con él no era reconocida oficialmente. También acusó a Golly de haberla sometido a cuarenta años de crueldad mental. Rupert el Polluelo se metió en un buen lío por haber presentado a Betty al otro tipo y por no intervenir luego en la trifulca. Rupert alegó una lesión en el pie, pero así y todo, casi le ponen de patitas en la calle. Finalmente, el lunes por la noche, ya tarde, solo unas horas antes de que *Chicks' Own* llegara a los kioscos, algún tipo listo (creo que fue Eddie el de «Fay y Eddie») se

inventó esta historia ingeniosa acerca de una hada buena que agita su varita mágica por encima de Golly y lo transforma en el Marinerito. A mí me engañó, a ustedes también, en fin ¡nos engañó a todos! Mientras tanto, Golly se ha metido monje trapense y no se le puede contactar ni por teléfono ni por carta; está intentando olvidar, según Doubleday. De manera que ahora tenemos a Betty y al Marinerito con sus payasadas domésticas, a todo color y en primera página. A mi modo de ver, el colmo del mal gusto. Por lo visto Betty ha pagado la rescisión de su contrato con la Marina.

El abogado no hizo ningún comentario, tampoco el almirante. Esperaron, con miradas glaciales, a que el comandante hubiese carraspeado tres o cuatro veces y finalmente se hubiese marchado, arrastrando los pies, con la excusa de que tenía que ir a hablar con el bibliotecario acerca de un libro.

El almirante por fin rompió el silencio.

—No sé si hay fundamento para una demanda, mi distinguido amigo. Eso lo sabrá usted. Yo diría que estamos ante un caso claro de difamación: odio, burla, desprecio y todo eso. Además, lo que ese insufrible artillero de cerbatana, que se las da de secretario en funciones, nos repite de boca del gran idiota Alcornoque Durkins, no vale un pimiento; entre usted y yo, ¡los dos son fans secretos de *Tiger Tim*[14]!

PIEZA COSTUMBRISTA

Era un mes de julio durante el reinado de Eduardo el Bueno, alias Eduardo el Pacificador, y me fui a pasar un fin de semana largo a Castle Balch —un lugar estupendo en Oxfordshire—, y la guarida de mi primo Tom. Tom tenía algo de coleccionista, y no es que yo se lo tuviese en cuenta, porque la principal culpable era Eva, si es que hay que culpar a alguien. Digo esto porque las personas que invitaba a sus fiestas de fines de semana eran, con exceso, lo que los yanquis llaman o llamaban «de alto nivel»: artistas, diputados y celebridades de todo tipo con quienes no era fácil competir. En esta ocasión Eva había tendido su red aún más lejos, consiguiendo una pesca estupenda, a saber, Nixon-Blake, de la Royal Academy y autor de la pintura del año (¿todavía existen las «pinturas del año» en nuestros días?). Hace años que no visito Burlington House, también frecuentado por *Ratoncito* Dingleby, el que había dado la vuelta por el cabo de Hornos en su *Ruby* de veinte pies aquel mismo febrero. Vi su esquela en *The Times* hace un par de años; vivió hasta los noventa, no había nacido para morir ahogado. ¿Y el cazador de elefantes que ganó la Cruz de la Victoria en el Transvaal? ¿Cómo demonios se llamaba? ¡El capitán Scrymgeour, claro! Lo mataron cuando servía a las órdenes de Younghusband en el Tíbet, un año o dos más tarde. ¿Y Charlie Batta, el *manager* de actores? Yo no consideraba a ninguno compinche mío. De hecho se trataba de *Homines novi*. Afortunadamente, estaba Mungo Montserrat; él y yo seguimos el mismo curso en Eton. Y Doris, su esposa, un poco estirada pero buena persona: otra prima mía. Tengo primos a montones.

Como este fin de semana iba a ser «tenístico», todos nos habíamos traído nuestros pantalones blancos y nuestras raquetas, dispuestos a emular a los hermanos Doherty, por aquel entonces el no va más. Las dos pistas de tenis de Castle Balch eran admirables —el jardinero parecía un mago cuidando el césped— pero, como era julio, naturalmente llovió y llovió sin descanso desde el viernes por la tarde hasta el lunes por la tarde y el torneo quedó literalmente aguado. A pesar de todo disfrutamos de buena actividad deportiva, pues Tom tenía una pista de *squash* para tipos como Mungo y yo, con demasiadas energías para contentarnos con bacará y billar. Y Charlie Batta hizo venir a dos bonitas actrices de la ciudad que casualmente estaban desempleadas aquella temporada, o desempleables. Además, Eva se inventó muchas y divertidas tretas, como solía decirse entonces, para incomodarnos, algunas casi indecentes. Pero no pudo celebrarse ningún torneo de tenis, aunque un precioso

jarrón de plata esperaba sobre la repisa de la chimenea del salón de fumar para premiar al ganador.

Olvidé mencionar al obispo de Bangalore, a quien habían invitado por equivocación. La juerga no empezaba hasta que él se iba a dormir, pero por suerte el obispo amaba más su almohada que a su vecino. Así que el lunes por la noche, a eso de las 0.15 horas, con una tenue luz de lámpara, ya saben, cuando las señoras ya se habían retirado a descansar y el obispo con ellas —no me interpreten mal—, Tom dijo en voz alta y tajante:

—Caballeros, estoy tan apenado como ustedes por este fracaso tenístico, y no quiero ver este orinal rodando por el castillo hasta el fin de mis días para recordármelo. Ya sé lo que haré: lo entregaré al tipo que me dé la mejor respuesta a la pregunta que Eva, por modestia, no ha podido formular con sus propios labios: «¿Cuáles han sido los momentos más emocionantes de sus vidas?».

Todos sacamos papeletas del sombrero del obispo —un sombrero con fascinantes encajes— y nos dispusimos a contar nuestras inverosímiles historias por el orden que nos había asignado el destino. Aparte de Mungo y de mí, cada uno de los presentes era un auténtico narrador. Les aseguro que escuchar a Charlie Batta, que rompió el fuego, contarnos cómo interpretó el papel de Hamlet en versión muda en un sótano lleno de bandidos corsos que le tenían como rehén, y cómo le escoltaron luego triunfalmente hasta Ajaccio, renunciando a los tres mil soberanos en que había sido valorado y disparando al aire sin cesar en señal de alegría y en tributo a su arte, eso merecía docenas de jarrones de plata. Y el valiente Scrymgeour, de safari en el África oriental alemana, cuando cazaba hipopótamos y rinocerontes a diestra y siniestra… Bueno, ¡cómo nos tuvo en vilo Scrymgeour! Luego vino el de la Royal Academy (ya les he dicho su nombre, pero se me ha vuelto a olvidar; tenía una barba de chivo, pequeña y pelirroja, ojos de color cerveza de jengibre, y según él era el causante de haberse vuelto a poner de moda el chaleco amarillo de cazar, aunque en esto estaba equivocado). Nos contó el encuentro con una muchacha gitana en un bosque cerca de Budapest —precisamente la mujer que había imaginado para su cuadro *La hechicera* — a quien persuadió, con monedas y palabras cariñosas en lenguaje huno, para que posara desnuda, después de lo cual pintó aquellas curvas y aquellos contornos de Juno, aquellos delicados tonos de piel —y todo lo demás, ya saben— con inspiración extática y exactitud anatómica, y mientras pintaba tranquilamente, el amante de la muchacha había entrado en la gruta y le estaba apuntando con una pequeña escopeta taraceada. Por fin, el arma mortal cayó con un estruendo al suelo y se oyó una voz estrangulada que decía: «Gorgio, no puedo disparar contra ti. ¡Me inclino ante tu

genio! Quédate con la chica, déjame el cuadro y… ¡vete!».

Finalmente, le tocó salir a escena al pobre Mungo, que había sacado el número 13. Mi corazón se volcó hacia él, después del fracaso de mi propio numerito. Estas fueron las palabras exactas de Mungo:

—Caballeros, soy un individuo sencillo y nunca he tenido tan estremecedoras aventuras como vosotros. Lo siento. De todos modos, si lo queréis saber…, el momento más emocionante de mi vida fue cuando me casé con Doris y, bueno, cuando ella y yo… —Pausa—. Es más, lo sigue siendo.

Mungo se metió al público en el bolsillo. Tom puso el jarrón en sus manos, aunque él lo aceptó de mala gana, le invitó al *whisky* con soda más cargado que jamás he visto, y le mandó tambaleándose a su habitación, donde Doris no podía conciliar el sueño, y no por culpa del ruido causado por el jolgorio en el salón de fumar, sino por los imponentes ronquidos del obispo que dormía en la habitación contigua.

—¿Qué es lo que traes ahí, Mungo? —le preguntó, malhumorada.

—Un jarrón de rosas —murmuró Mungo—. Tom lo ofreció al tipo que mejor pudiera responder a la pregunta de Eva sobre los momentos más emocionantes de nuestras vidas. Todos contaron unas historias tan fabulosas que cuando me tocó a mí estaba muerto de miedo. Pero habíamos sacado las papeletas del sombrero del obispo y esto me inspiró. Dije: «Cuando Doris y yo nos arrodillamos el uno junto al otro en la iglesia, dándole gracias a Dios por todas las bendiciones con que nos ha colmado». ¡Y me dieron el premio!

—¿Cómo pudiste hacer eso, Mungo? Tú sabes que es una gran mentira. Oh, ¡qué avergonzada estoy! No creo que las oraciones y la iglesia sean temas para broma.

Se extendió sobre este aspecto del caso durante un buen rato, y Mungo bajó la cabeza con resignación. El *whisky* siempre le ponía melancólico; no sé por qué.

Al día siguiente el grupo se dispersó, pues todos tenían que tomar el expreso de las 10.45 a Londres. Doris Montserrat se percató de las numerosas miradas de admiración y curiosidad de que era objeto y le remordió la conciencia. De pie en las escaleras del *hall*, pronunció un breve y sorprendente discurso:

—Caballeros, siento tener que decir que Mungo ganó aquel jarrón a base de engaños. Solo ha hecho… lo que dijo que había hecho… tres veces. La primera vez fue antes de casarnos; yo le obligué. La segunda fue cuando nos casamos, pues no le quedaba otro remedio. La tercera fue después de casarnos, y en aquella ocasión se quedó dormido a la mitad…

SALIÓ A COMPRAR UN SECRETO

—Era un joven muy callado y sensible —concluyó la señora Tisser—, y muy puntual a la hora de pagar el alquiler. Me da verdadera lástima que haya elegido el camino de los cobardes. Mi opinión personal es que tenía la mente desequilibrada.

—Al testigo no se le está pidiendo su opinión médica —dijo en voz baja el oficial del juzgado de primera instancia—. Solo que relate los hechos.

—Señora Tisser, no se le está pidiendo su opinión médica —dijo el juez—. La estamos interrogando para aclarar los hechos. El jurado quiere saber más acerca de la conducta del difunto Angus Hamilton Tighe en la mañana de su muerte.

La señora Tisser siguió en sus trece:

—La conducta del joven caballero, señoría, sugería que su mente estaba desequilibrada.

—Explíquese, por favor —le ordenó el juez, condescendiendo.

—Se portó de forma extraña, señoría. A la hora del desayuno me dijo, cuando le dejé la bandeja en el salón: «Señora Tisser, toda mi vida lo he hecho mal: mantengo la boca abierta en lugar de cerrada». Bueno, precisamente hacía semanas que yo esperaba que dijera eso, porque el pobre señor roncaba de tal manera que parecía un cerdo gruñendo. Así que le dije: «Bueno, señor Tighe, me alegra oírle hacer esta confesión. Debería usted pedirle al doctor Thorne que le opere la nariz para que no vuelva a hacerlo nunca más». «Sí, pero es que me gusta esta sensación. Da vigor a todo el cuerpo. Y es un placer barato, como sentarse al sol o peinarse, ¿no le parece?», me dijo con una mirada de loco.

Nos miramos con preocupación, mientras la señora Tisser continuaba:

—Yo le dije que no estaba de acuerdo, y que con gusto le rebajaría un chelín del alquiler si pudiese dejar esta mala costumbre. Se rió de una forma que solo puedo describir como diabólica y yo salí de la habitación sin decir palabra. Nunca se había burlado de mí. No es que me sintiera exactamente enfadada, pero su conducta era, desde luego, muy alarmante.

—Esto ocurría poco después de las ocho de la mañana, según usted, ¿verdad, señora Tisser? ¿Volvió a verle aquella mañana antes de ocurrir el fatal desenlace?

—Sí que le vi, señoría: unos cinco minutos más tarde. Nos cruzamos en las escaleras. Parecía como si estuviese intentando disimular una gran emoción y me dijo que salía a comprar un «aro de desposorio» y que por fin iba a hacer las cosas bien

hechas. «¿Un aro de desposorio?», le pregunté yo, pensando que quizás había entendido mal. «Un secreto, si así lo prefiere, señora Tisser», me respondió, sonriendo maliciosamente.

—¿Y entonces?

—Y entonces, señoría, estuvo fuera entre diez minutos y un cuarto de hora, y por fin subió corriendo escaleras arriba, como un torbellino. Pasó medio minuto y entonces oí un ruido extraordinario: una especie de explosión amortiguada procedente del salón. Y le vi salir disparado por la puerta abierta, cruzar el pasillo y meterse en el dormitorio, donde se arrojó de cabeza por el balcón. Yo grité y corrí escaleras abajo.

—Gracias, señora Tisser, es suficiente. No tendrá que repetir esta parte de su declaración; hemos inspeccionado el ventanal y la madera destrozada del balcón, que demuestran la veracidad de su declaración. Solo una pregunta más. ¿Sabe usted algo acerca de la vida emocional del fallecido?

—Si lo que quiere decir es si alguna vez intentó traer alguna mujer a casa, eso sí que no, señoría. Era un joven ejemplar en este aspecto; por lo visto, sus estudios médicos eran «padres, hijos y esposa» para él, como suele decirse. Lo único que recuerdo…

—¿Sí, señora Tisser?

—Una noche me confió su amor por una dama a la que nunca había conocido, alguien que había tomado posesión de su corazón por completo. Al principio pensé que debía tratarse de una estrella de cine, pero dijo que ni siquiera sabía cómo se llamaba y que además tampoco entendía ni palabra de lo que decía. Fue entonces cuando empecé a dudar de su cordura. Bueno, pues hará como una semana, cuando yo estaba limpiando su habitación, vi una carta arrugada y medio quemada en la parrilla del hogar. Sin querer, vi la primera frase: «Oh, mi maravillosa Yma». Pero mi honor me impidió leer más, y confieso que ni siquiera ahora me gusta mencionarla. Parece que se trataba de la dama de sus sueños, porque en una ocasión, al regresar de un viaje a Londres, le brillaban los ojos y dijo: «Soy tan feliz, señora Tisser». Yo le pregunté: «¿Es por la dama que me mencionó?», y me contestó: «He pasado la tarde entera con ella, señora Tisser». «Así pues, ¿la ha conocido por fin?», le pregunté yo. «Quiero decir en espíritu», me contestó él.

Llamaron a más testigos y pidieron declaraciones sobre el estado de salud del difunto Angus Hamilton Tighe, pero resultaron ser inconcluyentes. Ni siquiera pudimos llegar a la decisión de que estaba abrumado por un exceso de trabajo, o que tenía dificultades económicas, o que estaba sufriendo un chantaje. La única vez que le había examinado el doctor Thorne había sido cuando se torció un tobillo. No tenía

amigos íntimos entre sus compañeros de estudio de medicina, y ningún familiar que estuviese más cerca que en Canadá. Así que nos retiramos a deliberar.

Como no parecía probable que la señora Tisser le hubiese empujado desde el balcón, naturalmente quisimos atenuar el dolor de la familia Tighe en Alberta y añadimos «habiendo perdido sus facultades mentales» al veredicto obvio de «suicidio».

Solo un miembro del jurado, el señor Pink, un farmacéutico retirado, disintió. Rogó silencio y luego habló en tonos graves y autoritarios.

—Creo, señoras y señores —dijo—, que podemos mejorar este veredicto. Para empezar, no puedo considerar como síntoma de locura el que yo también admire (mejor dicho, adore) a la célebre cantante peruana Yma Sumac, aunque no la haya visto nunca, ni entienda una sola palabra de castellano. Su voz, sin duda la más maravillosa del mundo, abarca cinco octavas enteras y afina a la perfección en cada registro. ¡Pobre joven Tighe! Poseo una colección poco común de las primeras grabaciones de Yma, que sin duda le hubiesen causado un inmenso placer de haber sabido que compartía mi admiración por su genio.

Pero tengo que hacer otra observación de importancia aún mayor, y es que cuando examinamos el cuerpo me fijé en que la ventana derecha de la nariz estaba descolorida.

Le miramos boquiabiertos mientras continuaba:

—Esto no figuraba en el informe del forense y fue, desde mi punto de vista, causado por un «estornutatorio», no un «aro de desposorio», o por un «secretor», y no un «secreto». En lenguaje vulgar, por rapé. Si el señor juez nos lo permite, mandaremos a un policía al único estanco de esta ciudad que vende esta mercancía anticuada: a la tienda de Hackett, en Cold Harbour Cottages. Lo más seguro es que el oficial descubra que el infortunado Tighe visitó a Hackett sobre las ocho y cuarto de la mañana. El mortal estornutatorio está guardado probablemente en el estuche de lápices que hay sobre su mesa. Además, me fijé en que había un conocido libro de medicina sobre fisiología elemental en la mesa del desayuno. Busquen la palabra «estornudo» en el índice, luego la página indicada, y hallarán, creo, un texto que dice más o menos lo siguiente:

> Estornudo: acto involuntario y reflejo respiratorio causado por la irritación de las terminales de los nervios de la membrana mucosa nasal, o por el estímulo severo del nervio óptico. El que estornuda, después de respirar profundamente, comprime los labios y a continuación el contenido de los pulmones es expelido violentamente a través de las ventanas nasales.

Recuerdo muy bien la impresión que me causó este párrafo hace años, cuando estaba estudiando la carrera de farmacéutico. Me dije a mí mismo, con las palabras exactas del difunto: «Toda mi vida lo he estado haciendo mal: mantengo la boca abierta en lugar de cerrada». La próxima vez que me entraron ganas de estornudar comprimí los labios y, ¡abracadabra!, me sentí arrojado violentamente a través de la habitación como la piedra de una honda, pero afortunadamente no di contra la ventana o el balcón. Únicamente me golpeé contra el canto de la repisa del hogar. Déjenme pues manifestar mi opinión de que el malogrado Angus Hamilton Tighe murió como mártir de un experimento científico y no fue un suicida, como tampoco lo soy yo.

Así que finalmente pusimos «muerte por accidente» en la decisión del jurado, previniendo, por añadidura, contra la utilización experimental de estornutatorios, y mucho me temo que el gran público se quedó sin entender palabra.

¡MÁTALOS! ¡MÁTALOS!

En el horizonte, detrás de nosotros, The Potteries ya no era más que una mancha distante y el mapa nos mostraba que estábamos cerca de la frontera galesa. Conducía Jenny.

Gales nos recordaba a David, pues había hecho las prácticas de batalla en esta región. Al poco rato, como sabía que Jenny también estaría pensando en lo mismo, le dije:

—Le hubiesen concedido la medalla póstuma, claro está, si hubieran podido conservar el terreno ganado. Aunque no les hubiese servido de mucho, excepto como dato para el historiador del regimiento. Pero al final, los japoneses se infiltraron, los batallones indios situados en los flancos rectificaron su línea (como suele decirse) y el regimiento tuvo que retroceder luchando. Según las reglas establecidas, cuando se produce una derrota queda anulada toda mención.

—Un hombre de la Royal Air Force que estaba prestando ayuda aérea a la brigada (le conocí el año pasado en Transjordania) dice que el ataque fue suicida y criminal.

—No fue culpa del comandante en jefe. Él tenía órdenes de Londres de asegurar un éxito táctico en aquella zona antes de que empezara el monzón. Y lamentó muchísimo lo ocurrido.

—¿Cómo sabes esto, padre?

—Warell me escribió en cuanto hubo terminado la guerra y él mismo sacó a relucir el tema. Su cuartel general estaba a mil kilómetros de distancia, pero cuando vio el plan de ataque propuesto, sintió la fuerte tentación de trasladarse allí en avión y dirigir él mismo la función. Sin embargo, un comandante no podía de hecho arrebatarle el puesto a un general de brigada. Sencillamente, no podía hacerse. Al menos, eso me decía en su carta. La he guardado para ti.

—Según ese hombre de la RAF, todo el mundo estaba furioso por tener que asaltar una posición científicamente atrincherada, sin una buena ayuda por parte de la artillería, y justo antes del comienzo de las lluvias que iban a dejarlo todo empantanado para la temporada. El hecho de sentirse convertido en víctima debió de ser lo que hizo que David luchara como enloquecido. Como sabes, era un pacifista inveterado y no tenía nada contra los japoneses.

Guardamos silencio a lo largo de un par de kilómetros. Entonces dije:

—Una vez hizo algo que nunca he comprendido. En Oxford, cuando tenía cuatro

años, íbamos en coche por High Street cuando una jauría de curas, con sotanas negras y alzacuellos, desembocó allí, procedente del Queen's College, y cruzó la calle hacia Oriel como un montón de hormigas. Se estaba celebrando un congreso eclesiástico. David gritó exaltado: «¡Mátalos, mátalos!». ¿Crees que fue porque no le gustaba el color de las sotanas? ¿O es que sencillamente era anticlerical?

—Ni una cosa ni la otra —respondió Jenny—. Yo diría que lo que le provocó fue lo poco natural de aquella escena. Probablemente, siempre pensaba en el clero en singular, como yo. El párroco en los peldaños del altar: singular. Como la madre junto a la cuna: singular. O la directora del colegio en su despacho: singular. Cada uno de ellos, reservado, seguro de sí mismo, todopoderoso y, en una palabra, singular. ¿No te resultan muy artificiales, forzados y sin vida los congresos eclesiásticos, las reuniones de madres y las conferencias de directoras o directores de colegios? Me refiero a su falta de singularidad. Mientras que cuando se trata de soldados o marineros, de universitarios o colegiales, que naturalmente se conciben en plural…

—Es cierto que los curas se comportan como si se sintiesen incómodos cuando van en grupo, y puede que David quisiese liberarles de este sufrimiento mediante una repentina matanza. Tenía buen corazón.

—Además —prosiguió Jenny—, en las reuniones de madres y en las conferencias de directoras siempre se sirven bollos de semillas aromáticas. Cuando David tenía doce años y yo tenía trece y nos invitaban a fiestas, solía darse una vuelta para inspeccionar las provisiones de comida apenas llegar. Si eran satisfactorias, nos quedábamos. Si no lo eran me daba un codazo y me murmuraba al oído: «Jenny, van a servirnos bollos de semillas». Y entonces siempre nos escabullíamos. No podía soportar los bollos de semillas. Son unas pastas impersonales, y David era una persona real.

Colinas verdes de Gales, ovejas galesas de mirada salvaje y la sílaba Llan en casi todos los postes indicadores. En estos contornos, David había dirigido su pelotón en pruebas tácticas agresivas; quizás había ametrallado una guarnición imaginaria en aquella granja encima de la colina. Se trataba de un estupendo edificio del siglo XVIII con una amplia fachada encalada, ventanas grandes y un techo de pizarra desigual dorado por los líquenes; también tenía un gran estercolero, gallos, gallinas de una raza antigua, elegante y poco económica, vacas negras y ramas de helecho esparcidas en la entrada de la vaquería. Un letrero decía: «MERIENDAS».

Al salir de una curva cerrada, nos encontramos con un lustroso autocar de turismo que acababa de vaciar su carga de excursionistas junto a la verja de la granja. Un grupo de curas serios, con sotanas negras y alzacuellos; era evidente que no se sentían

a gusto. Había cuarenta o cincuenta, por lo menos, y cada uno de ellos —les estoy contando la pura verdad; no se trata de una broma pues ni Jenny ni yo nos sentíamos de humor para bromas— llevaba en la mano un trozo de bollo de semillas impersonal, del cual había tomado un triste y titubeante mordisco.

Pasó por mi mente la imagen de un chiquillo serio, con mejillas como dos manzanas, sentado entre Jenny y yo, y levantando el puño con furia.

—¡Mátalos! ¡Mátalos! —grité involuntariamente, pero Jenny, aunque muy asustada, tuvo la entereza de desviar el coche y seguir conduciendo.

HAROLD VESEY EN LAS PUERTAS DEL INFIERNO

El viejo y deslucido letrero de El Pelícano lo había repintado con gracia un autor de *posters* moderno. El patio de las caballerizas, en un tiempo un sitio inmundo frecuentado por multitudes de gorriones sucios de hollín, se había convertido en un *parking*. Unos visillos de muselina blanca agraciaban las ventanas. Aquellos tugurios de los callejones contiguos, con sus gritos, sus olores apestosos y sus fiebres tifoideas, donde en mi infancia la policía solo se atrevía a entrar de cuatro en cuatro —porra en mano y el silbato en la boca—, habían desaparecido por completo; las residencias con garaje que ahora ocupan aquel lugar ya habían madurado, y sus olmos casi sobrepasaban los tejados. El cruce de peatones en la carretera, donde antaño golfillos de cara pálida, pantalones harapientos, pies descalzos y ralas escobas barrían el fango y los excrementos de caballo para que los señoritos pudiéramos cruzar —«¡no se olvide del barrendero, señora!»—, se había convertido en un cruce de brillante asfalto, y el agua de lluvia que gorgoteaba en las cunetas tenía un aspecto positivamente potable.

No obstante, al abrir de un empujón las puertas rotuladas «Saloon Bar», recordé estas palabras: «¡Ahí están las puertas del infierno!». Amelia, mi niñera, me lo había dicho cuando yo tenía cuatro años, señalando al otro lado de la carretera desde la ventana del cuarto de baño. «Un hombre entra por aquella puerta, sobrio, trabajador y temeroso de Dios, y sale convertido en un diablo disfrazado de ser humano, tanto si ha tomado cerveza como si ha tomado ginebra». Entonces se secaba los ojos con un pañuelo y me decía: «En otro tiempo yo tenía un buen hogar y un buen marido. Nunca pensé que me vería obligada a ganarme la vida sirviendo para obtener veinte libras al año. ¡Y mira lo que le ha pasado a la tonta de Annie, esa desgraciada! El Pelícano también ha sido su perdición». Se estaba refiriendo al desdichado amor de nuestra camarera por Harold, el bodeguero, un exsoldado corpulento, de cara colorada, puños como paletillas de cordero, delantal de bayeta verde y pantalones de pana negra brillante. Annie había robado dos de nuestras fuentes de plata para entremeses a fin de comprarle a Harold una cadena de reloj en Navidad, y había sido despedida sin carta de recomendación.

El señor Gotobed, hijo, el posadero de cara rechoncha —probablemente nieto de Gotobed «el Descarado»— se paseaba, solitario, por detrás del mostrador. Era bastante joven, con patillas, traje estilo Savile Row y corbata de viejo maltusiano.

Entré, vacilante, y me gané una fácil aunque enigmática sonrisa.

En las paredes colgaban tres grabados de Baxter, dos antiguos calentadores de cama que hacían juego, una colección de mazas zulúes, un rifle indio de los utilizados en los motines, un blanco para dardos, una gran cuchara de madera, un par de pinturas impresionistas francesas, bastante sosas y con marcos de galería de arte, y un aro de hierro.

—¿Qué tendré el gusto de servirle, señor?

—Un coñac doble —le encargué, recordando la cerveza y la ginebra.

—¿Agua?

—No, gracias, solo.

Y me lo bebí de un trago.

—Estas eran las puertas del infierno, señor Gotobed —le comenté, depositando dos monedas de media corona sobre el mostrador.

—¿Señor?

—Yo vivía en aquella casa de enfrente.

—¿Quiere decir en Rosemary Mansions?

—Quiero decir en Rosemary House, antes de que lo dividieran en apartamentos. Eran los días en que la mejor cerveza de El Pelícano aún se vendía a dos peniques la pinta, y era fuerte como la patada de un caballo de tiro. Cuando los picheles y las palabrotas volaban por este viejo mostrador como abejas en un día de verano. Cuando los soldados borrachos salían tambaleándose a causa de la espesa inmundicia que habían ingerido, dando tumbos y trompazos con una regularidad casi aburrida, propulsados por las botas claveteadas del valiente cabo Harold Vesey. Estas eran, repito, las puertas del infierno.

—Eso debió de ser en lo que podríamos llamar los días anteriores a la Reforma, señor —dijo, algo amoscado—. Mi clientela consiste casi totalmente en hombres de negocios. Pero nos divertimos bastante, aunque de una forma democrática. El año pasado nos dedicamos a crear un Club de Dardos y participamos en el campeonato del Suroeste de Londres. Ganamos aquella cuchara de madera dándole en el centro del blanco, y mi equipo la conserva como un tesoro, como si fuera la niña de su ojo corporativo.

Pero yo no le dejé desviar la conversación.

—Eran los días —insistí, señalando un elegante retrato del duque de Cornwall, colgado detrás del mostrador— de la retatarabuela de aquel muchacho. Recuerdo muy bien a aquella dama, en su landó descapotado, paseando por High Street con una escolta tintineante de lanceros.

Me miró boquiabierto.

—¿Retatarabuela? —preguntó—, ¿está usted seguro?

—Claro, soy un Rip van Winkle[15] —le contesté—. Supongo que no sabrá usted lo que le ocurrió al cabo Harold Vesey, ¿verdad? Recuerdo perfectamente el apellido porque el día de San Valentín le mandó a nuestra camarera Annie una cinta con esta inscripción: «Con mis respetos, Harold Vesey, cabo, 1900»; eso fue después de volver gloriosamente herido de la guerra de Sudáfrica. Harold era bodeguero y el conserje de las Puertas del Infierno.

—Me suena —dijo el señor Gotobed, pensativo—. Me suena infernal, si lo prefiere, ¡ja, ja! ¿Mil novecientos? ¿Los tiempos de mi abuelo?

—Sí, su abuelo era el héroe calvo con el chaleco morado, a quien los chicos llamaban «el Descarado» —le contesté, y le encargué otro coñac.

Hizo caso omiso.

—Es extraño —comentó— cómo medimos el tiempo aquí, por guerras. La de África del Sur. La Primera Mundial. La Segunda Mundial.

—Harold Vesey sirvió en Tel-el-Kebir en 1882. Era ya un veterano cuando le conocí.

—¿Ah sí? Pues yo no hice ningún servicio, y no me avergüenza contarle la historia, ahora que ya ha pasado todo. Si hubiese sido cuestión de presentarse voluntario, supongo que me habría alistado, con todos los demás imbéciles. Pero con el servicio obligatorio, ni hablar. Nosotros, los maltusianos, tenemos nuestro orgullo. Entre usted y yo, les tomé el pelo a los de la Junta con un truco sencillo e ingenioso. Quince días antes empecé a comer azúcar. Poco a poco, fui aumentando hasta comerme un kilo diario. Un tratamiento horrendo, con síntomas horrendos. Y horrendamente caro, también, con el racionamiento a toda marcha. Naturalmente, debido al racionamiento los médicos no sospecharon nada.

—Naturalmente —asentí—. En una ocasión, Harold también engañó a su oficial médico para que no lo mandasen a no sé dónde en servicio de guarnición. Mascó cordita y le subió la fiebre hasta cuarenta y tres grados. Cuando finalmente le acusaron, confesó la verdad y en consecuencia el coronel le destacó a Sudáfrica, que era lo que él quería. Y más tarde tuvo el placer de ayudar a romper el cerco de Ladysmith. Pero, claro, como usted comprenderá, esto era en los días anteriores al servicio militar obligatorio.

—¡Bien hecho! —exclamó el señor Gotobed sin convicción, y volvió a cambiar de tema—. Por cierto, ¿ve usted aquel arco de hierro que hay allí? Es una curiosa reliquia

de los tiempos de mi abuelo. Lo compré en una tienda de antigüedades para nuestra fiesta de Navidad; lo utilizamos como armazón para la guirnalda de acebo y yedra que colocamos sobre la puerta. El viejo comerciante me contó que por aquí se hacían rodar los aros de hierro en los días de los faroles y los coches de caballos.

—Harold Vesey me dio un aro de hierro en una ocasión —le dije—, pero por desgracia no me dejaron usarlo. Yo era un señorito y se suponía que los señoritos solo usaban aros de madera. También nos estaba prohibido silbar con los dedos o hacer la rueda, porque eso era lo que hacían los golfos callejeros. Así es como se confunde el implacable desarrollo de la sociedad moderna, señor Gotobed. El golfo callejero es obligado por el progreso industrial a convertirse en un ciudadano respetable. Sus nietos, e incluso sus hijos, ya son unos señoritos al nacer, y en consecuencia se les prohíbe silbar con los dedos o hacer la rueda en la calle fangosa. Y los aros de hierro, como las peligrosas peonzas de punta afilada (otra antigua distinción de la clase obrera), quedan relegados a las tiendas de antigüedades. A Harold Vesey le hubiera sorprendido.

Seguí hablando de Harold Vesey despiadadamente, hasta que volvió a sonar una campana en la mente del señor Gotobed.

—¿Vesey? Ya lo tengo. Sí, mi abuelo empleó a un tal H. Vesey en El Pelícano. Una historia cómica y extraña al mismo tiempo. Parece ser que poco después de enviar la felicitación de San Valentín a su camarera, murió una tía de Harold y le dejó una casita de campo en Essex y un pequeño legado, en reconocimiento de su servicio patriótico. No obstante, justo antes de la guerra de Hitler, cuando él rondaba ya los ochenta años, el ayuntamiento declaró ruinosa la casita y le trasladaron a una vivienda protegida recién construida, con fontanería moderna, cocina bien equipada, armarios empotrados, todo lo que usted quiera. Pero el muy…, bueno, el muy cabezota no se encontraba a gusto. Estaba de mal humor. Se sentaba en un banco en el jardín, hiciera el tiempo que hiciese, «solo para fastidiar», según decía, hasta que se lo llevó una pulmonía. Lo gracioso fue que finalmente no llegaron a derribar su casita. La madera aún era buena y el local sirvió para acomodar evacuados durante la guerra. Hace poco lo compró mi padre, y por eso conozco la historia. Se gastó cuatro o cinco mil libras arreglándolo para usarlo los fines de semana, pero el ayuntamiento no nos dejó cambiar la fachada ni edificar otro piso porque, para entonces —y eso sí que es bueno —, la casita ya había quedado catalogada como monumento antiguo. Vaya país, ¿eh?

Pero en aquel momento entraron algunos miembros joviales de la clientela financiera y pidieron martinis secos. Yo logré retirarme sin comentarios ni atenciones.

VIDA DEL POETA GNAEUS ROBERTULUS GRAVESA[16]

Aunque existan detractores que afirman que Gnaeus Robertulus Gravesa provenía de linaje humilde, siendo su padre un servil vendedor irlandés de mejillones y su madre una liberta teutónica, hija de un boticario ambulante, sus descendientes, por el contrario, aseguran que los Gravesae eran un clan ecuestre de origen galo y que el abuelo paterno del poeta era Sacerdote Mayor de Hibernian Limericum, y un hombre muy erudito en las ciencias matemáticas.

Dejemos sin resolver esta divergencia de opiniones. Lo que sí es un hecho es que Gnaeus Robertulus Gravesa, tanto si procedía de antiguo linaje como de padres y abuelos de los que no podía vanagloriarse, nació en una localidad suburbana situada en la décima piedra miliaria de Londinium, cuando L. Salisburius era cónsul único, en el año que siguió a la muerte de A. Tennisonianus Laureatus, a quien la deificada Victoria elevó al rango patricio. Nos ha sido transmitido que el infante, que era el octavo hijo de su padre, no lloró al nacer, sino que se limitó a fruncir el entrecejo con fiereza, anunciando así su resolución de sobreponerse a los crueles pinchazos del destino mediante una actitud mental muda y cínica. A este presagio fue añadido otro: una planta de coliflor que crecía en la huerta de su padre comenzó a echar brotes anormales e inusuales, a saber, hortalizas tan diversas como puerros, cebollas, malva, chirivía, mejorana, nabos e incluso hinojo marino, lo cual pronosticó la excesiva variedad de los estudios a los que iba a dedicar su estilete, y que en el futuro le merecerían el título de polihistor. Mas en la cúspide de la coliflor crecía el laurel de Apolo.

Estudió gramática y retórica en una escuela regentada por la Comunidad Cartuja, pero interrumpió sus estudios para marchar a la guerra contra Gulielmus el Germano, siendo nombrado centurión en la Legión XXIII. Se cuenta que, hallándose muy malherido en la batalla del Bosque Corvino, su cuerpo supino fue retirado por sus compañeros para ser incinerado en la pira común, cuando he aquí que el dios Mercurio, distinguido por sus sandalias aladas y caduceo, además de una conspicua gracia divina, se apareció ante el tribuno militar que estaba lamentando la muerte prematura de Gravesa, y le habló del siguiente modo: «Hombre: quedan todavía semillas de vida en aquel cuerpo ensangrentado y mutilado. ¡No enojes a los dioses echando a las llamas lo que ellos mismos han salvado! Una vez recuperadas sus agotadas fuerzas, mi Robertulus todavía podrá ofrecer una vida provechosa a la

Legión gracias a su refulgente espada, complaciendo asimismo a su patria con su bien afinada lira y sus tablillas repletas». Con estas palabras, el heraldo de los dioses desapareció, y el tribuno no desestimó el mensaje: después de vendar las heridas que ya habían dejado de sangrar, envolvió el cuerpo, que más parecía cadáver, en su propia capa militar. En aquel preciso momento apareció a su derecha una comadreja (o una bruja disfrazada de comadreja) que, soplando por la boca, insufló vida en las ventanas inertes de su nariz.

De estatura era superior a lo normal y no le sobraban carnes. Tenía el cabello rizado y desgreñado, la nariz torcida a causa de la rotura sufrida en su juventud cuando luchaba en el gimnasio, y la misma desproporción física que el divino Homero notó en Ulises, es decir, que sus piernas eran demasiado cortas para su cuerpo. Su piel era excesivamente blanca y no cambiaba de color ni siquiera bajo el más tórrido sol de Egipto o España; a lo sumo se le cubría moderadamente de pecas, de manera que si dos pecas se llegaban a juntar él solía exclamar: «¡Esto es lo más que me dejas aproximar a un bronceado viril, oh Febo!». A menudo padecía afecciones del estómago y pulmones, pero no por eso sentía envidia de los dioses, y se sabe que dijo lo siguiente: que, puesto que sus padres le habían dejado un rico legado de salud, el único culpable era él mismo si desperdiciaba este obsequio mediante prácticas insalubres.

Después de recibir su espadín de madera y habiendo colgado las armas y el casco en el templo de Marte, reanudó sus estudios de retórica, insertándose entre los oxonianos. Mas a partir de aquel momento determinó no contemplar a ningún hombre como su patrón sino ser siempre su propio amo; esta resolución, confirmada con un juramento a la infernal Hécate, la mantuvo obstinadamente durante toda su vida.

En el año funesto que contempló la ruina tanto de los prestamistas como de los mercaderes de grano, acontecimiento que sembró pobreza en todos los rincones del mundo, Gravesa se desterró voluntariamente, eligiendo para su retiro la gran isla baleárica. Algunos dicen que partió apresuradamente, cubriéndose con una oscura capa para así eludir a los lictores, porque estaba acusado del crimen capital de asesinato, y que dio órdenes a sus libertos para que le enviasen sus bienes domésticos secretamente por mar, ante el temor de que le fuesen confiscados; lo cierto es que durante los siguientes seis años se mantuvo recluido en la villa baleárica que había mandado edificar, sin desplazarse siquiera a la península hispana, y practicando rituales extraños y secretos de los que nada se sabe con certeza.

Casóse dos veces, ambas esposas siendo britanas de generosa cuna, y tuvo cuatro hijos del primer matrimonio y un número igual del segundo. Se familiarizó con varias

lenguas vernáculas, y además de la suya propia y del latín y griego, hablaba todas ellas con más fluidez que exactitud o elegancia. Sus vicios eran pocos, aparte de una gula desmesurada. Como él mismo confiesa en una carta, sentía un especial deleite por el pan basto untado con ajo y mojado con aceite de oliva; y por la salchicha de cerdo crudo y grasoso por la que es notoria la isla de su elección. A esta debilidad habría que añadir, sin embargo, un orgullo severo y cierto menosprecio no solo por su aspecto personal sino —excepto en ocasiones formales— por los buenos modales en la mesa. Su hija mayor, por más que lo amaba y lo honraba, solía quejarse en público de su costumbre de calzarse dos *socci* de diferente color, uno en el pie izquierdo y el otro en el derecho; y de que su cabello estaba a veces untado de miel y rociado de hojas secas. Además, uno de sus exesclavos ha informado de que en una ocasión, al levantar la tapa de un plato de setas excepcionalmente suculento durante un banquete de cumpleaños, Gravesa preguntó ansiosamente: «¿Son todas para mí?». Jamás fue su orgullo tan poco provechoso como cuando rechazó hacer lo que sus amigos más experimentados le imploraban, a saber, escribir el mismo libro varias veces, cambiando solo los nombres y las escenas, y complaciendo así a las multitudes que siempre gozan cuando se les recuerda lo que ya han saboreado en otras ocasiones y todo aquello a lo que están acostumbrados. Es más, cuando le hicieron esta súplica, acompañada de lágrimas y tirones de plateadas canas, él, empeñado en un continuo cambio de tema, preguntó con malhumor: «Señores, ¿acaso os gustaría que me hiciera rico inventando una fórmula para dibujar conejos cómicos?». Luego subrayó sus palabras con la siguiente aguda improvisación, declarando magistralmente que la difícil escansión de «conejos» (*cuniculi*) no debería ser motivo para negarles la gloria de entrar en sus hexámetros.

Pintori species comucorum cuniculorum
Laetius occurrens mores mercede subegit,
Heu! tragica at persona tegit nunc ora jocosi
Insidiis capti comicorum cuniculorum[17].

Otras veces compuso tanto prosa como verso con gran dificultad y muchas tachaduras, de manera que con frecuencia solo quedaban para Felix, su amigo y transcribidor, dos o tres palabras garabateadas en el margen de las tablillas de cera; e incluso estas estaban destinadas a la anulación antes de concluir la obra.

Se dice que, mientras Vinstonius el Dictador descansaba después de la caída de

Hitlerus, Gravesa (a quien había dado repetidas muestras de favor) le leyó sus obras poéticas durante doce días consecutivos, desde la hora del desayuno hasta la hora de cenar, sentado sobre un banco en una sala de descanso del Senado; y que el cónsul Atlaeus relevaba al poeta cada vez que el cansancio se hacía notar en su voz. Sin embargo, aunque es verdad que Gravesa visitó Londinium por estas fechas, es difícil creer en este relato. Pues Vinstonius no relajó su tensa mente ni un solo día después de esta gran victoria, siendo su empeño el de acallar las victoriosas voces de sus aliados escitas. Además, aunque ahora muchos críticos urbanos y sabios gramáticos alaben los versos de Gravesa por su sabor áspero y su curiosa calidad, él mismo siempre leía sin dramatismo y con voz ronca y mirada nublada, derramando los versos de la Musa en un murmullo inexpresivo. Tampoco la recitación de Atlaeus, si hemos de dar crédito a nuestras fuentes, era tan dulce y eficaz como para cautivar el austero corazón de su poderoso colega.

La muerte de Gravesa fue presagiada por signos evidentes. La casa en la que nació se derrumbó repentinamente debido a la podredumbre seca que se infiltró en las vigas; además, una anguila de tamaño prodigioso, alzando la cabeza en el cercano lago conocido como La Laguna de los Juncos, exclamó: «Llorad, londinensianos, pues el ocaso de la poesía se cierne sobre vosotros». Un rayo también cayó sobre el Ateneo donde su padre y un tío habían sido sacerdotes (aunque él mismo nunca disfrutó de este honor); y un fuego se produjo espontáneamente quemando quinientos libros del Museo Británico, aunque ni una sola de sus obras sufrió la más mínima chamusquina.

La maravillosa manera en que se produjo su apoteosis es de todos conocida. Estaba sentado una tarde bajo su morera baleárica, alrededor de las calendas de mayo, conversando con amigos y nietos, quienes le felicitaban constantemente por la activa inteligencia que conservaba su mente, a pesar del caduco estado de su cuerpo, cuando de pronto (por extraño que parezca) apareció una mujer luminosa, de vivacidad más que humana, hendiendo el aire con un carro tirado por dragones, aunque hay quien dice que eran palomas. Esta diosa frenó su dócil tiro y permaneció flotando en el aire a unos diez codos del suelo, ofreciendo al poeta desde allí tentaciones tan habituales como un castillo vítreo, huertas de manzanas, y una cuba de aguamiel custodiada por hermosas vírgenes. Cuando la diosa indicó a Gravesa que subiera a sentarse a su lado, sus compañeros apartaron la vista de tan ilícita escena; mas cuando, poco después, se atrevieron de nuevo a mirar, había desaparecido sin despedirse, igual que hiciera Romulus cuando desapareció de la compañía de los pastores, sus leales compañeros, en pleno centro de Roma. Así pues, se dijo: «En una ocasión parecía que Gravesa había muerto, y sin embargo regresó de los muertos; en otra, que Gravesa no había

muerto, sin embargo había partido».

Por otra parte, Ganymedus Turpis, un comediante vulgar, ha introducido una escena en su pantomima «Los Poetastros», en la que se representa a Gravesa siendo muerto a cuchillazos por enfurecidas pescaderas palmesanas, a consecuencia de una enconada disputa sobre el precio de las lampreas.

Explicit Vita Gn. Rob. Gravesae.

¿ALGUNA VEZ HA TENIDO UNA LOMBRIZ DE GUINEA?

Se coló en el vagón dándose impulso justo cuando partíamos de Paddington y se sentó enfrente de mí.

—¿Quién dice que perder los nervios no lleva a ninguna parte? —preguntó a la defensiva.

Debía de haber discutido por ese tema con los empleados de la estación, porque desde el andén llegaban unos gritos airados. Un mozo de estación corría paralelo al ferrocarril, sacudiendo el puño y, tras él, vi a otro mozo desparramado en el suelo. Sangraba a borbotones por la nariz. Pero el tren ya había cogido velocidad y no pararía hasta Rugby.

—Hay ocasiones —continuó el hombre— en que no perder los nervios sería moralmente inaceptable. ¿Para qué nos dio nervios Dios, si no es para perderlos? ¡Díganme!

Éramos cuatro en el compartimento, pero ninguno de nosotros contestó. Aunque nos hubiera caído bien el hombre, quedaba todavía mucho trayecto por delante para enfrascarse en una discusión teológica. Pero como yo era el único sin periódico, me dio unos golpecitos en la rodilla.

—Por ejemplo, en un viaje por Egipto —insistió—. Por cierto, ¿ha estado alguna vez en Egipto? Esos guías de El Cairo se pegan como lapas. Está uno acabado si no pierde los nervios con ellos. Un tipo de aspecto sospechoso se le acerca y dice: «Le enseño tumbas de reyes egipcios, todos, grandes y pequeños, barato, barato, cincuenta piastras». «No, gracias —responde uno con educación—. Solo quiero ver el Museo». «Le llevo a Sadoum, en desierto —dice—. Conozco taxi barato, nos lleva por poco. Él, inglés. Yo, inglés. Vemos montón de ministros y reyes antiguos, ahora muertos». «No —insiste uno con menos rotundidad—, de verdad, solo quiero ver el Museo». «Museo malo: egipcio —insiste el hombre—. Yo, inglés. En mi casa de Sadoum hay muchas mujeres: italianas, griegas, inglesas. Y Libro de Muertos. Libro de Muertos antiguo, de verdad, me lo dio Churchill. En 1920 Egipto gobernado por ingleses, serios, buenos. Yo, sirviente de confianza de Lawrence de Arabia, también Churchill. Mire el recorte: Lawrence dice yo ser colmo. Aquí, mire, carta personal de Churchill. Él, mi hermano. Yo, inglés. ¡Yo, buen deportista!». «No —responde uno—. Es muy amable, pero, por favor, solo quiero ver el Museo. Y no me sobran cincuenta piastras». Entonces el hombre le penetra con sus ojos negros azabache y le agarra a

uno de la manga: «Digo: le llevo a Sadoum, ¡mi casa! ¡Inglés! Todos los egipcios malos. Yo, inglés: ¡bueno! Me llamo Brown. En Londres, gran hotel. En mi casa tengo Libro de Muertos. Me da cincuenta piastras, vamos a buscar Libro de Muertos… Luego, al Museo…».

Peiné el vagón con ojos suplicantes, pero todos desviaban la mirada.

—Tengo razón, ¿no? Si les muestra uno su punto débil, se le meten dentro de la piel como una lombriz de Guinea. ¿Alguna vez ha tenido alguno de ustedes una lombriz de Guinea? Son una plaga en la Costa de Oro. Se meten en el sistema sanguíneo por el dedo del pie (si uno se baña en la piscina equivocada) y se suben tan contentas por la pierna, y van creciendo y creciendo, pegadas a las venas. Estos bichejos se empeñan en hacer un tour completo por el cuerpo. Llegan al muslo, ascienden hasta la cadera, se enroscan en la cintura, y luego suben hasta los hombros y el cuello, por detrás de las cuencas de los ojos, esa es la parte más difícil, y muy dolorosa, se lo aseguro, y luego bajan y repiten el trayecto, y hala, salen por el mismo dedo. Cuando empiezan a emerger, hay que irlas enroscando con cuidado alrededor de un palo de cerilla, un poquito cada día, hasta que salen del todo. Para entonces ya miden casi un metro. Si se tira demasiado fuerte, se rompen por la mitad y entonces, claro, se complica la cosa. Hay que correr a los curanderos tropicales para que le den algún remedio. Pero si pierde uno los nervios, está a salvo, porque estos bichejos lo respetan, le dejan en paz y se pierden por el desierto.

Me quedé perplejo unos segundos y entonces caí en la cuenta de que probablemente había saltado de las lombrices de Guinea y los curanderos tropicales a los guías turísticos de El Cairo.

—Y no solo las personas, también las cosas —prosiguió—. Las cosas también lo respetan a uno. Supongamos que intenta abrir un frasco con tapa de rosca que se ha quedado atascado, y no puede, ni con un paño húmedo, porque no puede agarrarlo bien. ¿Qué hace entonces? Pierde los nervios, tira el paño y libera el instinto asesino. Agarra el maldito frasco y le retuerce el cuello. Y venga, así sale la tapa, ¡suave como la seda! Pero después se queda hecho polvo. Esas cosas agotan a cualquiera.

Hizo una pausa para mirar el paraguas con cara de sorpresa: acababa de arrancar de cuajo el mango de plástico. Se lo metió con aire taciturno en el bolsillo del abrigo y continuó:

—Lo mismo pasa con el rugby. Por cierto, ¿alguna vez ha jugado al rugby, caballero? Imagínese: está en plena melé, pero la del equipo contrario es más compacta, y los jugadores están mejor entrenados y les empujan por donde quieren… Su equipo vuelve a meterse en su propia línea de veinticinco, metro a metro, y ya

están todos para el arrastre. No les quedan fuerzas y los laterales están destrozados. Y entonces, uno de los contrincantes coge la pelota y empieza a correr. Usted echa el resto y le hace un placaje como puede, pero él se mete entre el árbitro y usted y le aparta de un puñetazo, que le da donde más duele.

En ese momento se arreó un buen golpe en la mejilla para ilustrarlo.

—Me pasó una vez, en Murrayfield, en el 37. ¿Y qué hice? Pues perdí los nervios, ¿qué iba a hacer? Me di la vuelta y me lancé sobre él y lo tiré al suelo agarrándolo por los pies…

—¡Cuidado! —dije con frialdad, mientras separaba sus manazas de mis tobillos.

—… Y al cabo de un segundo tenía la pelota de cuero bajo el brazo y corría por el campo como la peste. Sorteé a un grupo de delanteros, salté por encima de la cabeza de un medio sin tocarlo, zigzagueé y me escabullí, derribé a otra fila de delanteros, me deshice de un tercer alero, y me encontré en medio del campo. ¡Solo quedaba un defensa entre la línea de tiro y yo!

Ahora estábamos solos en el compartimento. Al parecer, ni el imperturbable exmilitar de las RAF de cara enrojecida, ni el correcto director de banco ni el respetable director de colegio con alzacuellos (todos ellos obligados a participar de un modo u otro en esa jugada de Murrayfield) jugaba al rugby, ni daba la impresión de querer aprender el deporte. Pero, como buenos ingleses, no protestaron. Se limitaron a doblar sus periódicos y salir al pasillo del tren.

El relato continuó:

—El defensa era un tío alto con malas pulgas de noventa kilos por lo menos, J. J. Hamilton-Dewar, de la selección escocesa de esa temporada. Su especialidad eran los placajes asfixiantes: saltaba sobre el contrincante como un león sobre una oveja, le tiraba al suelo con la fuerza de sus noventa kilos y le enterraba la nariz en el barro. Bueno, pues el tal J. J. Hamilton-Dewar venía a la carga como un tren expreso, justo desde su línea de los veinticinco para asfixiarme…

Un expreso pasó volando y, como la ventanilla estaba abierta, produjo un rugido sensacional, que ahogó el resto de la frase.

—Pero, aunque no se lo crea —gritó el hombre por encima del estruendo—, contraataqué con suma violencia. Tenía al bichejo enroscado al cuello, pero ¡la metí entre los postes! Sin titubear. Aunque me quedé hecho polvo cuando sonó el silbato y me tranquilicé. Esas cosas agotan a cualquiera.

Suspiró y se enjugó la cara con un pliegue de su paraguas roto.

—Por cierto, ¿alguna vez ha combatido en el frente? —continuó después de una pausa—. Es asombroso lo que uno hace en combate. «Se pone hecho una fiera»,

como decían los antiguos vikingos. Cuando a un hombre le clavaban una lanza que le atravesaba el cuerpo era capaz de partir el mango porque le molestaba, cargarse a una docena de enemigos con cualquier arma que tuviera a mano hasta recuperar la calma y de repente darse cuenta de que era hombre muerto. Un tío que conocí en Corea se puso como una fiera e hizo que los chinos se cagaran de miedo, porque tendría que haber muerto diez minutos antes. Le faltaba la mitad de la cabeza y una mano, pero siguió machacándoles el cráneo con una herramienta contundente. Mató a toda una sección de ametralladoras antes de palmarla.

—Baje ese paraguas ahora mismo —dije, aunque cada vez me costaba más controlarme.

A regañadientes, bajó el arma.

Cuando retomó la palabra, lo hizo con voz suave y casi melosa:

—Por cierto, ¿alguna vez lo han dejado plantado en Los Ángeles? A mí sí me ha pasado. Fue una chica que se llamaba Louella. Un encanto de mujer, hay pocas como ella. Su único defecto era la obsesión por querer que la dominaran, y yo no servía para eso. Me insistía para que perdiera los nervios, pero ese ha sido siempre mi problema: soy incapaz de perder los nervios con una mujer. Con un hombre, sin problemas, por supuesto; pero si alguna vez me trata mal una mujer, lo único que hago es sentarme en un rincón y ponerme a llorar. ¿No le parece curioso? Al parecer, lo que Louella necesitaba era un perro grandullón con malas pulgas que la agarrara de los pelos, la zarandeara por el apartamento y después le hiciera el amor entre los platos rotos y las sillas descuajeringadas. Pero yo era incapaz de jugar a esa clase de juegos con ella. Imposible. Lo único que hacía era sentarme en la cama y ponerme a llorar. Así que, un buen día, me arañó la cara, me quitó la cartera y me echó a patadas. Salí de allí como una oveja descarriada.

¿Es que no iba a callarse nunca? Todavía faltaban mil kilómetros para Rugby.

—Un par de días más tarde —continuó el hombre con voz entrecortada—, me encontré, muerto de hambre, con los ojos rojos y castigado por el sol, sentado en el bordillo de una acera de Le Moyne. Enfrente había un edificio grande de color rosa, algo entre una pagoda y una cárcel comarcal, con un cartel colgado encima de la puerta: «SED TODOS BIENVENIDOS». Aunque no decía a qué éramos bienvenidos, tampoco me importó. Solo necesitaba un lugar en el que sentarme para llorar un poco más. Crucé la calle, me acerqué al vestíbulo del edificio y presté atención. Se oía como un sermón. Se me da muy bien lo de sentarme a escuchar conferencias y sermones: pongo cara de interesado pero pienso en mis cosas. Que haya alguien hablando mientras el público escucha me ayuda en cierto modo a aislarme

mentalmente… ¿Alguna vez ha ido a una conferencia para pensar en sus cosas?

—No —respondí—. Prefiero los trenes. Pero no me ha dado la oportunidad de hacerlo.

Desdeñó mi interrupción sacudiendo la mano.

—Me senté al fondo y eché un vistazo alrededor. Por dentro era como una iglesia gótica inmensa y fresca, con fabulosos adornos florales y linternas de colores, y un exagerado olor a incienso, y una congregación disparatada; disparatada incluso para California. Más tarde me enteré de que era el templo de Simón el Mago Redivivo. Por cierto, ¿ha leído alguna vez los Hechos de los Apóstoles? Hablan mucho sobre Simón el Mago. Bueno, pues en un lateral del presbiterio había un coro de mujeres, vestidas como si fuesen palomas, con trajes de plumas blancas, y en el lugar donde debería haber estado el altar, había una batería de tambores africanos que aporreaban con un ritmo extraño. Hasta ahí me pareció bien, pero lo que no me gustó fueron las vidrieras tintadas con pares de ojos amarillos abiertos como platos que me miraban, y los inquietantes mosaicos de color azul, negro y blanco de las paredes. Quien dirigía el espectáculo era un tipo bajo, cuadrado y de tez morena, con traje de gala y una corona dorada, que se alzaba muy erguido en un pequeño trono. Y un grupo de coristas, vestidas de nilón y oropel, estaban acuclilladas a su alrededor en taburetes bajos.

Bueno, pues el caso es que lloré hasta quedarme a gusto, me soné la nariz y empecé a pensar a quién podía pedirle dinero; estaba seguro de que tenía que conocer a alguien en la ciudad además de a Louella. Me devané los sesos intentando recordar el nombre de un tipo con el que había trabajado cuando estaba en el Cuerpo de Seguridad de Bruselas. No está mal, Bruselas. Por cierto, ¿ha estado allí? Me había dicho que tenía un taller de reparación en Los Ángeles. Irving No sé qué. Empezaba por «Sch»… Un tío grandullón con gafas de montura al aire. No me salía el apellido, así que seguí intentándolo hasta que de pronto oí un jaleo tremendo que provenía del altar. Era como si el hombre del traje de gala se hubiera enfadado con alguien; pero yo no lo conocía, y era imposible que él me conociera a mí, así que no me di por aludido. Seguí dándole vueltas: «¿No era Schellingman o Schellinger o Schlaffinger o algo parecido…? Tendré que buscarlo en el listín telefónico». La voz sonaba cada vez más enojada, hasta que por fin me di cuenta de que la víctima era yo. Alcé la mirada justo cuando me acusaba de ser una mala influencia. Me gritó que estaba rompiendo la sagrada comunión de la gnosis (esa fue la palabra que empleó, aún me acuerdo) y que sería mejor que me largase, porque él era el Destacado: inmortal, invencible e irrefutable…

Así pues, me levanté (ya no me sentía como una oveja descarriada) y señalé el

cartel que decía: «SED TODOS BIENVENIDOS». Y le dije que no estaba acostumbrado a que me echaran de los sitios y, aún más, que no creía que él fuese menos mortal o más invencible que cualquier hombre normal y corriente. Eso despertó la ira de mi señor Simón, quien atronó junto al micrófono: «¡Yo soy el Destacado! El que destacó, el que destaca y ¡el que siempre destacará! ¡Acércate, gusano, y rinde homenaje a mi trono!». Cuando le dije que recorrería el pasillo, pero para darle un puñetazo en la nariz si le apetecía, soltó una risotada propia de los dioses y me informó de que nadie podía enfrentarse al Destacado. «No podrás llegar a mí —alardeó—. Se te pegarán los pies al suelo».

Ya estaba harto. Avancé con aplomo por el pasillo hacia esa cara tan fea que había en el altar, pero cada paso me costaba más que el anterior. La congregación apoyaba al líder en silencio pero con determinación, y deseaba que yo regresara al banco. Era como si arrastrara las piernas por escayola líquida. Con mucho esfuerzo avancé otro par de centímetros y me quedé tieso. No había recorrido ni la mitad del trecho.

Simón el Mago se rió de mí: «¡Lo ves, es inútil! Vamos, voy a permitir que te muevas. ¡Acércate y ríndeme homenaje!». Notaba a toda la congregación unida alentándome: «Ríndele homenaje, ¡rinde homenaje al Destacado!». Y tuve que inclinarme hacia atrás y clavar bien los talones para evitar que me empujaran hacia delante.

Aún tenía ganas de darle un puñetazo en la nariz, ¿sabe?, pero mis puños colgaban a ambos lados del cuerpo como pesos de cincuenta kilos en el extremo de una cuerda. Y entonces, cuando por casualidad miré a una de las chicas del coro (eran las esposas gnósticas de Simón, tal como me contaron más adelante), bueno, pues ¡quién lo iba a decir!, ahí estaba Louella, que me miraba con desdén, como si me dijera: «Dominación, ¿qué sabrás tú de eso, infeliz? El Destacado, él sí que comprende lo que es la dominación». Y se levantó y susurró algo al oído de Simón el Mago.

«¡Voy a darte un mamporro!», le grité a Simón. Esto confundió a los feligreses. La mayor parte de ellos seguían empujándome para que avanzara. Unos cuantos se desvivían por retenerme. Lo sé porque noté sus ansias como telas de araña que se pegaban a mi cara cuando me apresuré a ascender los peldaños del presbiterio. Me hallaba a dos metros escasos del trono cuando volví a sentir que me pegaba al suelo. Simón el Mago había recuperado el control de la situación. Aunó sus reservas espirituales y empezó a castigarme con todo el vudú de su vocabulario. Volví a quedar inmóvil: inmóvil, empantanado y anclado al suelo.

Me dijo: «¡Lo ves, tan indefenso como un niño! Vamos, arrodíllate ante mí, ¡inglesote llorón! Rinde homenaje al Destacado». ¡Inglesote llorón! ¡Eso me salvó!

Era un insulto que Louella había puesto en su boca. Lo reconocí. Entonces perdí los nervios. Se lo aseguro, nunca había estado tan desquiciado. Saqué los pies del cenagal gnóstico. Amenacé con ambos puños. La congregación empezó a asustarse, lo percibía… Incluso las esposas espirituales y las palomas del coro, incluso el propio Destacado…

El hombre se quitó lentamente el abrigo y la americana y, también lentamente, se remangó la camisa.

—Un fuego encendido de ira se adueñó de mí —me dijo muy serio—. Di un paso adelante, preparé el brazo derecho; medí la distancia… Por cierto, ¿alguna vez ha boxeado, caballero?

No me importó contestar a esa pregunta:

—¡Sí! —chillé, mientras le propinaba un furioso gancho de derecha en la mandíbula.

Se desplomó en el asiento y se desmayó.

En ese momento, el imperturbable exmilitar de las RAF de cara enrojecida, el correcto director de banco y el respetable director de colegio con alzacuellos entraron en tropel en el vagón y regresaron a sus asientos como si no hubiera pasado nada. Echaron un vistazo rápido al cuerpo inerte y ni siquiera me dieron las gracias.

—¿Quién dice que perder los nervios no lleva a ninguna parte? —les grité a la defensiva—. ¿Han estado alguna vez en Egipto? ¿Alguna vez han tenido una lombriz de Guinea? ¿SE HAN PUESTO COMO UNA FIERA ALGUNA VEZ?

Pero después me quedé hecho polvo. Esas cosas agotan a cualquiera.

UNA BICICLETA EN MALLORCA

No siempre había sido así. Mallorca solía ser la isla con menor índice de criminalidad de toda Europa. Cuando regresé con mi familia poco después de la Segunda Guerra Mundial, aún podía uno colgar la cartera de un árbol y volver tres meses más tarde para encontrar su contenido intacto. A no ser, claro, que alguien que necesitase cambio hubiese cambiado los billetes pequeños por uno más grande del mismo valor.

Estoy perdiendo esta mañana en los fríos pasillos del juzgado de Palma por culpa de una bicicleta que le fue «sustraída» a mi hijo Guillermo. Se la prestó a su hermano menor Juan, hace un año, cuando la bicicleta de Juan… Pero olvidemos la bicicleta de Juan por el momento y concentrémonos en la de Guillermo. Importamos las dos de Inglaterra. Los españoles, desde luego, saben montar en bicicleta; son héroes de las carreras ciclistas, y la mortandad entre los más destacados de la profesión es bastante más alta que entre los toreros. En la parte de atrás del Club Ciclista de Palma hay un nicho en el cual han colocado una capilla en memoria de uno de sus miembros, muerto en una carretera de montaña durante la Vuelta a España; los pedales y sus zapatos están colgados bajo una imagen de san Cristóbal, y los cirios están siempre encendidos. Otros miembros del club fallecidos en competiciones de menor importancia, no son objeto de tan solemne conmemoración. Pero nosotros, los ingleses, al menos sabemos cómo *fabricar* bicicletas. Me apresuro a decir que no estoy criticando la destreza de los españoles, pero da la casualidad de que los británicos son expertos en esta industria en particular, e incluso exportan enormes cantidades de bicicletas a los remilgados norteamericanos. Claro que el gobierno español no quiere admitir que pueda haber alguien en el mundo capaz de hacer las cosas mejor que los españoles, y no pongo en duda que fomentar la fe en la habilidad industrial de la nación sea obligación del gobierno. Sin embargo, esta actitud hace que le resulte difícil a un español o a un residente extranjero en España —y ahora llego al meollo de la cuestión— importar bicicletas inglesas, sobre todo cuando las reservas españolas en libras esterlinas están bajas. Dicha persona tiene que rellenar quince impresos por quintuplicado, dando sus estadísticas personales vitales así como las de sus parientes, al menos de los más cercanos, y demostrarles que existe un motivo justificado por el que se le tendría que permitir la posesión de una bicicleta británica (a pesar del impuesto aduanero, que es del cien por cien) en lugar de una máquina mucho mejor, fabricada localmente, que puede adquirirse a mitad de precio. Después

de esperar quince meses una respuesta, mientras las reservas en libras esterlinas han continuado bajando, cabe la posibilidad de que la respuesta sea: «Lamentamos informarle de que el cupo de importaciones del año pasado ya ha quedado completado; en consecuencia, le aconsejamos que rellene los impresos necesarios por quintuplicado para el cupo del año en curso», año que, por cierto, ha finalizado tres meses antes. Así pues, la forma menos penosa de importar una bicicleta británica, como luego aprendí gracias a un simpático secretario del Ayuntamiento, es llegar con ella a la frontera, dispuesto a pagarles el impuesto de las aduanas en metálico, e insistir en la entrada.

—Si va acompañado de niños —dijo el simpático secretario—, no creo que haya problema. Todos los españoles se hacen cargo del cansancio de los padres de familia que han hecho un largo viaje en tren.

—¿Y si, por mala suerte, encuentro la excepción?

—Entonces pruebe en otro puesto fronterizo de los Pirineos, uno que quede más retirado. Algunas veces, los funcionarios de los puestos más remotos no tienen información sobre el arancel que deben aplicar a los residentes en España por la importación de bicicletas. Si el viajero resulta ser un padre de familia cansado, podrían muy bien aconsejarle (esto, de hecho, ya ha ocurrido) que frote un poco de fango sobre la máquina, convirtiéndola así en una bicicleta vieja. Su hijo podría pasar montado como un turista de verano.

Es una larga historia… Pero en fin, la cuestión es que conseguimos la bicicleta de Guillermo con bastante legalidad. Eso fue en 1949, y no se produjo ninguna complicación inmediata. La bicicleta británica fue muy admirada por la solidez de su cuadro y por ser la única en la isla con llantas y varillas de acero inoxidable, frenos que frenaban de verdad, y un eficiente cambio de marchas con tres velocidades. Luego, allá por 1951, los viajeros británicos, franceses y americanos aceptaron la fantasía de Mallorca como Isla del Amor, Isla de la Calma, el Paraíso donde siempre brilla el sol, y donde uno puede vivir como gallo de pelea con un dólar diario, bebidas incluidas. Una gigantesca ola de prosperidad rompió contra estas tierras, y aunque las estadísticas demuestran que solo un tres por ciento de los buscadores del Paraíso regresan a él, siempre hay varios millones más en el lugar de donde provienen. Esto significa, naturalmente, que ladrones, mendigos, vendedores de drogas, chantajistas, gigolós, aventureras, pervertidos, invertidos, desvertidos y circunvertidos también entran en tropel, procedentes de todas partes del mundo, de los cuales nada menos que un noventa y siete por ciento se queda en la isla. Sus enrevesadas actividades ponen un peso exagerado sobre los hombros de los apacibles guardias civiles. Repito:

«apacibles». Los guardias civiles son, por regla general, apacibles y nobles, correctos, probablemente los únicos españoles que no sienten el complejo de inferioridad nacional por no ser toreros, cosa que sienten incluso los ciclistas. Les recomiendo muy seriamente que no se burlen de los sombreros que llevan los guardias civiles y que no les llamen sombreros de «ópera cómica», aunque sean de charol y tengan una forma muy curiosa. Este casco antiguo, por regla general, cubre auténticos hombres.

Detrás de nuestro piso en Palma hay un cuartel de la Guardia Civil. Las condiciones allí dentro son bastante austeras y las viviendas se parecen mucho a las de la cárcel demolida recientemente cerca de Boston… ¿Cómo se llamaba? Aquella en la que hubo tantos motines, ¿recuerdan? Conozco a dos o tres de los guardias que viven allí, y mi familia goza de una invitación permanente a su fiesta anual del primero de marzo (día del Ángel de la Guarda), que es algo digno de ver. Así que cuando, una tarde de 1952, robaron la bicicleta de Guillermo en el portal de nuestra casa de pisos —nosotros vivimos en la segunda planta— me fui directamente a ver a un guardia a quien recordaba de los días en que era un bebé gordito y sucio allá por 1929, y le pedí que se procediera a una acción inmediata. Llamó a un compañero suyo, que era guardia de los que visten de paisano y cuyos hijos habían ido al colegio con los míos, y lo mandó al campamento gitano que hay junto a la fábrica de gas. (Uno de los primeros indicios de la prosperidad mallorquina fue una afluencia de gitanos indisciplinados y sucios hasta lo pintoresco, procedentes del sur de España). El campamento, constituido por unos cobertizos bajos de piedra, sin cemento ni puertas, con tejados de madera recuperada del mar y alguna que otra plancha vieja de metal oxidado, es donde normalmente se buscan las bicicletas robadas. Esta vez no se encontró ni rastro. Pero cuando el guardia volvía de su caminata y estaba llegando al cuartel —con el «Todo por la Patria» inscrito en la entrada— una bicicleta descontrolada cruzó la calle a toda velocidad, rozó al guardia y acabó hecha un montón de hierros al chocar contra una farola. Su conductor, un joven menorquín medio chiflado, quedó herido de gravedad, al igual que la bicicleta de Guillermo. Al no estar acostumbrado al sistema del cambio de marchas, el pobre hombre había intentado aumentar la velocidad al pasar delante del cuartel, sin dejar de pedalear, rompiendo así un piñón de la caja de cambios, y entonces perdió la cabeza, el equilibrio, el conocimiento y la libertad. Tuve que firmar una larga denuncia contra el menorquín y además jurar que me pertenecía la bicicleta antes de que me permitieran llevármela.

—Pero tenga presente —dijo el teniente— que esta máquina tendrá que presentarse como prueba cuando el ladrón comparezca ante el tribunal. Como le

conocemos bien, puede quedársela de momento, ¡pero cuídela mucho!

La ola de prosperidad había producido un atascamiento tan tremendo en la actividad judicial que el caso aún está en lista de espera. A los prisioneros les dejan libres bajo fianza, pero el menorquín no podía siquiera pagar los daños causados a la bicicleta de Guillermo, así que, si no ha sucumbido a sus heridas, supongo que alguna que otra cárcel le alberga todavía hoy. Todo lo que puedo decir es que la prensa local guarda silencio sobre el tema. Un joven amigo mío inglés vio el lado malo de la cárcel de Palma no hace mucho, pues le acusaron de estar borracho y de llevar encima un arma mortífera. Cuando el capitán general ordenó su libertad a cambio de no sé qué misterioso favor en el consulado británico, oí hablar mucho de aquella prisión. Un prisionero podía ganarse el perdón de un día de la sentencia por cada jornada completa de trabajo voluntario, que consistía en trenzar los cestos de hoja de palmera y luego bordar las palabras «Souvenir de Mallorca» y unas cuantas flores con rafia de colores, para los turistas. También se les perdonaban dos días por horas extras en domingos y festivos. Solo había otro prisionero, además del inglés, que se negaba a trabajar; era un ratero valenciano, acusado de varios delitos y con un montón de sentencias que sumaban ciento ochenta años. A juzgar por la descripción de mi amigo, se trataba de una cárcel bastante primitiva en lo concerniente a acomodación, instalación de cañerías y condiciones sociales: «auténtico siglo XVIII, una pieza de coleccionista». Pero estaba prohibido jugar a las cartas, así como el alcohol, los libros no edificantes (no devotos) y los cigarrillos americanos. No figuraba ningún mallorquín entre los once delincuentes con quienes compartía la celda —tenían que ocupar las tres únicas camas por turno— porque los mallorquines casi nunca cometen delitos (a no ser que el contrabando se considere como tal, cosa que debe permanecer como una cuestión abierta a debate) y siempre puede pagarles la fianza algún pariente cercano o lejano.

Pues bien, cuando se anuncie el juicio por el incidente de la bicicleta, quizás este mismo año, y le otorguen diez años de condena al menorquín, este ya los habrá cumplido y será de nuevo un hombre libre, con un oficio aprendido y dinero en el bolsillo: el pago acumulado al uno por ciento por cada cesto trenzado, menos descuentos por alguno que otro café o afeitado. Mientras tanto, hemos hecho reparar la bicicleta, que había perdido una barra de pedal, y le hemos hecho colocar un faro y un guardabarros españoles, pues los originales formaban parte de las pérdidas. El cambio de marchas ya no es lo que era antes, pero la bicicleta aún corre, a pesar de otros accidentes que pronto se relatarán.

Y hablemos ahora de la bicicleta de Juan, también importada legalmente… o casi.

Elegimos una de color rojo buzón, para que fuese bien llamativa, porque la ola de prosperidad seguía creciendo y no queríamos que nos la robaran. Como era un perfeccionista, Juan cuidaba de aquella bicicleta como de un tesoro, como si fuera la niña de sus ojos, repasándola cada día con un trapo aceitoso, otro trapo para el polvo y jabón para cuero. En mala hora le apuntamos en el colegio —llamémosle de San Rococó— conocido como el mejor colegio para niños de Palma. Juan es protestante, y los respetables curas encargados de este colegio esperaban guiarle hacia el redil del catolicismo, tal como habían guiado a un pequeño danés, a dos pequeños alemanes y a otro pequeño inglés. Pero Juan, que ha heredado una amarga sangre protestante de ambos lados de la familia, permaneció inflexible. Los curas, perplejos, retiraron su protección paternal y pronto Juan fue asaltado por un grupo de compañeros de clase. Dio la casualidad de que Inglaterra acababa de ganar a España en un partido de fútbol, por cuatro goles a uno, y esos muchachos patrióticos acusaron a los delanteros ingleses, y a Juan, de juego sucio. De una patada sacaron dos varillas de su bicicleta, luego tiraron la tapa del timbre al otro lado de la valla, estropearon la dinamo y se llevaron la bomba. Aquí se hace necesario aclarar debidamente que no se trataba de mallorquines, sino de hijos de los gallegos de la ola de prosperidad, recientemente instalados en Palma, y que el portero del equipo español era gallego.

—La juventud, ya se sabe —suspiró el padre Blas cuando yo me quejé—. Sería prácticamente imposible descubrir los nombres de los culpables, porque en San Rococó no alentamos a los chivatos. Además, la falta de cooperación de su hijo en las devociones cristianas…

Así pues, tuvimos que cargar nosotros con los gastos de reparación de la bicicleta de Juan. Pero un lunes por la mañana se la robaron, en el aparcamiento de bicicletas que había dentro del recinto del colegio, mientras él estaba en clase. Aquella misma noche fui a protestar. El padre Blas sonreía ampliamente y se negaba a tomar en serio la cuestión. No dudaba de que uno de sus alumnos bromistas le estaba gastando una inocentada a mi hijo. La solución —¡Dios lo quisiera!— aparecería al día siguiente y yo no tenía por qué preocuparme, ya que el aparcamiento quedaba bajo la responsabilidad de un seminarista de confianza.

—Si no aparece mañana —le dije—, por favor, den parte del asunto a la Guardia Civil sin demora. Mi mujer y yo volamos esta noche a Madrid y no podemos encargarnos personalmente. La bicicleta de Juan es muy característica, y aunque la pintaran de nuevo…

—¡Ni una palabra más, querido señor! Lo que usted dice es muy lógico —exclamó el padre Blas.

La bicicleta roja de Juan no fue devuelta por ningún alumno bromista. Al lunes siguiente robaron otra bicicleta, y el lunes después cinco más, todas ellas máquinas no protestantes. A mi regreso de Madrid fui a ver de nuevo al padre Blas para pedirle noticias. El padre Blas admitió no haber tomado aún ninguna medida práctica, ya que el colegio estaba muy ocupado con un curso intensivo de ejercicios espirituales (un golpe de refilón por la falta de cooperación de Juan), pero mañana, sin falta, el seminarista de confianza notificaría a la Guardia Civil las misteriosas desapariciones.

Yo dije con firmeza que si antes de diez días no le devolvían a Juan la bicicleta británica legalmente importada, el colegio de San Rococó tendría que devolverme el importe de su valor, que ascendía a dos mil pesetas, aduanas incluidas, es decir, cincuenta dólares. El padre Blas me estrechó la mano efusivamente al salir; me escribiría inmediatamente después de deliberar con sus reverendos colegas. Su respuesta llegó justo antes del fin de curso, incluida en el recibo del colegio: una escueta nota en la que me informaba de que, según la opinión meditada de los abogados consultados por el colegio San Rococó, dicho colegio no incurría en responsabilidad alguna por la desaparición de bicicletas en su aparcamiento, ya que no se les había cobrado nada a los estudiantes por el privilegio de guardarlas allí durante las horas de clase.

En Mallorca, uno aprende pronto a no presentar demandas por cosas de tan poca importancia como una bicicleta. Yo sabía que cualquier acción judicial costaría mucho más que el valor de la bicicleta, y que pasaría un año o dos antes de que el pleito llegara ante los tribunales. Además, como me comentó mi barbero cuando discutí el asunto con él, la Iglesia siempre gana, y siempre ha sido así, excepto durante los inicuos regímenes liberales de principios del siglo XIX y bajo la también inicua República. Así que me limité a sacar a Juan del colegio y escribirle una carta al padre Blas dándole las gracias por la atención con la que había colmado la educación de mi hijo, y omitiendo pagarle el recibo. El detalle tenía su doble filo, pues San Rococó no podía denunciarme jamás, ya que esto les costaría mucho más que el valor de las cuotas del colegio, y si yo les denunciaba a mi vez por lo de la bicicleta, no le haría ningún bien al colegio, sobre todo si nuestro abogado mencionaba los otros seis robos como prueba de negligencia.

Desde entonces, Juan ha estudiado principalmente en casa, pero toma clases de francés en la Alliance Française. Y Guillermo, que ahora estudia en Inglaterra, le ha prestado su bicicleta durante el curso.

—Y si alguna vez te olvidas de ponerle la cadena y el candado cuando yo no esté, ¡te mato!

Esto nos lleva al mes de febrero de 1957, cuando di una serie de conferencias en los Estados Unidos. Mis amigos mallorquines estaban preocupados por mi viaje al país de los gángsters, de los neuróticos, de los pieles rojas y de los *sheriffs* con sus «muchachos», que tan familiares les resultaban en el cine; los más devotos, según tengo entendido, ofrecieron cirios por mi seguridad a sus santos predilectos. Recibí una clamorosa acogida cuando llegué a casa con mis paquetes —caramelos, prendas de nilón, discos de *rock-'n-roll*, películas Polaroid, zapatillas de *ballet*, una cabeza reducida del Panamá— y un respetuoso saludo en la prensa local. Con gran alivio por mi parte, encontré la bicicleta de Guillermo asegurada con el candado y encadenada al poste de la barandilla, al pie de nuestra escalera.

A la mañana siguiente, a las ocho, mientras me vestía sin prisas para el desayuno (al que seguiría una revisión de los ejercicios de latín de Juan, hechos durante mi ausencia), me sobresalté al oír un chillido y un tremendo estruendo. Supuse que Juan había estado celebrando la llegada de la cabeza reducida con una auténtica orgía india y que había derribado accidentalmente el armario de la vajilla.

—¡Ya está bien! —grité.

Juan apareció, con cara asustada.

—Es ahí fuera —dijo—. Creo que se están peleando otra vez.

Hacía dos años, la escalera de nuestro bloque de pisos había servido de escenario para una sangrienta batalla. Un respetable matrimonio que vivía en la cuarta planta se había quejado de que la criada de una señora no mallorquina, que vivía en el piso de abajo, cantaba flamenco constantemente. En Mallorca nadie canta o baila flamenco, a no ser los gitanos y las chicas del barrio chino y alguna que otra turista americana que compra castañuelas y asiste a la (llamémosla así) Academia de Baile Español de Pascualita Pastís, para justificar las mantillas, las peinetas y los pendientes que se ha comprado en Sevilla. El matrimonio mallorquín insultó a la cantaora de flamenco. Ella se arrojó contra ellos, mordiendo la mano de la mujer hasta el hueso y rompiéndole el tobillo al marido. Los señores de la criada, que odiaban al matrimonio mallorquín, pues la venerable máquina de coser de su vieja tía hacía temblar el techo de su piso hasta bien cerrada la noche, y su niño pequeño jugaba todo el día a los bolos, no hicieron nada para disuadirla. El incidente dio muy mala reputación a nuestra calle.

«Pero no puede tratarse de otra pelea», pensé yo, mientras me ponía rápidamente las zapatillas. La cantaora de flamenco y su dueña se habían marchado hacía tiempo, y todo el edificio volvía a ser de lo más respetable. Éramos los únicos no mallorquines que quedaban, que yo supiera.

Salí corriendo del piso y me quedé allí, en el rellano. Al tocar la barandilla de

metal, me cayó una gota de sangre en la mano y oí un ruido gorgoteante que venía de arriba. Levanté la vista. Un joven con el rostro contraído, ojos de mirada feroz y frente ensangrentada, se balanceaba sobre la barandilla del piso superior. Estaba a punto de saltar por segunda vez. Yo le grité en castellano:

—¡Bájese de ahí y compórtese como un cristiano!

Pero él chilló y saltó. Yo intenté agarrarlo en su rápida bajada. Pesaba demasiado; siguió bajando hasta el fondo del hueco, dándose contra la bicicleta con el mismo estruendo que me había sobresaltado hacía tan solo un minuto. Luego se dio la vuelta y permaneció quieto.

Este segundo intento de suicidio parecía haber tenido éxito; mis únicos conocimientos sobre primeros auxilios son cómo aplicar un torniquete sobre una herida de bala en una extremidad —lo aprendí durante la Primera Guerra Mundial— y cómo administrar morfina si ocurre algo peor. Así que corrí escaleras abajo, luego salí por el portal, doblé la esquina y llegué al cuartel de la Guardia Civil. Di parte, jadeando, al guardia que estaba de servicio:

—Un hombre acaba de intentar matarse en la puerta de mi piso. Por favor, llame a un médico.

—Un momento, señor. ¿Quiere usted formular una denuncia? Si es así, tendrá que esperar hasta que abran la oficina; el sargento aún no ha desayunado.

—¡No, hombre, no! Puede estar muriéndose y, aunque lamento interrumpir el desayuno del sargento…

—¿Conoce usted personalmente a ese individuo?

—No.

—¿Parece forastero?

—No se lo puedo decir. Lo importante es encontrar un médico.

—De eso no me puedo encargar. ¿Quién le pagaría? Oiga, ¿por qué no llama usted mismo a un médico? Pruebe en la clínica, allí, más abajo. Seguro que sería más rápido que despertar al sargento y pedirle que despierte al teniente.

Comprendí la fuerza de su argumento y corrí a la clínica. Por casualidad, acababa de llegar un coche con un letrero que decía MÉDICO. Abordé al conductor en cuanto salió.

—Por favor, doctor, venga en seguida a mi casa…, solo está a cien metros de aquí. Un hombre ha saltado desde el tercer piso y ha caído sobre el suelo embaldosado.

—Permítame que alerte a las monjas —dijo—. Un servidor no es más que un anestesista. Mis estudios médicos quedaron atrás hace ya muchos años.

Le di las gracias por su amabilidad. «Bueno —pensé—, será mejor que

coloquemos al loco sobre un colchón y bajo una manta, si es que aún está vivo». Al regresar al escenario del incidente, encontré un gran gentío formado por vecinos que hablaban confusamente, pero la víctima no estaba. Por lo visto, se había recuperado lo suficiente como para volver a subir, aunque con dificultad, los dos pisos, y volver a realizar un tercer intento valeroso de suicidio desde el rellano, pero mientras tanto Juan había llamado al resto de la familia y le habían sujetado hasta que llegó ayuda. Entonces la comadrona que vive en nuestro bloque y tiene mucha experiencia con maridos nerviosos, se encargó del asunto.

Cuando todo se había vuelto a tranquilizar, llegó una pareja de la Guardia Civil. El supuesto suicida resultó ser un respetable tendero mallorquín y achacó su caída a una repentina pérdida de conocimiento causada por una inyección anticatarral que le había puesto un médico francés en Marsella hacía unos días. Así pues, el sargento pudo dar parte del incidente describiéndolo como una desdichada pérdida de equilibrio que le sobrevino a don Pedro Tal y Cual mientras descendía por las escaleras, después de una visita de negocios a unos conocidos en la tercera planta.

—Cualquier daño importante que haya recibido su máquina —me dijo el sargento —, se lo pagará, naturalmente, el propio desafortunado señor, contra el cual, espero, no querrá presentar ninguna denuncia.

—No, no —le contesté—. Después de todo, es vecino nuestro y un palmesano, un hombre a quien no se le pueden sospechar intenciones criminales.

—Aguantan mucho castigo estas bicicletas inglesas —dijo el herrero con admiración, mientras enderezaba la horquilla—. Si hubiese sido una de las nuestras aquel tendero no habría rebotado en el cuadro, ¿cómo está el pobre hombre?

—Me han dicho que le duele la cabeza y tiene una herida en el codo.

—¡Un milagro!

—Esta bicicleta ya es histórica —le dijo Juan al herrero—. Ha enviado a un hombre a la cárcel y a otro le ha salvado la vida.

No había transcurrido ni una semana cuando robaron la bicicleta en el aparcamiento de la Alliance Française, durante una de las clases nocturnas de Juan. Este fue en seguida al cuartel de la Guardia Civil para dar cuenta de la pérdida.

—Vete, muchacho, eres demasiado joven para poner una denuncia —le dijeron—. Además, la oficina de denuncias está cerrada hasta mañana por la mañana. Dile a tu profesor que pase por aquí a eso de las diez.

Juan regresó a casa cabizbajo y llegó tarde para la cena.

—Han robado la bici de Guillermo —logró balbucir entre sollozos—, y Guillermo dijo que me mataría…

—¿No la habías asegurado con la cadena?

—No, esto es lo malo. Camino de clase recordé que me había olvidado la cadena y el candado, así que volví, pero entonces no me acordaba de qué era lo que me había dejado, y corrí otra vez con la bicicleta a clase, esperando que no se tratara de nada importante. ¡Pero sí que lo era!

Le dimos unas salchichas y café, y luego nos marchamos apresuradamente al puerto. El barco de la noche aún no había zarpado con rumbo a Barcelona. Le pregunté al sargento de la Guardia Civil, en la barrera, si por casualidad había pasado una bicicleta de aspecto británico.

—Acaban de robárnosla —le expliqué—. Dicen que algunas veces los ladrones roban bicicletas y luego corren a llevarlas a bordo en el último minuto, porque saben que a estas horas de la noche no se pueden formular denuncias oficiales.

—No, señor. Por esta barrera no ha pasado ninguna bicicleta así. Pero le han informado mal. Ahora, con esta era de prosperidad, los del puesto de salida hacia Barcelona solo estamos interesados en motos robadas.

—Nunca volveremos a ver aquella histórica bicicleta —se lamentaba Juan—. No podré enfrentarme a Guillermo cuando vuelva a casa por Pascua.

Puesto que algunas veces sucede que se toman prestadas las bicicletas para dar un paseo recreativo y luego se abandonan, fuimos a la oficina de Objetos Perdidos del Ayuntamiento, que es donde las llevan los policías municipales. Sin suerte.

El encargado de la oficina me aconsejó que no diéramos cuenta de la pérdida a la Guardia Civil.

—Si encuentran su bicicleta, es posible que no se la devuelvan nunca. La guardarán para presentarla como prueba cuando se vea el juicio ante los tribunales.

—Más valdría esto que no recuperarla nunca, ¿no cree? —le pregunté.

—Me temo que esta es una distinción sin diferencia, señor —me respondió con aire pesimista.

¡Ojalá hubiera seguido su consejo! Aunque por entonces el guardia civil se había olvidado del prisionero menorquín y solamente asoció la bicicleta con el intento de suicidio, me hicieron dar cuenta por escrito de la pérdida. Y justo al día siguiente, el mejor amigo de Juan de la Alliance Française encontró la bicicleta por pura casualidad en un callejón de mala reputación, en un lugar bastante alejado, apoyada contra una pared y sin vigilancia alguna. Celebramos el hallazgo con una cena a base de pollo. Pero poco tiempo después, un guardia civil llamó a la puerta para preguntar si se había recuperado la bicicleta. Nosotros le informamos de que —¡gracias a Dios!— volvía a estar en nuestras manos.

—Mi amigo Pepe la encontró en la calle del Aceite —dijo Juan.

—¿Quién es ese Pepe? ¿Cómo se apellida? ¿Dónde vive?

Hoy me han ordenado aparecer ante el juez para tratar del «sumario que se instruye referente a la sustracción número noventa y seis de bicicletas del año en curso, bajo pena de la multa prescrita». Se me ocurre que el capitán general puede haber empezado a apretar las tuercas, exigiendo venganza contra los ladrones de bicicletas y que el teniente de la Guardia Civil podría sospechar que el amigo de Juan, Pepe, sustrajo él mismo la bicicleta. No sé si la diferencia entre sustracción y robo es la misma en los Estados Unidos que en España. Aquí, si el aparcamiento hubiera estado cerrado con llave o si Juan se hubiese acordado de ponerle la cadena a la bicicleta, y si entonces el ladrón hubiese hecho uso de la fuerza para tomar posesión de ella, bueno, pues esto sería considerado un robo y le costaría varios años más de cárcel.

No veo a Pepe por ninguna parte, ni tampoco creo que le vaya a ver llegar acompañado por una pareja de la Guardia Civil. Aunque no sea un respetable mallorquín (cosa que le libraría de toda sospecha), da la casualidad de que está aún mejor relacionado, pues su padre es el nuevo capitán de la Guardia Civil en el otro cuartel, un tipo recio de Extremadura.

SIGNOS EXTERNOS

Si desconozco el grado de confianza mutua que existe en los Estados Unidos entre el funcionario del departamento de impuestos sobre la renta y el hombre de la calle, es porque esta cuestión no me afecta directamente. Nunca he tenido que rellenar una declaración de renta norteamericana y siendo, como soy, un inglés no residente, todos mis ingresos me llegan con los impuestos descontados en origen y sin dolor; pero, eso sí, se me permite utilizar a un asesor en materia de impuestos, o mejor dicho, a un par de ellos —los señores Ribbons & Winder de Aquarium Road, Rhyl— para defenderme. Cada año me mandan un cuestionario para rellenar y me aconsejan discretamente cómo conseguir, mediante fórmulas ingeniosas, aunque legales, que me reintegren parte de los ingresos perdidos. Sin embargo, este año tardaron doce meses en concluir su trabajo, porque el Banco de Inglaterra («¡más seguro que el Banco de Inglaterra!») admitió haber extraviado ciertos documentos pertinentes a mi caso, mientras el gobierno disfrutaba de mi dinero como de un préstamo sin intereses. Es una injusticia para Graves, quien únicamente abandonó su país por el bien de su país, ¿no creen?

No obstante, el señor Chupasangre, que es el nombre afectuoso que damos los ingleses a los recaudadores de Hacienda, es en el fondo buena persona, y como no es responsable personalmente del programa que le obligan a llevar a cabo, hace lo que puede por mitigar su crueldad. Hace mucho tiempo, cuando yo era un poeta en apuros, aún domiciliado y aún residente en Gran Bretaña, solía visitar al señor Chupasangre una vez al año y llegué a disfrutar de nuestras reuniones. Él me miraba a través de sus gafas de concha, con una amplia sonrisa, y me decía:

—No vaya a olvidársele reclamar por el mantenimiento de su bicicleta, joven, ni por la calefacción de su estudio, ni tampoco por las suscripciones a bibliotecas. Ah, y supongo que también debe recibir algunas revistas culturales, ¿no? Puede recuperar algo mediante estas fuentes. Por cierto, ¿está seguro de que no está contribuyendo en parte a la manutención de algún pariente de edad avanzada? ¡Ah, y escuche! Esta reclamación por gastos de correos es bajísima. ¿Por qué no añade un par de cientos de libras para redondear la cifra? Seguro que se le ha escapado algo.

Verán: en Inglaterra existe la teoría (o al menos existía en aquellos felices años veinte) de que, puesto que el ciudadano sencillo de pantalón tejano o puño deshilachado, al contrario de los hombres de negocios de aire inteligente y traje

elegante, casi nunca o nunca intenta estafar al gobierno, se le debería disuadir de estafarse a sí mismo. Y mi señor Chupasangre tenía una gran rectitud moral: si encontraba una nota anónima sobre la mesa de su despacho con informes acerca del señor Ananías Doe o de la señorita Sapphira Roe referentes a ocultar ilícitamente unos ingresos sobre los que se podían aplicar impuestos, siempre (así me lo contaron) se sonrojaba y lo rompía en mil pedazos. Para ser breve, el sistema británico de recaudación del impuesto sobre la renta no estaba entonces, ni lo está ahora, lleno a rebosar —¿he utilizado esta palabra alguna vez en mi vida? Jamás, pero ¡ahí va!— a *rebosar* de ejemplos dramáticos como lo está el de ciertos países latinos, donde queda tácitamente entendido que solo un tonto o un extranjero dará cuenta de más de una décima parte de sus ingresos netos. Y donde, además, las autoridades no cuentan con ningún medio eficaz para descubrir en qué consisten estos ingresos, ya que muchos —vacilo antes de decir «todos»— hombres de negocios con sentido común, además de llevar al menos dos libros de contabilidad, de disponer de un mínimo de dos cuentas bancarias secretas, y de olvidarse de anotar los pagos hechos en metálico, tienen el apoyo confabulador de una gran familia y del partido político o negocio en el que están metidos. En consecuencia, en aquellos países los inspectores de Hacienda se ven obligados a confiar en lo que llaman «signos externos», en otras palabras, en el estilo de vida de cada hombre, y a estipular un gravamen preliminar de diez veces la cantidad que esperan recuperar. A continuación se libra la batalla, y la victoria es para el lado que haya demostrado mayor resolución.

Desde 1954 estoy sometido a impuestos españoles, y aunque soy un honrado y tonto inglés, procuro mostrar solo el mínimo de mis «signos externos». Es más, cuando vivía en un piso en Palma, descubrí que los impuestos constituían una estupenda excusa para poder ir vestido con ropas viejas, afeitarme a días alternos, comer en la humilde fonda a la vuelta de la esquina, en lugar de hacerlo en El Patio o en El Cantábrico con sus luces de neón, y vivir una vida retirada, casi antisocial. Pues el señor Chupasangre se escondía detrás de las cajas de cada uno de los restaurantes caros de la ciudad, y también detrás de las cortinas de cada sala de fiestas. Además, si me hubiese hecho socio del Club de Tenis y me hubiese comprado un coche nuevo y reluciente, una lancha motora o siquiera un tocadiscos eléctrico, el señor Chupasangre se habría enterado al día siguiente a través de su muy eficaz servicio de inteligencia.

Bueno, he de dejar de hablar de mí mismo —no hay tema más raído en todo el mundo que las finanzas de un escritor— y ponerme a relatar la historia de la familia Sánchez, cuyo piso está junto al nuestro. Puesto que los mallorquines hablan en voz muy alta (una vez me atreví a preguntar por qué lo hacían y me dijeron: «Para que

nadie piense que estamos enfermos o asustados») y como los tabiques de separación de los pisos palmesanos son extraordinariamente delgados, por razones tanto de economía como de buena vecindad, puedo describir con toda fidelidad una escena doméstica que en realidad no presencié. Ustedes pensarán que esto es imposible, y sugerirán que los balcones de los dos pisos debieron de estar abiertos todo el tiempo. ¡Permítanme reír! Media pulgada de cemento que se convierte en tres cuartos de pulgada, contando las dos capas de yeso y el encolado, no proporciona un aislamiento adecuado, ni siquiera para un rosario murmurado con decoro por la familia Sánchez.

Don Cristóbal Sánchez, el elegante y joven propietario de una fábrica de muebles recién establecida, y su joven esposa, doña Aina, llenita ella, de ojos marrones y tez amarillenta, con un cabello teñido incongruentemente de rubio y un osado crucifijo de oro colgado sobre su pecho, siempre nos saludaban cortésmente en la escalera, por mucho que se repitiera la escena al cabo del día; también nos pedían prestados con regularidad monótona alcohol, cerillas, pan, bombillas eléctricas, agujas, hilo, mercromina, aspirinas y nuestra escalera de tijera, y venían a vernos a unas horas intempestivas, a menudo cuando ya estábamos en la cama, para pedirnos si podían utilizar nuestro teléfono para poner una conferencia con Barcelona. La familia Sánchez era poseedora de una radio y de un bebé, ambos audibles hasta extremos escandalosos, pero logré persuadir a doña Aina de que no encendiera la radio durante mis horas de trabajo, excepto en los días de fiesta señalados en rojo (que, dada mi mentalidad protestante, son demasiado abundantes en el calendario español). Podía ignorar al bebé; cuando a los bebés ajenos les están saliendo los dientes, sus llantos resultan casi un placer para alguien que ha sufrido tanto como yo las penas de su propia gran familia. Además, el llanto de los bebés carece totalmente de melodía, y tampoco utilizan palabras lo suficientemente inteligibles como para interrumpir mi voz interior y de este modo destruir el ritmo de lo que estoy escribiendo.

Hace doce años, antes de que empezara el *boom* mallorquín de la construcción, el padre de Aina, un vástago de la nobleza aragonesa que se instaló aquí en 1229 con el rey Jaime el Conquistador y echó a los moros, se vio forzado a vender el palacio de su familia en Palma y dos propiedades rurales fuertemente hipotecadas, para satisfacer a los acreedores de su difunto tío. Los precios que consiguió fueron irrisorios. Sin embargo, el padre de Aina logró conservar una hilera de casas del siglo XIV en el centro de Palma, que posteriormente el Ayuntamiento expropió y derribó con el propósito de dejar espacio para una nueva galería de tiendas turísticas. Este acto brutal le hizo al pobre hombre mucho provecho, porque bajo la Ley de Renta Limitada sus inquilinos le estaban pagando los precios fijados en 1900, cuando la peseta aún era

una moneda de plata y constituía el salario diario de un trabajador; ahora no vale ni dos centavos estadounidenses. La compensación generosa que le otorgaron por los solares salvó al padre de Aina de terminar sus días en el asilo de los pobres, e incluso se puso a especular sobre nuevos planes de construcción del ensanche, aunque sin mucho juicio, como se verá más adelante.

En estas circunstancias, Aina tuvo suerte al poderse casar con tan buen partido. Don Cristóbal procede de una familia respetable, aunque no resplandeciente; es apuesto, trabajador, tiene optimismo y dinero para recomendarle. Y no es que Aina no hubiera tenido otras ofertas anteriores, pues el hermano de nuestra criada, que trabaja en un bar elegante en El Terreno, dice que estuvo prometida durante tres años a su primo segundo, don Gregorio de la Torre Oscura y Parelada, a quien no habíamos conocido nunca, pero sobre el cual Cristóbal le gastaba a menudo bromas a Aina, con explosivas risotadas. Hay que subrayar que el fallo principal de Cristóbal era su vanidad personal, complicada por una incapacidad de mantener cerrada su gran boca de fino bigote. Habíamos oído alguno que otro comentario de doña Aina bastante mordaz sobre este rasgo de su personalidad.

El hermano de nuestra criada nos describió con todo detalle cómo Cristóbal consiguió separar a Aina de don Gregorio. En pocas palabras, fue como sigue: debido a la imposibilidad de formar nuevos partidos políticos bajo el régimen de Franco, la juventud mallorquina había hallado una salida alternativa para sus energías intelectuales en el grupo ultrarreligioso conocido como el «Mau-Mau». Los padres de Aina se contaban entre sus fundadores. Los del Mau-Mau, que eran ascéticamente ultracatólicos, estaban horrorizados por la presente decadencia del buen comportamiento y se regían por los principios de «convierte al prójimo» del Rearme Moral. Organizaban fiestas con entusiasmo en lugares encantadores y mantenían una política activa de infiltración en la alta sociedad y en las profesiones cultas. Los católicos corrientes, como el hermano de nuestra criada, se sentían ofendidos por la costumbre de los Mau-Mau de referirse a la Deidad como «Mi Amo», y la palabra *Mau-Mau*, según él, significaba «Mi Amo Único, Mi Amo Universal».

Parece ser que Cristóbal Sánchez se hizo miembro del Mau-Mau y se ofreció voluntario para actuar como vigilante secreto del grupo en el Club Náutico, el club de yates local, espiando a los jóvenes miembros del Mau-Mau en los que no se podía confiar demasiado. Sus motivos pueden adivinarse, pero no afirmarse rotundamente. Lo cierto es que aunque don Gregorio también se había unido al grupo para así conciliarse con los padres de Aina, su mente no estaba totalmente dirigida hacia los asuntos celestiales. Solía emborracharse en Tito's y en Larry's y en Mam's, su

compañía era poco respetable, prefería el *jazz* americano a la Capella Clásica, se encontraba en la Granja Reus con una mejicana divorciada y cuando llevaba unas copas de más se mofaba del Mau-Mau, cambiando irreverentemente una de las letras de las palabras que forman el nombre, aunque el hermano de nuestra criada no quiso revelarnos de cuál de las letras se trataba. Cristóbal dio cuenta de todo esto al padre de Aina, como era su deber, y don Gregorio fue expulsado ignominiosamente del grupo. Es más, la brigada de vigilancia de los Mau-Mau, que tenía autorización para tratar con mano dura a los compañeros que hubiesen perdido la Gracia, le detuvieron una noche fuera de Tito's, le metieron en un taxi, le llevaron a un edificio abandonado en las afueras de la ciudad y trabajaron con él hasta el amanecer, disfrutando austeramente.

Como Aina ya se había enterado, por una amiga, de lo de la divorciada mejicana, no soltó ni una lágrima por don Gregorio; casi se había gastado toda la herencia, pero se negaba a trabajar y daba demasiado por hecho el servilismo de Aina, «casi como si ya se hubieran casado y hubieran olvidado su luna de miel». Ella tuvo la sensatez de dejarle y cambiarle por don Cristóbal, un hombre más apropiado. Este ya había terminado su carrera de abogado, y ahora se embarcaba en una próspera vida de negocios. Tenía un *snipe* (una embarcación de vela de catorce pies) en el Club Náutico, y además podía llevarla en el asiento trasero de su Vespa a lugares pintorescos que no tenían fácil acceso por mar. Después de una escena apoteósica en el Club Náutico —cuyos detalles sórdidos debo callarme— don Gregorio sacudió el polvo palmesano (y no vean lo polvoriento que puede llegar a ser en tiempo de siroco) de sus zapatos puntiagudos, y se marchó a Madrid, donde tenía familia.

—Pero escúchame bien, cerdo asesino —le advirtió a Cristóbal—, ¡llegará el día en que volveré para ajustarte las cuentas!

Y efectivamente volvió. Una calurosa mañana de mayo, mientras yo estaba sentado a la mesa de trabajo, traduciendo pacientemente la *Farsalia* de Lucano, e implorándole a mi voz interior que hiciera caso omiso del gramófono que se oía desde el otro lado de la calle tocando *La paloma*, de pronto se oyó un timbrazo muy fuerte a través de la pared del piso de Aina y Cristóbal, aquel día desacostumbradamente silencioso.

«Un mendigo —pensé—. Los mendigos siempre tocan el timbre con el doble de fuerza que los comerciantes o los amigos. Dentro de medio minuto estará tocando el mío…».

Esperé, pero no apareció ningún mendigo. En cambio, doña Aina salió corriendo a la terraza de los Sánchez, que queda separada de la nuestra por una verja de hierro. El espejo que tengo en mi estudio la reflejaba, pegada a la pared de su casa, juntando y

separando las manos, en un estado visible de ansiedad. Supuse que Cristóbal había echado una ojeada por la mirilla de su puerta y le había hecho señas para que desapareciera; así que dejé mi pluma y me dediqué a escuchar.

Cristóbal estaba saludando a la visita con voz alta de tenor y con claros indicios de alegría.

—Hombre, Gregorio, ¡qué sorpresa tan magnífica! Pensé que aún estabas en Madrid. ¡Bienvenido a casa!

Pude distinguir con alivio una respuesta también calurosa en la resonante voz de barítono de Gregorio.

—Es un placer estrecharte la mano, Cristóbal, después de tanto tiempo. He pensado a menudo en ti, recordando la pista de equitación y el tiro de pichón, y las carreras de *snipes* en el puerto, y lo bien que nos lo pasábamos antes de…, en realidad, antes de…

En el espejo pude observar la cara de Aina, alerta y preocupada, mientras Cristóbal respondía:

—Gregorio, admiro la nobleza de tus pensamientos. Que tú te dignes visitar mi casa después de las dolorosas amenazas en el Club Náutico, aquel triste día, me hace pensar que por fin me has perdonado por mi gran felicidad. Aina no solo es mi esposa ahora, sino que además ha dado a luz un precioso niño.

Un momento de ansiedad, pero por lo visto Gregorio se tomó el sablazo con bastante estoicismo.

—Bueno —dijo—, tu comportamiento fue algo violento, lo confieso (después de todo, Aina y yo habíamos sido novios tres años y ya habíamos hecho todos los preparativos para la boda), pero claro, ahora que has legalizado tu robo y lo has coronado con el nacimiento y el registro de un nuevo ciudadano, ¿qué puedo hacer yo, sino felicitarte por tu espíritu auténticamente cristiano? ¡Ni una palabra más, hombre! Además, Aina no es ni mucho menos la única chica en España. Es más, aunque no es mi intención insultar a ninguno de los dos con comparaciones injustas, te diré que últimamente tengo relaciones estrechas con una chica que (según algunos) es todavía más inteligente y bonita, e incluso de mejor familia… si cabe decirlo. Nos conocimos en Sevilla, durante las Ferias. Por cierto, también es natural de esta ciudad y me quiere con locura.

De este modo se había roto el hielo, y los dos rivales se dieron más muestras de cariño.

—¡Mi más sincera enhorabuena, querido amigo!

—Aceptada con entusiasmo… No obstante, el único defecto de esta situación es la

exagerada riqueza de la familia de mi novia. Es motivo de constante preocupación para mí.

—Bueno, la familia de Aina al menos no tiene este defecto. Al contrario, vienen a verme cada quince días, los lunes, para pedirme ayuda material.

—¡Naturalmente! Aina fue como un premio que exigía una paga muy alta. Pero tu negocio de muebles va viento en popa, ¿no es así?

—Como un puesto de churros calientes. Ahora estoy bastante bien de dinero, gracias a Dios y al *boom* del turismo. ¡Este invierno van a construirse treinta y tres hoteles nuevos, sesenta residencias y ochenta y cuatro pensiones! Pero, querido Gregorio, si tu prometida te adora, ¿por qué te preocupa tanto la riqueza de su familia?

—No te hagas el tonto, amigo Cristóbal; está bien claro: ellos quieren asegurarse de que su hija continuará viviendo como está acostumbrada, es decir, con sirvientes, fiestas, visitas, tenis, ropa nueva a montones, una hora en la peluquería cada día, etcétera. Sin embargo, ella sabe plantarle cara al viejo egoísta de su padre. Amenaza con meterse a monja si no la dejan casarse conmigo. Así que él ha cedido, a regañadientes. Pero primero tengo que acumular una cantidad respetable de dinero en mi nuevo empleo; esta es la firme condición que me impone.

—¿De veras tienes un empleo, Gregorio? Desde luego, ¡el amor hace milagros!

—Bueno, no es que sea un gran empleo; no puede decirse que sea un empleo del que se pueda presumir o siquiera mencionar en buena sociedad. Pero tiene ciertas ventajas.

—Mercado negro, imagino, ¿no?

—¡Qué va! Mi futuro suegro, don Mariano Colom y Bonapart, está tan bien relacionado que no se arriesgaría a dañar su reputación colocándome en una posición dudosa.

—No. Supongo que la fortuna que amasó hace varios años, pasando penicilina de contrabando de Tánger a nuestros hospitales (al menos decían que era penicilina, aunque había que demostrar mucha fe para que diera resultados satisfactorios), la habrá invertido ahora con decencia en aquellas fantásticas novedades turísticas, ¿verdad? Debe de estar prosperando.

—Bueno, claro, nadie pudo demostrar jamás que él pasaba penicilina de contrabando (por cierto, un negocio muy caritativo) y aún menos que fuera ineficaz cuando se utilizaba como era debido. No me extrañaría que fueran los propios médicos quienes adulterasen sus provisiones para dar más abasto. Pero sea como fuere, el pleito en su contra ha sido oficialmente abandonado… Ah, sí, las novedades

que mencionaste van bastante bien, sobre todo con los grupos organizados de alemanes, en especial aquel perrito tan divertido que levanta la pata. Don Mariano está pensando ahora en algo más austero para los ingleses, y ha consultado con un juez inglés que está aquí de vacaciones.

—Pero ¿y tu empleo, Gregorio?

—Perdóname, Cristóbal; estoy avergonzado. Es en uno de los ministerios, tan aburrido y desagradable que no merece ser comentado.

—Pero ¿trae consigo las tradicionales propinitas?

—¡Naturalmente! ¿Crees que me lo hubiese arreglado don Mariano de no ser así?

—Te noto un poquitín triste, Gregorio. ¿Tomarías un sorbito de coñac?

—No bebo, de momento. A don Mariano no le gustaría un yerno alcohólico. Me temo que tendrá que ser una naranjada.

—¿Y por qué no una Coca-Cola? Te traeré una de nuestra nevera eléctrica.

—¡No me digas que tienes una nevera, Cristóbal!

—¡Le doy gracias a la Virgen! ¡No somos de los que tienen que enfriar la mantequilla en el cubo del pozo!

—Me es muy grato oír que has aumentado tus ingresos y las mejoras domésticas, querido Cristóbal. Esta refrescante Coca-Cola es evidencia concluyente de prosperidad… Me dicen mis amigos que el otro día diste una gran fiesta en el Hotel Nacional, ¿no?

—Ay, ¡ojalá hubieras estado allí! ¡Cómo estallaban las botellas de champán! Era para celebrar el bautizo de nuestro hijo.

—Te habrá costado un riñón.

—Así es, y los padres de Aina no contribuyeron ni con una peseta a las cinco mil. Contigo puedo hablar con libertad; Aina no está en este momento, pues ha ido a probarse un traje de noche. Por cierto, sigue pensando que eres una gran persona.

A juzgar por la forma en que Aina apretaba los labios, Cristóbal iba a pagar caro este comentario en cuanto Gregorio se marchara. Pero permaneció en su escondite, aunque yo podía ver que el resplandor del sol la molestaba. Abrí silenciosamente la ventana de mi terraza, salí fuera y, con una sonrisa educada, le alargué unas gafas de sol a través de la verja. Doña Aina pareció un tanto alarmada por este inesperado préstamo, pero se las colocó agradecida.

Gregorio estaba diciendo:

—La opinión de tu mujer me halaga. Y comprendo que no puedas esperar ninguna ayuda por parte de sus padres, aquellos tontos del Mau-Mau. Me he enterado, a través de mis abogados, de que últimamente han sufrido varios reveses financieros,

particularmente al verse obligados a indemnizar a los inquilinos de aquel bloque nuevo de pisos. ¡Eso sí que fue una mala inversión!

—¡Estás absolutamente en lo cierto! —acordó Cristóbal—. Tu futuro suegro se lo encajó al mío justo a tiempo. Espero que a don Mariano no le manden a la cárcel cuando se publiquen los resultados de la investigación sobre la causa del derrumbamiento del edificio.

—¡Don Mariano en la cárcel! —se rió Gregorio—. ¡Qué ridiculez! ¡No, no! La investigación ya está cerrada. Los planos eran del arquitecto municipal, y el arquitecto municipal está fuera de sospecha, ¿comprendes? Y si don Dionisio Gómez, que es el contratista de la obra, hacía economías poniendo menos cemento del que figura en los proyectos y utilizaba vigas defectuosas, ¿cómo iba a saberlo don Mariano? Don Dionisio emigró a Venezuela, según tengo entendido, antes de que el pobre padre de Aina pudiera demandarle…

—Claro, esto fue un duro golpe para nosotros. Pero gracias a Nuestro Señor, nadie pereció en el desastre, excepto la viuda ibicenca que no tenía parientes; todos los demás inquilinos estaban fuera, viendo la procesión del Corpus. Y en cuanto al automóvil que estaba abajo, en el garaje, quedó hecho añicos cuando los cuatro pisos con todos sus muebles cayeron encima, pero afortunadamente, aquella pieza de museo… ¡era del propio Dionisio! Dadas las circunstancias, dudo que se atreva a pedir daños y perjuicios.

—Estoy de acuerdo contigo, mi querido Cristóbal. Por cierto, me han contado algo muy divertido acerca de este automóvil. Tú mismo se lo vendiste a don Dionisio en el año cincuenta y tres, ¿no es así?

—Exacto, y mucho que me alegré de quitármelo de encima, y más aún a tan buen precio. No solo eran defectuosos los frenos y la dirección, sino que además alguien me avisó justo a tiempo de que, bajo el nuevo sistema fiscal, la posesión de un automóvil se consideraría un signo externo. Yo actué en seguida…

—¡Muy hábil por tu parte! Pero, Cristóbal, ¿qué me dices de los demás signos externos: la fiesta de bautizo de cinco mil pesetas, aquella nevera eléctrica, esta aspiradora, los trajes de noche de tu honorable esposa, el cochecito inglés de bebé que tienes en la entrada, la ayuda monetaria que se sabe le prestas a tu suegro? ¿No te das cuenta de que estos signos externos llamarán la atención del señor Chupasangre, el inspector jefe?

—Aina y yo nos reímos de él. Nosotros pasamos por gente pobre; yo cuido de no tener ningún coche.

—Pero, Cristóbal, ¡sí que lo tienes!

—¿Que *yo* tengo un automóvil? ¿Qué broma es esta?

—Quiero decir el que quedó aplastado por los pisos precarios.

—¿Serás idiota? ¡Se lo vendí a don Dionisio hace cuatro años!

Gregorio dijo lenta y calmadamente:

—Sí, lo vendiste, pero don Dionisio no llegó a registrar nunca el cambio de nombre del propietario en el Ayuntamiento; en consecuencia, sigue estando a tu nombre. Según veo yo las cosas, estás sujeto a impuestos durante todos los años del cincuenta y cuatro al cincuenta y siete, con una tasa muy alta que sin duda tendrás que discutir con el señor Chupasangre.

—¡El muy víbora! ¿Cómo descubriste tú este truco?

—Estaba consultando casualmente el registro en el archivo del Ayuntamiento para asuntos de mi trabajo.

—Pero, Gregorio, ¡eso son patrañas! ¡El automóvil ha pertenecido a don Dionisio, y no a mí, desde el cincuenta y tres!

—Perdona, pero ante los ojos de la Justicia aún es tuyo. Y don Dionisio no está aquí para decirles lo contrario.

—¡Tonterías! —se jactó Cristóbal—. ¿Quién dice que estoy sujeto a impuestos? Yo puedo enseñarle al señor Chupasangre los libros de contabilidad de mi negocio (los oficiales, que son los más pesimistas, naturalmente) para demostrar que no reúno los requisitos. Si me lo pregunta, juraré que la nevera y la aspiradora son regalos de boda, y que el cochecito inglés nos lo ha prestado mi hermana. En cuanto a la fiesta y a los vestidos de Aina…

—¿Acaso te crees que el señor Chupasangre y sus colegas son tontos?

—¿Por qué no he de creérmelo?

Pero doña Aina ya había olfateado el peligro. Vi cómo se tapaba involuntariamente la boca con la mano, ya que no podía tapársela a su marido.

Gregorio protestó:

—Cristóbal, querido amigo, como he estado intentando decirte a lo largo de esta agradable conversación, Aina ya no significa nada para mí, excepto como tu esposa y la madre de tu hijito; sin embargo, me debo a mí mismo, y al ministerio, el desempeñar un deber sagrado. Pues, aunque es posible que sea un tonto, como me has llamado tú, este nuevo empleo que tengo…

—Gregorio, hombre, ¿qué estás diciendo?

—… este nuevo empleo, por muy desagradable que resulte algunas veces, lleva consigo (como tú sugeriste) ciertas tradicionales propinitas. Con tu permiso, volveré a visitarte mañana oficialmente. Mientras tanto, ¡saluda de mi parte a tu distinguida

esposa! Dile lo encantado que estoy de que aún recuerde mi nombre.

Sonó un portazo y luego se oyeron los pasos de Gregorio que bajaba sin prisas por la escalera.

En el espejo vi a doña Aina agacharse para coger un tiesto bastante grande de geranios rojos. ¿Lo dejaría caer —¡catacroc!— sobre la cabeza de Gregorio cuando este saliera a la calle?

Pero tendría que haber comprendido que esta no iba a ser la forma de actuar de doña Aina. Lo que hizo fue abrir de par en par las ventanas de la terraza de su propio piso y quedarse un momento con un pie hacia delante, el tiesto equilibrado en la palma de su mano derecha y la mano izquierda levantada como un saludo falangista.

—¡Animal! ¡Imbécil! —le gritó, arrojándoselo a Cristóbal con todas sus fuerzas.

Me metí un dedo en cada oído para ahogar el estallido.

LA COSA FRANCESA

—¿Quién demonios puso esa asquerosidad francesa sobre la mesa de mi consultorio?

Bella Nightingale cogió la revista arrugada y empezó a examinar las fotografías sobre su plato del desayuno.

—¡Qué barbaridad! —rió tontamente—. ¿Verdad que son horribles?

—No he pedido tu opinión estética —cortó el doctor Nightingale—. Solo quería saber cómo ha llegado esta asquerosidad a la mesa de mi consultorio. Desde luego, no estaba aquí anoche, y la enfermera Parker aún no ha llegado.

—Aunque hubiese llegado la enfermera Parker, querido, no irás a pensar que pudo haberte dejado un regalo tan poco apropiado, ¿verdad? Ya sé que te adora, pero no me la imagino arriesgando su reputación profesional en un intento de que tus pensamientos circulen en esta dirección. Oh, Harry, fíjate en esta monstruosidad anatómica femenina… y además, ¡tomada desde un ángulo tan extraño!

El doctor Nightingale volvió a arrebatarle la revista.

—Por Dios santo, Bella, ¡haz un esfuerzo por dominarte y contesta a mi pregunta!

—La señora Jelkes vino hoy temprano, aunque supongo que no te habrás dado cuenta, porque ha de ir a un entierro a las once. Sacó el polvo en tu consultorio después de limpiar la habitación de los invitados. Aquel sobrino tuyo, que es un lerdo, la dejó hecha un asco la otra mañana, cuando regresó corriendo al campamento. Mi teoría es que la señora Jelkes encontró esta exhibición pasional debajo de su almohada y creyó que era su deber notificarte qué clase de muchacho es en realidad.

Al doctor Nightingale se le pasó el enfado.

—Ah, bueno —suspiró—, supongo que eso lo explica todo. Es su forma de decir: «No vuelva a invitar al señorito Nicolás otra vez, pues de lo contrario me buscaré otro empleo y les contaré a los vecinos por qué me he ido». ¡Qué lástima! No me gusta tener que sacrificar a Nicolás por culpa de la conciencia inconformista de la señora Jelkes, pero me temo que ella es insustituible. O al menos está en situación de poderlo ser mediante el chantaje. Va a resultar un poco incómodo cuando Nicolás vuelva en otra de sus visitas relámpago; tendré que echarle y explicarle por qué ya no es *persona grata*.

—La culpa no es más que suya. Por regla general, los soldados jóvenes me dan lástima, pero tu Nicolás es un jovenzuelo holgazán y descuidado, y tú lo sabes.

—¿Que yo lo sé? De todos modos me tranquiliza saber que es un heterosexual

sano, pues hoy en día nunca se sabe, sobre todo cuando escriben versos. Ahora haz el favor de quemarla en la estufa.

—No puedo. La señora Jelkes está en la cocina y no quiero darle la satisfacción de poderme mirar por encima del hombro.

—Bueno, pues entonces escóndela en algún sitio hasta que se marche.

Sonó el timbre de la puerta, fuerte e insistentemente.

—Por el ruido debe de tratarse de un accidente de circulación —dijo el doctor Nightingale.

Tenía razón. Un camionero con la cabeza hendida y el brazo colgante esperaba en el porche, apoyado en el hombro de su compañero.

Al hacerles señas el doctor Nightingale para que entraran, el compañero del camionero se desplomó en el portal.

—Siempre se pone malo cuando ve sangre, el muy palurdo —dijo el camionero con desdén.

La enfermera Parker aún no había aparecido, así que Bella Nightingale se tomó el café de un trago, metió la revista entre un montón de semanarios apilados sobre la radio y corrió a prestarle ayuda a su marido.

En medio de esta confusión llamó la tía de la enfermera Parker. Sentía mucho decirles que la señorita Parker no podría venir aquella mañana. A su autobús lo había embestido un camión, y ella se había vuelto a meter en la cama.

—No, nada de huesos rotos, ¡gracias a Dios! Solo el susto —le dijo.

Cuando se calmó el ambiente, ya era la hora de comer. Bella había tomado el puesto de la enfermera Parker, y, además de los consabidos pacientes del sábado, se habían presentado un sinfín de heridos del campamento de verano: cortes infligidos por latas de sardinas, picaduras de mosquito infectadas, y feas heridas en las rodillas.

—¿Dónde está esa cosa francesa, Bella?

—La metí entre las revistas.

—¿Sí, eh? ¡Pues ahora sí que estamos en un buen lío!

—Ay, madre mía, ¿no me dirás que la reverenda esposa del párroco…?

—Sí que te lo digo. Por casualidad la vi por la ventana, caminando airosamente por el sendero del jardín con todo el montón de revistas bajo el brazo. ¿Habías olvidado que la señora Jelkes dio órdenes de entregárselas el último sábado de cada

mes?

Bella se echó a reír histéricamente y luego a llorar.

—Cariño, nos hemos arruinado socialmente, y todo por mi culpa. ¡Qué tonta he sido! Seguro que la esposa del párroco hojeará el montón y cuando llegue a las exquisiteces parisinas de Nicolás, Dios mío, las tazas de té parecerán castañuelas y ¡cómo silbarán las teteras en este horrible pueblo! La señora Jelkes tiene un código de honor mucho más estricto que el de la esposa del párroco. No dirá palabra, a no ser que Nicolás vuelva a venir aquí. Pero la esposa del párroco…

—Tienes que ir allí a toda prisa y volver a traer eso a casa. Explícale que se ha extraviado un papel importante entre las revistas.

—Insistiría en buscármelo ella misma. No, nuestra única esperanza es que deje todo el montón en el hospital antes de leerlas. Esperemos que así sea… Una vez lleguen al hospital, estaremos seguros. La encargada de la asistencia social la encontrará y se la llevará a su casa, en recuerdo de su lejano pasado. Según el doctor MacGillicuddy, en otro tiempo fue modelo de un fotógrafo, y no solo para enseñar la cara y los tobillos.

—¿Aquella vieja bruja? Debe de haber sido hace muchísimo tiempo, y de todos modos yo no me fiaría de ella ni por un momento.

—Harry…, hablando de tu cosa francesa…

—¡No la llames *mi* cosa francesa! ¿Alguna novedad?

—Ninguna. Me he encontrado con la esposa del párroco varias veces desde el sábado, y su actitud conmigo no ha cambiado en absoluto…

—Eso sí que es raro. Verás… Yo sé que MacGillicuddy es un tipo en quien se puede confiar, así que le telefoneé en seguida al hospital, le conté toda la historia confidencialmente, y le pedí que por favor mandase traer las revistas a su despacho, sin ordenar, en cuanto llegasen… y que no se las entregaran a la asistenta social. Y allí no estaba, me lo jura.

—Quizás el párroco…

—El párroco estuvo fuera el fin de semana pasado.

—Tal vez su sustituto, el joven de pelo color arena que lleva quevedos…

—Quizá. Desde luego, predicó un sermón muy raro al día siguiente, sobre Jezabel y los perros…

—Quizás el propio doctor MacGillicuddy…

—Quizá. Es soltero. De todos modos, olvidemos este asunto desagradable.

—Bella, cariño… Hablando de aquella cosa francesa, se me ocurre que posiblemente…

—¡Y a mí también! Te refieres a lo que nos estaba contando la esposa del párroco sobre el satisfactorio incremento en la asistencia a las clases de catecismo de los domingos, ¿verdad?

—Exactamente. No son niñas, solo niños. Cuatro en total, incluyendo a Harold Jelkes y a nuestro pequeño Robin Lostwithiel, mira por dónde. Dijo que los angelitos van tan a gusto a catecismo que incluso se presentan media hora antes y juegan con su solitaria y pequeña Evangeline.

—Nunca menosprecies el poder de una mujer, incluso a los seis años de edad.

—Las cosas están peor que nunca. Si estamos en lo cierto, seguro que a Evangeline tarde o temprano la pescarán con esa asquerosidad y entonces seguirán la pista hasta dar con nosotros. Ella abrirá sus ojitos azules de muñeca y dirá: «Oh, ¡yo no pensé que fuese nada malo, mamá! La señora Nightingale nos la mandó con los *Picture Post* y las demás revistas». No nos queda más remedio que recuperarla, por las buenas o por las malas. Seguramente estará escondida en algún rincón de su cuarto, entre sus juguetes.

—Harry, ¿cómo eres capaz de suponer que pueda entrar a robar en el cuarto de jugar de Evangeline?

—No lo sé. Pero fuiste tú quien nos metió en este lío. Así que más vale que nos saques de él cuanto antes. Si no…

Barbie Lostwithiel, vestida y perfumada con extravagancia, como siempre, entró tranquilamente, sin anunciarse, por los ventanales de la terraza y les dio un beso en cada mejilla a los Nightingale. Estilo continental. Al doctor Nightingale le gustaba este saludo poco convencional, sobre todo porque Bella no se lo tenía en cuenta.

—Amiguetes —dijo Barbie con un susurro ronco—, me hace mucha falta vuestro consejo. Ya sabéis cómo van las cosas con Robin, desde que conseguí su custodia total. Nada de mentiras, ni secretos, ni verdades a medias, todo absolutamente en regla entre nosotros dos. Sé que no estáis completamente de acuerdo, pero, en fin, ¡así es! Bueno, pues el domingo pasado tuvimos una pequeña desavenencia, después de comer, cuando Robin anuló nuestro juego de damas tradicionalmente ceremonial y quiso marcharse temprano a casa del párroco. Claro que a mí ya me había parecido un poco raro cuando la semana anterior me dijo que quería ver qué tal eran las clases de

catecismo, pero no quise oponerme si a él le parecía divertido. Así que en esta ocasión le pregunté: «Bobbie, ¿no estarás enamorado de Evangeline por casualidad?». «No, Barbie, claro que no —me dijo sonrojándose de aquel modo tan encantador—, pero es que tiene unas fotografías muy interesantes de señoras en una revista de París. Verás, es que las señoras de París no llevan ropa, y me encanta mirarlas y ver cómo son realmente por debajo. Pero no se lo puedo contar a nadie, a nadie en absoluto (claro que tú no cuentas, Barbie, cariño), por si Evangeline lo tiene que pagar caro luego con el párroco. Ella lo robó del montón de revistas del hospital».

Los Nightingale no dijeron nada, pero abrían y cerraban los puños nerviosamente.

Barbie Lostwithiel continuó:

—Toda la semana he estado pensando lo que debería hacer. No me importa en lo más mínimo que Bobbie admire una figura femenina desarropada, mientras esta no se esté comportando de una manera demasiado escandalosa, y por lo que he oído ese no es el caso, aparte de unas posturas cándidamente acrobáticas. Pero sí que me importa verlo convertido en un gamberro que ríe entre dientes, en un sucio y furtivo mirón de porquerías allá en la rectoría. Esta es la genial solución de nuestra Evangeline, muy al estilo de *Otra vuelta de tuerca*, al eterno problema que tiene la iglesia de cómo llenar sus bancos vacíos. Desgraciadamente, no puedo confiar en la esposa del párroco. No puede tragarme porque soy una divorciada, aunque me hayan declarado parte inocente. Lo que quiero decir es que no le podría contar la que se está armando sin destrozar la confianza que me tiene Robin y hacerle perder su fe en mi discreción absoluta. Además, le haría quedar mal con la pandilla del catecismo. Y tú, Harry, ¿no podrías, como médico del pueblo, hablarle de hombre a hombre al párroco? Dile que el padre de un niño se ha estado quejando, y así Robin quedaría descartado. *¡Por favor!*

—Barbie, por mucho que te quiera a ti y a los tuyos, ¡no puedo hacer y no haré nada de esto! El párroco me echaría por la ventana de su despacho si acusara a su inocente hijita de guardar un… un *salon des voyeurs*, como supongo que se diría en versión oficial. El párroco era uno de los delanteros del equipo inglés de rugby hace solo seis años.

Así que Bella Nightingale y Barbie Lostwithiel buscaron juntas una solución. El mayor problema era cómo administrar el chocolate drogado sin que se sospechase nada. Barbie lo solucionó con facilidad. Pidió prestada una llave de la iglesia al sacristán, con el pretexto de ir a colocar dos jarrones llenos de azucenas de su jardín sobre el

altar, y al salir se detuvo un momento en el banco de la familia del párroco. Allí escondió el chocolate debajo del devocionario de Evangeline, envuelto en un sucio trozo de papel de cuaderno que decía: «Con mucho cariño de Harold Jelkes».

Bella, que había sido farmacéutica diplomada antes de casarse, había calculado bien la dosis. Inmediatamente después de la comida del domingo, la esposa del párroco telefoneó para decir que Evangeline tenía un terrible dolor de barriga y le rogó al doctor Nightingale que acudiese enseguida.

El doctor Nightingale contestó que si solo se trataba de un dolor de barriga… Estaba a punto de salir de excursión con su mujer a las colinas… En fin, como se trataba de la pequeña Evangeline…

—Aquí tienes tu oportunidad, como caída del cielo, Bella —dijo el médico cuando la mujer del párroco hubo colgado.

—Bueno, de acuerdo, si no me queda más remedio —asintió Bella.

Había tenido la precaución de no contarle lo del chocolate, porque como era tan mal actor lo habría echado todo a perder. Además, era una notoria falta de ética que un médico cobrase honorarios por curar una enfermedad cuya causa él mismo había contribuido a provocar. Sin duda, Harry preferiría no conocer sus tretas.

Habían cogido las cosas de la excursión y se habían dirigido en coche a la casa del párroco. Bella también entró en la casa para expresar su preocupación, pero esperó fuera, en el cuarto de jugar, mientras la esposa del párroco se encerraba con el doctor Nightingale en el dormitorio de Evangeline.

Bella desenterró la revista, después de una rápida búsqueda; la encontró debajo de un tablero del juego de la oca, que estaba debajo de *Las maravillas de la naturaleza para niños* con ilustraciones, que a su vez se hallaba debajo de una hilera de ositos de peluche. Se la metió por el cuello de la blusa, se abrochó el abrigo, volvió a colocar los ositos, y se sentó tranquilamente a leer *Domingo en casa*.

Mientras tanto, el doctor Nightingale estaba preocupado. Tal como Bella había previsto, Evangeline no confesó haber comido dulces en la iglesia, especialmente al tratarse de regalos amorosos de chiquillos vulgares.

—¡Qué raro! —le dijo a Bella, cuando arrancaba el coche—. No creo que el dolor de barriga se deba a un virus. La acción se parece mucho más a la coloquíntida o algún otro alcaloide vegetal de este tipo, y sin embargo parece que ha comido lo de siempre a la hora del desayuno y de la comida, y nada entre tanto, excepto un vaso de leche. De todos modos, ¡la he hecho ayunar un día o dos a la muy ladina! ¿Encontraste la cosa francesa?

—La encontré.

—¡Buena chica! ¡Quémala!

Bella le enseñó la revista a Barbie, tal como le había prometido. Barbie profirió un gritito:

—¡Oh, mi pobrecito Robin! —exclamó trágicamente, alzando manos y ojos—. ¡Pensar que su primera presentación ante la divina forma femenina haya sido con esta pandilla de gatas de cinco francos!

—Vamos, Barbie, ¡qué lenguaje!

—Esto le bastará para romper su equilibrio psíquico para siempre. Le daría de bofetadas a la señora Jelkes por haber empezado todo este jaleo.

—Me alegra informarte —dijo Bella— de que ya ha tenido su merecido. Su pobre Harold pasó una noche terrible con una urticaria, tosiendo, dando vueltas en la cama, chillando, rascándose, y sin dejar dormir a nadie hasta el amanecer. La señora Jelkes no pegó ojo. Cuando Harry le visitó por la mañana, descubrió que no tenía nada, solo polvos de pica-pica en el pijama. La venganza de Evangeline por lo del dolor de barriga, supongo. ¿Cómo lo habrá conseguido? ¡Menos mal que no sospecha de nosotros!

Barbie se encargó de quemar la cosa francesa en el incinerador de su jardín. Cuando halló el momento de hacerlo, una semana más tarde, apareció Robin inesperadamente y preguntó qué era aquel olor tan raro.

Barbie se sintió un poco aturdida y no pudo evitar decirle su primera mentira.

—Solo estoy quemando unas cuantas facturas, cariño. Es mucho más fácil que pagarlas, como bien descubrirás cuando seas mayor.

—Ya entiendo… Pero, oye, Barbie…

—¿Sí, cariño?

—Nos encontramos a Evangeline en el bosque. Dice que el párroco descubrió aquella revista de París y se la quitó. Dice que estaba muy enfadado con ella y le dio una buena paliza con el puño de un bastón, tan fuerte que tuvo que meterse en cama y tuvieron que llamar al doctor Nightingale para que la curara con vendas y yodo. Y después el párroco casi la hizo morir de hambre. Y también me ha dicho que nuestros padres nos darán unos buenos azotes y también nos matarán de hambre si se enteran de que hemos estado mirando las señoras parisinas desnudas. (Menos mal que no tengo padre ahora, ¿verdad?). Pero ella ha prometido que vigilará, por si alguien

manda otro número. No sabe de dónde llegó el primero. Cree que fue del montón de revistas de los Nightingale. Pero seguro que habrá más, dice. Y dice que la próxima vez encontrará un escondite mejor.

UN BRINDIS POR AVA GARDNER

En España, la mujer casada conserva su apellido de soltera, pero se añade el de su marido, mediante un *de*. Así pues, cuando nuestra amiga Rosa, de apellido Espinosa, se casó con Wifredo Las Rocas, se convirtió en la señora Rosa Espinosa de Las Rocas, una combinación muy acertada. Rosa tuvo mucha más suerte que su prima materna Dolores Fuertes, quien, sin pensar en las consecuencias, se casó con un abogado llamado Tomás Barriga y ahora se llama Dolores Fuertes de Barriga. Mi mujer y yo conocimos a Rosa en una tienda de Palma. Nos estábamos quejando amargamente de la vieja superstición mallorquina de que el sol brilla luminosamente durante todo el año y que, en consecuencia, no cabía en la imaginación que pudiera en ningún momento surgir algún problema relacionado con el secado de la ropa. Los mallorquines no tienen armarios de aire caliente para este fin, ni siquiera en sus casas más lujosas, y desdeñan aquel invento inglés tan antiguo, el tendedero plegable, que permite a las preocupadas madres estar al día con la colada de sus hijos durante los largos periodos de lluvia. Nosotros ya habíamos visitado todas las tiendas de muebles de Palma en busca de uno, pero los dependientes se habían limitado a encogerse de hombros o a sonreír.

Entonces Rosa se acercó a mí y se puso a hablar inesperadamente en un inglés clarísimo y casi sin acento español:

—Perdone, no pude evitar escuchar su conversación. Estoy segura de que a mi marido, Wifredo Las Rocas, le encantaría fabricarles un tendedero plegable. Entiende mucho de tendederos plegables. Mi querida y vieja *nurse* Nanny Parker trajo consigo uno de estos tendederos cuando vino a vivir con nosotros, procedente de la Embajada británica en Madrid, pero por desgracia ahora lo tiene mi hermana mayor, que vive en Zaragoza. Si tienen la amabilidad de acompañarme…

Wifredo y su socio, Aníbal Tulipán, trabajaban en una gran fábrica de muebles en las afueras de Palma. Aunque al principio poseían cada uno el cincuenta por ciento de las acciones de la fábrica, el edificio fue gravemente dañado por un incendio y entonces el Banco Central lo reedificó y abasteció nuevamente el almacén, a cambio de poder controlar el negocio. De hecho, Wifredo y Aníbal quedaron reducidos a meros empleados del banco, sujetos al despido si no conseguían demostrar beneficios, una posición muy incómoda en tiempos tan difíciles como aquellos, y para unos hombres tan orgullosos.

Aníbal se encargaba del surtido de existencias y de las ventas; Wifredo del diseño, de la producción y del personal. Habían sido cuñados, pero el lazo familiar se rompió con la muerte de la hermana de Wifredo, acaecida tras la ingestión de una sobredosis de somníferos, en protesta por las relaciones demasiado serias que mantenía Aníbal con la recepcionista de un dentista, y nunca hubo dos hombres de temperamentos tan poco compatibles para convertirse en socios como estos dos. Aníbal, a quien le encantaba todo lo que era alemán, especialmente la metafísica, la música y el *sauerkraut*, físicamente se parecía muchísimo a Goering, y tenía un mal genio auténticamente wagneriano; a menudo, cuando estaba enfadado, emulaba a Adolf Hitler, arrojándose al suelo y mordiendo la alfombra. Hasta que la guerra hubo terminado victoriosamente para los aliados, Wifredo —alto, rubio y enérgico— se guardó mucho de revelar sus tendencias anglófilas. Estas se habían agudizado unos años antes, cuando se enamoró de Rosa por primera vez y quedó bajo el hechizo póstumo de la famosa Nanny Parker. Nanny Parker, al entrar a formar parte de la familia Espinosa, había traído consigo una colección encuadernada del *Illustrated London News*, que se remontaba al año 1906 y seguía hasta 1925, y cada año iba añadiendo un nuevo volumen. En 1936, el comienzo de la Guerra Civil y la muerte de Nanny Parker —bajo las ruedas de un coche conducido velozmente por un grupo de pilotos italianos del pacto de no intervención, ¿recuerdan?— concluyeron la colección. Pero un estudio asiduo de estos volúmenes había convertido a Wifredo en un experto en todos los asuntos ingleses de los treinta años que cubrían.

Cuando Rosa nos presentó a Wifredo y le preguntó si nos podría proporcionar un tendedero plegable, él accedió con entusiasmo, viendo en nosotros una fuente útil de información sobre todo lo acaecido a la raza británica desde la muerte de Jorge V. El resultado fue un tendedero sensacional, fuerte y amplio como una iglesia, en caoba maciza, con barrotes de madera labrada y botones metálicos, y todo esto en una época en que la caoba era prácticamente imposible de obtener en la isla. Wifredo solo nos cobró un precio nominal por esta obra de arte, asegurándonos que el placer había sido enteramente suyo.

Después, Aníbal se enteró de lo del tendedero, a través de un jefe de personal de la fábrica, y sufrió uno de sus infernales ataques de rabia, insultando a Wifredo con toda clase de palabrotas y acusándole de estafar al negocio, de malgastar materiales valiosos, de retrasar la ejecución de otros encargos, y de aliarse con ciertos antiguos e incurables enemigos de España. Incluso le amenazó con dar cuenta del ridículo tendedero al Banco Central. Wifredo respondió apasionadamente que Gran Bretaña era el mejor cliente de España y, después de España, el país más noble de Europa.

También se refirió a la falta teutónica de buen gusto, humor e imaginación que se evidenciaba en Aníbal, y añadió que tenía intención de empezar la producción inmediata de nada menos que cien tendederos «Nanniparker», aunque con un modelo algo menos costoso que el del prototipo. Luego siguieron algunos comentarios muy malintencionados como: «El cura debía de estar muy resfriado cuando te bautizó *Aníbal*. Seguro que lo que quiso decir fue *Animal*. ¡Eres un gordo, necio y presuntuoso bruto alemán! ¡Si no fuera por tus aventuras degradantes en las inmundas guaridas de Santa Catalina, mi pobre hermana aún viviría!».

Se organizó una trifulca. Wifredo era el más fuerte, pero, en un momento dado de la Guerra Civil, Aníbal había seguido un cursillo intensivo de lucha callejera y había aprendido toda clase de truquitos de sus instructores, voluntarios de las SS. Los dos combatientes resultaron gravemente heridos.

Antes incluso de este accidente, la fábrica no había marchado muy bien. La maquinaria estaba completamente gastada pero era insustituible; había cortes en el fluido eléctrico; escasez de madera; nuevas fiestas nacionales que conmemoraban las Fuerzas de la Luz, en cada una de las cuales la dirección tenía que premiar a los trabajadores con una paga doble para tomarse un descanso patriótico; problemas con los sindicatos y decretos que prohibían el despido de un solo trabajador por muy ineficiente, deshonesto o innecesario que este fuera. Todo esto ya había perjudicado bastante, pero la ruptura total entre los dos socios llevó las cosas hasta un punto de crisis. Wifredo y Aníbal se empeñaban en seguir cada uno con sus propias ideas, sin coordinarlas con las del otro; Wifredo diseñaba los muebles en un estilo aún más provocadoramente británico, mientras que Aníbal le privaba de madera apropiada y no hacía esfuerzo alguno por vender lo que el otro conseguía fabricar.

Al darse cuenta de que la fábrica pronto iría a la bancarrota si alguien no intervenía de forma decisiva, Rosa decidió ser ese alguien. Tuvo la sensatez de telefonear a cierto canónigo de la Catedral, hermano mayor y confesor del hombre que, látigo en mano, supervisaba a estos socios en guerra, es decir, el propio director del Banco Central. Después de explicarle su difícil situación, Rosa rogó al canónigo que impusiera la paz por el método que le pareciese mejor, menos el de arruinar a las dos familias.

—Muy reverendo padre —le dijo—, aunque es cierto que don Aníbal empezó esta vergonzosa contienda, insultando a Wifredo y diciéndole unas cosas que ningún hombre de honor podría tolerar, he de admitir que la respuesta de Wifredo no ayudó en absoluto a remediar la situación. También es cierto que don Aníbal dio el primer golpe, pero Wifredo no le ofreció la otra mejilla. Sin embargo, ahora se arrepiente de

su actitud poco católica. No resulta nada gracioso que cada día, al llegar a la fábrica, tenga que quitarse con cuidado el reloj y ponerlo en un estante, junto con sus gafas de repuesto, por temor a que queden hechos añicos en un nuevo encuentro cuerpo a cuerpo.

El canónigo escuchó, emitiendo bufidos alentadores, y, finalmente, dio su opinión.

—Hija mía —le dijo—, solo veo una salida al problema que tan claramente me has planteado: que tú y la mujer de don Aníbal forméis una sólida alianza para conseguir la paz. Hasta que a vuestros maridos no se les pueda persuadir para que se den la mano en señal de amistad, debéis insistir, al menos, en que juntos pidan al banco que nombre un árbitro permanente, encargado de componer todas las disputas que puedan surgir entre ellos. Un convenio de estas características no ocasionaría muchos gastos; seguro que algún militar retirado, recto y discreto, se alegraría de aceptar el puesto. Y no lo haría por obtener una remuneración monetaria, sino simplemente, digamos, para cubrir sus pequeños gastos diarios de refrescos. En adelante, vuestros maridos no necesitarían verse excepto en presencia del árbitro, aunque, naturalmente, el banco querrá que acepten sus decisiones sin replicar, igual que los jugadores de fútbol que tienen que aceptar lo que les dice el suyo, so pena de ser expulsados del campo. Si puedes responder del consentimiento de tu marido, arreglaremos un encuentro en mi casa entre tú y la mujer de don Aníbal; allí, con la ayuda del Señor, todo se solucionará con decencia.

El nombre de la nueva mujer de Aníbal, la bonita exrecepcionista de dentista, era Gracia Juncosa de Tulipán (otra combinación floral de nombres). Gracia era una muchacha con carácter, y, al igual que Aníbal, resueltamente anticlerical. Asistió a la reunión, pero le advirtió al canónigo que, como no había duda de que la iniciativa había salido de Rosa, Aníbal se opondría tan enérgicamente al plan de arbitraje como si lo hubiese propuesto el propio Kremlin.

El canónigo frunció su rosado entrecejo. Pero se abstuvo de sacar a relucir el pasado censurable de Gracia, y se limitó a rogarle que imitara el espíritu auténticamente católico de Rosa.

—Benditos sean los que buscan la paz —entonó, meneando un dedo rechoncho.

—¡Benditos sean! —coreó Gracia, impresionada a pesar suyo por el enorme despacho con su olor a cigarros, sus oscuras y lúgubres estanterías de libros, sus oscuros y lúgubres cuadros de santos, muriendo azotados o asados sobre ascuas, o simplemente arrodillados en éxtasis sobre un peñasco y rodeados de demonios con alas.

—Pero mi Aníbal —prosiguió Gracia— se convencerá en seguida de que usted y

don Wifredo han confabulado juntos la elección de este árbitro con el fin de echarle de su puesto.

El canónigo respondió afablemente:

—Querida hija, tu temperamental esposo no tiene por qué preocuparse. Puedes asegurarle que yo, un canónigo de la Catedral de Palma, garantizo solemnemente que encontraré un árbitro de una rectitud y perspicacia tan grandes que bien pudiera ser descendiente del propio rey Salomón. No obstante, si tu esposo se niega a creerme, será como si hubiese desdeñado a la Iglesia, y también al banco, y daré parte de su obstinación a mi hermano.

Gracia vio la luz roja y exclamó:

—¡No, no, reverendísimo padre! ¡Le ruego que no hable de este modo! En el fondo, Aníbal es un hombre que ama la paz, y tanto usted como su distinguido hermano gozan de su más alta estima. Déjeme que intente hacerle comprender las cosas.

—Harás bien en intentarlo, hija mía —respondió el canónigo secamente, y así terminó la entrevista.

Cuando Gracia comunicó el recado del canónigo a Aníbal, le dio otro ataque y se enfureció una vez más. Me han dicho que exclamó: «¡Esto es un atraco! ¿Acaso he de entregar mi cartera a estos desvergonzados gángsters, con una sonrisa católica?».

Pero no le quedó otra salida cuando el director del banco ofreció como posible árbitro al retirado y muy condecorado coronel, a quien llamaré don Hilario Tortugas. En la campaña de África le habían herido tres veces, en diferentes ocasiones, en el muslo, en la rodilla, y en el hombro, y finalmente perdió todos los dedos de la mano izquierda al realizar una acción de un valor tan tremendo que le mereció la Gran Cruz de San Fernando. Desafiar la integridad de un héroe tan destacado hubiera hecho quedar en ridículo a Aníbal. Además, don Hilario, que estaba aburrido por la inactividad, había aceptado el trabajo de muy buena gana, pidiendo unos honorarios diarios que no sobrepasaban dos tazas de café, un bocadillo de salchichón, una botella de cerveza y un cigarro canario. El café tenía que estar muy caliente; esta era su única estipulación.

La idea funcionó bastante bien. Es cierto que don Hilario solo tenía una noción mínima de cómo se manejaba una fábrica, un fallo educativo demostrado repetidamente a lo largo de la historia de España por una extensa lista de oficiales de alto rango del ejército, todos ellos valientes y honorables, que se han visto al mando del destino económico de su país. No obstante, la experiencia de don Hilario en el mando de los hombres había agudizado su intuición natural sobre si las personas le

estaban diciendo verdades, mentiras o verdades a medias, y cuando surgían disputas sobre detalles técnicos decidía sobre ellas basándose en los tonos de voz, las expresiones y la conducta de los dos socios, más que en los documentos que le ponían delante. De este modo solucionó la controversia sobre los tendederos «Nanniparker», arguyendo que, aunque Wifredo obtendría un producto altamente profesional si tuviera los materiales necesarios, la falta de confianza de Aníbal en estas novedades sugería que sería más prudente retrasar la fabricación. También determinó:

—Sin embargo, la fábrica debería correr con el gasto de crear el prototipo, y de venderlo a un precio mínimo a alguna familia extranjera de influencia, como reclamo publicitario justificado.

La aparición de don Hilario en la fábrica hizo mucho para restablecer la moral de los trabajadores. En los cafés solían comentar con orgullo:

—Tenemos al famoso coronel Tortugas en nómina, el que atravesó con su espada a diecisiete beduinos, uno tras otro, a pesar de estar él mismo cubierto de heridas. ¡Eso sí que es un luchador!

Pero a Aníbal le resultó difícil tragarse su resentimiento.

—¡Imagínate! ¡Esta vieja reliquia del ejército supervisándome y espiándome!

Siguió poniéndole todas las pegas que podía a Wifredo y tergiversando tanto la situación de las existencias como las perspectivas de ventas. Al mismo tiempo, se quejaba constantemente ante don Hilario de que Wifredo tenía a los trabajadores demasiado consentidos, y de que mostraba una total ignorancia respecto a las últimas modas en muebles.

Siguiendo el consejo de Rosa, Wifredo se mostró imperturbable y se comportó como un inglés, siempre que podía, esperando provocar a Aníbal y conseguir que se propasase con algún acto ruin que no pudiera escapar a la censura oficial. Pero en el fondo estaba preocupado por los intentos de Aníbal de congraciarse con don Hilario. Por ejemplo, cuando le ofreció a don Hilario una caja de cigarros Romeo y Julieta el día de su santo. Ni falta hace decir que por mucho que le gustase un buen puro, don Hilario rechazó el obsequio, jurando que no podía desviarse ni un pelo de su código más que draconiano, y que incluso debía evitar toda sospecha de venalidad. Sin embargo, Wifredo le vio ojear la caja con una tristeza mal disimulada.

De vez en cuando, Wifredo se ofrecía para acompañar a don Hilario al centro de la ciudad en su Renault 1922 de dos asientos, que más bien tenía forma de barco —Mallorca es un lugar donde van a morir los coches buenos, y tardan un tiempo desmedido en fallecer—, pero don Hilario siempre insistía en ir a pie, incluso en días lluviosos, cuando le molestaban las heridas. No aceptaba ni más ni menos que sus dos

tazas de café diarias, dulces y ardientes, el cigarro canario, el bocadillo de salchichón y la cerveza estipulados en el contrato. Solo en una ocasión su conciencia le permitió pedir prestado a Wifredo un par de papeles de fumar para liarse los cigarrillos, pero al día siguiente se los devolvió.

Así estaban las cosas en la fábrica. Ahora hablemos de la «familia extranjera de influencia». Recibimos la visita inesperada de Ava Gardner, amiga íntima de nuestra amiga de Maryland, Betty Sicre. Betty le sugirió a Ava que se tomara unas cortas vacaciones para descansar de la agotadora vida social de Madrid, visitando la isla de Mallorca, que era soporífera y auténticamente rural. Allí podría restablecerse de su falta de sueño, estudiar gramática castellana, nadar a diario y consultarme a mí cómo acabar su azarosa educación mediante un cursillo intensivo de poesía inglesa. Habíamos conocido a Ava en casa de Betty, unos meses antes, y nos pareció muy simpática. Después nos envió un enorme ramo de rosas rojas, atención que mi mujer y yo apreciamos tanto más cuanto que sabíamos que Ava no es persona de cumplidos. Por aquel entonces se sentía muy sola, pues su hermana mayor acababa de marcharse a los Estados Unidos, y le solía pedir prestados a Betty, uno por uno, sus cuatro hijos pequeños, para que le hicieran compañía por la noche. «Los otros niños en la escuela americana me llamarían mariquita —se había quejado el tercero de ellos, llorando— si descubren que duermo dos veces por semana con Ava…».

En el aeropuerto de Son Bonet, en Palma, Ava cruzó el asfalto y corrió a nuestro encuentro; parecía un cervatillo asustado, perseguido por un lobo de aspecto hambriento. Cuando el lobo vio que de pronto quedaba sumergida en nuestra gran familia —los niños habían hecho novillos, diciéndoles a los frailes y a las monjas que llegaba una tía de Londres— se largó babeando. Pero la noticia de que la famosa Ava Gardner había venido por fin a Mallorca corrió de punta a punta del aeropuerto y el gentío iba de un lado a otro en busca de la alfombra roja, los ramos de flores y los fotógrafos de prensa. Mientras tanto, nosotros metimos a Ava rápidamente en nuestro Land Rover y sacamos sus maletas del furgón de la compañía aérea. Un entusiasta del cine vio a una mujer que se parecía mucho a su ídolo, intercambiando frases tontas con nuestros hijos en un coche polvoriento: se detuvo, fijó bien la vista y siguió caminando. Naturalmente, no podía tratarse de ella. Escapamos sin problemas.

Ava explicó que se había encontrado con dos lobos españoles, muy pesados, en el avión. El primero, sentado al otro lado del pasillo, no hacía más que dirigirse a ella en una especie de italiano experimental, hasta que ella cerró de golpe su *Antología de*

poesía inglesa (que le había proporcionado Betty para el cursillo poético) y dijo:

—Si insiste en interrumpir mi lectura, ¿por qué no habla al menos en su propio idioma?

A lo que el lobo contestó galantemente:

—Signorina, decidí hacerme il honore de empleare su propia lengua musicale.

Ava miró sin comprender.

—Debe de estar confundido —le dijo—. Es cierto que me casé con un siciliano, pero mi italiano es aún peor que el suyo.

El lobo la miró maliciosamente.

—¡No crea que va a engañarme! Todos nuestros periódicos nos aseguran que usted es una verdadera filia di Nápoles.

—Entonces están mintiendo. Yo nací y me crié en Carolina del Norte.

Una horrible duda se apoderó del lobo.

—Entonces, ¿estoy equivocado? ¿No es usted Sofía Loren?

Con un grito de indignación, Ava se levantó de un salto y se refugió más adelante en un asiento que estaba libre, pero allí se encontró con el Lobo n° 2, esperando precipitarse sobre ella. Así que leyó la *Antología de poesía inglesa* en el lavabo, del cual no salió hasta que el avión hubo aterrizado, y una vez más se encontró con el lobo, esperándola con aullidos amorosos al pie de la escalerilla. Por lo visto, las estrellas de cine del sexo femenino se han de regir por un estricto código: nunca deben insultar a periodistas o a fotógrafos de la prensa, nunca deben negarse a firmar un autógrafo (a no ser que tengan muchísima prisa), y nunca deben aporrear a los lobos con bolsos de mano ni sacarles los ojos con sombrillas.

Los planes de Ava para mejorar sus conocimientos de la gramática castellana y de recuperarse del sueño perdido se quedaron en agua de borrajas. Hay demasiados lugares en Palma donde los gitanos tocan guitarras y bailan flamenco toda la noche, y Ava nunca podía resistirse al flamenco. Además, su primera visita a Mallorca atrajo un interés tan inmenso que se vio obligada a cambiar de hotel cuatro veces en cinco días; pero a nosotros nos fascinaba sentir de vez en cuando el calor de los focos de su gloria. Aunque ella prefería mil veces comer pastel de patata o salchichas con puré en nuestro piso de Palma, tuvo la atención de invitarnos una o dos veces a los restaurantes más lujosos.

Después de cenar en uno de estos restaurantes, me pidió que le diera su clase de poesía, y yo le dije que había tan pocos poemas que valiera la pena leer, y tantos que se consideraban erróneamente merecedores de ser leídos, que más le valdría asegurarse de no estar perdiendo el tiempo con este curso de poesía. Andar separando

el oro de la tierra podría resultar un trabajo muy aburrido. Luego, cambiando de metáfora, le dije que una voz clara y personal era mejor que toda la habilidad técnica y que toda la experimentación atrevida del mundo; la poesía verdaderamente buena siempre tiene un sentido personal que es sencillo, inmediato y jamás aburrido, y que resulta más claro cuantas más veces se lee.

—Los poemas son como las personas —le dije—. Hay pocas personas auténticas.

Al preguntarle acerca de la terrible imagen legendaria que gravita sobre ella, Ava nos dijo que hace lo posible por esquivarla, aunque los muchachos de la publicidad y de la prensa siempre están intentando sujetársela con más firmeza sobre los hombros. También nos contó que nunca ha podido curarse del estricto condicionamiento baptista que recibió en aquella granja de tabaco de Carolina del Norte, siempre vigilada por su maravilloso padre, y que todavía se siente incómodamente moral en la mayoría de los estudios cinematográficos; no son las cosas que hace las que le han creado su reputación de persona provocativa, sino las cosas que dice. Algunas veces sencillamente no puede controlar su lengua.

De pronto, un fotógrafo disparó un *flash* en nuestra dirección y Ava le disparó a él una serie de tacos igualmente inesperados. El resto de nuestra conversación quedó puntuada por la entrega, por parte del camarero, de una sucesión de libros de autógrafos para que los firmara Ava; ella cumplió con una sonrisa fija y alegre, sin perder el hilo de nuestra conversación, hasta que una cazadora de autógrafos, una mujer que parecía un sofá exageradamente relleno, se dejó caer a mi lado, inclinándose sobre mí para acercarse a Ava, y le dijo:

—Oh, querida señorita Gardner, ¡he visto absolutamente todas sus películas! ¿Sería usted tan amable de firmarme un autógrafo *personal* para mi nieta de siete años? Se llama Wendy Solgotch Wallinger.

Ava frunció el entrecejo.

—¿Es absolutamente necesario lo de Solgotch Wallinger? ¿Y dónde quiere que escriba? —le preguntó.

—¡Oh, yo creía que las estrellas de cine siempre proporcionaban el papel!

Ava frunció aún más el entrecejo. Sus comentarios sobre aquella escasez de papel más vale que queden indocumentados. Bastaban y sobraban para explicar su reputación de mujer provocativa. No obstante, no queriendo infringir más su código, rasgó una esquina del menú, escribió rápidamente: «A Wendy, con mis mejores deseos, Ava Gardner», y con eso hizo marchar a la señora Wallinger.

Cuando hube encontrado un ejemplar de mis *Poesías completas* en nuestro piso, Ava me preguntó cuál de los poemas debía leer primero. Esta pregunta hizo que me

sintiera incómodo, después de lo que ya le había dicho. Sin embargo, le dije que había uno que quizá le gustaría tomarse como cosa personal, aunque lo había escrito mucho antes de conocerla. Marqué la página para que lo estudiara aquella noche antes de acostarse, si es que esto último entraba en sus planes.

Habla en su propia voz
incluso con extraños…

y:

Es salvaje e inocente, empeñada en amar
incluso ante el desastre…

Era el vivo retrato de Ava.

Mientras tanto, en la fábrica de muebles, Aníbal seguía creando dificultades. Acusó a Wifredo, ante don Hilario, de agitar a los trabajadores y de pretender que la madera con la que abastecía era tan verde, tan deformada y tan nudosa que solo serviría para fabricar sillas rústicas y cosas por el estilo. Al verse atacado con esta acusación, Wifredo informó a don Hilario de que se había limitado a hacer una afirmación de los hechos, y que no se trataba de una queja; es más, muy al contrario de intentar agitar a los trabajadores, lo que había hecho era animarles con la esperanza de que al menos pudieran construir algo con aquellos excéntricos trozos de árbol crudo, que era lo único que su socio podía adquirir en aquel momento.

En vista de que don Hilario le miraba con aire burlón, Wifredo se fue al taller y regresó con un trozo de pino local particularmente feo, formado casi todo él por grandes nudos.

—¿Cree usted en serio que puedo cumplir un pedido municipal de ochenta pupitres, con madera de esta calidad? ¿Y qué me dice de mis hojas de sierra?

Don Hilario echó un vistazo a la muestra y se aventuró a decir cautelosamente:

—Podría sacar estos nudos con un martillo y aprovechar los hoyos para los tinteros de los alumnos, pero tendré que hacer constar ante don Aníbal que, de tomar usted esta medida, ¡habría sin duda muchos más tinteros que estudiantes!

Dieron las siete y Wifredo exclamó:

—¡Perdóneme, don Hilario! Los trabajadores ya se han marchado, y mi socio también. Tengo que cerrar en seguida. Como ya sé que rechazará mi invitación para acompañarle a su casa en mi coche abollado, permítame que le dé respetuosamente las buenas noches. Tengo un poco de prisa; mis amigos ingleses (la familia intelectual Graves) van a honrar mi casa con una visita, y esperan traer a la señorita Ava Gardner.

A don Hilario se le cortó la respiración y se agarró a la manga de Wifredo.

—¿Quiere usted decir la auténtica Ava Gardner? —preguntó lentamente—. Ella… ¿está aquí, en Mallorca?

—Sí, la inimitable y única Ava —respondió Wifredo con calma—. Los señores Graves me han asegurado que es tan amable e inteligente como hermosa.

—¡Amable e inteligente, dice usted! ¡«Amable e inteligente» es decir poco! Para mí, ¡Ava Gardner es la mejor artista que existe!

Al final, Ava no nos acompañó a casa de Wifredo aquella noche. Había ido a la playa de Camp de Mar, pero como hacía un frío intenso —esto fue poco antes de aquella ola de frío tremenda, en 1956— fue la única persona que tuvo el valor de nadar. Un montón de admiradores que la habían seguido en coche la observaban desde la orilla y se oyó un murmullo de asombro al verla bajar brincando por las escaleras del hotel, vestida con un bañador italiano muy llamativo, y zambullirse de cabeza en las tempestuosas olas. Sin embargo, tengo entendido que nadie siguió su ejemplo para hacer el papel de posible salvavidas, y es que los españoles, a pesar de ser unos románticos empedernidos, no son del todo quijotescos. Más tarde, alguien se llevó a Ava apresuradamente a los viñedos de Binissalem, donde pasó un rato tan agradable, catando nuestro inimitable añejo mallorquín, que no volvimos a verla hasta la medianoche.

Al día siguiente, don Hilario llamó a Wifredo aparte y le dijo en un tono de urgencia:

—Amigo mío, ¡cuénteme cómo es!

No queriendo decepcionar al coronel, Wifredo respondió:

—¡Un fenómeno! ¡Tan dulce, tan hermosa, tan divertida!

Don Hilario, suspiró.

—¡Ah, don Wifredo! —dijo—. ¡Su experiencia me llena de una envidia atroz! —Y añadió apresuradamente—: Ya sabe que jamás he aceptado de usted ningún favor, desde el primer momento en que pisé esta fábrica. Ni un cigarrillo, ni una cerilla, ¡ni

un viaje en su coche destartalado! Sin embargo le diré que, al contrario de su aburrido socio, usted siempre muestra una gran consideración por mis sentimientos a este respecto, y que no da nunca un paso que pudiera prestarse a interpretaciones maliciosas; y por este motivo le respeto. Es más, le respeto tanto, y admiro hasta tal punto su corrección, que me siento con el valor necesario para pedirle un favor que le va a sorprender: un favor que, como usted admitirá, queda a un nivel muy diferente del de la rutina mundana de la industria, ambiente en el cual nos encontramos a diario. Soy un hombre solitario, don Wifredo; durante todo el invierno me duelen las heridas, tengo pocos placeres. En fin…, para ser breve, si usted pudiera, mediante un ruego, convencer a sus distinguidos amigos ingleses para que le hablen a la señorita Gardner…

—¡Ni una palabra más, don Hilario! —respondió Wifredo—. Si cualquier otra persona de Palma me hubiese pedido esto, aunque se tratara del propio director del Banco Central, de cuya buena voluntad depende mi sustento, yo le respondería: «¡Imposible!». Pero cuando el más valiente soldado de nuestra raza me pide un favor como este, ¿cómo puedo desairarle? Confío en que este asunto pueda solucionarse antes de que la señorita Gardner abandone la isla, a primera hora de esta tarde.

Unos minutos después sonó nuestro teléfono.

—Roberto —dijo Wifredo con entusiasmo—, ¿podemos encontrarnos al mediodía en el Café Meca para un asunto de vital importancia? No puedo explicártelo por teléfono.

Fue para mí un alivio descubrir que Ava había leído el poema marcado con una cruz y que había decidido aceptarlo como un tributo personal; es más, me suplicó que se lo copiara a mano y se lo firmara.

—Con mucho gusto —le respondí—, si me haces algo a cambio. Ava, quiero que me des una fotografía tuya, la más maravillosa y atractiva que tengas, con esta dedicatoria: «Al heroico coronel don Hilario Tortugas y Postres, con mi más sincera admiración, Ava Gardner». Deja que te lo anote.

—¿Es absolutamente necesario lo de «con mi más sincera admiración»?

—¡Es esencial!

Copié el poema para Ava con letra cuidada, y poco después de que regresara en avión a Madrid (con cuatro cajas de vino de Binissalem entre su equipaje), recibí una fotografía enorme y espléndida, con la dedicatoria para el coronel; casi me alegré al ver que se trataba de un retrato de su exótica leyenda y no uno de ella misma.

Rosa y Wifredo nos invitaron a la comida más inglesa que habíamos comido en años: sopa *mulligatawny*, rosbif con patatas asadas, *pudding* de Yorkshire, una col hervida, croquetas de manzana con nata y (como muy bien dijo Edward Lear) «un sinfín de queso Stilton». Wifredo incluso sacó una botella de oporto añejo —que me maten si sé cómo consiguió el Stilton o el oporto— y brindamos solemnemente por Ava Gardner.

Todos bebimos.

Entonces, con una voz llena de emoción, Wifredo declaró:

—Queridos amigos, como consecuencia del informe que don Hilario ha entregado al banco hace dos días, me he quedado yo solo al mando de la fábrica, y únicamente he de dar cuentas al director del banco. Han comprado la parte de Aníbal y le han despedido, y yo tengo autorización, no solo para encargarme de mis propios abastecimientos de madera, sino además… ¡para elegir a un nuevo encargado de ventas!

Le dimos la enhorabuena alborotadamente.

—Y eso no es todo —continuó—. Los tendederos «Nanniparker» van a empezar a fabricarse inmediatamente, como también otro aparato que me ha sugerido mi querida Rosa, que servirá para levantar la ropa mojada y colgarla del techo de la cocina mediante una cuerda y una polea. También podrá utilizarse para colgar jamones, salchichas y ristras de pimientos colorados y cebollas cuando haga buen tiempo. ¡Qué original y qué útil! Propongo llamarlo «Colgador Ava Gardner». Cada ejemplar llevará una preciosa miniatura en color de mi benefactora, sacada de una fotografía auténtica de su salto a las aguas de Camp de Mar. ¿Crees que debería escribirle para pedirle permiso?

—Ella lo consideraría absolutamente innecesario —respondí, tomando un sorbito de mi oporto, partiendo mis nueces, y a la vez pensando: «¡Querida Ava!».

LA VIZCONDESA Y LA MUCHACHA DEL PELO CORTO

Hace veinticinco años, *mestre* Toni, el sonriente propietario del garaje de nuestro pueblo, un hombre bajito, calvo, de ojos oscuros y cuerpo musculoso, me invitó a cenar el día de su santo. La fiesta de San Antonio, que cae en 17 de enero, siempre queda marcada, en los pueblos mallorquines, por la divertidísima salpicadura de agua bendita con que el cura moja a todos los burros, mulas, perros pastores y automóviles que sus parroquianos quieran llevar a la puerta de la iglesia; y por una hoguera, encendida la víspera y que alrededor de la medianoche casi siempre ya se ha apagado lo suficiente para poder freír los *buñuelos*[18] —una especie de *doughnut*— sobre sus ascuas. En esta ocasión, como el fuego aún estaba encendido después de la misa de la mañana, doña Isabel, la mujer de *mestre* Toni, mandó a sus hijos con palas a recoger ascuas de carbón para el brasero que tenían debajo de la mesa del comedor. El plato fuerte consistía en tordos envueltos en hojas de col, con caracoles, pulpos y arroz al azafrán. También comimos jamón ahumado, rodajas de un rábano de tamaño descomunal, las primeras aceitunas de la temporada, queso de oveja menorquín, pan de higo y pan corriente, y bebimos cantidad de vino tinto de Binissalem. Recuerdo los tordos porque una señora alemana se había enfurecido al verlos amontonados en el suelo del garaje aquella mañana.

—¿Cómo se atreven a «masacrar» a nuestros pájaros cantores alemanes? —había gritado.

—Señora —contestó *mestre* Toni—, sus pájaros cantores son unos mal educados; vienen a robar las aceitunas. Las aceitunas son nuestra principal fuente de ingresos; las aceitunas y los higos, higos que a menudo la he visto a usted robar de mis árboles cuando bajaba por el camino junto a nuestra casa, el pasado mes de septiembre.

Los tordos se cazan mediante un método antaño conocido en Inglaterra con el nombre de «caza de golpe», pero que ahora, según tengo entendido, ya no existe allí. Dos hombres se colocan a unos pasos de distancia, en uno de los anchos caminos por los cuales los tordos bajan volando de sus nidos en los robles de hoja perenne, cerca de la cima de la montaña. Los cazadores tienden una red de pescador en el camino, atada a dos cañas muy largas que colocan en posición vertical. Al amanecer, las primeras nidadas de tordos, llamados *tords d'auba*, bajan a los olivares y quedan atrapados en la red. Entonces las dos cañas se tiran simultáneamente y con fuerza hacia adelante y hacia abajo, y acto seguido los cazadores les tuercen el pescuezo a los

pájaros que han quedado atrapados debajo. Sobre las ocho baja un grupo menor de tordos llamados del *gran dia*, y luego ya no vienen más hasta que llegan los tordos *del vespre*, o sea los tordos del anochecer. Este método de caza constituye uno de los pocos deportes que practican los habitantes del pueblo. Una montaña tan empinada, con bancales que van desde el mar hasta la cima, no ofrece ningún terreno llano lo suficientemente grande como para instalar un campo de fútbol o siquiera una pista de tenis; y desde 1906, cuando un viajero que pasaba por allí perdió un ojo al golpearle la piedra que había lanzado el joven Mateo de Ca'n Pintat con su honda —el muy pícaro había apuntado a la pipa del individuo—, la antigua honda balear quedó prohibida oficialmente, incluso para la caza de conejos.

Pero en fin, *mestre* Toni había festejado la verbena de San Antonio y había comido grandes cantidades de buñuelos; luego había vuelto a casa a dormir un par de horas, y a las cinco se había levantado, dispuesto a ir a cazar *tords d'auba* para nuestra comida. Pero entonces se había presentado el sacristán, con abrigo y zapatillas, para decir que su hermana, María Fideos, estaba otra vez desesperadamente enferma y que había que ir a buscar al médico de Sóller en seguida. Así que *mestre* Toni se metió en su viejo Studebaker y, después de atender el médico a María (que se encontraba en su lecho de muerte hacía ya quince días) y de haberle acompañado de nuevo hasta Sóller, solo quedaban los despreciables *tords de gran dia* para cazar. Sin embargo, *mestre* Toni y un tal Sentià Echaperros, el chapucero del pueblo, consiguieron entre los dos embolsar dos docenas, una estupenda caza para aquel año. Y muy buenos que estaban.

Quizá debería explicar que María Fideos nunca había fabricado fideos; era su bisabuela la que ejercía esta industria, pero el apodo persistió en la descendencia femenina. Ahora existe una nieta adulta que conserva este nombre, aunque solo se dedique a hacer guantes. Del mismo modo, el asustadizo y tragón Sentià Echaperros heredó su apodo de un antecesor cuyo trabajo consistía en mantener alejados a los perros callejeros, en días de calor, del fresco santuario de la Catedral de Palma. «Sentià» es un diminutivo de Sebastián. Hay casi demasiadas cosas que requieren explicación cuando uno se pone a relatar historias sobre nuestro pueblo.

Después de comer, tomando café y coñac, me resultó fácil jurar que nunca había comido tan bien, ni tanto, en toda mi vida.

—¿Ni siquiera en Piccadilly, don Roberto? —me preguntó *mestre* Toni, maliciosamente.

—Desde luego que no, ¡se lo aseguro!

—Pues Damián Cochero, Sentià Echaperros y yo comimos bastante bien allí

durante nuestra estancia en el Hotel Regent Palacio.

—¿Por qué no me ha contado nunca lo de su visita a Londres?

—Soy un hombre muy ocupado, y usted también lo es. Me he guardado la larga historia de la vizcondesa y la muchacha de pelo corto para esta fiesta.

Aquí, pues, está el relato de *mestre* Toni, tal como lo anoté aquella misma noche. Respetando su incapacidad de pronunciar las *St, Sc, Sp* o *Sm* iniciales sin colocar primero una *e*, he prefijado esta vocal en todos los nombres propios que lo requieren. Que quede esta *e* como recordatorio de la españolidad de quien relata la historia.

LA VIZCONDESA Y LA MUCHACHA DEL PELO CORTO

Todo empezó un día de agosto cuando dos caballeros, ambos vestidos con chaquetas negras y pantalones a rayas —ropas muy poco apropiadas para aquel tiempo, que era de un calor abrumador—, llegaron en un estupendo taxi de Palma y se detuvieron frente a mi garaje. El chófer, que me conocía, me preguntó si podían hacerme unas preguntas confidenciales a solas.

—Estoy al servicio de los caballeros —contesté—, a no ser que estén intentando venderme algo. Este mes ando muy mal de dinero.

Uno de los caballeros, que sabía castellano, oyó lo que decía. Era un hombre pequeño que me recordaba a un gallo de pelea y tenía la manía de inclinar la cabeza hacia un lado en actitud de pregunta, como a menudo hacen las aves. Por su sombrero hongo negro, juzgué que era menos importante que el otro, que llevaba una chistera también negra, parecida a un tubo de estufa.

—Entonces permítame darle la enhorabuena —me dijo—. Mi amigo aquí presente, míster P. P. Jonés, pronto pondrá remedio a sus apuros económicos. Si escucha su proposición, llenará sus bolsillos de duros de plata. Yo me llamo Charley Estrutt, a su servicio.

—¿Y no me exigirá que quebrante la ley? —pregunté.

Míster Estrutt le tradujo esta pregunta a míster Jonés, que se asemejaba a un gran jamón bien curado. Míster Jonés negó con la cabeza enérgicamente, diciendo: «¡Al contrario!», una frase que entendí, porque la palabra «contrario» en inglés es idéntica en nuestra lengua mallorquina, aunque nosotros la pronunciamos un poco diferente.

Les hice subir a los dos a casa, a tomar café. Ellos aceptaron y, cuando hubimos apurado las tazas, esperé que, después de todos los elogios de míster Estrutt sobre la

belleza y tranquilidad de nuestro pueblo, llegara por fin al grano. Al ver que seguía callado, me atreví a decir:

—Imagino, por las cadenas de oro de sus relojes y por su discreción, caballeros, que son ustedes abogados; y sus trajes negros indican que no están aquí de vacaciones, sino por cuestiones de trabajo. Las etiquetas de sus maletines dicen «London». Por consiguiente, y como este pueblo solo ha tenido el honor de hospedar a un compatriota suyo en los últimos doce meses, para más señas, a una muchachita con el pelo cortado como un chico que estuvo en el Hotel Bonsol en el mes de mayo, con un extranjero alto (que vayan a saber de dónde era), creo que puedo deducir que su trabajo le concierne a ella de algún modo, ¿no es así?

La cara de míster Estrutt se iluminó.

—¡Es usted muy inteligente, don Antonio! —dijo—. Este es precisamente el caso, aunque solo el señor Jonés es abogado. En efecto, representa a la desconsolada madre de la muchacha del pelo corto, recientemente enviudada.

—¿Y cuál es su profesión, señor? —le pregunté—. ¿Hay algún inconveniente en que se divulgue?

Míster Estrutt sonrió.

—En absoluto, ningún inconveniente —contestó—. Yo era inspector de nuestra Policía Metropolitana. Ahora estoy retirado y soy detective privado, empleado por gente rica para realizar investigaciones delicadas. La remuneración es mejor.

—Por la formalidad que denota míster Jonés —continué diciendo—, debe tratarse de un abogado de suma importancia, ¿no?

Míster Estrutt silbó.

—¡Nunca acepta menos de cincuenta mil pesetas a la semana por cada caso! El hecho es que la desconsolada madre en cuestión tiene dinero a montones. Su padre era un multimillonario chileno. En una ocasión trabajé para esta familia, pues un hijo ilegítimo de este señor le estaba haciendo chantaje.

—Su acento parece sudamericano —comenté.

Se sonrojó un poco.

—Sí, sí —dijo míster Estrutt—, ustedes los españoles desprecian a los sudamericanos por su forma de abusar de su antigua lengua.

A pesar del ridículo sombrero hongo equilibrado sobre sus rodillas, míster Charley Estrutt parecía un hombre bastante agradable, y yo le aseguré que aquí, en Mallorca, hablábamos el castellano más rústicamente aún que los chilenos. Nuestra conversación siguió de esta forma hasta que míster Jonés, que no entendía ni palabra, miró su gran reloj de oro y le hizo alguna observación a míster Estrutt. Estaba claro

que había llegado el momento de hablar de negocios. Yo me dije para mí: «Esta gente puede pagar bien. Desde luego, no pienso aceptar el primer precio que ofrezcan, sea cual sea el servicio que piensen pedirme».

Míster Estrutt reveló su proposición. Explicó que la muchacha del pelo corto, una menor, después de escaparse de un convento francés donde se estaba educando, había sido secuestrada brutalmente por un artista búlgaro. Con grandes dificultades, se había podido seguir la pista de la pareja hasta nuestro pueblo. La desconsolada vizcondesa, su madre, deseaba recoger el suficiente testimonio jurado sobre la tragedia, para encarcelar a aquel hereje búlgaro para toda la vida. Sin embargo, había que evitar el escándalo a toda costa, y por eso no se había pedido asistencia a la policía española. Pues bien, si yo, y dos amigos míos, pudiéramos atestiguar ante un juez inglés que el búlgaro había llevado por la fuerza a la pobre muchacha a nuestro Hotel Bonsol, y que allí había cometido una ofensa contra ella, el desafortunado enredo podría demostrarse legalmente y el criminal sería castigado.

Míster Jonés, según me dijo míster Estrutt, sabía que yo había llevado a la pareja en mi taxi desde el muelle de Palma hasta el Hotel Bonsol, que un tal Sebastián Vives (refiriéndose a Sentià Echaperros) había subido su equipaje a la habitación de dicho hotel, y que Damián Frau (refiriéndose a Damián Cochero, el dueño del hotel) les había subido el desayuno a la cama en una bandeja, a la mañana siguiente. Míster Jonés esperaba que tendríamos la amabilidad de visitar Londres dentro de un mes, para vengar el honor de una noble familia inglesa, sobre todo porque la desconsolada vizcondesa era una católica muy devota; él había oído hablar del celo mallorquín por la santidad de un hogar católico.

—Entre nosotros, míster Estrutt —le dije—, la muchacha de pelo corto no parecía, ni mucho menos, que estuviera actuando por coacción; es más, en nuestro viaje desde Palma abrazaba y acariciaba al hereje (no pude evitar verlo en mi retrovisor) dando muestras de auténtico placer.

Imagine mi sorpresa cuando míster Estrutt me guiñó el ojo (aunque sin ser visto por míster Jonés) y respondió:

—Don Antonio, en Inglaterra nuestras muchachas han perdido todo sentido de la moral a causa de las perturbaciones de la reciente guerra. Además, la pobre muchacha tal vez temiera que, de no hacerle caricias en público, él la maltrataría cruelmente una vez solos.

Para resumir, las condiciones que nos ofrecían a los testigos por visitar Londres eran veinte pesetas diarias, además de pagarnos los gastos de viaje, cama y pensión completa, gastos de lavandería, vino, cigarros y cualquier otra cosa que necesitáramos,

dentro de lo razonable, sin omitir excursiones turísticas, y otras quinientas pesetas a cada uno si atestiguábamos de tal forma que convenciéramos al juez. También preguntó si tendría la amabilidad de repetirles esta oferta a mis amigos, don Sebastián y don Damián.

Yo quise saber cuánto tiempo estaríamos fuera, y míster Estrutt calculó que dentro de tres semanas estaríamos de vuelta. Le contesté que le daríamos la respuesta después de una noche de reflexión, pero míster Jonés nos recomendó encarecidamente que firmáramos un contrato aquella misma noche. Tenía intención de tomar el barco de Barcelona.

Bueno, dejé a los ingleses en mi casa y mientras tanto fui al Bonsol y me llevé a Damián a dar una vueltecita.

—Tú tienes muchos conocimientos —le dije— y entiendes bien la manera de ser de los ricos. Me han invitado a visitar Londres para ser testigo de un caso de secuestro. Pues bien, ¿te parece que para un servicio de este tipo son suficientes veinte pesetas diarias, todo pagado? Estaré fuera unas tres semanas.

Damián se detuvo, me miró con asombro, escupió con énfasis y dijo:

—¡Vaya, hombre, serías un tonto si lo rechazaras! Si me lo dijeran a mí, iría con gusto, incluso sin que me pagaran, aunque solo fuera por escaparme de este aburrido agujero y ver otra vez la gran civilización.

Y es que Damián se había ganado él mismo su apodo cuando hacía de cochero para el presidente de la República Argentina, y aún recordaba aquellos días gloriosos. Y añadió:

—Pero ¿qué demonios tiene que ver contigo un caso de secuestro?

—Paciencia, amigo —le respondí—. Primero, aconséjame si en principio es correcto lo que pagan.

Meditó sobre el asunto. Luego volvió a escupir y dijo:

—En principio, Toni, deberías insistir en treinta pesetas diarias. Los ingleses, por regla general, dejan un margen de un cincuenta por ciento para regatear, cuando se trata de españoles.

—¡Y encima quinientas pesetas!

—Una bonita suma, ¡caramba! Ojalá tuviera yo la oportunidad de ganar tanto por unas vacaciones de tres semanas.

—Entonces, ¡alégrate, Damián! ¡Tú también estás invitado!

Se lo tomó a broma, pero cuando le conté la historia lanzó su sombrero al aire con tal fuerza que cruzó el bancal, bajó por el valle, cayó al torrente, y jamás volvió a verlo nadie.

Fuimos juntos en seguida a participarle a Sentià su buena suerte. Como Sentià estaba ganando cinco pesetas diarias, el sueldo de un jornalero en aquellos tiempos, los ojos parecían salírsele de las órbitas cuando se lo dijimos. Sin embargo, tuvimos que hacerle tragar bastante coñac antes de llegar a convencerle de que viniera con nosotros. Como nunca había salido de la isla en toda su vida, Sentià abrigaba un miedo tremendo a perecer ahogado en una tormenta en el mar. Pero finalmente accedió, y cuando Damián y yo hubimos conseguido las diez pesetas de más de míster Jonés, sin ningún esfuerzo, nos fuimos con Sentià a ver al alcalde, que era el juez de paz municipal, y le persuadimos de que diera fe del contrato enmendado. En efecto, todos firmamos el documento, que había preparado un notario español. Sentià hizo un garabato al firmar su nombre con una temblorosa rúbrica y dijo:

—¡Dios no quiera que esto sea mi sentencia de muerte!

Nadie en nuestro pueblo había visto jamás las costas de Inglaterra, y nos parecía algo grandioso ser nosotros tres los primeros. Naturalmente, nuestras mujeres no veían con buenos ojos la aventura, a no ser que pudieran acompañarnos, ¿no es así, Isabel? Pero míster Estrutt declaró que un plan de estas características sería poco aconsejable, aunque nosotros quisiéramos pagar sus pasajes y los gastos extra con lo que cobrásemos. Entonces la mujer de Sentià organizó un escándalo. Nos llamó tontos por no pedir cincuenta pesetas diarias y mil al terminar, ya que míster Jonés había aceptado nuestra petición tan fácilmente. Y dijo chillando que sabía con certeza que los ingleses me habían sobornado para no tener que subir el precio. Pero Isabel, aquí presente, y Ángela, la mujer de Damián, le dijeron que se callara, ya que la cantidad ofrecida era considerable y el documento ya estaba firmado y en regla.

Nada más. Después de prometer escribir a menudo, y haciéndoles prometer a nuestras mujeres que se portarían bien durante nuestra ausencia, y que tendrían a los niños a raya, declaramos, con el corazón en la mano, que jamás habríamos soñado dejar el pueblo, ni siquiera para tres semanas, si no fuera porque se estaba jugando el futuro de un hogar católico. En efecto, en estas cuestiones las mujeres de esta isla tienen todo el celo que míster Estrutt indicó, y dudo mucho que cualquiera de las tres nos hubiese dejado marchar solo por el dinero. Luego supe que, mientras estuvimos fuera, Isabel, aquí presente, se pasó la mitad de los días en la iglesia rezando por mi seguridad y por el consuelo espiritual de la desgraciada viuda.

Bueno, don Roberto, usted ya ha hecho este viaje más de una vez, y para usted no es ninguna novedad, ¡pero para mí fue algo tremendo, una vez hubimos cruzado la frontera de Francia! Parecía un milagro que en cosa de medio kilómetro de campo el aspecto de tantas cosas pudiese cambiar tan repentinamente: la ropa, el lenguaje, los

uniformes, los postes de telégrafos, el color de los buzones, ¡incluso la forma y el gusto del pan!

Míster Estrutt nos había venido a buscar en taxi al pueblo, para acompañarnos en las aduanas, las inspecciones de pasaporte, y demás problemas. Parecía otro hombre una vez fuera de la sombra del serio míster Jonés, pues ahora vestía un traje de gabardina color crema, un sombrero de paja dura con una cinta de un color amarillo canario, y llevaba un bastón con puño de oro. También empezó a contar chistes de los que llamamos «verdes». Llegó a mi casa un poco fatigado, pues había pasado la noche anterior en el Bar Macarena. ¿Conoce por casualidad el Macarena? Si es así, comprenderá que escapar vivo de aquellos gitanos, conservar su cartera, su aguja de corbata con una perla, y su bastón con el puño de oro fue toda una hazaña. Los de la Policía Metropolitana deben de ser unos leones.

Tomamos el barco de la noche para Barcelona y a nuestras mujeres les caían las lágrimas al decirnos adiós desde el muelle. He de confesar que por un momento me pregunté si mi decisión había sido prudente. En cuanto a Sentià, estaba hecho un trapo y míster Estrutt le administró una tableta, con la que se quedó dormido rápidamente.

En cuanto estuvimos fuera del puerto de Palma, míster Estrutt nos invitó a mí y a Damián a reunirnos con él en el bar. Mientras tomábamos un coñac nos dijo:

—Muchachos, ahora me iré al camarote a restablecerme por mi falta de sueño, pero primero permítanme que les sea franco. Deben comprender que la historia del secuestro solo es obra de la fantasía. La vieja vizcondesa y yo la planeamos juntos como medio para convencer a sus esposas de que era su deber dejarles marchar. Además, decidimos no decirle ni una palabra a míster Jonés. Aunque es un abogado inteligente, es también una persona rígida y de moralidad altísima, y jamás se prestaría a practicar un pequeño engaño, ni siquiera para apoyar una buena causa.

—Bueno, pues, por Dios santo, ¡díganos la verdad en seguida! —exigió Damián con furia.

—La verdad —contestó— es que esta vieja bruja, la vizcondesa, perdió a su esposo, el vizconde, hace tres meses. Se cayó accidentalmente desde el balcón de su dormitorio en el Hotel Espléndido de Cannes, y puede que fuera realmente un accidente, ¿quién sabe? Pero ¡no importa! ¡La viuda está ahora enamorada de un oficial retirado de la Guardia Real, cuya profesión consiste en dirigir una jauría de perros para la caza del zorro! Es dueño de grandes propiedades, pero tiene poco dinero para mantenerlas, solo una montaña de deudas de juego. De hecho, él está dispuesto a casarse con ese esperpento, que a la luz de una vela aún puede pasar, si uno coloca la vela detrás de ella, bastante lejos, y se pone gafas de sol. El único

inconveniente para esta unión es su joven esposa, una actriz que se casó con él no hace mucho, creyendo que era rico, y que al ver que él la ha engañado se considera libre para hallar consuelo en compañía de otros. Sin embargo, tiene mucho cuidado en borrar sus huellas cuando va a cazar… a cazar hombres, no zorros, se entiende. Es muy guapa, ¿no creen?

Como míster Estrutt se estaba refiriendo claramente a la muchacha del pelo corto, Damián y yo admitimos que sí, que era un bocado delicioso, aunque quizás un poco delgaducha y con los ojos de un azul demasiado pálido.

Míster Estrutt continuó:

—Así que ya ven, amigos, su testimonio será muy valioso para la vizcondesa. Si el oficial cazador obtiene su divorcio de la muchacha del pelo corto, la vizcondesa se podrá casar con él, habiéndole pagado todos los gastos del juicio. Y aquí es donde entro yo en la historia. El pasado mes de mayo, la hermana menor de la muchacha del pelo corto la invitó a visitarla a Tossa, en la Costa Brava, pero cuando la vizcondesa me envió allí en julio para hacer mis averiguaciones, descubrí que nuestra chica se había ido a Mallorca con un artista búlgaro a quien había conocido en el tren de París. Discretamente, seguí sus huellas y obtuve sus nombres, muchachos, sin visitar el pueblo, gracias a un amable cabo de guardacostas. Con esta información volví a Londres, donde míster Jonés decidió hacerle pagar a la vizcondesa una buena suma por corroborar mi relato. Debo añadir que existen otros cargos de adulterio contra la muchacha del pelo corto, pero este es el único que por el momento míster Jonés se atreve a llevar ante un tribunal. Bueno, muchachos, ¿me perdonan por las mentiras que les he contado?

Yo me reí.

—Vamos, hombre, ¡si a Damián y a mí nos da lo mismo! —le dije—. Mientras nos paguen lo que estipula el contrato…

Míster Estrutt me dio una palmada en la espalda y exclamó:

—Me gusta tu humor, Toni, si me permites llamarte así. Y tú llámame Charley, ¡como hace todo el mundo que sea alguien! Y ahora otra cosa. Cuando pedisteis aquellas diez pesetas más al día, informé a míster Jonés de que por ser vosotros unos católicos tan radicales, estabais completamente en contra del matrimonio de personas divorciadas, y por consiguiente teníais que obtener al menos treinta pesetas en total, antes de atestiguar en un asunto de tan poco interés para vosotros. Ahora ya he hablado bastante, pero os apuesto que lo pasaremos estupendamente en Londres. Por cierto, no tenéis que dejarle saber a ese vejestorio enamorado, la vizcondesa, que os he contado la verdad, y sería mejor que tampoco dejáramos participar al bueno de

Sentià en el secreto, ¿no os parece? Podría enturbiar el concepto que se ha formado de mí.

Volvimos a llenar nuestras copas y brindamos por la vizcondesa, por el difunto vizconde, por la muchacha del pelo corto, por el oficial cazador, por míster P. P. Jonés, por el señor juez y por otras personas más remotamente vinculadas al asunto, con una multitud de coñacs. Míster Estrutt no pudo recuperar aquella noche sus horas de sueño perdidas.

A pesar de nuestros excesos, llegamos al puerto sanos y salvos, y más tarde comimos de maravilla en el Hotel Palacio de Barcelona, con langosta a la mayonesa, vinos franceses y todo lo mejor. Sentià Echaperros, sintiéndose muy incómodo en aquel ambiente elegante, abría la boca solo un poquito cuando introducía la comida, y mantenía sus enormes manos coloradas debajo de la mesa cuando no las utilizaba. Pero Damián se encontraba en la gloria en aquel breve regreso a la vida de alta sociedad, de la que había disfrutado en el palacio presidencial de Buenos Aires, y nos contó muchas cosas de su pasado que me resultaron increíbles, aunque nos conocíamos hacía ya veinte años.

Después de pasar una noche en tren, en unas camas muy estrechas, llegamos a París y nos llevaron en un taxi a la Gare du Nord. En seguida míster Estrutt dijo:

—Muchachos, ¿podéis hacerme un gran favor? Yo me voy a la ciudad. Os ruego que me esperéis en aquel restaurante; pedid toda la comida y bebida que convenga, pero ¡procurad no entablar conversación con nadie! Las órdenes que he recibido de la vizcondesa son de no perderos de vista. Volveré a tiempo para tomar nuestro tren.

—¿Y qué ganamos con hacerle este gran favor, don Charley? —preguntó Damián.

—Si me protegéis a mí, Damián, yo os protegeré a vosotros —respondió—. ¿No es eso suficiente?

Como míster Estrutt tenía todo el dinero y nuestros billetes, su respuesta tuvo necesariamente que satisfacer a Damián. Sin embargo, me resultó muy violento ver entrar en el restaurante a dos hombres de negocios de Palma a quienes conocía de vista y ver cómo me saludaban. Les miré como quien no comprende y me hice pasar por alemán. Incluso me volví a Damián y le dije: «*Heute ist Sonntag*», que era todo el alemán que sabía. Damián, que es un tipo muy despierto, negó con la cabeza y respondió: «*Donnerwetter!*», que era todo el alemán que sabía él. Los dos palmesanos se sentaron en una mesa en el rincón opuesto, y desde allí nos estuvieron mirando fijamente. Nosotros tres no nos atrevimos a hablarnos en nuestra propia lengua hasta que se hubieron marchado. Por cierto, la comida no era buena.

Eran las dos. Nuestro tren hacia Calais tenía su salida a las seis, pero dieron las

cuatro, las cinco, las cinco y media y las seis menos cuarto, y aún seguíamos allí. A las seis menos diez, Damián dijo:

—Esto no me gusta nada. ¿Qué le puede haber pasado a míster Estrutt?

—¡Paciencia! —le recomendé yo—. Es buena persona y mantendrá su palabra.

Pero Sentià se iba poniendo cada vez más nervioso y empezó a rezongar que no tendríamos que haber venido.

—Nos han hecho venir a París para algún asunto endemoniado —dijo—, tal vez para vendernos como esclavos a los moros.

Había tenido un mal presentimiento el día que se firmó el contrato, ¿no lo recordábamos?

Nosotros no respondimos nada. Al final, Damián se levantó y dijo:

—Bueno, pongámonos los abrigos y tengamos todo a punto; estoy seguro de que míster Estrutt aparecerá matemáticamente en el último momento.

Mientras hablaba, míster Estrutt irrumpió en el restaurante, pagó nuestra pequeña cuenta con un solo billete muy grande, y nos hizo correr hasta el andén. Tomamos el tren de Calais con treinta segundos de margen.

—¡Dios mío, qué susto! —exclamó míster Estrutt, dejándose caer en su butaca—. Pero, de todos modos, ¡encontré lo que fui a buscar!

—¿Era una gallinita bien tierna? —preguntó Damián.

Míster Estrutt se tomó bien la broma.

—Por desgracia, no —contestó—; se trataba de un asunto muy serio, no de un placer gastronómico. Un día lo sabréis. Pero… ¡muchas gracias por vuestra gran paciencia, muchachos! ¿Qué? ¿Echamos una partida de cartas?

Jugamos al *truc* hasta llegar a Calais.

Al contrario de lo que se nos había dicho, el canal de la Mancha estaba calmo como un cristal, y al otro lado encontramos otro país completamente diferente, ¡verde y precioso! Aunque ya era otoño, el sol brilló sin pausa todo el tiempo que estuvimos allí. No comprendo por qué los españoles dicen que el clima inglés es malo. En Dover, una enorme *limousine* Rolls-Royce nos llevó por carretera a Londres, y allí seguimos viajando durante horas, o al menos eso nos pareció, por una selva de calles, y luego cruzamos el río Támesis. Por fin llegamos a Piccadilly Circus, con sus fantásticos anuncios de colores y el apresurado gentío. Muy cerca, se alzaba el Hotel Regent Palacio, en el que nos esperaba una *suite* privada en la primera planta, completa, con dos cuartos de baño, un comedor y todas las comodidades del mundo, incluyendo camareros para servirnos, ¡y un barbero para afeitarnos cada día después del desayuno!

Míster Estrutt era un hombre con un gran sentido del humor. A la mañana siguiente, nos cogió a Damián y a mí aparte y nos dijo:

—Cuando la gallina vieja entre a saludaros, no os olvidéis de compadeceros por la suerte de su pobre hija. Cuanto más profusas sean vuestras condolencias, más le remorderá a ella la conciencia por el invento del secuestro, y menos escrupulosamente examinará nuestra hoja de gastos. ¡Y mucha adulación! Tenía que haberos dicho que ocupáis esta *suite* privada por su temor a que tengáis contacto con el público. Personalmente, le sugerí que si el abogado de la muchacha del pelo corto se enteraba de vuestra presencia aquí, seguro que intentaría contaros la historia verdadera, con el posible resultado de que os negarais a atestiguar. Jugaremos con estos temores suyos y disfrutaremos de una vida estupenda juntos, y nunca (en teoría) os dejaré alejaros de mi vista.

Apenas acababa de hablar, entró la propia vizcondesa por la puerta, con un abrigo de pieles negras de marta cebellina, sombrero negro y guantes negros. También lucía un pañuelo ribeteado de negro que se llevaba a sus ojos negros. Después de darnos la bienvenida en un español bastante bueno, interrumpido por abundantes sollozos, nos dio las gracias desde el fondo de su corazón de madre por nuestra buena disposición al querer salvar a su hija de aquel criminal hereje búlgaro al que la policía, ¡gracias le fuesen dadas a la Virgen de Guadalupe!, tenía ahora bajo custodia. Sentià también lloró y Damián aseguró que él también había sufrido un semejante golpe trágico, cuando a su propia hija la había embaucado un lord inglés, llevándosela de su casa a su perdición, y desechándola luego como a un guante viejo. Damián, como sabe, no tiene hijos y sabe mentir sin el más leve temblor en su cara de pillo, que parece de caoba labrada. Este relato impresionó incluso a míster Estrutt, que le dio unas palmadas a Damián en la espalda y le dijo con admiración:

—Me sorprende, señor Frau, que su corazón le haya permitido perdonar a la aristocracia inglesa. Debe de estar regido por un espíritu muy devoto.

En pocas palabras, ¡una comedia! Por mi parte, le dije a la vizcondesa que solamente una desgracia tan grande como la suya podía inducirme a abandonar mi isla, mi mujer y mis hijos; y aventurarme en esa ciudad desconocida y tan pavorosa. La vizcondesa, que seguía ocupada con su pañuelo, respondió que solo un español podía hablar con tanta nobleza de espíritu. Declaró que ella era una católica no menos devota que yo, y que Dios y la Virgen harían que triunfase la causa justa.

Le dije lo primero que se me ocurrió:

—El hereje búlgaro parecía un verdadero canalla. ¡Esperemos que le cuelguen bien alto! ¡No imagino cómo una muchacha de buena educación pudo confiarse a

aquella bestia! Sin embargo, el que su pobre hija lo hiciera es sin duda un indicio claro de su inocencia… Pero lo que más me sorprende en todo este doloroso asunto es cómo usted, señora vizcondesa, pueda ser su madre… ¡si no parece tener la edad suficiente!

—Me casé muy joven —explicó, secándose las lágrimas de nuevo.

Cuando se marchó abrimos las ventanas para disipar el fuerte perfume de violetas y sándalo que había dejado tras de sí.

El juicio se pospuso quince días, por alguna complicación legal; ahora íbamos a estar fuera tres semanas más, pero a nadie le importó un pimiento. Sin embargo, aconsejados por míster Estrutt, le dijimos a míster Jonés que, como nuestros negocios irían sin duda a la ruina en nuestra ausencia, necesitaríamos cincuenta pesetas diarias, y mil al terminar. La vizcondesa complació nuestras peticiones con mucho gusto, y nosotros tuvimos también mucho gusto en firmar un nuevo contrato. ¡Nunca en mi vida había ganado tanto dinero por no hacer nada en absoluto!

Debería decirle que míster Estrutt tenía a su disposición aquel mismo Rolls-Royce, siempre que quisiéramos salir a dar un paseo. Nos enseñó las principales vistas de Londres: la Torre y el Puente de la Torre, el Museo de Cera histórico, el Museo de Animales y Pájaros, los muelles, ¡y los maravillosos jardines botánicos donde se entra en una casa de palmeras tropicales y casi te mueres de calor! También el Palacio de Justicia, donde pronto íbamos a ir a declarar, y muchos otros lugares, y también nos llevaba a cines y teatros de revista casi cada noche.

Míster Estrutt también nos llevó a ver a sus esposas, explicándole primero a Sentià que la poligamia era costumbre entre los de la Policía Metropolitana. Dos de estas mujeres vivían en lugares diferentes de Londres; cada una de ellas ocupaba una pequeña casa de ladrillo rojo, con un jardincito. Nosotros, los mallorquines, nos sentábamos en el jardín soleado bebiendo cerveza y fumando cigarrillos, mientras míster Estrutt iba arriba a discutir asuntos de familia con su mujer. Cada mujer tenía además un niño pequeño con el cual jugábamos a la pelota en el césped. Luego conocimos a una tercera esposa que tenía una gran casa cerca de Brighton. Parecía muy rica, pero ni la mitad de guapa que las otras dos. La rica nos dio *whisky* y cigarros, y nosotros, los mallorquines, nos sentábamos en el césped y jugábamos con su caniche. Míster Estrutt nos enseñó un mechero nuevo de oro, regalo de cumpleaños que le hizo esta señora. Pero la cuarta mujer, que vivía a muchos kilómetros al norte de Londres, era vieja, fea y de mal carácter. A juzgar por su forma brusca de saludar a míster Estrutt, debía de tratarse de la esposa principal. O eso al menos fue lo que dijo Damián, que había visto un comportamiento similar entre las familias moras cuando

hacía su servicio militar en Melilla; la esposa principal era invariablemente celosa y rencorosa.

Un día, míster Estrutt me tomó aparte y me dijo:

—Toni, amigo mío, creo que necesitamos un pequeño cambio. No es que tenga ninguna queja del Palacio, pero incluso los mejores hoteles se vuelven aburridos al cabo de tres semanas. Y no quisiera que el viejo espantapájaros, la vizcondesa, pensara que me he olvidado de la seria tarea que me ha impuesto. Estad preparados entonces para cambiar de alojamiento a medianoche, pero, como siempre, ¡ni una palabra a Sentià!

Aquella noche Sentià se fue a la cama a eso de las once y pronto empezó a roncar. Entonces el señor Estrutt telefoneó a la vizcondesa, hablándole en un tono de gran seriedad. Damián y yo pudimos oír su voz asustada y aguda por el aparato. Míster Estrutt contestó: «¡Sí, sí, *milady*!» varias veces. Creo que le contó que, aunque el abogado de la muchacha del pelo corto había sobornado a un camarero para que nos relatara la verdadera historia, su repentina aparición había interrumpido, por fortuna, la conversación en sus comienzos. La vizcondesa, apremiante, rogó a míster Estrutt que nos cambiase de hotel en seguida.

Hicimos nuestras maletas y despertamos a Sentià. Damián dijo:

—Chico, ¡estamos ante un grave peligro! El hereje búlgaro nos ha descubierto. ¡Haz la maleta a toda prisa!

El Rolls-Royce nos esperaba ante la puerta del hotel cuando salimos. La vizcondesa estaba dentro, muy nerviosa, con un mantón dorado que le tapaba la cara para que no la reconocieran. Míster Estrutt dijo que no había que perder tiempo y el chófer arrancó sin demora. Conducía a toda velocidad con aquel silencioso motor, pero la vizcondesa estaba segura de que nos seguían. Mandó al chófer que se metiera aquí y allá, por callejones, hasta librarnos de la persecución. El chófer obedecía, pero por muy enredados que fueran sus desvíos, ella continuaba echando miraditas por la ventanilla trasera y exclamaba: «¡Allí está! ¡Otra vez el mismo coche!». Sentià sudaba de terror y no hacía más que santiguarse y preguntar: «¿Creéis que nos van a matar?».

Al cabo de una hora de estas tonterías, llegamos a un campo despejado. El chófer hizo recular el Rolls-Royce por un sendero y apagó las luces. Permanecimos sentados durante otra hora en la oscuridad, viendo pasar una multitud de coches a toda velocidad. Cuando por fin la vizcondesa quedó convencida de que había burlado a sus perseguidores, volvimos atrás por caminos tortuosos y a las dos de la madrugada encontramos una nueva *suite* particular en el Hotel Palacio Estrand (que no distaba ni un kilómetro del Palacio Regent), donde, por razones de seguridad, entramos por la

puerta de servicio. Qué raro, ¿verdad?, que cada uno de los hoteles que visitamos en este viaje se llamase Palacio. Pero, pobre Sentià, ¡había muerto cien veces aquella noche!

Escribimos en seguida a casa para decir que estábamos bien, que los negocios prosperaban y que confiábamos en que todo acabaría con normalidad, y nos despedimos con aquellas bonitas frases finales que se aprenden en la escuela. Nuestras familias nos contestaron del mismo modo, aunque más devotamente. No había pasado nada importante por allí durante nuestra ausencia, excepto que una gran tormenta había arrancado muchas ramas de mi olivar y había hecho caer los muros de tres bancales.

Un día me preguntó míster Estrutt:

—Amigo mío, ¿aún disfruta de esta vida?

A lo que yo respondí:

—¡Enormemente! ¡Fíjese! Bajo este nuevo contrato pronto habré ganado dinero suficiente para comprarme un estupendo coche americano, entregando mi viejo Studebaker como entrada. ¡Una recompensa justa por mi duro trabajo! Pero, don Charley, ¡en una cosa nos ha engañado!

—¿Cómo engañado? —me preguntó sorprendido.

—Bueno —le contesté—, nos ha dado de comer regiamente, nos ha proporcionado buenas camas, buenas bebidas, admirables puros habanos, nos ha llevado al cine y a ver revistas, y en una ocasión incluso a la ópera, además de enseñarnos las vistas más famosas de Londres… Pero ¡no ha satisfecho otras necesidades imperiosas! Esto es, como decimos en Mallorca, como pedirle a un niño que mire por la vitrina de la tienda de dulces sin comprarle ningún caramelo. Aunque todos somos buenos católicos, ¡tampoco somos frailes!

(Qué suerte, don Roberto, que en este preciso momento de mi relato, Isabel haya salido, a lavar los platos supongo, y a dar de comer a las gallinas; de otro modo, me hubiese visto obligado a omitir el incidente que ocurrió a continuación. De todos modos, tendré que ser breve).

Bueno, míster Estrutt me comprendió antes de que las palabras hubieran acabado de salir de mi boca.

—Si eso es todo, amigo Toni, tiene fácil arreglo —dijo—, pero yo temía ofender vuestra sensibilidad. Como no sois miembros de la Policía Metropolitana, creía que os consideraríais menos libres que yo en ciertos aspectos. Muy bien, telefonearé en seguida a un socio mío que se encarga de estos asuntos. Os prometo que no podréis volver a quejaros de que os han engañado.

Mantuvo su palabra. Aquella noche, después del café, llamaron suavemente a la puerta y entraron tres preciosas rubias, cada una con un vestido de seda muy ceñido. Míster Estrutt en seguida hizo las presentaciones necesarias, cuidando de darnos nombres ficticios. Luego descorchó una botella de champán, prodigiosamente grande, y llenó siete copas. Rápidamente, atraje la atención de la señorita más destacada, y Damián no tardó en asegurarse la segunda. Pero Sentià, a quien, como siempre, no habíamos informado de lo que ocurría, se quedó sentado, perplejo y paralizado, con los ojos salidos como un pez moribundo, sobre todo cuando vio a las dos señoritas sentarse sobre nuestras rodillas. La tercera se dirigió a míster Estrutt, quien le explicó, no obstante, que el caballero tímido del rincón era el galán que le había correspondido; él no era más que un intérprete. Aunque un poco decepcionada, se echó sobre Sentià con un entusiasmo estupendamente simulado. Sentià se levantó de golpe, derribando su silla, y se escondió en el cuarto de baño; pero la chica, muy resuelta, metió el pie entre la puerta y la jamba, llamando a míster Estrutt para que acudiera en su ayuda. Míster Estrutt abrió la puerta de un empujón, y cuando ya hubo entrado la chica la cerró con llave.

Basta decir que Damián y yo no necesitamos intérprete… Pero, Dios mío, ¡cuán avergonzado se mostró Sentià después, y cómo nos reímos! De una cosa podíamos estar seguros: cuando estuviéramos otra vez de vuelta en casa no diría ni una sola palabra a nadie referente a estos acontecimientos, ¡ni siquiera en el confesionario!

La vizcondesa vino a visitarnos a la mañana siguiente, con su cuento de siempre, de cómo Dios y la Virgen María defenderían a los justos y lo muchísimo que apreciaba nuestra defensa tan caballeresca de su hogar católico. Entonces, dándose cuenta de que Sentià parecía sentirse incómodo, le puso su mano enguantada de negro sobre el hombro para consolarle:

—¡Pobrecito! —exclamó—. ¡Cuánto debe usted de añorar a su esposa!

Al oír estas palabras, Sentià se echó a llorar como un niño. Temiendo que dijera alguna tontería, me apresuré a intervenir.

—Sí, *milady*. Sebastián, aquí presente, añora terriblemente a Joana, porque no esperaba tener que estar fuera tantas semanas. Y él no es el único que sufre. Don Damián y yo también somos muy sensibles, pero intentamos reprimir nuestro desconsuelo por el bien de vuestra desafortunada hija.

La vizcondesa prometió que jamás nos arrepentiríamos de nuestra visita, y le secó los ojos compasivamente a Sentià con su perfumado pañuelo de encaje negro. ¡Pero ni eso logró consolarle!

Dos días más tarde se inició la causa del divorcio. Míster Estrutt se sentó con

nosotros en el juzgado y en voz baja nos explicó quién era cada personaje y lo que estaba ocurriendo. El cazador había presentado cuatro o cinco cargos de adulterio contra la muchacha del pelo corto, pero míster Jonés y su cuadrilla de abogados eligieron solo los dos que les parecieron más fáciles de demostrar, es decir, la aventura con el artista búlgaro en el hotel de Damián, y una aventura previa en París con un fabricante escocés llamado Simón Macwilly. Macwilly estaba casado, y ante el susto de encontrarse citado como demandado adjunto en este pleito, había acordado pagar la defensa de la muchacha del pelo corto para protegerse contra las quejas de su mujer.

Parece ser que un funcionario de la Embajada británica en París le había prestado a míster Macwilly su piso durante una ausencia temporal, y que la muchacha del pelo corto había pasado allí la noche con míster Macwilly. No obstante, este oficial de la embajada no quería que le acusaran de hacer de alcahuete con los vicios de su amigo, y cuando míster Estrutt y míster Jonés fueron a pedirle informes mandó inmediatamente a sus dos sirvientes a pasar unos días al campo, evitando así la presencia de testigos. La única prueba aplicable que quedaba era la que podía aportar un taxista que había trasladado a la pareja con sus maletas hasta la puerta del apartamento, y eso quizá resultara insuficiente. Sin embargo, míster Estrutt, después de estudiar el calendario, calculó que la muchacha del pelo corto debió de haber pasado otra noche en París después de abandonar el piso del funcionario de la embajada. Así que, durante nuestra larga espera en la Gare du Nord, había persuadido a sus amigos de la policía francesa para que escudriñaran los registros de ciertos hoteles. En efecto, encontraron un pequeño hotel en la orilla izquierda del Sena, en el cual míster Macwilly había firmado el libro de registro con su nombre y el de la señora Macwilly la noche en cuestión. El propietario del hotel y su mujer exigieron una cantidad para gastos que míster Jonés juzgó excesiva, pero que ellos se negaron a rebajar; dijeron que el hecho de prestar la declaración que se les pedía podría dañar la buena reputación del establecimiento. Sin embargo, como la vizcondesa estaba dispuesta a pagar lo que fuera para conseguir un testimonio, llegaron a un acuerdo.

El cargo de haber cometido adulterio con míster Macwilly fue el primero en verse. La tarde anterior, el abogado, que era consejero de la Corona, nos había explicado exactamente qué preguntas nos haría y cómo teníamos que contestarlas. La función se ensayó repetidas veces con la ayuda de un intérprete, pero Sentià Echaperros demostró ser tan lento a la hora de aprenderse la lección, que el abogado exclamó con impaciencia:

—¡Vaya, buen hombre! ¡Casi no me atrevo a llamarle a declarar por temor a que

eche a perder nuestra causa! Sus compañeros han demostrado tener una mente mucho más ágil.

Nosotros imploramos a Sentià que pensara bien lo que hacía, ya que tres mil pesetas dependían de que satisficiéramos al juez, pero Sentià parecía completamente desorientado.

—¡Ahora os llamarán a vosotros, muchachos! —nos advirtió míster Estrutt cuando el primer testigo tomó juramento sobre una gran Biblia y la besó.

Al oír esta advertencia, Sentià se puso más blanco que una sábana y empezó a santiguarse como un loco. Incluso yo me sentía algo intranquilo, pero sin motivo, porque me sabía la lección de carrerilla.

Seré breve: los dueños del hotel francés identificaron a la muchacha del pelo corto, que ahora iba vestida de negro para hacerle la competencia a la vizcondesa, y juraron que había estado presente en su establecimiento aquella noche, en compañía del hombre gordo y calvo que firmó la hoja del registro como Simón Macwilly. La pareja había ocupado dos dormitorios con una puerta comunicante, cuya llave estaba en la habitación de la muchacha del pelo corto.

Cuando se la llamó a declarar, la muchacha del pelo corto admitió haber pasado la noche en aquel hotel, pero negó con vehemencia el cargo de adulterio. Dijo que míster Macwilly era propenso a sufrir ataques cardíacos y que, como ella era su única amistad de confianza en París, había querido estar cerca para atenderle si se encontraba mal durante la noche. Nuestro abogado le dijo que no cabía duda de que entre los dos había habido mal comportamiento. Fingió estar escandalizada y exclamó:

—¡Mal comportamiento! Pero bueno, ¡esto es ridículo! ¡Míster Macwilly es un anciano de sesenta años!

Fue un grave error táctico. Nuestro abogado se dirigió en seguida al juez (que llevaba puesta una enorme peluca, no pregunté por qué). Habiendo observado la expresión de enfado del juez cuando la muchacha del pelo corto dio a entender que a los sesenta años un hombre ya es un anciano acabado, dijo muy astutamente:

—Su señoría, no llamaré a ningún testigo más, pero que mi defensa descanse sobre el testimonio que acaba de escuchar.

Resulta que este juez no solo acababa de celebrar su sesenta aniversario, ¡sino que además había subrayado esta celebración con un tercer matrimonio!

Míster Estrutt no pudo reprimir su alegría cuando oyó pronunciar estas palabras. Le dio una palmada en la espalda a Sentià y le dijo al oído:

—Muchacho, ¡estás salvado!

Luego nos dijo lo mismo a Damián y a mí.

—Vosotros también estáis salvados. No os van a pedir que declaréis, después de todo.

Damián se puso hecho una furia y preguntó en voz muy alta:

—¿Y qué hay de mis mil pesetas? ¡Esto es un robo! ¿Por qué no he de declarar?

El juez miró fijamente a Damián, enfadadísimo, y exigió orden en la sala.

Míster Estrutt dijo en voz baja:

—¡Claro que te pagarán, loco!

Al oír esto, Damián se calmó y dejó de rezongar.

Escuchamos las conclusiones del juez y su decisión de no creer la historia que había contado aquella desvergonzada joven, historia que sin duda ninguno de los presentes podía creer. Luego alabó a nuestro abogado por su gran comedimiento al no exigir la presentación de un segundo cargo que convertiría a aquella desgraciada mujer en vulgar prostituta, ya que dos cargos de adulterio demostrados —y de eso debía de estar bien enterada— bajo las leyes inglesas ¡la harían merecedora de este vergonzoso título!

En suma, concedió el divorcio y ordenó a la muchacha del pelo corto que pagara todas las costas legales del caso. Su abogado no apeló contra esta decisión, y así concluyó el pleito.

Pero este no es todavía el final de mi historia. Cuando el juez y todos los elegantes espectadores se hubieron dispersado, quedamos en la sala solo nosotros, el dueño del hotel francés y su mujer, varios abogados y sus pasantes, algunos ujieres, la muchacha del pelo corto y la vizcondesa. Las costas del caso las habían pagado los abogados de míster Macwilly, y la vizcondesa vino corriendo, con los ojos brillantes como estrellas, y nos besó a cada uno por turno en ambas mejillas, incluyendo a míster Estrutt.

—¡Dios y la Virgen María han escuchado mis plegarias! —exclamó.

Entonces me hizo gracia decirle:

—Mi más sincera enhorabuena, *milady*. Sin embargo, vuestra pobre hija, allí presente, parece sentirse totalmente desconsolada. ¿Está tal vez apenada por el destino del hereje búlgaro? ¿O acaso teme que usted no la perdone jamás?

—¡Es cierto! —exclamó—. ¡Qué tonta soy! Tengo que ir a hacer las paces con ella en seguida.

Se acercó apresuradamente a la muchacha del pelo corto, seguida de míster Estrutt, que era un hombre muy inquisitivo. Él oyó cómo le decía:

—Mi querida niña, has luchado con ahínco, he de admitirlo, y no es mi intención triunfar sobre tu desgracia, pues en una ocasión yo también sufrí un infortunio como este. ¿Qué te propones hacer ahora?

La muchacha del pelo corto le sonrió débilmente y respondió:

—¿Cómo quiere que lo sepa? ¡Lo he perdido todo! Ya sé que Macwilly ha pagado todas las costas del pleito, pero su mujer jamás aceptaría un divorcio aunque yo consintiera en casarme con él, cosa que no tengo la más mínima intención de hacer. Boris es el hombre a quien quiero. Sin embargo, no tengo ni un céntimo a mi nombre, y tampoco Boris lo tiene.

La vizcondesa la besó en la frente.

—Mi pobre inocente —le dijo, arrullando como una paloma—. No deberías haber elegido a un artista como posible marido, y además fuiste muy poco prudente al molestar al juez de la forma que lo hiciste, ¿no crees? ¿Cuánto dinero necesitas para ponerte de nuevo en paz con el mundo?

La muchacha del pelo corto pensó durante un momento. Luego contestó lentamente:

—Me temo que no me las podría arreglar con menos de diez mil libras. Con eso, supongo que Boris y yo podríamos empezar algún negocio.

—¡Que sean veinte mil! —exclamó la vizcondesa en un arrebato de conmiseración, sacando su talonario de cheques y una pluma estilográfica de oro.

Firmó el talón allí mismo.

Nosotros, los mallorquines, también sacamos partido de su generosidad hasta el punto de conseguir otras mil pesetas cada uno, y seis meses más tarde nos enteramos de que se había casado con el cazador de zorros. Aquel preciso día, pero en otra ciudad, la muchacha del pelo corto se unió en matrimonio al artista búlgaro. Compraron una pensión cerca de San Sebastián, que ahora es de mucho lujo y siempre está repleta; esto me lo contó míster Estrutt hace poco, en una tarjeta postal. Nos escribió diciendo que su mujer le había acompañado a San Sebastián a pasar unas vacaciones, y que ojalá Damián Frau y yo hubiésemos podido estar allí para divertirnos con ellos. No especificó de cuál de las mujeres se trataba, pero a lo mejor se había casado últimamente con una quinta a la que desconocíamos, con el dinero que le había pagado la vizcondesa.

Quizá se pregunte, como nos preguntamos todos, por qué la vizcondesa, por muy extraordinariamente rica que fuera, tiró tanto dinero con el pleito, cuando con veinte mil libras antes del juicio podría haber persuadido a la muchacha del pelo corto para que no defendiera la demanda. Pues bien, la respuesta, suplida por míster Estrutt, es que míster P. P. Jonés le aconsejó que no tomara este camino, pues hubiese sido un crimen conocido como «colusión», y en consecuencia en conflicto con sus altos principios morales. Además, ¿por qué iba a desaprovechar una causa legal tan

excesivamente provechosa? Asimismo, la muchacha del pelo corto se vanagloriaba de que había actuado con tanta prudencia que resultaba imposible demostrar ninguno de los cargos que se le imputaban, pero ¡no había contado con un detective de la experiencia y la perspicacia que poseía mi amigo, míster Charley Estrutt!

TOMÓ TIERRA AYER

Después de recoger el correo de mi familia a las cinco de la tarde en Mallorca, donde vivo, me detuve frente al café del pueblo y observé que todo el mundo estaba alterado y agitado. Pregunté qué era lo que andaba mal.

—Ha muerto el conde de Deià —me dijo Catalina desde el otro lado del mostrador.

Ella y su marido, al ser propietarios del café, siempre estaban enterados de todo. Vi que había estado llorando.

—Pero ¡si me encontré con él hace tan solo unas horas! —exclamé—. Parecía estar en perfecto estado de salud y con ganas de broma, como siempre, aunque quizás eran bromas un tanto tristes.

—¿Y eso dónde fue, don Roberto?

—En el camino cerca de la Roca del Asno.

—¿A qué hora?

—Justo después del Angelus.

—Entonces usted debe ser la última persona que le vio con vida. ¿Qué dijo?

—Me pidió un cigarrillo. Yo le dije que no tenía tabaco rubio, solo negro. «Tanto mejor. No me gusta fumar paja», me dijo. Le alargué mi vieja petaca de piel de foca y un librillo de papel de fumar. Nos sentamos juntos sobre una roca. Se lió un cigarrillo y yo le ofrecí cerillas, pero él se excusó y utilizó un pequeño vidrio de quemar para encender su cigarrillo. Dijo que eso era más económico y que, además, el sol era su amigo.

—¿Hizo algún otro comentario? —preguntó Catalina.

—Que, en realidad, el sol era el único amigo que le quedaba.

—¡Pobre señor!

—Yo llevaba vino en mi cesta y se lo ofrecí. Él tomó un sorbo y luego tuvo la delicadeza de pasar un pañuelo limpio por la boca de la botella. Después de hablar sobre un poeta romano al que los dos admirábamos, nos dimos la mano, y seguidamente él continuó su camino cuesta arriba, diciéndome que esperaba que pronto le hiciera una visita.

—Le encontraron en el embalse de la Roca del Asno a las tres… ¡Que su alma encuentre la paz! El padre Julián fue corriendo hacia allí, seguido del médico, que intentó la respiración artificial. El conde se había atado una piedra grande al pie, pero

don Julián, que es un cura muy bueno, siempre dispuesto a darles a los pecadores el beneficio de la duda, insistió en que se había tratado de un método mal aconsejado para llegar al fondo del embalse, en busca de una moneda, o de algún otro objeto caído. Dijo que en realidad el pobre caballero había sido víctima de un accidente. Indicó que el conde había colocado su reloj de oro y su billetero sobre la pared para no estropearlos. Entonces, aunque el médico por fin le declaró muerto, don Julián no se lo quería creer. Se inclinó sobre el conde, rogándole que hiciera un acto sincero de contrición. No obtuvo respuesta alguna, pero don Julián dice que la cara del conde expresaba un sentimiento de humildad, y que, en consecuencia, se sentía justificado al darle la absolución. El difunto será enterrado mañana, con los ritos habituales, pues el juez ha firmado ya un certificado de muerte por accidente.

—Un gran consuelo para la familia del conde —dije.

—¡Para lo que queda de ella! Tiene una tía nonagenaria en Madrid y una prima segunda que es monja de clausura en Cartagena. El título, que tiene setecientos años, quedará por fin extinguido.

—¿Habrá un velatorio esta noche en su casa?

—Sí, don Roberto. Mi marido y yo esperamos verle allí luego.

¿Cuánto sabía yo sobre el conde, después de un simple trato amistoso de cuatro o cinco meses? En realidad, no mucho. Era lo que podríamos llamar un personaje. Mi madre siempre me aconsejaba que procurase no convertirme en un personaje. Recuerdo que una vez, cuando le pregunté qué significaba ser un personaje, ella me contestó: «Es ser como esas personas que dan de comer a los pájaros en los jardines públicos, y normalmente llevan dos o tres posados sobre la cabeza». Pero el conde jamás hubiese hecho algo tan obvio y tan vulgar. Buitres, en un cementerio, quizás. Era un hombre pulcro, pequeño y feo, de unos cincuenta años, siempre vestido con la misma chaqueta y pantalón de pana gris, con un chaleco de caza francés, y sus manos hirsutas, aunque bien cuidadas, casi siempre jugaban nerviosamente con los eslabones de su gruesa cadena de reloj, de oro. Nunca llevaba sombrero, y su cabeza calva estaba recubierta de pecas. En su forma de arrugar la nariz mostraba un desdén humorístico por este mundo, y la furia que ardía en sus ojos negros me atraía; los mallorquines, por regla general, son flemáticos, infantiles y serviciales. El conde hablaba un castellano hermoso, y un mallorquín más hermoso todavía. La aristocracia de nuestra isla conversa en mallorquín *àulic*, un dialecto cortesano propio, parecido al provenzal, que se distingue por sus numerosas formas del siglo XIII, ya desaparecidas

del mallorquín *plebeu*, el lenguaje del pueblo. Me enteré de que el conde había enviudado hacía poco y que no tenía hijos. Sabía que conocía admirablemente el latín, y que era una autoridad sobre el tema de la sublevación de los payeses a finales del medievo; hablaba de publicar una monografía sobre Cristóbal Colón, demostrando que fue un forajido mallorquín que había huido a Génova después de que se confiscaran las propiedades de su familia al ser sofocada la sublevación. El conde vivía solo, atendido únicamente por un criado, en Ca'n Deià, una casa del siglo XVI pegada a la iglesia, con su escudo grabado en el dintel. Apenas si tomaba parte en la vida del pueblo, exceptuando alguna que otra partida de *truc* en el café, con el alcalde, el maestro y el médico. Parecía asustar a las mujeres y a los niños, aunque yo no logro comprender por qué, ya que nunca levantaba la voz ni hacía escenas.

Todas las personas más importantes del pueblo fueron a decirle su último adiós aquella noche. El conde contaba como vecino del pueblo, porque era dueño de Ca'n Deià, pero el hogar familiar era el palacio Deià, en Palma, y hasta que vino a establecerse entre nosotros, solo seis meses antes de su muerte, Ca'n Deià había permanecido vacío durante generaciones, aunque la casa se abría y se encalaba puntualmente una vez al año, por Pascua. Los muebles, los cuadros y la porcelana sugerían los comienzos de la década de 1830 como fecha de su última ocupación. Según el sacristán, que era un entendido en las viejas tradiciones del pueblo, uno de los antecesores colaterales del conde —«uno que tenía unas costumbres muy poco decentes—» habitó la casa por aquel entonces, vigilado por dos sirvientes, para ahorrar a su familia el bochorno de tenerlo en casa y la vergüenza de mandarlo a un manicomio. El sacristán explicó que al desgraciado joven tenían que coserle la ropa, una vez puesta, para evitar que se la quitara en público, en especial durante la misa. «Vino aquí durante las guerras carlistas —me dijo un día— el mismo año en que el hambre obligó a los habitantes del pueblo a comer algarrobas. Fue él quien inventó aquellas siluetas que cuelgan en las paredes de los pasillos del templo. ¿Verdad que son curiosas?». Las siluetas eran intrincados recortes, hechos de papel blanco: una palmera, escenas de cacería, galanes fumando en pipa con ropas extravagantes, diseños heráldicos, enormes palomas, flores, sirenas y unicornios, todas yuxtapuestas sin ton ni son sobre papel de envolver azul, pero con unos marcos sencillos y dorados que daban un tono formal al conjunto.

El difunto conde yacía arriba, entre rosas blancas y lirios, ataviado con su traje de cortesano, que estaba adornado con espléndidas condecoraciones. El perfume de las

flores casi sofocaba el del alcanfor, y unos pétalos de rosa, colocados con ingenio, escondían (como descubrí más tarde) los agujeros más visibles (¿polillas, ratones?) en el terciopelo negro de su traje, que no había tenido ocasión de ponerse desde la abdicación de Alfonso XIII, más de veinte años antes. La comadrona había maquillado muy bien la cara del conde, y todo el mundo estuvo de acuerdo en que tenía un aspecto tranquilo, como un niño; la comadrona no había disimulado su característica media sonrisa en la comisura de la boca.

Cuando entré, un recuerdo hizo que también mi boca sonriera tristemente.

—¡Oh, señor muerto! —murmuré.

Se trataba de una broma que el propio conde me había contado sobre una representación teatral a la que un día había asistido. Un paje fiel, al descubrir el cuerpo de su señor feudal asesinado, debía haber exclamado: «¡Oh, señor! ¡Muerto está! ¡Tarde llegamos!». Pero el actor se había aprendido el papel con un ejemplar sin acentos ni puntuación, así que entró en escena dando brincos, y exclamó alegremente: «¡Oh, señor muerto, esta tarde llegamos!».

Abajo, en la sala enlosada, los que formábamos el velatorio ocupábamos una larga hilera de sillas bajas encordeladas, de esas que guarda toda familia mallorquina para bautizos, funerales, bodas y primeras comuniones. Pero estas las habían pedido prestadas en casa del sacristán, la casa de al lado; Ca'n Deià solo contenía enormes butacas señoriales de terciopelo rojo descolorido, y unas sillas altas de cuero negro, con clavos de bronce octogonales. Se sirvieron galletas y café solo. Sobre la mesa, que tenía siete centímetros de grueso, había una caja de puros abierta. Como yo era la última persona que vio con vida al conde, tuve que relatar mi historia varias veces. Por cortesía, la adorné con recuerdos de sus comentarios sobre la generosa hospitalidad que le habían demostrado los dignatarios del pueblo: el devoto cura, el correcto juez de paz, el sabio maestro y el infatigable médico. Pero guardé para mí un comentario genuino y muy enigmático del conde, por temor a que pudiera herir los sentimientos de alguien. Eran palabras que me había dicho, por encima del hombro, cuando ya se dirigía hacia el embalse. «Es que ella tomó tierra ayer, ¿comprende? No lejos de aquí. Por eso he de dejarle».

Nuestra reunión solemne se volvió algo más acogedora alrededor de las once, cuando la luz eléctrica se apagó y volvió a encenderse tres veces, como aviso de que media hora más tarde la cortarían hasta el día siguiente. A esta señal, casi todos se despidieron. Los que quedamos allí formamos un círculo con nuestras sillas alrededor

de la mesa, y el fornido criado del conde, nuestro anfitrión, encendió unos largos cirios eclesiásticos colocados en unos candelabros de peltre. Sobre una bandeja aparecieron dos botellas de coñac y una de anís, y pronto empezamos a hablar libremente. Éramos siete: Guillermo, el criado; el maestro, que tenía pretensiones literarias; el demacrado sacristán; María, la comadrona; don Tomás Fons y Pons, el abogado de la familia del conde, a quien yo no había conocido con anterioridad; el marido de Catalina, que, además de ser el conductor de nuestro autobús, es el propietario del café, y yo.

—Una reunión compuesta con mucho acierto —dijo el maestro, con una amplia sonrisa—. Más, en número, que las Gracias, y menos en número que las Musas.

—Sí —dijo el sacristán—, pero precisamente igual, en número, a los que honran lo suficiente la memoria del difunto caballero que yace arriba, como para velarle toda la noche.

—No he visto ni rastro de ningún miembro de la nobleza por el pueblo —dijo el marido de Catalina—. No deja de ser extraño porque la noticia de este accidente debió de llegar a la capital hace ya horas.

El abogado acarició su bigote blanco, se aclaró la garganta y explicó:

—Muchos se encuentran fuera de la ciudad, y los demás están en la ópera italiana. Pero seguro que vendrán representantes de todas las grandes familias al funeral de mañana. No pueden omitir este acto de cortesía para alguien que no solo era el noble con más antigüedad de Mallorca, sino que además había heredado el título de portador del pomo perfumado para su majestad el rey de España.

—¡Los muy hipócritas, cómo odiaban a mi amo! —exclamó de pronto el criado —. Su padre se enamoró de una hermosa muchacha campesina de Costitx en las matanzas de cerdo de San Martín, y tuvo la sensatez de casarse con ella en lugar de seducir a la inocente criatura y echarle cien pesetas en la falda, como hubieran hecho muchos de ellos. La vieja condesa era una mujer de mucho carácter, y devota hasta el exceso. Aquellos degenerados se empeñaron en desdeñar a nuestro conde y tratarle como el vástago de un casamiento desigual; sin embargo, ¡cómo le envidiaban sus conocimientos, su valor y su espíritu independiente! A todos ellos les hubieran ido bien unas cucharadas de saludable sangre campesina en las venas. La vieja condesa murió cuando mi amo tenía cinco años, y él adoraba su recuerdo; es más, algunos dicen que eso fue la perdición del desafortunado caballero.

—¡Vamos, hombre! —le soltó María, la comadrona—. ¿Cómo puede la adoración por el recuerdo de una madre ser la perdición de nadie?

Guillermo recurrió al abogado.

—Don Tomás —le dijo—, corríjame si estoy equivocado, pero esta es la historia tal como se cuenta en las habitaciones del servicio, y nosotros, los sirvientes, somos muy meticulosos en lo que respecta a la exactitud de los hechos.

—Cuéntelo a su manera, Guillermo —dijo el abogado.

—Pues bien —continuó el criado—, don Ignacio, el único hermano del conde, dos años menor que él, conducía un coche veloz por la carretera de La Puebla. Había llovido y el asfalto estaba resbaladizo, debido al fango de los carros de patatas. Su mujer iba a su lado y los dos se mataron cuando el coche derrapó y chocó contra un árbol. Su linda hija de ojos verdes, doña Acebo, que entonces tenía trece años, quedó bajo la tutela de mi amo (no tenía ninguna tía ni otro familiar más adecuado por ninguno de los dos lados de la familia) y como él era soltero esto le violentó un poco. Pero aceptó la responsabilidad, y como descubrió que la muchacha era, por desgracia, muy ignorante, aunque no le faltaban ni inteligencia ni humor, la sacó del convento donde había estado estudiando y se convirtió en su tutor. Vivían en el palacio Deià. Le enseñó a doña Acebo historia, heráldica, geografía, botánica, francés y latín. Pronto dejó de tener amistad con sus compañeras de colegio, porque ninguna de ellas compartía sus intereses ni disfrutaba de su misma libertad, y mi amo la mantuvo alejada de la sociedad palmesana. «Por si le diera por convertirse en una mujer moderna y disoluta», como decía él. Solo estudiaba tres horas al día, pero eran como treinta horas en un convento, pues él enseñaba como un ángel y el trabajo les parecía más bien un juego. El capellán de la familia atendía, naturalmente, a sus necesidades religiosas. Mi amo se llevaba a doña Acebo a todas partes, a teatros, conciertos, corridas, peleas de gallos y combates de lucha libre, pero ambos disfrutaban mucho más con las diversiones que se inventaban ellos mismos. Eran unos bromistas formidables, y a cualquier hora salían del palacio disfrazados de gitanos, o de borrachos, o de vendedores ambulantes o campesinos, y les ocurrían mil aventuras de lo más cómico en los callejones de Palma.

—Denos un ejemplo —dijo el maestro—. ¡Hablar de «mil aventuras de lo más cómico» no es forma de relatar una historia!

—Bueno, pues una vez apostaron a ver quién sería el primero en sacarle cincuenta pesetas a un desconocido mediante un fraude descarado. Yo les cronometraba. Mi amo, con boina, una barba postiza y gafas, entró en una librería de segunda mano, donde pagó cinco pesetas por un libro sobre apicultura. Luego añadió un cero a la cifra escrita en la guarda, envolvió el libro en papel de empaquetar, entró disimuladamente en un café para buscar un periódico, y miró las esquelas de defunción en la segunda página de *La Última Hora*. Al descubrir que cierto don

Fulano de Tal, un importador de tuberías de uralita, había muerto a unas calles de distancia, fue con el libro a aquella casa y preguntó por don Fulano. «¡Por desgracia, ha muerto!», sollozó la viuda. «La desgracia es doble —coreó el conde—. Don Fulano, que era un amigo a quien yo tenía en mucha estima, me encargó este ejemplar hace una semana, y acabo de conseguirlo en Barcelona». Hizo como que se marchaba tristemente y entonces la viuda le pidió permiso para examinar el libro. «¡Ah, un tratado práctico sobre el cuidado de las abejas! —dijo tiernamente—. Ahora comprendo que el pobrecillo debió de considerar la idea de una vida tranquila de campo, en la que tantas veces yo le había insistido, suplicándole que vendiera su negocio antes de que fuera tarde. ¡Mire usted cómo yo tenía razón! Se lo ha llevado un corazón agotado. Tengo que comprar esto en recuerdo de su afecto. ¿Cuánto le costó?». Mi amo le enseñó el precio marcado en la hoja de guarda y comentó que había, además, cinco pesetas de gastos de correos. Dadas las circunstancias, estaba dispuesto a dejar de cobrar su comisión y la viuda no se opuso, dándole además las gracias por la nobleza de su corazón. El juego tardó menos de media hora en completarse, pero doña Acebo ya había ganado el concurso. Vendió dos billetes de lotería caducados para la rifa de un automóvil a unos turistas alemanes y había llegado a casa antes de que mi reloj marcara los cinco minutos.

—¡Continúe con su historia, hombre! —dijo María, la comadrona—. Mencionó antes el amor devastador del conde por su difunta madre.

—Ya llegamos a eso. La inocente camaradería entre el conde y doña Acebo no podía durar para siempre, porque, al hacerse ella mayor y más llenita, empezó a parecerse tanto al retrato de su abuela, la vieja condesa cuyo nombre de pila había heredado, que podrían haber sido gemelas. En pocas palabras, al llegar a los quince años mi amo se enamoró de ella, cosa que le alarmó y le confundió. ¿Qué podía hacer? Se sentían tan profundamente unidos al haber convivido solos en aquel gran palacio, con la única compañía del capellán y de nosotros, los criados, que formábamos el coro de su incesante comedia, que parecía un crimen mandarla lejos. Pero ¿no sería peor si se quedaba? Después de mucho examinar sus sentimientos, y con el consentimiento dudoso del capellán, decidió casarse con ella. Claro que, aunque una boda entre tío y sobrina puede ser aprobada por la Iglesia, por respeto al bien conocido precedente de los Evangelios, tales uniones son muy poco frecuentes. Aquí, en este pueblo, si un tío le diera pruebas indebidas de afecto a una sobrina, los vecinos harían sonar las conchas de mar toda la noche alrededor de su casa y le dejarían basura en la puerta. Pero a un conde de Deià le está permitido todo, dentro de un límite. ¿Acaso sus antepasados no desempeñaron un papel importante al disuadir al

clero de que se aliara con los antipapas de Aviñón? No obstante, fue asunto muy caro y penoso, incluso para mi amo, el conseguir la dispensa del Vaticano; para empezar, el obispo de Palma tenía que facilitar una carta dando cuenta del asunto y explicando la naturaleza peculiar del caso, y el obispo puso dificultades técnicas.

—¡Basta, Guillermo! —interrumpió el abogado—. ¡Deje las complejidades de la ley canónica a los canónigos, y aténgase a los hechos! El conde y doña Acebo se casaron y no resultó un matrimonio feliz.

—Esta es la verdad —acordó el criado—. Al principio, doña Acebo, que solo tenía entonces dieciséis años, consideró la boda como otra de sus locas y escandalosas bromas, una broma que le proporcionó una envidiable posición social; así que se marcharon de luna de miel a San Sebastián muy animados. Luego, al darse cuenta de que iba en serio lo de convertirse en la mujer de su tío, que tenía que serlo de hecho y no solo de palabra, y que tendría que darle un heredero, sintió cierto disgusto e incluso, ¿quién sabe?, quizá también ciertos escrúpulos, aunque su unión había sido completamente legitimizada.

—Oí decir algo de esto —dijo la comadrona, esforzándose por contener la risa—. Rechazó sus caricias, pero de un modo muy afectuoso.

—«Afectuoso» es la palabra justa, doña María —respondió el criado gravemente —. El conde tenía muchas cosquillas y en cuanto él intentaba cualquier muestra de ternura que sobrepasara las del papel de tío, le hacía cosquillas en los costados hasta hacerle morir de risa y de rabia.

El abogado volvió a interrumpir:

—¡Qué historia tan trágica! El conde, desesperado, dándose cuenta de que había cometido un grave error, pero al mismo tiempo empeñado en darle una lección a su condesa, solicitó la anulación (que resultó ser tan problemática y costosa como la licencia matrimonial) sin el consentimiento ni el conocimiento de ella. Un buen día, al despertarse, doña Acebo descubrió que no llevaba puesto el anillo de boda, y al protestar clamorosamente, Margalida, la criada, le informó, tal como se lo habían mandado, de que ya no necesitaba para nada aquella bisutería.

—Doña Acebo se tomó tan a pecho esta broma —dijo el criado, asintiendo con la cabeza para darle más énfasis a sus palabras—, que la pareja nunca más volvió a jugar alegremente como antes, y ella no tardó en escapar con un joven director de orquesta colombiano a quien había conocido en el Bar Tito’s. Desde cada ciudad que visitaban para cumplir él sus contratos, ella le mandaba tarjetas postales al conde con dibujos de amantes, algunos sentimentales, otros groseramente cómicos, todos ellos de muy mal gusto. El conde se fue volviendo cada vez más hosco y se quedaba en la cama sin

querer ver a nadie. Cuando por fin recobró la salud, le encontramos muy cambiado y víctima de un extraño sentimiento de obligación hacia algunos juegos sin sentido. Por ejemplo, si íbamos a misa a Santa Eulalia, donde el suelo forma un diseño con cuadros de mármol blancos y rojos, tenía serias dificultades para llegar hasta el altar, pues siempre había beatas arrodilladas en los cuadros rojos que él creía que debía pisar. «Perdone, buena mujer —murmuraba—, ¿le importaría correrse unos veinte centímetros hacia la derecha?». Ellas le miraban muy enfadadas, pero él siempre se salía con la suya. El cura que decía misa palidecía cuando le veía, porque una vez que había conseguido llegar a los escalones del altar, el conde se retorcía las manos y emitía unos gemidos en voz baja: «¡Oooo, ooo!», a la más mínima falta de pronunciación o error gramatical del latín.

—Una vez le estuve observando durante media hora en la feria de Ramos de Palma —agregó el marido de Catalina—, unos tres meses después de que se marchara doña Acebo. Estaba apoyado en el mostrador de la caseta de tiro al blanco y detrás de él esperaba una cola de niños pequeños a quienes hizo cuadrarse, como soldados. Después de haber hecho unos cuantos disparos preliminares para calibrar el punto de mira exacto del cañón de su escopeta, compró un montón enorme de fichas y tiró, con una monotonía insistente, al mismo plato de hierro. ¡Crac! ¡Crac! ¡Crac! ¡Crac! A cada acierto, se abría de pronto una puerta y salía una muñeca, vestida de camarera, con una bandeja en las manos y sobre la bandeja una botella en miniatura de algo que llamaban «vermut». Le entregaban la botella, la descorchaba, y vaciaba el contenido en la garganta del niño que estaba delante; luego le mandaba a la cola y reanudaba sus demostraciones de puntería. El propietario le lanzaba insultos, pero no podía hacer nada más.

—¿Por qué se marchó del palacio? —preguntó el sacristán—. ¿Acaso para evitar los tristes recuerdos de su matrimonio?

—Quizá —dijo el criado—. Lo que dijo fue que se había refugiado del enemigo, aquí en las montañas. Cuando yo le pregunté qué enemigo, me respondió: «Aquellos que fuman tabaco rubio; los que llenan nuestras tranquilas playas mallorquinas de carnes humanas rojas y despellejadas; los que conducen a toda velocidad por la isla en coches extranjeros de diez metros de longitud; los que prefieren las ollas de aluminio a las de barro, y el plástico al cristal; los que derriban el casco antiguo de Palma para edificar agencias de viajes, tiendas de *souvenirs* y hoteles altos con aspecto de cuartel, sobre sus ruinas; los que dejan la radio encendida a todo volumen a la hora de la siesta, ¡los que tragan Caca-Loco y cerveza embotellada!». El colmo para él fue el cierre del Bar Fígaro, que frecuentaban todos aquellos que tenían un poco de

personalidad en Palma, y que se convirtió en las oficinas palaciales de Messrs. Thomas Cook & Son. Allí se había sentado casi todas las mañanas, en una mesa del rincón, jugando al dominó con el Guisa-Gatos.

—Y ese, ¿quién era? —pregunté yo.

Tanto el maestro como el marido de Catalina querían contarme lo del Guisa-Gatos, pero el sacristán consiguió tomar la palabra. Por lo visto, este conocido personaje había sido el cocinero del viejo obispo, que murió, y el nuevo obispo cometió el error de criticar una de sus salsas. Aunque el cocinero guardó silencio, su orgullo había sido herido, y en un banquete al que el nuevo obispo invitó al capitán general y su estado mayor, sirvió un delicioso *ragoût* de conejo. Cuando le llamaron al comedor para felicitarle exageradamente, dijo: «Sí, ¡no hay duda de que soy el mejor cocinero de Mallorca! Puedo lograr que un gato callejero tenga el mismo sabor que el más tierno conejo. Y ahora, mi señor obispo, he terminado…, ¡y les deseo a usted y a sus invitados muy buenas noches!». Tiró al suelo su gorro alto de *chef* y salió con aire triunfal. Después de este incidente, deambuló por Palma recogiendo colillas tiradas por los turistas y aceptando cafés de gente palmesana que admiraba su tenacidad. No guisó ni una sola comida más. Cuando se produjo la tremenda escasez de cocineros, debido a las numerosas edificaciones de hoteles, al Guisa-Gatos le iban detrás con ofertas fenomenales —hasta de cien mil pesetas anuales— por sus servicios culinarios. Él, por toda respuesta, se limitaba a escupir.

—¿Qué hizo el conde respecto a las postales persecutorias de la condesa? —pregunté.

Era una pregunta violenta. Tres de mis compañeros de velatorio se movieron incómodamente en sus sillas, pero guardaron silencio, alertados por la mirada ceñuda del abogado.

María, la comadrona, se apiadó de mí.

—El conde tenía sangre campesina, don Roberto —me dijo—. Se sabe que, en su desdicha, fue a consultar con una mujer sabia de Andraitx. No se puede decir nada seguro sobre qué consejo le dio ella, pero de todos modos la persecución terminó cuando murió doña Acebo, a principios del año pasado.

—¿Cómo murió, doña María?

—También ahogada. El nuevo transatlántico en el que viajaban ella y su joven director de orquesta desde Brasil hasta Argentina, se estrelló contra una roca y se fue a pique.

Don Tomás cambió rápidamente de tema.

—El conde tenía un corazón muy bondadoso —explicó, subiendo el tono de voz

—. Un día, abrumado por su sentido neurótico de la obligación, intentó pasar de una punta a otra de la calle San Miguel esquivando a las personas que se le acercaban, de derecha a izquierda, alternativamente. Esto le obligó a realizar un baile peligroso, porque era un sábado por la mañana muy ajetreado, y los granjeros, como siempre, se agolpaban en la calle y llenaban las mesas exteriores del Café Suiza. Una Vespa pasó estrepitosamente y el conde se cruzó en su camino, intentando sortearla por la derecha. La Vespa dio contra el pie del conde, se cayó el conductor y se cayó la moto, aunque su motor continuó latiendo en la acera. Un mozo de panadería montado en bicicleta, que sostenía una enorme bandeja de pastas sobre la cabeza, chocó contra la Vespa, y todas las pastas cayeron al suelo. «Joven —exclamó el conde, dirigiéndose al conductor de la Vespa, que estaba examinando la magulladura que se había hecho en un codo—, ¿cómo se atreve usted a conducir su peligrosa máquina por la calle San Miguel, un sábado por la mañana?». Una vendedora de lotería, ciega, que estaba sentada en la acera, notó cómo se le levantaban las faldas con el aire del tubo de escape de la Vespa, y dio un chillido. Inmediatamente, el conde pagó al mozo del panadero y luego consoló a la pobre vieja, le besó la mano, le compró cinco billetes de lotería que después rompió, pues su alma estaba muy por encima de los asuntos monetarios, y la acompañó al interior del Suiza, donde la mujer rápidamente apuró varios coñacs. El mozo del panadero recogió las pastas, les quitó el polvo con sus pantalones, volvió a colocarlas sobre la bandeja, y siguió su camino montado en su bicicleta y con cien pesetas de más en el bolsillo. El difunto tenía sus defectos, ¿quién no los tiene? Pero no creo que volvamos a conocer a otro tan bueno como él, ¿no les parece?

Seguimos hablando y bebiendo hasta las cinco de la mañana, y luego nos preparamos para marcharnos. Subimos para dedicar nuestra última despedida al conde, antes de dejarlo en compañía de su mejor amigo, que ya doraba la cima de las montañas.

—La afición española al terciopelo negro —comentó el maestro sentenciosamente, contemplando el traje cortesano del conde— se interpreta a menudo como el reflejo del lado triste de nuestro carácter nacional. Esto es un error. Nuestros antecesores se vanagloriaban de la planta del añil, la única capaz de proporcionar un tinte negro que contrastara con la brillante blancura de sus puños y sus gorgueras de algodón. El terciopelo negro español jamás se volvía amarronado o verdoso. Guillermo obró acertadamente al elegir estos lirios y estas rosas para establecer un contraste. Los momentos más negros de la vida de nuestro amigo siempre se avivaban con destellos

del más puro blanco.

Las exequias del conde tuvieron lugar a las diez, y todas las casas nobles de Palma mandaron a sus representantes. La plaza de nuestro pueblo estaba repleta de elegantes coches americanos e italianos. Los visitantes se reunieron en un grupo apretujado y silencioso, y lograron que yo me sintiese como el más campesino de los campesinos. Durante toda la ceremonia, que celebró el propio obispo con la ayuda de varios secundarios, incluyendo a don Julián, yo me iba repitiendo: «Ella tomó tierra ayer, ¿comprende? No lejos de aquí. Por eso debo marcharme». ¿Quién había tomado tierra aquel jueves? ¿Dónde? «Ella» no pudo haber sido doña Acebo, y era cosa bien sabida que ninguna otra mujer había formado parte de la vida adulta del conde. María, la comadrona, había insinuado que recurrió a la brujería, pero como la brujería es un tema que los mallorquines no discuten nunca con los extranjeros, llegué a la conclusión de que lo mejor sería olvidarme del tema.

Al día siguiente, dio la casualidad de que Jack y Gloria Stonegate —Jack es un astuto hombre de negocios retirado, del norte de Inglaterra, y Gloria es un genio arreglando porcelana antigua— nos habían invitado a comer con ellos en Paguera, que está a unos kilómetros de Andraitx. Paguera goza del clima más soleado de Mallorca, lo que significa, claro está, lluvia insuficiente y, en consecuencia, una carencia perpetua de agua. Pero por otra parte tiene una bonita playa de arena y bosques de pinos, y se puede nadar allí a partir del mes de marzo.

—¿Ha pasado algo nuevo por aquí desde la última vez que vinimos? —le pregunté a Jack mientras tomábamos unas copas.

—Nada de particular, muchacho, solo dos accidentes de moto, un ahogado, escasez de gasóleo, una pelea entre unos holandeses en una tienda de comestibles, y un ataúd que el mar arrojó al islote hace tres días.

—Lo del ataúd parece lo más interesante.

—¡Sí que lo fue! En su interior había una muñeca de madera tallada, de unos noventa centímetros de largo. Era sin duda el retrato de alguien real y llevaba puestos un traje de novia y un velo. ¿Qué te parece? Colgado del hombro llevaba una bolsa de cartero en miniatura, con los colores de la bandera española, y dentro de la bolsa encontramos toda una colección de tarjetas postales amorosas, bastante cursis, de todas partes del mundo: Tánger, Honolulu, Blackpool, Atlantic City, Copenhague. Alguien había borrado cuidadosamente el nombre y la dirección de la persona a quien iban dirigidas, raspándolas con una hoja de afeitar, y no había ningún mensaje en

ninguna de ellas; solo la firma «A».

—¿Qué tamaño tenía el ataúd?

—Era de tamaño humano. Debió de estar mucho tiempo en el agua. Yo me fijé en las postales. La última procedía de Río de Janeiro, con un matasellos de hace dieciocho meses. De una de las asas del ataúd colgaban un par de metros de una cuerda deshilachada, que debió de servir para sujetar unas piedras y conseguir que la caja permaneciera en el fondo del mar, pues el forro de plomo no pesaba lo suficiente. Luego la cuerda debió de partirse durante la gran tormenta de la semana pasada. Los guardias y el cura lo estaban examinando cuando yo me acerqué. El cura parecía impresionadísimo, e incluso los guardias parecían estar afectados. ¿Qué sentido le ves tú a esta historia, muchacho?

—¡Oh, pues que no es más que una broma de mal gusto! —le dije a Jack para tranquilizarle—. Te sorprenderían las cosas que llegan a hacer algunos mallorquines para reírse…

—A eso le llamo yo un sentido macabro del humor —refunfuñó Jack—. Pero claro, yo soy inglés.

Por favor, no me pregunten si, en mi opinión, la muerte en el mar de doña Acebo fue pura coincidencia. Conténtense con los hechos. La muñeca del ataúd tiene que aceptarse como testimonio de que el conde, con la ayuda de una bruja, intentó conseguir la muerte de doña Acebo por medios mágicos. Extraoficialmente, mis vecinos del pueblo no dudan de que lo consiguió. Condenan su acción por anticatólica, naturalmente, pero es que la provocación fue tremenda. Y ¿de qué otro modo podía haber actuado el conde de Deià, que a fin de cuentas era hijo de una campesina? Oficialmente, están de acuerdo con el cura: fue una triste coincidencia. Oficialmente, yo también.

LOS CHINOS PERDIDOS

Jaume Gelabert era un muchacho mallorquín de diecisiete años, corpulento, de aspecto descuidado y carácter hosco. Su padre había muerto en 1936 durante el asedio de Madrid, pero en el bando derrotado y, en consecuencia, sin dejar gloria ni pensión; su madre murió unos años más tarde. Vivía solo en una casita desmoronada cerca de nuestro pueblo de Muleta, donde cultivaba unos cuantos bancales de olivos y una huerta de limoneros. Cuando yo bajaba a las rocas a nadar (un descenso de noventa metros), solía atajar por las tierras de Jaume y, si por casualidad nos encontrábamos, siempre le ofrecía un cigarrillo americano. Entonces él me preguntaba si iba a bañarme, a lo que yo respondía, o bien: «Has acertado exactamente el motivo», o si no: «Sí, los médicos dicen que es bueno para mi salud». Una vez comenté casualmente que los tejanos me iban demasiado ceñidos, y que, en lugar de tirarlos, pensaba que tal vez le irían bien para hacer los trabajos del campo.

—Quizá me podrían servir —me contestó, tocando la resistente tela de algodón.

Decir «gracias» hubiese sido como aceptar una caridad y hubiese puesto en peligro nuestra amistad, pero al día siguiente me dio un cesto de cerezas, con la excusa de que su árbol estaba demasiado cargado y que no valía la pena llevar las cerezas de junio al mercado. Así pues, nos convertimos en buenos vecinos.

Era el mes de junio de 1952, justo antes de que Willie Fedora apareciera en Muleta y alquilara una casita. El gobierno de los Estados Unidos le pagaba a Willie una subvención modesta por incapacidad, reconociendo «una neurosis de ansiedad, agravada por los servicios prestados en la guerra de Corea», subvención con la cual se mantuvo cómodamente hasta que la marea del turismo hizo que se dispararan los precios. El coñac solo costaba entonces doce pesetas el litro, no treinta y seis como ahora, y el coñac era su gasto principal.

Nuestra pequeña colonia extranjera, en su mayoría pintores, al principio aceptó a Willie. Pero aquí viene siendo tradicional que, en lugar de beber, jugar al *bridge*, tomar el sol y discutir los problemas maritales, como ocurre en los puntos turísticos caros, con playas de fácil acceso, aquí, repito, los extranjeros *trabajan*. Solo nos reunimos por las tardes, alrededor de una mesa del café, cuando llega nuestro correo. Algunas veces se dan fiestas, y otras alquilamos el autobús del pueblo para una corrida del domingo, pero aparte de esto cada uno se ocupa de sus cosas. A Willie le disgustaba esta forma de vida antisocial. Solía venir de visita bajo pretextos triviales,

después del desayuno, justo cuando estábamos a punto de ponernos a trabajar, y siempre trayendo consigo, colgada del hombro, una garrafa de cuatro litros con funda de mimbre —que él llamaba su «samovar»— llena de coñac barato, con lo que quería demostrar su independencia. Darle con la puerta en las narices a Willie hubiese sido una grosería; animarle, nuestra destrucción. Normalmente, nos escabullíamos por la puerta trasera y esperábamos hasta que se hubiera vuelto a marchar.

Willie escribía obras de teatro o, mejor dicho, trabajaba laboriosamente con la misma obra en verso durante meses y más meses, hablando sobre ella sin cesar, pero sin hacer progreso alguno. El héroe de *Vercingetorix* (el propio Willie disfrazado con una toga) era uno de los capitanes de estado mayor de Julio César en la guerra gala. Cada vez que Willie empezaba su trabajo diario con su *Vercingetorix*, tenía que tragarse un cuarto de litro de coñac, debido al sentimiento terrible de culpabilidad que pesaba sobre él y que formaba el tema de su drama romano. Por lo visto, a finales de la guerra de Corea un oficial había puesto a Willie al mando de quinientos chinos comunistas capturados, pero cuando más tarde los hizo desfilar hacia la cárcel, quedaban escasamente trescientos. Los demás no podían haber sido asesinados, ni se habían podido suicidar, ni tampoco escapar; sin embargo, habían desaparecido. «¡Desaparecieron como por encanto!», repetía trágicamente, inclinando su samovar. Cualquier sugerencia de que estos chinos solo hubieran existido sobre el papel —un 3 escrito con prisas, en plena batalla, podría fácilmente confundirse con un 5, le decíamos nosotros— le ponía furioso.

—¡Maldita sea! —gritaba, dando un golpe sobre la mesa—. Yo pedí víveres y mantas para quinientos. ¿Cómo se explica esto?

Muy pronto le cerramos las puertas a Willie. Que acabe su obra en lugar de hablar de ella, dijimos, y ninguno de nosotros se sentía responsable por sus chinos perdidos. Sin embargo, cada noche le perseguían en sueños y a menudo los vislumbraba, ocultos detrás de un árbol o de un granero, incluso durante el día.

En Muleta existe la vieja costumbre de ayudar a las misiones católicas de China, y el «día de los chinitos» los niños de la escuela se pintan las caras de color amarillo y unas cejas oblicuas; luego se visten con ropas orientales, de origen incierto, que la madre superiora de nuestro convento franciscano saca de un arca alargada, profunda y alcanforada. Se pasean en un carro cubierto y recogen bastante dinero, aunque es un misterio saber quién se beneficia de él en última instancia, pues (como le expliqué a la incrédula madre superiora) hace ya años que ninguna misión extranjera está permitida en China. Desgraciadamente, estos jóvenes chinitos golpearon una tarde con los nudillos en la ventana de la casita de Willie y le dieron un susto de muerte. Al cabo de

un rato Willie entró tambaleándose en el café, golpeó accidentalmente su samovar contra un barril de vino y cayó redondo al suelo de la terraza. Cuando se sintió mejor, le recomendamos un médico de Palma.

—¡Os podéis arrojar por un precipicio! —gimió—. Estoy harto de vosotros. Me voy a volver indígena.

Efectivamente, Willie se volvió indígena. Sorprendiendo a todo Muleta, él y Jaume Gelabert se hicieron amigos. Jaume, que ya estaba marcado como el hijo de un «rojo», se había ganado la reputación de persona violenta durante la última fiesta de San Pedro, patrón de Muleta. El hijo del alcalde, que no tenía pelos en la lengua y era dueño de una motocicleta y jefe de los *al·lots*, los jóvenes del pueblo, hizo de Jaume su víctima.

—¡Ahí tenéis al «Señor de La Coma»! —se burló Paco.

Jaume palideció intensamente.

—Eso de «Señor de La Coma» no deberías decirlo tú, Paco, ¡descarado mujeriego! Tu propio tío fue quien le robó a mi madre viuda su parte de la propiedad, y todo el pueblo lo sabía, aunque son tan cobardes que no protestaron.

Entonces Paco improvisó un *copeo*, un verso satírico de los que se cantan el día de San Pedro:

> Señor de La Coma, qué pena me das,
> Ya no comes gambas ni bebes champán.

Un grupo de *al·lots* se unió al coro, bailando en círculo alrededor de Jaume:

> Ay, sí; ay, no,
> ¡Ya no comes gambas ni bebes champán!

Jaume arrancó un poste de la valla del panadero y atacó a ciegas, derribando a Paco y a un par más de *al·lots* antes de que los guardias civiles le desarmaran y lo arrojaran sin miramientos al calabozo del pueblo. El juez de paz, que era el padre de Paco, obligó a Jaume a comparecer ante el magistrado después de una severa amonestación. En Muleta ningún hombre honrado utiliza la fuerza: toda lucha se desencadena con ayuda de la lengua o del dinero.

Los dos hombres, ambos desterrados de la sociedad, se hicieron muy buenos amigos, y esto nos libró de futuras responsabilidades por la salud de Willie. Decidió

aprender mallorquín con Jaume. Esta lengua antigua, que se parece bastante al provenzal, se habla en familia en toda la isla, aunque el gobierno no la apruebe. Willie tenía un don lingüístico natural, y en tres meses ya charlaba perfectamente en mallorquín, el único extranjero en Muleta (aparte de mis hijos que fueron allí a la escuela) que logró tal proeza. Willie, como agradecimiento, insistió en enseñarle a Jaume a escribir obras de teatro, pues se había especializado en composición dramática en una universidad del Medio Oeste, y mientras tanto dejó a un lado su *Vercingetorix*. Cuando llegó la primavera, Jaume ya había terminado *La madre indulgente*, una comedia mallorquina basada en la vida de su tía abuela Catalina. A cambio, había obligado a Willie a tomar comida sólida, como habas cocidas y *pa amb oli*, y a beber más vino tinto que coñac. Jaume no puso en duda el relato de los chinos perdidos de Willie, pero sostenía que estar al mando de quinientos prisioneros debió de ser una carga demasiado pesada para un joven soldado como Willie, y que en su omnisciencia Dios había hecho sin duda un milagro al reducir la cantidad.

—¡Suponte que alguien me diera quinientas ovejas! —le dijo—. ¿Cómo podría cuidar de ellas yo solo? Cien sí, doscientas sí, trescientas quizá, pero quinientas serían demasiadas.

—Pero, si es así, ¿por qué siguen persiguiéndome esos demonios amarillos?

—¡Porque son paganos y blasfeman contra Dios! ¡No les prestes atención! Y si alguna vez te atormentan, ¡come en lugar de beber!

En 1953, Muleta sufrió una crisis económica. El mal tiempo echó a perder las previsiones de aceite, heló la flor de los frutales y causó el derrumbamiento de numerosos bancales. Además, don Enrique, nuestro cura párroco, había encargado su altar nuevo y había reedificado el presbiterio a un precio extravagante, descuidando el tejado de la iglesia, parte del cual se vino abajo en una noche de tormenta. Una de las consecuencias fue que el pueblo no pudo permitirse el lujo de alquilar al Grupo Teatral Palmesano para su tradicional velada de teatro del día de San Pedro. Pero don Enrique se enteró de la existencia de la obra de Jaume, la leyó, y prometió que encontraría el reparto de actores entre las muchachas de la Acción Católica y sus novios, si Willie pudiese ser el director de escena y si Jaume se brindaba a entregar las ganancias a la Colecta para el Tejado.

Naturalmente, este plan encontró una fuerte oposición entre los más viejos del pueblo, pues Willie, a quien llamaban ahora don Coñac, y Jaume, el Rojo violento, les parecían unos autores poco acertados. Sin embargo, don Enrique había sentido cierta solidaridad con Jaume por su uso del poste, y además se había dado cuenta de la feliz mejoría de Willie bajo los cuidados de Jaume. Hizo un largo sermón contra los

santurrones y los faltos de caridad, y, habiendo conseguido sus propósitos, tuvo la buena ocurrencia de ofrecerle a Paco el papel principal de galán joven. No obstante, para evitar cualquier posible escándalo, dejó bien sentado que los ensayos deberían seguir unas normas estrictas de decoro: las madres de las niñas tendrían que acompañarlas o mandar una sustituta. Él también estaría presente.

La madre indulgente, que combinaba lo ridículo con lo patético, en un estilo explotado por Menandro, Terencio, Plauto y otros maestros de la antigüedad, obtuvo un clamoroso éxito, aunque por mucho que se esforzaran Willie y don Enrique, directores de escena conjuntos, no pudieron evitar que los actores dieran la espalda al público, entraran con retraso y les acometiera la risa en los momentos más dramáticos. La Colecta para el Tejado reunió mil quinientas pesetas, y con la rifa de un reloj alemán (que alguien se había dejado en la playa dos años antes) se consiguieron ochocientas pesetas más. El *Baleares* publicó un párrafo sobre el extraordinario joven escritor don Jaume Gelabert, con este titular: «Misa parroquial solemne en Muleta. Grandiosos acontecimientos populares». Paco y su novia, la actriz principal, también obtuvieron una mención en el periódico.

Mientras tanto, Willie, a quien el *Baleares* desgraciadamente llamó «don Guillermo Coñac, autor de teatro transatlántico», había celebrado el *debut* de Jaume con demasiado entusiasmo, cantando canciones espirituales negras por las calles del pueblo hasta bien pasada la medianoche. Cuando quedó por fin sin sentido, Paco y los demás *al·lots* le quitaron la ropa y lo colocaron en cueros sobre un panteón del cementerio, con el samovar bajo su cabeza. Allí fue descubierto por un grupo de viejas beatas que iban a la misa del alba. ¡Un escándalo terrible! Jaume se había marchado temprano a su casa, en seguida después de caer el telón, para escapar de las felicitaciones. No obstante, a la mañana siguiente pudo reconstruir los hechos, basándose en las habladurías del pueblo; entonces cogió a Paco en la puerta del café y lo echó al torrente, donde se rompió un tobillo. Esta vez Jaume hubiera sido juzgado en la capital por intento de homicidio, si no llega a intervenir Willie.

—Si castiga a Jaume —le dijo al alcalde— me obligará a hacer lo mismo con su hijo. Tengo testigos que pueden dar fe de su desvergonzada conducta, y el gobierno de los Estados Unidos me respaldaría.

Jaume y yo continuamos siendo amigos.

—Jaume —le dije—, desde mi punto de vista actuaste correctamente. Nadie que se precie de ser un buen amigo hubiera hecho menos ante tal provocación.

El invierno y la primavera pasaron velozmente y ya teníamos encima otro día de San Pedro. Willie fue a visitar a don Enrique a la casa parroquial y se ofreció para

dirigir una nueva obra de Jaume: *El marido difícil*. No llegó borracho pero sí (como dicen en Irlanda) «habiendo bebida tomado», y cuando declaró que esta comedia tenía méritos que un día le merecerían la fama mundial, tampoco podemos culpar a don Enrique por excusarse. Dijo que una viuda, la señora de La Coma, acababa de dejar a la Iglesia, al morir, una pequeña fortuna, a raíz de lo cual sus parroquianos esperaban que volviera a contratar al Grupo Teatral Palmesano como en años anteriores.

Malas noticias agravaron este contratiempo. A Jaume le llegó la hora del servicio militar. Había contado con que le destinaran a una batería antiaérea que estaba a cinco kilómetros de distancia, y en la cual hubiese disfrutado de frecuentes permisos; es más, el comandante de este cuerpo había prometido arreglar el asunto. Pero algo falló —quizás el padre de Paco le dijera algo al oído al capitán— y Jaume tuvo que ir al Marruecos español.

Willie, llorando a lágrima viva, prometió regarle la huerta de limoneros, plantar las habas cuando cambiase el tiempo, y esperar pacientemente el regreso de Jaume. Pero doscientos fantasmas chinos se aprovecharon de su soledad para acecharle entre los árboles y golpear en la ventana de su cocina. El samovar de Willie se llenó y se vació, se volvió a llenar y volvió a vaciarse, cuatro o cinco veces por semana; descuidó la huerta, dejó de esforzarse por comer, y cerró su casita con llave para no recibir visitas, pues ante todo tenía que terminar una traducción al inglés de *El marido difícil*. Un día me lo encontré en casa del cartero, enviando un paquete a los Estados Unidos. Le vi tan delgado y tan desorientado que, al encontrarme con el alcalde, le dije que deberíamos tomar alguna medida.

—Pero ¿qué quiere que haga yo? —exclamó el alcalde—. No está cometiendo ningún crimen. Si está enfermo, ¡que vaya a ver al médico!

Aquella tarde, Willie vio a Toni Coll que estaba cavando un hoyo para basuras cerca de la casita de Jaume; convencido de que se trataba de su propia tumba, buscó refugio en la galería del órgano de la iglesia, donde bebió hasta quedar sin sentido, y no le encontraron hasta veinticuatro horas más tarde. Don Enrique y su madre le llevaron en brazos a la casa parroquial, donde le cuidaron hasta que la Embajada pudo arreglar su traslado a los Estados Unidos. En Nueva York, Willie fue recibido por un comité de veteranos y lo enviaron a un hospital militar en Pittsburg. El día de Año Nuevo de 1955, se rompió el cuello al caer por una ventana, sin duda perseguido por sus opresores chinos. Me sentí un poco culpable.

Si Muleta no esperaba saber nada más de la comedia de Jaume, Muleta se equivocó.

Justo antes de que los cohetes se dispararan en honor de San Pedro, Mercurio, el cartero (que también hacía el trabajo de telegrafista), me tiró de la manga.

—Don Roberto —me dijo—, aquí tengo un telegrama de Nueva York para un tal William Schenectady. ¿Conoce a este individuo? Llegó hace tres días, y ninguno de sus amigos reconoce el nombre. ¿Cree que podría tratarse de algún turista de paso?

—No, se trata de nuestro malogrado don Coñac —le dije.

En España solo cuenta el nombre del medio, que es el apellido patronímico, y en su pasaporte Willie había figurado como William Schenectady Fedora.

—Una triste historia —suspiró Mercurio—. ¿Cómo pueden los telegramas beneficiar a los muertos que ni siquiera pueden firmar el recibo? Y no hay forma de remitir el mensaje…

—Ya firmaré yo, si es eso lo que le preocupa. Probablemente contiene felicitaciones de cumpleaños de alguna anciana tía que aún ignora su suerte. Si es así, lo romperé.

Cuando terminaron los festejos, me acordé del telegrama. Decía así:

WILLIAM SCHENECTADY FEDORA / MULETA / MALLORCA / ESPAÑA
MAGNÍFICO BRAVO BRAVO BRAVO *STOP* MAIDO DIFÍCIL SENSACIONAL FUSTO LA OBRA NECESARIA PARA BIRDWAY CON NEUMANN DIRECCIÓN HARPVIVKE PEPEL PRINCIPAL *STOP* MANDO CONTRATO AVIÓN *STOP* PROPONGO ENTE VISTA CUMPLIMENTARIA CON VISITA PERSONEL CONTASTE ANTES POSIBLE *STOP* SALUDOS.
EVERETT SAMSTAG EMPIRE STAT ENTERPRIXES NEW YORK

Fruncí el entrecejo. Mi vecino Len Simkin siempre estaba hablando de Sammy Samstag, el empresario de Broadway, e incluso le había prometido a Willie que conseguiría interesarle en el *Vercingetorix*, pero algo me decía que aquel cable no era una broma. ¿Quién iba a gastarse diez dólares para tomarle el pelo a un muerto? Por otra parte, si no se trataba de una broma, ¿por qué Samstag no había mandado un cupón de respuesta pagada?

Le hice esta observación a Mercurio y este admitió que, efectivamente, había llegado uno de estos formularios con el telegrama de don Coñac, y añadió:

—Pero como don Coñac ya no existe, quizás otro extranjero pueda aprovecharlo para enviar un telegrama.

Así pues, telegrafié a Samstag:

INTERESADO EN SU INTERÉS *STOP* ACONSEJARÉ AUTOR MARIDO DIFÍCIL ACTUALMENTE DE SAFARI CEDERLE OPCIÓN SI

ECONÓMICAMENTE EQUIVALENTE A SU TRIPLE BRAVO *STOP* SALUDOS

Explicarle que Willie ya no estaba disponible y que la tarea de proteger a Jaume había quedado en mis manos, hubiese excedido el precio de la respuesta pagada, así que firmé «Fedora». «Actualmente de safari» era, en lenguaje telegráfico, como decir: «En el momento presente está cargando con su fusil por el norte de África, pero regresará la semana próxima» y sonaba mucho más opulento.

En el café me encontré con Len, el viejo-joven fabricante de móviles abstractos. En una ocasión había representado un papel pequeño en una obra fuera de Broadway, pero era el único contacto que tenía Muleta con el gran mundo del espectáculo.

—Es una lástima que el pobre Willie haya muerto —le dije, cuando hubo acabado sus críticas mordaces sobre la representación que había dado el Grupo Teatral Palmesano la noche anterior—. A lo mejor te hubiese conseguido un papel hablado en esta nueva obra de Broadway. Willie siempre admiró tu declamación.

—No le veo la gracia —gruñó Len—. ¡Aquel chiflado me horripilaba! Era uno de aquellos «artistas creativos» que crean el caos. Unos cuantos tragos de su samovar y ¡hasta a mí me hacía ver a aquellos malditos chinos! Apuesto a que se han metido en su ataúd, cerrando la tapa sobre sus cabezas.

—Si vas a tomar mis noticias de primera plana de este modo, Len —le dije—, ¡ni siquiera tendrás trabajo como extra!

—Aún no te entiendo…

—Bueno, pero pronto lo harás… en cuanto Sammy Samstag aparezca por aquí cargado con una enorme caja de puros habanos y tú te quedes en un rincón fumando tus asquerosos Peninsulares.

—¿Dices que lo dirige Neumann? ¿Y que Hardwicke hace el papel de protagonista de *Vercingetorix*?

—No, el título no es *Vercingetorix*. Es *El marido difícil*. En lo demás has acertado.

—Muy gracioso, ¿eh, míster? —dijo Len, marchándose con paso airoso.

Luego dio media vuelta airadamente, y soltó una estupenda frase de mutis final:

—Si quieres mi opinión, ¡los chistes sobre americanos muertos apestan!

Cuando Jaume bajó del autobús Palma-Muleta, más corpulento y más hosco que nunca, nadie le sacó la alfombra de bienvenida. Aquella noche le encontré solo en su casita, preparándose un potaje de habas y morcilla sobre el fuego de leña y acepté su invitación a compartirlo con él. Jaume me pidió detalles sobre la muerte de Willie y

lloró cuando le conté lo de la ventana abierta.

—¡Era como un hermano para mí! —sollozó—. ¡Tan magnánimo, tan considerado! Y como él no podía cuidar de esta pequeña propiedad solo, le había pedido a Toni Coll que cuidara de los árboles a cambio de ir a medias con los limones y el aceite. Toni acaba de pagarme dos mil pesetas. Aunque no somos amigos habría quedado mal ante el pueblo si hubiera descuidado mis tierras mientras yo hacía el servicio militar. Incluso reparó el bancal que se cayó antes de marcharme.

Yo había traído una botella de vino tinto de Binissalem para celebrar el telegrama de Samstag.

—Pobre Willie, se hubiera vuelto loco de alegría —suspiró Jaume cuando se lo leí —. ¡Y cómo hubiese bebido y cantado! Esto llega demasiado tarde. Willie siempre quería que yo disfrutara de los éxitos que él no podía obtener a causa de su precaria salud.

—¡Que descanse en paz!

—Yo no tenía ninguna ambición teatral —continuó Jaume, después de una pausa —. Fue Willie quien me obligó a escribir primero *La madre indulgente* y luego *El marido difícil*.

—¿Tardaste mucho en escribirlos?

—*La madre indulgente*, sí. Con la segunda no tuve que devanarme los sesos. Fue como un regalo.

—Sin embargo, el señor Samstag, una persona importante, encuentra el resultado magnífico. Esto es sin duda un triunfo. ¿Tienes algún ejemplar de la obra?

—Solo en mallorquín.

—¿Te das cuenta, Jaume, de lo que pasará si *El marido difícil* gusta en Broadway?

—¿Cree que me pagarán?

—¿Pagarte, hombre? ¡Naturalmente! Quizá con un cinco por ciento de los ingresos brutos, ingresos que podrían significar cincuenta mil dólares por semana. Suponte que estuviera en cartel durante un par de años, recogerías…, deja que lo calcule. Bueno, algo así como doscientos cincuenta mil dólares.

—Como si me hablara en ruso. ¿Cuántos dólares entran en una peseta?

—Escucha: si las cosas van bien podrías ganar *doce millones de pesetas*. E incluso si la obra fuera un fracaso, te darían doscientas mil, por el mero hecho de venderle a Samstag los derechos para ponerla en escena.

—Tanto hablar de millones me confunde. Yo hubiese aceptado quinientas pesetas por este trabajo.

—Pero también aceptarías doce millones, ¿no?

—¿Acaso está loca esta gente?

—No, son hombres de negocios muy listos.

—¡No se burle de mí, don Roberto!

—No lo hago.

—Entonces al menos está exagerando, ¿verdad? Lo que yo quiero saber es si este telegrama me ayudará a comprarme un burro y cambiar el tejado de mi casa.

—¡Puedo asegurarte una avalancha de burros!

Dos días más tarde llegó el contrato, dirigido a Willie. Sus treinta páginas cubrían todas las posibilidades de mutuo y recíproco fraude por parte del autor y del productor, previstos por el cauteloso Gremio de Dramaturgos de la Liga de Autores de América, y se ocupaba de puntos menores tan divertidos como por ejemplo los Derechos de Giras de Segunda Clase, las Versiones Reducidas, las Versiones para Giras de Concierto, las Representaciones en Lenguas Extranjeras, y la Venta de muñecos y otros juguetes basados en personajes de la obra…

Aquella tarde yo estaba hojeando el documento en la terraza del café, cuando entró Len.

—Hay un hombre en casa —dijo con voz sofocada—, llamado Bill Truscott, ¡que dice ser el agente de Willie! Bill y yo estudiamos juntos en Columbia. Es un tipo simpático. Parece algo extrañado de no encontrar a Willie… Oye, tú, ¿no será que el otro día iba en serio lo de su *show* en Broadway, verdad?

—Yo nunca bromeo. No tengo sentido del humor.

—¿Ah, no? Bueno, en fin, le dije a Bill que a lo mejor podrías ayudarle. Anda, ¡ven conmigo!

Bill Truscott, un bostoniano desgarbado, nos saludó efusivamente.

—Hace días mandé *El marido difícil* a la oficina de Samstag —nos dijo—, y un espía que tengo allí mandó decirme que el muy bastardo se estaba saltando mis derechos. No le gustan los agentes; prefiere el contacto directo. Pero pongamos las cosas en claro: ¿es cierto que Fedora está muerto? Mi espía jura que le mandó un telegrama desde este lugar.

—Correcto. Está muerto. Sin embargo, prometió encontrarse con Samstag para discutir este documento —le di unos golpecitos al contrato— que quizás usted debería examinar. Dígame, ¿habla usted español? Jaume Gelabert no habla inglés ni francés.

—¿Gelabert? ¿Quién es Gelabert? Nunca he oído hablar de él.

—El autor de *El marido difícil*. Fedora no es más que el traductor.

—¿Solo el traductor? ¿Está seguro? ¡Qué situación tan extremadamente tensa! Esto lo cambia todo. Yo lo interpreté como obra del propio Fedora… ¿Qué clase de hombre es este Gelabert? ¿Tiene algún éxito teatral anterior?

—Obtuvo un éxito grandioso con *La madre indulgente* —le dije, dándole una patada a Len por debajo de la mesa—. Es una persona sencilla, un hombre solitario.

—¿Sabe usted si había algún convenio entre Fedora y Gelabert sobre los honorarios del traductor?

—No creo que llegaran a hacerlo. Fedora bebía, y realizó este trabajo para hacerle un favor a Gelabert, que le había estado cuidando… ¿Está preocupado por su comisión?

—¡Vaya si lo estoy! No obstante, Gelabert necesitará un agente, y al fin y al cabo Fedora mandó la obra a mi oficina. Len responderá por mí, ¿verdad, Len?

—Estoy seguro de que lo hará, señor Truscott —le dije—, y usted responderá por él. Len necesita que respondan por él.

—Me arrodillo ante usted, don Roberto —gimoteó Len, humillándose graciosamente frente a mí.

Le dejé seguir con la comedia un rato, y luego pregunté a Truscott:

—Pero ¿no reconoció Fedora a Gelabert como autor de la obra en una carta aclaratoria?

—Sí, ahora recuerdo que mencionó a un genio local que le había defendido contra unos chinos y que ahora se iba a luchar contra los moros, mientras él se quedaba a vigilar su huerta de limoneros, y me pedía que intentara interesar a Samstag en la obra adjunta; pero eso fue todo lo que dijo, excepto unos párrafos en una lengua extranjera rarísima, llena de equis y de íes griegas.

—Según tengo entendido, la carta ha desaparecido, ¿no es así?

Truscott asintió tristemente con la cabeza.

—Es decir, que usted no puede demostrar ser el agente de Fedora, y mucho menos el de Gelabert, ¿verdad?

No respondió. Yo me metí el contrato en el bolsillo y me lié un cigarrillo, tomándome un tiempo innecesariamente largo. Por fin dije:

—Quizá Gelabert le nombre su agente, pero es un hombre difícil de tratar. Será mejor que me deje hablar a mí.

—Es muy amable por su parte… Lo aprecio de veras. Supongo que habrá visto algún ejemplar de *El marido difícil*, ¿no?

—Aún no.

—¡Pues entonces ya somos dos! Verá: después de leer la carta chiflada de Fedora,

entregué el manuscrito, sin haberlo hojeado siquiera, a mi secretaria Ethel May, quien, a pesar de ser la operadora más boba de la calle Treinta y Ocho, tenía unas piernas muy bonitas y unas costumbres muy finas. No podía soportar tirar nada, ni siquiera las peticiones benéficas. Lo archivó con una nota que decía «Probar Mr. Samstag». Ethel May se casó y dejó la oficina. Luego, un día, yo me puse enfermo con la gripe, y aquella misma noche Sam quería que le mandara un manuscrito con urgencia, algo de un autor muy conocido a quien yo representaba. Llamé a la sustituta de Ethel May desde mi cama y gruñí:

—¡Mande el manuscrito a Samstag en seguida! ¡Por mensajero especial!

La pobre muchacha parecía un pajarillo asustado y no quería confesar que no tenía ni la más remota idea de lo que le estaba pidiendo. Así que pió: «¡Muy bien, jefe!», y fue a buscar en los archivos.

La verdad es que aquel manuscrito estaba aún en mi cartera; la gripe le hace malas pasadas a la memoria. Escarbando aquí y allá, el pajarillo se encuentra con *El marido difícil* y se lo envía a Samstag. ¡Un toque de genio! He de subirle el sueldo. Pero a Sam le falla la ética. Ha pasado por alto mi oficina y ha telegrafiado al difunto Fedora, esperando que firmaría en el lugar indicado y que recordaría demasiado tarde que me tenía que haber pedido consejo sobre un contrato que, a buen seguro, es de los más enrevesados. ¡Vaya con el ladronzuelo!

—Sí —le dije—, si Fedora hubiese sido el autor y si usted hubiese sido su agente, tendría derecho a quejarse. Pero seamos realistas, usted no tiene en esto ni voz ni voto. Así que cálmese. Sugiero que visitemos a Gelabert. Probablemente, nos dará de cenar.

Había caído la noche con viento, después de un día de chubascos poco usuales en aquella época del año, y el camino que lleva a casa de Jaume no es fácil ni siquiera cuando el tiempo es bueno. La tierra estaba fangosa y llena de charcos; el agua caía en cascadas de los árboles. Le presté una linterna a Truscott, pero tropezó dos veces con las raíces de los olivos y se cayó. Llegó a la casita (cocina, establo, pozo y dormitorio) en muy mal estado. Le di a Jaume una idea general y resumida de la situación y pronto compartíamos con él su *pa amb oli*: rebanadas de pan mojadas con aceite sin refinar, restregadas con medio tomate y rociadas con sal. Un poco de cebolla cruda, aceitunas amargas y un vaso de vino tinto mejoraron el plato. El *pa amb oli* fue algo así como una prueba para Truscott, pero salió de ella airoso, aparte de dejar caer aceite sobre sus pantalones enfangados.

Me pidió que felicitara a Jaume por su «cómoda cabaña».

—Dígale que le envidio. ¡Dígale que nosotros, los hombres de ciudad, a menudo

olvidamos lo que es la vida *natural* auténtica! —Luego se puso a hablar de negocios —. Por favor, dígale a nuestro anfitrión que solo le han mandado un contrato básico. Pero me sorprende la cantidad del adelanto: tres mil al firmar… ¡y dos mil más la noche del estreno! Sam debe de creer que tiene algo bueno entre manos. No obstante, mi larga experiencia como agente teatral me dice que podemos mejorar estas condiciones fácilmente, además de exigir cierto número de acuerdos especiales. Fedora está muerto; podríamos hacerle pasar en el contrato como autor. A diferencia de Gelabert, era un ciudadano americano no residente, y por tanto no tenía que pagar ningún impuesto sobre la propiedad. Quizás aún podamos hacer que figure así…

—¿Qué está diciendo? —preguntó Jaume.

—Quiere ser su agente para tratar con el señor Sam Samstag, de quien no se fía. El resto del discurso no tiene ningún interés.

—¿Y por qué he de fiarme de este caballero más de lo que él se fía del otro?

—Porque Willie eligió al señor Truscott como su agente, y Samstag obtuvo la obra a través de él.

Jaume tendió la mano solemnemente a Truscott.

—¿Usted era amigo de Willie? —le preguntó, y yo traduje.

—Era un cliente muy estimado.

Pero cuando Truscott sacó un contrato de agente de su cartera, dirigí a Jaume una mirada de advertencia.

Jaume asintió con la cabeza.

—Solamente firmo lo que puedo leer y entender —le dijo—. Mi pobre madre perdió su parte de la herencia de La Coma por fiarse de un abogado que le largaba palabras enrevesadas. Busquemos un notario de confianza en la capital.

Truscott protestó:

—Yo no pienso representar a Gelabert hasta que tenga asegurada mi comisión.

—¡Ya está bien! —le corté—. Usted está tratando con un campesino a quien no se puede intimidar ni engatusar.

Llegó un telegrama de Samstag: llegaba en vuelo Swissair al día siguiente. Mercurio le preguntó a Len, que casualmente estaba en casa del cartero, por qué corrían de aquí para allá tantos telegramas pródigos, a lo que Len respondió:

—Representan una riqueza inmensa para el joven Gelabert. Su comedia, la que don Enrique rechazó hace dos años, va a ser representada en Nueva York.

—Desde luego, aquí hay más moralidad que en Nueva York —comentó Mercurio

—, pero los dólares son los dólares, y ahora Jaume podrá reírse de todos nosotros, sean cuales fueren los desmerecimientos de su obra.

Len trajo el telegrama a casa y me hizo sentir incómodo al pagarme una vieja deuda de doscientas pesetas (que ya había olvidado) con la esperanza de que pudiera meterle en este juego de Broadway.

—No necesito mucho —suplicó—. Solo un papelito chiquitín…

¿Para qué quitarle la ilusión? Metiéndome las doscientas pesetas en el bolsillo, le aseguré que su amigo Bill le recomendaría a Samstag.

Las noticias de la buena suerte de Jaume corrieron por el pueblo, dos o tres veces, aumentando cada vez en extravagancia. La versión final convirtió a Samstag en un primo segundo millonario de Venezuela quien, al leer lo de *La madre indulgente* en el *Baleares*, le había nombrado su heredero. Le pedí a Jaume que se limitara a decir que estaba considerando la oferta americana, pues podría ser que aún resultara inaceptable.

Truscott y yo fuimos al aeropuerto de Palma para recibir a Samstag. Al vislumbrar a Truscott entre la multitud, se adelantó precipitadamente, haciendo caso omiso del guardia civil que guiaba a los recién llegados por las aduanas, y le cogió las dos manos.

—¡Por todos los cielos, Bill! —exclamó—. ¡Cuánto me alegro de verte! ¡Esto aclara nuestro gran misterio! ¿Así que aquel paquete anónimo lo mandaste tú?

—Así es, Sammy —dijo Truscott— y, como todos los paquetes que te he enviado, llevaba impreso el sello de mi oficina.

—Es cierto; mi secretaria pensó que podría ser tuyo y te llamó en seguida, pero estabas enfermo y no pudieron confir…

En aquel momento, el guardia civil descolgó su fusil y utilizó la punta del cañón para empujar a Samstag —un tipo pequeño, moreno y rechoncho— de nuevo hacia la fila. Por fin salió con su equipaje y dijo que imaginaba que yo era William Fedora. Cuando Truscott le sacó de dudas, se mostró mucho más frío en su trato hacia mí. Pero pronto ellos dos fueron… uña y carne, aunque no por eso menos recelosos el uno del otro. Al meternos en nuestro taxi, Samstag encendió un habano y me dio la espalda, así que yo decidí imponerme como principal interesado en el negocio.

—No me iría mal uno de esos —le dije, alargando el índice y el pulgar.

Samstag se sobresaltó y me ofreció su caja.

—Tome un par —me rogó.

Tomé cinco, los olfateé, los pellizqué y descarté tres de ellos.

—No os preocupéis por mí, muchachos —dije, perdido en una fragante nube de

humo—. Vosotros podéis discutir los acuerdos especiales, y yo me ocuparé del resto.

Al recordarle así nuestro pacto, Truscott empezó rápidamente a explicar la gran influencia que yo tenía sobre Gelabert, asegurándole a Samstag que sin mí no llegaría a ninguna parte. Samstag le respondió con un incomprometido «¿Ah, sí?» y luego volvió al tema de la posibilidad de hacer representaciones en provincias antes de un posible estreno en Londres. Justo antes de que nuestro pueblo asomase al doblar la curva en la carretera, le di una palmadita en el brazo a Samstag y le dije:

—Oiga usted, Sam, ¿qué fue lo que le hizo comprender que *El marido difícil* era un regalo de Dios para Broadway?

—No fue algo, sino *alguien* —me respondió alegremente—. Fue Sharon, ¡naturalmente! Sharon siempre lo sabe. Me dijo: «Papaíto, créeme, las entradas se venderán como churros calientes». Así que telegrafié a Fedora y volé. Solo tiene catorce años, mi Sharon, y aún está estudiando en el colegio de Santa Teresa. Tendría que ver qué notas me trae: ¡horribles sería decir poco! Sin embargo, siempre acierta… Coge un manuscrito, lo olfatea, lee tres líneas por aquí, cuatro por allá, se pasa un par de minutos con el segundo acto, salta hasta el telón… Y entonces… —Samstag bajó la voz y acabó con un solemne susurro—, entonces, maldita sea, *¡se pronuncia!*

—¿Usted tampoco ha leído la obra? Así ya somos tres. ¿Qué le parece si le echamos una ojeada después de cenar? O para ganar tiempo y no cansarnos la vista, podríamos pedirle a Len Simkin (otro compañero tespiano suyo, Sam) que nos la lea en voz alta, ¿qué me dice?

—Si insiste… Quizás el señor Gelabert tenga un ejemplar. Yo no me he traído ninguno; vine aquí para negocios, no para escuchar una lectura teatral.

El hecho era que nadie tenía un original. Pero eso no impidió que Samstag y Truscott discutieran los acuerdos especiales juntos en la posada del pueblo durante el resto de aquel día, hasta que todo pareció haber quedado bien ligado. Se dieron la enhorabuena mutuamente diciendo que el encuentro con el señor Gelabert no sería más que pura fórmula.

Jaume llegó a la cita con el pelo lleno de brillantina, los zapatos relucientes, su traje de domingo y mostrando una impresionante sangre fría. Los problemas de infancia, la mala suerte y la dura vida de cuartel en Melilla habían hecho de él un hombre. Después de copiosas felicitaciones, que Jaume minimizó, Samstag mandó venir el taxi del pueblo y nos invitó a los dos a cenar en Palma. Len, decepcionado, quedó atrás. Elegimos el restaurante más selecto de Palma, el Aquí Estamos, donde Samstag no hacía más que darle palmadas en la espalda a Jaume y exclamar: «¡Amigo!», que intercalaba con «¡Magnífico!», y me pedía que le tradujera los

comentarios elogiosos de Sharon sobre la obra, uno de los cuales era: «*El papel titular es tu vivo retrato, papaíto*». Al oír estas palabras Jaume, lleno ya de gambas, espárragos, pavo asado, fresas silvestres y champán, sonrió por primera vez aquella noche. Acabamos sobre las tres de la madrugada, bebiendo más —aunque peor— champán, al son del flamenco en una sala de fiestas de gitanos. Truscott y Samstag, que tenían que tomar juntos el avión de vuelta a las ocho de la mañana, se habían dejado llevar por el ambiente y su despedida no pudo ser más cariñosa.

Sin embargo, Jaume había seguido en sus trece, rehusando comprometerse hasta poder leer el contrato enmendado y que lo aprobase un notario de confianza. Tampoco quería anticipar su buena suerte comprándose siquiera un cerdo, y mucho menos un burro.

Cuando por fin Truscott me mandó el documento, Len se ofreció a darme gratis su consejo de experto; sabía todo lo que había que saber sobre contratos de Broadway, y podía ver a simple vista si alguna cosa estaba mal.

—Quizá Bill y Sammy hicieron un trato juntos, un trato poco limpio —me sugirió —. Claro que es un viejo amigo mío, pero en el mundo del espectáculo…

Me quité a Len de encima y fui con el contrato a casa de Jaume.

—Hay una carta adjunta del señor Samstag —le dije—. ¿Quieres que te la lea primero, o que primero te traduzca este documento?

—Primero el documento, por favor.

Leí: «Considerando que el Autor, miembro del Gremio de Teatro de la Liga de Autores de América Inc. (en adelante denominado "Gremio"), ha estado preparando el libreto de cierta obra u otra propiedad literaria titulada *El marido difícil*. Y considerando que el Productor, etc…, desea producir dicha obra en los Estados Unidos y en el Canadá, etc… Por consiguiente, ahora, en consideración de las premisas y de las promesas mutuas y convenios contenidos en el presente escrito y otras consideraciones buenas y valiosas, se acuerda:

PRIMERO: Por el presente, el Autor a) garantiza que es autor de dicha obra y tiene derecho a entrar a formar parte de este acuerdo…».

Jaume interrumpió:

—¡Pero si no soy miembro del Gremio!

—No importa, puedes solicitarlo.

—¿Y si no aceptan a un extranjero?

—¡No te preocupes! El señor Truscott lo arreglará. Sigamos: «El Autor b) recuerda, en conformidad con este contrato…».

—Quizá, don Roberto, debería traducir primero la carta.

—Muy bien, pues… Aquí dice que el señor Samstag disfrutó muchísimo de su estancia en Mallorca y que está contentísimo de que firmes el documento adjunto, y que el señor Truscott, tu agente, está de acuerdo con él en las condiciones.

Entonces, espera un momento… Entonces cambia el tono de la carta. Aunque sigue pensando que la obra es estupenda, el señor Samstag sugiere unos cambios radicales en el tratamiento. Dice que de momento no se le puede llamar, ni mucho menos, buen teatro. Por ejemplo, el marido difícil es un personaje demasiado estancado; sus actos son demasiado previsibles, como lo es también la victoria final de la mujer. En una obra sofisticada, tiene que desarrollarse la personalidad del protagonista, y este desarrollo tiene que ir acompañado de un diálogo ágil. Aquí, el marido debería mostrarse cada vez menos difícil, más humano, al ir desarrollándose la acción. Además, debería concedérsele alguna pequeña y ocasional victoria sobre su mujer…

Jaume echaba humo por los ojos.

—¿Conque eso dice el muy imbécil?

Intenté tranquilizarle.

—Al fin y al cabo —le dije—, la gente del mundo del espectáculo entiende mejor el mercado. Lo estudia año tras año.

—¡Siga leyendo!

—Insiste en que hay que cambiar la escena en la que la pareja se pelea por las cuentas domésticas. En lugar de esto, ella ha de dejar que el marido le enseñe a manejar otra cosa, algo visible, por ejemplo, un televisor, o un cubo triturador de basuras. «En el teatro nos gusta *ver* las cosas», escribe. Y sigue: «Luego, cuando la mujer consigue su permiso para hacer un largo crucero y finge que se ha marchado, aunque en realidad se queda en tierra para hacer ahorros domésticos, ¡esto no tiene nada de convincente! Que se vaya por motivos de salud, que se vaya de verdad, y ¡que se enamore de un apuesto aventurero en el barco! Su marido podría entonces ponerse cómicamente celoso, al principio del tercer acto…».

—¡Pare! —rugió Jaume—. ¿Por qué este tipo manda primero un telegrama diciendo que mi obra es magnífica, y ahora la quiere cambiar totalmente, aunque sigue ofreciéndome la misma inmensa suma de dinero?

—¡Paciencia, Jaume! Telegrafió diciendo: «¡Bravo!» porque no había leído tu obra. Ahora escribe diciendo lo contrario, porque tampoco la ha leído aún. Sabiendo que eres inexperto, es natural que confíe *El marido difícil* a sus ayudantes, que son unos excelentes cirujanos de teatro. Las sugerencias que tanto te disgustan provienen de estos doctores. Si no quieres volver a escribir la obra, esta tarea les corresponderá

necesariamente a ellos, o a alguien que trabaje bajo su dirección.

—¿Y entonces ya no será mía?

—Oh, sí, ¡claro que sí! Tú estás protegido por el contrato. Tu nombre se iluminará en luces de neón rojas, verdes y amarillas en la fachada del teatro, y te darán todo aquel dineral. Los médicos no reciben más que sus salarios. Ellos no saben *escribir* obras de teatro; solo saben escribirlas de nuevo.

—¡Willie jamás hubiera aceptado!

—¿Estás seguro?

—¡Willie no hubiese cambiado una sola palabra! Tenía un carácter muy tozudo.

—Bueno, he de admitir que esta carta no parece decir más que tonterías y no es que haya leído *El marido difícil*… Pero tendrás que tomar una determinación. O bien luchas por cada palabra de tu obra, y tendrás suerte si consigues salvar una de cada diez, o bien niégate a firmar el contrato.

—¡Basta, don Roberto! Ya estoy decidido. ¡Al cuerno con el contrato! Si los ayudantes del señor Samstag quieren volver a escribir mi obra, ¡pues muy bien! Que tiren una moneda al aire para ver quién será el autor. Yo venderé *El marido difícil* directamente, con una sola condición: que el señor Samstag me pague una suma, en pesetas y ¡puf! ¡Ya está! ¿Qué podría pagarme?

—Afortunadamente, no se trata de comprar tu nombre; solo te está comprando el relato. Como la señorita Samstag cree tanto en su éxito, fácilmente podrías alcanzar la cifra de diez mil dólares, más o menos medio millón de pesetas. Eso no es nada para un productor como Samstag.

Jaume dijo lentamente:

—Como todavía no he firmado ningún acuerdo con el señor Truscott, aún puedo hacer lo que quiera. Mandemos un telegrama al señor Samstag, diciéndole que si vuelve a tomar otro avión hacia aquí le esperará un contrato de una página en casa del notario.

—¿Y el señor Truscott?

—Por trescientas mil puedo convertirme en Señor de La Coma, que en estos momentos está en venta, y puesto que el señor Truscott me envidia tanto esta casita, se la puede quedar, y que le aproveche. Añadiré un bancal o dos, para redondear la propiedad. Y en cuanto a la huerta de limoneros y los olivares, que valen mucho más, son suyos, don Roberto.

—Muchas gracias, Jaume, pero yo solo quiero tu amistad.

Tres días más tarde, Samstag llegó en otro avión a Mallorca, y se alegró muchísimo al ver que Truscott no estaba por allí.

—Los agentes crean complicaciones innecesarias entre amigos, ¿no le parece? —nos preguntó.

Se llegó a un acuerdo en seguida para un contrato de un solo folio, y Samstag ya había preparado las pesetas necesarias. Estas fueron depositadas directamente en una cuenta que Jaume abrió en el Banco de España.

Mientras volvíamos en coche de Palma, Jaume pronunció la última palabra sobre el tema:

—¿Qué se puede hacer con un hombre que se queja de que una obra de teatro es teatralmente mala, antes incluso de leerla? *El marido difícil*, como saben muchos mallorquines, aunque quizá pocos americanos, tuvo muchísimo éxito en el Cine Moderno hace algunos años. Mi pobre madre me llevó a verla. La película estuvo en cartel durante tres semanas enteras. Solo un imbécil pensaría en cambiar el argumento. Se llamaba —¿cómo se llamaba?—, ah, ya me acuerdo: *Mi vida con papá*. ¿Cómo se diría esto en inglés, don Roberto?

¡USTED GANA, HOUDINI!

Jenkins, Howell & Edwards (Abogados)
3, Victory Chambers
Pontypool
S. Wales
24 de julio de 1959

Estimado capitán Graves:

Dudo de que recuerde mi nombre después de tanto tiempo, aunque los dos coincidimos en el centro de reclutamiento de los Royal Welch un par de veces en 1916; pero no puede haber olvidado a Houdini Cashman. Quise escribirle acerca de él cuando leí su autobiografía por primera vez y encontré una alusión a su repentina marcha del regimiento, dos o tres meses después del armisticio. Dice usted:

> … al día siguiente, el primer teniente de la compañía que me hubiese tocado capitanear desapareció con la caja, y legalmente yo hubiera sido responsable de la pérdida de doscientas libras. Antes de la guerra solía hacer exhibiciones en el muelle de Blackpool, con el título de «El rey de las esposas». Pudo escapar sano y salvo a los Estados Unidos.

El tema volvió a metérseme en la cabeza cuando se reeditó su libro el año pasado y, para colmo, recibí una carta del joven Bob Stack, el hermano alto y corpulento de Dick Stack, que estuvo con usted en el segundo batallón; no creo que usted conociera a Bob. Era una excelente persona, y las cosas le fueron bastante bien cuando emigró a Australia e hizo fortuna con el negocio de la lana. Ahora tiene nueve nietos, uno de los cuales se llama Daniel en honor mío. Aún nos escribimos de vez en cuando y siempre nos felicitamos mutuamente por Navidad. Pues bien, me mandó un recorte de periódico de Melbourne sobre la muerte en prisión de un tal Victor Cashman, anteriormente ilusionista profesional. No puede haber más que un Victor Cashman en el mundo de la prestidigitación; además, este desenlace resulta bastante lógico para quien haya conocido a Houdini. Así pues, antes de que sea demasiado tarde, voy a desahogarme contándole toda la saga, y le pido disculpas anticipadas por su desmesurada extensión, esperando que no le aburra.

Recuerdo la llegada de Houdini al centro de reclutamiento en junio de 1917,

cuando la ley de servicio militar obligatorio nos inundaba el regimiento con multitudes de rácanos que habían tenido que abandonar sus empleos no indispensables, las últimas migas arrebañadas de un plato bastante mugriento. Claro que junto a ellos vinieron algunos muchachos muy decididos, apenas con la edad necesaria para poder ser carne de cañón. En cuanto a los nuevos oficiales, había, como recordará, un poco de todo, y le causaron al coronel Jones-Williams un montón de problemas, entre las órdenes de pagar pensiones alimenticias a hijos ilegítimos, las mujeres que entraban en el campamento, las quejas de los comerciantes sobre talones sin fondos, etc.

Houdini llegó con dos medallas de la guerra con los bóers. El ayudante no las puso en duda, pero algunos de nosotros desconfiamos mucho de su autenticidad. Según él, había servido en Sudáfrica con los Voluntarios Imperiales, pero cuando Jock Wilson, que ganó una medalla por conducta distinguida en aquel mismo cuerpo, en 1900, le interrogó acerca de las diferentes acciones en las que había tomado parte, y sobre sus oficiales, Houdini no recordaba nada. Decía que una mula le había dado una coz en la cabeza, justo antes de que sonara el cese el fuego, y sus recuerdos de la guerra se habían desvanecido por completo de su mente. Empezamos a preguntarnos cómo demonios había conseguido Houdini una graduación de oficial, porque todo lo que sabía de instrucción lo podía haber aprendido en una Brigada Juvenil. Y ¿en qué regimiento había servido desde el comienzo de la guerra? ¿Acaso en ninguno? Según él, había sido correo montado durante la retirada, y colocaba su brazo izquierdo como si le hubiesen herido en el hombro. En mi opinión, Houdini Cashman, con sus ademanes afeminados, su sonrisa afectada bajo un bigote insignificante y su modo de sentarse con las piernas cruzadas, como un Buda, en el suelo de su barracón, era el tipo más raro de todo el ejército británico.

La mayoría de nosotros simpatizábamos hasta cierto punto con aquellos tenaces predicadores, los objetores de conciencia, que citaban el quinto mandamiento ante los tribunales con el corazón en la mano; a los que no podíamos tragar eran los «mantas», los sucios gallinas como Cashman, que esperaban estar más seguros *dentro* del ejército que *fuera* de él, si jugaban bien sus cartas, y Houdini Cashman llevaba las mangas de su guerrera repletas de ases. En el sentido literal además del figurativo, porque las cartas de una baraja trucada constituían sus principales enseres. Un día, en el centro de reclutamiento, estuvo a punto de conseguir el puesto de oficial de mosquetería, gracias a sus medallas y gracias, también, a sus consabidos juegos de manos con los que se había congraciado con el viejo comandante Floods. En aquel momento entró Jock Wilson para ver al ayudante.

—Willie —le dijo—, ese tipo Cashman es un mal elemento. Más valdría que le incluyeras en el próximo envío antes de que nos complique las cosas. Y por si acaso el mal bicho se pone enfermo, y ya verás cómo lo hará, procura avisar al oficial médico de antemano.

Así que poco después Houdini se encontró en la base de Rouen, en el mismo destacamento que yo: diez oficiales y doscientos hombres. Sin duda recordará los versos del capitán Sassoon:

> Cuando sea viejo y calvo y me cueste respirar,
> Viviré en la base con desvergonzados comandantes
> Empujando a los sombríos héroes hacia la línea de la muerte:
> Me veréis con cara hinchada, malhumorada,
> Tragando y engullendo en los mejores hoteles…

¡En mi opinión, Houdini debió de inspirar este poema! En Rouen siguió el mismo comportamiento que casi le había asegurado el éxito en el centro de reclutamiento. Montó un espectáculo de prestidigitación en el barracón de la Asociación de Jóvenes Cristianos, cosas tipo «Círculo Mágico», casi a la altura del *show* de Maskelyne en el Egyptian Hall, aunque no tenía los espejos ni el equipo precisos. Luego le hizo la pelota al comandante Charlie Short (hermano de *sir* William Short) dejándole descubrir la carta acertada cada vez, cuando todos los demás fallaban, y poniendo en ridículo al capitán Hotson, del regimiento de los South Wales Borderers, pues sabía que al comandante Short no le caía bien. En un número en el que leía las mentes y decía la buenaventura, Houdini dijo al público:

—He perdido una fotografía de Gigi, mi novia francesa. Las cartas me dicen que alguien, aquí presente, la tiene en su cartera.

El comandante Short preguntó, sonriente, de quién sospechaban las cartas. Houdini dio unos golpecitos al valet de corazones.

—De aquel capitán que está sentado allá en el rincón —dijo.

Al oír esto, el comandante preguntó a Hotson si podría sacar su cartera y abrirla. Hotson dijo: «¡Claro que sí!», y la sacó. Allí encontró una postal con una rolliza francesa desnuda y las palabras: «De Gigi a su cariñito *monsieur* Victor» garabateadas por detrás, en tinta violeta. ¡Tendría que haber visto la cara de Hotson cuando Houdini mostró la postal a las filas delanteras!

Aquella noche invitaron a Houdini a cenar al comedor del cuartel general, y

durante la cena se puso a hablar del grupo de desertores que, según se decía, se había instalado en un bosque cerca del campamento y vivía gracias a incursiones armadas contra nuestro transporte. Al día siguiente, cuatro mil hombres, desplegados a intervalos de unos cuantos pasos, iban a batir el bosque a las órdenes del comandante Short. Houdini comentó:

—Estoy seguro de que cogerán a esos malvados, señor; pero después, vaya usted con cuidado. Todos ellos son expresidiarios, así que probablemente les será fácil sacarse las esposas militares en menos de un minuto.

—¿Qué les pasa a nuestras esposas? —ladró el comandante—. ¡Intente usted sacarse un par, amigo mío! Le apuesto cien francos a que no lo consigue ni en cinco minutos, y mucho menos en uno.

—Si son las esposas reglamentarias del ejército, estoy dispuesto a arriesgar la apuesta —dijo Houdini.

Dio la casualidad de que a mí también me habían invitado aquella noche, pues conocía al comandante Short, juez de paz, de toda la vida. Era el juez local de Llanfihangel, mi pueblo natal, y como tal me recomendó para mi graduación de oficial en setiembre de 1914. Déjeme confesarle que Houdini me estaba utilizando como cómplice. Una de mis tareas había sido la de entretener en conversación a Hotson en las duchas, justo antes de la cena, para que Houdini pudiera esconder la postal en su cartera. La mitad de los trucos de Houdini dependían de un cómplice, y yo era la última persona de quien se sospecharía una asociación con un personaje de tan poca categoría. Es más, ¡ni yo mismo logro comprender por qué se me ocurriría aceptar ese trabajo!

Cuando llegó la hora del oporto, el comandante Short mandó venir al sargento de la policía del regimiento y dijo:

—¡Un par de esposas, sargento! Voy a poner a uno de estos oficiales bajo arresto.

El sargento saludó, se cuadró y volvió a salir, marcando el paso. Yo observaba al sargento para ver si dirigía la vista hacia Houdini, siquiera un instante, pero como no fue así, todavía hoy no sé si estaba al corriente; quiero decir que si lo que trajo a continuación —quizá con rapidez un tanto excesiva— eran un par de esposas preparadas, o unas auténticas.

El comandante Short acompañó a Houdini al centro del comedor y anunció:

—Caballeros, este oficial ha sembrado graves dudas acerca de la eficacia de nuestras esposas. Hemos acordado que si no consigue deshacerse de este par de esposas reglamentarias en cinco minutos, las llevará puestas hasta el toque de diana de mañana.

Houdini respondió con su voz más remilgada:

—Me parece muy justo, señor. Pero si lo consigo, todos los presentes podrán ver cómo lo hago, y la noticia volará. Por razones de orden y disciplina, sugiero que coloque una pantalla a mi alrededor.

El comandante Short accedió y mandó traer la pantalla. A continuación cerró las esposas en las muñecas de Houdini, por detrás.

—¿Está preparado?

—¡Preparado, señor!

Me fijé en que había una claraboya justo encima de la pantalla, así que sigilosamente me escabullí del comedor, salí fuera, encontré una escalera de bomberos que apoyé contra la pared, subí al tejado y eché un vistazo hacia abajo. Houdini estaba buscando la postura necesaria para lograr pasar su gran trasero entre los brazos, cuando me descubrió.

—¡Alto! —chilló—. ¡Hay un mirón allá arriba!

Bajé por la escalera a doble velocidad y volví a colocarla donde la había encontrado, antes de regresar.

—Llevamos un minuto, señor Cashman —dijo el comandante Short, mientras comprobaba su reloj de oro—, pero le daré diez segundos más debido a la interrupción.

—Gracias, señor, pero no los necesito —contestó Houdini afectadamente, al tiempo que salía sonriente de detrás de la pantalla y le entregaba las esposas al comandante.

—Eran cien francos, ¿verdad? —preguntó el comandante, malhumorado, sacando su cartera.

Luego se le puso la cara de mil colores al descubrir otra vez a la francesa desnuda escondida entre los billetes más grandes.

—No es necesario que lo arreglemos en seguida, señor. ¿Qué le parecería doble o nada? Yo esposaré al capitán Hotson, o a cualquier otra persona que me indique usted, y si él puede sacárselas en cinco minutos el dinero no cambiará de dueño.

Houdini no se refirió siquiera indirectamente a la postal; eso fue tacto, y no andaba lejos de ser chantaje.

Hotson se negó a aceptar el honor:

—Yo nunca he cumplido una condena en Parkhurst o en Princetown, que es donde se aprenden estas cosas.

Para demostrar que sabía tomarse bien las cosas, Houdini se unió a las risas a su costa y al día siguiente… ¡salió en el desfile montado! ¿Increíble, verdad? El

comandante le había nombrado oficial ayudante. Y si no lo veo, no lo creo, pero aquella misma noche ¡fue Houdini quien leyó la lista de oficiales y soldados que debían tomar el tren hacia el frente!

¡Usted gana, Houdini! ¡Una estupenda representación! Nada de deportes sangrientos en la cresta Pilckem para usted, ni sarracinas con Fritz en el salubre Langemark, ni andar recogiendo escombros en los ventilados cráteres de las bombas en Passchendaele. Su trabajo, de ahora en adelante, es el de «Empujar a los sombríos héroes hacia la línea de la muerte». *Bonjour et bonne chance, cher monsieur Victor!*

Cuando Winnie Churchill perdió su empleo en Whitehall a causa del embrollo de los Dardanelos, se alistó voluntario para ir a las trincheras y durante algún tiempo estuvo al mando del sexto batallón de los Reales Fusileros escoceses. En una ocasión, les relevamos en el Somme. Luego, sus compañeros del Ministerio de la Guerra, temiendo que se hiciera con demasiada gloria, deshicieron el batallón. Winnie reapareció en el Parlamento, y quizás usted recuerde aquel debate sobre la posibilidad de limpiar el país de todo civil cuyo trabajo pudiera ser desempeñado por mujeres o por excombatientes mutilados, porque el ejército necesitaba carne de cañón. Winnie pronunció un discurso en el que dijo que cientos de miles de hombres sanos, que ya se encontraban en las fuerzas, estaban estacionados detrás del frente haciendo trabajos inútiles. Cambió aquel verso de los Evangelios que dice «Médico, ¡cúrate a ti mismo!» por «Médico, ¡límpiate a ti mismo!». Eso obtuvo algún resultado. Por ejemplo, trasladaron a unos cuantos chulos, jóvenes oficiales del estado mayor, del cuartel general del ejército al cuartel general de la división; también sacaron a algunos soldados en condiciones físicas de tipo A. 1 de su puesto de reparación de carreteras y los reemplazaron por soldados en condiciones físicas de tipo B. 1. Pero eso fue casi todo. En Rouen, Houdini conservaba su caballo e incrementaba su influencia sobre el comandante Charlie Short.

A mí me hirieron dos veces más, una vez en Langemark en setiembre de 1917, y de nuevo en febrero de 1918, mientras marchábamos por el *pavé* hacia Messines. Cada vez, cuando me reincorporaba al batallón y pasaba por Rouen, me encontraba con Houdini de cuerpo entero y bastante más feo. Ahora llevaba un galón de herido y también tres estrellas, más de las que pude recoger yo. Aunque estuve varias veces al mando temporal de una compañía —y en una ocasión de un batallón, cuando todos los demás estaban de baja—, siempre me reemplazaban justo antes de llegar al grado de interino. Moriría como subalterno, ¡eso estaba claro! Ni siquiera me dieron una condecoración.

Llegó el verano de 1918. Las cosas se habían puesto muy negras. El viejo

Ludendorff había echado a nuestros valientes aliados, los portugueses, del sector de Neuve-Chapelle, había roto la línea del frente, abriéndola totalmente, y había forzado al «carnicero» Haig a evacuar todo el saliente de Ypres. A continuación empujó a los franceses más allá del Chemin des Dames, y si los yanquis no hubieran llegado justo a tiempo, conteniéndolo en Château-Thierry, habría marchado a paso de ganso hasta París. ¡Y allí se hubiera acabado todo!

En Inglaterra aumentaron la edad militar y dejaron el país limpio como la plata. Abajo, en el Somme, cada mañana nos tenían sobre las armas en espera de la mayor y más sangrienta cortina de fuego de todos los tiempos, un bombardeo que le abriera camino a Ludendorff hasta Amiens. Se nos había encogido el ombligo y nos llegaba una vaharada de pánico incluso en las instrucciones que los oficiales del estado mayor hacían circular desde sus confortables *châteaux*. En fin, el panorama debió de ser bastante desesperado allá abajo, en Rouen, porque una noche, en el refugio subterráneo de nuestra compañía en Beaumont-Hamel, ¡apareció nada menos que el capitán V. Cashman!

Jock Wilson estaba al mando de la compañía «B»; había perdido tres dátiles y tenía el cuerpo repleto de trozos de metal, pero seguía haciendo tictac. Por cierto que ese tipo obstinado había sido ingeniero en las canteras de pizarra de Blaenau-Ffestiniog antes de la guerra, y hablaba maravillosamente el galés de Merionethshire, por lo que las tropas se encariñaron con él. Cogió el teléfono de campaña en seguida y llamó al batallón, insistiendo en que Houdini debía quitarse dos de sus tres estrellas (las de rango de interino). El coronel comprendió la situación. Si a Jock le mataban, Houdini quedaría encargado de la compañía, aunque hasta el momento jamás se había enfangado las botas en un cráter de bomba o en un sumidero, ni sabía nada de nada de la guerra en las trincheras.

La calidad militar de Jock también había disminuido por aquel entonces. Los escoceses son bebedores bastante buenos —nacen con dos hígados y un par de riñones de repuesto— pero este había llegado al punto de tres botellas diarias. De hecho, iba, como quien dice, a remolque, y dejaba que el joven Stack y yo dirigiésemos la compañía. Jock necesitaba un permiso para rehabilitarse. Hacía meses que se empeñaba por conseguirlo, pero sin resultado. Ahora su única esperanza era otra herida, a ser posible que no fuera en la cabeza ni en el estómago.

Una sucesión de bombardeos había hecho papilla la red de trincheras de Beaumont-Hamel. Pero al menos no se había convertido aún en una hilera de cráteres, unidos superficialmente con cuatro escarbaduras de herramientas de trinchera, como en Passchendaele y en otros sitios. Nosotros, los oficiales «B», incluso pudimos

sentarnos a cenar aquella noche alrededor de una mesita, en un refugio que al menos estaba a prueba de las bombas silbadoras, y cada uno tenía por silla una sólida caja de municiones. El joven Stack estaba de guardia, así que quedamos Jock, Houdini y yo a comernos juntos el cocido.

Bueno, ya sabe cómo se comportan las bestias cuando están asustadas; la mayoría de las especies solo conocen una manera de enfrentarse al peligro. Los gatos bufan y se agigantan, convirtiéndose en temibles furias; los conejos echan a correr velozmente, los toros bajan los cuernos y embisten, algunos insectos y reptiles se hacen los muertos. Houdini estaba realmente asustado, pero ni se agigantó, ni echó a correr, ni se hizo el muerto. En lugar de todo eso, empezó con sus trucos de siempre, con la patética esperanza, supongo, de ablandar el corazón de Jock y de procurarse un cómodo trabajo como «oficial encargado de espectáculos» de la compañía. Psicológicamente muy interesante, supongo, si por casualidad yo hubiese sido psicólogo, cosa que no era.

Se metió un puño en la boca y en un santiamén colocó sobre la mesa una dentadura completa, unida por un muelle. Al quitar la mano se abrió de golpe. Jock tenía la cara colorada como un ladrillo y sus ojos enrojecidos no parpadeaban. Había dado la impresión de no darse cuenta siquiera de la presencia de Houdini, solo que tenía las mandíbulas caídas en un gesto de desagrado, pero ahora se le movieron ligeramente. «Llévese a este maldito bicho de aquí», rugió.

Houdini introdujo la dentadura en su bolsillo, sonriendo como un imbécil.

—¡Guárdela ahí! —dijo Jock—. ¡Y abroche el bolsillo!

En vista de que, unos segundos más tarde, Houdini estaba mascando su ración de galletas, llegué a la conclusión de que, o bien la cómica dentadura no había procedido de su boca, o en realidad no la había vuelto a colocar en su bolsillo. Entre bocado y bocado, escamoteó mi cuchillo y mi tenedor; sacó un huevo del estuche de mi máscara de gas; envolvió un vaso en un trozo de periódico haciéndolo añicos con un golpe de su revólver, resultando luego que el vaso no estaba dentro, y siguió la juerga durante unos veinte minutos. Ni Jock ni yo hicimos ningún comentario. Quizás Houdini se lo tomó como un respetuoso silencio de asombro, pero cuando al final se detuvo y miró expectante la cara de Jock, la encontró tan impasible como una estatua de aniversario de la reina Victoria. Ni una chispa de interés. De pronto, Jock se volvió hacia mí y me dijo en galés: «Dan, muchacho, ¡llévese a este pelotillero de aquí antes de que nos haga algún truquito con su maldito ombligo!». Así que me llevé a Houdini a que relevara al joven Stack, al cual encontramos en el puesto izquierdo.

El puesto izquierdo pendía de un hilo; los Borderers habían abandonado sus

trincheras suicidas de primera fila y habían tomado posiciones paralelas a las nuestras, cincuenta metros atrás. El joven Stack le dio las órdenes a Houdini:

—Tiene que quedarse aquí hasta que le releven. Mantenga las tropas alerta. Haga de vez en cuando una ronda por la vanguardia de la compañía. Y no utilice el teléfono, excepto en caso de emergencia. «Emergencia» significa cuando caiga la cortina de fuego de los alemanes.

—Puede olvidarse del teléfono —le interrumpí—. Cuando caiga esa cortina de fuego no será necesario anunciarle el hecho a nadie. Se oirá desde Calais, Dover y Whitehall; en dos minutos quedaremos aniquilados. Los muertos no telefonean.

En la oscuridad no pude ver si Houdini había reaccionado ante esta información. Era una noche silenciosa.

—Sospechosamente silenciosa —dijo el joven Stack, siguiendo mi ejemplo—. Es típico de Ludendorff. No quiere enseñar sus cartas, así que ordena silencio. Pero estos malditos *jerries* se pasan de listos. Como mínimo, tendría que haber una actividad normal si quieren fingir que es una noche normal, y no la noche clave.

El sargento Foster, al mando de la sección n.° 1, me guiñó el ojo, y también contribuyó a la broma.

—Hace horas que no se ha visto una luz Verey, señor. ¡Seguro que ha llegado el momento!

Houdini ya se había introducido con dificultad en la casilla del puesto, pero nosotros seguimos charlando afuera.

—Buenas noches, sargento —le dije—. Cuide del señor Cashman. Es un viejo soldado, pero no ha presenciado ninguna acción desde Mafeking, y aquí no estamos en las praderas de África del Sur.

—«Buenas noches», ¡no, señor! ¡Querrá decir «adiós»!

Al regresar al cuartel general de la compañía, me encontré con que tenía que asumir el mando. A Jock no le habían matado ni herido; ni siquiera se lo habían llevado con un ataque de *delirium tremens*. Había llegado milagrosamente su permiso y se había largado tan de prisa que no había tenido tiempo de apurar la tercera botella de *whisky* que acababa de abrir cuando le llegó la noticia.

Pasaron veinticuatro horas antes de que volviera a visitar el puesto izquierdo. Tenía que quedarme cerca del teléfono y los viajes a cualquiera de los flancos eran bastante peligrosos a la luz del día; además, había perdido al joven Stack, pues lo presté a la compañía «C», ya que dos de sus oficiales habían sido alcanzados por la misma granada. Pero aquella noche volvió con nosotros, cuando le hubieron relevado.

Era la hora de cenar y Houdini no aparecía.

—Estoy decepcionado, Dan —dijo el joven Stack—. Mi ordenanza me dice que os ofreció una representación gratis anoche.

—Podemos mandar que se repita la función —le sugerí.

Pero Houdini no daba señales de vida. En estas llegó un mensajero con un recado verbal del sargento Foster. «Escasez de ron: ¿sería tan amable el comandante de la compañía de inspeccionar el puesto izquierdo en cuanto le sea conveniente?».

Entonces le pregunté a *Cero Tres* Davies, el mensajero:

—¿Dónde está el nuevo oficial, muchacho?

—No he visto ni rastro del caballero, señor.

El joven Stack se encargó del teléfono mientras yo salía a explorar.

—Si el jefe quiere saber dónde estoy, dígale que estoy investigando un posible problema cerca del puesto izquierdo.

El sargento Foster miraba con cara ceñuda cuando movió la cabeza en dirección a la casilla.

—El nuevo oficial no ha salido más que una vez, señor; y solo fue para cierto propósito.

—Bien, sargento. ¡Vamos a desalojarlo!

Me introduje con dificultad y miré a mi alrededor con una linterna de bolsillo. Una jarra de diez litros de ron estaba tirada en el suelo. Se la devolví al sargento.

—No queda ni una gota, señor.

Houdini estaba acurrucado sobre unos sacos de arena en el rincón opuesto, mirándome. ¡Qué aspecto tan extraño tenía! Su bigote caído, una barba azulada de dos días, y los ojos como pasas en un pudín a medio cocer.

No pude hacerle entender nada a Houdini, ni tampoco sacarle nada en claro. Seguía allí hecho un ovillo, emitiendo unos gemidos idénticos a los de un perrito al que se ha descubierto haciendo alguna travesura en el mejor salón.

—¡Maldito sea este tipo! Vuélvase de espaldas, por favor, sargento, mientras le doy la mayor zurra de toda su vida. No quiero testigos.

Pero cuando me acerqué, Houdini dio un chillido. Fue un sonido terrible que corrió por mi espinazo y me removió las tripas. Salí de nuevo, lamentando que la jarra de ron estuviera vacía.

—No va a salirse con la suya —dije—. Me voy al cuartel general del batallón. ¡Póngale un centinela, sargento!

Así que me marché, deteniéndome solamente para poner al joven Stack al cargo del teléfono. Pero al poco rato tropecé con Barney, nuestro nuevo oficial médico, que

se había graduado en Trinity College, Dublín, hacía dos meses, y aún consideraba la guerra como una gran broma.

—¡Dios mío! Veo ante mí un corazón angustiado —dijo en un exagerado y teatral acento irlandés, que imitaba para divertirnos.

Me desahogué con él.

—Ah, ¿conque estas tenemos? —dijo Barney—. Vamos a echarle una ojeadita disimulada al pobre diablo.

Volví con Barney al puesto izquierdo. Barney metió la cabeza en la casilla y luego la sacudió en señal de incredulidad y admiración:

—Virgen santísima, ¡vaya borrachera me lleva encima!

Pero cuando entré en detalles sobre el tema de Houdini en inglés llano, en galés y en otras lenguas, Barney comprendió.

—Muy bien, Dan —dijo serio—, yo mismo bajaré al batallón. Me las arreglaré para evitar cualquier pregunta embarazosa, confíe en mí. No le haría ningún bien a nadie denunciar a ese bastardo.

Barney tenía razón. El jefe apreciaría mi silencio, y mantendría en secreto el asunto. Con lo del joven Howland, que había desertado mientras estaba de permiso y había escapado por los pelos del pelotón de ejecución, y el asunto del soldado de primera Peters, que había asesinado a un tabernero, y el escándalo del sargento Phillips, ya habíamos sobrepasado nuestra ración de mala fama en los últimos meses.

Dejé que Barney hiciese las cosas a su modo, y ya no volví a ver a Houdini. El ayudante se lo llevó camuflado por la línea del frente en una ambulancia, sin informarme siquiera de que se había ido.

¡Usted gana, Houdini! Pero la magnitud de su victoria no se hizo aparente hasta que Jock regresó de su permiso. Jock se había detenido en Rouen a reponer sus provisiones de *whisky*, y en la plaza central se encontró, ¡nada más y nada menos que con Houdini! De nuevo capitán, y de nuevo a caballo. Houdini le explicó que le habían licenciado por invalidez como caso de intoxicación alimenticia, y que había escrito al comandante Short desde el hospital n.° 2 de la Cruz Roja. Por lo visto el comandante se alegró muchísimo, porque Houdini le había estado dando lecciones de cómo barajar y repartir cartas trucadas, lecciones garantizadas para fascinar a aquel incansable jugador de *bridge* que en una ocasión perdió un dineral jugando con unos fulleros en un viaje por el Atlántico.

Jock no conocía los hechos de esta historia, hasta que se los dimos Barney y yo. Y aunque los hubiese conocido, ¿qué podía haber hecho para dar al traste con todos los planes de Houdini? Oficialmente, ¡*sí* que se trataba de intoxicación alimenticia!

Más comidas de lujo para usted, Houdini, en el Couronne y el Fleur de Lys, pero para Jock y el joven Stack y para mí las glorias de caminar por el Ancre con el agua hasta la cintura, y los cien días desde Albert hasta Maubeuge. Ludendorff había fallado su tiro y ahora volvía a ser nuestro turno. Cerca de Maubeuge, Jock sucumbió finalmente a causa de una bala suelta de ametralladora que penetró en su sien —no muy profundamente, pero sí lo suficiente— mientras vivaqueábamos en una huerta de ciruelos. Estaba dormido, y nadie se enteró de nada hasta la mañana siguiente.

En noviembre llegó el misterioso armisticio; luego mucho salir con chicas y sacarle brillo a los botones, y cursillos educacionales y otras ocupaciones para darnos moral.

El día después de mi desmovilización, cogí un *Daily Mail* y leí:

UN OFICIAL SE FUGA CON EL DINERO DE UNA COMPAÑÍA. ARRESTADO EN LIVERPOOL, SE LE IMPONEN DOS AÑOS DE TRABAJOS FORZADOS.

Pero escribe usted que Houdini escapó, sano y salvo, a los Estados Unidos. Debió de haberse zafado de las esposas, y esto me hace pensar que las que utilizó en Rouen no estaban preparadas.

No sé ni cómo ni cuándo fue a Australia, ni cuáles fueron sus actividades en ese largo paréntesis entre 1919 y 1958, pero puedo contarle cómo terminó. Mientras cumplía una pena de diez años por fraude, le hicieron «preso ejemplar» y se ganó las simpatías del alcaide de la prisión «por su extraordinario talento como ilusionista». Es más, el alcaide logró que le perdonaran cuatro años de la condena por buena conducta. ¡Usted gana otra vez, Houdini!

Pero en esta ocasión su victoria fue breve. El día antes de su puesta en libertad, le encontraron en la biblioteca de la prisión con el cuello cortado por el borde mellado de un plato. Descanse en paz.

Con mis mejores deseos y disculpándome de nuevo por la extensión de este escrito, le saluda muy atentamente, suyo afectísimo,

DANIEL EDWARDS
(De los Reales Fusileros Galeses).

LA CASA DE PISOS: UNA VISIÓN DE LA ROMA IMPERIAL

—¡Saludos, mi señor! Amanecer rojo y cielo despejado —dice Sofrón, al tiempo que abre cuidadosamente las persianas de una ventana sin cristal.

En mi balcón puedo ver plantas trepadoras y otro balcón como el mío, en una casa de pisos que hay enfrente. Retiro la manta y la colcha, y recorro con la vista la habitación cuadrada que tan familiar me resulta, y cuyos únicos muebles son mi cama, una mesita de noche y un arca de madera que lleva pintada una alegre escena de unos cupidos que, montados sobre liebres, dan caza a una comadreja.

Nosotros, los romanos, dormimos en taparrabo y túnica, así que el viejo esclavo sirio se limita a acercarme los zapatos y levanta la toga (un enorme semicírculo de tela de lana blanca y gruesa) de su percha. Sacude tristemente la cabeza al observar la mancha de vino de anoche.

—Arregla los pliegues con cuidado, Sofrón, y no se notará —le digo.

Me cubre el hombro izquierdo con una punta de la toga, dejándola caer hacia delante, hasta la cadera; a continuación, hace pasar el borde recto por la nuca y por debajo del brazo derecho; luego recoge la masa de tela que queda abajo y echa el otro cabo de la toga por encima del primero, de modo que cuelgue por mis espaldas. Finalmente, me sujeta el broche en la cintura. Con esa envoltura voy bien abrigado, exceptuando el hombro derecho, y al mismo tiempo me proporciona un bolsillo espacioso a la altura del pecho. Siempre que nos es posible, llevamos solo una túnica, complementada por un poncho de tela basta con capucha, si hace mal tiempo, porque las togas son incómodas, pesadas y difíciles de mantener limpias en esta ciudad inmunda, aunque son la indumentaria reglamentaria para todos los acontecimientos formales. En el bolsillo van mis tabletas de cera y mi estilo, mi pañuelo y un pequeño montón de dinero que hay sobre la mesa. Las monedas son casi todas de los emperadores Augusto, Tiberio y Calígula, pero he aquí la última emisión: una pieza de bronce brillante, con la cabeza de Claudio en una cara y en la otra una guirnalda de roble, conmemorando su reciente y fantástica conquista de Britania.

—¡Pásame la copa, Sofrón!

Me enjuago la boca con agua, escupiéndola luego a la calle, y bebo el resto.

—¡Dile a Alejandro que vaya a buscar la mula! Y mientras esperas, ve a vaciar el orinal.

Me casé hace tres años. Mi tío materno arregló la boda cuando pagó mis deudas.

Yo no amaba a Arruntia, ni ella a mí, pero los acreedores eran salvajes como lobos y su considerable dote, heredada de su tía abuela, resultó muy tentadora. Arruntio, mi suegro, es armero y trabaja para la Escuela Imperial de Gladiadores en la Via Labicana, que este tío mío dirige. Me deja vivir sin pagar alquiler en un piso de primera planta que queda encima de su armería, mientras le ayude en el negocio. ¡Pero es un hombre terrible! Le condenaron a muerte hace diez años por el asesinato brutal de la madre de Arruntia, fue indultado con la condición de que se convirtiera en gladiador —los gladiadores son esclavos públicos—, adoptó el sistema de lucha con red y tridente, y mató o mutiló a veinticinco adversarios en los dos primeros años. Cuando hubo puntuado hasta cincuenta, el clamoroso gentío del anfiteatro solicitó su libertad, y Calígula le mandó la acostumbrada espada de madera, pero con un mensaje insultante: «*Rude rite donatur ignavus*» (Al cobarde se le concede debidamente la libertad). Arruntio, enfadado, partió la espada en dos y volvieron a contratarlo. Cuando ocurrió el asesinato de Calígula, la puntuación había subido hasta llegar a setenta. La muchedumbre volvió a solicitar su libertad, y Claudio, el nuevo emperador, le mandó otra espada de madera con el mensaje característico: «*Desine: tridens tibi nimium placet*» (No luches más, disfrutas demasiado con tu tridente). Así que obedeció, le devolvieron los bienes sobre los cuales había perdido el derecho y además los intereses de diez años, y se compró esta casa de seis pisos cerca de la Subura.

En Roma, casi todo el mundo vive en pisos como los nuestros; en su totalidad, esta ciudad de un millón de habitantes no debe contener más de mil casas privadas. Los pisos son muy difíciles de encontrar; además, la planta baja de Arruntio tiene agua corriente de verdad, conducida por cañerías desde un depósito que pone a nuestra disposición; los demás inquilinos dependen de los sucios odres de piel de cabra que llevan esos ladronzuelos trajinantes de agua. También tiene un horno alimentado por la fragua, que podemos utilizar por las tardes; de otro modo tendríamos que asar nuestra carne y nuestros pollos en el horno de pan, dos calles más arriba.

Como me encargo de recaudar los alquileres de Arruntio, sé que saca un beneficio de más del veinte por ciento sobre su inversión. Las habitaciones están tanto más abarrotadas cuanto más alto se sube. Los cincuenta y cinco pobres desgraciados que viven apretujados en el ático —sicilianos, sirios, moros— pagan entre todos casi el mismo alquiler que nosotros, los inquilinos de la primera planta. Compran espacio por metro cuadrado —justo el suficiente para poder colocar un colchón y un hornillo para cocinar— y se disputan la propiedad con pulgas, chinches y ratones. Ni siquiera se atreven a pedirle a Arruntio que arregle el peligroso tejado.

—¿Algún mensaje para la señora Arruntia, mi señor, si se levanta antes de su regreso?

—Dile que volveré en seguida a casa después de mi visita de servicio.

Unas palabras ásperas, una bofetada y un gemido desde la habitación contigua indican que la nueva esclava está ocupada con el tedioso tocado de Arruntia. Arruntia siempre se arregla a la moda. Ha desechado el sencillo peinado republicano (el cabello con raya en medio y recogido en un moño en la nuca) y ahora se peina a la última moda, que consiste en amontonar la cabellera a gran altura, formando rizos y trenzas, todo ello sostenido con buena cantidad de pelo postizo del Oriente, y sujeto con agujas y peinetas de oro hasta que parece el muro de una fortaleza. Pero primero la esclava unta de lociones y pomadas la cara y el cuello de Arruntia, le aplica tiza y albayalde en los brazos y colorete de ocre en las mejillas, le oscurece los ojos, le enrojece los labios con poso de vino, le pone un toque de perfume detrás de las orejas… Como no somos gente vulgar, Arruntia y yo ocupamos dormitorios separados, y a mí se me prohíbe verla hasta que lleva cantidad de anillos, pendientes, collares, broches, colgantes, ajorcas, pulseras y aquella larga túnica de seda de color lila, recogida en la cintura con un cinturón bordado, sin contar el chal tirio.

—Permítaseme pasar un peine por el pelo de su señoría —dice Sofrón.

Mientras tanto, Alejandro, el más joven de mis esclavos, murmura malhumorado un «¡Buenos días!», desatranca la puerta del piso y sale en silencio. Al poco rato le sigo escaleras abajo y entro en la armería. El herrero no tiene tiempo para charlar.

—Mi señor Egnacio, ¡disculpadme! Por desgracia, estamos faltos de mano de obra desde que aquel tonto de Hilas insultó a su patrón.

Sofrón pasa por mi lado con el orinal y se dirige a la esquina de la calle. Las casas de pisos no tienen ningún tipo de fontanería. Los excrementos de la noche se echan en el muladar, al fondo del callejón sin salida más próximo; los orinales se vacían en un gran depósito junto a la lavandería; los lavanderos utilizan su contenido para limpiar prendas de lana, con la ayuda de potasa y galactita. Pagan un impuesto municipal por este privilegio.

Cruzo la calle y miro hacia arriba. Un saliente en la pared de nuestro segundo piso me preocupa, como también la ancha grieta cerca de nuestra ventana delantera. Puede que sea imaginación mía, pero ambas cosas parecen más pronunciadas que en setiembre, que fue cuando miré por última vez. Casi todas las casas modernas de Roma son unas chapuzas, porque el contratista de obras no está obligado a someter sus planos al arquitecto municipal; solo los templos se erigen para la eternidad. De todos modos, Arruntio jura que el material es bueno, y continúa viviendo debajo de

nosotros.

A esta hora el último carro rezagado ya ha abandonado la ciudad. A fin de acabar de una vez para siempre con los embotellamientos de tráfico, Julio César prohibió a todos los vehículos rodados —con excepción de carros ceremoniales y los relacionados con la construcción— utilizar las calles entre la salida del sol y el anochecer. Como resultado, nuestro sueño se ve constantemente perturbado por retumbos, crujidos, golpes, gritos y palabrotas cuando pasan los carros. Las calles y los callejones de Roma, todos sin iluminar y sin el nombre marcado, corren en todas direcciones sin orden alguno. Los carreteros se desorientan a menudo, y cuando dos filas de tráfico se topan en un callejón discuten media hora sobre a quién le toca hacer marcha atrás. Los carros que las patrullas de la policía encuentran después de la salida del sol tienen que permanecer vacíos e inmovilizados durante las doce horas siguientes, así que las peleas por cuestiones de circulación se hacen más violentas después del primer canto de gallo.

Han abierto varios comercios y sus mercancías se están amontonando a ambos lados de la calle, dejando tan solo un estrecho pasillo entre los dos (y un pasillo asqueroso, dicho sea de paso). Cerca de mí, bajo un toldo, una escuela de niños ya está en marcha. Aquí, ¡nada de historia, geografía, literatura o retórica! Aquí solo hay lectura, escritura y aritmética todo el año, del amanecer hasta el anochecer, sin descanso, excepto en las vacaciones de verano, y un día de cada ocho. El maestro, un canalla de aspecto feroz, está sentado en una silla tambaleante, agitando su vara. Los alumnos, asustados, se apiñan unos contra otros en los bancos. Reparte los bastidores de cuentas, uno por cada grupo de tres, y mientras espera, les pone un problema. «Sumad diecisiete, dos mil, y ciento cincuenta y cuatro. ¡De prisa, malvados! ¡Y nada de soplarse!». Cada niño hace correr las cuentas por los alambres, ejecutando su correspondiente tercera parte del problema, y cuando todo el mundo ha terminado, el tirano comprueba los resultados. Acto seguido, descarga unos tremendos golpes con la vara, por grupos, pues nunca se molesta en descubrir qué niño ha calculado mal.

Alejandro me trae a Bucéfalo, con los arreos puestos. Al subirme a él, apoyándome en un barril que había allí, hace marcha atrás, chocando contra una pirámide de ollas de barro. Varias de ellas se rompen. El tendero prorrumpe en una explosión de rabia, los niños de la escuela vitorean, y el maestro descarga sobre ellos una lluvia de golpes indiscriminados.

—Dos sestercios cubrirán los daños —le digo a Alejandro, metiendo la mano en el bolsillo en busca de las monedas.

Los vendedores ambulantes exhiben mercancías rompibles bajo su propia

responsabilidad.

Mi barba es tan rubia que puedo pasar afeitándome día sí día no. ¡Oh, qué pesado resulta afeitarse, aunque por mi rango se me permita saltarme la cola! El barbero de nuestra calle es un operario paciente, no hace daño, ablanda las patillas con agua caliente, afila su cuchilla de hierro con frecuencia, y tarda al menos media hora en hacer el trabajo, pero prefiero aburrirme con sus chismorreos antes que confiarme al ayudante, un tipo descuidado que afeita a cuatro clientes en el tiempo que el otro tarda en afeitar a uno, y nunca se disculpa por una cuchillada mientras la restaña con telas de araña y vinagre.

Me alejo, con la trápala de mi mula, a cumplir con mi visita de servicio a Lucio Vitelio. Hace algunos años serví como oficial de intendencia en el norte de Italia bajo el mando de su hijo mayor, recientemente nombrado cónsul. El viejo Vitelio, amigo íntimo del emperador, es un protector modelo. Cuando arrestaron a Sofrón por equivocación este verano, después de una pelea en el mercado de pescado, Vitelio lo hizo soltar en seguida y mandó retirar la denuncia. En Año Nuevo, siempre me hace un estupendo regalo: una cubertería de plata o una toga. La última vez fue Bucéfalo. Yo intento ser un cliente modelo, y con frecuencia cumplo misiones delicadas para él, algunas veces con la ayuda de dos exgladiadores, compinches de Arruntio.

Después de atar a Bucéfalo junto a la puerta de la mansión de Vitelio, en la cuesta del Quirinal, entro en el vestíbulo de paredes de mármol. Cientos de clientes están reunidos aquí, entre ellos una docena de senadores. Nos admiten por orden de estricta de prioridad a la sala, que está bordeada por estatuas ancestrales. El viejo Vitelio tiene un gesto de saludo o una broma para cada uno de nosotros.

—¿Cómo va la mula, español? —me pregunta.

—Magníficamente fogosa, mi señor.

—¿Le ha dado hoy alguna coz a alguien de importancia?

—No, mi señor, no nos hemos encontrado con ninguno de tus enemigos. Simplemente, ha pulverizado una exposición de cristalería siciliana. El comerciante pide cincuenta denarios por los daños.

—¿Aceptará veinte, entonces? Muy bien, hijo mío. Recógelos y en adelante proporciona a tu corcel menos comida y más ejercicio.

¡El muy noble Bucéfalo! Me ha ganado diecinueve denarios. Recojo el dinero del administrador, colocado de pie detrás de la silla de marfil de su señor. Pronto estará repartiendo el subsidio diario para alimentos —seis sestercios por hombre— a todos los clientes más pobres.

De vuelta en casa. Puesto que Arruntia está aún inaccesible, me quito la toga y

salgo al mercado del pescado con Sofrón, que lleva las cestas a hombros. No confiamos en nuestras mujeres a la hora de hacer la compra; en teoría, se quedan en casa a hilar. (¡Imagínense a Arruntia manejando el huso!). Voy al puesto de Zeno y estoy de suerte, pues me ofrece salmonetes grandes ¡a solo medio denario la libra! Seremos seis para cenar; no, siete con Arruntia. Compro los necesarios. De allí a los mercados de aves y de verduras. Sofrón dice que una salsa para los salmonetes a la parrilla requiere ruda, menta, cilantro verde, albahaca, ligústico e hinojo —todo fresco —, y también pimienta india, miel, aceite y caldo, que ya tenemos en la despensa. De acuerdo. Y después del pescado… ¿pollo? Insisto en la receta de Fronto: primero se doran las pollitas y a continuación se cuecen tapadas a fuego lento, con caldo, aceite, eneldo, puerros, tomillo salsero y cilantro. Una por persona será suficiente. Compro siete pollitas grandes por el precio de seis. ¿Y para postres? Digamos que granadas, membrillos cocidos en miel, y un par de melones. En el puesto de frutas y verduras de Oppiano elijo todo lo que necesito, regateo a gritos durante un rato y le hago bajar el precio a Oppiano hasta nueve sestercios (él ha pedido doce).

—¡Pon esto en la otra cesta, separado del pescado, Sofrón!

Me encuentro a Arruntia vestida como Mesalina, la pícara esposa de César, o como alguna cortesana griega de Baia, ruinosamente lujosa, y le cuento mis aventuras matinales. Cuando empieza a inquietarse, preguntándose si me he olvidado de su cumpleaños, saco una cajita cuadrada de plata para maquillaje, con un grabado del Juicio de Paris, y estas palabras inscritas debajo: «*Formosissimae adjudicatur*» (El veredicto es para la más hermosa). Me besa tiernamente. La verdad es que aún no puedo permitirme el lujo de divorciarme de Arruntia, y su último amante resulta que es un edil, uno de los magistrados municipales responsables, entre otras cosas, de procesar a los acusados de atentados contra el pudor civil, como son la inmoralidad escandalosa o las apuestas (exceptuando las carreras de cuadrigas) o el acto de tirar porquerías por las ventanas a la calle. Si la contrarío, ella podría fácilmente conseguir que el edil se las ingeniase para incriminarme.

Desayunamos juntos con pan, queso y uvas. El pan es un bollo duro y plano, hecho con harina integral y cocido en molde. Untamos ajo en las rebanadas y las mojamos en aceite. Arruntia pregunta por las inversiones que le administro.

—Recuérdame este asunto dentro de un mes —le digo sonriente—, y tendré buenas noticias.

No es necesario que ella sepa que le compré la cajita de plata con un soborno que me entregó el dueño de una fábrica de tejas para que no ejecutase la hipoteca de Arruntia y le diese otro mes de plazo para conseguir el dinero del interés.

—¿Qué haces esta mañana, amor mío?

—Oh —dice ella—, he de asistir a una ceremonia de puesta de largo al otro lado del Tíber. Más tarde, mi amiga Pyrrha me va a llevar a… no recuerdo la calle (un sitio en aquel mismo distrito), en fin, es un recital de poemas de aquel aburrido Marcos Nosecuantos…

Me invita a reunirme con ella allí. Yo me disculpo: Arruntio me necesita para examinar los escudos y las armas destinados a la lucha de gladiadores de mañana, y asegurarse de que podrán pasar. Como hay escasez de herreros, mi suegro se ha visto obligado a incluir algún material de segunda mano procedente de las provincias.

Arruntia envía a su esclava a la vuelta de la esquina para alquilar una «litera de senador». No hay duda de que quiere impresionar a alguien. ¿A quién? El perfume indio que lleva no se lo ha puesto solo para impresionarme a mí, y su amante, el edil, estará ocupado toda la mañana en el juzgado. Pero en fin, ¿qué me importa a mí eso?

Después de examinar las armas de Arruntio, que está de un humor jovial, voy paseando por la Subura en dirección al Foro; ya estoy a la altura del templo de Cástor y Pólux cuando oigo unos gritos repentinos. «¡Abran paso! ¡Abran paso!». Los lictores bajan por la calle con andar pomposo, seis de frente, seguidos por la silla imperial y una escolta de la Guardia Pretoriana. Dentro, el viejo Claudio se reclina, dando sacudidas con la cabeza y temblándole las manos. El gentío le vitorea y ríe. Un joven galo le tira a Claudio una petición que le da en la cara. Él protesta, enfadado:

—¿Es esta forma de tratar a un conciudadano, mi señor?, ¿y ahora qué vas a tirar? ¿Losas?

—Rosas, solo rosas, ¡nunca losas para el conquistador de Britania! —exclama el galo, avergonzado.

Claudio sonríe, indulgente, desenrolla la petición, lee unas cuantas líneas y la entrega al secretario de Estado, Palas, que va montado a su lado.

—Petición concedida —dice Claudio—. El hombre parece honrado y sabe escribir en latín bueno y claro.

Visito el taller de publicaciones de Sosio, que está allí cerca, en el Foro, en la esquina del barrio toscano. El patio abierto contiene unas ochenta mesas de trabajo, y en cada una está sentado un escribiente, reclinado sobre un largo rollo de pergamino. Un lector va dictando con voz muy clara el texto que estos esclavos están copiando: la erudita *Historia de los etruscos*, del propio Claudio. Lo va deletreando, advirtiéndoles con tiempo dónde termina cada línea; de este modo todas las copias quedarán uniformes y los errores podrán corregirse con facilidad. El libro consta de veinte

rollos, a cinco denarios el rollo[19].

En el taller de Sosio encuentro precisamente al hombre que he estado buscando: Afer, que acaba de llegar de Herculaneum, cerca de Nápoles.

—¿Es verdad, Afer, que tienes en venta un esclavo pelirrojo británico llamado Utero?

—Bueno, es posible…, si el precio es justo.

—Entonces te seré franco. Un tal Glabrio, que quiere casarse con mi hermana, compró otro de tus británicos, pero no consigue hacerle trabajar. El tipo se pasa la mayor parte del tiempo llorando, y no quiere comer, y todo porque le han separado de su hermano Utero. Glabrio es mi vecino, y da la casualidad que yo necesito un portero. Sería un acto de caridad…

Afer reflexiona.

—¿Qué pagarías? —pregunta.

—Mil doscientos. ¿Está fuerte y sano el esclavo?

—Eso te lo garantizo.

Una hora más tarde quedamos en mil cuatrocientos denarios, y nos damos la mano para cerrar el trato ante testigos. El esclavo de Glabrio, voy a confesarles, en realidad no siente añoranza, pero casualmente le ha contado a Sofrón que Utero era uno de los más expertos fabricantes de espadas del rey Caractaco y que si yo pudiera encontrarle trabajo… Estoy casi seguro de que podré vender a Utero a mi suegro y ganarme un par de miles en el negocio. Y si no, entonces a sus rivales en la Via Impudica. ¡Hoy estoy de suerte! Le compraré a mi bonita amante Clyme un pañuelo de seda azul.

De vuelta para el almuerzo, un poco tarde. Arruntia llega aún más tarde. Nadie se disculpa por no ser puntual en Roma, donde solo los millonarios poseen relojes de agua. Nosotros adivinamos las horas desde el amanecer hasta el mediodía, y luego el oficial encargado de las horas en el Juzgado grita: «¡Mediodía, señores!», y este grito va pasando con alegría de boca en boca por todas las calles y callejones. Se dejan las herramientas, se cierran las tiendas, y terminan los alegatos, pues ningún romano trabaja por la tarde, exceptuando los taberneros, los barberos, los policías y los que trabajan en espectáculos públicos. Y casi día sí día no hay alguna excusa para que sea festivo.

Cuando le hago preguntas a Arruntia sobre el recital de Marcos Nosecuantos, ella me da las respuestas más vagas que puedan imaginarse, pero yo sé dónde ha estado, porque he mandado a Alejandro que la siguiera. No se contenta con el edil, y ha empezado un romance en serio con Ascalo, ¡el famoso actor de pantomima!

El almuerzo consta de sobras frías de anoche: salchichas con especias de Lucania, y un *paté* imitación de anchoa. A falta de anchoas, Sofrón tomó unos filetes de perca de mar, cociéndolos a la parrilla y picándolos después, los guisó a fuego lento en caldo, con huevos, les añadió pimienta y un poquito de ruda, y colocó una medusa fresca encima para cocerla al vapor. Ninguno de nosotros adivinó los ingredientes.

Mientras Arruntia hace la siesta, yo me escabullo para ir a darle a Clyme el pañuelo nuevo de seda. ¡Con qué generosidad me demuestra su gratitud!

Luego, más entrada la tarde, acompaño a Arruntia a los baños calientes de Agripa, más allá del Foro; su esclava lleva la cajita de plata con el maquillaje y Alejandro lleva mis cosas en una bolsa de cuero. Allí se estila el baño mixto. Solamente las tímidas y jóvenes vírgenes y las agrias matronas que han perdido su esbeltez van a los establecimientos particulares reservados para mujeres. En los baños de Agripa ambos sexos van en cueros por el agua, pero la policía de los ediles está de servicio para disuadir todo comportamiento disoluto. Arruntia se desviste en la sección de mujeres, yo en la de los hombres. Entonces, vestidos con túnicas cortas, corremos a la gran sala de ejercicios. Arruntia y dos primas suyas juegan al triángulo; ella ha traído tres pelotas pequeñas de piel de cabra, rellenas de plumas. El objeto del juego es no dejar caer ninguna y al mismo tiempo ir aumentando la velocidad. Los expertos utilizan ambas manos y seis pelotas en lugar de tres. El juego más popular es el de pelota de vejiga: cualquiera puede entrar en el juego e intentar que la vejiga no toque el suelo. Personalmente, prefiero el *harpastum*: agarras la pesada pelota de piel de cerdo, llena de arena, y la llevas de acá para allá hasta que te la roban, esquivando, engañando, saltando, rechazando. Pero primero hay que untarse bien con aceite para que el cuerpo resbale. Hacer la zancadilla y dar golpes bajos va contra las reglas del juego. Hoy estoy en muy buena forma y en dos ocasiones me abro paso entre un grupo de veinte jugadores, corriendo de una pared a otra, y regresando otra vez, cuando alguien consigue saltar sobre mis hombros, y entonces me caigo al suelo. Por una extraordinaria coincidencia, los dos amantes de Arruntia se han unido al grupo. Sonrío amablemente a Liciano, el edil, y le robo a Ascalo la pelota después de una larga carrera. Liciano me da la enhorabuena por la jugada, y Ascalo también.

Al poco rato nos quitamos las túnicas y entramos desnudos en un baño para sudar, con tablas de madera en el suelo, que está situado encima del horno principal. El sudor corre, formando ríos, y poco después nos vamos tambaleando al templado cuarto de baño. Allí nuestros esclavos nos limpian con una esponja y agua caliente de la caldera central, nos rascan con *strigili* de plata y nos secan con toallas. Limpios como cupidos, y unos dos kilos más ligeros, nos dirigimos a la fresca piscina, donde

brincamos como delfines.

Arruntia, tal como llegó al mundo, viene nadando hasta la cuerda que divide los sexos.

—¿Qué vamos a hacer? —dice, gimoteando—. Ninguno de mis hermanos puede venir a cenar, ¡solo mis horribles cuñadas!

—No están tan mal —le digo yo—, cuando están solas.

Entonces, uno de los dioses —quizá Vulcano el Cornudo— me apunta para que añada maliciosamente:

—Persuadiré a dos distinguidos amigos míos para que ocupen los triclinios vacantes. ¿Conoces a mi esposa, Arruntia? —le pregunto al edil que pasa por allí nadando—. Querida, este es Liciano el edil, que ha estado jugando un partido muy duro de *harpastum* conmigo. ¿Puedo invitarle a cenar?

¡Ah, con cuánta inocencia lo digo! Y el edil, ¡con cuánta inocencia acepta! ¡Y con cuánta inocencia sonríe Arruntia! Para rematar la broma, ¡mi otro invitado tiene que ser Ascalo!

El día va llegando a su momento culminante. Arruntia se va corriendo a arreglarse de nuevo la cara —ha mantenido las complicadas trenzas fuera del agua— y entonces la acompaño a casa. Está callada, cosa rara en ella, y yo muy hablador, también cosa rara. Al anochecer llegan los invitados. Nos recostamos alrededor de nuestra lujosa mesa de tuya. Los salmonetes están estupendamente presentados y Sofrón se ha lucido con las pollitas cocidas.

Al principio, Liciano y Ascalo dirigen sus conversaciones hacia las cuñadas de Arruntia, por miedo a tratar a Arruntia con demasiada familiaridad, sin querer. Y Arruntia se esfuerza por halagarme. Al poco rato saco una jarra del mejor vino falerniano. Liciano, nuestro maestro de ceremonias, con su toga ribeteada de púrpura, insiste en mezclarlo con la cantidad mínima de agua reglamentaria —solo los ladrones y los gladiadores beben vino sin rebajar— y cuando empieza el consabido juego de ver quién bebe más, en los postres, deja vislumbrar lo que se trae entre manos con más descaro. Propone un brindis tras otro, incrementando cada vez la cantidad de copas que hay que tragar en cada uno; en espera, sospecho, de ponernos a todos borrachos perdidos, manteniendo él la cabeza despejada para acabar en brazos de Arruntia. Pero el vino falerniano hace travesuras. Me incorporo con esfuerzo en el triclinio y ruego silencio.

—Arruntia, amada esposa, ¡escúchame! En mi regalo de cumpleaños, que tanto admiras, está grabado el Juicio de Paris. Paris, según cuenta Homero, recibió órdenes de entregar una manzana a la más hermosa entre las diosas, una elección que requería

un tacto notable. Paris eligió la diosa del Amor, y de este modo obtuvo el favor de Elena. ¡Pues aquí tienes para ti un «Juicio de Elena»! Dale esta granada al más apuesto joven de nosotros tres… Te ruego, querida, que no te dejes llevar por tu interés personal como hizo Paris, sino que juzgues con honradez. No tengas en consideración ni el rango, ni la eminencia de Liciano, ni la fama de Ascalo, ni el deber conyugal que le debes a Egnacio, tu humilde esposo. ¡Habla con la mano en tu honesto corazón! Puedo contar con mi equitativo suegro para vigilar que haya juego limpio.

Arruntia se sonroja intensamente a través de su tiza y su colorete.

Liciano esconde su nariz aguileña en una copa de ágata. Ascalo asume una postura teatral, como Ajax desafiando al rayo. Pero Arruntio estalla en rugientes risotadas de borracho.

—¡Egnacio —grita—, eres un hombre fenomenal! ¡Anda! ¡Ásanos a esa burra en el asador público!

Las dos cuñadas sueltan unas risitas nerviosas. Odian a Arruntia, pero temen las escenas, sobre todo cuando Arruntio ha estado bebiendo. Nunca sabe medir su propia fuerza, y eso, en efecto, fue lo que alegó hace ya tiempo, cuando, sospechando la infidelidad de la madre de Arruntia…

—Elige pues tú, que eres la mujer más hermosa, ¡la Elena de Roma! —insisto, perfectamente dueño de la situación—. ¡Elige!

Arruntia descansa la barbilla entre las manos, profundamente pensativa. ¿Lo hará? ¿No lo hará?

El dramático silencio se ve roto por un fuerte estruendo y unos gritos de horror procedentes de alguna parte encima de nosotros, seguidos casi de inmediato por un estampido resonante y un chillido aún más fuerte. Fascinado, observo cómo la pared de la calle se encorva poco a poco y cede… ¡Y entonces todo se desmorona a la vez!

¿Sobrevivió alguno de nosotros? Lo dudo. La próxima cosa que recuerdo claramente es ser de nuevo un niño. Sonidos de música marcial. Mi madre me levanta para mirar, a través de una ventana bien acristalada de un cuarto de jugar inglés, los carruajes adornados y los soldados con chaquetas rojas que desfilan en el aniversario de diamante de la reina Victoria.

EL HOMBRE DE MICONOS

1

En la puerta de la taberna todo el mundo estaba molestando al forastero de gesto apacible que vestía la capa gris de filósofo griego. Por regla general, los filósofos son personas que han viajado mucho, de ingenio afilado y astutos como buitres, pero este parecía ignorante y sencillo, un auténtico patán.

—En nombre del infierno, ¿de dónde sales? —le preguntó Escorpo—. ¡Cualquiera diría que has estado durmiendo mil años y que acabas de despertar!

—De Miconos, la isla en el Egeo. No es muy grande, pero bastante famosa. Pensad que los Gigantes que atacaron los Cielos están enterrados bajo nuestras rocas de granito, que son las que el dios Hércules les tiró. Y también tenemos la tumba de Ajax, un héroe de la guerra de Troya.

Entonces el filósofo se puso a citar a Homero, pero Escorpo le interrumpió.

—Tú no eres un auténtico miconio —le dijo en tono burlón.

El filósofo se sonrojó.

—¿Cómo lo has adivinado?

—¡Viendo tu cabellera, solamente! ¡*Myconi calva omnis juventas*! Todos los miconios son calvos como calabazas, incluso los niños.

—Sí —murmuró—. Mi familia, lo confieso, tiene su origen en Atenas. Refugiados políticos. Es cierto que por culpa de este cabello abundante llamo la atención en mi tierra. Pero tengo una mujer y unos hijos calvos que son una preciosidad.

Hablaba en un tono tan sincero que a todos nos cayó bien.

—¿Es la primera vez que viajas? —le pregunté, cuando se hubieron calmado las risas.

—Hace algunos años, asistí a un curso de filosofía en Atenas. De allí fui a los Juegos Olímpicos… ¡una experiencia inolvidable! Como dice Homero…

—¡Olvídate de Homero! No nos interesa Homero. ¿Viste buenos deportes en Olimpia?

—Señor, ¡era fabuloso! ¡Gran cantidad de acontecimientos apretujados en el espacio de cinco días! Primero, los sacrificios y la clasificación de los atletas; luego, una competición entre trompetistas. Oh cielos, deberíais haberlos visto hinchando las mejillas hasta que parecían vejigas de cerdo; las venas de la frente abultadas, los ojos

saltones… Un tipo pequeño de Sicilia debería haber ganado, pero los jueces le descalificaron porque surgió una objeción: por lo visto había cumplido una sentencia en la cárcel de Siracusa por golpear a un sacerdote. Solo los griegos nacidos en libertad y de buena reputación pueden competir en Olimpia. Pero ¡caramba!, cómo soplaba, ¡qué dulce tronar! Seguidamente, para estimular nuestro apetito, ¡las carreras de muchachos! Y así se fueron deslizando dos días en aquel estadio, que tiene forma de herradura. ¡Por lo menos cuarenta mil visitantes deben de haberse reunido allí, procedentes de todo el mundo griego! Montamos tiendas de campaña y comíamos al aire libre cerca del río. El tercer día, el día de los campeones… La carrera de doscientos metros, las carreras pedestres de cuatrocientos metros y de tres kilómetros. Lucha clásica. Una carrera entre soldados armados con escudos y lanzas; nuestro campeón miconio llegó tercero. Boxeo con guante duro. Lucha libre. ¡Magnífico! Los concursantes se habían estado entrenando durante años.

—Carreras pedestres —se mofó Bufotilla, la amiga de Escorpo, de ojos verdes, sonándose la nariz delicadamente con índice y pulgar, y limpiándoselos en mi capa—. Izquierda, derecha; izquierda, derecha; izquierda, derecha; los codos dando sacudidas, los pulmones silbando, los ojos vidriados; dando vueltas y más vueltas… No puedo imaginarme un espectáculo más aburrido.

—¡Ah, queridas mujeres! —suspiró el filósofo—. Todas sois iguales, fingiendo que odiáis los juegos que os está prohibido presenciar, ¡so pena de muerte!

Bufotilla le miró fijamente.

—¿Prohibido… so pena de muerte? Y dime, ¿por qué?

—Porque los atletas olímpicos no llevan ropa, jovencita —respondió el filósofo.

—Por el ceñidor de Venus, ¿y qué tiene eso de malo? ¿Acaso no practicáis vosotros la natación desnuda mixta, en los baños públicos de Grecia?

Esta vez fue el filósofo quien se quedó mirando a Bufotilla.

—Bueno, ¿qué? ¿No lo hacéis? —insistió ella, con aspereza.

Escorpo había oído hablar vagamente, en alguna parte, de los Juegos Olímpicos, y les cortó:

—¿Grandes premios, eh? ¿Importantes primas?

—No, señor. El mismo premio sirve para todos los acontecimientos: una corona de olivo, cortada del árbol sagrado con una hoz de oro.

—Sí, sí, ese será el premio simbólico, no lo dudo. Pero ¿cuánto representa en metálico? No me digas que estos tipos que se entrenan durante años y que luego acuden a Olimpia desde todos los rincones del mundo griego, lo hacen solo con la esperanza de ganar una miserable guirnalda…, ¡una guirnalda que podrían cortarse

ellos mismos en cualquier sitio!

El filósofo sonrió con aire de reprobación.

—Nosotros somos griegos, no bárbaros —le dijo.

—¿Y qué? ¿Nunca se vende una carrera o un partido en Olimpia?

—Antes de comenzar, juran solemnemente que no lo harán. En el altar del Zeus olímpico, delante de los jueces.

—¿Y si un atleta rompe su juramento?

—Los jueces le multan severamente, y la ciudad que representa queda en deshonra. En Olimpia pueden verse hileras enteras de imágenes de bronce que llenan las paredes de la escalinata del Templo. Se pagaron con las multas impuestas a los hombres que sobornaron a sus adversarios para que perdieran; filas interminables de imágenes, con un valor incalculable.

—Gracias, ya sabía yo que de algún modo había dinero de por medio —dijo Escorpo—. Siempre lo hay.

Prorrumpimos en risas, pero el filósofo no le vio la gracia.

—Es verdad —insistió—, y en cada imagen está grabada una advertencia que dice que los Juegos Olímpicos fueron fundados por Hércules como una competición de hombría, no de dinero, y que los dioses siempre descubren a los tramposos.

—Anda, ¡continúa con tu historia! Bufotilla se está poniendo nerviosa, ¿verdad, cielo? Queremos que nos cuentes cómo es la carrera de cuadrigas. Es la atracción principal de todos los Juegos.

—En Olimpia, no. Cuando hablamos de olimpiadas pasadas, siempre las identificamos por el nombre del atleta que ganó la carrera corta, el primer y más importante acontecimiento atlético. El ganador de la carrera de cuadrigas podría ser un príncipe moribundo de Cádiz, o de las provincias del mar Negro, que no hubiera visto nunca Grecia pero que por casualidad poseyera unas buenas caballerizas. En la carrera corta, es el *hombre* el que gana, el *hombre* el que celebran los poetas, no un equipo de caballos estúpidos. En consecuencia, nosotros, los filósofos, despreciamos las carreras de cuadrigas porque infringen la regla olímpica de que el dinero no es un sustituto de la hombría.

—¿No habrás olvidado al auriga? —le preguntó pausadamente Escorpo, acariciando su gran nariz.

Cualquier otro miembro de la profesión de Escorpo, en su lugar, hubiese derribado al filósofo de un golpe, echándose después encima de él. Pero Escorpo podía permitirse esta muestra de paciencia.

—Ah, sí —respondió el filósofo—. Supongo que los aurigas sacan el mejor

partido posible de su equipo, pero en Olimpia nadie les presta mucha atención. No es una carrera peligrosa; un conductor que deliberadamente chocara contra el carro de un adversario, figúrate, quedaría deshonrado para el resto de su vida.

Eso desencadenó nuevas risotadas en nuestro grupo y Bufotilla exclamó:

—¡Por todos los dioses en los cielos y en los infiernos, vaya nación de blandengues! ¡No me extraña que nuestras legiones romanas os atravesaran como hilos pasando por un trozo de queso!

Escorpo, conteniendo con grandes esfuerzos la risa, dijo:

—Sigue hablando de esta carrera de cuadrigas tan ética. ¿Cuántas vueltas se corren?

—¿Vueltas? Una sola…, como en los días de Homero.

—Si vuelves a mencionar a Homero, ¡*gritaré*! —gritó Bufotilla.

—¿Y la longitud de la carrera? —preguntó Escorpo.

—Quinientos metros.

—¿Y a eso le llaman *deporte*?

—¡Naturalmente!

—Pues más vale que veas una carrera romana esta tarde y mejorarás tu educación. Ocúpate de él, Glabrio, ¿lo harás? Asegúrate de que le den una localidad con la Familia.

Dije que lo haría. Entonces llegó una multitud de jóvenes, todos con distintivos azules, vieron a Escorpo, lo alzaron en hombros, vitoreándole como locos, y se lo llevaron.

—¿Con qué dechado de hombría he tenido el honor de conversar? —exclamó el filósofo.

—Con Escorpo, nuestro más extraordinario auriga en varias generaciones. Ha cambiado la marea de la fortuna del bando verde al azul; ha ganado más de ciento diez victorias para nosotros desde la subida al trono del emperador. ¡Vale casi dos millones en oro! Si te hubiese cortado el cuello ahora mismo, cuando hablabas de aurigas como si se tratara de carreteros de campo, ¿crees que algún romano se hubiese atrevido a atestiguar en contra de él? ¡Ni uno! Por la cuenta que le trae, la policía y los magistrados pueden irse al infierno. Se codea incluso con el emperador Domiciano. Las hijas y las mujeres de los senadores suspiran por él, pero él se las sacude como moscas.

—¿Ese Escorpo viene de estirpe noble?

—¿Noble? Su padre era un esclavo de York, empleado en los establos imperiales. Y si quieres saber por qué desprecia la carrera olímpica de cuadrigas tanto como

vosotros los filósofos, es porque su propia carrera consiste en dar siete vueltas alrededor del Gran Circo, con sangre y muerte acechando en cada poste. Pocos aurigas se libran por mucho tiempo de una pierna o un brazo roto. Diez carreras, quizá veinte, si tienen suerte, y entonces… ¡pam! La suerte de Escorpo ha sido fenomenal; solo tres accidentes serios en cinco años. Todo el mundo se pregunta por qué no se retira y vive de las ganancias.

—¿Y por qué no lo hace?

—Dice que no puede decepcionar a su público. Pero no creo que sea exactamente eso. En el fondo de su corazón desprecia al público, como hacen todos los aurigas con experiencia. Supongo que, simplemente, le emociona jugar con la muerte. Además, si se retirase, ¿puedes decirme qué otro trabajo podría permitirle seguir sintiéndose un hombre…, a no ser que se hiciera gladiador?

Un cartel en la taberna anunciaba que aquella tarde se interpretaría una comedia de Menandro en el Teatro de Pompeyo. El filósofo quería verla.

—No —le dije—, ¡no vas a ir!

—¿Por qué no? —me preguntó, rebelándose.

—Por tres buenas razones. Primero, porque es una traducción latina y tú estás un poco flojo en latín.

—Es un riesgo que correré.

—Segundo, porque el teatro te parecerá demasiado grande. Yo he viajado por Grecia; he visto obras de teatro allí… Públicos de dos mil personas a lo sumo. ¡Aquí se acercan más bien a los sesenta mil! Con todas esas voces, toses y movimientos, ¿cómo es posible seguir un diálogo, incluso si el viento viene en dirección favorable? Y los que están en las últimas filas no pueden distinguir fácilmente a los actores. Así que las prostitutas siempre visten de amarillo, los viejos de blanco, el protagonista de varios colores, los comerciantes de morado, los mendigos de rojo, etcétera… Y todo lo que uno saca de la comedia, además de unos decorados carísimos, son fragmentos de un diálogo a gritos, y la música del tema principal. Temas que toca la orquesta, que canta el coro y que baila Paris.

—¿Y quién es ese Paris?

—El actor principal, al que nuestras mujeres adoran. Al cruzar el escenario haciendo cabriolas, expresa terror, angustia, pasión obscena, ternura filial, humor cursi, astucia bestial…; la gama entera. Lo hace todo con gestos. Menandro saldría de su tumba si viera lo que han hecho con sus versos, y me imagino que tú respetas a Menandro, ¿verdad? Nuestras actrices se desnudan hasta quedarse en cueros, para darle más realismo a la obra. Y no hay censura alguna. Es una educación liberal, a

veces… Fíjate, recientemente el emperador permitió que un presidiario sustituyese al jefe de los bandoleros en el último acto de *Laureolus*, ¡e incluso le crucificaron en escena!

—¿Y cuál es la tercera razón?

—¡La más importante! Es que Escorpo espera que tú veas la carrera de cuadrigas en el Gran Circo. ¿Comprendes?

Fuimos a comer —pan y morcillas— en otra taberna, cerca de la Ciudadela. La gran carrera no iba a tener lugar hasta dentro de dos horas, así que nos quedaba tiempo de sobra para ir a visitar el Anfiteatro del fallecido emperador Tito, llamado el Coliseo. Soy propietario de un par de buenas localidades allí, en el lado de la sombra, e incluso si se me olvidan las entradas siempre puedo pasar como miembro de la «familia» de Escorpo. Soy su encargado de guarniciones: el único responsable de sus riendas, correas y arreos…

Paseamos por delante del Foro. Una muchacha bonita, con vestido de seda lila y un cuarto de kilo de ajorcas y collares, se cogió cariñosamente del brazo del filósofo.

—¿Vamos a dar una vuelta, Sócrates? —le preguntó—. Podría hacerte algunas preguntas difíciles.

Yo les desenganché con firmeza, y la hice marchar de allí.

—¿Por qué has hecho eso? —se quejó.

—No me gustaría que mis amigos me vieran del brazo de un filósofo y para colmo del de una prostituta…

—Pero yo creí que las prostitutas siempre vestían de amarillo, ¿no? —suspiró.

¡Qué inocencia tan superba! ¡Tengo que acordarme de contárselo a Escorpo!

Como era el intermedio del mediodía, encontramos el Coliseo lleno solamente hasta menos de la mitad: tan solo unos treinta mil espectadores. Durante el intermedio, por regla general hay espectáculos de segunda categoría —números con animales o de acrobacia—, pero me alegro de que fuéramos porque dieron una función de las llamadas «Prohibido indultar». «Prohibido indultar» es una alternativa divertida para la crucifixión y los criminales la aprecian, pues la muerte llega de prisa y la mayoría logran el placer de matar además del infortunio de ser matados. Aquel día había diez criminales anunciados, entre ellos bandidos, hombres condenados por incesto, incendiarios y parricidas. Un montón de tipos infames, exceptuando a un bandido siciliano de muy buen aspecto llamado Julio Ferox. Todas las mujeres del público agitaron el pañuelo en su honor al enterarse de que, antes de ser capturado, había quitado el pellejo a tres soldados y a su sargento. Julio iba a salir en tercer puesto.

Un redoble de timbales y entraron al parricida, desnudo. Echó unas miradas

salvajes a su alrededor: las barreras estaban cerradas y las vallas eran demasiado altas para poder saltar por encima. Seguidamente, entró con andares altivos otro criminal vestido con armadura completa y con escudo y espada; era un moro loco de Tánger que había quemado toda una casa de pisos, causando considerables pérdidas en vidas humanas. Atrapó a su adversario después de una larga persecución que terminó de un modo bastante insípido, porque el desesperado parricida pegó un gran salto hacia la valla y se dio un golpe que le dejó fuera de combate. El moro fue entonces desarmado a su vez por dos guardas que entregaron su equipo a Julio Ferox; pero no había corrido ni tres pasos antes de que Julio le atravesara los pulmones.

Un juego muy pobre, pero entonces llegó la hora de desarmar a Julio, y un criminal de los montes Sabinos tuvo la oportunidad de asesinarle. Julio se mostró imperturbable. Aunque iba en cueros, se enfrentó a la acometida y descargó una violenta patada en la muñeca del sabino. La espada salió volando, Julio se agachó, se apoderó del escudo y atravesó la sien de su enemigo con su aguzado punzón central. Se levantó, se acercó a los guardias y, sin darse importancia, dijo:

—Lucharé sin esto —y les entregó las armas—. ¡El próximo cliente!

El gentío aclamó su valentía. En esta ocasión se enfrentó a un destripador de Nápoles, al que astutamente fue haciendo girar hasta encararlo al sol del mediodía. Entonces, inclinándose, le arrojó un puñado de arena a los ojos y le asestó una patada en los genitales. En pocos momentos, había ganado su tercera victoria.

—¡El próximo cliente!

Aplausos tremendos, y la dama que estaba sentada debajo de mí gritó a su marido:

—Oh, Tulio, si tuvieras el físico de este bandido, ¡qué mujer tan feliz sería!

—Y si yo tuviera la fuerza de su patada —rugió Tulio—, ¡pronto curaría tus ansias!

Julio tuvo pocas dificultades con el miserable petimetre toscano, condenado por haber violado a su sobrina. ¡Ese sí que no era un gladiador! Julio se le acercó, diciendo:

—Dame tu espada, muchacho…

La tomó con calma y le cortó la cabeza de un solo golpe.

—¡El próximo cliente!

El nuevo adversario era un bandido compañero suyo, anteriormente su teniente, que le había traicionado, entregándole a las autoridades con la vaga esperanza del perdón. Mientras Julio intentaba agarrar la espada, el otro le lanzó un viaje y lo apuñaló en tres sitios, pero cuando Julio consiguió hacerse con ella la usó despiadadamente, cortándole al traidor las orejas, la nariz y las manos, antes de

despacharlo. La multitud se puso en pie, con un clamoroso griterío, y solicitó el indulto, pero este espectáculo era de «indulto prohibido», de modo que Julio se suicidó. No parecía importarle, pues ya se había podido vengar debidamente.

—¡Enhorabuena! —le dije al filósofo—. Suerte de principiante. El mejor espectáculo de este año; y además, ¡en el intermedio! Las luchas habituales resultarán insípidas después de esto… Claro que si saliera Hermes, ¡ya sería otro cantar! Un gladiador extraordinario, pero de momento está en el hospital, pues le rajó la cadera un experto en lucha con red y tridente. Hermes es un luchador completo: tridente, lanza, espada, a caballo y a pie. Llena todas las gradas. Bueno, ¿qué te parece si nos marchamos? Los números que harán a continuación solo serán un negro en la cuerda floja, un enano montando sobre una cabra y saltando obstáculos, y un duelo entre dos amas de casa delincuentes, armadas con hachas de carnicero.

La cara del filósofo se había vuelto verde, y había cerrado bien los ojos para no ver cómo acababan con el resto de los criminales.

Le di otro codazo.

—¿Vienes?

—¿Dónde puedo vomitar? —preguntó con voz entrecortada.

—Tú hablas de hombría —le dije, llevándomelo fuera—, ¡y sin embargo quieres vomitar! ¿Qué te pareció el espectáculo como muestra de hombría? Si un bandido puede demostrar que es un héroe, ¿cómo crees que somos los demás?

Guardó silencio hasta que hubimos dejado atrás el Coliseo y se le hubieron pasado las náuseas. Entonces respondió:

—El heroísmo de un bandido siciliano no me da ningún indicio de lo que es el espíritu de los ciudadanos romanos corrientes: los taberneros, los actores o los guarnicioneros. ¿Has tomado parte en alguna guerra? ¿No? ¿Te has enfrentado a una tormenta en el mar? ¿No? ¿Boxeas, aunque sea con guantes blandos?

Moví la cabeza negativamente.

—¿Qué deportes practicas?

—De momento ninguno. Algunas veces, en los baños, me pongo en forma si me uno a los entrenos de pelota. Antes hacía lucha libre, pero después de dislocarme el pulgar ya no. Y ningún romano que se respete a sí mismo boxea; eso lo dejamos para los gladiadores; a las señoritas guapas no les gustan las orejas de coliflor y las narices rotas. Pero a los gladiadores no les importa; ellos usan puños de hierro con púas, sin darle importancia. El otro día vi a Hermes enfrentarse a un enorme oso negro y lo mató con un golpe de la izquierda en el hocico y un derechazo en la mandíbula.

—¿Así que esperáis que los esclavos, los criminales y la gente desesperadamente

pobre muestre valor por vosotros?

—Interprétalo así, si quieres. No voy a discutir con un filósofo.

—¿Es verdad —me preguntó— que en el Coliseo echan diariamente montones de místicos judíos a los leones hambrientos?

—Sí, creo que sí, por la mañana temprano cuando abren las puertas. Los bajan en jaulas con una grúa. Viene poca gente, porque no hay nada que apostar. Y es un espectáculo bastante soso. Esos cristianos, como les llaman, no dan muestras de lucha cuando les abren la jaula; simplemente, se arrodillan, rezan y cantan. Es curioso, ¿verdad? Pero no pueden ser del todo judíos, pues he oído decir que comen cerdo abiertamente.

Al mezclarnos con la muchedumbre, que iba en tropel hacia el Gran Circo, un par de policías conducían a un tipo harapiento, a rastras, hacia la cárcel.

—¿Un apostador? —pregunté.

Asintieron con la cabeza y siguieron su camino.

El filósofo exclamó:

—Sin embargo, en la taberna oí que uno de aquellos nobles apostaba abiertamente por Escorpo diez mil piezas de oro contra seis. ¿Acaso existe una ley para los pobres y otra para los ricos?

—Tú no lo has comprendido. La ley prohíbe las apuestas casuales. Si te cogen, multan cuatro veces el valor de tu apuesta, o si no, vas a la cárcel. Pero a todo el mundo se le anima para que apueste por cuadrigas y gladiadores. Ahora lamento que te hayas perdido una lucha en el Coliseo. Tendríamos que habernos quedado. Puede ser muy divertido, si no hay tongo… Vamos a suponer que apuestas por un esgrimidor que va a enfrentarse a un gladiador armado con un escudo muy grande. Pongamos que apuestas el salario de un mes; pongamos que luchan con ahínco, sin necesidad de un azotador que les haga entrar en calor a base de latigazos en las piernas. La muchedumbre grita: «¡Duro con él, azul!» o «¡Mátalo, verde!». (En esto también tenemos bandos: azules y verdes). Pronto empiezan con «¡Quémalo, ásalo, cáscalo, destrípalo, mételo en vinagre!», o «Eh, ¡cuidado, verde!». Luego, por fin: «¡Buen chico, le has dado bien!», y ves cómo la espada del gladiador azul se hunde hasta la empuñadura en el vientre del verde… Te hace sentir bien, ¿comprendes? Es como si le hubieses matado tú mismo. El gladiador azul te ha traído el pan a casa. Un gran ejemplo del deporte romano: hombría y dinero, mano a mano.

—Bueno —dijo el filósofo, tirando, irritado, de su capa gris—, vosotros, los romanos, sois desde luego unos maestros en el arte de hacer que unos pobres desgraciados cometan asesinatos mutuos en vuestro beneficio. Y dime, ¿tenéis

siquiera un solo romano nativo por cada diez soldados alistados en vuestras legiones… aparte de los oficiales superiores?

—Lo dudo. Esto es lo que el poeta Virgilio, o quizá fuera Cicerón, llama una raza maestra —le contesté alegremente.

2

Mientras caminábamos hacia el Gran Circo, señalé hacia un grupo escultórico dorado sobre un enorme pedestal de mármol.

—¿El dios Sol? —preguntó el filósofo.

Sonreí.

—¿No te recuerdan a alguien esta nariz y esta barbilla?

—Sí, ¡en efecto! ¡Qué extraña semejanza con tu amigo Escorpo!

—¡Es que *es* Escorpo!

El filósofo se detuvo en seco.

—En un tiempo —me dijo severamente— incluso se consideraba pecado honrar con estatuas a los reyes. Sin embargo, hoy en día uno podría tomar esta estatua dorada de un exesclavo por una imagen divina.

—¿Por qué no? El bando azul hizo colocar este grupo para celebrar la milésima victoria de Escorpo. Si cada dios tratara a sus adoradores como Escorpo ha tratado a los azules, la religión no estaría tan decaída.

Me pidió que le explicara lo de los bandos en lenguaje llano. Una tarea difícil para un profesional como yo…

—Bueno —dije—, cada bando se conoce por su color, uno de esos colores que lleva todo el mundo: verde, azul, blanco y rojo. Las cuatro caballerizas de las carreras están dirigidas por sindicatos millonarios. El verde tiene al blanco por pareja, y el azul al rojo. Habrás notado que predominan los distintivos verdes y los azules. Pero no hay que menospreciar a los colores menores; los aurigas blancos y rojos van muy bien para abrirles paso a sus parejas, o para burlar al enemigo.

—¿Significan algo en particular estos colores?

—Que yo sepa, no.

—Sin embargo, parece ser que aquí yo soy la única persona que no lleva un distintivo.

—Es una larga historia —le dije—. Hace algunas generaciones, los romanos librábamos una guerra civil tras otra, todas por razones políticas. Duraron hasta que la República se vino abajo y Augusto se hizo emperador. Desde entonces, descontando

algún que otro conflicto a la muerte de Nerón, hemos disfrutado de una paz continua, ¡y nada de política! Así pues, Roma se ha vuelto increíblemente rica. Rica en esclavos, y rica en el comercio. Esta es la «Buena Vida» que nuestros antecesores soñaban poder conseguir. Los ciudadanos libres solo necesitan trabajar hasta el mediodía. Y es más, pueden descansar en días alternos, comprar todo lo que necesiten y quedarse todavía con dinero en el bolsillo… Y aquí viene el problema insólito: ¿cómo pasar el tiempo de ocio? ¡Cada dichosa tarde, y además, mañana sí, mañana no! Yo tengo suerte de estar en el negocio del espectáculo; así estoy siempre ocupado.

—Lo que yo haría sería comprar libros —dijo el filósofo con ilusión.

—¿Libros? Pero claro, tú eres griego. Los romanos no leemos a no ser que estemos enfermos. En otros lugares los hombres desocupados, sin trabajo ni dinero, abrigan agravios políticos; aquí, incluso este consuelo les está negado. Y el emperador no puede ponerles a todos a trabajar levantando pirámides colosales… ¿Quién sabe? Quizá fue así como los faraones solucionaron el problema del ocio en Egipto. Pero el emperador correría el riesgo de ser asesinado. En lugar de esto, subvenciona espectáculos gratuitos de gladiadores y de carreras de cuadrigas y deja que la política de bandos ocupe el lugar de la política de partidos. Solo un tonto querría cambios en un gobierno, cuando los bandos proporcionan un medio de convertir el dinero sobrante en fortuna.

—¿Y eso cómo?

—¡Apostando, naturalmente! Cualquiera puede unirse a los azules o a los verdes, y aunque ninguno de los dos bandos juegue limpio, el sistema de apuestas funciona bastante bien.

—¡Me desmoralizaría ser un espectador perpetuo!

—En este punto, el emperador piensa como tú. Acaba de proclamar unos Juegos Romanos sobre el modelo olímpico, que tendrán lugar cada cuatro años, sin duda en espera de que todos nos convirtamos en atletas entusiastas. Pero incluso si los bandos se hicieran cargo de estos juegos, cosa de la que dudo, no veo un gran futuro en el atletismo. Aparte de la música popular y el baile en el teatro, a Roma le importan pocas cosas que no sean el sexo, los gladiadores, las carreras y las apuestas; no intentamos hacernos pasar por idealistas griegos.

El anuncio de una pelea de gallos, pegado a la pared de un edificio, llamó la atención del filósofo, pues uno de los participantes era un ave de Miconos. Insistió en entrar. Había vigías en la puerta de aquel coliseo en miniatura, donde solo se podían apostar

avellanas. El público llevaba capas sucias y remendadas; sin embargo, las apuestas eran fuertes. Ni el hedor, ni los parásitos del reñidero, ni sus obscenas pinturas murales, preocuparon al filósofo. Me obligó a aguantar tres peleas allí sentado hasta que un compatriota suyo, calvo, presentó el gallo miconio para la riña principal.

Aunque se trataba de un ave pequeña, por todos los dioses, ¡qué valiente! El alto pájaro tanagra, su adversario, le magulló la cabeza hasta dejarla toda ensangrentada, pero el gallito mantenía erguida su pequeña cresta y luchó como el águila de Júpiter. Muy pronto consiguió desorientar al tanagra y vengarse. Se levantó volando en el aire y con un solo movimiento de impulso hacia atrás, tan rápido que no pudo apreciarse, clavó su afilado espolón en el cráneo de su adversario.

—¡Cielos santos! ¡Qué agudeza! —exclamó el filósofo con alegría.

Hizo tanta comedia por el gallo, que parecía como si hubiese salvado a toda Grecia del desastre.

Yo quise zaherirle:

—Veo que te has convertido a la actitud romana ante el deporte. Hace poco, se te removieron las tripas porque nos gusta ver cómo los gladiadores se asesinan mutuamente para divertirnos.

Él tenía la respuesta a punto:

—¿Quién necesita entrenar los gallos en escuelas de gladiadores? ¿Quién les fuerza a luchar desesperadamente como vuestros matones, condenados a morir, para evitar la cárcel o las galeras? ¿Quién está detrás de ellos con un látigo? Los gallos luchan a muerte por voluntad propia, porque es su naturaleza…, y lo mismo en el corral que en el reñidero.

—No subestimes a nuestros gladiadores —le dije—. Hermes, por ejemplo, el jefe de la tropa azul del Coliseo, es un asesino nato. Disfruta de cada instante de la vida, menos cuando está en el hospital.

Entramos a empujones en el Gran Circo, pasando por el Arco de Tito, y nos encontramos con Opimo, el corpulento jefe del bando azul, en la puerta de su despacho, furioso.

—¡Llegas tarde, Glabrio! —rugió—. Corre a inspeccionar las guarniciones. ¡Date prisa! Solamente queda un cuarto de hora.

—Las inspeccioné antes de comer, señor. Escorpo estaba conmigo. ¡Pregúntale a él! Mientras tanto, Zeno las ha estado vigilando.

—¡Zeno! ¿Y qué me importa a mí Zeno? —gritó Opimo, enfurecido—. ¿Cómo sé

que no está comprado? Zeno es un rojo y no es empleado mío. ¿No sabes que de esta carrera depende un millón en oro? ¡Vuelve a examinarlo todo! ¡Y date prisa, te digo!

Entré en la sala de guarniciones, acompañado de un vigilante de establos. Abrí con llave la puerta y de nuevo examiné los aparejos. El carro chapado de oro, incrustado con lapislázuli y turquesa, no era asunto mío; ni siquiera las anillas de las guarniciones. Pero las correas sí. Las fui revisando poco a poco: treinta metros impecables de cuero nuevo de toro, cada centímetro resistente y flexible, y con los empalmes cosidos y recosidos con cuerda hecha de tripa de zorro. Luego, las riendas, también flamantes. Los arreos eran fuertes, aunque estaban exageradamente adornados. Me disgusta ver buen cuero estropeado por placas, joyas y amuletos; claro que si el público admira estas tonterías… Finalmente, los bocados de bronce. Es mi deber lavarlos antes de cada carrera, por temor a que alguien pudiera haberlos drogado, y he de utilizar el agua de una jarra sellada. El guardián de los establos me observaba con sus ojos pequeños y brillantes.

—¡Todo en regla! —le dije a Opimo.

Los mozos sacaron el carro de Escorpo, amarraron el yugo, y echaron las guarniciones sobre los sementales que estaban esperando. Primero el tiro, una pareja de tesalienses del mismo color pardo, a cada lado de la vara. Luego las caballerías exteriores, dos caballos bayos; esta pista siempre se toma en dirección contraria a la del sol, así que las correas de estos caballos van sujetas a unas anillas en el lado derecho. Un pelotón de guardas de establo me observaba hoscamente. En el Circo nadie se fía de nadie.

Y ahora, ¡aguce el oído si quiere saber un secreto de caballerizas! Nosotros, los azules, mimamos a nuestros sementales con puré de cebada mezclado con carne cruda de caballo picada, ¡cosa que los convierte en caníbales! ¿Recuerdan que el rey Diómedes, que fue muerto por Hércules, alimentaba a sus yeguas con carne humana? Una vez me reí de esto, creyendo que se trataba de una fábula poética, pero ahora sé que los caballos son unos glotones en lo que respecta a la carne. Los verdes aún no han descubierto por qué Escorpo, aparte de que es un conductor maravilloso, consigue que su tiro saque medio cuerpo de ventaja en cada vuelta. Han probado la mayoría de los estimulantes conocidos con sus bestias, ¡incluso ostras con pimienta!, pero la respuesta es carne cruda, de ternera o de caballo.

Escorpo salió de su camerino; llevaba una túnica azul celeste, tiras largas de ante que le ceñían las piernas, un casco protector, puñal y látigo. La nariz y la barbilla sobresalían imperiosamente.

—¿Todo a punto? —le pregunta a Opimo.

—Todo a punto, campeón. ¿Qué tal te encuentras?

—Como me ves.

Saqué al filósofo de sus sueños con un codazo.

—¿No vas a apostar?

—No he apostado en toda mi vida… ni siquiera con los gallos.

—¿Qué? ¿Aún eres virgen? Déjame tu suerte, por todos los cielos; ¡haz por mí una apuesta de novato! Te daré la mitad de las ganancias, te lo juro.

—Va en contra de mis principios.

—¡Al cuerno con tus principios! Toma esta bolsa: en ella encontrarás noventa y seis piezas de oro. ¡Corre a los verdes en seguida y apuéstalo todo por Escorpo! Entrega tu apuesta en el despacho del corredor de la esquina. Creo que los verdes piensan que va a ganar Talo, ¡así que no aceptes nada por un valor menor que el doble de la apuesta! ¡Una apuesta novata, por todos los dioses! Jamás he sabido de una apuesta novata que perdiera. Si no me quieres ayudar, miconio, ¡te pegaré hasta que estornudes!

De muy mala gana, se llevó la bolsa y fue a apostar consiguiendo doblar su valor, por supuesto. Yo probablemente podría haber sacado más, porque Talo y Escorpo eran favoritos casi por igual, y se estaba cotizando cinco a uno por los competidores. Cinco a uno pueden parecer pocos puntos de ventaja, pero ¡piénsese en cuántos jugadores ansiosos apuestan por los competidores!

Allí estábamos, sentados en gradas de mármol, en primera fila, al lado del resto de la «familia» de Escorpo: su entrenador, su encargado de carro, su jefe de mozos de cuadra, el veterinario y su amiga de ojos verdes, Bufotilla. Aquí, la mayoría de localidades son para el primero que llegue, exceptuando las del recinto imperial y las filas reservadas para senadores, caballeros, y oficiales del bando, como nosotros. Por esto miles de aficionados hacen cola la noche anterior para conseguir buenas entradas cuando abren las puertas al amanecer. Una hora más tarde, solo encontrarían localidades sin derecho a asiento. Nunca sabes al lado de quién te va a tocar sentarte; a mi esposa siria la conocí en una cola de circo… La familia de Talo se sentaba cerca de nosotros, al otro lado del pasillo. La capa gris del filósofo les dio que pensar.

—¿Qué tiene que ver Escorpo con la filosofía? —se preguntaban—. La filosofía es algo a lo que se dedican los generales y los hombres de Estado al retirarse. ¿Es posible que Escorpo piense retirarse?

Les dejamos con el interrogante. Las bromas y los insultos volaban entre las familias rivales.

Al filósofo le había impresionado muchísimo el público del Coliseo, pero en el

Gran Circo dudaba de sus propios ojos.

—¡Cuántos, cuántos! —gemía, mirando a su alrededor.

—Casi lleno —le dije—. Más de un cuarto de millón de personas, incluyendo al propio Domiciano… ¡allá, vestido de rojo! Con la capa morada, la guirnalda de oro y su enano favorito.

Recuerdo que el veterinario dijo que estaba preocupado. Algo que había oído decir entre el gentío sugería que el bando azul estaba comprado.

En seguida saltamos todos:

—¿Qué quieres decir con eso de «comprado»? ¿Por quién? ¡Desembucha! Nosotros cinco somos los responsables de todo el asunto, de todo menos de Escorpo, y eso es tarea de Bufotilla. ¿Tienes algo en contra de Bufotilla?

—Más vale que no tenga nada —dijo ella, hecha una fiera.

—¡No, no, no! No habléis así —protestó el veterinario—. No es más que algo que está en el ambiente. ¡Estos verdes parecen tan seguros, maldita sea!

Sonaron las trompetas y, entre clamores tempestuosos, entraron los cuatro tiros al trote y se colocaron detrás de la cuerda de salida. El sorteo por los puestos había sido desafortunado. A Escorpo le había tocado el exterior; a su pareja roja el interior, y entre los dos estaban el verde y el blanco, de forma que de dentro a fuera los colores iban por este orden: rojo, blanco, verde y azul.

Era un día hermoso, cálido y sin viento, con el circo lleno hasta los topes, la arena fina y amarilla; los aurigas posando como dioses, un poco echados hacia atrás, con las riendas atadas fuertemente alrededor de la cintura; con los caballos moviendo las patas, resollando y luciendo los distintivos de colores. Sobre ellos, en el largo y estrecho terraplén alrededor del cual se extendía la pista, se alzaba como una torre el inmenso obelisco que Augusto trajo de Egipto, y a ambos lados se erguían las estatuas de mármol de Neptuno, Hércules y los Gemelos Celestiales. También bronces de césares deificados: Augusto, Claudio y Vespasiano, cada uno de los cuales había patrocinado generosamente este circo durante su vida.

El emperador agitó su pañuelo para dar la salida. Otro toque de trompeta y cayó la tensa cuerda, cuatro látigos chasquearon como uno solo, y los carros partieron, esparciendo nubes de arena.

Al haber conseguido el mejor carril, la pareja del carro azul, que era el rojo, tendría que haber corrido como alma que lleva el diablo para ser el primero en llegar al poste que marcaba la vuelta, tomando la curva lo suficientemente abierta como para mantener al carro blanco y al verde bien seguros en su flanco y dejando que su pareja, el azul, se colara por detrás y robara la vuelta. Esta maniobra la he visto muchas veces,

pero necesita calcularse con mucha precisión. En esta ocasión el rojo tuvo una salida lenta y permitió que el blanco lo empujara hacia el terraplén cuatro cuerpos antes de llegar al poste, abriendo de esta forma el carril interior para Talo. Escorpo, que contaba con el auriga rojo para llegar al poste indisputado, no había dejado que su tiro diera todo de sí y, cuando hubo pasado rápidamente por delante del blanco en la curva, el verde ya llevaba de sobra la delantera. (Estos dos postes, uno a cada punta del terraplén, son unos pilares de bronce dorado; hay siete huevos enormes colocados en un marco en lo alto de cada pilar. Un esclavo imperial quita uno en cuanto el primer carro lo ha pasado, y otro en cada vuelta, hasta que han desaparecido los siete huevos. Así, los aurigas y los espectadores se ahorran tener que llevar la cuenta).

Un mal comienzo. Talo mantuvo su ventaja de tres cuerpos y completó la primera vuelta doblando la curva tan pronunciadamente que juraría que su rueda raspó la capa de oro en ambos lados del bronce. Tras él se disparó Escorpo, ahora ya lo suficientemente alejado del carro blanco como para no tener que preocuparse por él, pero claramente preocupado por la túnica verde que tenía delante. Más tarde oímos decir que nuestro caballo de tiro izquierdo no había estado en condiciones óptimas.

Tres vueltas muy rápidas, ningún cambio de posición, y cerca del final de la cuarta vuelta, Escorpo hizo su jugada: corrió cuello con cuello junto al verde durante un rato, pero falló en su intento de meterse en el carril interior en la curva.

¡Cuatro huevos abajo! ¡Cinco huevos abajo!

Escorpo no repitió la maniobra; esperó, a pesar de los insultos, las protestas, los silbidos y los gritos de aliento. Esperó pacientemente, hasta que el rojo hubo perdido toda una vuelta y estaba aferrado al terraplén, unos cuerpos por detrás del blanco, mientras el verde amenazaba con adelantarle en el poste.

—*Ag'ut prima debebas!* —gritó Escorpo; corría un poco detrás del carro rojo y delante del verde—. ¡Haz lo que tendrías que haber hecho en el primer poste!

El auriga rojo comprendió; azotó a sus rocines, haciéndoles sudar sangre, y esta vez consiguió tomar la curva lo suficientemente abierta como para llevarse consigo al verde. Escorpo, virando casi en ángulo recto, se metió detrás tan limpiamente que las espaldas de su caballería derecha rasgaron la cola del carro: había conseguido meterse antes que el verde en el carril interior y ganó tres cuerpos.

—*Successit et vicet!* —rugieron los azules—. ¡Se ha puesto en cabeza y mantendrá su posición!

¡Seis huevos abajo!

Ahora, el carro blanco, justo delante de Escorpo, aunque estaba en su quinta vuelta, zigzagueaba de un lado a otro para estorbarle; el verde corría en tercera

posición, muy pegado. Atrapado entre sus dos rivales, Escorpo adoptó una determinación audaz. Obligó a sus caballos externos a tomar la última curva abierta, con lo cual el auriga blanco perdió su látigo, además de la cabeza: confundiendo el tiro de Talo con el de Escorpo —pues los externos verdes también eran bayos— le obstaculizó en el momento crítico. La rueda de Talo golpeó el poste de lleno y el carro se hizo pedazos. Justo a tiempo, Talo logró utilizar su puñal para librarse de las riendas. Los caballos siguieron a todo galope, arrastrando los restos tras de sí.

Una tormenta de vivas y de insultos. La carrera era de los azules, ya lo creo, Escorpo podría haber terminado a pie. Pero al galopar triunfalmente con sus tesalienses a toda velocidad por la recta final, una figura pequeña, con una camisa harapienta, saltó la barrera y cruzó corriendo la arena, agitando sus puños insignificantes. Allí estaba, ¡directamente en el camino del carro! Esperando que perdiera su sangre fría y saliera corriendo del paso, Escorpo no tiró de las riendas ni se desvió. El intruso se arrojó sobre las cabezas de los caballos pardos, y luego cayó con un grito bajo sus cascos de hierro. Mientras tanto, los caballos externos se habían espantado y corcoveaban, torciendo el carro de lado. Escorpo fue desarzonado y su casco golpeó el terraplén de mármol, de forma escalofriante. Fue arrastrado por delante de la meta, con una vuelta y cinco cuerpos de ventaja sobre el blanco.

Una barahúnda indescriptible. Escuché mis propios gemidos como si salieran de las tripas de algún otro hombre. Escorpo, ¡nuestro gran Escorpo! ¡Caído al fin con el cráneo destrozado y el cuello roto! La larga comedia había terminado. Lloramos como niños huérfanos.

Bufotilla se desmayó y el veterinario se encargó de ella. Yo me alegré de que se desmayara. Todos pensábamos que era una chica estupenda. Ella y Escorpo iban a casarse en el Año Nuevo. Uno no puede hallar palabras de consuelo en ocasiones como esta…

Más barahúnda. Los jueces estaban señalando la victoria de los azules. Alguien me tiró de la manga.

—¡Has ganado tus noventa y seis piezas de oro! —dijo el filósofo—. Yo renuncio a mi parte. Sería despreciable aprovecharse de la muerte de un hombre.

Estaba hablando sin lógica. Los muertos no ganan carreras, y la decisión de los jueces mostraba claramente que Escorpo había sido arrastrado vivo por la meta. Pero ¿para qué discutir?

—¡Qué dolor! ¡Qué pena! —exclamé, afligido—. ¡Escorpo se ha ido! Aquellos asesinos verdes debían de contar con el de la camisa harapienta para salvar sus apuestas. ¿Un desgraciado suicida, quizá, que había apostado contra Escorpo

demasiadas veces? ¡Pero no puedo creer que un hombre haya podido conseguir saltar por encima de aquella valla sin ayuda!

Precisamente entonces se abrieron las catapultas imperiales y una descarga de vales metálicos se esparcieron como lluvia entre los asientos. Algunos eran para canjear por dinero, desde una sola pieza de oro hasta cien, y otros tenían valores aún mayores, como regalos de granjas, casas, tiendas, propiedades confiscadas por el emperador a nobles desterrados, o que le habían sido legadas en testamentos.

—¡No aguanto más! —exclamó el filósofo con voz chillona—. Mañana regresaré a Miconos, si los bondadosos dioses arreglan mi viaje.

Y que los dioses fueron bondadosos, y mucho, lo demostró una curiosa coincidencia. Un vale golpeó la cabeza de una mujer que estaba sentada detrás nuestro, y rebotó en la falda del filósofo. Le otorgaba «un buque de cincuenta toneladas, el *Buena Fortuna*, por el momento anclado en aguas de Nápoles; garantizado como sólido y bien construido». No está mal como suerte de novato, ¿verdad? ¡Y solo cinco días más tarde un edicto imperial mandó desterrar a todos los filósofos de Roma!

Desde la muerte del emperador Tito no he visto un entierro mejor atendido. El poeta español Marcial escribió una amable endecha: «Que la Victoria tristemente rompa su palma, etcétera, etcétera…». Y también un epitafio que venía a decir que el Destino, envidioso, había contado las victorias de Escorpo y había decidido que a los veintisiete años ya había conseguido las suficientes para toda una vida; entonces tomó sus tijeras y cortó el hilo vital. No soy buen juez de versos, pero admiré el sentimiento.

Talo ha subido al trono de Escorpo y nosotros los azules casi nunca ganamos estos días. Además, las carreras ya no son lo que eran, pues el emperador, por razones inescrutables de estado, ha formado dos bandos nuevos: el morado y el oro. Nuestros preocupados corredores de apuestas nunca saben cómo calcular los puntos de ventaja.

Y además, estoy harto del Coliseo. Mi gladiador favorito, Hermes, dejó el hospital demasiado pronto y le hicieron papilla en el primer espectáculo. ¡No me hable de la Buena Vida! Si las cosas no mejoran pronto, y si me vuelvo más calvo a fuerza de tanta preocupación, estoy casi decidido a navegar yo también hasta Miconos, y allí abrir un pequeño y tranquilo reñidero de gallos.

TREGUA DE NAVIDAD

El joven Stan pasó ayer por casa, más o menos a la hora del té; ¿conoce a mi nieto Stan? Está estudiando en una escuela técnica superior, acaba de cumplir los veinte, y es tan listo como lo era su padre a esa edad. Stan está empeñado en ser dibujante comercial y hacer aquellos carteles grandes de colores que pegan en las vallas. No quiere que le llamen «Stan», dice que resulta «vulgar», y pide que le llamen «Stanley» o nada.

Stan tiene un montón de ideas grandes y nobles; todas ellas pensadas con todo detalle, y cada una con su «lema», como dice él.

Bueno, yo no tengo nada contra las ideas grandes y nobles. Un servidor fue un laborista empedernido durante algún tiempo, hará ya cuarenta años, cuando acabó la guerra del Káiser y los que se habían aprovechado de la guerra empezaron a llenarnos de fango a nosotros, los que habíamos sido los héroes. Pero todo eso ya pasó hace tiempo, y hoy en día el partido laborista se ha vuelto demasiado respetable para mi gusto… Peor que los conservadores, así son la mitad de sus líderes hoy en día, sobre todo los que habían gritado más fuerte cuando coreaban *La bandera roja seguirá ondeando*. Ahora todos son unos santurrones, o son hacendados, eso si no están metidos en la Cámara de los Lores.

Pero en fin, ayer pasó por aquí Stan, para hablar de la marcha antinuclear que van a organizar, cruzando toda Inglaterra hasta la plaza Trafalgar. Y me pregunta si no podría animar a algunos de mis viejos camaradas para que formen un escuadrón especial con una pancarta que diga: «Los Veteranos de la Primera Guerra Mundial protestan por la bomba». Quería que encabezáramos el desfile, con medallas, muletas, sillas de ruedas y todo lo demás.

Me negué en redondo.

—No, señor Stanley —le dije con educación—. Lo siento, pero resulta que no puedo aceptar su amable invitación.

—Pero ¿por qué? —me dice él—. No querrás otra guerra, abuelo, ¿verdad? ¿No querrás que aniquilen la humanidad? Esta vez no se tratará de que mueran unos cuantos tíos con mala suerte, como el tío Arthur en la primera guerra y papá en la segunda… Será toda la humanidad.

—Escucha, jovencito —le contesto yo—, no me fío de nadie que se me ponga a hablar de la humanidad: ni curas, ni políticos, ni nadie. Eso de la «humanidad», bien

mirado, no existe.

—Bien mirado, abuelo —me dice el joven Stan—, sí que existe. La humanidad quiere decir todas las diferentes naciones puestas juntas: nosotros, los rusos, los americanos, los alemanes, los franceses y todos los demás. Si estalla una bomba, el mundo entero se acaba.

—No va a estallar —le digo yo.

—Pero si ya ha estallado dos veces, en Hiroshima y en Nagasaki —me replica—, ¿por qué no ha de estallar otra? El daño será absolutamente definitivo cuando vuelva a estallar.

No quise que Stan dijera la última palabra.

—En aquella guerra anticuada y loca, en la cual perdí un pie —le dije un poco severo—, los *fritzis* usaban gas venenoso. Creían que esto les ayudaría a abrirse camino en Wipers. Pero de alguna manera el frente logró resistir, y nuestras fábricas pronto empezaron a producir la misma porquería apestosa para que también la usáramos contra ellos. Muy bien, ¿y qué me dices de la guerra de Hitler?

—¿Qué hay de la guerra de Hitler? —pregunta Stan.

—Pues verás —le digo yo—, en Inglaterra a todo el mundo le entregaron una máscara que costaba lo suyo, en un estuche la mar de elegante, para protegernos de las bombas de gas venenoso que dejaran caer del cielo: yo, tu padre, tu madre y también tú, que eras un renacuajo. Pero ¿cuántas bombas de gas venenoso tiraron sobre Londres o sobre Berlín? ¡Ni una puñetera bomba! Tanto unos como otros estaban muertos de miedo. El gas venenoso era algo demasiado mortífero. Y no hay en el mercado ninguna máscara que nos pueda proteger contra esta bomba nueva. Así que tampoco van a dejar caer ninguna bomba, te lo digo yo, Stanley, hijo, ¡al menos mientras estemos en este valle de lágrimas! Todo el mundo vuelve a estar muerto de miedo.

—Entonces ¿por qué los dos bandos se dedican a fabricar cantidades de bombas atómicas y las van amontonando? —me pregunta.

—¿Qué sé yo? —le digo—. A no ser que se trate de una forma muy ingeniosa de conseguir que todo el mundo tenga empleo, haciendo creer que hay una guerra en marcha. Entre las bombas, los refugios, los equipos de radar, los portaaviones esos que no pueden hundirse, los satélites, los cohetes que mandan a la luna, y encima el mantenimiento de grandes ejércitos… hoy en día cuesta dos mil libras mantener un soldado en activo, lo leí hace poco. Con toda esa comedia queda asegurado el pleno empleo para todo el mundo, y los hombres de negocios se están frotando las manos.

—Tu razonamiento tiene un fallo muy grande, abuelo. Los rusos no tienen que

preocuparse por el paro.

—No —admito yo—, puede que no. Pero sus políticos y sus comisarios tienen que seguir el cuento de que hay un maligno complot capitalista para quitar de en medio a los pobres trabajadores. Y tienen que demostrar que van en cabeza en la carrera de las armas. Olvídalo, hijo, ¡olvídalo! La humanidad, que es una palabra que usan las señoritas y los tímidos, eso no lo va a aniquilar ninguna bomba atómica.

Stan cambia de táctica y dice:

—Pero, abuelo, nosotros, los ingleses, queremos enseñarles a los rusos que no estamos metidos en ningún complot capitalista. Todos los hombres somos hermanos y yo mismo no tengo nada en contra de mi número opuesto en Moscú, Iván fulano de tal… Esta marcha de protesta es la única forma lógica de demostrarle a ese Iván mi aversión por la propaganda organizada.

—Pero Iván Terribilich no está aquí para verte en la marcha, ni le va a enseñar la «tele» rusa ninguna imagen. Si Iván piensa que eres un maldito capitalista, entonces va a seguir pensando que eres un maldito capitalista… y no se equivocará mucho, en mi opinión. No, Stan, no puedes luchar contra la propaganda organizada con una propaganda de aficionados.

—¿Crees que no, abuelo? —dice Stan—. Tú eres un pesimista profesional. *Tú* no odiabas a los alemanes ni siquiera cuando luchabas contra ellos, a pesar de los periódicos. ¿Y qué me dices de aquella tregua de Navidad?

Bueno, es que un día se lo había comentado, es verdad, pero por lo visto el muchacho había sacado falsas conclusiones y no iba a dejar que yo le pusiera los puntos sobre las íes. Pero, como verán, soy un tipo con suerte; siempre me salvo por eso que llaman «coincidencias», aunque yo no lo llame así, porque siempre me ocurren cuando más falta me hacen. En las trincheras le llamábamos a eso «estar en el bolsillo de Dios». Y efectivamente, oímos un golpe en la puerta, luego un grito, y va y entra mi compañero de los días de rancho y macuto, Green «el Vivales», antes el 301 691, soldado Edward Green del primer batallón del regimiento del Noroeste. Resulta que ha venido a la ciudad en autobús a echar unas copas conmigo, puesto que es sábado por la noche; un viaje de veinte kilómetros, nada menos.

—Llegas en el momento oportuno, Vivales —le digo yo—, igual que aquella otra vez.

Un día liquidó a un oficial *fritz* cuando yo estaba tendido en las afueras del bosque de Delville, con un pie arrancado, y aquel amable *fritz* nos iba librando a los heridos de todo sufrimiento con una pistola automática.

—¿Qué hay de nuevo, Trampas? —me pregunta.

—Cuéntale a este jovenzuelo lo de las *dos* treguas de Navidad —le dije—. Nos quiere reclutar para una marcha a Moscú o no sé adónde.

—Bueno —dice el Vivales—, de momento no veo la relación. Y marchar hacia Moscú no es peor que marchar hacia Berlín, como hicimos tú y yo; aunque no conseguimos avanzar más de unos centenares de metros en los tres años que lo intentamos. Pero, vale, le contaré los hechos, ya que insistes tanto.

Stan escuchó en silencio mientras el Vivales narraba su historia. Yo ya la había oído muchas veces, pero los cuentos del Vivales mejoran a fuerza de repetirlos. Verán, me perdí casi toda aquella primera tregua de Navidad, como ya les explicaré más adelante. Pero llegué a tiempo para la segunda, y vi parte de lo que el Vivales no vio. Y la moraleja que le quería recalcar al joven Stan dependía del hecho de que hubiera *dos* treguas, no una, pues fueron muy distintas la una de la otra.

Me traigo una buena botella de cerveza de la cocina, con un par de vasos —solo dos, porque el joven Stan no bebe cosas tan «ordinarias» como cerveza— y Vivales empieza a contar. Ese Vivales tiene un pico de oro; le he visto tener a todo un público embelesado en Las Tres Plumas desde el momento de abrir las puertas hasta la hora de cerrar, y con el vaso colmado cada diez minutos, gratis.

—Bueno —dice—, la primera tregua fue en mil novecientos catorce, unos tres meses después de empezar la guerra del Káiser. Dicen que lo sugirió el viejo Papa y que el Káiser estuvo de acuerdo, pero que Joffre, el jefe del ejército francés, no daba permiso. Sin embargo, los bávaros, como eran católicos, se esforzaron por conseguir una racha de paz y buena voluntad, y corrieron la voz de que el Papa se iba a salir con la suya. Por consiguiente, aunque no teníamos a los bávaros allí delante nuestro, en Boy Greneer no se disparó un solo tiro en toda la Nochebuena. En aquellos días aún no nos habían repartido bombas Mills, ni morteros de trinchera, ni pistolas Verey, ni cascos de acero, ni bolsas de arena, ni ninguno de esos lujos que vinieron más tarde, y solo teníamos dos ametralladoras por batallón. Las trincheras no eran profundas y el agua te llegaba a las rodillas, así que casi todo el rato teníamos que acurrucarnos encima del escalón de tiro. Sabe Dios cómo seguíamos vivos y sonrientes… No fue ninguna fiesta, ¿verdad, Trampas?, y para colmo ¡el suelo estaba medio congelado!

La Nochebuena, a las siete y media de la tarde, las trincheras enemigas se iluminan de pronto con una hilera de farolitos chinos de colores y se enciende una hoguera en el pueblo, detrás de ellos. Empuñamos las armas, preparados para lo que fuese. Diez minutos más tarde, los *fritzis* empezaron a cantar un villancico que se llama *Estili Naj*. Nuestros muchachos contestaron con *El buen rey Wenceslao*; se habían aprendido la primera estrofa en la murga recogiendo calderilla de puerta en puerta. Por desgracia,

nadie se sabía más de dos estrofas, porque a la murga siempre le echan bronca o dinero antes de llegar a la tercera estrofa.

Entonces un *fritz* con un megáfono va y grita: «¡Feliz Navidad, Wessex!».

Estábamos bajo el mando del capitán Pomeroy. El coronel Baggie estaba de baja por enfermedad, el segundo de a bordo todavía de permiso, y la mayoría de los otros oficiales eran jóvenes tenientes recién salidos de Sandhurst (habíamos recibido un duro golpe a finales de octubre). El capitán era un caballero de pies a cabeza: padre, abuelo y bisabuelo, sirvieron todos en el Wessex. Él le contesta gritando: «¿Quiénes sois?», y ellos dicen que son sajones, como nosotros, de un pueblo que se llama Hully en Sajonia Occidental.

—¿Podría su jefe encontrarse conmigo en tierra de nadie para arreglar una tregua de Navidad? —vuelve a gritar el capitán—. Respetaremos la bandera blanca —les dice.

Eso se arregló, así que el capitán Pomeroy y el oficial *fritz*, que se llamaba teniente Coburg, salieron de sus trincheras y cada uno le dio al otro palabra de honor de que sus tropas no dispararían ni un solo tiro en las próximas veinticuatro horas. El teniente Coburg explicó que su coronel y todos los oficiales superiores habían vuelto al cuartel general del regimiento a descansar. Por lo visto, les gustaba tener las botas limpias y las manos calientes; no eran como nuestros oficiales.

El capitán Pomeroy volvió, más contento que un niño con zapatos nuevos, y dijo:

—La tregua empieza al amanecer, Wessex, pero mientras tanto nos quedamos en las trincheras. Si alguno de vosotros se atreve a romper la tregua mañana —dice— le mataré yo mismo, porque le he dado mi palabra a aquel oficial alemán. De todos modos, andad con cuidado y no soltéis vuestros fusiles.

Eso nos iba bien; ¡con qué gusto íbamos a salir de aquellos malditos escalones de tiro y estirar las piernas! Así que aquella noche les dimos una serenata con un montón de canciones, como *¡Quiero irme a casa!, La tapa de la olla* y la que decía «El viejo Von Kluck tenía muchos hombres», y ellos nos dieron otra con *Deutschland über alles* y canciones acompañadas con la concertina.

Rascamos el fango de las polainas y les sacamos brillo a nuestros botones para dar una imagen un poco más militar al día siguiente. Mientras tanto, el capitán Pomeroy vuelve a salir con su linterna y organiza un partido de fútbol de Navidad: saque inicial a las diez y media, seguido a las dos de la tarde de un funeral por los muertos que no se habían podido recoger por estar demasiado cerca de las trincheras del lado opuesto.

—¡Fuera de las trincheras y buena suerte! —grita el capitán a las ocho de la mañana, como si estuviera dirigiendo un ataque.

Salimos y nos quedamos allí, un poco cohibidos, claro, esperando a los *fritzis*. Ellos avanzaron para encontrarse con nosotros, gritando, y cinco minutos más tarde allí nos tienes…

Navidad fue un día un poco raro, de los más raros que he pasado. Codeándonos con los alemanes, ya me entiendes, intercambiando pitillos y ron y botones por coñac, cigarros y recuerdos. El teniente Coburg y algunos de los *fritzis* hablaban inglés, pero ninguno de nosotros dábamos pie con bola en su lengua.

La tierra de nadie nos había parecido tener diez kilómetros de ancho cuando los que hacíamos la patrulla nocturna nos arrastrábamos por allí, pero ahora vimos que no tenía más anchura que dos campos de fútbol. Nosotros proporcionamos el balón y colocamos camillas para hacer de porterías, y el reverendo Jolly, nuestro capellán, hizo de árbitro. Nos ganaron por tres a dos, pero es que el capellán mostró demasiada caridad cristiana: el extremo izquierdo alemán marcó el gol definitivo cuando estaba totalmente fuera de juego y así lo admitió en cuanto sonó el silbato. Y nosotros, los espectadores, estábamos esparcidos por la línea lateral, casi en doble fila, con los fusiles al hombro.

Celebramos la comida de Navidad cada uno en sus trincheras, y un corneta alemán nos dedicó un toque de fajina con la misma tonadilla que la nuestra. Al capitán Pomeroy le invitaron al otro lado, pero no le pareció bien aceptar. De pronto, uno de nuestros centinelas, el hijo de un granjero, ve una liebre corriendo por la línea divisoria. Da un grito de «¡liebre a la vista!» y todo el mundo se agolpa en el parapeto y sale fuera trepando, y echa a correr hacia adelante para atraparla. Los *fritzis* hacen lo mismo. En Alemania no saben lo que son los perros lebreles; siempre matan a las liebres con pistolas. Pero contra esta no podían disparar, a causa de la tregua, así que se volvieron lebreles, como nosotros. El joven Totty Fahy y un cabo sajón juntos intentaron agarrar la liebre cuando la vieron dar media vuelta y correr hacia ellos. Totty la coge por las piernas delanteras y el cabo por las traseras, y los dos a una caen encima del animal.

El capitán Pomeroy parecía un poco preocupado por temor a una disputa sobre quién había cogido la liebre, ¡pero te hubieras tronchado de risa si llegas a ver cómo el joven Totty y el *fritz*, con toda educación, intentaron forzar el uno al otro a aceptar el animal muerto! Entonces, el teniente y el capitán se reúnen y el capitán dice: «Que tiren una moneda al aire». Pero el teniente contesta: «Me temo que nuestros hombres quizá no lo entiendan. Nosotros sacamos una pajita». Así que cogieron unas briznas marchitas de hierba, y Totty sacó la larga. Totty pertenecía a nuestra sección y aquella noche guisamos la liebre con patatas en una gran cazuela de hierro que pedimos

prestada a una granja, pero Totty le dio al *fritz* un par de latas de carne y también el pellejo. ¡Qué guiso tan rico!

Los llamábamos *fritzis* en aquellos días. Más adelante les llamamos *jerries* porque sus cascos de acero parecían orinales. Aquellos cascos con puntas que se llamaban *Pickelhaubes* aún estaban en vigor en mil novecientos catorce, pero solo para los desfiles. En las trincheras llevaban gorras; como las nuestras, pero grises, y por encima eran blandas. Lo que más querían nuestros muchachos eran *Pickelhaubes* para llevarlos a sus novias cuando volvieran de permiso a casa, pero el teniente Coburg dijo que lo sentía, que todos los *Pickelhaubes* estaban almacenados detrás de las líneas. Tendrían que contentarse con hebillas de cinturón.

El general French estaba al mando de las fuerzas expedicionarias británicas por aquel entonces; un sujeto hecho y derecho. Después dijo que si le hubieran consultado lo de la tregua habría dicho que sí por razones de caballerosidad. Seguramente, pensaría que fuera cual fuese el lado que saliera ganando, nosotros o los alemanes, una tregua de Navidad ayudaría considerablemente a la hora de firmar un buen tratado de paz al acabar la guerra. Pero en el alto mando del Káiser eran casi todos prusianos, y el teniente Coburg nos dijo que los prusianos estaban en contra de la tregua, porque no encajaba con sus ideas de «terrorismo», y aunque había otros batallones que estaban fraternizando con los *fritzis* a todo lo largo del frente —eso nosotros no lo sabíamos—, los prusianos no querían saber nada de treguas. Ni tampoco algunos de los regimientos ingleses, por ejemplo los East Lancashires en nuestro flanco derecho y los Foresters de Sherwood a nuestra izquierda; cuando los *fritzis* salieron con sus banderas blancas, estos dispararon por encima de sus cabezas y los echaron atrás. Pero no se metieron con nuestra fiesta. Fue peor en el frente francés, pues aquellos franchutes ametrallaron todos los festejos de «Felices Pascuas»… Claro que los franceses son más dados a las celebraciones de fin de año que a las de Navidad.

Lo que fue una sorpresa fueron los dos barriles de cerveza que los *fritzis* nos mandaron rodando desde la cervecería que tenían justo detrás de la línea del frente. No me dice nada la cerveza francesa, pero al menos esta no estaba aguada como la que nos habían vendido a las tropas inglesas en las tabernas. Los espitamos en la tierra de nadie y los *fritzis* espitaron dos más de los suyos.

Cuando llegó la hora de los brindis, el capitán dijo que quería dejar la política a un lado. Así que salió con un «Por las esposas y las novias», y el teniente aceptó. Luego el teniente propuso: «¡Por el rey!», y el capitán aceptó. En aquellos días también había un rey de Sajonia, ¿comprendes?, además del rey de Inglaterra, y no mencionaron ningún nombre. El tercer brindis fue: «¡Para que pronto tengamos la Paz!», y cada

bando lo podía interpretar como su propia victoria.

Después de la comida vino el funeral; los *fritzis* enterraron a sus muertos en su lado de la línea divisoria y nosotros en el nuestro. Pero cavamos las fosas tan cerca unas de otras que un oficio de difuntos valió para los dos. Los sajones no llevaban capellán, pero como eran protestantes, el reverendo Jolly leyó el oficio y un estudiante alemán de teología hizo de traductor. El capitán Pomeroy mandó venir los tambores y nos ordenó hacer aquel desfile con todo detalle: marcha lenta, armas a la funerala, tambores amortiguados, bandera del Reino Unido y todo.

Una hora antes del anochecer, un *fritz* de cara extraña que se llamaba Putzi trajo una mesa de tijera. Hablaba el inglés como un yanqui. Dijo que había estado en el circo Ringling, allá en los Estados Unidos. Nos llamaba «tíos» y nos dio un fin de fiesta en toda regla, con juegos de manos y malabarismos, y con la cara pintada como un payaso de verdad. ¡En tu vida has oído un aplauso como el que le dedicamos a *Herr* Putzi!

Luego, nuestro general de brigada, el muy canalla, que estaba que reventaba de pavo y pastel de Navidad y tartas de frutas secas, ¡decide venir a visitar nuestras trincheras para desearnos felices Pascuas! Al capitán Pomeroy le sopló la noticia nuestro Trampas, que estaba prestando servicios auxiliares en el cuartel general del batallón. Trampas llegó por los pelos, corriendo como alma que lleva el diablo por el espacio abierto, y dijo jadeando:

—Mi capitán, llega el general de brigada, señor, ¡pero ninguno de nosotros ha dejado caer lo de la tregua!

El capitán Pomeroy nos reúne en seguida. «¡Despejen, Wessex!», nos grita. Cinco minutos más tarde, el general de brigada llega hecho una cuba por la trinchera de comunicación, con la cabeza baja. El capitán intenta hacerle saber al teniente Coburg lo que está ocurriendo, pero el teniente ha vuelto a buscar unos guantes de lana como recuerdo. El capitán no sabe hablar alemán, y además los *fritzis* están tan embelesados mirando el espectáculo de Putzi que no quieren escuchar. Así que el capitán Pomeroy me grita:

—Soldado Green, corra por el sector y ordene a los jefes de sección, de mi parte, que disparen tres ráfagas sobre las cabezas de los enemigos.

Y así lo hice, y cuando apareció el general de brigada no había ni un *fritz* a la vista.

El general de brigada, al que llamábamos Cara de Juez, llega lleno de jovialidad navideña.

—Me ha alegrado mucho —nos dice— oír esa descarga de los Wessex, Pomeroy.

De otros sectores del frente han llegado rumores de fraternización. ¡Malo! ¡Qué vergüenza! ¡No se puede interrumpir la guerra por la libertad solo porque sea Navidad! ¿Tiene algo que comunicar?

El capitán Pomeroy no se inmuta. Va y le dice:

—Nuestros centinelas informan de que el enemigo ha colocado una mesa de tijera en la tierra de nadie, señor. Esto es bastante raro, señor. Parece ser que encima hay una pecera llena de peces de colores.

Le dio una patadita al capellán, y el capellán mantuvo la boca cerrada.

Cara de Juez se quita el sombrero de lata, saca sus prismáticos y con mucho cuidado se asoma para observar por encima del parapeto.

—Pues sí que son peces de colores, ¡vaya si lo son! —grita—. ¿Qué nuevo truco diabólico se inventarán ahora los alemanes? Envíe una patrulla esta noche a investigar.

—Muy bien, señor —le dice el capitán.

Entonces Cara de Juez descubre otra cosa: es el teniente Coburg paseando a descubierto entre su reserva y la línea del frente, y lleva los guantes de lana.

—¡Qué desfachatez! Fíjese en aquel oficial alemán, ¡qué chulo él! Corre, ¡aquí tienes tu rifle, muchacho! ¡Mátalo a quemarropa!

Por lo visto, el teniente Coburg debió de pensar que las ráfagas venían de los Foresters en nuestro flanco, pero ahora se para de pronto en seco y mira la tierra de nadie y se pregunta dónde se ha metido todo el mundo.

Cara de Juez me mete el rifle en la mano.

—Vigila la puntería —me dice—; acaricia el gatillo, ¡no lo aprietes!

Apunté bien por encima de la cabeza del teniente, y disparé tres ráfagas rápidas.

El teniente se tambaleó y se tiró de cabeza en el cráter de bomba más próximo.

—Enhorabuena —exclamó Cara de Juez, eructándome el coñac en la cara—. ¡Una muesca más que te apuntas en la culata de tu rifle! Pero ¡habrase visto descaro! ¡Supongo que se sentiría seguro porque era el día de Navidad! ¡Ja, ja!

No le había traído al capitán Pomeroy ningún regalo de *whisky*, ni cigarros, ni nada de nada; era un asqueroso avaro, eso es lo que era. Pero finalmente los *fritzis* se percataron de lo que pasaba, y sus ametralladoras empezaron a abrir fuego cruzado de un lado a otro, toc-toc-toc, a unos tres pies por encima de nuestras trincheras. En vista de ello, el general de brigada echó a correr hacia su puesto con tantas prisas que tropezó con el cable del teléfono y cayó de bruces en el fango. Fue su primera y última visita a la línea del frente.

Media hora más tarde colocamos un cartel de CESE EL FUEGO. Esta vez, nosotros y los *fritzis* nos hacemos mucho más amiguetes que antes. Pero el teniente Coburg

sugiere que será mejor callar la boca sobre lo del festejo. Dice que podría llegarle un soplo al estado mayor y armarse un jaleo. El capitán Pomeroy está conforme. Entonces, el teniente nos avisa de que a los guardias prusianos les corresponde relevar a sus sajones el día después de San Esteban.

—Sugiero que continuemos la tregua hasta entonces, pero dejando a un lado la fraternización —dice. El capitán Pomeroy vuelve a estar conforme. Acepta los guantes de lana de Shetland. Entonces le pregunta si, como un gran favor, a los Wessex se les podría permitir capturar la pecera, para tener contento al general de brigada. *Herr* Putzi no se alegra demasiado, pero el capitán Pomeroy le paga con un soberano de oro y Putzi va y dice:

—Por favor, por lo que más quiera, ¡no olvide cambiarles el agua!

Vete a saber qué conclusión sacarían los del servicio de información sobre aquellos pececitos cuando los mandaron al cuartel general del cuerpo, instalado en una lujosa fábrica secreta francesa… Supongo que alguien saldría con la idea de que los peces tienen alguna utilidad en las trincheras, como los canarios que se bajan a las minas de carbón.

Entonces el capitán Pomeroy le dice al teniente:

—Por lo que yo veo, Coburg, en este frente vamos a seguir en punto muerto durante un año o más. No se puede romper nuestro frente, ni siquiera con una concentración de ametralladoras; ni tampoco podemos nosotros romper el vuestro. Escuche bien lo que le voy a decir: la próxima Navidad nuestro Wessex y sus sajones occidentales aún estarán aquí pudriéndose… o lo que quede de ellos.

El teniente no estaba de acuerdo, pero no discutió. Le contestó:

—En este caso, Pomeroy, espero que los dos sobrevivamos para podernos encontrar de nuevo en este acontecimiento festivo, y que nuestras tropas demuestren el mismo espíritu de caballerosidad que han demostrado hoy.

—Me alegrará mucho poderlo hacer —dijo el capitán—, si no acaban conmigo antes.

Se dieron la mano para sellar el pacto y la tregua continuó durante todo el día de San Esteban. Pero nadie salió a la tierra de nadie, excepto por la noche, para reforzar el alambre que habían pisoteado durante los festejos. Y claro, no podíamos impedir que dispararan nuestros artilleros; ni tampoco los sajones podían prohibírselo a los suyos. Cuando llegaron los guardias prusianos, volvió a reanudarse la guerra; en tres días, cincuenta bajas, incluyendo al joven Totty, que perdió un brazo.

Mientras tanto había ocurrido una cosa muy divertida: los gorriones husmearon lo de la tregua y empezaron a bajar a nuestras trincheras para comerse las migas de las

galletas. Yo conté más de cincuenta en una sola bandada el día de San Esteban.

Las únicas personas que se opusieron con fuerza a la tregua, aparte del general de brigada y unos cuantos más como él, fueron las chicas francesas. No quisieron saber nada de nosotros durante algún tiempo cuando volvimos a los alojamientos. Decían que nosotros éramos *no bon* y *bocú camarade* con los *allemands*.

Stan había escuchado esta narración con ojos como luceros.

—Exactamente —dijo—. No había ningún sentimiento de odio entre los individuos que componían los ejércitos opuestos. El odio se lo montaron los periódicos. El año pasado, como recordarás, tomé parte en el Rally de Juventudes de Nuremberg. Había dos muchachos más cuyos padres habían muerto en la última guerra, igual que el mío, y compartíamos la misma tienda de campaña con cuatro huérfanos de guerra alemanes. Eran unos muchachos estupendos.

—Bueno, hijo —le dije, cogiendo el hilo donde lo había dejado el Vivales—, yo no llegué a ver aquella primera tregua de Navidad gracias a una bala fría que se me metió en el hombro y se me atascó bajo la piel; el médico me la sacó y me dio de baja hasta que se curase la herida. Durante un mes no pude llevar mochila, y tal como te ha contado el Vivales, me tocó prestar servicios auxiliares en el cuartel general del batallón y me perdí la diversión. Pero la segunda tregua de Navidad, bueno, eso fue algo aparte. Para entonces yo ya era sargento de sección al mando de unos veinte hombres que se habían alistado hasta el término de la guerra, algunos buenos, otros un mal negocio por parte de Su Majestad.

Habíamos aprendido mucho sobre la vida en las trincheras durante aquel año; por ejemplo, cómo hacer el drenaje de las trincheras y construir refugios subterráneos. Frente a nosotros teníamos alambradas de cinco metros de espesor, y periscopios y puestos de escucha en las bocas de las zapas, y también morteros de trinchera y granadas de rifle, y unas placas de acero con aspilleras para disparar protegidos.

Ahora te contaré lo que pasó, y mi amigo el Vivales te dirá lo mismo. Las órdenes para el batallón pasaban por las trincheras hasta el cuartel general cada noche, y el oficial jefe era ahora el teniente coronel Pomeroy, con medalla por conducta distinguida. Había subido de rango por el trabajo que hizo al rehacer el batallón cuando aquella gran mina alemana hizo volar en pedazos la compañía C y los *fritzis* la remataron con bombas y bayonetas. Pero resulta que cuando envió las órdenes dos días antes de Navidad de 1915, el coronel Pomeroy, «accidentalmente», omitió decirle a su ayudante que incluyera el «Aviso oficial a todas las fuerzas» del general *sir*

Douglas Haig. Haig era nuestro nuevo jefe supremo. Siempre se habla de él en el Día de los Caídos, ¡caídos a los que él mismo empujó, en su mayoría! Había hecho uso de su influencia con el rey Jorge para que pusieran de patitas en la calle al general French y le instalaran a él en su puesto. Su «Aviso» venía a decir que cualquier hombre que intentara fraternizar con los enemigos de Su Majestad, so pretexto de que era Navidad, podía ser sometido a consejo de guerra y fusilado. Pero el coronel Pomeroy jamás quebrantaba su palabra, aunque pudieran colgarle por ello, y aquí le teníamos a orillas del canal de La Bassée, y delante de nosotros, ¡nada menos que los mismos sajones occidentales del pueblo de Hully!

El coronel sabía quiénes eran porque con un golpe de cachiporra habíamos apresado a uno de ellos en una escaramuza, al patrullar por allí dos noches antes, y después de que el médico le enyesara la cabeza, enviaron al tipo al cuartel general del batallón con una escolta (que éramos yo y otro hombre). El coronel le interrogó, con la ayuda de un intérprete, sobre la geografía de las trincheras alemanas: dónde guardaban aquel maldito mortero, cómo y cuándo llegaban las expediciones con los racionamientos, y cosas así. Pero aquel *fritz* no soltaba prenda; dijo que cuando le pegaron con una cachiporra había perdido la memoria. Así que al final el coronel comentó en inglés:

—Muy bien, pues, eso será todo. Por cierto, ¿está vivo aún el teniente Coburg?

—¡Oh, sí! —dice el *fritz*, poniéndose a hablar en inglés, pillado por sorpresa—. Recibió un par de heridas, pero ya está de vuelta. Ahora es comandante, y está al mando de nuestro cuerpo.

Entonces, de pronto cae en la cuenta y dice:

—Maldita sea, ¿no es usted el oficial Wessex que hizo de Santa Claus el año pasado y arregló la tregua?

—Lo soy —contesta el coronel—, ¡y tú eres Putzi Cohen, el ilusionista, a quien le compré una vez una pecera! ¡Qué pequeña es la guerra!

Por esto, ¿comprendes?, el coronel no había hecho circular el aviso de Haig. Aún quedábamos unos ochenta de los perros viejos, la mayoría remendones, cocineros, tambores, transportistas o heridos reincorporados. La noticia voló y todos se volcaron sobre Putzi, le estrecharon la mano y le preguntaron si no podría hacerles otra demostración de juegos de mano. Él va y les dice:

—¡Preguntadle al coronel Santa Claus! Aún está dando de comer a mis pececitos.

Yo había sido el escolta de Putzi, y antes le había aporreado y le había hecho comparecer ante los nuestros, pero no le reconocí ni por un instante sin su maquillaje; no le reconocí hasta que se puso a hablar en su extraño inglés yanqui.

El coronel vuelve a llamar a Putzi y dice:

—Me parece que usted no está en condiciones de viajar. Voy a retenerle aquí, como caso clínico, hasta después de Navidad.

Putzi se pegó la gran vida durante los dos días siguientes, y nos montó una función cada noche, casi siempre a base de trucos con cartas, porque no tenía accesorios. Llegó la Nochebuena y un sargento del regimiento de Norfolk, que volvía a estar en nuestro flanco derecho, me comentó que era una lástima que Haig «el Austero» hubiese aguado la fiesta de Navidad.

—Ahora me entero —digo yo— y además, compañero, prefiero no enterarme, ¿entiendes? Al menos oficialmente.

No acababa de cerrar la boca cuando los sajones esos sacan de nuevo sus farolillos chinos y empiezan a cantar *Estili Naj*. Y además, en todo el día no habían disparado ni un solo tiro.

Pronto empieza a correr esta noticia por las trincheras: «Órdenes del coronel: de ahora en adelante, nada de disparos sin permiso del oficial».

A la mañana siguiente, después del «Todos a sus puestos», al clarear el día, el coronel Pomeroy sale de la trinchera con un pañuelo blanco en la mano, se abre paso entre nuestras alambradas y se detiene a medio camino de la tierra de nadie. «¡Felices Pascuas, sajones!», grita. Pero el comandante Coburg ya había avanzado hacia él. Se saludan y se dan la mano. ¡Había que ver cuántos vivas se oyeron!

—¡Quédense en sus trincheras, Wessex! —gritó el coronel por encima del hombro. Y el comandante dio la misma orden a los suyos.

Después de charlar un poco, decidieron que a todos los muchachos que habían estado en la fiesta de mil novecientos catorce se les permitiría salir de las trincheras, pero a los demás no; solo podían fiarse de los que éramos soldados regulares. Verás, es que los regulares conocen las reglas de la guerra y no se dejan llenar la cabeza de política ni de propaganda; aquellos tipos voluntarios nos daban náuseas a veces con su patriotismo y sus grandes aires de burla, y su odio por el «enemigo teutónico», como llamaba a los *fritzis* uno de ellos.

Salieron dos veces más sajones que hombres de Wessex. Teníamos órdenes estrictas de no discutir ningún asunto militar, aunque de todos modos ninguno de nosotros se había dedicado a estudiar el alemán desde la última fiesta. El fútbol quedaba descartado porque los cráteres de explosión estaban casi pegados unos a otros y había muchas alambradas, pero volvimos a entendernos bien con señas y un poco de francés de café, y empezamos a intercambiar cigarrillos, bebida y botones. Sin embargo, el coronel no quiso que les diéramos ninguna insignia. Desde luego, no

nos sentíamos tan amigos como la otra vez. Demasiados de los nuestros y de los suyos habían estirado la pata aquel año, y además las trincheras no estaban inundadas como la primera vez.

Organizamos tres combates de boxeo: peso medio, welter y ligero; ganamos el welter y el ligero por K. O., y perdimos el peso medio por puntos. El coronel Pomeroy dejó a Putzi libre bajo palabra, y Putzi nos dio un espectáculo aún más bonito que el anterior, porque el comandante Coburg había mandado traer su maquillaje y sus accesorios. Esta vez usó un loro en lugar de los pececitos.

Después de comer, al ver que ya no teníamos mucho más que contarles a los *fritzis* ni nada que intercambiar, los oficiales decidieron levantar velas antes de que nos metiésemos todos en un lío. Los de Norfolk habían prometido no disparar, y el flanco izquierdo quedaba escondido por la ribera del canal. Mientras aquellos dos estaban entretenidos discutiendo cuánto tenía que durar la tregua sin disparar, de pronto se nos volvió a encender el espíritu navideño. Nosotros y los *fritzis*, casi sin darnos cuenta, nos dimos las manos formando un círculo alrededor de los dos hombres; los Wessex y los sajones occidentales ya todos mezclados bailábamos dando vueltas, primero hacia un lado, luego hacia el otro, entrando y saliendo de los cráteres al compás de una canción de corro. Entonces, uno de nuestros oficiales señaló al comandante Coburg y algunos de nuestros hombres lo alzaron en hombros y todos cantamos *Es un muchacho excelente*. Y los *fritzis* también subieron a nuestro coronel en hombros y cantaron *Jok Sole liben* o algo así… Nuestro sargento mayor sacó una foto de aquella escena, ¡lástima que se lo cargaran antes de revelarla!

Lo que os voy a contar ahora me lo contó a mí *Relámpago* Collins, un veterano soldado de mi sección. Dice que había estado tan cerca del coronel y del comandante que pudo oír la conversación que tuvieron durante el combate de los pesos medios, cuando creían que nadie les estaba escuchando. El coronel dice:

—Yo le profeticé, el año pasado, que aún estaríamos aquí estas Navidades, o al menos lo que quedara de nosotros. Y ahora vuelvo a decirle que aún estaremos aquí las Navidades próximas, y también las siguientes. Si no acaban con nosotros, y de eso tenemos una posibilidad entre diez. Además, las Navidades próximas ya no habrá más diversiones ni juegos, ni fraternizaciones. Dudo mucho que yo escape de este acto de insubordinación sin castigo, pero soy un hombre de palabra, como lo es usted, y los dos hemos mantenido lo pactado.

—Oh, sí, coronel —dice el comandante—. Yo también tendré suerte si no me hacen comparecer ante un consejo de guerra. Nuestras órdenes eran tan severas como las suyas.

Y se echaron a reír juntos, como dos cuervos.

Putzi era el hombre más envidiado de toda Francia aquel día, pues se iba a un campamento de prisioneros en Inglaterra, protegido por escoltas. Y el coronel le dijo al comandante:

—Le felicito por aquel soldado. ¡No quiso delatar nada!

A las cuatro en punto nos retiramos, pero los dos oficiales aguardaron un poco más para asegurarse de que todo el mundo había vuelto a su puesto. ¡Pero no creas, Stan, hijo, que aquí se acaba la historia! Yo tenía un tipo en mi pelotón que se llamaba Gitano Smith, un soldado sucio y de cara morena, un asesino. Había estado mirando cómo nos divertíamos desde la boca de la zapa más próxima, y en cuanto el comandante hubo dado media vuelta, Gitano apuntó a su cabeza y le tumbó.

La primera noticia que tuve del hecho fue un grito de rabia de todos los que estaban a mi alrededor. Veo al coronel Pomeroy correr hacia el comandante, gritando para que vinieran los camilleros. Aquellos *fritzis* debieron de pensar que se trataba de un trabajo premeditado, porque cuando nuestros camilleros salieron de la trinchera empezaron a tirotearles y le dieron a uno en la pierna. Su compañero se volvió atrás.

El coronel se quedó solo en tierra de nadie. Caminó con paso tranquilo hasta las trincheras alemanas, con las manos en los bolsillos; tenía demasiado orgullo como para colocárselas sobre la cabeza. Un par de *fritzis* le dispararon, pero los dos fallaron. Se detuvo junto a la alambrada alemana y gritó:

—Sajones, mis hombres tenían órdenes estrictas de no disparar. Algún cobarde ha desobedecido. Por favor, ¡ayudadme a llevar el cuerpo del comandante a vuestras trincheras! Luego podéis disparar sobre mí, si queréis, porque yo di palabra de honor de que no habría tiros.

Los *fritzis* comprendieron e hicieron salir a sus camilleros. Se llevaron el cuerpo del comandante por un sendero retorcido que atravesaba la alambrada, y el coronel Pomeroy les siguió. Un oficial alemán le vendó los ojos al coronel en cuanto entró en la trinchera, y nosotros esperamos sin disparar un solo tiro para ver lo que iba a ocurrir a continuación. Eso fue alrededor de las cuatro, y no pasó nada hasta el segundo turno de guardia. Entonces vemos una linterna que hace señas, y acto seguido vuelve el coronel, tan campante.

Nos dice que, por suerte, el disparo de Gitano no había matado al comandante; solo le había señalado el cuero cabelludo y le había dejado sin sentido. Al cabo de seis horas había vuelto en sí, y cuando vio al coronel esperando allí, ordenó su libertad inmediata. Se habían vuelto a dar la mano y se habían dicho: «¡Hasta después de la guerra!», y el comandante le había dado al coronel su linterna.

Aquí ya casi se acaba la historia, pero no del todo. Se propagó la noticia de la tregua y el general Haig ordenó primero una investigación y luego un consejo de guerra contra el coronel Pomeroy. Claro que no le fusilaron, pero le dieron una buena reprimenda y perdió cinco años de antigüedad. Y no es que eso importara porque luego le mataron de un disparo entre ceja y ceja en el jaleo del bosque de Delville en mil novecientos dieciséis, donde yo perdí mi pie.

Y en cuanto a Gitano Smith, dijo que estaba obedeciendo las órdenes estrictas de Haig de no fraternizar y además se sentía obligado a vengar a un hermano suyo que perdió la vida en Loos. «Sangre por sangre —dijo— es nuestro dicho gitano». Así que no pudimos hacer nada más que demostrarle lo que pensábamos de él tratándole como la porquería que era. Y no duró mucho. Mandé regresar a Gitano con los del racionamiento la noche de San Esteban. Aún seguíamos observando la tregua con los sajones, pero una vez más sus artilleros no quisieron saber nada, y frente a la choza del furriel le volaron el trasero con un trozo de granada. Murió en el tren hospital; lo que oyes.

Ah, se me olvidaba decirte que aquellas Navidades no vinieron los gorriones a comerse las migas de galleta. Todos los pájaros habían desaparecido meses antes.

Cada año, aquella guerra se ponía más fea. Antes de acabar, casi tres años más tarde, solo por aquel batallón debieron de pasar unos diez mil oficiales y soldados, y el batallón nunca tenía más potencia que la de quinientos rifles. En mil novecientos dieciséis, yo ya había recibido tres heridas; algunos tipos llegaron a tener seis antes de que acabara. Solo nuestro Vivales, aquí presente, salió sin un solo rasguño. Así fue como le pusieron este apodo, porque siempre salía vivo, esquivando la bala que llevaba marcados su nombre y su número. Cuando llegó el armisticio estábamos en Mons, donde habíamos empezado. Se hablaba de «colgar al Káiser», pero finalmente decidieron ponerle a partir leña en Holanda. Al resto de los *fritzis* les dieron su merecido con el tratado de paz. Pero les dejaron rearmarse a tiempo para una segunda guerra, la guerra de Hitler, y así fue como mataron a tu padre. Después de la guerra de Hitler, habría habido una tercera guerra, más o menos ahora, que te hubiera pillado a ti, Stan, hijo mío, si no llega a ser por aquella bendita bomba contra la cual tú quieres que yo haga una marcha de protesta.

Escúchame bien, hijo: si dos caballeros chapados a la antigua como el coronel Pomeroy y el comandante Coburg (nunca he vuelto a oír hablar de él, pero supongo que no debió de sobrevivir, con las agallas que tenía), si dos hombres de verdad como estos no tenían esperanzas de que hubiese una tercera tregua de Navidad en los días en que la «humanidad», como lo llamas tú, aún estaba un poquito civilizada, dime, ¿qué

puedes esperar ahora?

Solo el miedo puede conservar la paz —le dije—. Las Naciones Unidas parecen un chiste, y tú lo sabes. Así que agradece a tu angelito de la guarda que los rusos tengan bombas H y que los yanquis tengan bombas H, a montones, las suficientes para hacer volar tu «humanidad», y que todo el mundo se tenga respeto por igual, aunque no lleguen a trabar amistad.

Me paré, quedándome sin aliento, y el Vivales le tomó la mano a Stan.

—Tú sabes lo que te conviene a ti, muchacho —le dijo—. Así que no escuches a tu abuelo. ¡No dejes que te convenza en contra de tus creencias! Es uno de los Viejos Valientes, pero no por eso sabe más que tú ni más que yo.

MIS MEJORES NAVIDADES

—Aquella Navidad aún vivía la reina Victoria, y yo tenía cuatro años y medio.

—¿Quién era exactamente la reina Victoria? ¿La abuela de la reina Isabel?

—No: su tatarabuela.

—¡Guau! ¿Y te acuerdas de ella?

—Sí: una anciana gorda vestida de negro que paseaba por el Parque con una escolta de Guardaespaldas. Iba en un carruaje abierto tirado por dos espléndidos caballos grises de porte elegante mientras la banda tocaba: «Abran paso, abran paso, a los alborotadores».

—¿Un carruaje?

—Sí: en aquella época no había coches. Las calles estaban adoquinadas, y tan sucias de excrementos de caballo y barro que todo el mundo llevaba botas. Los niños pobres de cara mugrienta barrían los cruces con escobones y luego pedían medio penique de limosna. A veces hacían la rueda para llamar la atención.

—¡Guau! ¡Qué viejo eres! Y ¿dónde pasaste esas Navidades?

—En casa, cerca de Wimbledon Common. Un caserío con veinticinco habitaciones y una carbonera. Pero no había luz eléctrica ni ascensor, y tampoco aspiradora ni nevera ni radio ni televisor. Solo teníamos unas lámparas de gas que daban poca luz, estufas de carbón y un piano de cola.

—¿Se habían inventado los árboles de Navidad?

—Sí, el marido de la reina Victoria, el príncipe Alberto el Bueno, los importó de Alemania… Solíamos montar uno muy grande en el salón. Las mismas bolas de cristal tintado nos servían de decoración año tras año; nunca se rompían. En aquellos tiempos las cosas se hacían más resistentes, y la gente las trataba con más cuidado… Los niños siempre esperábamos fuera, en el pasillo oscuro y frío, durante una hora por lo menos, y contábamos historias de miedo mientras madre y padre adornaban el árbol y repartían los regalos.

—¿Los colgabais del árbol?

—No: a cada uno de nosotros nos tocaba una silla, un sofá o una mesita baja, cubierta con un paño de lino blanco, y los regalos se colocaban encima. Pero cuando por fin se abría la puerta y entrábamos a la carrera y el árbol resplandecía ante nosotros como el Jardín del Paraíso Engalanado, primero teníamos que darnos la mano y cantar: «*Adeste Fideles*». Madre nos acompañaba tocando el piano y apretaba

el pedal del volumen hasta el fondo. A los pies del árbol había un pesebre: con san José y la Virgen y el Niño Jesús, y la mula y el buey, y los tres Reyes Magos. Aquella Navidad, Papá Noel llamó a la puerta acristalada que daba al jardín y entró en el salón. Nos saludó con la mano y nos dijo que sus renos estaban amarrados en la puerta del «Swan», al otro lado de la calle, y nos deseó una feliz Navidad. Se quejó tanto del frío, que mi padre le sirvió una copa de licor de cerezas. Papá Noel se la bebió haciendo mucho ruido y después volvió a perderse en la espesa niebla mientras gritaba: «¡Hasta el siglo que viene!». Por eso estoy seguro de la fecha exacta: ¡1899!

—Cuéntame qué te regalaron.

—Me regalaron una cajita de música que tocaba «Hogar, dulce hogar» y dos cajas de soldados (los Fusileros Reales y el Cuerpo de Camellos egipcio) y un casco de juguete y un tambor también de juguete. También un libro de oraciones con la tapa de cuero marroquí en color rojo y un bloc de dibujo y un caballo de cuerda.

—Te lo estás inventando, ¿verdad?

—No. Me acuerdo de la lista porque poco después me ingresaron en un hospital donde curaban la fiebre escarlata y mi madre mandó quemar casi todos mis juguetes. El médico decía que podían ser contagiosos para el bebé. Pero mi hermana preferida escondió el casco y el tambor en el cobertizo de las herramientas y se dedicaba a jugar con ellos, apenada, cuando la niñera no la veía.

—¿Creías en Papá Noel?

—Sí, hasta la Navidad de la Confusión (luego te lo cuento), aunque calzaba las mismas botas que el tío Charles. Pero en aquella época no se le daba tanto bombo como hacen hoy en día con la publicidad. La Navidad no era solo diversión y juegos. Era el «cumpleaños de Jesús», por eso nos hacíamos regalos. Era un día para dar gracias a Dios y ser especialmente bueno con los demás. Rompíamos la hucha para esos regalos. Recuerdo que siempre comprábamos jabón aromático a 2 peniques la pastilla para la cocinera y la sirvienta… En aquellos tiempos nos daban un penique a la semana, más las propinas ocasionales de nuestros tíos.

—Un penique «a la semana» me parece una tacañería… ¿Y colgabais los calcetines?

—Sí, y a todos los que se habían portado mal ese invierno les traían carbón en lugar de almendras, pasas, manzanas, mandarinas, un *puzzle* que se llamaba «dientes de negro» y ratoncillos de azúcar con ojos rosados y la cola hecha con cordel.

—¡Guau! ¿Y te traían carbón muchas veces?

—Nunca. Siempre era tan bueno como el príncipe Alberto.

—¡Ja, ja! ¿Y qué pasaba el día de Navidad?

—Nos vestíamos de domingo e íbamos a la iglesia, que decoraban con crisantemos y acebo. Pero el párroco no dejaba que pusieran muérdago, porque decía que era frívolo. Y luego volvíamos a casa para el banquete de Navidad. Se reunía toda la familia: cinco chicos (contando el bebé), cuatro chicas, y el tío Charles, que no podía celebrar la Navidad en su casa porque la tía Alice lo había abandonado. Sí, sí que se habían inventado ya el pavo, el pudín de pasas y los pastelitos de frutos secos. De hecho, nuestra cocinera había trabajado en su día para el general Gordon y preparaba el pudín de pasas siguiendo una receta escrita de su puño y letra.

—¿Quién era el general Gordon?

—Los derviches lo mataron en Jartum. Una vez te mostré la escena en el Museo de *Madame* Tussaud.

—¿Ah sí? No me acuerdo. Continúa con la historia.

—Luego abríamos las cajitas sorpresa y nos poníamos gorros de colores y jugábamos a las adivinanzas…

—¿Como cuál?

—Como: ¿Por qué llevaba Kruger botas gruesas?

—¿Quién era Kruger?

—El presidente de la República de Sudáfrica. La guerra de los Bóers había empezado hacía dos años y todos los niños silbaban esta canción por la calle:

> Adiós, guapa, debo abandonarte
> aunque partir me rompe el corazón…
> Algo me dice que me necesitan
> en el frente para luchar con valor.

Pero no llamaron a filas a nadie; y la guerra no fue gran cosa. La vida continuó como siempre. Las bombas, los tanques y los aviones aún no se habían inventado.

—Pero ¿y por qué llevaba Kruger botas gruesas?

—Para evitar calarse hasta las rodillas con De Wet[20].

—No lo pillo.

—De Wet era uno de los generales de Kruger.

—Bueno, es igual, y ¿qué hicisteis aquella Navidad después de comer?

—Fuimos a una celebración especial para niños en la iglesia de la parroquia: aún no se habían inventado los cines, ¿sabes?

—Entonces, ¿por qué fueron tus «mejores» Navidades?

—Porque fueron las más auténticas.

—¡Ah!… Y ¿qué pasó con la casa de Wimbledon?

—La vendieron y la dividieron en seis pisos… Supongo que ahora deben de vivir allí seis familias reducidas, y en Nochebuena habrá seis diminutos árboles de Navidad iluminados (probablemente de esos plegables de alambre y espumillón que imita hojas de abeto, con una tira de bombillas de colores alrededor)… Y un par de niñeras ya ancianas beberán jerez y escucharán a los que canten villancicos por la tele, mientras los jóvenes salen a bailar.

—Bueno, yo diría que es un poco más divertido que cantar himnos acompañados de un piano de cola y jugar a las adivinanzas. Por cierto, si todavía piensas regalarme algo, lo que quiero son unos bongos de los buenos… Ah, y ¿no tenías que contarme lo de la Navidad de la Confusión?

—Sí, dos años más tarde… el tío Charles entró por una puerta y dijo que era Papá Noel, y el tío Bob entró por la otra puerta, justo después de que se marchara el tío Charles, y dijo que era Santa Claus.

—¡Guau!

NO, AMIGO, NO FUNCIONARÍA

Un personaje estrafalario, sin duda borracho y con un sombrero mexicano, aunque no era mexicano sino, en realidad, bostoniano de origen irlandés (que pueden ser igual de brutos), se acercó a mí la otra noche en el Green Hornet y dijo de repente:

—Y digo yo, o sea, señor catedrático… En mi opinión, es muy fácil, la verdad… Millones de pobres diablos se mueren de hambre en la India, en África, en China y en sitios así. ¡Millones! ¿A que sí? Deme la razón para que pueda seguir con mi razonamiento.

—Se la doy, Mexi. ¿Qué problema tiene?

—Y luego están esos miles de gángsteres y delincuentes y energúmenos violentos de nuestras grandes ciudades. ¿A que sí? Deme la razón.

—Se la doy, Mexi, para que siga con su razonamiento. ¡Continúe!

—Y esos cientos de barcos federales vacíos amarrados en el Hudson, esperando Dios sabe qué. ¿A que sí? Deme la razón…

—Yo soy extranjero… dije con cautela… Inglés. Pero es posible que tenga razón. Siempre hay volumen marginal en los puertos, salvo en tiempos de guerra. Cuando suben los gastos de transporte, eso puede significar un buen pellizco.

—Y todo el excedente alimenticio que se acumula o se destruye porque aquí es imposible comérselo todo ¡y porque los pobres diablos muertos de hambre en el extranjero no pueden pagarlo! Y todo lo que se despilfarra aquí en Nueva York y en las demás grandes ciudades… ¡Bastaría para alimentar y vestir a millones!

—Ya lo he leído, Mexi. ¡Hable!

—Y todas esas personas de buena voluntad, filántropos cristianos y judíos, y personajes del Cuerpo de Paz que intentan evitar la delincuencia, el hambre, la desocupación. Piense en cuántos hay…

—Creo que he conocido a casi todos ellos —aseguré.

El camarero dijo:

—Le damos la razón en todo, amigo, pero ¿qué demonios importa? Todo eso no le afecta para nada, ¿no?

El Mexi contestó:

—Claro, me afecta como ser humano. Supongo que tengo conciencia mexicana o algo así y me pregunto: ¿por qué no ponemos a todos esos cristianos y judíos de buena voluntad a cuidar de los delincuentes sin oficio ni beneficio? ¿Por qué no les

damos a esos parados un buen trabajo, que sería cargar esos barcos inutilizados (o volumen marginal, como lo llama el catedrático) con los excedentes de comida y ropa y otros restos urbanos? ¿Por qué no convertimos en hombres de provecho a esos energúmenos y los mandamos a navegar por el ancho océano con donaciones para los pobres diablos muertos de hambre que malviven en otros países? Claro, así todos se sentirían bien. ¿Qué tiene de malo esa solución?

—No, amigo —dijo el camarero—, no funcionaría. Los sindicatos de estibadores, navegantes y camioneros se pondrían como fieras. Y hay que respetar a las grandes empresas. Las grandes empresas no lo tolerarían jamás, ni siquiera para salvar al mundo del comunismo… Les parecería igual de mal que a los sindicatos. Las donaciones destruyen el mercado, ¿es que no lo ve?

—Pero si allí no existe el mercado. Esos pobres diablos no tienen dinero, por eso se mueren de hambre. Si les damos un empujón, empezarán a producir otra vez y tendrán dinero que despilfarrar.

—¿Y entonces nos quitarán el trabajo a los americanos reventando los precios? —se burló el camarero—. No, amigo, no funcionaría. ¡Olvídelo! ¿Qué opina usted, profesor?

—Lo mismo —contesté—. Las cosas sensatas y sencillas nunca funcionan: porque nadie «piensa» de forma sensata ni sencilla. Al final, por supuesto, siempre pasa algo y llega la recesión o la guerra, con lo que el problema cambia.

El mexicano sonrió abiertamente.

—Entonces, profesor, ¿por qué ustedes, los de las universidades, no pueden enseñar al gobierno y a las grandes empresas a «pensar» de esa manera?

La respuesta era fácil.

—Porque nosotros, los de las universidades, igual que los de todas partes, dependemos de las becas y ayudas que ofrecen el gobierno y las grandes empresas para seguir con nuestra vida fácil. Por eso, los profesores les enseñan a sus alumnos a no pensar desviándose del camino trillado. Cualquier profesor con otras ideas tiene que hacerse el tonto si no quiere que lo echen.

—¿Usted también, señor catedrático?

Cambié de tema.

—¿De qué trabaja ahora, Mexi?

—Vendo enciclopedias. Pero para trabajar no llevo este sombrero.

—¿Enciclopedias buenas?

—Yo no diría que son buenas, profesor. Cada vez que miro un tema del que sé cosas (¿no le parece que todos tenemos nuestros pequeños pozos de conocimiento?),

por Dios, siempre está mal. Como cuando sale en el periódico un suicidio que ha ocurrido en tu propia calle: todo sesgado.

—¿Y qué explicación le da a eso, Mexi?

—Supongo que los editores pagan poco a los redactores.

—Podría ser. No sé cómo es en los Estados Unidos, pero hoy en día, en Inglaterra, los editores esperan que los hombres instruidos se sientan honrados de colaborar y les ofrecen unos cinco dólares por cada mil palabras. Hace cincuenta años esa cantidad estaba bien, pero ahora los hombres instruidos se dedican a dar clases o a investigar o a aconsejar al gobierno, y no aceptan ese honor. Por eso los editores contratan a cualquier gacetillero y la calidad de las enciclopedias cae en picado, de modo que el honor cada año es menos honorable.

—Y ¿por qué no suben las tarifas?

—Eso encarecería mucho la enciclopedia.

—Fatal —dijo el camarero frunciendo el entrecejo.

—Bueno —dije yo con voz grave, y pedí tres vasos de *whisky sour*, el tercero para un negro viejo con la nariz aplastada y orejas de coliflor, un exboxeador que se nos había unido—. En mi opinión, es muy fácil, la verdad. Hay miles de estudiantes inteligentes y aplicados que se licencian en cientos de universidades, y todos necesitan sacarse un doctorado en historia o en filosofía o en literatura o en medicina o en lo que sea… Algo que les dé mayor categoría académica y eleve su franja salarial. ¿A que sí? Deme la razón para que pueda seguir con mi razonamiento.

—Se la doy, señor catedrático. ¿Qué problema tiene?

—Bueno, pues esos estudiantes tienen que elegir tesis para sus doctorados y luego suelen publicarlas. Tesis poco convencionales: «Brotes de aftas en el estado de Kansas a finales del siglo XIX»; «El uso del pretérito indefinido en Walt Whitman»; «Manchas en la genealogía materna de Christian Seltzer». O más complicados todavía: «Brotes de aftas indefinidas en la genealogía de Kansas de Walt Seltzer». ¿Correcto?

—Correcto, señor catedrático. Le doy la razón para que pueda seguir con su razonamiento —dijo el Mexi—. Mi pobre sobrino Terence hizo una precisamente sobre ese tema el año pasado… en la facultad de Derecho.

—Y no le pagaron nada por sus esfuerzos, ¿a que no, Mexi?

—Ni un céntimo. Y nadie vivo, al menos nadie fuera de aquel manicomio, ha querido leerla después.

—Exacto. Y seguro que se dejó las pestañas para recopilar todos los datos, ¿a que sí?

—Ya lo creo que sí.

—Bueno, pues, volviendo a esas enciclopedias con datos erróneos. Ya me ha dado la razón en que…

—Sí, sí, profesor —dijo el camarero—. Pero ¿qué demonios importa? Todo eso no le afecta para nada, ¿no? Usted puede meterse en la biblioteca de la facultad y sacar toda la información correcta de los libros buenos.

—Claro, pero otras personas no. ¿Por qué no agrupan a todos los directores de tesis de esos doctorados y les piden que ilustren un montón de temas enciclopédicos? Cada facultad tendría su parcela. Se manda a los candidatos que recopilen los datos y, si hacen bien la tarea, se les otorga el doctorado y, además, el honor de contribuir a la *Intercollegiate Encyclopaedia*, y todos contentos.

—No, profesor, no funcionaría —dijo el camarero—. No pienso decir ni una palabra en contra de la enciclopedia del senador Benton[21]. Tengo entendido que es única y maravillosa, y que yo sepa, paga a sus colaboradores un dólar por palabra. Pero ¿cómo podrían competir las universidades con un hombre tan importante? ¿O con cualquier otra editorial que publique diccionarios y enciclopedias? Habría un gran revuelo contra el trabajo de los esquiroles y dirían que se les robaba a los licenciados sus derechos de propiedad intelectual. Y aquí, el Mexi, se quedaría sin trabajo. No haría falta promocionar esa *Intercollegiate Encyclopaedia* puerta por puerta. Se vendería en todos lados y por una cuarta parte de su precio: los del doctorado pagarían la edición, igual que hacen con sus tesis.

Una pausa.

—Volviendo a los delincuentes —dijo el empecinado camarero—. Aun en el caso de que los sindicatos y las grandes empresas dejaran que las almas caritativas cargaran esos barcos y repartieran comida gratis entre los extranjeros muertos de hambre, supongamos que los delincuentes se negaran a entrar en el juego: supongamos que prefirieran seguir zanganeando y siendo violentos, ¿eh?

El viejo exluchador volvió a la vida.

—En mi opinión —dijo—, es muy fácil, la verdad. ¡Pues que sean violentos! Si les va el rollo de las navajas automáticas y los calcetines cargados y los zapatos de punta de acero a lo James Bond, ¡pues que los dejen pelearse! En público, con un montón de gente mirando. No se achicarían, qué va, esos tíos no, ¡se lo aseguro! ¿A que sí? Tienen que darme la razón.

Se la dimos, para que pudiera seguir con su razonamiento.

—No sería una amenaza para el mercado. Podría montarse un pedazo de espectáculo de gladiadores, como en las películas de la antigua Roma. Montar peleas

de bandas dos veces por semana, vender los derechos de retransmisión por millones. Esos chavales no tardarían en pasar a la alta sociedad. Y, tío, el espectáculo sería mucho mejor que cualquier partido de fútbol o de béisbol. Y mejor que cualquier combate de boxeo, donde las lesiones no se ven tanto, pero son más profundas. ¡Tienen que darme la razón!

Se la dimos.

—Y en cuanto esos gladiadores tuvieran un buen estatus social, ellos mismos acabarían con todas las peleas de bandas entre picapleitos aficionados, porque eso no es más que delincuencia y da mala prensa a su profesión. Vale, ¿que a lo mejor los que tienen intereses en el fútbol, el béisbol o el boxeo se subirían por las paredes? Pero al final lo aceptarían. Los deportes con sangre son la mejor apuesta.

—¿Y las iglesias? —pregunté.

—Así los curas tendrían algo contra lo que predicar. A lo mejor ganarían otro mártir como ese, ¿cómo se llamaba?, hace mucho tiempo, uno que saltó al *ring* y extendió las manos y le pegaron una paliza. Bueno, es igual. Hoy en día los curas ni siquiera pueden parar las guerras cuando las grandes empresas necesitan una guerra, ya sea fría o abierta, para levantar la economía.

El camarero dijo:

—No, colega, no funcionaría. Hay leyes federales contra las peleas, y aunque esos gladiadores montaran un sindicato de la hostia, nunca conseguirían que quitaran esas leyes. No, con todo el Medio Oeste empeñado en erradicar el derramamiento de sangre. Por aquí ni siquiera dejan hacer corridas de toros.

El Mexi dijo:

—Supongo que no… de momento. Pero tiempo al tiempo. Es como la venta legal de pornografía, y muchas otras cosas. Porque cada vez se trabajan menos horas y algo hay que hacer con el tiempo libre. La tele no es la solución, y ver escaparates tampoco, ni tener más hijos para que haya un *boom* demográfico. Y una guerra abierta tampoco sirve, aunque mande a los delincuentes y a los caritativos a las Fuerzas Armadas y reduzca los desperdicios y haga subir el valor del volumen marginal.

—Pues en mi opinión —comenté—, es muy fácil, la verdad. Otra ronda de *whisky sours* y verán cómo logramos que funcione.

LA DAMA DE COMPAÑÍA DE LA SEÑORA BRITON

No todos los hombres recuerdan a su madre con profundo afecto. Muchos no tienen motivos para esa actitud. Sin embargo, dentro de la desdichada minoría, unos toman un camino, y otros, otro. Los peleles echan la culpa de sus deslices morales o de su mala fortuna en la vida a una madre irresponsable, egoísta o tirana. Otros, los nobles de corazón, aprenden a no guardarle rencor, se levantan por su propio pie y buscan el amor en otra parte. Recuerdo que de niño me desconcertaba uno de los versos de los *Himnos Antiguos y Modernos*.

> ¿Puede cesar el amor materno
> hacia el hijo que ha engendrado?
> Sí, tal vez la madre lo olvide…
> Mas siempre te recordaré.

La idea de que alguna madre pudiera mostrar desprecio hacia su propio hijo me sorprendía… Yo fui uno de los más afortunados.

Mi respeto por Winston Churchill, a quien conocí en 1915 y con quien intercambié correspondencia esporádica hasta los años cuarenta, creció en gran medida después de su muerte. Entonces, a través de mis lecturas, me enteré del desprecio casi brutal que su hermosa madre Jerome manifestaba hacia él, pues lo consideraba un retrasado mental con el paladar partido. Y la enciclopedia me desveló el motivo que explicaba tanto su deficiencia física como la actitud tan poco maternal de su madre. Su padre, lord Randolph Churchill, había muerto de una parálisis general progresiva con demencia. Todos los médicos saben hoy en día qué enfermedad provoca esa afección tan temible, y qué consecuencias suele tener en la descendencia del paciente; no se puede hacer otra cosa que compadecer a la inocente esposa y madre que tanto sufrió. Y aunque Winston tenía muchos defectos y, cuando era joven, a menudo se comportaba de manera muy irresponsable, ¿quién es capaz de negar su fuerte determinación a huir de la venganza, a defender en todo momento a los pobres y oprimidos? De hecho, tuvo que esperar a los treinta y cinco años para que un descubrimiento médico casual hiciera posible limpiar su sangre de esa mancha hereditaria, y le diera por fin estabilidad a su vida.

Nunca se sabe. ¿Quién no ha visto hijos fantásticos y con gran talento nacidos de unos padres despiadados y cortos de entendederas, o padres fantásticos con la maldición de unos hijos malvados e inútiles? Los psicólogos se ven superados por la paradoja. En el caso de los hijos malvados, suelen culpar a sus madres o bien por haber dejado de amamantarlos demasiado pronto o demasiado tarde, o bien por haberlos alimentado con biberón, o por haberles pegado para castigarlos, o por no haberles pegado nunca. O incluso las acusan de haber cometido excesos durante el embarazo. Pero las cosas nunca son tan sencillas. La herencia genética, que es un factor tan poderoso como el entorno, se ha convertido en un elemento tan complejo que supera la capacidad de síntesis del psicólogo más dotado. Yo prefiero pensar que un hijo nace con o sin nobleza de corazón; y que, aunque la madre puede alentar o mitigar ese don, no puede hacerse responsable de la ausencia de él. Y lo mismo se aplica a los padres. Lo digo como padre de ocho hijos absolutamente distintos. Y como octavo hijo de una familia de diez hermanos, también absolutamente distintos. Sin embargo, considero que mi madre tenía una nobleza de corazón sobresaliente y aunque, dado que era extremadamente puritana, con frecuencia veía con malos ojos mis actos, nunca le reproché sus críticas, en absoluto; ni, ya que nos ponemos, consideré jamás que me las mereciera.

He aquí su historia. En 1848, un año de revolución por toda Europa que obligó a los ciudadanos de mente independiente, en especial alemanes, a huir para buscar refugio en Estados Unidos, mi abuelo, un estudiante de Medicina bávaro, fue expulsado de su universidad prusiana por protestar contra el juicio por alta traición de un joven socialista judío llamado Karl Marx que había entrado en el círculo de la aristocracia prusiana a través de su esposa. Así pues, mi abuelo abandonó Alemania y viajó por todo el Mediterráneo. Según mi madre, una vez se bañó en el mar Muerto, donde el limo salino en la piel le repugnó tanto que se montó en el caballo y cabalgó ochenta kilómetros hacia el norte, hasta el valle del Jordán, y allí se zambulló para lavarse. En España fue uno de los primeros pasajeros del ferrocarril recién construido que viajaba de Madrid a Toledo, fenómeno que ocasionó un profundo resentimiento entre los arrieros. Como creían que su modo de subsistencia iba a verse amenazado, se dedicaban a cruzar troncos por la noche en medio de las vías y obligaban al tren a detenerse, para robar y aterrorizar a los pasajeros.

Mi abuelo estaba sentado en un compartimento frente a un coronel británico que había ido a visitar los campos de batalla de la guerra peninsular, en la que había combatido cuando era un joven de rango inferior. De pronto, el tren paró con brusquedad, se oyeron disparos, seguidos de juramentos, gritos, súplicas y un

alboroto general. El coronel apartó lentamente su ejemplar de *The Times*, alargó la mano para coger la pistola, la cargó y la montó, y luego continuó leyendo como si tal cosa. Mi abuelo, impresionadísimo, pensó: «¡Qué raza tan magnífica! Tengo que ir a Inglaterra para terminar mis estudios».

Y eso hizo, creo que en el hospital de St. Thomas, y enseguida se prestó voluntario como cirujano para la guerra de Crimea, donde trabajó durante algunos meses junto con la enfermera Florence Nightingale en una pesadilla de hospital en Scutari.

Justo antes de embarcar, se había casado con una muchacha danesa, hija huérfana de Tiarks, el astrónomo de Greenwich, pero mi madre, su primogénita, no nació hasta después de la guerra. Regresaron juntos a Alemania, donde mi abuelo obtuvo el cargo de catedrático de Medicina en la Universidad de Munich y, al menos que yo sepa, se convirtió en el primer médico europeo en proporcionar a su hospital leche sin el vacilo de la tuberculosis; cosa que logró tras comprar una granja y analizar personalmente las sesenta vacas del rebaño. Scutari le había enseñado mucho acerca de las enfermedades que podían transmitir alimentos y bebidas.

Mi madre, que nació en Londres en casa de una tal señora Briton, la dama soltera que había acogido a mi abuela, no tardó en convertirse en el miembro más responsable de una familia muy numerosa, pues su padre le encomendó la tarea de asear y mantener a raya a todos sus hermanos; algo que la asustadiza y tierna danesita, su madre, era incapaz de hacer. Mi madre se tomó tan en serio su labor que en seguida se ganó el apodo de «Cepillo de fregar». En el fondo, todos mis tíos y tías eran buenas personas, pero, aunque más adelante expresaron su gratitud hacia ella, no lo lamentaron demasiado cuando de improviso la muchacha fue enviada a Londres. Corría el año 1873.

La razón alegada era que la señora Briton, ahora decrépita y sola, necesitaba una alegre dama de compañía; pero en realidad, habían apartado a mi madre de Munich por su propio bien. El entonces primer ministro bávaro (o eso me contó más adelante una de mis tías) se había enamorado de ella en un baile. Aunque era rico, apuesto, noble, virtuoso y popular, tenía dos tremendos defectos: era muchísimo mayor que ella y era católico. Tengo la impresión de que el corazón de mi madre respondía a sus afectos, pero el enlace no podía ser aceptado por una familia tan protestante como la suya. El matrimonio con él habría implicado tener nietos católicos, lo que a su vez habría significado la ruptura de la unidad religiosa de la familia. El primer ministro no lo tenía fácil para seguirla hasta Londres; ni la señora Briton lo habría dejado pasar de la puerta si se hubiese decidido a hacerlo.

A partir de aquí la historia se vuelve un poco deprimente. Mi madre sabía cuál era su obligación y la cumplió sin rechistar, por muy escarpado que fuera el camino. Sentía que debía obedecer a su experimentado y autoritario padre, y al mismo tiempo, consideraba que debía pagar la deuda de amor que su madre había contraído con la señora Briton. Así pues, se convirtió no solo en su dama de compañía, sino también en ama de llaves, cocinera, secretaria y enfermera de una anciana recluida que vivía en una casa alta, fría e incómoda de finales de la época georgiana en Kensington. La señora Briton, de cuya familia no sé nada salvo que eran fabricantes de soldaditos de plomo, sufría un delirio de extrema pobreza. Mi madre tenía que dormir en un colchón de paja sobre un somier de metal en la habitación contigua a la de su señora, y todas las demás estancias, a excepción de la cocina, el lavabo, la bodega y la sala de estar permanecían cerradas con llave. La asignación que le daba para administrar el hogar era tan exigua que mi madre siempre tenía que comprar los peores cortes de carne y la fruta y la verdura más barata; también se veía obligada a aplicar la economía más rígida con el carbón. Aprendió a no tirar jamás un mendrugo de pan, a frotar las patatas para limpiarlas en lugar de pelarlas, a no comprarse nunca ropa y a no permitirse siquiera una pastilla de jabón aromático. Tampoco tenía amigos de su edad, entre otras cosas, porque no podía corresponderles con la debida hospitalidad. Su único consuelo era un piano.

Mientras tanto, en Baviera, todos sus hermanos fueron creciendo, comían bien, bebían bien, tenían pandillas de amigos, viajaban a Italia para visitar las distintas galerías de arte, o iban a la Ópera en Viena, se deleitaban con los mejores conciertos, se fueron casando, tuvieron hijos. Pero ella se lo perdió todo, pues pasaba las veladas jugando a las cartas con la señora Briton, quien se apenaba tanto cuando perdía que mi madre tenía que traicionar a su conciencia (solo un poco) y hacer trampas para dejar que la victoria recayese en la señora Briton. Aparte de leer libros «de provecho» en la biblioteca —dudo que llegara a leer una sola novela en su vida, salvo de anciana, para complacer a mi padre— y de visitar de vez en cuando los museos del barrio, carecía de vida auténtica. No tardó en perder su característico acento alemán, aunque la señora Briton, que había nacido bajo el reinado de Jorge III, le enseñó una pronunciación muy anticuada del inglés, que resultaba del todo exagerada en ella.

Si tal sacrificio le hubiese llegado a los veinticinco años, por ejemplo, con más mundo a sus espaldas, sin duda habría adoptado una actitud más independiente y habría pedido que la sustituyera, por lo menos de vez en cuando, alguna de sus cuatro hermanas. En ese caso, también habría insistido en tener más ayuda con la casa y unos estándares de vida algo más elevados. Pero no tenía amigos que defendieran su causa,

y por lo menos no se había hecho monja. Así pues, rezaba, sufría, esperaba y cumplía alegremente con su obligación.

Una mañana, muchos años después, en la década de 1880, la señora Briton, a quien le gustaba que la llamara «abuelita», suspiró:

—Querida Amy, temo que ya no me quede nada en el banco después del astronómico gasto de arreglar las cañerías rotas. Te lo ruego, querida mía, ¡sácame de dudas! Como sabes, no me gusta importunarte con asuntos monetarios pero ahora, te lo suplico, sube a mi habitación (aquí tienes la llave de mi escritorio) y comprueba cuánto dinero nos queda, si es que hay algo. Sería de lo más inoportuno que tuviéramos que despedir a la criada.

Media hora más tarde, después de repasar extractos bancarios trimestrales y anuales, mi madre bajó con el ánimo por las nubes y exclamó:

—¡Abuelita, mire! ¡Es RICA! ¡Lea esto!

Sí, tenía una fortuna de más de cien mil libras, que en la actualidad habrían servido para comprar por valor de unos cinco millones de dólares.

—Qué noticia tan extraordinaria, Amy. Si el banco no se ha equivocado, podremos conservar a la criada. Y, como sabes, tú serás mi única heredera cuando llegue mi hora.

Así pues, mi madre se compró otra manta y dejó de alimentarse únicamente de avena, chirivías y pescuezos de capón, como hasta entonces, y un año después, la señora Briton murió mientras dormía. Corría el año 1890, cuando una mujer era considerada un «florero» a los veintisiete años y una «solterona» a los treinta y dos. Como ahora ya casi tenía treinta y seis años, mi madre decidió viajar a la India y hacerse misionera médica. Se preparó, y estaba a punto de comprar un billete de ida en la compañía P & O cuando…

Debería haber mencionado que, como heredera de tan enorme fortuna, mi madre había decidido que sería mejor misionera si se liberaba de parte de la carga: igual que el camello en la parábola del Evangelio que no podía entrar por la puerta del Ojo de la Aguja en Jerusalén si no se desprendía de sus alforjas. Sin embargo, por lo menos no fue del todo imprudente. Aunque dividió la herencia en cinco partes iguales, repartiendo una de ellas a cada una de sus cuatro hermanas casadas, se guardó la quinta parte para un caso de emergencia.

La emergencia llegó casi de inmediato. La familia de mi madre, los Von Ranke, ya estaba emparentada con la familia anglo-irlandesa de los Graves. Su instruido tío abuelo, Leopold von Ranke, que se había ganado el calificativo de «Padre de la Historia Moderna» por ser el primer historiador en insistir «en lo que de verdad había

ocurrido, en lugar de en lo que nos hubiera gustado que hubiese ocurrido» —tal como solía repetirme mi madre—, se había casado, para sorpresa de ambas naciones, con la hermosa Clarissa Graves, muy aclamada en Dublín. Por eso, era bastante natural que mi madre conociera al sobrino de Clarissa, Alfred Perceval Graves, que ya era famoso por sus composiciones musicales. Había escrito «Father O'Flynn», «Trotting to the Fair», «The Jug of Punch» y muchos otros éxitos de finales de la época victoriana (que ahora suelen considerarse canciones de folclore popular, aunque los derechos de autor pertenecerán a nuestra familia hasta el año 1985), pero, como era muy malo para los negocios, no había ganado nada con dichos éxitos. Su mujer había fallecido hacía poco y él había quedado reducido a ser un apenado inspector de colegios asignado a la parte oeste de Inglaterra.

Ignoro si las familias respectivas apalabraron el enlace como se estilaba en la época, pero sin duda, tanto mi madre como mi padre accedieron de buen grado. Él era activo, vivaz, guapo e hijo de un obispo irlandés. Ella era alta, fuerte, hermosa, no tenía ni una arruga y lucía una melena negra que tardó medio siglo más en encanecerse. Además, tenía mucho talento conyugal. Así pues, consultó a su conciencia, que le dijo que Dios la había protegido de un previo matrimonio insensato que iba en contra de su religión, y que los indígenas no merecían tanto su ayuda como este triste, encantador y sagaz viudo *protestante* (apenas nueve años mayor que ella) con cinco hijos alborotadores y belicosos, que necesitaban el cariño de otra madre. Al cabo de poco tiempo se celebró la boda.

Al principio, a juzgar por un diario que aún se conserva, a mi madre la vida le resultaba sorprendente y complicada. Ocurrían demasiadas cosas, venían demasiadas visitas. Mi madre, que a esa edad tan avanzada (para entonces ya había cumplido los treinta y seis años) no esperaba tener hijos, nunca en su vida había compartido una cama doble con nadie ni, por lo que parece, había aprendido las nociones básicas de la vida. Como es natural, los cinco huérfanos le reprochaban que ocupara el lugar de su magnífica madre irlandesa, tan divertida, y los estrictos métodos alemanes de «Cepillo de fregar» que empleaba mi madre distaban de ser adecuados para unos niños irlandeses, dos de ellos pelirrojos. Para colmo, mi padre, a pesar del respeto y el afecto que sentía por mi madre, continuaba enamorado de Janey Cooper, su primera esposa, de quien a menudo hablaba en sueños. Eso provocaba que mi madre tuviera pesadillas en las que se encontraba con Janey en el Cielo, donde, si bien no existe «el matrimonio ni las promesas conyugales», tales encuentros resultaban muy incómodos para las esposas incapaces de olvidar los principios monógamos terrenales.

Además, Janey siempre había mantenido a raya a mi padre con constantes bromas

cargadas de doble intención, un recurso que superaba el conocimiento y las habilidades de mi madre. La habían educado para obedecer al Amo de la Casa, sin replicar ni evadirse; cosa que no resultaba ideal para el carácter de él. Nunca discutían, pero era principalmente porque, aunque mi padre era un hombre de temperamento exaltado, dos no discuten si uno no quiere, y a lo sumo que llegaba mi madre era a sentirse dolida y decepcionada.

Durante un tiempo, continuó sin tener nada propio, salvo responsabilidades y la pequeña fortuna con la que ahora permitía que su marido pagara la educación de sus hijos. No tardó en ganarse la gratitud de los niños ayudándoles con los deberes e invitando a sus amigos a quedarse a dormir. Y entonces, a los treinta y siete años, ¡tuvo una hija! Sí, una niña.

Siento decir que mi madre no valoraba demasiado a las hijas, teniendo en cuenta que ella misma lo había sido. Según su punto de vista, «las niñas están muy bien para practicar», tal como le había inculcado su madre. Los chicos eran lo que de verdad contaba a ojos de Dios. ¿Podía aspirar a engendrar otro hijo? Sí. Pero volvió a ser otra niña… ¡para practicar!

Y entonces le ocurrió la cosa más maravillosa del mundo. Tuvo un hijo varón. Cosa que, incidentalmente, también fue la cosa más maravillosa que me ocurrió a mí. No tengo reparo en admitir que adoro la vida. Y tampoco fue el fin de sus triunfos. Mi madre parecía más joven cada día, más feliz cada día, y le dio a mi padre otros dos hijos, el último cuando tenía cuarenta y nueve años. Y no le dio más hijas, pues gracias a la práctica, ahora mi madre era perfecta.

Se construyeron una casa grande cerca de Londres, donde para entonces trabajaba mi padre, y otra en el norte de Gales, donde había llevado a mi madre de vacaciones en una ocasión. Al llegar a un enclave especialmente romántico cerca del castillo de Harlech, ella le había dicho a mi padre:

—Alfred, no tengo palabras para expresar lo bello que es esto. Me encantaría morir aquí.

—¿Y por qué no vivimos aquí en lugar de morir? —replicó de forma impulsiva mi padre, con el pragmatismo característico de mi madre.

De modo que compraron el terreno y construyeron un caserío y, cuando mi padre se jubiló, vendieron la casa de Londres y se fueron a vivir allí. Era nuestro paraíso vacacional, con playas de arena fina, colinas naturales, arándanos, frambuesas, moras, flores, setas, aventuras. Conforme fuimos creciendo, mi madre nos dejaba más libertad, aunque continuaba siendo tan religiosa como siempre y nos suplicaba que no corriéramos riesgos subiéndonos a las rocas.

—No me gusta que se me rompan los niños, igual que a vosotros no os gusta que se os rompan los juguetes.

Un día en que comimos al aire libre, mi madre se puso a cantar una canción alemana que decía que, a la persona a quien Dios ama en mayor medida, la manda al ancho mundo. Y después, paseó la mirada entre todos nosotros y dijo con puro gozo:

—No os imagináis lo *afortunada* que me siento, queridos hijos míos… Una vez, hubo un hombre francés que se murió de pena porque no podía ser madre.

Rezábamos en familia todas las mañanas y, por norma, íbamos a la iglesia dos veces cada domingo, que era el día en que mi madre nos prohibía jugar a las cartas o a otros juegos de azar. Recuerdo que la convencí para que nos dejara jugar a las charadas las tardes de domingo, y accedió, a cambio de que todas las escenas fueran estrictamente bíblicas. Ninguno de nosotros bebía ni fumaba, ni tuvo amigos del sexo opuesto hasta la edad adulta. Sin embargo, en cierto modo nunca nos sentimos carentes de nada, algo que me resulta sorprendente cuando miro a mi alrededor ahora. Mi madre confiaba en que, al final, nos reuniríamos todos en el glorioso Cielo divino, mucho después de que ella muriera. Con un afán salvacionista igual de sincero, le pregunté con inocencia un día:

—Madre, cuando mueras, ¿me dejarás dinero?

—Sí, claro, cariño.

—¿Y podré comprarme una bicicleta?

—Sí, confío en que sí, pero supongo que prefieres tenerme a mí que tener una bicicleta, ¿no?

—Bueno, pero tú estarías viviendo de maravilla en el glorioso Cielo divino y yo podría ir en bici a llevarte flores a la tumba.

Mi madre (y no pretendo criticarla con esto) no tenía gusto vistiendo, pues de niña le habían advertido que no debía caer en la vanidad femenina y de joven le había sido imposible hacerlo porque, mientras había vivido con la señora Briton, no había tenido ocasión de lucir vestidos de fiesta. Solo recuerdo una vez en la que mi madre se compró un capricho, y fue cuando yo tenía unos doce años y me llevó a una tienda de antigüedades en la que me dejó gastarme parte del dinero que me habían dado para mi cumpleaños en comprar monedas para mi colección. Allí encontró un broche de oro irlandés «de Tara», que compró «para gustar a tu padre». Era una ganga, pues apenas costaba un pellizco más que su valor intrínseco en metal, y mi madre lo lució durante el resto de su vida casi a diario. En aquella época, solo la realeza, las actrices y las prostitutas «se maquillaban»; el «colorete» era una palabra tabú. Y mi madre acabó por estropearse el cutis de tanto lavárselo con jabón carbólico. Tampoco tenía sentido

del humor, salvo el más sencillo e inocente; pero una vez más, no pretendo hacer un reproche. El verdadero sentido del humor se basa en los dobles sentidos y en saber advertir que a veces una verdad tan fina como un pelo separa dos ideas totalmente contrapuestas. Para ella, lo blanco era blanco, y lo negro, negro; y todas las palabras, excepto en las parábolas y en las metáforas, debían tomarse al pie de la letra. No comprendía la ironía, el sarcasmo ni las bromas sobre las desgracias ajenas.

No obstante, era una heroína en momentos de necesidad. Un día, cuando le preguntamos si alguna vez había montado en un tren de mercancías, reconoció que sí, una vez, después de un accidente de ferrocarril muy grave, había ayudado en las tareas de rescate, había proporcionado primeros auxilios y había llevado a los heridos al hospital en un tren que transportaba carbón. Pero nuestro recuerdo más fantástico se remontaba a cuando éramos muy jóvenes, en la época en la que todavía no había luz eléctrica en los hogares. Una noche, durante la cena, se incendió una lamparita de queroseno. La pieza que accionaba la mecha había fallado y una columna negra de humo nubló la habitación. Mi padre y mis hermanos mayores se quedaron mirando el fuego boquiabiertos, pero mi madre se limitó a decirle a mi hermanastra Susan:

—Susan, abre esa puerta, por favor, y después la puerta que da a la sala de estar, y luego la que comunica la sala con el jardín. ¡Y date prisa!

Cogió la lámpara en llamas, protegiéndose las manos con una servilleta de tela, y siguió a Susan por el pasillo, cruzó la salita y salió al jardín, donde dejó la lámpara en medio del camino. Cinco segundos más tarde, explotó. Poco tiempo después, nos dijo que iba a visitar a una de sus hermanas a Zurich, pero en realidad iba a hacerse una operación de garganta muy novedosa, con anestesia precaria y analgésicos insuficientes, y solo una posibilidad entre cuatro de recuperación. Sin embargo, no dejó que advirtiéramos su angustia cuando nos dio un alegre beso de despedida. Más tarde supimos que había mantenido la entereza gracias al himno:

> No te desmayes ni temas; Sus brazos te estrechan,
> Él nunca falla, y mucho te aprecia.

Después de ese incidente, todo marchó bien hasta que, poco después de mi decimonoveno cumpleaños, estalló la Primera Guerra Mundial. La noticia hundió a mi madre. Al principio no podía creer que los alemanes hubieran sido capaces de invadir Bélgica y hubieran roto un pacto sagrado.

—Mi gente se ha vuelto loca —exclamaba.

Yo acababa de terminar el bachillerato y tenía que ir a la Universidad de Oxford ese otoño, pero en lugar de eso, me presté voluntario para el Cuerpo Real de Fusileros Galeses, nuestro regimiento local. En pocos meses me vi convertido en un joven oficial en las trincheras, que se enfrentaba a las tropas bávaras; ¿estarían mis tíos y primos entre los combatientes? Esta situación fratricida era tan horrorosa que durante un tiempo mi madre se desmoronó y perdió la fe en Dios. ¿Cómo podía permitir el Señor que ella sufriera de tal forma? Un año después, recibió como castigo una carta de mi coronel, después de que nuestro batallón perdiera dos tercios de sus efectivos en High Wood, en la que le informaba de que yo había luchado con valor pero había muerto en combate, y que el médico creía que había sufrido muy poco.

En ese momento abrió su corazón a Dios con la cita bíblica: «El Señor otorga y el Señor retira. Loado sea el Señor». Y lo siguiente que llegó fue una carta de mi tía Susan (la hermana de Janey, que vivía en Francia y había visto mi nombre en una lista en la puerta de un pabellón hospitalario cuando había ido a visitar a su hijo, que había perdido la pierna en la misma batalla). Me habían dado por muerto, y solo me había librado de que me enterraran vivo porque todos estaban demasiado atareados luchando o atendiendo a los heridos para preocuparse de hacerlo. Así fue como recuperó la fe mi madre, y yo, tras otro período en las trincheras, contraje neumonía, me prohibieron continuar prestando servicios en el ejército, me casé y tuve un bebé, «una hija con la que practicar», tal como mi madre le dijo a mi esposa. Al final, la guerra terminó y las cosas volvieron a su cauce. Pero las cuatro hermanas de mi madre, con quienes había compartido su herencia, se habían arruinado porque habían invertido su fortuna con afán patriótico en Bonos para la Defensa Alemana. Así pues, como era lógico, mi madre las ayudó cuanto pudo, pues todos salvo uno de sus vástagos se habían independizado más o menos. Y cuando mi padre murió a los ochenta y seis años, mi madre pasó a ser la mujer más respetada de Harlech, y no obedecía más que a Dios: es decir, a su noble conciencia. A los ochenta y ocho años descubrieron que tenía cáncer, pero como a esa edad pocas veces resulta letal, mi madre continuó como si nada haciendo sus buenas obras, que eran abundantes.

Su muerte fue triste. Uno de sus numerosos descendientes (a pesar de haberse casado a los treinta y seis años, ya era bisabuela) se vio involucrado en un caso de difamación que amenazaba con tener unas consecuencias catastróficas, y fue a pedirle ayuda. La preocupación le provocó un ataque de nervios, el médico del pueblo no pudo tratar el caso y mi hermana mayor, que en otro tiempo había servido para «practicar» y que se había convertido en una doctora muy experimentada, resultó estar de vacaciones en Austria y regresó demasiado tarde para salvarle la vida.

Las lecciones que aprendí de mi madre pueden resumirse en pocas palabras. Me enseñó a despreciar la fama y la riqueza, a no dejarme engañar por las apariencias, a decir la verdad siempre que sea posible (lamento habérmelo tomado de forma demasiado literal algunas veces) y a no perder la cabeza en momentos de peligro. He heredado su conciencia, su desinterés por la moda en el vestir, su arte para disfrutar elaborando mermeladas y su frugalidad (también yo aborrezco tirar mendrugos de pan), a pesar de que en ocasiones eso entra en conflicto con la extravagancia despilfarradora que aprendí de mi padre. No he heredado su dogmatismo, que fue el motivo por el que tristemente me excluyó de su testamento cuando mi esposa y yo nos separamos; aunque en mi lugar se acordó de mis hijos, y al final terminó por aceptar mi segundo matrimonio. Unas palabras llenas de sabiduría que me susurró cuando tenía siete años se me han quedado grabadas para siempre, y he intentado transmitirlas a mis hijos y nietos (por cierto, el año pasado también yo fui bisabuelo).

—Robert —me dijo—, te voy a contar un gran secreto, ¡que no se te olvide nunca! «El trabajo es mil veces más interesante que el juego».

De ahí mi obsesión con el trabajo, que es a la vez mi juego.

Cuando murió, me enviaron aquel broche dorado de Tara, que me llegó por correo sin la aguja. Lo llevé a un joyero español para que le colocara una aguja de oro a juego, pero me aseguró que no merecía la pena ponerla tan buena, pues el broche no era de oro sino de latón. Me sorprendió mucho. Mi madre siempre lo había lucido como si fuera de oro, nosotros siempre lo habíamos aceptado como si fuera de oro, y de oro había seguido siendo hasta el momento de su muerte. Mi madre se habría preocupado mucho de haber sabido, no solo que el joyero la había engañado, sino que ella había participado en un fraude hacia los demás… ¿O acaso habría tomado el descubrimiento como un mero castigo divino por permitirse caer en la vanidad femenina?

Creo que existen distintas versiones dentro de nuestra extensa familia acerca de los años en que mi madre vivió con la señora Briton. Hay quien dice que la anciana se asustó por el tema del dinero cuando un abogado malicioso le defraudó 5000 libras, pero que la vida con ella no era, ni de lejos, tan terrible como en mi relato. Incluso hay quien habla de veladas musicales: mi madre, al piano, deleitando a un amplio círculo de amigos con su potente voz de contralto. Asimismo, se dice que mi madre canceló el viaje a la India no a causa de mi padre, sino por una carta amenazante que mi abuelo le mandó desde Munich: «Si das ese insensato paso, mi querida Amalia,

nosotros, tu amada familia, nos olvidaremos de ti». Y también hay quien dice que la propia señora Briton, aunque tal vez por insistencia de mi madre, fue quien dividió la herencia entre las cinco hermanas. Algunos incluso ubican la casa en una dirección distinta y, cerrando los ojos ante la prueba de una fotografía fechada en 1857, en la que mi madre aparece con dos años, le restan un par de años a su edad.

¡Que digan lo que quieran! Era mi madre tanto como la suya, y esta clase de leyendas siempre tienen muchas variantes.

MI PRIMERA AVENTURA AMOROSA

—¿Mi primera aventura amorosa? —repitió pensativo lord Godolphin—. Bueno, en nuestra familia la tradición nunca variaba mucho. Teníamos a *Miss* Crewe[22], quien había iniciado a mi padre, y probablemente también a mi tío abuelo más joven, Charles Martello, en los misterios del sexo. Mantenía un tipo increíblemente fantástico. Era por su dieta de frutas, según me dijeron. En cierto modo, reconozco que la tradición era un poco incestuosa.

—¿Trabajaba *Miss* Crewe para muchas familias?

—No más de diez o doce, y todas en este condado. Eran familias como la nuestra. *Miss* Crewe despreciaba a la aristocracia terrateniente menor, de la que provenía.

—¿Me permite que le pregunte cuál era su procedimiento?

—Sí, no era ningún secreto, y que yo sepa, siempre era el mismo. Empezaba con teoría general. La siguiente lección era anatomía sexual. La tercera era arte amatoria. La cuarta era conducta o modales en la cama. La quinta, sexta y séptima se ocupaban de la variedad, a partir de la traducción de *sir* Richard Burton de *El jardín perfumado*, cosa que he descubierto con el tiempo, aunque omitía el capítulo sobre la homosexualidad.

—¿Volvían a ver a *Miss* Crewe con posterioridad a las clases?

—Por supuesto. Era una de nuestras invitadas habituales en el castillo, sorprendentemente divertida y con unos modales impecables.

—¿También instruía a las chicas?

—¡No! ¡Por el amor de Dios! En aquella remota época, una doncella tenía que permanecer *virgo intacta* e inocente como una prímula de la montaña. Pero creo que, justo antes de la noche de bodas, la novia lograba arrancar por lo menos la teoría sexual general a su hermano preferido y más indiscreto. No sé, en mi familia solo había varones. Por cierto, muchas veces me pregunto si el nombre de *Miss* Crewe derivaba del acto o a la inversa.

—¿Qué fue de ella al final?

—Murió en acto de servicio, por decirlo de alguna manera, y, según cuentan, con una sonrisa en los labios.

—Pero dígame, Godolphin: ¿cuál era la costumbre entre sus arrendatarios?

—¿Para la primera aventura amorosa? En mi opinión, tenía un punto ambiguo. Me refiero a que las mujeres no eran, o fingían no ser, tan «prácticas» como los hombres.

Por ejemplo, me acuerdo de Jock Miller. Era el escocés que cuidaba de las vacas. Un domingo, su esposa se le acercó tímidamente:

—Oye, marido, ¿no crees que ya toca «instruir» a nuestro Duncan?

—¿Qué es eso de «instruir», mujer?

—Me refiero a que lo instruyas en los santos misterios de la reproducción natural. Cómo se hacen los niños… No sé, empieza por la polinización de las flores.

—¡Ah, vale, mujer! Te haré caso.

Una semana después, la esposa le preguntó:

—Marido, ¿ya has hecho lo que te pedí con nuestro Duncan? ¿O se te ha olvidado?

—Ostras, mujer, sí, se me pasó. Pero ahora mismo voy a explicárselo.

El hombre fue al encuentro de Duncan:

—Duncan, hijo, ¿te acuerdas de lo que hicimos con esas dos buenas mozas detrás de la iglesia el sábado pasado?

—¡Sí, padre!

—Bueno, Duncan, pues tu madre quiere que sepas que «precisamente» eso es lo que hacen las abejas con las hermosas prímulas de la montaña.

Dicho esto, todos empezaron a relatar por turnos sus primeras experiencias sexuales: algunas eran divertidas, otras tristes, otras horribles, unas pocas dignas del diario de una familia decente. Un pobre tipo se había encontrado en la cama con una vieja prostituta (que le habían encasquetado sus amigos de Cambridge cuando estaba borracho y dormido como un tronco) y le pegó una enfermedad venérea. Otro desgraciado, el hijo de un clérigo, había sido violado por un monstruo de pelo rubio a cambio de una caja de bombones. Otro había sido atraído por las monjas hacia un convento, a primera hora de la mañana, al final de una playa famosa de Sydney en la que hacen *surf*; al parecer, era una práctica habitual.

Entonces, como hasta ese momento yo no había dicho ni esta boca es mía, y era evidente que me sentía algo más que azorado, se abalanzaron sobre mí: lord Godolphin insistió en oír lo peor de lo peor.

—Muy bien, caballeros —les dije—. No quiero ser un aguafiestas…

Y esto es lo que les conté:

—Disculpen que sea el que dé la nota discordante pero, como solía decir mi madre: «Di la verdad y avergüenza al Diablo». Nací en julio de 1895 en lo que se denominaba una «buena familia», es decir, con escudo de armas y sin escándalos recientes. Como bien sabe lord Godolphin, antes de la Primera Guerra Mundial, solo los canallas se acostaban con las chicas solteras de buena familia, y los divorcios en

estos entornos eran casi impensables. Cuando estalló la guerra y la muerte empezó a pesar en el ambiente, esas convenciones tan arraigadas pasaron a romperse con frecuencia. De hecho, el fenómeno de los «hijos de la guerra» engendrados por amantes recién llegados de las trincheras (con una probabilidad entre tres de sobrevivir sin quedar lisiados) se ganó la aceptación casi universal de las familias no tan buenas.

Un día, cuando yo era un lugarteniente de diecinueve años en el maltrecho grupo de fusileros, cerca de la aldea en ruinas de Laventie, en Francia, el bellaco de nuestro coronel proclamó que se avergonzaba de haber oído que todavía tenía a sus órdenes piojos sin desvirgar (los piojos éramos nosotros). Todos los que aún fueran vírgenes debían presentarse en formación ante su teniente coronel esa misma tarde para ser desflorados como correspondía en el local que había en Armentières, con su luz roja indicativa, reservado para los oficiales. Yo no admití mi virginidad. Fue porque tenía la intensa superstición de que, si la perdía, rompería el poder mágico de supervivencia que hasta ese momento me había ayudado a soportar cinco meses de combate en las trincheras; la esperanza media de vida de los piojos como nosotros era de seis semanas en aquella época. Esta orden de formar fue dada justo antes de la batalla de Loos, en la que perecieron los cuatro comandantes de nuestra compañía, junto con cientos de otros rangos, y el bellaco del coronel resultó herido y no pudo volver al frente. Yo me libré con un rasguño en una mano de una esquirla de un cartucho, y me pusieron al mando de una compañía muy reducida sin siquiera un subteniente que me ayudara.

Me mantuve absolutamente célibe durante un año más. En julio de 1916, en High Wood, recibí cinco impactos de bala de ocho pulgadas, uno de ellos en el pulmón derecho, que el proyectil me atravesó a un centímetro del corazón. Me dejaron ahí desangrándome, convencidos de que iba a morir, pero yo sabía que sobreviviría; y lo hice, aunque el informe oficial decía que había «muerto por heridas de bala». Me recompusieron y me mandaron otra vez a las trincheras en 1917. Y así, capitán pero igual de célibe, me encontré de forma accidental al mando de un batallón, pues todos los demás cargos habían muerto o estaban heridos. Entonces contraje bronquitis y neumonía, de modo que no tardaron en diagnosticar que mi salud no me permitía continuar prestando servicios en el extranjero. Así pues, me enamoré de una chica de dieciocho años —de buena familia y, por tanto, también virgen— y me casé con ella. Me da vergüenza recordar nuestro apuro y torpeza en materia amorosa cuando nos encontramos desnudos en la cama, los dos juntos, en el Hotel Brown’s el 23 de enero de 1918. Pero por lo menos, no nos sentimos impelidos por los pitidos de las sirenas

de emergencia ni por el estallido de las bombas (durante uno de los ataques aéreos a Londres) a buscar refugio en las bodegas del hotel.

Lord Godolphin me dedicó una mirada funesta en medio del silencio que siguió a mi relato. Entonces dijo lentamente:

—En *nuestra* familia, se consideraba de mal gusto comentar la vida sexual de los cónyuges… Aun con todo, querido amigo, supongo que la culpa es mía por insistir.

NOTAS

El grito

«Había escrito "El grito" en 1926, pero no encontré quien me lo publicara hasta 1929, cuando salió en una edición limitada y firmada de los *Woburn Books*. Desgraciadamente, el editor insistió en que había que reducirlo de ocho mil a cinco mil palabras, una condensación demasiado drástica, y desde entonces he perdido la versión original». R. G., prólogo a *Occupation: Writer*. Esta «condensación drástica» podría explicar la errónea referencia de Graves a «viernes» en el texto original, cuando Richard habla con el zapatero, y que yo he corregido a «lunes».

El siguiente comentario, escrito a mano, aparece en el ejemplar de prueba de la edición original, en la biblioteca de R. G.: «1927. Escrito en Hammersmith. Primer borrador en El Cairo; marzo de 1926». Así pues, la fecha de 1924 que aparece en el *Collected Short Stories* seguramente es una errata.

El siguiente texto se suprimió cuando Graves publicó «El grito» en *Occupation: Writer* (1950). Anteriormente había precedido la primera línea del texto actual.

> Déjame, te lo ruego, y no hables más pues
> no puedo soportar tan increíbles mentiras.
>
> L. Apuleyo, *El asno de oro*

[Esta historia se me ocurrió un día mientras caminaba por el desierto cerca de Heliópolis en Egipto. Llegué a un trecho pedregoso donde me detuve a recoger unos cuantos guijarros de formas irregulares; no sé qué virtud tendrían los guijarros, pero de algún modo originaron este relato, y tres años más tarde descubrí que se estaba haciendo realidad en mi propia vida. (Realidad en el sentido no distorsionado, naturalmente, con un personaje muy importante añadido, y con la rareza macabra del cuento iluminada). No se trata simplemente de literatura, ni de un guión cinematográfico. El partido de críquet del asilo tuvo lugar en Littlemore, cerca de Oxford; las dunas son las que se encuentran cerca del campo de golf «Royal St David's», en Harlech, aunque con una crueldad egipcia añadida. Observarán que, cuando Crossley narra su historia, admite que la ha variado cada vez que la ha contado; disculpándose así, en cierto modo, por las distorsiones de hechos reales.]

Aguacates

«También "Aguacates" es una historia verídica. El narrador fue T. W. Harries del Balliol College en Oxford, que murió poco después, durante una visita a la India». R. G. ibíd.

El viejo papá Johnson

«"El viejo papá Johnson" es una historia real. La suprimí de *Adiós a todo eso* en parte porque era demasiado larga como anécdota secundaria y en parte porque el propio "Papá Johnson" podría haber objetado. "La isla Desolación" era "La isla Georgia del Sur"». R. G., prólogo a *Occupation: Writer*.

Está en su casa

«"Está en su casa", "basado en hechos reales" como solía decirse en tiempos victorianos, antes de que los escritores temieran las demandas por difamación, deja constancia de mi feliz regreso a Mallorca en 1946». R. G. ibíd.

Cajas de la K a la T

«Escribí "Cajas de la K a la T" como autocrítica de mi despistada costumbre de embolsarme lápices y cajetillas de cerillas». R. G. ibíd.

Cita para la Candelaria

«"Cita para la Candelaria" trajo a mi puerta a varios miembros del renacido culto de hechiceros británicos en busca de información sobre ungüentos para volar y cosas por el estilo». R. G., prólogo a *Relatos* (*Collected Short Stories*).

Tomó tierra ayer

«Ni siquiera puedo pretender haber inventado los detalles de los hechos en "Tomó tierra ayer" […] Es más, un corresponsal que leyó "Tomó tierra ayer" me reprochó que no mencionara las dos monedas de cobre francesas halladas en el bolsillo de la muñeca del ataúd». R. G. ibíd.

HISTORIAL BIBLIOGRÁFICO

Las iniciales de las traductoras (Lucía Graves o Ana Mata Buil) figuran bajo cada título.

Abreviaturas

C ¡Catacrok!, Londres: Cassell & Co. Ltd, 1956

CSS Collected Short Stories, Nueva York: Doubleday & Co. Inc., 1964; Londres: Cassell & Co. Ltd., 1965.

MO Majorca Observed, Londres: Cassell & Co. Ltd.; Nueva York: Doubleday & Co. Inc., 1965

OW Occupation: Writer, Nueva York: Creative Age Press, 1950; Londres: Cassell & Co. Ltd., 1951

Miel y flores (Honey and Flowers): *The Green Chartreuse*, julio de 1913. (Traducción AMB).

El examen del novato (My New-Bug's Exam): *The Green Chartreuse*, julio de 1913; *Goodbye to All That* (edición revisada). Londres: Cassell & Co. Ltd.; Nueva York: Doubleday & Co. Inc., 1957. (Traducción AMB).

Ensueño junto al Támesis (Thames-side Reverie): con el título «By a Thames Window», *Evening News*, 26 de febrero de 1929; *OW*. (Traducción AMB).

El grito (The Shout): *The Shout*, Londres: Elkin Matthews & Marot, 1929; *CSS*. (Traducción LG).

Aguacates (Avocado Pears): *But It Still Goes On*, Londres & Toronto: Jonathan Cape, 1930; *OW*. (Traducción AMB).

El viejo papá Johnson (Old Papa Johnson): *But It Still Goes On; CSS*. (Traducción LG).

Entrevista con un muerto (Interview with a Dead Man): dentro de «A Journal of Curiosities» en *But It Still Goes On; OW*. (Traducción AMB).

Está en su casa (Está En Su Casa): titulado «The Feud of St. Peter and St. Paul» en *Tomorrow*, agosto de 1947; *OW*. (Traducción LG).

Cajas de la K a la T (Bins K to T): titulado «Dead Man's Bottles» en *OW*; cambió a «Bins K to T» en la primera edición inglesa de *OW*. (Traducción AMB).

Vida escolar en Mallorca en 1955 (School Life in Majorca 1955): titulado «School Life in Majorca» en *Punch*, 6 de enero 1954; *MO*. (Traducción LG).

Boletín del Colegio de San Modesto de Bobbio (Bulletin of the College of St Modesto of Bobbio): titulado «Bulletin of the College of St Francis of Assisi» en *C; MO*. (Traducción LG).

Tarta de melaza (Treacle Tart): *Punch*, 17 de febrero de 1954; *CSS*. (Traducción LG).

Fin de semana en Cwm Tatws (Week-End at Cwm Tatws): *Punch*, 31 de marzo de 1954; *CSS*. (Traducción LG).

El retrato de cuerpo entero (The Full Length): *Punch*, 5 de mayo de 1954; *CSS*. (Traducción LG).

¡Dios guarde a usted muchos años! (God Grant Your Honour Many Years): *Punch*, 31 de mayo de 1954; *CSS*. (Traducción LG).

6 bravos toros 6 (6 Valiant Bulls 6): titulado «Six Valiant Bulls» en *Punch*, 23 de junio de 1954; *CSS*. (Traducción LG).

Leotardos color crema (Flesh-Coloured Net Tights): *Punch*, 4 de agosto de 1954; *C*. (Traducción LG).

Un hombre no puede casarse con su… (A Man May Not Marry His…): *New Statesman*, 2 de octubre de 1954; *CSS*. (Traducción LG).

Cita para la Candelaria (An Appointment for Candlemas): *Punch*, 1 de diciembre de 1954; *CSS*. (Traducción LG).

Los cinco padrinos (The Five Godfathers): *Punch*, 29 de diciembre de 1954; *CSS*. (Traducción LG).

El caballo blanco o «La historia del imponente fantasma sureño» (The White Horse or «The Great Southern Ghost Story»): titulado «The White Horse» en *Punch*, 12 de enero de 1955; *Five Pens in Hand*, Nueva York: Doubleday & Co. Inc., 1958. (Traducción AMB).

La epopeya ya no está de moda (Epics Are Out of Fashion): *Punch*, 16 de febrero de 1955; *CSS*. (Traducción LG).

Polvo eres y en polvo te convertirás (Earth to Earth): *New Statesman*, 16 de febrero de 1955; *CSS*. (Traducción LG).

Se dice… se dice… (They Say, They Say): *Punch*, 20 de abril de 1955; *CSS*. (Traducción LG).

El abominable señor Gunn (The Abominable Mr Gunn): *Punch*, 29 de junio de 1955; *CSS*. (Traducción LG).

Los negros Whitaker (The Whitaker Negroes): *Encounter*, 21-29 de julio de 1955; *CSS*. (Traducción LG).

Trin-Trin-Trin (Trín-Trín-Trín): *Punch*, 5 de octubre de 1955; *MO*. (Traducción LG).

Cambridge arriba (Cambridge Upstairs): *Punch*, 14 de marzo de 1956; *C*. (Traducción AMB).

«¡Ja, ja!» car-ca-je-ó Ne-gri-to («Ha-Ha!» Chort-led Nig-ger): *Punch*, 21 de marzo de 1956; *C*. (Traducción LG).

Pieza costumbrista (Period Piece): *C; CSS*. (Traducción LG).
Salió a comprar un secreto (He Went Out to Buy a Rhine): *C; CSS*. (Traducción LG).

¡Mátalos! ¡Mátalos! (Kill Them! Kill Them!): *C; CSS*. (Traducción LG).

Harold Vesey en las puertas del infierno (Harold Vesey at the Gates of Hell): *C; CSS*. (Traducción LG).

Vida del poeta Gnaeus Robertulus Gravesa (Life of the Poet Gnaeus Robertulus Gravesa): *C; Life of the Poet Gnaeus Robertulus Gravesa*, Deià, Mallorca: The New Seizin Press, 1990. (Traducción LG).

¿Alguna vez ha tenido una lombriz de Guinea? (Ever Had a Guinea Worm?): *C*. (Traducción AMB).

Una bicicleta en Mallorca (A bicycle in Majorca): *New Yorker*, 22 de junio de 1957; *CSS*. (Traducción LG).

Signos externos (Evidence of Affluence): *New Yorker*, 12 de octubre de 1957; *CSS*. (Traducción LG).

La cosa francesa (The French Thing): 5 *Pens in Hand*, Nueva York: Doubleday & Co., 1958; *CSS*. (Traducción LG).

Un brindis por Ava Gardner (A Toast to Ava Gardner): *New Yorker*, 26 de abril de 1958; *CSS*. (Traducción LG).

La vizcondesa y la muchacha del pelo corto (The Viscountess and the Short-haired Girl): *Gentleman's Quarterly*, octubre de 1958; *CSS*. (Traducción LG).

Tomó tierra ayer (She Landed Yesterday): *New Yorker*, 7 de marzo de 1959; *CSS*. (Traducción LG).

Los chinos perdidos (The Lost Chinese): *Lilliput*, diciembre de 1959; titulado «The Case of the Difficult Husband» en *Playboy*, enero de 1960; *CSS*. (Traducción LG).
¡Usted gana, Houdini! (You Win, Houdini!): *London Magazine*, febrero de 1960; *CSS*. (Traducción LG).

La casa de pisos: una visión de la Roma imperial (The Tenement: A Vision of Imperial Rome): titulado «An Imperial Tale» en *Holiday*, abril de 1960; titulado «The Apartment House» en la edición norteamericana de *CSS*; edición inglesa de *CSS*. (Traducción LG).

El hombre de Miconos (The Myconian): titulado «The Gaudy Games» en *Sports Illustrated*, 1 de agosto de 1960; *CSS*. (Traducción LG).

Tregua de Navidad (Christmas Truce): titulado «Wave no Banners» en el *Saturday Evening Post*, 15 de diciembre de 1962; *CSS*. (Traducción LG).

Mis mejores Navidades (My Best Christmas): *Sunday Telegraph*, 23 de diciembre de 1962; *The Crane Bag*, Londres: Cassell & Co. Ltd., 1969. (Traducción AMB).

No, amigo, no funcionaría (No, Mac, It Just Wouldn't Work): *Playboy*, enero de 1967. (Traducción AMB).

La dama de compañía de la señora Briton (*Miss* Briton's Lady-Companion): *Family Circle*, 24 de septiembre de 1967; *The Crane Bag*, 1969. (Traducción AMB).

Mi primera aventura amorosa (My First Amorous Adventure): *Playboy*, enero de 1972. (Traducción AMB).

ROBERT GRAVES (Wimbledon, Londres, 24 de julio de 1895 - Deyá, 7 de diciembre de 1985). Escritor, poeta y traductor inglés, es conocido principalmente por su vasta obra histórica, aunque también su poesía alcanzó numerosos reconocimientos.

Graves estudió en importantes instituciones como el Kings College o St. Johns antes de incorporarse a filas durante la Primera Guerra Mundial, conflicto que marcó su producción literaria, sobre todo la poética, siendo uno de los llamados poetas de la guerra. Herido de gravedad, Graves volvió a Inglaterra en 1916.

Tras la guerra Graves dio clases en Egipto y vivió a caballo entre varios países y Londres hasta que decidió instalarse en Mallorca con su mujer, donde, tras unos primeros libros de crítica literaria, comenzó a publicar novela histórica. De este periodo son algunas de sus obras más conocidas como *Yo, Claudio* o *Belisarius*.

Tras la Guerra Civil, que Graves pasó en EEUU e Inglaterra, llegó un periodo en el que vieron la luz *Rey Jesús* o *La diosa blanca*, entre otras grandes novelas históricas en las que el autor británico completó su abanico de obras dedicadas a la antigüedad y los mitos griegos, romanos e incluso celtas.

Graves murió en Deià, Mallorca, a los 90 años.

Notas

[1] Del prólogo a *Occupation: Writer*, Nueva York, Creative Age Press, 1950; Londres, Cassell & Co. Ltd, 1951. <<

[2] Literalmente, *El Cartujo*. (*N. de la T.*) <<

[3] «El recolector de sanguijuelas». (*N. de la T.*) <<

[4] Famoso artista del *music-hall* inglés. (*N. de la T.*) <<

[5] En castellano en el original. (*N. de la T.*) <<

[6] En Mallorca, nombre que se da a los que se supone descendientes de judíos conversos. (*N. de la T.*) <<

[7] En castellano en el original. (*N. de la T.*) <<

[8] Cita de Salmos 137: 1, recogida también en la obra postapocalíptica de Stephen Vincent Benet, *By the Waters of Babylon* (1937). (*N. de la T.*) <<

[9] «Tab», apodo dado a los estudiantes de Cambridge. (*N. de la T.*) <<

[10] «Rupert the Chick» («Rupert el Polluelo»), personaje protagonista del comic *Chicks' Own*. (*N. de la T.*) <<

[11] Eduardo VII (1901-1910). (*N. de la T.*) <<

[12] *Gollywog*: muñeco de trapo negro muy popular antaño en Inglaterra. De ahí el personaje «Golly» de la historieta en cuestión. (*N. de la T.*) <<

[13] Calle londinense donde solían tener sus oficinas muchos periódicos británicos. (*N. de la T.*) <<

[14] «Tim el Tigre», otro cómic de la época. (*N. de la T.*) <<

[15] Rip van Winkle: personaje de un cuento de Washington Irving que durmió veinte años seguidos. Persona que vive ajena a los cambios, especialmente los sociales. (*N. de la T.*) <<

[16] De *Vidas de Poetas Británicos*, de Cayo Suetonio Tranquilo. Traducción de W. Wadlington Postchaise (Loeb Classics, 1955). <<

[17] Halló una fórmula para dibujar conejos cómicos / La fórmula muy provechosa resultó / Mas al final no pudo cambiar las costumbres trágicas / Que la fórmula de los conejos creó. <<

[18] En castellano en el original. (*N. de la T.*) <<

[19] Unos 30 dólares por 150 000 palabras. <<

[20] Juego con la expresión homófona «The Wet» («la humedad»). (*N. de la T.*) <<

[21] Editor de la *Enciclopedia Británica*. (*N. de la T.*) <<

[22] Juego de palabras con el apellido, que también puede leerse como «*Miss* Screw» («*Miss* Clavo» o «*Miss* Polvo»). (*N. de la T.*) <<